San Ireneo de Lyon

CONTRA LOS HEREJES (Exposición y refutación de la falsa gnosis.)

The Ivory Falls Book

San Ireneo de Lyon

CONTRA LOS HEREJES

Exposición y refutación de la falsa gnosis.

®2015 AN IVORY FALLS BOOK

CONTENIDOS

LIBRO I:
CAPÍTULO 1.
CAPÍTULO 2.
CAPÍTULO 3.
CAPÍTULO 4.
LIBRO II:
CAPÍTULO 1.
CAPÍTULO 2.
CAPÍTULO 3.
CAPÍTULO 4.
CAPÍTULO 5.
LIBRO III:
CAPÍTULO 1.
CAPÍTULO 2.
LIBRO IV:
CAPÍTULO 1.
CAPÍTULO 2.
CAPÍTULO 3.
CAPÍTULO 4.
LIBRO V:
CAPÍTULO 1.
CAPÍTULO 2.
CAPÍTULO 3.
CAPÍTULO 4.

BREVE BIOGRAFIA E INTRODUCCION A LA TEOLOGIA DE SAN IRENEO

Este santo es considerado Padre de la Iglesia y fue discípulo de San Policarpo, que a su vez fue discípulo de San Juan el Apóstol. Igualmente fue Obispo de Lyon, Francia.Nació en Asia Menor (alrededor 135/140), hijo de padres paganos. Desde su juventud conoció en Esmirna al obispo Policarpo, que había sido discípulo de la escuela joánea en Efeso. En el año 177 se hallaba en Lyon, aunque se ignora el motivo, cuando el presbiterio lo envió a Roma, con cartas para el Papa, a fin de consultarle sobre asuntos de la Iglesia de las Galias que en ese momento se hallaba gravemente perseguida. Cuando San Ireneo regresó de Roma, se encontró una comunidad muy destrozada. Por causa de la fe fueron asesinados en ella ante todo el obispo Fotino, ya muy anciano, junto con muchos miembros de su clero y multitud de seglares. Entonces San Ireneo fue elegido para suceder al obispo martirizado. Acuciado por el problema de las sectas heréticas, sobre todo las de tinte gnóstico, escribió su obra *Exposición y refutación de la falsa gnosis*, normalmente conocida como ***Contra los herejes***, durante el pontificado de San Eleuterio, alrededor de los años 180/190. Muy poco se conoce sobre su muerte. La Iglesia lo venera como mártir, pues según la tradición antigua, habría muerto entre la multitud que fue masacrada durante la persecución de Septimio Severo (alrededor 200/202).

En su labor pastoral, Ireneo hubo de combatir el grave peligro de las herejías gnósticas.El gnosticismo era prevalente en el siglo 1º durante y después del tiempo de Cristo. Este sostiene que la materia es maligna y que el espíritu es bueno. Debido a que la materia es mala, las almas humanas están atrapadas, en cierto sentido, en un mundo material. Los gnósticos acostumbraban captar la atención de las personas simples fingiendo decir lo mismo que la Iglesia; pero la suya era una táctica para ponerlos a buscar a otro Dios distinto del verdadero.

Las explicación de los gnósticos está basada en el dualismo persa y en la teoría de los eones, emparentada con las ideas platónicas. Los siguientes pensamientos gnósticos son los que San Ireneo refuta fuertemente en su presente obra:

- Uno de los eones, participante de la divinidad, pretendió ascender en su posición y aún llegar al grado de Ser supremo, y así se rebela contra aquél; es arrojado entonces del reino de la luz; este eón se llama

demiurgo, crea el mundo material y el hombre, entablándose con esto una lucha constante entre el hombre y Dios.

- Algunos gnósticos, pasando adelante, identificaron el demiurgo, contrincante de Dios, con el Dios del Antiguo Testamento.

- Las almas de los hombres, espirituales y puras, son partecitas de luz encerradas en la materia, de la que esperan ser rescatadas.

- Para redimir al alma humana, encerrada en la materia, vino otro eón, fiel al Ser supremo, el eón Cristo; este comunicó a las almas el conocimiento de su verdadero origen y les enseñó el modo de librarse de la materia, que es precisamente por el conocimiento superior, no por las buenas obras.

- Este eón divino, el Cristo de la filosofía gnóstica, no toma verdadero cuerpo, pues esto en su concepción es imposible, ya que la materia es esencialmente mala, además, y por eso mismo, no redime por medio del sacrificio de la cruz, sino enseñando el conocimiento verdadero con su ejemplo. Sin cuerpo verdadero, Cristo no podía sufrir ni, por tanto, merecer.

Para combatir estas herejías San Ireneo redactó este tratado, compuesto por cinco libros, bajo el título de Elenco y conmutación de la pretendida pero falsa gnosis o Exposición y refutación de la falsa gnosis., más conocido como **Contra los herejes**.

La teología de San Ireneo se basa en explicar que la fe de Cristo no es otra que la que enseñan los Obispos, sucesores de los Apóstoles, sucesores de Cristo. También recuerda que la Iglesia de Roma ha sido, desde el principio, punto de referencia para las demás. Se trata de una fe recibida como un depósito intangible, al que nadie puede añadir ni sustraer nada y que de hecho se ha conservado así: es la misma doctrina que enseñó Jesús.

Toda la obra del Obispo de Lyon demuestra un profundísimo conocimiento de la Sagrada Escritura: las continuas citas de los Evangelios, de los profetas o de las cartas paulinas, confirman su interés en apoyar la doctrina, no en la especulación intelectual—como culpaba de hacer a los gnósticos—, sino en la Palabra de Dios, tal como es interpretada por la tradición de la Iglesia. No en vano, San Ireneo ha sido considerado por algunos como fundador de la teología cristiana

Querido Lector también puedes conocer más del pensamiento y obra de San Ireneo leyendo nuestra edición del libro:

- ***Demostración de la predicación apostólica ,*** en la que emplea un estilo literario distinto, pues ya no se ve obligada a combatir la herejía gnóstica, sino al grato trabajo de recordar la doctrina de Cristo a su destinatario, un cristiano de nombre Marciano.

The Ivory Falls Book

LIBRO I:

EXPOSICION DE LAS DOCTRINAS GNOSTICAS

Prólogo

1. Rechazando la verdad, algunos, introducen falsos discursos. Como dice el Apóstol, «prestan más atención a cuestiones acerca de genealogías sin fin, que a edificar la casa de Dios por la fe» (1 Tim 1,4). Elaboradas de modo engañoso, por medio de semejanzas, trastornan las mentes de los menos educados y las esclavizan, falseando las palabras del Señor. Lo que ha sido bien dicho lo interpretan mal, y pervierten a muchos, atrayéndolos con el cebo de la gnosis. Como si ellos pudiesen mostrar algo más alto y de mayor contenido que aquel que hizo el cielo, la tierra y todo cuanto contienen (Ex 20,11). los separan de aquel que ha creado y ordenado el universo. Persuaden con su facilidad de palabra a los más simples para que se pongan a buscar; pero luego arrastran a la ruina, inculcando impías y blasfemas opiniones acerca del Demiurgo, a quienes son incapaces de discernir lo falso de lo verdadero.

2. No es fácil descubrir el error por sí mismo, pues no lo presentan desnudo, ya que entonces se comprendería, sino adornado con una máscara engañosa y persuasiva; a tal punto que, aun cuando sea ridículo decirlo, hacen parecer su discurso más verdadero que la verdad. De este modo con una apariencia externa engañan a los más rudos. Como decía acerca de ellos una persona más docta que nosotros, ellos mediante sus artes verbales hacen que una pieza de vidrio parezca idéntica a una preciosa esmeralda, hasta que se encuentra alguno que pueda probarlo y delatar que se trata de un artificio fabricado con fraude. Cuando se mezcla bronce con la plata, ¿quién entre la gente sencilla puede probar el engaño?

Ahora bien, temo que por nuestro descuido haya quienes como lobos con piel de oveja desvíen las ovejas (Mt 7,15), engañadas por la piel que ellos se han echado encima, y de los cuales el Señor dice que debemos cuidarnos (pues dicen palabras semejantes a las nuestras, pero con sentidos opuestos). Por eso, después de haber leído los comentarios de los discípulos de Valentín (como ellos se llaman a sí mismos), de haberme encontrado con varios de ellos y ahondado en su doctrina, me pareció necesario, mi querido hermano, declararte los altísimos misterios «que no todos pueden captar» (Mt 19,11), porque no todos han vaciado su cerebro, a fin de que tú, conociéndolos, se los expongas a todos los que te rodean, y de este modo los prepares para que se cuiden de caer en el abismo de tal insensatez y de su blasfemia contra Dios.

En cuanto esté en nuestra capacidad, te expondremos de manera clara y sintética lo que andan enseñando los discípulos de Ptolomeo, que son como la flor de la escuela de Valentín; y, en cuanto lo permita nuestra pequeñez, ofreceremos a los demás los medios para refutarlos, haciéndoles ver que cuanto aquéllos andan diciendo no puede mantenerse en pie ni está de acuerdo con la verdad. No estoy acostumbrado a escribir ni domino el arte de hablar; pero, impulsados por la caridad, exponemos a ti y a los tuyos las doctrinas que hasta ahora se mantenían ocultas y que por la gracia de Dios ahora salen a la luz del día: «Nada hay escondido que no se descubra, y nada oculto que no llegue a saberse» (Mt 10,26).

3. Te suplico que no me pidas que te escriba con un arte que no he aprendido, porque vivo entre los Celtas y de ordinario tengo que expresarme en una lengua bárbara; ni tengo la facilidad de un escritor, pues no me he ejercitado; ni sé hablar con discursos elegantes o persuasivos; sino que te suplico recibas con amor lo que he escrito con amor, de manera sencilla, sin más adornos que la verdad y la sinceridad. Tú desarrollarás por tu cuenta estos escritos, pues eres más capaz que yo de hacerlo. Como quien dice, tú recibes de mí el impulso y la semilla, para que la hagas dar fruto abundante, extendiendo con tu espíritu lo que te expongo en breves palabras, y explicarás con fuerza a los que te rodean aquello que yo redacto para ti de manera tan débil. Por mi parte ahora respondo por escrito a tus deseos que desde hace tiempo has expresado de conocer las doctrinas de aquéllos, no sólo aclarándotelas, sino también dándote los medios para que se pruebe su falsedad; así también tú, por tu parte, poniendo a la acción la gracia que el Señor te ha dado, ofrece este servicio a los demás, para que las personas ya no se vean arrastradas por sus engaños.

CAPÍTULO 1

Doctrina básica de los gnósticos

1.1. El Pléroma. Los Eones en el interior el Pléroma

1,1. Dicen que en las alturas invisibles e inefables existe un Eón perfecto, preexistente, al que llaman Protoprincipio, Protopadre y Abismo (*Bythos*): él sería invisible, incomprensible, sempiterno e ingénito, y vivió en un profundo reposo y soledad por siglos infinitos. Con él estaba el Pensamiento (*Ennoaia*), a quien también llaman Gracia (*Cháris*) y Silencio (*Sigè*). Cierto día este Abismo decidió emitir el Abismo como Principio (*Archè*) de todas las cosas: entonces depositó este como Semen (*Spérma*) que había pensado emitir, en el vientre del Silencio, que era su compañera. Esta recibió el semen y quedando preñada engendró la Mente (*Noûn*), según la imagen y semejanza del que lo había emitido, y la única capaz de captar la grandeza del Padre. A la Mente también lo llaman el Unigénito (*Monogenê*), o bien el Padre o el Principio de todas las cosas. Junto con él fue emitida la Verdad (*Alétheia*). Esta es la original y primitiva *Tétrada* de Pitágoras, a la que también llaman la raíz de todas las cosas: está formada por Abismo, Silencio, Mente y Verdad.

El Unigénito, habiéndose dado cuenta de por qué motivo había sido emitido, a su vez emitió el Verbo (*Lógos*) mismo y la Vida (*Zoé*), Padre de todos los que vendrían después de él, principio y formación de todo el *Pléroma*. A su vez, el Logos y la Vida, a manera de unión matrimonial (*sydzygía*), emitieron el Hombre *(Anthropos*) y la Iglesia (*Ekklesía*). Esta es la *Ogdóada* primigenia, raíz y sustrato de todas las cosas, que ellos designan con cuatro nombres: Abismo, Mente, Logos y Hombre. Cada uno de éstos está formado por un elemento masculino y otro femenino, de esta manera: en primer lugar el Protopadre se ha unido sexualmente con su Pensamiento (al que llaman Gracia y Silencio); el Unigénito (también nombrado Mente), se unió con la Verdad; en seguida el Verbo con la Vida; y por último el Hombre con la Iglesia.

1,2. Como todos estos Eones fueron emitidos para la gloria del Padre, queriendo por su cuenta glorificar al Padre, a su vez produjeron otras emisiones por vía matrimonial. El Verbo y la Vida, después de haber emitido el Hombre y la Iglesia, emitieron otros diez Eones, a los cuales han puesto estos nombres: Abismal (*Bythios*) y Confusión (*Míxis*), Agératos y Unidad (*Hénosis)*, Autoproducto (*Autophyès*) y Satisfacción (*Hedoné*), Inmóvil (*Akínetos*) y Mezcla (*Synkrasis*), Unigénito (*Monogenès*) y Felicidad (*Makaría*). Esto son, dicen, los diez Eones que el Verbo y la Vida emitieron. A su vez el Hombre y la Iglesia emitieron doce Eones, a quienes nombran: Paráclito (*Parákletos*) y Fe (*Pístis*), Paterno (*Patrikòs*) y Esperanza (*Elpís*), Materno (*Metrikòs*) y Caridad (*Agápe*), Eterno (*Aeínous*) y Entendimiento (*Synesis*), Eclesiástico (*Ekklesiastikòs*) y Dicha

(*Makariotès*), Deseado (*Theletòs*) y Sabiduría (*Sophía*).

1,3. Esta es su desvariada doctrina de los treinta Eones impronunciables e inconoscibles. Este Pléroma, según ellos invisible y espiritual, está dividido en los tres grupos de la Ogdóada, la Década y la Docena. Por eso dicen que el Salvador -al que se niegan a llamar Señor- durante treinta años nada hizo en público, a fin de revelar el misterio de los Eones. En cambio dicen que los treinta Eones quedan claramente declarados en la parábola de los obreros enviados a la viña: a unos se les envía en la hora prima, a los segundos alrededor de la tercia y a los terceros a la sexta, otros a la nona, y a los últimos a la undécima. Si se suman las diversas horas, producen el número treinta, pues uno más tres más seis más nueve más once suman treinta. Según ellos, estas horas representan a los

Eones. Y estos son los grandes, admirables y recónditos misterios, frutos de sus maquinaciones, además de todos los otros pasajes de las Escrituras que ellos amoldan para que se acomoden a sus creaciones.

1.2. Cómo se desarrolló el Pléroma

1.2.1. El Protopadre y el Unigénito

2,1. Dicen que solamente el Unigénito, o sea la Mente, conoce al Protopadre del que nació; en cambio para todos los demás Eones éste es invisible e incomprensible. Pues, según ellos, sólo la Mente se gozaba viendo al Padre y se deleitaba al contemplar su inmensa grandeza. Y trataba de hacer partícipes de la grandeza del Padre también a los otros Eones, dándoles a saber cuán grande y excelso es, y cómo no tenía principio e incapaz de ser visto y comprendido. Mas el Silencio lo contuvo por mandato del Padre, pues quería inducir a todos el deseo de entender e investigar al Padre. También los demás Eones secretamente ansiaban ver al que había emitido su esperma y escrutar al que había sido su raíz sin principio.

1.2.2. La pasión de la Sabiduría

2,2. Emergió el último y más joven de los doce Eones, el Eón nacido de Hombre e Iglesia, es decir Sabiduría, y experimentó una pasión fuera del abrazo de su esposo Deseado. Esta pasión había surgido de la Mente y la Verdad, y contagió a este Eón, o sea la Sabiduría, que se alteró bajo pretexto de amor; pero en realidad fue de arrogancia, porque no tenía, como la Mente, comunicación con el Padre perfecto. La pasión consistía en la búsqueda del Padre; pues, como dicen, quería comprender su grandeza; mas, como no era capaz porque emprendía una tarea imposible, se halló de pronto en una inmensa agonía por la grandeza del Abismo de lo ininvestigable del Padre, y por su amor hacia él; y como siempre se lanzaba más hacia adelante, al final habría quedado diluida en la dulzura del Padre y disuelta en la Substancia universal, si no le hubiera salido al paso la Potencia que consolida y conserva todas las cosas fuera de la inefable grandeza. Llaman Límite (*Hóros*) a esta Potencia. Esta, pues, sostuvo y reafirmó a Sabiduría, la cual, apenas vuelta sobre sí misma, se convenció de que el Padre es incomprensible, depuso su primer Deseo con la pasión que se había producido, nacida de

la admiración llena de estupor.

2.3. Algunos de ellos narran en forma de mito esta pasión y retorno de la Sabiduría: por haber pretendido una cosa imposible e incomprensible, dio a luz una substancia tan amorfa como la puede producir una mujer. Al darse cuenta, primero se entristeció por haber dado a luz algo inacabado, y luego tuvo miedo de que aun eso se le muriese; entonces se llenó de angustia, buscando la causa de lo que había sucedido y cómo podría ocultar lo que de ella había nacido. Después de hundirse en estos sufrimientos, ella experimentó un regreso y trató de volver al Padre; pero, después de animarse por breve tiempo, se desalentó y suplicó al Padre, y a su ruego se unieron los otros Eones, sobre todo la Mente. Aquí es donde, según ellos, tuvo su primer inicio la substancia de la materia, nacida de la ignorancia, la tristeza, el temor y el estupor.

2.4. Entonces, además de estos Eones, el Padre por medio del Unigénito engendró según su imagen al antedicho Límite, sin unión sexual o matrimonial. Pues ellos algunas veces presentan al Padre con su esposa Silencio, y otras veces como varón y mujer. A este Silencio también suelen llamarlo Cruz (*Stauròs*), Redentor (*Lytrotès*), Emancipador (*Karpistès*), Limitador (*Horothétes*) y Guía (*Metagogéa*). Este Límite fue el que purificó y fortaleció a la Sabiduría y la restituyó a su matrimonio. Porque, cuando se separó de ella por el Deseo (*Enthymésis*) con la pasión que le sobrevino, él sin embargo quedó dentro del Pléroma. Pero el Deseo junto con su pasión fue crucificado por el Límite y echado fuera del Pléroma. De ahí brotó una substancia espiritual, pues se trataba del ímpetu natural de un Eón, sin forma ni figura porque no recibió ninguna; y por eso lo llaman su fruto débil y femenino.

1.2.3. Cristo, el Espíritu Santo y el Salvador

2.5. Después que ella se separó del Pléroma de los Eones y su Madre fue reintegrada a su matrimonio, de nuevo el Unigénito emitió otra pareja, según la providencia del Padre: a Cristo (*Christòs*) y Espíritu Santo (*Pneûma Hágion*), a fin de que los Eones no volvieran a sufrir de modo semejante con la misma pasión: de esta manera éstos llevaron a los Eones a su perfección en el Pléroma. Cristo les enseñó la naturaleza del matrimonio (*pues eran lo bastante capaces para conocer y comprender al Ingénito*), y les declaró sobre el conocimiento del Padre, revelándoles que es incomprensible, inaferrable, y que nadie puede verlo ni oírlo sino sólo mediante el Unigénito. La causa de la duración eterna de los otros Eones es lo incomprensible del Padre; en cambio el motivo del engendramiento y formación del Unigénito es lo que en éste hay de comprensible, pues se trata del Hijo. Esto es lo que el Cristo llevó a cabo apenas fue emitido.

2,6. El Espíritu Santo, habiendo dignificado a los Eones, les enseñó a dar gracias y les concedió el verdadero reposo. Por eso, dicen, los Eones fueron creados con el mismo género y forma, y todos llegaron a ser Mentes, Verbos, Hombres y Cristos; y todos los elementos femeninos, de igual manera, llegaron a ser Verdades, Vidas, Espíritus e Iglesias. Y dicen que habiéndose consolidado así todas las cosas, y finalmente puestas en reposo, con gran gozo cantan himnos al Padre primordial, que comunica la grande alegría.

Y a causa de este don, con una sola voluntad y decisión, todo el Pléroma de los Eones, junto con el Cristo y el Espíritu, y estampando su sello junto con ellos el Padre de todos, cada uno de los Eones, poniendo cuanto tenía de más bello y floreciente, y tejiéndolo todo de manera armoniosa y uniéndolo cuidadosamente, emitieron un producto para honor y gloria del Abismo. Este es Jesús, el fruto consumado, la belleza más perfecta y el astro del Pléroma, al que también se le llama Salvador, Cristo y Verbo -en relación con el nombre del Padre- y el Todo (*Pánta*), porque fue hecho por todos. Y fueron emitidos junto con él los ángeles, del mismo origen que él, para que le sirvan de escoltas y para honrarlos a ellos.

1.3. Cómo abusan de la Escritura

3,1. Esta es, pues, lo que ellos llaman la producción (*pragmateía*) que se realizó en el interior del Pléroma: la pasión de este Eón que casi se perdió por la caída en la materia múltiple, por el ansia de buscar al Padre: la mezcla hexagonal de Límite, Cruz, Redentor, Emancipador, Limitador y Guía. Y el nacimiento, posterior al de los Eones, del Cristo y del Espíritu Santo emitidos del arrepentimiento por el Padre. Y al final la formación del segundo Cristo, al que llaman Salvador (*Sotêr*), que proviene de una obra común.

Sin embargo tales cosas no habrían sido dichas claramente (por las Escrituras), porque no todos alcanzarían a comprenderlas (Mt 19,11); sino que el Salvador las reveló por medio de parábolas a quienes eran capaces de entenderlas: que los treinta Eones están representados por los treinta años en los cuales dicen que el Salvador nada habló abiertamente (Lc 3,23) y por los obreros enviados a la viña (Mt 20,1-7), como arriba dijimos. Y dicen que Pablo de manera muy clara habla de los Eones continuamente, y que incluso conserva su jerarquía cuando dice: «En todas las generaciones por los Eones de los Eones» (Ef 3,21). Y también nosotros cuando damos gracias diríamos: «Por los Eones de los Eones». De esta manera, siempre que encuentran esta expresión, pretenden que se refiere a los Eones.

3,2. La emisión de los doce Eones estaría indicada en el hecho de que Jesús disputó con los doctores de la Ley a los doce años (Lc 2,42-46) y en la elección de los doce Apóstoles: pues eligió a doce (Mt 10,2; Lc 6,13). Y los otros dieciocho Eones están señalados en los dieciocho meses en los cuales, después de resucitar de entre los muertos, convivió con los discípulos, además de las primeras letras de su nombre, *iota* y *eta*, con toda evidencia manifestarían los dieciocho Eones. Igualmente los diez Eones estarían indicados en la *iota* inicial de su nombre, y por eso el Salvador habría dicho: «No pasará ni una *iota* ni un acento de la Ley sin se cumpla» (Mt 5,18).

3,3. También afirman que la pasión que recayó en el duodécimo Eón está sugerida en la apostasía de Judas, pues era el duodécimo de los Apóstoles, y porque padeció el mes duodécimo: porque, según ellos hipotizan, Jesús habría predicado sólo durante un año después de su bautismo (Lc 4,19; Is 61,2). También estaría claramente escondido este misterio en aquella mujer que sufría el flujo de sangre: en efecto, lo padeció durante doce años, pero la curó la venida del Salvador, cuando ella tocó la orilla de su vestido (Mt 9,20; Lc 8,44), y por eso el Salvador dijo: «¿Quién me tocó?» (Lc 8,45). De este

modo enseñó a sus discípulos lo que había sucedido en el misterio de los Eones, y la curación del Eón que había sufrido la pasión: en el sufrimiento que duró doce años estaba representada aquella Potencia, pues su substancia fluía y se extendía sin límite. Y si no hubiese tocado el vestido del Hijo, es decir de la Verdad de la primera Tétrada, que se manifestó en la orilla del vestido, se habría disuelto toda su substancia. Pero el flujo se detuvo (Lc 8,44) y liberó de la pasión por el Poder salido del Hijo (Lc 8,45-46). Esta Potencia sería el Límite, según dicen, que la curó y le arrancó la pasión.

3,4. Que el Salvador emitido por todos (los Eones) sea la Totalidad *(Pân*), dicen que está escondido en aquella palabra: «Todo macho que abra la matriz» (Lc 2,23; Ex 13,2). Pues, siendo la Totalidad, abrió la matriz de Deseo del Eón caído en pasión cuando fue separado del Pléroma. Ellos llaman este Deseo la Segunda Ogdóada, de la que adelante hablaremos. Pretenden que Pablo también habría dicho refiriéndose claramente a él: «El es todas las cosas» (Rom 11,36). Y también: «En él habita toda la plenitud de la divinidad» (Col 2,9). Y: «Dios ha recapitulado todo en Cristo» (Ef 1,10). Así es como ellos interpretan estos pasajes y todos los semejantes.

3.5. En cuanto al Límite, al que llaman con muchos nombres, afirman que tiene dos funciones: la de consolidar y dividir: en cuanto consolida y confirma se llama Cruz; en cuanto divide y demarca se llama Límite. Dicen que el Salvador declaró sus funciones, cuya primera es la de constituir, cuando dijo: «Quien no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,27; Mt 10,38); y: «Toma tu cruz y sígueme» (Mc 10,21; Mt 16,24). Y la función de separar, cuando dijo: «No vine a traer la paz, sino la espada» (Mt 10,34). También dicen que Juan (el Bautista) lo enseñó claramente: «En su mano está el bieldo para limpiar la era; recogerá el trigo en su granero y quemará la paja con fuego inextinguible» (Lc 3,17). Con estas palabras habría señalado la obra del Límite: interpretan el bieldo como Cruz, porque destruye todos los elementos materiales como el fuego consume la paja, y en cambio limpia a los que deben salvarse, como el bieldo el trigo. También el Apóstol Pablo habría dicho lo mismo, cuando hace memoria de la Cruz: «El mensaje de la cruz es vanidad para los que se pierden; mas para aquellos que se salvan es poder de Dios» (1 Cor 1,18); y también: «No me glorío sino en la cruz de Cristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo» (Gál 6,14).

3,6. Enseñan todas estas vaciedades acerca de su Pléroma y de la plasmación de todas las cosas, tratando de adaptar aquellas cosas que han sido bien dichas a las que ellos inventaron mal por sí mismos. Y no sólo toman de los Evangelios y de las cartas apostólicas los argumentos para sus doctrinas, trastocando su interpretación y adulterando su exégesis; sino también de la Ley y los profetas: como éstos narran muchas parábolas, alegorías y otros dichos que se prestan a ser arrastrados en cualquier sentido, ellos acomodan su ambigüedad a sus invenciones, por medio de exégesis dolosas. De esta manera mantienen en cautiverio lejos de la verdad a quienes no mantienen una fe firme en el único Dios Padre omnipotente y en Jesucristo, el Hijo único de Dios.

1.4. Fuera del Pléroma: Achamot origina la materia

4.1. Según sus teorías, fuera del Pléroma sucede lo siguiente: el Deseo de la Sabiduría superior, a la que llaman Achamot, alejada del Pléroma por motivo de su pasión, como dicen, anduvo vagando en los lugares de la sombra y del vacío: en efecto, salió de la Luz del Pléroma, sin forma y sin figura como un aborto, por no haber logrado nada. Pero el Cristo superior tuvo misericordia, y extendiéndose en la Cruz, con su poder le creó una forma, pero sólo en cuanto a la substancia, no en cuanto al conocimiento. Una vez realizada esta obra se retiró, llevándose su poder y dejándola, a fin de que, sintiendo la pasión debida a la separación del Pléroma, desee las realidades superiores, gozando de un cierto olor de incorrupción que le dejaron Cristo y Espíritu Santo. Por eso se le llama con dos nombres: Sabiduría por motivo de su padre -pues su padre se llama Sabiduría- y Espíritu Santo por el espíritu que está junto a Cristo.

Una vez que recibió la forma y se hizo consciente, de pronto la abandonó el Verbo que estaba con ella, es decir Cristo, ella se entregó de nuevo a buscar la Luz que la había abandonado. Sin embargo ella no pudo alcanzarla, porque el Límite se lo impedía. Y el Límite así la habría llamado cuando ella se lanzaba hacia afuera: «¡Iao!» Por eso también se le llama Iao. Y como ella no pudo atravesar el Límite, porque había abrazado la pasión y por eso había quedado afuera (del Pléroma) ella sola, sucumbió a todo tipo de sufrimientos múltiples y variados. Y la invadió la tristeza por no haber podido aprehender la Luz; y además temor de que, así como la Luz, también se le escapase la Vida. Todo esto la consternó y la invadió la ignorancia. A diferencia de su madre, el Eón de la primera Sabiduría, sus pasiones la cambiaron, al contrario de aquélla. Entonces vino sobre ella otro deseo apasionado: el de convertirse a aquel que le había dado la vida.

4,2. Dicen que éste fue el origen y la esencia de la materia de la cual está compuesto el mundo. Del desarrollo del mundo y del Demiurgo toda alma sacó su origen, y todo lo demás fue formado del temor y la tristeza. Porque de sus lágrimas (de Achamot) provienen todas las substancias húmedas, de su risa las brillantes, y de la tristeza y el temor los elementos materiales del mundo. Pues, según su teoría, unas veces lloraba y se ponía triste al sentirse sola y desamparada en la oscuridad y el vacío; otras veces se reía pensando en la Luz que la había abandonado; a veces en cambio sentía temor; y finalmente en otras ocasiones salía de sí por la angustia.

1.4.1. Refutación

4,3. ¿Qué decir de todo esto? Que no es, en verdad, sino una gran comedia, ver cómo cada uno de ellos en su fantasía expone de manera diversa, pero muy seria, de qué pasión y de cuál elemento tomó origen la substancia. Pero ellos, y a mi juicio con toda razón, no quieren enseñar abiertamente a todos, sino sólo a quienes pueden pagar bien por tales misterios. Pues estas cosas no se parecen a aquéllas de las que dijo el Señor: «Dad gratis lo que gratis habéis recibido» (Mt 10,8); porque estos son misterios abstrusos, portentosos y profundos elaborados con gran trabajo para aquellos a quienes les encanta ser engañados. Porque ¿quién no gastaría todo su dinero por aprender que los mares, las fuentes, los ríos y todo elemento líquido tuvieron su origen en las lágrimas del Deseo el Eón que cayó en la pasión, que de su risa surgió la Luz, y de su temor y

angustia los elementos corporales del mundo?

4,4. Yo también quiero contribuir un poco a su producción. Porque veo que algunas aguas son dulces, como las fuentes, los ríos, las lluvias, etc.; en cambio las del mar son saladas; por eso no debieron todas ellas tener su origen en las lágrimas, ya que éstas son saladas. Porque es evidente que las aguas saladas provienen de las lágrimas. Pero también se me ocurre que ella debió haber sudado cuando se hallaba en violenta lucha con la angustia. Y así, continuando con su hipótesis, hemos de suponer que las fuentes, ríos y otras aguas dulces tuvieron origen en su sudor. Porque no es probable que, siendo las lágrimas saladas, de ellas hayan nacido tanto las aguas saladas como las dulces. Es, pues, más persuasivo decir que unas aguas brotaron de sus lágrimas y otras de su sudor. Y como en el mundo existen además aguas calientes y ácidas, debes también entender cómo se produjeron y por qué órgano fueron emitidas. Estos son los frutos más congruentes con sus argumentos.

1.4.2. Origen de la creación exterior

4,5. Una vez que su Madre pasó a través de todas las pasiones de las cuales apenas pudo liberarse, dicen ellos que se puso a suplicar a la Luz que la había abandonado, o sea el Cristo. Este, habiendo regresado al Pléroma, parece que ya no le quedaron ganas de volver a bajar. Mejor le mandó al Paráclito, o sea al Salvador, siendo el Padre quien le dio todo poder (Mt 11,27; Lc 10,22) y puso todas las cosas bajo su dominio, y los Eones hicieron algo semejante, a fin de que «en él tuviesen consistencia todas las cosas, las visibles y las invisibles, los Tronos, Divinidades y Dominaciones» (Col 1,16) . Fue enviado pues (Cristo) junto con los Angeles sus acompañantes.

Achamot se llenó de reverencia y primero se cubrió con un velo, y en seguida, una vez que lo vio con todos sus frutos, se le acercó para recibir el milagro de su manifestación. El entonces le dio la forma gnóstica y la curó de sus pasiones; pero sin quitárselas -porque ya no era posible hacerlas desaparecer como había sucedido con la primera (Sabiduría), porque ya se habían arraigado y fortalecido-; sino que las puso aparte, las mezcló y coaguló para transferirlas de la pasión incorpórea a la materia incorpórea. Luego les hizo una naturaleza adaptable, para permitirle formar las diversas combinaciones de los cuerpos, de manera que surgieran dos substancias: una mala, brotada de las pasiones, y otra que fuera capaz de convertirse Por eso dicen que el Salvador actuó con el poder del Demiurgo. Una vez que Achamot se vio libre de la pasión, concibió con gozo la visión de las Luces que lo acompañan (al Salvador), es decir los Angeles. Enseñan que, alegrándose al verlos, ella dio a luz frutos a su imagen (de los Angeles); es decir, un parto espiritual a semejanza de los guardias del Salvador .

1.4.3. Creación previa del Demiurgo

5,1. De esta manera, pues, habrían surgido los tres elementos: el primero es el material (*hylico*) nacido de la pasión, el segundo es el psíquico surgido de la conversión, y el tercero el espiritual dado a luz por ella (Achamot); de modo que ella se abocó a darles la forma. Pero no fue capaz de dar forma al elemento espiritual (*pneumático*),

porque tenía su misma substancia. Entonces se volvió a formar el elemento nacido de la conversión, que es la substancia psíquica, de acuerdo con las enseñanzas del Salvador. En primer lugar, según dicen, de la substancia psíquica formó al (Dios y) Padre y Rey de todas las cosas que le son consubstanciales, o sea las psíquicas, a las cuales llaman «la derecha»; y también a las que provienen de la pasión y de la materia, a las cuales llaman «la izquierda». Dicen que formó todos los seres que vienen después de él, impulsado en secreto por su Madre. Por este motivo lo llaman «Padre-Madre (Metropátora)», «Sin Padre (*Apátora*)», «Demiurgo» y «Padre». Lo llaman Padre de los seres de la derecha,] o sea de los psíquicos; Demiurgo de los seres de la izquierda, o sea de los materiales y Rey de todos. Porque dicen que este Deseo, queriendo hacer todas las cosas en honor de los Eones, fabricó imágenes de éstos; o, mejor dicho, el Salvador los hizo por su medio. Ella (Achamot) conservó la imagen del Padre invisible desconocida para el Demiurgo; así como éste la imagen del Hijo Unigénito, y los Arcángeles y Angeles hechos por él, las imágenes de los demás Eones.

5,2. De esta manera él (Demiurgo) se convirtió en Dios y Padre de todo cuanto existe fuera del Pléroma, siendo el Hacedor de todos los seres psíquicos y materiales. Separando las dos sustancias que se hallaban mezcladas; y a partir de las incorpóreas hizo las corporales; fabricó los seres celestes y terrestres y se convirtió en Demiurgo de las cosas psíquicas y materiales, derechas e izquierdas, ligeras y pesadas, que suben o que bajan. De esta manera, dicen, el Demiurgo hizo siete Cielos sobre los cuales él habita. Por eso también lo llaman «Semana» (*Hebdomáda* o sea séptima), mientras que a la Madre dan el nombre de Ogdóada (es decir octava), o sea a Achamot, que conserva el número de la Ogdóada basica y original, que es la del Pléroma. Estos siete Cielos, según dicen, son inteligentes, los cuales, según ellos enseñan, serían los Angeles. El Demiurgo también sería un Angel, pero semejante a un Dios. Igualmente al Paraíso, que quedaría encima del tercer cielo, lo llaman el cuarto Arcángel en poder, y Adán habría recibido de éste alguna cosa, cuando permaneció en ese cielo.

5,3. También afirman que el Demiurgo creyó haber fabricado todas las cosas por sí mismo; pero hizo las cosas de Achamot: pues fabricó el cielo sin que lo supiera Cielo, y plasmó al ser humano en la ignorancia de Hombre, así también la tierra sin que Tierra estuviese informada. Igualmente en todas las cosas ignoró los modelos de los seres que hacía, e incluso ignoró a la Madre misma, imaginando que él lo era todo. El motivo de haber actuado así, dicen, fue su Madre que quiso producirlo, pues lo hizo Principio y Cabeza de su substancia, y Señor de todas sus obras. A esta Madre ellos la llaman Ogdóada, Sabiduría, Tierra, Jerusalén, Espíritu Santo, así como también Señor, en masculino. Ella ocupa la Región Intermedia (*Mesótes*), porque está por sobre el Demiurgo, pero debajo y fuera del Pléroma hasta la consumación (del mundo).

5,4. Ellos dicen que la substancia material se sustenta de tres pasiones: el temor, la tristeza y la ansiedad. Del temor y la conversión tomaron su fundamento los seres psíquicos. De la conversión sacó su origen el Demiurgo. Y del temor brotaron las demás substancias psíquicas, de los animales irracionales y de los seres humanos. Y por este motivo (el Demiurgo), pues los seres espirituales eran demasiado elevados para que

pudiese conocerlos, se imaginó que él era el único Dios. Por eso dijo por los profetas: «Yo soy Dios y fuera de mí no hay ningún otro» (Is 45,5; 46,9).

Enseñan, además, que de la tristeza fueron elaborados los «espíritus del mal» (Ef 6,12): de ella sacaron su origen el Diablo, al que ellos llaman «Soberano del mundo» (*Kosmokrátor*), los demonios y todos los seres malvados. Pero dicen que el Demiurgo es el hijo psíquico de su Madre, en cambio el Soberano del mundo es una creatura del Demiurgo. Sin embargo, el Soberano del mundo sí comprende las cosas que existen por encima de él, porque es espíritu, por más que sea del mal; en cambio el Demiurgo las ignora, porque es una substancia psíquica. Y dicen que la Madre habita en un lugar celeste, es decir en la Región Intermedia (*Mesóti*), mientras el Demiurgo reside en un lugar celeste, es decir en la Semana, y el Soberano del mundo radica en nuestro mundo.

Del espanto y la angustia (pues son sentimientos pesados) brotaron los seres corporales: la tierra del estado de terror, el agua del movimiento del temor, el aire de la concetración de la tristeza. El fuego, por su parte, se halla en todos ellos para engendrar la muerte y la corrupción; así como la ignorancia se halla escondida en las tres pasiones.

1.4.4. Creación de los tres tipos de hombres

5.5. Una vez fabricado el mundo, también hizo al ser humano, «sacado de la tierra» (Gén 2,7; 1 Cor 15,47). No lo hizo de tierra seca, sino tomando algo de la substancia invisible, de la materia difusa y fluida, en la cual sopló el elemento psíquico. Este es el hombre hecho «a imagen y semejanza» (Gén 1,26). Ante todo según la imagen es el hombre *hylico*: cercano, pero no consubstancial a Dios. Según la semejanza es el hombre *psíquico*, a cuya substancia se le llama «espíritu de vida» (Gén 2,7), porque surge de un fluido espiritual. Y, dicen ellos, en tercer lugar la «túnica de piel» (Gén 3,21): ésta sería la carne sensible.

5.6. Respecto al parto de su Madre Achamot, que engendró cuando contemplaba los Angeles que rodean al Salvador, era consubstancial a su Madre, pneumático, pero el Demiurgo lo ignoró, porque fue colocado en él de modo secreto, sin que él lo advirtiera, a fin de que fuese sembrado en la psyche que de él provenía y en este cuerpo material. Gestado de esta manera en estos elementos y desarrollado como en un vientre, estaría preparado para recibir el Deseo perfecto. Así pues, como dicen, quedó oculto al Demiurgo el hombre pneumático que había sido sembrado por la Sabiduría en su soplo (Gén 2,7), con inefable poder y providencia. Así como él ignoró a su Madre, así también desconoció su esperma al que llaman Iglesia, que es una imagen de la Iglesia que está en las alturas. De esta manera pretenden ellos que se haya originado el hombre que en ellos existe: recibió la psyche del Demiurgo, el cuerpo del lodo y la carne de la materia; pero el hombre pneumático surgió de su Madre Achamot.

1.4.5. Destino de los tres tipos de hombres

6.1. Son tres, pues, los tipos de hombre: el primero es *material* (*hylico*), al que llaman «de izquierda», que por necesidad perece, el cual es incapaz de recibir ningún soplo de incorrupción. El *animado* (*psychico*), también llamado «de derecha», que

queda entre el *material* y el *espiritual*, que se inclinará hacia el lado que lo arrastre su propensión. Y el *espiritual* (*pneumático*), que fue enviado al *animado* a fin de que, estando en éste, lo educase. Este elemento *espiritual*, dicen ellos, es «la sal» y «la luz del mundo» (Mt 5,13-14). En efecto, el hombre *psíquico* necesitaba una educación por los sentidos. Con este objeto el mundo habría sido fabricado y el Salvador habría venido al lado de este hombre animado (psíquico), porque es libre, para salvarlo. Porque, dicen ellos, él ha tomado las primicias de lo que debía salvar: de Achamot el elemento espiritual, del Demiurgo el vestido psíquico (es decir el animado) que es Cristo: por motivo de la *Economía* se le preparó un cuerpo formado con substancia psíquica, pero dispuesto con un arte inefable para que pudiera ser visto, palpado y sufrir. En cambio nada tomó del (hombre) material, porque éste nada tiene que pueda salvarse. La consumación vendrá cuando todo lo espiritual esté perfectemente formado mediante la *gnosis*. Estos son los hombres espirituales (*pneumáticos*), que han adquirido el perfecto conocimiento de Dios y a quienes Achamot ha iniciado en los misterios. Ellos pretenden ser estos hombres.

6,2. También hay enseñanzas psíquicas, que son las que han recibido los hombres animados (*psychicos*), es decir aquellos que, mediante la fe sencilla y las obras han sido confirmados, pero no tienen la gnosis perfecta: éstos somos los hombres que, según ellos, formamos la Iglesia. Por eso nos hace falta una buena conducata, pues de otra manera no podremos salvarnos. En cambio enseñan que ellos no se salvan por las obras, sino que, por el hecho de ser de naturaleza espiritual, automáticamente se salvan. Porque, así como lo que nace del lodo es incapaz de acoger la salvación -por no tener potencia de recibirla-; de igual manera lo que por naturaleza es espiritual -y de esta clase pretenden ser ellos- es incapaz de corromperse, sean cuales fueren sus actos. Sucedería como con el oro, que aun cuando caiga en el lodo no pierde su belleza; sino que conserva su naturaleza, pues el lodo es incapaz de dañar al oro. De igual manera, dicen, ellos no pueden sufrir ningún daño ni perder su sustancia espiritual, aunque se hundan en cualesquiera obras materiales.

6,3. Por eso los que entre ellos ya son «perfectos», sin vergüenza alguna hacen lo que quieren, aun todas las acciones prohibidas, de las cuales la Escritura afirma: «Quienes tales cosas hacen no heredarán el Reino de Dios» (Gál 5,21). Comen, si se les antoja, la carne inmolada a los dioses, pues imaginan que nada puede dañarlos. En todas las fiestas paganas, si les viene en gana, son los primeros en gozar de las fiestas a los ídolos, de modo que no se abstienen ni siquiera de los espectáculos que son una indignidad ante Dios y ante los seres humanos, como las luchas homicidas de los gladiadores entre sí o con las fieras. Algunos de ellos sin freno alguno sirven a los placeres de la carne, excusándose en que los carnales entregan lo que en ellos hay de carnal a los carnales, y los espirituales lo espiritual a los espirituales. Otros de entre ellos en oculto han corrompido a mujeres a quienes enseñan esta doctrina: muchas de estas mujeres a quienes ellos han logrado convencer, lo han confesado junto con otros errores una vez que se han convertido a la Iglesia. Otros de ellos abiertamente y en forma descarada, cuando se apasionan por una mujer, la separan de su esposo para casarse con

ella. Otros más, mostrando al principio mucha seriedad, han hecho creer que cohabitaban con ella como hermano y hermana, hasta que pasando el tiempo ha aparecido que la hermana estaba preñada del que se decía su hermano.

6,4. Mientras hacen muchas otras acciones vergonzosas e impías, se ríen de nosotros, que por temor de Dios nos abstenemos de pecar incluso en nuestros pensamientos y palabras, teniéndonos por ignorantes e idiotas. En cambio presumen de ser los perfectos y la semilla de elección. Nosotros, como nos echan en cara, hemos recibido sólo el uso de la gracia, y por eso nos será quitada; en cambio ellos poseen con derecho propio una gracia que ha descendido de arriba, de un matrimonio inefable e innombrable, y por eso siempre se les dará más (Lc 19,26). Para lograrlo ellos deben siempre meditar en el misterio de la unión sexual. Esto es lo que predican a los insensatos con estas palabras: «Cualquiera que viva en el mundo (Jn 17,11), si no ha amado a una mujer hasta unirse con ella, ese tal no pertenece a la Verdad (Jn 18,37) ni caminará hacia la Verdad; en cambio aquel que es del mundo (Jn 17,14-16), si se ha unido a una mujer, no habitará en la Verdad, porque se ha unido a ella por concupiscencia». Por ello nosotros, a quienes llaman psíquicos y, según ellos, pertenecemos a este mundo, tenemos que observar por fuerza la continencia y realizar buenas obras para que podamos llegar al Lugar Intermedio. En cambio ellos, que a sí mismos se llaman espirituales y perfectos, de ningún modo lo necesitan; porque no son las obras lo que lleva al Pléroma, sino la semilla sembrada de lo alto que, aunque es pequeña, acá abajo llega a hacerse perfecta.

7,1. Cuando todo el esperma se haya vuelto perfecto, su Madre Achamot pasará del Lugar Intermedio al interior del Pléroma, y recibirá como esposo al Salvador que ha sido hecho por todos los Eones; a fin de que se consume el matrimonio entre el Salvador y la Sabiduría, que es Achamot. Estos son «el esposo y la esposa» (Jn 3,29), mientras que la cámara nupcial será todo el Pléroma. Entonces los espirituales, que se han despojado de sus almas y convertidos en espíritus puramente intelectuales, entrarán en el Pléroma para convertirse en esposas de los Angeles que forman el entorno del Salvador. A su vez el Demiurgo pasará al lugar de su Madre la Sabiduría, que es el Intermedio. También las almas de los justos descansarán en el Lugar Intermedio; pues nada psíquico puede ingresar dentro del Pléroma. Una vez que todo esto se haya realizado, el fuego escondido en la tierra se encenderá y apoderándose de toda la materia la consumirá, y él mismo, consumiéndose con ella, irá a la nada. El Demiurgo, según dicen, no ha sabido nada de esto antes de que el Salvador viniese.

1.4.6. Variante sobre el Cristo y el Salvador

7,2. Algunos de ellos también andan diciendo que (el Demiurgo) engendró a un Cristo hijo suyo, pero psíquico, el cual habría hablado por los profetas. Este sería el que pasó por María como agua por un tubo, sobre el cual descendió del Pléroma en el bautismo el Salvador en forma de paloma (Mt 3,16; Lc 3,22); también Achamot habría sembrado en él la semilla espiritual. De donde se sigue que, si hemos de creerles, nuestro Señor estuvo compuesto de cuatro elementos, reproduciendo en sí la imagen de la primera y primordial Quaterna (*Tetraktys*): de elemento pneumático emitido de Achamot;

de psíquico, proveniente del Demiurgo; de la Economía, hecho con arte inefable; y del Salvador, o sea la paloma que descendió sobre él. Y dicen que fue siempre impasible -pues no podía padecer, siendo invisible e incomprensible-. Por eso, cuando fue conducido a Pilato, se le quitó el Espíritu de Cristo que se le había sembrado. Pero según ellos tampoco padeció el semen que provenía de la Madre; porque era espiritual e invisible aun para el Demiurgo. Por lo tanto habría padecido sólo el Cristo psíquico, el que por la Economía fue elaborado misteriosamente, a fin de que por medio de él la Madre manifieste la imagen del Cristo superior, el cual extendió los brazos en la Cruz y al que Achamot dio la forma de la substancia: todas estas cosas, dicen, serían figura de aquéllos (seres superiores).

7,3. Igualmente predican que las almas que recibieron de Achamot el semen, son mejores que las otras; por eso el Demiurgo más las ama, sin saber por qué son superiores, pues se imagina que de él mismo salieron. Por ese motivo las eligió para ser profetas, reyes y sacerdotes. Pretenden que este esperma mucho habría hablado por medio de los profetas, porque es de naturaleza superior; así también la Madre habría dicho muchas cosas acerca de lo alto; y aun el Demiurgo reveló muchas cosas por medio de las almas que él había hecho. De este modo ellos dividen las profecías, enseñando que unas son enseñanzas de la Madre, otras del esperma, otras del mismo Demiurgo. Y lo mismo pasa con Jesús: dicen que una parte proviene del Salvador, otra de la Madre, otra del Demiurgo, como expondremos más adelante.

7,4. El Demiurgo, ignorando las cosas superiores a él, quedó admirado de lo que se decía, pero lo atribuyó unas veces a una causa, otras veces a otra: o al Espíritu profético que tiene un propio movimiento, o al hombre, o a una combinación de elementos inferiores. De esta manera se mantuvo en la ignorancia hasta la venida del Salvador. Mas cuando vino el Salvador, de él aprendió todo lo que se había dicho, y con alegría se le unió con todo su poder. El sería el centurión que en el Evangelio dijo al Salvador: «Yo tengo bajo mi poder servidores y soldados, y ellos hacen lo que les digo» (Mt 8,9; Lc 7,8). El llevará a cumplimiento la Economía del mundo hasta el tiempo oportuno, sobre todo por el cuidado que tiene de la Iglesia y por el conocimiento del premio preparado, ya que habrá de pasar al lugar de la Madre.

7,5. Enseñan, pues, que son tres los tipos de seres humanos: los pneumáticos, los psíquicos y los terrenos, como fueron Caín, Abel y Set, de modo que éstos representan las tres naturalezas, no de hombres concretos, sino de toda la raza humana. El terreno va directo a la corrupción. El psíquico, si elige las cosas mejores, descansará en el Lugar Intermedio; pero si elige las más bajas, también acabará como aquellas cosas de las que se ha hecho semejante. Achamot, en cambio, desde el principio hasta hoy siembra a los hombres pneumáticos en las almas justas, para educarlos y desarrollarlos aquí en la tierra; a fin de entregarlos después, una vez hechos perfectos, como esposas a los Angeles que forman la guardia del Salvador, mientras sus almas necesariamente quedarán en el Lugar Intermedio para hallar su reposo eterno junto con el Demiurgo. Finalmente distinguen las almas en buenas y malas por naturaleza: las almas buenas son las capaces de recibir la semilla; en cambio las de naturaleza mala nunca podrán ser capaces de

acogerla.

1.4.7. La Escritura al servicio de sus teorías

8,1. Esta es su teoría, que ni los profetas anunciaron, ni el Señor enseñó, ni los Apóstoles transmitieron. Y, sin embargo, ellos se glorían de haber recibido de estas cosas un conocimiento más elevado que todas las demás personas. Todo el tiempo citan textos que no se hallan en las Escrituras y, como se dice, fabrican lazos con arena. Y no les preocupa acomodar a sus doctrinas, de una manera confiable, sea las parábolas del Señor, sea los dichos de los profetas, sea la predicación de los Apóstoles. Lo único que tratan de hacer es que sus creaciones no parezcan carecer de pruebas. Por eso enredan el orden y el texto de las Escrituras, y en cuanto pueden separan los miembros (del cuerpo) de la verdad. Transponen y transforman todo y, mezclando una cosa con otra, seducen a muchos mediante la fantasiosa composición que fabrican a partir de las palabras del Señor.

Como si un hábil artista hiciese con toda precisión en un rico mosaico el hermoso retrato de un rey, y luego alguien, para destruir su imagen, arrancase fragmentos de piedra y los volviese a acomodar formando otra figura mal dibujada, por ejemplo de un perro o una zorra; y luego dijese que ese es el bello retrato del rey que el famoso artista había hecho. Ese hombre mostraría las piedras (las mismas que el primer artista había hábilmente acomodado para trazar los rasgos del rey, pero con las cuales el segundo con toda vileza había formado la figura de un perro), para engañar a los más simples que no conocen los rasgos del rey, haciéndoles creer que esa detestable imagen de zorra es su auténtico retrato. Del igual manera esa gente, después de haber juntado fábulas de viejas, añadiéndoles en seguida textos, frases y parábolas pretendieron acomodar a sus mitos la Palabra de Dios. Ya hemos hecho notar los pasajes de la Escritura que ellos aplican a los seres que habitan dentro del Pléroma.

8,2. Veamos ahora los textos de las Escrituras que ellos pretenden atribuir a los sucesos que han tenido lugar fuera del Pléroma. El Señor, alegan, vino a sufrir en los últimos tiempos del mundo, a fin de mostrar la pasión del último de los Eones, para de esta manera dar a conocer el fin para el que fueron hechos los Eones. La niña de doce años, hija del jefe de la sinagoga a la que el Señor, cuando se le rogó, despertó de entre los muertos (Lc 8,41-42), era, según explican, figura de Achamot a la cual Cristo, colocándose encima de ella, le dio forma y la hizo sentir la Luz que la había abandonado. Que el Salvador se le mostró cuando se hallaba como un aborto fuera del Pléroma, lo diría Pablo en su primera Carta a los Corintios: «Por último también a mí se me dejó ver como a un abortivo» (1 Cor 15,8). Y la venida del Salvador a Achamot, junto con sus acompañantes (los Angeles), quedaría claramente manifiesta en la misma carta, cuando dice: «Conviene que la mujer tenga puesto el velo en la cabeza por respeto a los Angeles» (1 Cor 11,10); porque, cuando el Salvador se acercó a ella, Achamot se echó el velo en su cara llena de vergüenza como lo habría indicado Moisés cubriéndose la cara con un velo (Ex 34,33-35; 2 Cor 3,13). [525] Y dicen que el Señor señaló los sufrimientos por los que ella había tenido que pasar, cuando dijo desde la cruz: «¡Dios

mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mt 26,46; Sal 22[21],2), las cuales harían memoria de cuando la Luz abandonó la Sabiduría y el Límite le impidió lanzarse hacia lo alto; su tristeza, cuando dijo: «¡Triste está mi alma!» (Mt 26,38); y su temor cuando dijo: «Padre, si es posible, pase de mí este cáliz» (Mt 26,39); y su angustia y consternación, cuando dijo: «No sé qué decir» (Jn 12,27).

8,3. También prueban que hay tres clases de seres humanos, de esta manera: los hílicos estarían incluidos en estas palabras que respondió al que le decía: «Te seguiré»: «El Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8,19-20; Lc 9,57-58). El psíquico, en aquello que contestó al que le decía: «Te seguiré, pero primero déjame ir a despedirme de mi familia»: «Ninguno que pone la mano en el arado y se vuelve atrás, es digno del Reino de los cielos» (Lc 9,61-62); [528] pues dicen que un hombre de este tipo pertenecía a los mediocres, al cual se le parecía aquel joven que confesaba haber hecho muchos deberes de justicia, pero que luego no quiso seguirlo, sino que, impedido por las riquezas para volverse perfecto (Mt 19,16-22), dicen que se movía dentro del mundo de los psíquicos. Y el pneumático estaría indicado en aquello que dijo: «Deja a los muertos sepultar a sus muertos, tú ve y anuncia el Reino de Dios» (Mt 8,22; Lc 9,60), y también en el publicano Zaqueo a quien dijo: «Baja de prisa, porque hoy debo quedarme en tu casa» (Lc 19,5): estos hombres pertenecerían al tipo de los pneumáticos. También dicen que en la parábola de la levadura que la mujer escondió en tres medidas de harina, se esconden los tres tipos de seres humanos. La mujer sería la Sabiduría, y las tres medidas de harina, los tres tipos de hombres: espiritual, animado y terreno. El fermento sería el Salvador.

Igualmente Pablo se habría referido claramente a los terrenos, psíquicos y espirituales. En un lugar dice: «Como es el terreno, así son los terrenos» (1 Cor 15,48). En otro pasaje: «El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu» (1 Cor 2,14). En otro texto: «El hombre espiritual todo lo juzga» (1 Cor 2,15). «El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu» lo habría afirmado del Demiurgo, el cual, siendo psíquico, no conoció ni a la Madre espiritual ni su semilla ni los Eones que habitan en el Pléroma. Y como el Salvador asumió las primicias de los que había de salvar, Pablo dijo: «Y si las primicias son santas, también lo será la masa» (Rom 11,16): la primicia designa, según ellos, aquello que es pneumático; la masa somos nosotros, o sea la Iglesia psíquica. El Salvador, dicen, asumió la masa y la elevó en sí mismo, porque él era la levadura.

8,4. Y que Achamot se extravió del Pléroma, el Cristo la formó y el Salvador la buscó, afirman ellos que está indicado cuando dijo que había venido a buscar la oveja perdida (Mt 18,12-13; Lc 15,4-7). Porque la oveja errabunda significaría a la Madre errante, la cual sembró la Iglesia terrena; su pérdida sería su permanencia fuera del Pléroma, en medio de sufrimientos, de los cuales se habría originado la materia. La mujer que limpió toda la casa hasta encontrar la dracma (Lc 15,8-10), dicen que describe a la Sabiduría superior, la cual, habiendo perdido su Intención, después de algún tiempo, limpiando todas las cosas con la venida del Salvador, la volvió a encontrar, porque habría regresado al interior del Pléroma.

Acerca de Simeón, que «recibió en sus brazos a Cristo y dio gracias a Dios diciendo: *Ahora, Señor, deja a tu siervo ir en paz según tu palabra*» (Lc 2,29), dicen que es figura del Demiurgo, el cual, una vez venido el Salvador, le hizo posible cambiar de lugar, y dio gracias al Abismo. Y en Ana, de la cual el Evangelio afirma que «había vivido con siete maridos» (Lc 2,36-38), pero luego había permanecido viuda el resto de sus años hasta que vio al Salvador, lo reconoció y habló de él a todos, claramente estaría representada Achamot: ésta, habiendo visto durante un instante al Salvador junto con todos sus acompañantes, durante todo el tiempo que siguió habitó en el Lugar Intermedio, esperando su segunda venida y renunciando al matrimonio. Incluso su nombre estaría indicado en lo que dijo de ella el Salvador: «La sabiduría ha quedado justificada en sus hijos» (Lc 7,35), y también Pablo: «Hablamos de la sabiduría a los perfectos» (1 Cor 2,6). En cuanto a los matrimonios que se celebran en el Pléroma, Pablo se habría referido a ellos, cuando dijo acerca de uno: «Este es un gran misterio, hablo de Cristo y de la Iglesia» (Ef 5,32).

8,5. Además enseñan que Juan, el discípulo del Señor, habría dado a conocer la primera Ogdóada. Estas son sus propias palabras: Juan, el discípulo del Señor, queriendo exponer el origen de todas las cosas, es decir el modo como el Padre las ha emitido, comenzó estableciendo un Principio que fuera como el cimiento, o sea el Primogénito de Dios, por lo cual lo llamaron el Hijo y el Dios Unigénito: en él el Padre sembró todas las cosas a modo de semilla. Este Principio a su vez emitió al Verbo y, en él, toda la substancia de los Eones, a los cuales el mismo Verbo dio forma posteriormente. Y como Juan habla de los orígenes, es claro que parte del Principio, es decir del Hijo, y elabora la doctrina del Verbo. Dice así: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio ante Dios» (Jn 1,1-2).

Al inicio distingue tres cosas: Dios, el Principio y el Verbo; en seguida los une. Lo hace para mostrar la emisión de ambos, es decir del Hijo y del Verbo, y en seguida la unidad que hay entre ambos y de ambos con el Padre. El Principio, en efecto, se origina del Padre y está en el Padre, y el Verbo proviene del Principio y está en el Principio. Por eso habría dicho justamente: «En el Principio estaba el Verbo», porque estaba en el Hijo. «Y el Verbo estaba ante Dios», porque es el Principio. «Y el Verbo era Dios» en consecuencia: pues lo que ha nacido de Dios es Dios. «El estaba en el Principio ante Dios», muestra el orden de la emanación. «Todo fue hecho por él, y sin él nada ha sido hecho» (Jn 1,3), pues el Verbo es la causa de la formación y generación de los Eones que después de él vinieron. «Y lo que a sido hecho en él era la Vida» (Jn 1,3-4): estas palabras significan el matrimonio, pues en él ha sido hecha toda Vida. Luego ésta, que ha sido hecha en él, le es más cercana que las cosas que fueron hechas por él: pues está con él y por él produce fruto. Por eso dice: «Y la Vida era la luz de los hombres» (Jn 1,4): con esta palabra «hombres» dio a entender la Iglesia terrena, pues con este solo nombre quería indicar la comunión del matrimonio, ya que del Verbo y la Vida son engendrados el Hombre y la Iglesia. A la Luz la llamó la Vida de los hombres, porque los iluminados por ella son los formados y manifestados.

Pablo dijo lo mismo: «Todo lo que se manifiesta es luz» (Ef 5,13). Porque la Vida

manifestó y engendró al Hombre y la Iglesia, se le llama su Luz. Mediante estas y otras palabras Juan claramente dio a entender la segunda Cuaterna (*Tetráda*), el Verbo, la Vida, el Hombre y la Iglesia. Pero también insinuó la primera Cuaterna. Pues hablando del Salvador y enseñando que él dio forma a todas las cosas fuera del Pléroma, al mismo tiempo descubre que este Salvador es el fruto de todo el Pléroma. Pues lo llama «Luz que brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no lo recibieron» (Jn 1,5) porque, a pesar de haber armonizado él todas las cosas que fueron hechas de la pasión, éstas no lo conocieron. También lo llama Hijo y Verdad y Vida, y añade que el Verbo se hizo carne, cuya gloria hemos visto, y se trataba de la gloria del Unigénito, que el Padre le concedió, llena de Gracia y de Verdad. Pues Juan dice lo siguiente: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de Gracia y de Verdad» (Jn 1,14). Estas palabras describirían con toda exactitud la primera Cuaterna: el Padre, la Gracia, el Unigénito y la Verdad. Por eso Juan habría dicho acerca de la Ogdóada, primera Madre de todos los Eones: pues se habló del Padre, la Gracia, el Unigénito, la Verdad, el Verbo, la Vida, el Hombre y la Iglesia. Esto dice Ptolomeo.

1.4.8. Refutación

9.1. Ve, mi hermano, los trucos de que se valen para enloquecerse a sí mismos, forzando las Escrituras para tratar de sostener con ellas sus propias creaciones. Por este motivo pusimos arriba sus propias palabras, a fin de que adviertas el dolo de sus trucos y la malicia de sus errores (Ef 4,14). Porque, en primer lugar, si Juan hubiese tenido el propósito de mostrar la Ogdóada superior, sin duda habría conservado el orden de su emisión; y si hubiese hablado de la Cuaterna superior, que como ellos dicen es la más venerable, habría puesto sus nombres en primer lugar, y sólo después le habría añadido la segunda Cuaterna, a fin de hacer ver mediante el orden de los nombres también la jerarquía dentro de la Ogdóada. Ciertamente no lo habría hecho después de un intervalo tan largo, casi como quien se ha olvidado y en seguida lo ha recordado, para al final acordarse de la primera Cuaterna. Si hubiese querido también referirse al matrimonio, no habría callado el nombre de la Iglesia: porque, en los otros matrimonios también se habría contentado con nombrar a los masculinos, de manera que en ellos pudieran sobreentenderse también sus parejas, conservando de esta manera la unidad en todo el relato; o bien, si quería describir los matrimonios de los demás (Eones), también habría debido indicar el del Hombre, cuya compañera ciertamente no habría dejado de mencionar, en lugar de dejarnos adivinar su nombre.

9,2. Es, pues, evidente el capricho de su exégesis. Pues Juan proclama al único Dios Soberano de todas las cosas, y a Cristo, su Hijo único, por el cual todas las cosa fueron hechas (Jn 1,3). A éste lo llama el Verbo de Dios (Jn 1,1), el Unigénito (Jn 1,18), el Creador de todas las cosas, la Luz verdadera que ilumina a todo hombre (Jn 1,9), el Creador del cosmos (Jn 1,10), el que vino a los suyos (Jn 1,11), el que se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14). Por el contrario ellos, enredando con sofismas la exégesis, pretenden llamar a uno el Unigénito en referencia a la emisión, y también lo

llaman el Principio; a otro lo llaman el Salvador; a un tercero el Verbo; a otro el Hijo del Unigénito, y a uno distinto lo llaman el Cristo, emitido para enmendar el Pléroma.

Desviando la verdad de las palabras (de la Escritura), abusan de ellas imponiéndoles sus propias elucubraciones. Y lo hacen a tal punto que, según ellos, Juan no habría hecho ni siquiera mención de nuestro Señor Jesucristo. Habría mencionado al Padre, la Gracia, al Unigénito y la Verdad, al Verbo y la Vida al Hombre y la Iglesia. Si siguiéramos sus hipótesis, Juan habría hablado de la primera Ogdóada, en la cual por ningún lado se encuentra Jesús, ni Cristo, el Maestro de Juan. Y que el Apóstol no habló de sus matrimonios, sino de nuestro Señor Jesucristo, del que sabía que era el Verbo de Dios, él mismo lo puso en claro. Pues recapitulando lo que al principio había dicho acerca del Verbo (Jn 1,1), explica más adelante: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Pero según los argumentos que ellos proponen, el Verbo no se habría hecho carne, ya que ni siquiera salió jamás del Pléroma, sino que lo habría hecho el Salvador, emitido por todos los Eones y posterior al Verbo.

9,3. Aprended pues, gente sin cerebro, que Jesús es el que padeció por nosotros (1 Pe 2,21), el que vivió con nosotros, y él mismo es el Verbo de Dios. Porque si algún otro de los Eones se hubiese hecho carne para salvarnos, es claro que de él lo habría dicho el Apóstol. Mas si fue el Verbo del Padre el que descendió, fue él también el que ascendió (Ef 4,10; Jn 3,13). El es el Hijo Unigénito del único Dios, encarnado por los seres humanos según la voluntad del Padre. Así pues, Juan no habló de ningún otro (Eón) ni de la Ogdóada, sino del Señor Jesucristo. Pero, según ellos, el Verbo propiamente no se hizo carne; sino que el Salvador se revistió un cuerpo psíquico formado de la Economía por una inefable providencia, para que lo pudieran ver y tocar. Mas la carne es aquella que al principio Dios plasmó del barro en Adán, y ésta es la que verdaderamente el Verbo de Dios se hizo, como dio a entender Juan. De esta manera se disuelve su primera y primordial Ogdóada. Porque, una vez que se revela como uno y el mismo el Verbo y el Unigénito, la Vida y la Luz, el Salvador y el Hijo de Dios, y que es éste el que se hizo carne por nosotros, cae por tierra el falso andamio de su Ogdóada. Y, una vez que éste se ha derrumbado, también se deshacen todos sus argumentos, esos sueños vacíos con los cuales infaman las Escrituras.

9,4. En seguida recogen frases de aquí y de allá, las cambian de lugar (como arriba dijimos), sacándolas de su contexto natural para ponerlas en uno forzado. Hacen como aquellos que, fijándose una idea sobre el primer tema que les viene en la cabeza, en seguida tratan de probarlas con versos de Homero, para hacer creer a los ingenuos que Homero compuso tales versos precisamente para fundar la teoría que ellos han inventado. Y son muchos en verdad los que se dejan inducir, por la ordenada lógica de los versos, a pensar que quizás Homero mismo los ha elaborado. Es como si uno narrase con versos tomados de Homero la misión que Hércules recibió de Euristeo, de bajar para atar el perro del Hades. Y nada impide que usemos este ejemplo para compararlo con lo que ellos hacen, pues el método de argumentar es el mismo en ambos casos :

«Después que así habló, llorando fue echado de casa» (Odisea 10,76),

«Hércules invicto, autor de grandes empresas» (Ibid 21,26),

«por Euristeo, hijo de Sténelo, raza de persas» (Ilíada 19,123)

«para que echase del Erebo el perro del cruel Hades» (Ibid 8,368).

«El partió como un fuerte león criado en la montaña» (Odisea 6,130)

«atravesando la ciudad, y todos los amigos lo seguían» (Ilíada 24,327):

«las jóvenes novias, los muchachos y los viejos en años» (Odisea 11,38),

«llorando mucho, como si caminara a la muerte» (Ilíada 24,328).

«Hermes lo precedía: por eso la bella Atenea» (Odisea 11,626)

«sabía cuánto dolor experimentaba su hermano» (Ilíada 2,409).

¿Quién que no sea un ingenuo se dejará arrastrar por estos versos, creyendo que Homero ha creado este argumento? Pues, quien conoce los escritos de Homero, reconoce los versos, pero no el argumento; pues se da cuenta de que dijo unas cosas acerca de Ulises, otras de Hércules, otras de Príamo, otras de Menelao y Agamenón. Volviendo a poner cada uno de los versos en el sitio del libro que le corresponde, hará pedazos el argumento en cuestión.

De manera semejante quien conserva inquebrantable la Regla de la verdad que recibió en el bautismo, reconocerá los nombres, los dichos y las parábolas tomados de las Escrituras, pero no sus teorías blasfemas. Reconocerá las piedras del mosaico, pero no aceptará que la figura de la zorra sustituya el retrato del rey. Volviendo a colocar las palabras en su propio orden y en el contexto del cuerpo de la verdad, dejará al desnudo las creaciones que ellos han fantaseado y probará su falta de consistencia.

9,5. Como a una tal comedia sólo le falta que se le desenmascare, y no hay entre esos payasos alguno que acabe con esa farsa, hemos pensado en primer lugar mostrar aquellos puntos en los cuales los mismos padres de tales fábulas difieren entre sí, puesto que están inspirados por diversos espíritus del error. Y, en segundo lugar, a partir de su comparación podremos demostrar, si examinamos el asunto atentamente, la verdad que la Iglesia predica y los errores enmascarados que ellos pregonan.

1.5. La única fe de la Iglesia

10,1. La Iglesia, extendida por el orbe del universo hasta los confines de la tierra, recibió de los Apóstoles y de sus discípulos la fe en un solo Dios Padre Soberano universal «que hizo los cielos y la tierra y el mar y todo cuanto hay en ellos» (Ex 20,11; Sal 145,6; Hech 4,24; 14,15), y en un solo Jesucristo Hijo de Dios, encarnado por nuestra salvación (Jn 1,14), y en el Espíritu Santo, que por los profetas proclamó las Economías y el advenimiento, la generación por medio de la Virgen, la pasión y la resurrección de entre los muertos y la asunción a los cielos (Lc 9,51) del amado (Ef 1,6) Jesucristo nuestro Señor; y su advenimiento de los cielos en la gloria del Padre (Mt 16,27) para recapitular todas las cosas (Ef 1,10) y para resucitar toda carne del género humano; de modo que ante Jesucristo nuestro Señor y Dios y Salvador y rey, según el beneplácito (Ef 1,9) del Padre invisible (Col 1,15) «toda rodilla se doble en el cielo, en la

tierra y en los infiernos, y toda [552] lengua lo confiese» (Fil 2,10-11). El juzgará a todos justamente (Rom 2,5), los «espíritus del mal» (Ef 6,12) y los ángeles que cayeron y a los hombres apóstatas, impíos, injustos y blasfemos, para enviarlos al fuego eterno (Mt 18,8; 25,41), y para dar como premio a los justos y santos (Tit 1,8) que observan sus mandatos (Jn 14, 15) y perseveran en su amor (Jn 15,10), unos desde el principio (Jn 15,27), otros desde el momento de su conversión, para la vida incorruptible, y rodearlos de la luz eterna (2 Tim 2,10; 1 Pe 5,10).

10,2. Como antes hemos dicho, la Iglesia recibió esta predicación y esta fe, y, extendida por toda la tierra, con cuidado la custodia como si habitara en una sola familia. Conserva una misma fe, como si tuviese una sola alma y un solo corazón (Hech 4,32), y la predica, enseña y transmite con una misma voz, como si no tuviese sino una sola boca. Ciertamente son diversas las lenguas, según las diversas regiones, pero la fuerza de la Tradición es una y la misma. Las iglesias de la Germania no creen de manera diversa ni transmiten otra doctrina diferente de la que predican las de Iberia o de los Celtas, o las del Oriente, como las de Egipto o Libia, así como tampoco de las iglesias constituidas en el centro del mundo; sino que, así como el sol, que es una creatura de Dios, es uno y el mismo en todo el mundo, así también la luz, que es la predicación de la verdad, brilla en todas partes (Jn 1,5) e ilumina a todos los seres humanos (Jn 1,9) que quieren venir al conocimiento de la verdad (1 Tim 2,4). Y ni aquel que sobresale por su elocuencia entre los jefes de la Iglesia predica cosas diferentes de éstas -porque ningún discípulo está sobre su Maestro (Mt 10,24)-, ni el más débil en la palabra recorta la Tradición: siendo una y la misma fe, ni el que mucho puede explicar sobre ella la aumenta, ni el que menos puede la disminuye.

10,3. Que unos tengan más y otros menos capacidad para comprender, no influye en alterar la doctrina misma, a tal punto que se piense en otro Dios fuera del Demiurgo y Padre de todas las cosas, como si éste no bastase; ni en otro Cristo o en otro Unigénito. La diferencia está sólo en la capacidad de investigar todo lo que se ha dicho en parábolas, a fin de ver la concordancia con la doctrina de la verdad, a fin de exponer los instrumentos que Dios usó en su Economía en favor de la raza humana. También en su habilidad para mostrar cómo Dios es misericordioso aun en la apostasía de los ángeles y la desobediencia de los seres humanos; y para predicar por qué el único y mismo Dios creó los seres temporales y eternos, los celestes y terrenos; por qué, siendo Dios invisible, se apareció a los profetas, no en una sola forma, sino en formas diversas a cada uno; por qué Dios estableció con la humanidad varios Testamentos y enseñar las particularidades de cada uno; para investigar por qué «Dios ha encerrado a todos en la incredulidad, para tener compasión de todos» (Rom 11,32); por qué «el Verbo de Dios se hizo carne» (Jn 1,14), padeció y murió, a fin de darle gracias; para explicar por qué en los últimos tiempos vino el Hijo de Dios, es decir, por qué apareció hacia el fin y no desde el principio; para descubrir la enseñanza de las Escrituras acerca de las cosas últimas y futuras; para no callar el motivo por el que Dios hizo a los gentiles sin esperanza (Ef 2,12) coherederos, miembros del mismo Cuerpo y participantes de los santos (Ef 3,6); para proclamar que esta carne «mortal será revestida de inmortalidad y,

siendo corruptible, de incorrupción» (1 Cor 15,54); y para pregonar cómo «el que no era pueblo se hizo pueblo, y amados los que no lo eran» (Os 2,25; Rom 9,25), y cómo «la abandonada ha tenido más hijos que la casada» (Is 54,1; Gál 4,27).

Acerca de estas y de otras muchas parecidas, el Apóstol exclamó: «¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué insondables son tus juicios e impenetrables tus caminos!» (Rom 11,33) En cambio ninguno (en las iglesias) habla acerca de una Madre del Creador y Demiurgo que esté por encima de éste y los otros Eones -el Deseo de un Eón errante- ni lo verás llegar a una blasfemia tan brutal; ni acerca de un Pléroma superior que contendría unas veces treinta, otras una inumerable multitud de Eones, como predican aquellos que han defeccionado de la verdadera doctrina del Maestro. Porque en la Iglesia universal se conserva la única y misma fe en todo el mundo, como ya hemos dicho.

CAPÍTULO 2.

Variantes del sistema gnóstico

2.1. Valentín

11,1. Veamos ahora su inestable doctrina. Basta que ellos sean dos o tres para que digan cosas diversas acerca de los mismos temas, e incluso respondan cosas contradictorias acerca de los nombres y los hechos.

Valentín fue el primero en tomar los principios antiguos de la secta llamada *Gnóstica* para aplicarlos a las características de su propia doctrina. Valentín la definió de esta manera: había una Díada innombrable, uno de suyos elementos se llamaba Inefable (*Arretos*) y el otro Silencio (*Sygé*). Esta Dualidad emitió una segunda Dualidad, a uno de cuyos elementos llama Padre, y al otro Verdad (*Alétheia*). Esta Cuaterna produjo como frutos el Verbo, la Vida, el Hombre y la Iglesia. Esta fue la primera Ogdóada. El Verbo y la Vida emitieron las diez Potestades (*Dynámeis*) como arriba expusimos. Del Hombre y la Iglesia nacieron otras doce, de una de las cuales apostató (del Pléroma) y caída en la decadencia creó las demás cosas. Pone luego dos Límites: uno entre el Abismo y el Pléroma, que separa a los Eones que nacieron del Padre ingénito; la otra pone la separación entre la Madre de ellos y el Pléroma.

El Cristo no habría sido emitido por los Eones del Pleroma; sino que la Madre, una vez que se halló fuera del Pléroma, lo engendró de acuerdo con las memorias que conservaba de las realidades superiores, y por eso lo dio a luz en una cierta sombra. Este, como nació masculino, se libró de la sombra y volvió al Pléroma. Entonces la Madre, abandonada en la sombra y privada de la substancia espiritual (*pneumática*), emitió otro hijo. Este es el Demiurgo, a quien (Valentín) llama el Soberano universal (*Pantokrátor*) de todos los seres que le están sometidos. Pero junto con él fue engendrado un Principio (*Archonte*) «de la izquierda» que, a decir de Valentín, es semejante a los falsos gnósticos de los que hablaremos adelante. En cuanto a Jesús, unas veces enseña que fue engendrado por aquel que se separó de la Madre para unirse con el resto (de los Eones), es decir del Deseado (*Theletòs*); otras veces, que proviene de aquel que ascendió al Pléroma, es decir de Cristo; y otras, finalmente, que el Hombre y la Iglesia lo engendraron. Tambien enseña que la Verdad emitió al Espíritu Santo, a fin de juzgar y hacer fructificar a los Eones. El Espíritu se introduce en ellos de manera invisible, y por su obra los Eones producirían los frutos de la Verdad. Esto es lo que dice.

2.2. Segundo

11,2. Segundo, por su parte, transmite que la primera Ogdóada está formada por una Cuaterna «de la izquierda» y una Cuaterna «de la derecha», que son Luz y Tiniebla. Y añade que la Potencia apóstata (del Pléroma) se degradó, y no tuvo su origen de los treinta Eones, sino de sus frutos.

2.3. Algunos gnósticos anónimos

11,3. Otro ilustre maestro entre ellos, a quien se le tiene por más profundo y conocedor, describe así la primera Cuaterna: Ante todo existió el Protoprincipio (*Proarchè*), anterior a toda inteligencia, inefable e innominable, a la que llamo Unicidad (*Monóteta*). Junto con la Unicidad existe una Potencia a la que también llamo Unidad (*Henóteta*). Estas Unicidad y Unidad, siendo una sola cosa, engendradon sin dar a luz al Principio de todas las cosas, inteligente, ingénito e invisible, Principio al que solemos llamar Mónada. Junto con esta Mónada existe una Potencia que le es consubstancial, a la que llamo el Uno (*Hén*). Dichas Potencias, es decir la Unicidad, la Unidad, la Mónada y el Uno, emitieron el resto de los Eones.

2.4. Refutación burlesca de los sistemas

11,4. ¡Terrible! ¡Terrible! Con razón podemos llamar una tragedia esa creación de nombres y ese atrevimiento que le llevó a ponerles tales nombres, sin sentir vergüenza. Cuando dice: «Ante todo existió el Protoprincipio (*Proarchè*) anterior a toda inteligencia, al que llamo Unicidad»; y: «Junto con la Unicidad existe una Potencia a la que también llamo Unidad (*Henóteta*)», confiesa que todo cuanto dice es pura ficción suya, y que todos esos nombres son sólo fábulas que a ningún otro se le han ocurrido.¡Naturalmente si él no hubiese tenido esa osadía, la verdad aún no tendría nombre!

Pero entonces, según su argumento, nada impide que alguien venga y defina los nombres de otra manera como ésta: «Hay un Protoprincipio real, protodespojado de mente, protovacío de substancia, una Potencia protodotada de redondez, a la que llamo *Calabaza*. Junto con esta Calabaza hay otra Potencia a la que llamo *Supervacío*. Estos Calabaza y Supervacío, puesto que son una sola cosa, emitieron sin dar a luz un Fruto dulce y visible que todos pueden comer, al que el lenguaje común llama *Pepino*. Junto con el Pepino existe una Potencia que goza del mismo poder, a la que llamo *Melón*. Estas Potencias: la Calabaza, el Supervacío, el Pepino y el Melón, emitieron el resto de los pepinos fruto de los delirios de Valentín». Porque, si para la primera Cuaterna es preciso cambiar el lenguaje común para que cada uno les ponga los nombres que le parece, ¿quién nos puede prohibir usar estos nombres más creíbles y conocidos de todos?

2.5. Otros gnósticos anónimos

11,5. Otros dan estos nombres a la primera y primitiva Ogdóada: primero el Protoprincipio, luego el Ininteligible, en tercer lugar el Inefable, en cuarto el Invisible. Del Protoprincipio habría sido emitido, en primero y quinto lugar el Principio; del Ininteligible, en segundo y sexto lugar el Incomprensible (*Akatáleptos*); del Inefable, en tercer y séptimo lugar el Innombrable (*Anonómastos*); del Invisible, en cuarto y octavo lugar, el Ingénito. De esta manera se completaría la primera Ogdóada. Dicen que estas Potencias existieron antes del Abismo y el Silencio, a fin de parecer más perfectos que los perfectos y más gnósticos que los gnósticos. De ellos se podría afirmar con razón: «¡Oh sofistas dignos de toda burla, más melones que seres humanos!» Incluso sostienen entre ellos varias teorías acerca del Abismo: unos dicen que no se casó; otros, que no ha

sido ni masculino ni femenino; otros afirman que fue masculino y femenino, porque nació por concepción hermafrodita; otros, finalmente, le asignan al Silencio como esposa, para que así se realice la primera unión matrimonial.

2.6. Discípulos de Ptolomeo

12,1. Los más avanzados entre los discípulos de Ptolomeo enseñan que el Abismo tiene dos compañeras (*sydzygous*) a las que llaman Disposiciones (*diathéseis*): Pensamiento (*Énnoia*) y Voluntad (*Thélema*). Porque primero concibió en la mente antes de emitir, dicen ellos, y después lo quiso. Por eso de estas Disposiciones y Poderes, o sea el Pensamiento y la Voluntad, como si ambas se unieran entre sí, brotó la emisión del Unigénito y de la Verdad. Estos dos habrían salido como tipo e imagen visibles de las dos Disposiciones invisibles del Padre: la Voluntad nació de la Mente, y del Pensamiento la Verdad. Por eso la Voluntad engendrada es imagen de lo masculino, y en cambio el Pensamiento, que no ha sido engendrado, es imagen de lo femenino, puesto que la Voluntad es como el poder de la Mente. Pues la Mente siempre pensaba en emitir, pero ella por sí misma no era capaz de emitir lo que pensaba. Mas cuando le sobrevino el poder de la Voluntad, entonces ya fue capaz de dar a luz lo que había concebido.

12,2. ¿No te parece, mi hermano, que éstos más que al Señor del universo tienen en mente al Zeus de Homero, que no podía dormir por la preocupación de no saber cómo honrar a Aquiles y acabar con muchos griegos? Pues el Señor del universo al mismo tiempo que piensa realiza lo que piensa; y al mismo tiempo quiere y piensa lo que quiere: él piensa al mismo tiempo que quiere, y quiere al mismo tiempo que piensa; porque todo él es pensamiento y voluntad, todo mente, todo luz, todo ojo, todo oído y todo es fuente de todos los bienes.

12,3. De entre ellos, los que se tienen por más conocedores dicen que la primera Ogdóada no ha sido emitida por grados, un Eón por otro, sino toda simultáneamente y para siempre, como una sola emisión de los seis Eones que fueron dados a luz por el Protopadre y la Mente: ¡como si ellos hubiesen sido las comadronas!. Y ya no dicen que el Hombre y la Iglesia fueron engendrados por el Verbo y la Vida; sino que el Verbo y la Vida fueron engendrados por el Hombre y la Iglesia, de la siguiente manera: cuando el Protopadre tuvo la idea de emitir, se le llamó Padre; y como lo que emitió fue verdadero, a este fruto se le llamó Verdad. Cuando él quiso manifestarse, al resultado se le llamó Hombre. Cuando emitió a aquellos que había pensado, se le llamó Iglesia. El Hombre pronunció el Verbo, que es el Hijo Primogénito; la Vida sigue al Verbo, y de esta manera se completó la Ogdóada.

12,4. Pero luego se pelean acerca del Salvador. Algunos de ellos dicen que fue engendrado por todos (los Eones), por lo que se le llama Complacencia (*Eudokotekòs*), porque a todo el Pléroma le plugo glorificar por medio de él al Padre. Otros dicen que proviene sólo de los diez Eones que fueron emitidos por el Verbo y la Vida, y por eso se le llama el Verbo y la Vida, para conservar el nombre de sus progenitores. Otros dicen que provino de doce Eones engendrados por el Hombre y la Iglesia, y por eso él se confiesa Hijo del Hombre, puesto que desciende del Hombre. Otros dicen que nació del

Cristo y del Espíritu Santo, que habían sido emitidos para dar consistencia al Pléroma: por eso se le llamaría el Cristo, para conservar el nombre del Padre que lo emitió. Otros, finalmente, que se llama Hombre al mismo Protopadre de todas las cosas, que es el Protoprincipio y Protoimpensable. Este sería el «gran misterio escondido» (Ef 3,9): que la Potencia que está sobre todas las cosas y contiene todos los seres se llama el Hombre, y por eso dicen que el Salvador se llamó el Hijo del Hombre.

2.7. Doctrina de Marco

13,1. Otro de ellos presume de haber corregido al maestro.Su nombre es Marco. Es muy experto en las artes de magia, mediante las cuales seduce a muchos varones y a no pocas mujeres para que se conviertan a él como al más grande y más perfecto gnóstico, porque posee la Potencia más elevada, que proviene de lugares invisibles e indescriptibles. Es un verdadero precursor del Anticristo. El se introduce en las fiestas de Anasilao con los engaños de los llamados magos; y por eso muchos de quienes no disciernen y han perdido la cabeza piensan que tiene en sus manos el poder de hacer prodigios.

2.7.1. Su fingida Eucaristía

13,2. Fingiendo *dar gracias* sobre un cáliz de vino mezclado, mediante largas oraciones de invocación, hace que el cáliz aparezca de color púrpura y rojo. De esta manera quienes lo ven imaginan que mediante su invocación hace descender la Gracia (*Cháris*) de las regiones superiores para derramar su sangre en aquel cáliz; y los presentes ansían gustar de esa bebida para que también sobre ellos se derrame aquello que el mago llama Gracia. Otras veces presenta a una mujer un cáliz con la mezcla (de agua y vino), y le ordena que ella misma *dé gracias* en su presencia. En seguida acerca un cáliz mucho mayor que aquel que en la mujer engañada ha celebrado la Eucaristía, y luego hace vaciar del cáliz menor en que la mujer ha celebrado la Eucaristía, en el mayor que él ha puesto al lado, mientras pronuncia estas palabras: «Que la Gracia incomprensible e inefable que existe desde antes de la creación llene tu Hombre interior, y acreciente en ti su conocimiento (gnosis), sembrando el grano de mostaza en tierra buena». Después de haber pronunciado estas palabras y sacado de su mente a aquella infeliz, hace aparecer un hecho maravilloso, cuando con el contenido del cáliz menor llena el cáliz mayor hasta hacerlo derramar. Haciendo estas y otras magias semejantes, seduce a muchos y los arrastra para que lo sigan.

2.7.2. Conducta inmoral

13,3. Parecería tener por cómplice a un demonio, por cuya obra causa la impresión de profetizar, y también hace profetizar a aquellas mujeres a quienes juzga dignas de participar de su Gracia. Porque sobre todo anda detrás de mujeres, sobre todo a las más nobles, mejor vestidas y ricas, a las cuales trata de seducir con discursos orgullosos como éste: «Quiero darte parte de mi Gracia, porque el Padre de todos los Angeles ve siempre al tuyo en su presencia. El lugar de la Grandeza está entre nosotros: es, pues, necesario que nos reunamos en el Uno. Primero recíbeme a mí, para que por mi medio recibas la

Gracia. Prepárate como una esposa que espera a su esposo, para que tú seas lo que yo soy, y yo lo que tú eres. Pon en tu tálamo el semen de la Luz. Recibe de mí al Esposo, y dale lugar en ti, para que él te haga lugar en sí. He aquí que la Gracia ha descendido sobre ti: abre tu boca y profetiza». En seguida la mujer responde: «Nunca he profetizado ni sé profetizar». El entonces pronuncia nuevas invocaciones para llenar de admiración a la pobre engañada, diciéndole: «Abre tu boca y habla cualquier cosa, y profetizarás». Ella entonces, envanecida por lo que se le ha dicho, siente calentarse su alma con el sueño de que está por profetizar; su corazón se pone a palpitar fuertemente, se atreve a hablar cosas delirantes y cualquier cosa que le viene, sin sentido pero con osadía, pues siente arder en ella el espíritu. Alguien superior a nosotros ha dicho acerca de estas profetisas que el alma encendida de viento vano, se torna audaz e irreverente. Ella entonces se siente profetisa, agradece a Marco porque le ha comunicado su Gracia; y en agradecimiento no sólo le da una pingüe parte de sus riquezas, de donde él amontona una buena cantidad de dinero; sino que también le entrega su cuerpo deseando estar unida íntimamente con él, para junto con él descender al Uno.

13,4. Otras mujeres más fieles, llevadas por el temor de Dios, no se dejan seducir. Cuando él las ha intentado seducir como a las otras, mandándoles que profeticen, se han alejado de este hombre fuera de sí, lanzándole insultos y anatemas; porque saben que los seres humanos no reciben de Marco el don de la profecía, sino que Dios concede esta gracia desde lo alto a quienes él quiere; y quienes reciben de Dios este don, hablan donde y cuando Dios quiere, no cuando Marcos ordena. Aquel que manda es más grande y soberano que quien le está subordinado; pues lo primero es propio de quien tiene el gobierno, y lo segundo del que le está sujeto. Por eso, si Marco o algún otro da órdenes (como esa gente suele hacerlo en sus fiestas, jugando a los videntes y mandándose unos a otros profetizar y anunciando unos a otros profecías que satisfagan sus caprichos), entonces ese tal, siendo sólo un hombre será el que manda, y así se sentirá mayor y soberano del Espíritu profético, lo que es imposible. Pero los espíritus a los que ellos ordenan hablar cuando ellos quieren, son frágiles y débiles, atrevidos e irreverentes, a los cuales Satanás envía para seducir y llevar a la perdición a aquellos que no tienen firme la fe, ni conservan la que desde el principio han recibido de la Iglesia.

13,5. Marco prepara filtros enervantes no para todas las mujeres, sino para aquellas que, excitadas, le permiten deshonrar su cuerpo. Muchas de éstas, cuando se convierten a la Iglesia de Dios, con frecuencia confiesan que ellas le han permitido mancillar su cuerpo, porque se habían sentido inflamadas por un amor violento hacia él. Uno de nuestros diáconos del Asia menor lo recibió en su casa, y sobre él recayó esta calamidad: su mujer, que era muy hermosa, dejó que este mago la corrompiera en mente y cuerpo, y hasta se fue tras él por mucho tiempo; cuando después algunos hermanos con gran esfuerzo la ayudaron a convertirse, ella pasó el resto de su vida haciendo penitencia, llorando y lamentándose de la deshonra que había sufrido de aquel mago.

13,6. Algunos de sus discípulos, cometiendo los mismos errores, han seducido a muchas mujerzuelas para corromperlas. A sí mismos se llaman los perfectos, pues imaginan que nadie puede igualar la grandeza de su gnosis, así fuesen Pablo o Pedro o

cualquiera de los otros Apóstoles; porque saben más que cualquiera, pues únicamente ellos han bebido la grandeza de la gnosis de la Potencia inefable. Dicen estar en lugar más elevado que cualquier Potencia; por eso pueden libremente hacer lo que les plazca, sin temer nada ni a nadie. Por motivo de *la redención*, ellos se habrían vuelto inasibles e invisibles para el Juez. Pero si éste algún día llegase a atraparlos, protegidos por *la redención*, le dirían lo siguiente: «¡Oh tú (Sabiduría), consejera de Dios y del místico Silencio anterior a los Eones!, tú eres aquélla por la cual las Grandezas (los Angeles) ven siempre el rostro del Padre (Mt 18,10), los cuales te toman como el guía y conductor de su camino, elevan sus formas a las alturas, a cuya semejanza ella, al hacerse presente, con grande audacia por la bondad del Protopadre nos ha emitido como imágenes de tales Grandezas; porque ella (al emitirnos) tenía presentes en su intención, como un sueño, a esas (Grandezas) que habitan en lo alto. Mira que el Juez está cercano y el Mensajero me manda defenderme. Tú, pues, que conoces la razón de las dos partes como si fuese una sola cosa, hazla presente al Juez». La Madre, oyendo esto, inmediatamente les impone el casco homérico del Hades, para que de modo invisible escapen del Juez. Y en seguida los arrebata e introduce al tálamo para entregarlos a sus esposas.

13,7. Con tales palabras y acciones, también en las regiones del Ródano, cercanas a las nuestras, sedujeron a muchas mujeres. De entre éstas algunas, con su conciencia marcada a fuego (1 Tim 4,2), públicamente hacen penitencia; otras por vergüenza de hacerlo, se retiran en silencio, desesperando de la vida de Dios (Ef 4,18-19). Mientras unas se apartan definitivamente, otras dudan y, como se dice popularmente, no están ni adentro ni afuera, sino que se quedan con el fruto del semen de los hijos de la gnosis.

2.7.3. Doctrina sobre la primera Cuaterna

14,1. El tal Marco dice que, siendo el Unigénito, sólo él es el seno y depositario del Silencio de la Cuaterna. He aquí de qué manera él ha dado al mundo el semen que en él ha sido sembrado:

La Cuaterna que habita en los lugares superiores descendió de los lugares invisibles e inefables sobre él, en figura de mujer, porque, según él dice, el mundo no podía cargar con su elemento masculino; y le reveló quién era ella, así como el origen de todas las cosas, algo que jamás había revelado a ningún dios ni ser humano. Así le habría dicho:

«Cuando el Protopadre sin padre, impensable y sin substancia, que no es ni masculino ni femenino, quiso expresar lo que en él era inefable, y dar forma a lo que en él era invisible, abrió la boca y emitió un Verbo semejante a sí. Este se puso a su lado, y le mostró lo que era: la forma del invisible. El enunciado de su nombre tuvo efecto de la siguiente manera: el Padre pronunció la primera parte de su nombre: fue *Arché* (Principio), una sílaba de cuatro elementos. Añadió una segunda, de cuatro letras. Después expresó una tercera, de diez letras. En seguida dijo una cuarta, de doce letras. De esta manera se pronunciaron las treinta letras de su nombre completo, formado por cuatro palabras. Cada uno de los elementos tiene sus letras, su carácter, su sonido, sus rasgos y sus imágenes; pero ninguno de ellos percibe la forma total de la que él es sólo una parte. Y no sólo eso, sino que cada uno de los elementos ignora hasta la resonancia

de su vecino, porque cada uno de ellos emite su propio sonido como si fuese el del todo, y no deja de emitirlo hasta que no se ha llegado a la última letra de la última sílaba. Entonces será la desintegración (*apokatástasis*) futura de todo el universo, cuando todos los elementos, unidos en una única letra, resuenen con una misma y única voz. De esta resonancia se nos ha dejado una imagen, cuando todos al unísono exclamamos: «¡Amén!» Estos son los ecos que forman al Eón insubstancial e ingénito: éstas son las formas a las que el Señor llamó los Angeles que siempre ven la cara del Padre (Mt 18,10)».

14,2. Los nombres comunes e inefables de los elementos son: Eones, Verbos, Raíces, Semillas, Pléromas y Frutos. Todas las propiedades de cada uno de ellos se encierran y entienden en el nombre de Iglesia. La última letra del último de los elementos emitió su voz, cuyo sonido brotó como imagen de los elementos, y engendró sus propios elementos. Y dice que de estos elementos fueron engendradas todas las cosas sobre la tierra y todas las que existían antes de ellas. La letra misma cuyo nombre emitía el sonido (pronunciado) en los lugares inferiores, habría sido después recogida hacia las alturas por su sílaba para que el Todo quedase completo. Pero su sonido quedó acá abajo, como arrojado fuera. Le habría dicho (la Cuaterna) que el elemento mismo cuya letra junto con su pronunciación bajó al mundo, consta de treinta letras; y cada una de estas treinta letras a su vez tiene otras letras que sirven para nombrarla. A su vez, a estas letras se les nombra con otras letras, de modo que el número de letras se extiende sin fin.

Como un ejemplo para que se entienda mejor lo dicho: el elemento *delta* consta de cinco letras, que son *D E L T A*. A su vez, cada una de estas letras se escribe por medio de otras, y las otras por otras. Así pues, si la substancia total de la *delta* se extiende de modo ilimitado, porque unas letras engendran otras y éstas otras sucesivas, ¿cuánto mayor será el océano de letras de aquel elemento? Y si una letra es tan inmensa, ¡ve qué Abismo de letras incluye todo el nombre, de las cuales el Silencio enseñó a Marco que consta el Protopadre! Por eso el Padre, sabiendo ser incomprensible, concedió a los elementos llamados Eones, que cada uno de ellos pudiese proferir su propia pronunciación, ya que ninguno de ellos era capaz de enunciar el Todo.

14,3. La Cuaterna, una vez explicado lo anterior, le habría dicho: «También quiero mostrarte la Verdad. La he hecho descender de las moradas superiores, a fin de que la mires desnuda y contemples su belleza; y también para que la escuches y admires su sabiduría. Ve en primer lugar lo que es su cabeza: es el *Alfa* y la *Omega*, su cuello es la *Beta* y la *Psi*, sus brazos y manos son *Gama* y *Xi*, su pecho *Delta* y *Phi*, su cintura *Epsylon* y *Gamma*, su vientre *Dzeda* y *Tau*, sus órganos sexuales *Eta* y *Sigma*, sus piernas *Theta* y *Pi*, sus rodillas *Iota* y *Pi*, sus tibias *Kapa* y *Omicron*, sus tobillos *Lambda* y *Xi*, sus pies *Mi* y *Ni*». ¡Este sería, según ese mago, el cuerpo de la Verdad: ésta sería la composición del Elemento y el carácter de su Letra! Y a este elemento él llama Hombre: porque, dice Marco, el Hombre es la fuente de toda palabra y el inicio de toda voz, de toda expresión del Inefable y la callada boca del Silencio. Este también sería su cuerpo. Ahora tú, elevando la inteligencia de tu mente a regiones más elevadas, escucha de boca de la Verdad al Verbo que se autoengendró y comunicó al Padre.

14,4. Una vez dicho lo anterior, la Verdad lo miró y, abriendo su boca, pronunció una palabra: se trataba de un nombre, y ese nombre era el que todos conocemos y pronunciamos: Jesucristo. Y una vez que lo nombró, al punto volvió a callar. Y cuando Marco creía que la Verdad le diría algo más, la Cuaterna de nuevo se acercó y le dijo: «¿Pensaste que la palabra que oíste de labios de la Verdad es vulgar? Este Nombre tiene un antiguo significado que no es el que tú conoces e imaginas. Sólo has oído la palabra, pero no sabes su poder. Jesús, en efecto, es un Nombre insigne: tiene seis letras, que todos los elegidos conocen. Mas el nombre que tiene ante los Eones del Pléroma tiene muchos miembros, es de forma y tipo diversos, y solamente lo conocen aquellos que son de su mismo género, y cuyas Grandezas están siempre ante él.

14,5. Sábete que las veinticuatro letras que usáis, son las imágenes que emanan de las tres Potencias que contienen todo el número de los elementos de las partes superiores. Las nueve letras mudas son imagen del Padre y la Verdad, porque no se pronuncian, es decir, son inexpresables e inefables. Las ocho semivocales son imágenes del Verbo y la Vida, porque son intermedias entre las mudas y las vocales: de las superiores reciben la emanación y de las inferiores la elevación. Las vocales son siete, (imágenes) del Hombre y la Iglesia, porque la Voz, saliendo del Hombre, dio forma a todas las cosas: pues la Voz es la que las ha revestido de forma. Por consiguiente el Verbo y la Vida tienen el número ocho, el Hombre y la Iglesia el siete, el Padre y la verdad el nueve».

Pero como la cuenta estaba incompleta, aquel que estaba en el Padre descendió, para corregir el defecto de las cosas, a fin de que la unidad de los Pléromas iguales entre sí, diera como fruto una sola Potencia que proviene de todos. De este modo el número siete recibió la Potencia del ocho, y resultaron tres lugares iguales en número, o sea (tres) Ogdóadas. Estos tres lugares, multiplicándose por tres, ofrecen el número veinticuatro. Más los tres elementos, que (Marco) dice existen en el matrimonio de las tres Potencias, lo cual hace un número de seis, emanaron las veinticuatro letras, porque se multiplicaron por cuatro en razón de la Cuaternidad: por eso dice que pertenecen al Inominable. Pero han sido revestidos por las tres Potencias, de modo que se asemejen al que es Invisible. De dichos elementos son imágenes las letras dobles (del alfabeto); porque, sumándolas a las veinticuatro, en virtud de la analogía que existe entre ellas, forman el número treinta.

14,6. Dice que el fruto de este orden y Economía se manifestó bajo la semejanza de una imagen (Rom 1,23) en aquel que, después de seis días (Mt 17,1; Mc 9,2), subió el cuarto al monte, y ahí, después de haberse convertido en sexto, descendió y fue detenido en el Séptimo (día: *Hebdomádi*), aunque él era la Ogdóada insigne que en sí contiene el número completo de los elementos. Mostró dicho número cuando él fue bautizado el descenso de la paloma, que es *Omega* y *Alpha*; pues el número de ambas letras es 801 Por tal motivo Moisés dijo que el hombre fue hecho el sexto día (Gén 1,31). Y por lo mismo la Economía tuvo lugar en el sexto día, que es la Parasceve, cuando apareció el hombre nuevo para regenerar al primer hombre (Adán), cuya Economía tuvo principio y fin en la hora sexta, cuando fue crucificado. Por eso la Mente (*Noûs*) perfecta, sabiendo que el número seis tiene el poder para crear y regenerar, manifestó a los hijos de la Luz

(Lc 16,8; Ef 5,8; 1 Tes 5,5) la regeneración que de modo tan excelente se apareció significado en ese número. (Marco) dice que de ahí le viene a este eximio número expresarse por dos letras: porque este eximio número, sumado a los veinticuatro elementos (del alfabeto) suma 30 letras.

14,7. En seguida el Silencio le habría dicho a Marco que el número insigne tiene como auxiliar la Grandeza de siete números, para expresar los frutos que por su voluntad ha concebido. Este eximio número, en relación a lo que estamos tratando, debe entenderse como aquel que ha sido fragmentado y dividido en partes, y quedó fuera (del Pléroma) y que, por su propia potencia y sabiduría, animó al mundo imitando el poder del siete (*Hebdomádos*), y de esta manera hizo que este mundo visible tuviera un alma. Y él mismo se sirve de esta obra que realizó de modo casi espontáneo; en cambio las demás cosas están al servicio de la Madre Entimesis, puesto que son imitaciones de cosas inimitables.

El primer cielo hace resonar la *álpha*, el segundo la *épsylon*, el tercero la *éta*, el cuarto (que está a la mitad del siete) declara el poder de la *ióta*, el cinco la *ómicron*, el sexto la *ypsilon*, y el séptimo (el cuarto número a partir del que está enmedio) la *ómicron*. Esto es lo que el Silencio dice a Marco, así como muchas más cosas banales que ningún atisbo tienen de verdad. Todas estas potencias juntas, dice, abrazándose unas con otras, cantan y glorifican al Protopadre que las emitió, con cantos de alabanza. El eco de esta glorificación cayó sobre la tierra, según dice, para convertirse en plasmador y engendrador de los seres terrestres.

14,8. (Marco) esgrime como prueba el hecho de que los bebés, cuya alma apenas ha salido del vientre, emite el sonido de cada una de estas vocales. Pues así como las siete Potencias dan gloria al Verbo, así también el alma de los bebés, llorando y gimiendo le dan gloria. Por eso David habría dicho: «De la boca de los pequeños y de los niños de pecho has sacado tu alabanza» (Sal 8,3), y también: «Los cielos cantan la gloria de Dios» (Sal 19[18],1). Por eso cuando el alma se halla en medio de dolores y tribulaciones, para revelarse exclama: «¡Oh!» (*ómega*) como signo de alabanza, a fin de que el Alma del mundo superior reconozca a su pariente y le envíe su auxilio.

14,9. De este modo deliró acerca del nombre de las treinta letras, del Abismo que se desarrolló a partir de estas letras, del cuerpo de la Verdad que estaría compuesto de doce miembros, de cada miembro que consta de letras dobles, de la explicación de este número que no ha sido pronunciado, del Alma del mundo y del Hombre, en cuanto es cada uno de los anteriores una imagen de la Economía.

En seguida, mi hermano, hablaremos acerca de cómo, a partir de estos nombres, su Cuaterna habría revelado una Potencia igual (a la de los Eones), para que, como me lo pediste, no te pase por alto nada de cuanto ha llegado a nuestros oídos sobre lo que ellos andan diciendo.

2.7.4. La revelación del Silencio

15,1. El sapientísimo Silencio le declara de esta manera el origen de los treinta

elementos: con la Unicidad se hallaba la Unidad, de las cuales brotaron dos emanaciones, como antes dijimos: la Mónada y el Uno. Si las duplicamos resultan cuatro, porque dos veces dos hace cuatro. Si luego le sumamos dos, resulta el número seis. Si cuadruplicamos el seis, se engendran veinticuatro formas. Los nombres de la primera Cuaterna son lo que llamamos Santo de los Santos: no pueden proclamarse; solamente el Hijo los comprende y el Padre conoce su naturaleza. Los otros nombres que él pronuncia con respeto y fe, son éstos: Inefable (*árretos*), pues este nombre tiene siete letras, Silencio (*Seigè*) cinco letras, Padre (*Patèr*) cinco letras, y Verdad *(Alétheia*) siete letras. El número total de esta Cuaterna es veinticuatro: sumados dos veces cinco y dos veces siete, resulta el número veinticuatro. De modo semejante la segunda Cuaterna que forman el Verbo, la Vida, el Hombre y la Iglesia, muestran el mismo número de letras. El Salvador tiene un nombre que puede pronunciarse: Jesús (*Iesoûs*) que tiene seis letras, pero su nombre inefable consta de veinticuatro letras. Jesucristo (*Iesoûs Chreistòs*) está formado por doce letras, pero su nombre inefable contiene treinta letras. Por eso lo llama *álpha* y *ómega*, así como *paloma* (*peristerà*), porque esta ave tiene el mismo número.

15,2. Este es el inefable origen de Jesús: a la Madre universal, es decir de la Primera Cuaterna, le nació como hija la segunda Cuaterna, de donde se originó la Ogdóada, de la que brotó una Década. De esta manera se formó el número dieciocho. La Década, unida en seguida con la Ogdóada y multiplicándose con ella, produjo el número ochenta; y de nuevo el ochenta multiplicado por diez produjo el número ochocientos, para que de esta manera el número total de letras que se desarrollaran de la Ogdóada a la Década fuese de ochocientos ochenta y ocho, es decir Jesús; pues el nombre de Jesús, computando sus letras griegas, produce ochocientos ochenta y ocho. Este sería, evidentemente, el origen de Jesús más allá de los cielos. Por eso el alfabeto griego tiene ocho unidades, ocho decenas y ocho centenas, que suman ochocientos ochenta y ocho, es decir el nombre de Jesús. Este es la suma de todos los números y por eso se le llama *álpha* y *ómega* (Ap 1,7), porque ha sido engendrado por todos (los Eones).

También de esta manera: la primera Cuaterna, según el número que se forma sucesivamente, es *álpha* 1 + *béta* 2 + *gámma* 3 + *délta* 4, de donde resulta el número diez, que se representa por la *ióta*, que es la letra de Jesús. El nombre de Cristo (*Chreistòs*) tiene ocho letras, que significan la primera Ogdóada, cuya suma, junto con la *iota*, engendra el número ochocientos ochenta y ocho. Al Hijo también se le llama Cristo, dice Marco, porque forman la Docena: si a las ocho letras de Cristo se le añaden las cuatro de Hijo (*huiòs*), se engendra la Grandeza del doce. Antes de que apareciera el signo numérico del Hijo Jesús, los hombres vivían sumidos en grandes errores. Mas cuando apareció este nombre de seis letras (*Iesoûs*) que se revistió de carne para adaptarse a los sentidos humanos, habiendo resumido en sí mismo el seis y el veinticuatro, los hombres comenzaron a conocer. De esta manera desapareció su ignorancia y ascendieron de la muerte a la vida, pues una vez revelado este nombre los condujo al Padre de la Verdad (Jn 14,6). Pues el Padre había querido deshacer la ignorancia de todos para destruir la muerte. Pues la disolución de la ignorancia significaba la gnosis del Padre. Por eso fue elegido (Lc 9,35) por voluntad del Padre este hombre

hecho según la Economía a imagen de la Potencia de lo alto.

15,3. De la Cuaterna emanaron los Eones. Formaban la Cuaterna el Hombre, la Iglesia, el Verbo y la Vida. Estas Potencias, dice Marco, emanaron al Jesús que apareció en la tierra. El ángel Gabriel tomó el lugar del Verbo, el Espíritu Santo el de la Vida, el Poder del Altísimo el del Hombre y la Virgen (Lc 1,26.35) el de la Iglesia. De esta manera fue engendrado como hombre por María el Jesús de la Economía, al cual el Padre, después de que aquél pasó por el vientre, eligió (Lc 9,35) por medio del Verbo para que lo conociese. Y cuando aquél se introdujo en el agua, sobre él descendió en forma de paloma (Mt 3,16) aquel que en seguida volvió a subir para completar el número doce : él llevaba el semen de aquellos que junto con él debían ser sembrados y que junto con él bajaron y ascendieron. Y dice (Marco) que el Poder que descendió es semen del Padre, que contiene en sí al Padre, al Hijo y el Poder inefable del Silencio que sólo él conoce, así como todos los Eones. Y éste (semen) es el Espíritu que habló por la boca de Jesús, que se reveló el Hijo del Hombre y manifestó al Padre, después de haber descendido sobre Jesús para unirse a él. Y luego el Salvador, que es el Jesús de la Economía, destruyó la muerte, dijo Marcos, pues conoció al Padre Jesucristo. Por eso el nombre de Jesús corresponde al hombre hecho según la Economía, y constituido según a imagen y semejanza del Hombre que debía descender sobre él; y una vez que lo recibió, tuvo dentro de sí al Hombre, al Verbo mismo, al Padre, al Inefable, el Silencio, la Verdad, la Iglesia y la Vida.

15,4. Esto sobrepasa todos los ayes y demás lamentos que pudiéramos lanzar por esta tragedia. Porque ¿quién podrá no despreciar al desequilibrado compositor y mal creador de tantas mentiras, contemplando la Verdad convertida por Marco en un ídolo elaborado con letras del alfabeto? Si tomamos en cuenta el origen, hace muy poco tiempo (como suele decirse, ayer o anteayer) los griegos confiesan haber recibido primeramente de Cadmo sólo dieciséis letras, y después, pasado el tiempo, haber añadido por sí mismos unas letras aspiradas y luego otras dobles; y dicen que sólo recientemente Palamedes añadió las letras largas. Por tanto, antes de que los griegos hiciesen esto, no habría existido la Verdad: pues según tú, Marco, su cuerpo sería posterior a Cadmo y a sus antecesores, e incluso posterior a quienes añadieron las demás letras; más aún, posterior a ti, puesto que sólo tú has reducido a la categoría de ídolo eso que tu llamas la Verdad.

15,5. ¿Quién podrá soportar tu Silencio tan parlanchín, que nombra al Eón Innombrable, que explica lo Inenarrable y proclama al Inescrutable? ¡Pretende que aquél a quien dices sin cuerpo ni figura, abrió la boca y emitió el Verbo, como uno cualquiera de los seres animados compuestos (de partes), y que el Verbo sería semejante a aquel que lo emitió, y hecho a imagen del Invisible, fabricado con treinta elementos y con cuatro sílabas! Así pues, por su semejanza con el Verbo, aquél al que llamas el Padre de todas las cosas constaría de treinta letras y cuatro sílabas. ¿Quién te va a creer cuando encierras al Creador Demiurgo y Verbo de Dios Hacedor, en esquemas y números que unas veces son treinta, otras veinticuatro, en ocasiones sólo seis; de modo que lo rebajas unas veces a cuatro sílabas y treinta letras? ¿O cuando reduces al número ochocientos

ochenta y ocho al Señor del universo, que afirmó los cielos (Sal 33[32],6), o bien al alfabeto? ¿O cuando subdivides al Padre mismo, que contiene todas las cosas y ninguna lo contiene, en Cuaterna y Ogdóada y Docena, y explicas por estas cuentas a aquel mismo Padre que, según tu propia palabra, es inefable e incognocible? A aquél a quien llamas incorpóreo e insubstancial, le has fabricado una materia y una substancia de muchas letras engendradas unas de otras. Eres un Dédalo mentiroso, y te has hecho un mal fabricante de la Potencia elevada sobre los cielos. Subdivides en vocales mudas y sonidos semivocales la substancia que llamas indivisible, aplicando las mudas al Padre y a su Mente. Con esto has empujado a todos los que te creen, a la peor de las blasfemias.

15,6. Por eso justa y adecuadamente se aplican a tu temeridad los versos de aquel anciano predicador de la verdad, que con inspiración divina lanzó contra ti los versos siguientes:

¡Oh Marcos, fabricante de ídolos y vidente de portentos,
conocedor de la astrología y de la magia,
con las cuales corroboras tus erradas doctrinas!
Como signo muestras a quienes seduces
las obras del Poder apóstata
que tu padre Satanás te comunica
para que obres por el poder del ángel Azazel,
que en ti tiene un precursor de la maldad contra Dios.

Esto lo dijo un presbítero que amaba a Dios. Por nuestra parte, trataremos de exponer brevemente sus demás doctrinas misteriosas aunque son largas, a fin de sacar a la luz lo que por tanto tiempo ha mantenido oculto. De esta manera todos podrán convencerse y refutarlo fácilmente.

2.7.5. La substancia de las cosas

16,1. Revolviendo el origen de los Eones con la pérdida y encuentro de la oveja perdida, tratan de explicarlo de manera mística reduciendo todo a números, diciendo que todas las cosas constan de la Mónada y la Dualidad. Y contando de la Mónada hasta cuatro producen el diez; pues uno más dos más tres más cuatro produjeron el número de los diez Eones. La Dualidad, desdoblándose hasta el seis (*sígma*): dos más cuatro más seis, produce la Docena. Pero si en vez de desdoblarse hasta seis lo hace hasta diez (*ióta*), origina la Treintena, en la cual se encuentran la Ogdóada, la Década y la Docena. La Docena a su vez tiene tras de sí el seis, y por motivo del seis se le llama la pasión. Por lo mismo, cuando sucedió una caída en el doce, la oveja se salió y se descarrió (Lc 15,4-7) porque, según dicen, la apostasía procede de la Docena. También fantasean que una Potencia se separó de la Docena y se perdió, y ésta fue la mujer que perdió la dracma y encendió la luz para encontrarla (Lc 15,8-11). Por eso los números que quedaron: de la dracma el nueve, de la oveja el once, si se multiplican entre sí, engendran el número noventa y nueve, porque es el resultado de nueve por once. Por esta razón,

dicen ellos, el Amén lleva ese número.

16,2. No dejaré de relatarte otra de sus interpretaciones a fin de que conozcas bien sus frutos. Dicen que la letra *éta*, añadiendo el seis, es la Ogdóada, pues toma el octavo lugar a partir del *álpha*. Y si se prescinde del seis, y se cuenta el número que resulta de las letras hasta la *éta*, se obtiene la Treintena. Comenzando, pues, del *álpha* y continuando los números de las letras hasta *éta*, quitando el seis y sumando los números progresivos, se obtendrá el treinta. Porque hasta la *épsylon* suman quince; luego, añadiendo la *dzéda* (el siete), se alcanza el veintidós, y cuando se le agrega la *éta*, que es el ocho, se completa la maravillosa Treintena. De esta manera prueban que la Ogdóada es la Madre de los treinta Eones. Y como el número treinta resulta de la unión de tres Poderes, si se le toma tres veces resulta el número noventa. Y la tríada misma, tres veces sobre sí misma, produce el nuevo número. De modo que la Ogdóada también engendra el noventa y nueve. Y como el duodécimo Eón, habiéndose ausentado ha dejado los otros once en las alturas, dicen que el tipo de las letras ha quedado dispuesto en forma de *lámbda*, que es figura del Verbo -pues la letra *lámbda* es el número treinta- y esta letra es la figura de la Economía superior, porque desde la *álpha* y sin el seis, el número de las mismas letras hasta la *lámbda*, compuesto por los números ascendentes y añadiendo la *lámbda*, forma el número noventa y nueve. Y como la *lámbda*, que es la undécima, descendió para buscar a su semejante a fin de completar la Docena, una vez que lo encontró quedó completa. Esto lo probaría la misma figura de la letra. Porque la *lámbda* se puso a buscar su semejante, y una vez hallado, lo atrajo a su lado y de esta manera llenó el lugar duodécimo, que es la letra *mí*, compuesta de dos *lámbdas*. Por eso ellas, en virtud de la gnosis, escaparon del lugar noventa y nueve, o sea de la degradación, que es el tipo de la mano izquierda; en cambio si se mantienen unidas al Uno, añadido al noventa y nueve, hace pasar a la mano derecha.

16,3. Mi hermano, sé muy bien que mucho te reirás de su tan estúpida sabiduría de la que se vanaglorian. Son dignos de compasión quienes describen las cosas sagradas, la inefable grandeza del Poder y toda la Economía de Dios, usando el alfabeto como instrumento, así como las retorsiones de los fríos números. Quienes abandonan la Iglesia para abandonarse a esos mitos (1 Tim 4,7), en realidad se condenan a sí mismos (Tt 3,11). Pablo nos manda «después de la primera y segunda corrección, evitarlos» (Tt 3,10). Y Juan, el discípulo del Señor, los ha condenado de modo aún más grave, cuando nos dice que ni siquiera les devolvamos el saludo: «Pues quien los saluda coopera con sus obras llenas de maldad» (2 Jn 11). Y con razón: «No hay alegría para los impíos, dice el Señor» (Is 48,22). Y éstos son impíos sobre toda impiedad, pues dicen que el Creador del cielo y la tierra, el único Dios Soberano universal sobre el que no hay ningún otro Dios, fue emitido de la penuria (*hystérema*), y éste de otra penuria; de modo que, según ellos, sería el producto de una tercer penuria.

Es necesario que, de veras repudiando y condenando esta doctrina, nos alejemos de ellos y, mientras ellos más se afirmen y gocen de sus invenciones, tanto más nos demos cuenta de que están agitados por los malos espíritus de la Ogdóada. Como aquellos que se han hundido en un estado de locura: mientras más se ríen y creen estar sanos, y hacen

todas las cosas como si estuvieran sanos, y algunas cosas mejor aún que si lo estuvieran, tanto más enfermos se encuentran; así también éstos: mientras más creen saber, y se revientan los nervios a base de tirar del arco, tanto menos saben. Porque escapándose el espíritu inmundo de la ignorancia, y hallándolos entregados a intereses mundanos y no a Dios, van a buscar otros siete espíritus peores que él (Mt 12,43-45), y tentándolos a engreírse en su propia sentencia, como si por ellos mismos pudieran escrutar lo que está sobre Dios, una vez que los ha preparado para acabar con ellos, la Ogdóada de la estupidez los entrega a los espíritus perversos.

2.7.6. Cómo fue creado el mundo

17.1. Quiero exponerte ahora cómo, según dicen, el Demiurgo llevó a cabo la creación a imagen de los seres invisibles, sin que él se diera cuenta, por arte de la Madre. Ante todo dicen que hay cuatro elementos: fuego, agua, tierra y aire, emitidos a imagen de la Cuaterna superior, y enumeran los efectos de dichos elementos: caliente, frío, húmedo y seco, de modo que así se imaginan la Ogdóada. De ésta habrían provenido diez Potencias: primero siete cuerpos como esferas, a los que llaman cielos; en seguida un círculo que los contiene, al que llaman octavo cielo; y por último el sol y la luna. Como en total éstos forman el número diez, dicen que son las imágenes de su Década invisible que brotó del Verbo y la Vida. En cuanto a la Docena, ésta se indica en el círculo del zodíaco. Sus doce signos claramente serían la Docena hija del Hombre y la Iglesia, dibujada en la sombra. Y como, según dicen, el cielo más alto, con su peso se resiste al impulso velocísimo del universo, y por su lentitud opuesta modera la velocidad (de los otros cielos), el recorrido circular de un signo a otro se lleva a cabo en treinta años. Esto sería imagen del Límite, que contiene a su Madre, la cual lleva el nombre del treinta.

También la luna, con su giro en treinta días alrededor del cielo, significa el número de los treinta Eones. Y el sol, que realiza su giro en doce meses, con estos doce meses da a entender la Docena. Incluso los días, que se miden en períodos de doce horas, son un signo de la invisible Docena. Y la hora, que es la duodécima parte del día, se subdivide en treinta partes para dar a entender la Treintena. A su vez, el círculo del zodíaco tiene una medida de trescientos sesenta grados en su circunferencia: de esta manera lleva en sí la imagen de la unión entre los números doce y treinta. Y la tierra está dividida en doce zonas, las cuales desde los cielos reciben una Potencia particular por cada zona, y de este modo engendra hijos semejantes a la Potencia de la que recibió la emanación. Esto sería, en su opinión, una evidente manifestación de la Docena y de sus hijos.

17,2. Dicen, además, que el Demiurgo quiso imitar el carácter interminable, eterno e infinito de la Ogdóada superior, mas no pudo reflejar su estabilidad y perpetuidad, porque él es fruto de la penuria. Entonces depositó esa eternidad en momentos de tiempo, los tiempos en muchos períodos de años, imaginando que, multiplicando los tiempos, imitaba su eternidad. Y dicen que a este punto la Verdad huyó y en su lugar entró la mentira; y por eso, una vez que se acaben los tiempos, su obra quedará destruida.

2.7.7. Cómo abusan de la Escritura

18,1. Cuando hablan de la creación, todos los días cada uno de ellos inventa como puede algo nuevo: pues a nadie tienen por perfecto si no ha dado como fruto las más grandes mentiras. Es necesario añadir aquí, a los argumentos contra ellos, el modo como tranforman a los profetas para adaptarlos a sus ideas.

Moisés, dicen, narra la obra de la creación mostrando desde el comienzo a la Madre de todas las cosas, cuando dice: «En el principio Dios hizo el cielo y la tierra» (Gén 1,1). Al nombrar estas cuatro realidades: Dios, Principio, Cielo y Tierra, anunció de modo figurado la Cuaterna. En seguida manifestó su condición de secreta e invisible, cuando dice: «Y la tierra era invisible y caótica» (Gén 1,2). Pretenden que con estas palabras habría revelado la segunda Cuaterna, nacida de la primera Cuaterna, cuando habló del Abismo y las tinieblas, en las cuales se agitaban las aguas sobra las que revoloteaba el Espíritu (Gén 1,2). En seguida se habría referido a la Década, cuando habló de la luz, el día, la noche, el firmamento, la tarde, la mañana, la tierra seca, el mar, la hierba y añadió en décimo lugar los árboles (Gén 1,3-13). Tras estos diez nombres se esconderían los diez Eones. De esta manera se habría formado la Potencia de la Década: cuando habló del sol, la luna, las estrellas, los tiempos, los años, los monstruos marinos, los peces, las serpientes, las aves, los cuadrúpedos, las fieras, y sobre todos ellos, en duodécimo lugar, el hombre (Gén 1,14-28). He aquí como, dicen ellos, el Espíritu por medio de Moisés reveló la Treintena.

En cuanto al hombre formado según la imagen (Gén 1,26) de la Potencia superior, escondería en sí una potencia que proviene de una única fuente. Ella estaría situada en la región del cerebro, y de ella fluirían, según la imagen de la Cuaterna superior, cuatro facultades llamadas vista, oído, olor y gusto. La Ogdóada estaría representada en el hombre de esta manera: tiene dos orejas, otros tantos ojos, dos narices y dos gustos: de lo amargo y de lo dulce. Y sería también todo hombre imagen de la Treintena de este modo: en los dedos de las manos los dedos representan la Década, y todo el cuerpo se divide en doce miembros, es decir la Docena. Dicen lo mismo que acerca del cuerpo de la Verdad, del que arriba hablamos. La Ogdóada estaría escondida en las vísceras.

18,2. En cuanto al sol, que es la grande luminaria, indica la Cuaterna, dicen, porque fue hecho en el cuarto día (Gén 1,14-19). La tienda que Moisés construyó con lino, jacinto, púrpura y escarlata (Ex 26,1), también muestra la misma imagen. El poder sacerdotal, adornado con cuatro tipos de piedras preciosas (Ex 28,17), ellos pretenden que significa la Cuaterna. Y si cualquier otra cosa encuentran en la Escritura descrita con cuatro elementos, ellos afirman que lo dijo para indicar la Cuaterna.

La Ogdóada se mostraría de esta manera: dicen que el hombre fue formado el octavo día (Gén 2,7); unas veces dicen que fue hecho en el sexto, y otras que en el octavo, porque dicen que en el sexto fue plasmado el hombre de la tierra, y en el octavo el carnal; pues en su opinión son distintos. Otros, finalmente, distinguen entre el creado a imagen y semejanza de Dios (Gén 1,27), que es masculino-femenino, y por eso espiritual; y el formado de la tierra (Gén 2,7).

18,3. La Economía del arca del diluvio, en la cual se salvaron ocho hombres (Gén 7,7.13.23; 1 Pe 3,20), dicen que de modo evidente se refiere a la Ogdóada. Lo mismo David, por ser el octavo de los hermanos (1 Sam 16,10-11). Cosa idéntica manifestaría la circuncisión, pues se hacía el octavo día (Gén 17,12), signo de la Ogdóada superior. Y si en cualquier otro lugar se halla en la Escritura el número ocho, hipotizan que ahí se realiza el misterio de la Ogdóada.

La Década estaría indicada en las diez naciones que Dios prometió dar a Abraham en posesión (Gén 15,19-20). Y también la Economía de Sara, significaría lo mismo, pues después de diez años le dio a Agar la esclava para que de ella tuviese un hijo (Gén 16,2-3). Asimismo el siervo que Abraham envió a Rebeca, que junto al pozo le regaló un brazalete de diez siclos de oro (Gén 24,22); y sus hermanos que la retuvieron durante diez días (Gén 25,55); también Jeroboam, que recibió diez cetros (1 Re 11,31); así también los diez tapices del tabernáculo (Ex 26,1; 36,8); las columnas de diez codos (Ex 26,16); los diez hijos que Jacob envió a Egipto la primera vez para comprar trigo (Gén 42,3); y los diez Apóstoles a quienes el Señor se apareció después de la resurrección (Jn 20,24), pues Tomás estaba ausente. Todas estas cosas serían, según ellos, figuras de la Docena.

18,4. La Docena, en la cual se realizó el misterio de la caída en la pasión (pasión de la que ellos imaginan fueron hechas las cosas visibles), dicen que se halla muy claramente en todos lados: en los doce hijos de Jacob (Gén 35,22-26), de los cuales nacieron las doce tribus (Gén 49,28); el pectoral con las doce piedras y las doce campanillas (Ex 28,21; 36,21); [649] las doce piedras que Moisés mandó poner al pie del monte (Ex 24,4); así como las doce que Josué mandó levantar en medio del Jordán (Jos 4,9) y las que colocó cuando lo hubieron pasado (Jos 4,20); los doce que cargaban el Arca de la Alianza (Jos 3,12); los doce becerros que Elías puso sobre el altar para el holocausto (1 Re 18,31); y el número de los Apóstoles. Ellos pretenden que todo aquello que lleve el número doce, porta el signo de la Década.

En referencia a la unidad de todos (los Eones), que ellos llaman la Treintena, se habría manifestado en los treinta codos de altura que medía el arca de Noé (Gén 6,15); por Samuel, que hizo reclinarse a Saúl en medio de treinta comensales (1 Sam 9,22); en los treinta días que David permaneció oculto en el campo (1 Sam 20,5); por los treinta que con él entraron a la cueva (2 Sam 23,13); y por el hecho de que el tabernáculo medía de longitud treinta codos (Ex 26,8). Y en cualquier parte donde hallan un número como éstos, aseguran que se manifiesta la Treintena.

2.7.8. Su exégesis sobre el Padre desconocido

19,1. Me ha parecido necesario añadir aquí lo que enseñan acerca de su Protopadre, que habría sido desconocido antes de la venida de Cristo. Escogen textos de las Escrituras tratando de convencer a los escuchas, mostrando que nuestro Señor anunció a otro Padre distinto del Creador del universo, el cual, como hemos expuesto, blasfemando impíamente ellos dicen que sería fruto de la penuria. Isaías, en efecto, dijo: «Israel no me conoció y mi pueblo no entendió» (Is 1,3); lo cual ellos retuercen para adaptarlo a su

doctrina sobre el desconocimiento del Abismo invisible. Y lo que Oseas escribió: «No se halla en ellos verdad ni conocimiento de Dios» (Os 4,1), ellos tratan de dirigir al mismo propósito. Y: «No hay quien comprenda ni busque a Dios; todos erraron, se han corrompido» (Sal 14[13],2-3; Rom 3,11-12), se lo aplican al no conocimiento del Abismo. Y cuando Moisés dice: «Nadie podrá ver a Dios y quedar con vida» (Ex 33,20), están ciertos de que se refiere a lo mismo.

19,2. Los profetas ciertamente vieron al Creador, dicen ellos, pero aquellas palabras: «Nadie podrá ver a Dios y quedar con vida» (Ex 33,20) se referirían a la Grandeza invisible y desconocida. Que «ninguno podrá ver a Dios» se haya dicho del Padre Creador de todas las cosas, a todos nos parece evidente; pero que no se refiera al Abismo que ellos han inventado, sino del Creador, que es el mismo Dios invisible, lo probaremos adelante. Daniel habría querido decir lo mismo cuando preguntó al ángel que le explicara las parábolas, porque no lo sabía; pero el ángel, escondiéndole el sublime misterio del Abismo, le habría dicho: «Apártate, Daniel, porque estas palabras están selladas a fin de que los sabios no las comprendan y los puros no sean purificados» (Dan 12,9-10). Pero ellos presumen de ser los puros y sabios.

20,1. Además de éstos, ellos han añadido una multitud de escritos apócrifos y bastardos, que causan admiración a los necios, que desconocen las verdaderas Escrituras. Entre otras difunden aquella fábula sobre el Señor que, cuando era niño y aprendía las letras, su maestro le habría dicho como se acostumbra: «Di *álpha*», y el habría respondido: «*Alpha*». De nuevo le habría ordenado decir: «*Béta*», y el Señor le habría respondido: «Primero dime tú qué es *álpha*, y luego yo te diré lo que es *béta*». Y la explican diciendo que sólo él conocía al Desconocido, escondido bajo la figura del *álpha*.

20,2. También distorsionan algunas partes del Evangelio, haciéndolas que signifiquen cosas semejantes. Por ejemplo, sobre aquello que respondió a su Madre cuando tenía doce años: «¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2,49) Les hablaba del Padre que para ellos era desconocido; y por eso habría enviado a los discípulos para anunciar a las doce tribus (Mt 10,5-6) al Dios desconocido. A aquel que le dijo: «Maestro bueno», le respondió, para hacerle caer en la cuenta quién es el verdadero Dios: «¿Por qué me llamas bueno? Uno solo es bueno, el Padre que está en los cielos» (Mt 19,16-17). Y dicen que llamó *cielos* a los Eones. Por lo mismo no habría querido responder a quienes le preguntaron: «¿Con qué Poder haces estas cosas?» (Mt 21,23) sino que más bien los confundió al retorcerles la pregunta (Mt 21,24-27), porque, según ellos, al negarse a hablar quería ocultar al Padre desconocido. Y cuando dijo: «Con frecuencia he deseado oír una de estas palabras, pero no hallé quien la dijese», claramente, dicen ellos, se refería al único Dios verdadero al que ellos no conocían. También cuando se acercó a Jerusalén y llorando sobre la ciudad dijo: «¡Si conocieses hoy lo que te trae la paz!, pero se te oculta» (Lc 19,42), con estas palabras habría indicado el misterio escondido en el Abismo. Y también cuando dijo: «Venid a mí todos los que estás cansados y agobiados, y aprended de mí» (Mt 11,28-29), habría anunciado la verdad del Padre y prometido enseñarles lo que ellos no conocían.

20,3. Como culminación de sus pruebas acerca de lo dicho, ellos aportan estas palabras: «Te confieso, Padre, Señor de la tierra y del cielo, porque has escondido estas cosas a los entendidos y prudentes y las has revelado a los pequeños. Gracias, Padre, porque esto te agradó. Todo me lo ha entregado el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquél a quien el Hijo se lo revelare» (Mt 11,25-27). Dicen que con estas palabras de modo evidente el Señor habría revelado que, antes de su venida, nadie había conocido al Padre de la Verdad; y de ahí deducirían que todos habrían conocido siempre al Creador y Hacedor; en cambio sus palabras anunciarían al Padre desconocido para todos.

2.7.9. Sus ritos de redención

21,1. Su enseñanza acerca de la redención afirma que ésta sería invisible e incomprensible, porque es la Madre de todas las cosas incomprensibles e invisibles. Pero, como es inestable, no se podría explicar de modo sencillo ni con una sola teoría, puesto que cada uno de ellos la transmite como se le viene en gana: pues cuantos pontífices hay de esta doctrina mística, otras tantas son sus redenciones. Este engaño lo ha difundido Satanás, que busca apartar del bautismo para la nueva vida en Dios, y destruir la fe, como demostraremos cuando adelante los refutemos.

21,2. Enseñan que (la redención) es necesaria para quienes han adquirido la gnosis perfecta, para ser regenerados en la Potencia suprema; de otra manera nos sería imposible entrar en el Pléroma, porque, dicen, ella es la que nos hace descender hasta las profundidades del Abismo. El bautismo del Jesús visible sería para la remisión de los pecados; en cambio la redención del Cristo que descendió sobre él sería para lograr la perfección. El bautismo sería para los psíquicos, en cambio la redención para los pneumáticos. Juan predicó un bautismo de penitencia, en cambio Cristo trajo la redención para hacernos perfectos. Por eso dijo: «Con otro bautismo tengo que ser bautizado, y con ansiedad me dirijo a él» (Lc 12,50). Asimismo cuando la madre de los hijos de Zebedeo le pidió que los pusiera a uno a su derecha y al otro a su izquierda en su reino, dicen ellos que el Señor les habría presentado esta redención, cuando les dijo: «¿Podéis recibir el bautismo con el que debo ser bautizado?» (Mt 20,22; Mc 10,38) Y también Pablo con frecuenca habría claramente revelado en qué consiste la redención en Jesucristo (Rom 3,24; Ef 1,7; Col 1,14), y su doctrina coincidiría con la que ellos predican de modos tan variados y contrapuestos.

21,3. Algunos de ellos fabrican en su mente una recámara nupcial, y celebran ritos místicos pronunciando oraciones sobre los que han de ser consagrados. Dicen que celebran las nupcias espirituales a semejanza de las nupcias que se celebran en las regiones superiores. Otros los llevan a donde hay agua y al bautizarlos proclaman: «En el nombre del Padre universal y de la Verdad, madre de todas las cosas, que descendió sobre Jesús, para la unión, redención y comunión con todas las Potencias». Otros pronuncian palabras en hebreo, de modo que llenan de estupor y aun de miedo a los bautizandos: «*Basemà chamossè baaianorà mistadía rhouadà, koustà, babophòr kalachtheî*», que se traduce: «Invoco lo que está sobre toda Potestad del Padre, cuyo

nombre es Luz, Espíritu y Vida, porque has reinado en este cuerpo». Otros proclaman la redención con estas palabras: «El Nombre escondido a toda Divinidad, Potestad y Verdad, del que Jesús Nazareno se revistió en las regiones de la Luz del Cristo que vive por el Espíritu Santo para la redención de los Angeles, el Nombre de la restauración: *Messía oupharégna mempsai mèn chal daían mosomè daéa akphar nepseu oua Jesoû Nadzar*ía». Esta última sentencia se traduce así: No divido el Espíritu de Cristo, corazón y Potestad misericordiosa que está sobre los cielos. ¡Que pueda gozar de tu Nombre, Salvador verdadero!» Esto es lo que pronuncian los que llevan a cabo la iniciación. A su vez los iniciados responden: «He sido confirmado y redimido, y redimo mi alma de este siglo y de todo lo que de él dimana; en el nombre de Iao, que ha redimido su alma para la redención, en el Cristo viviente». Y para concluir, los asistentes exclaman: «Paz a todos aquéllos sobre los cuales descansa este Nombre». En seguida ungen al bautizando con óleo perfumado; y dicen que esta unción es figura del perfume que invade lo que está sobre todas las cosas.

21,4. Otros piensan que no tiene sentido llevar al bautizando al agua. Prefieren mezclar óleo con agua, y pronunciando palabras semejantes a las que hemos dicho arriba, les ungen la cabeza para, según dicen, consagrarlos para la redención. Los ungen con el mismo óleo perfumado. Otros rechazan todas esas ceremonias, y dicen que no necesitan representar por medio de creaturas visibles y corruptibles el misterio de la inefable e invisible Potencia; pues lo que la mente no puede concebir, así como las cosas incorpóreas que sobrepasan los sentidos, no se pueden figurar por medio de cosas sensibles y corporales. La redención perfecta consistiría para ellos en la gnosis de la Grandeza inefable; pues de la ignorancia nacen la penuria y la pasión, los cuales quedan disueltos por la gnosis, que destruye todas las cosas nacidas de la ignorancia. Por ello la redención del hombre interior reposaría en la gnosis. Y esta redención no sería corpórea, ya que el cuerpo es corruptible; ni psíquica, porque también el alma ha nacido de la pasión; sino que tiene como habitación el espíritu; por ello la redención es necesariamente pneumática. Porque el hombre interior y pneumático se redime por medio de la gnosis, y le basta tener el conocimiento de todas las cosas. Esta sería la redención verdadera.

21,5. Otros celebran el rito de la redención sobre los que acaban de morir, derramando óleo y agua sobre su cabeza, o el óleo perfumado que dijimos arriba junto con agua, mientras pronuncian las mismas invocaciones, a fin de que (los difuntos) se hagan inagarrables e invisibles para los Principados (*Archontes*) y Potestades, a fin de que su hombre interior pueda subir más allá de los lugares invisibles. De este modo su cuerpo se quedaría en este mundo creado, mientras su alma se elevaría hasta el Demiurgo. Y les ordenan que, cuando lleguen, los que han muerto digan a las Potencias estas palabras: «Yo soy un hijo nacido del Padre, del Padre preexistente, e hijo también en el Preexistente. Vine para verlo todo, mis cosas y las ajenas porque pertenecen a Achamot, la Mujer que las hizo para sí, habiendo tomado su origen del Preexistente. Ahora regreso a mi origen, de donde salí». Y dicen que, con estas palabras, escapan de las Potestades.

También deben llegar hasta donde están los (Angeles) que forman la corte del Demiurgo, a los cuales deberán decir: «Soy un vaso más precioso (Rom 9,21) que la Mujer que os engendró. Si vuestra Madre ignora sus raíces, yo me he conocido a mí mismo, sé de dónde provengo e invoco a la Sabiduría incorruptible que está en el Padre, la cual es Madre de vuestra Madre, y que no tiene Padre ni esposo varón. Pues la que os ha hecho es una Mujer nacida de Mujer, que no conce a su Madre y piensa que ella existe por sí sola. Yo, en cambio, invoco a su Madre». Oyendo estas cosas los que rodean al Demiurgo quedarán turbados al aprender cuál es la raíz y origen de su Madre. En cambio los bautizados irán a su Madre, desechando el lazo que a ellos los une, es decir el alma.

Esto es lo que hemos sabido acerca de sus teorías sobre la redención, y cómo éstas discrepan entre sí tanto en la doctrina como en el modo de transmitirla. Pero los que de recién se les juntan andan buscando cada día nuevas cosas que inventar para producir frutos que ningún otro haya imaginado. Por eso es muy difícil describir sus opiniones.

2.7.10. La Regla de la Verdad

22,1. Por nuestra parte conservemos la *Regla de la Verdad*, que se resume en lo siguiente: Hay un solo Dios Soberano universal que creó todas las cosas por medio de su Verbo, que ha organizado y hecho de la nada todas las cosas para que existan (2 Mac 7,28; Sab 1,14), como dice la Escritura: «Por la Palabra del Señor se afirmaron los cielos, y sus estrellas con el Espíritu de su boca» (Sal 33[32],6); y también: «Todo fue hecho por él, y sin él nada ha sido hecho» (Jn 1,3). Nada de lo que existe se exceptúa, sino que el Padre ha hecho todas las cosas por sí mismo, las visibles y las invisibles (Col 1,16), las sensibles y las inteligibles, las temporales en vista de una Economía y las sempiternas y eternas (2 Cor 4,18). No las hizo por medio de Angeles o de Potestades separadas de su voluntad; pues el Dios de todas las cosas no necesita de ellos; sino que hizo todas las cosas por medio de su Verbo y de su Espíritu, las ordena, gobierna y da el ser a todas. El ha hecho el mundo, pues el mundo es parte del universo; él plasmó al hombre (Gén 2,7). Este mismo es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Mt 22,29; Ex 3,6), sobre el cual no hay ningún otro Dios, ni Principio, ni Potestad ni Pléroma. El mismo es el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ef 1,3), como adelante probaremos.

Manteniendo, pues, esta Regla, aunque otros digan muchas cosas diversas, fácilmente les probaremos que se han desviado de la verdad. Pues casi todos los herejes dicen que hay un solo Dios, pero lo cambian por sus perversas doctrinas, volviéndose ingratos para con el que los hizo, como lo hacen los paganos por la idolatría. Desprecian la creatura (*plásma*) modelada por Dios, oponiéndose a su salvación, y tornándose al mismo tiempo acérrimos acusadores y falsos testigos contra sí mismos. Ellos también resucitarán en la carne, aunque les pese, para que reconozcan el poder que los resucita de la muerte; aunque no se contarán entre los justos, por motivo de su incredulidad.

22,2. Pero como por una parte desenmascarar y refutar a todos estos herejes requiere pruebas diversas y de muchos tipos, y por otra nos hemos propuesto desmentirlos en sus propias doctrinas, hemos juzgado necesario primeramente exponer

sus fuentes y raíces. De esta manera, si conoces su profundísimo Abismo, también comprendas qué árbol ha producido tales frutos.

CAPÍTULO 3.

Raíces de los valentinianos

3.1. Simón el Mago

23,1. Simón el samaritano, era el mago del que Lucas, seguidor y discípulo de los Apóstoles dice: «Desde tiempo atrás había en la ciudad un hombre llamado Simón, que ejercitaba la magia y seducía s los samaritanos diciendo que era algo grande, y todos, desde el niño hasta el adulto, decían: *Este es la Potencia de Dios llamada la Grande*. Así lo consideraban porque desde mucho tiempo atrás los traía locos con sus magias» (Lc 8,9-11). Este mismo Simón simuló creer, porque pensaba que los Apóstoles por sí mismos realizaban las curaciones por obra de magia y no por el poder de Dios, y que por la imposición de las manos llenaban del Espíritu Santo a quienes creían en Dios por medio de Jesucristo que ellos anunciaban. Imaginó que ellos lo hacían por un conocimiento superior de la magia, y ofreció dinero a los Apóstoles para que le dieran el poder de conferir el Espíritu Santo a quienes él quisiera. Pedro le dijo: «Quédate con tu dinero para tu perdición, porque quisiste conseguir con dinero el don de Dios. Tú no tienes parte ni suerte en esta doctrina, porque tu corazón no es recto ante Dios. Veo que has caído en la hiel de la amargura y te ha atado la iniquidad» (Lc 8,20-23).

Desde entonces creyó aún menos en Dios y, decidiendo competir por ambición con los Apóstoles, a fin de aparecer él mismo lleno de gloria, se puso a estudiar aún más la magia, a tal punto que llenaba de admiración a muchas personas. El vivió en tiempos del César Claudio, el cual, según se dice, lo honró con una estatua por motivo de sus artes mágicas. Muchos lo glorificaron como a un Dios, pues él les enseñaba que él era quien había aparecido entre los judíos como el Hijo, en Samaria había descendido como el Padre, y en las demás naciones había bajado como el Espíritu Santo. Que él era la más sublime Potestad, es decir aquella que está por sobre el Padre, y pretendía que lo llamaran con todos los títulos que usan los hombres.

23,2. Simón el samaritano, del que se originaron todas las herejías, tuvo la teoría siguiente: siempre llevaba como compañera en sus viajes a una prostituta llamada Elena, que había recogido en Tiro de Fenicia, diciendo que ella era el primer Pensamiento de la mente, Madre de todas las cosas, por la cual el Pensamiento (*Énnoia*) habría decidido producir a los Angeles y Arcángeles. Este Pensamiento brotado de aquél, conociendo la voluntad de su Padre, se habría degenerado bajando a los lugares inferiores para engendrar a los Angeles y Potestades, por los cuales fue hecho el mundo. Y una vez que los engendró, ellos la apresaron por sospechas, pues no querían pasar por hijos de cualquiera. Ellos la habrían ignorado completamente, pues los Angeles y Potestades que ella había engendrado la habrían detenido, y la habrían hecho sufrir todo tipo de ofensas, a fin de que no regresase a su Padre, sino que se quedase encerrada en un cuerpo humano, y de tiempo en tiempo transmigrase de este cuerpo que la contenía a otro

cuerpo de mujer.

Esta misma Elena habría sido aquella por la cual los troyanos se habrían lanzado a la guerra. Por eso Stesícoro quedó privado de la vista, porque se atrevió a insultarla en sus versos; pero más tarde, habiéndose arrepentido escribió las *palinodias*, en las cuales le rindió tributo, y por ello recobró la vista. Pasando así de cuerpo en cuerpo, nunca dejó de sufrir injurias, y por eso llegó a parar en el prostíbulo: ella sería la oveja perdida (Lc 15,6).

23,3. Por tal motivo él mismo habría venido a fin de, primeramente, tomarla para sí, y luego liberarla de sus cadenas, y para llevar la salvación a los hombres por medio de su gnosis. Pero, como los Angeles gobiernan mal el mundo, porque cada uno de ellos quiere ser el que manda, él habría venido para corregir las cosas y habría descendido en forma semejante a los Principados, Potestades y Angeles. No siendo un hombre, quiso aparecer como hombre entre los hombres, y así imaginan que él sufrió en Judea, cuando en realidad no padeció. También dijo que los Angeles constructores del mundo habrían inspirado a los profetas las profecías. Por eso quienes creían en Simón y Elena no debían preocuparse mucho de ellos ni poner en ellos su esperanza; sino, como hombres libres, podían hacer lo que quisieran; porque lo que salva a los hombres sería la gracia que él les concedía, y no las obras buenas. También enseñaba que no había obras buenas por naturaleza, sino sólo por algo exterior a ellas: los Angeles hacedores del mundo las habrían impuesto para sujetar a los hombres bajo su dominio por medio de los mandamientos. Por eso les prometía que destruiría el mundo y liberaría a aquellos que estaban bajo el dominio de sus fabricantes.

23,4. Sus místicos sacerdotes viven libidinosamente, hacen actos de magia, cada uno de ellos como puede. Usan de encantos y exorcismos. También se ejercitan fervorosamente haciendo filtros, conjuros, interpretación de los sueños y todo tipo de prácticas semejantes. Asimismo conservan las estatuas, que se han fabricado para adorarlas, de Simón, a la que han dado la figura de Júpiter, y la de Elena como la imagen de Minerva. A sí mismos se denominan simonitas, tomando el nombre del padre de tan impía doctrina. De ellos sacó su origen la falsamente llamada gnosis, como es fácil conocer de sus mismas afirmaciones.

3.2. Menandro

23,5. Menandro fue su sucesor, de origen samaritano, que también aprendió la más elevada magia. El decía que la primera Potencia era desconocida para todos. El habría sido enviado desde los lugares invisibles como Salvador, para la salud de los hombres. Que los Angeles habrían hecho el mundo, los cuales, así como Simón, habrían sido emitidos por el Pensamiento. Que por la magia que él enseñaba, les concedía el poder para vencer a los Angeles que habían hecho el mundo. Que, por el simple hecho de ser bautizados en su nombre, sus discípulos resucitarían y ya no podrían morir, sino que se mantendrían siempre sin envejecer, siendo inmortales.

3.3. Saturnino

24,1. De éstos salieron Saturnino, originario de Antioquía cerca de Dafnes, y Basílides. Uno en Siria y otro en Alejandría, ambos enseñaron doctrinas diversas. Saturnino, siguiendo a Menandro, enseñó que hay un solo Padre, de todos desconocido. Este hizo los Angeles, los Arcángeles, los Poderes y Potestades. Siete de los Angeles fabricaron el mundo y todo cuanto hay en él. El hombre sería hechura de los Angeles, pues se les habría manifestado de lo alto una Potestad suprema de brillante apariencia. Pero, no pudiendo ellos retenerla porque de inmediato se volvió a los lugares superiores, se dijeron uno al otro: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26). Una vez hecho éste, como su plasma no podía tenerse en pie, por la debilidad de los Angeles, sino que se arrastraba como un gusano, el Poder de lo alto tuvo misericordia de él porque había sido hecho a su semejanza; entonces envió una chispa de vida, que hizo al hombre enderezarse, ponerse en pie y vivir. Esta misma chispa de vida, una vez muerto el hombre, regresa a aquella que es de su misma naturaleza, mientras que el resto se disuelve en los elementos de los que ha sido sacado.

24,2. Enseñó que el Salvador no fue engendrado, es incorporal y sin figura, y que se dejó ver de los seres humanos sólo en apariencia. El Dios de los judíos sería uno de los Angeles. Y como el Padre habría querido aniquilar a todos los Principados, el Cristo habría venido a destruir el Dios de los judíos, para salvar a los que creían en él: éstos son los que tienen una chispa de su vida. Dijo que los Angeles habrían plasmado dos razas de seres humanos, una malvada y otra buena. Y como los demonios prestaban su auxilio a los perversos, habría venido el Salvador para acabar con los hombres malvados y los demonios, y a salvar a los buenos. Añade que casarse y dar la vida serían obras inventadas por Satanás. Muchos de sus seguidores se abstienen de comer carne de animales, y engañan a bastantes hombres con su mal disimulada abstinencia. Los Angeles que hicieron el mundo serían los autores de unas profecías y Satanás lo sería de otras. Este último sería también un Angel, pero enemigo de los que fabricaron el mundo, y sobre todo del Dios de los judíos.

3.4. Basílides

24,3. Basílides, para parecer que había hallado cosas más verdaderas y profundas, extendió su doctrina al infinito. Según él, el Padre ingénito habría engendrado en primer lugar la Mente (*Noûs*), después de la Mente al Verbo, en seguida, del Verbo engendró la Prudencia (*Phrónesis*), de la Prudencia a la Sabiduría y la Potencia, de la Sabiduría y la Potencia las Potestades, los Principados y los Angeles a los cuales llama «los primeros», y éstos han hecho el primer cielo. Luego otros han emanados de éstos, los cuales han hecho otro cielo semejante al primero. De modo semejante, del tercer cielo ha nacido el cuarto, y así sucesivamente: de igual manera se originaron otros Principados y otros Angeles, hasta completar trescientos sesenta y cinco cielos. Y por eso el año tiene tantos días cuantos son los cielos.

24,4. Los Angeles que habitan el cielo más bajo, que también nosotros podemos ver, han fabricado todas las cosas que hay en el mundo y se han repartido las partes de la tierra y las naciones que habitan en ella. Su jefe es el Angel que los judíos tienen por

Dios. Y como éste quiso someter las demás naciones a sus hombres, es decir a los judíos, los demás Principados se levantaron contra él y lo atacaron. Por eso también las demás naciones se rebelaron contra la suya. El Padre ingénito e inefable, viendo cómo se perdían, envió a la Mente, su Primogénito, llamado Cristo, para liberar a los que creían en él, del dominio de aquellos que hicieron el mundo. Apareció en la tierra entre los seres humanos e hizo milagros. Por eso, según dicen, no fue él quien padeció, sino un cierto Simón Cireneo, quien fue obligado a cargar por él la cruz (Mt 27,32). A éste habrían crucificado por error e ignorancia, pues (el Padre) le había cambiado su apariencia para que se pareciese a Jesús. Por su parte, Jesús cambió sus rasgos por los de Simón para reírse de ellos.

Como era una Potencia sin cuerpo y la Mente del Padre ingénito, podía transformarse a voluntad. Y de esta manera ascendió al Padre que lo había enviado, burlándose de ellos, los cuales no podían atraparlo porque era invisible. Quienes saben estas cosas, quedan liberados de los Principados hacedores del mundo. Por eso no debemos creer en el que fue crucificado, sino en aquel que vino a vivir entre los seres humanos bajo forma de hombre, al que imaginaron haber crucificado; es decir, en Jesús, el enviado del Padre para que por medio de esta Economía destruyese las obras de los que habían hecho el mundo. Si alguien profesa su fe en el crucificado, todavía es esclavo y se mantiene bajo el poder de los que fabricaron los cuerpos. En cambio quien lo niega (al crucificado), queda liberado de estos (Angeles) porque conoce la Economía del Padre ingénito.

24,5. Sólo las almas pueden salvarse, porque los cuerpos son por naturaleza corruptibles. Dice que las profecías mismas son hechura de los Principados fabricantes del mundo; mas la Ley proviene del jefe de todos ellos, que sacó al pueblo de la tierra de Egipto. Se han de menospreciar los idolotitos y tenerlos por sin valor, y por eso pueden comerlos sin preocuparse; así como pueden gozar haciendo indiferentemente todo tipo de acciones, incluso deleitarse con todo tipo de placeres.

Sus seguidores también se dedican a la magia, por medio de gestos, encantamientos, invocaciones y toda clase de prácticas afines. Inventan nombres para los Angeles, y enseñan cuáles viven en el primer cielo, cuáles en el segundo, etc. etc. Además se ponen a explicar los nombres de los Principados, Angeles y Potestades de los trescientos sesenta y cinco cielos. Con este sistema dicen que el nombre con el cual el Salvador descendió y volvió a subir es Caulacau.

24,6. Quienes aprendan todas estas cosas y lleguen a conocer a todos los Angeles y sus orígenes, se harán invisibles e incomprensibles para todos los Angeles y Potestades, tal como lo fue Caulacau. Y así como el Hijo es para todos desconocido, así también nadie podrá reconocerlos; pero como ellos conocen a todos (los Angeles), pasarán por sobre su dominio invisibles y desconocidos. Por eso dicen: «Tú conócelos a todos, pero que ninguno te conozca». Por este motivo, quienes sostienen esta doctrina están dispuestos a renegar (de la fe); más aún, no pueden soportar ningún sufrimiento por el Nombre de aquellos (Eones) de quienes se sienten iguales. Y no son muchos los que son

capaces de conocer todas estas cosas: a lo más uno sobre mil o dos sobre varios millares. Dicen que ya no hay judíos, y que aún no hay cristianos. Sus seguidores no deben en absoluto revelar sus misterios, sino mantenerlos secretos por medio del silencio.

24,7. Determinan las posiciones de los trescientos sesenta y cinco cielos, como si fueran matemáticos. A éstos les roban sus teoremas para, adaptándolos, transladarlos a los detalles de sus doctrinas. El jefe de todos se llama Abraxas, el cual se ha puesto este nombre porque dice ser suyo el número trescientos sesenta y cinco.

3.5. Carpócrates

25,1. Carpócrates y sus seguidores dicen que el mundo y cuanto contiene fue hecho por Angeles muy inferiores al Padre ingénito. Jesús nació de José, y en todo era semejante al resto de los hombres. Los superaba sólo porque su alma, siendo recta y pura, recordaba todas las cosas que había visto, en el entorno del Dios ingénito; por tal motivo éste le habría infundido un poder para que pudiera escapar de los hacedores del mundo y para que, pasando a través de todos ellos, una vez liberada volviera a ascender hasta él. Lo mismo sucedería a las almas que lo siguieron y se hicieron sus semejantes. Dicen también que el alma de Jesús, aunque fue educada en las costumbres de los judíos, sin embargo los despreció, y por eso recibió poder para destruir los sufrimientos de los hombres que se les habían impuesto como castigo.

25,2. De manera semejante, el alma que, a semejanza de Jesús, puede despreciar las Potestades de este mundo, también recibirá el poder para realizar las mismas acciones. Por eso se alzaron con tan gran soberbia, que algunos presumieron de ser Jesús; otros, de ser en algunas cosas o en ciertos aspectos incluso más poderosos; o se sienten superiores a sus discípulos Pedro, Pablo y los demás Apóstoles. Más aún, de no ser en nada inferiores a Jesús. Porque sus almas han provenido del mismo lugar y, por tal motivo, de igual manera desprecian a los hacedores del mundo, y por lo tanto tienen los mismos poderes y han de volver al mismo lugar. Y si alguno desprecia las cosas de este mundo más que Jesús, podrá llegar a ser superior a él.

25,3. También practican la magia, encantamientos, usan filtros, espiritismo, echan suertes, interpretan los sueños, y todas las demás acciones malignas. Dicen tener el poder de dominar a las Potestades y a los hacedores de este mundo, y no sólo a ellos, sino también todas las cosas que en él fueron creadas. Satanás los ha enviado para calumniar a la Iglesia ante las naciones, porque éstas, escuchando a unos decir unas cosas y a otros otras, y pensando que todos (los cristianos) somos iguales, cierran sus oídos a la predicación de la verdad; e igualmente, viendo cómo se comportan ellos, nos insultan a todos, aunque no estamos en comunión con ellos ni en la doctrina, ni en la conducta, ni en la manera de actuar de cada día. Porque ellos abusan de nuestro nombre (cristiano) para cubrir con malicia su lujuria y su doctrina (1 Pe 2,16). Por eso «su condenación será justa» (Rom 3,8), y recibirán de Dios la justa paga de sus obras.

25,4. Y han caído en tan grande locura, que presumen tener la licencia de cometer todas las acciones impías e irreverentes. Porque las cosas buenas y malas no son, dicen ellos, sino opiniones humanas. Las almas deben transmigrar de cuerpo en cuerpo, para

experimentar toda clase de vidas y de acciones -a menos que uno haga todas estas cosas de una vez durante una sola venida, no sólo aquellas que no nos es permitido oír o decir, sino también aquellas que ni siquiera nos vienen a la mente; incluso aquellas que ni siquiera se puede creer que se hagan en nuestra civilización-. Y todo eso para que, según dicen sus escritos, su alma, al salir (de este mundo) haya experimentado todos los modos de vivir, de manera que ninguno le falte; es decir, deben hacerlo todo, no sea que, si su libertad no se hubiese ejercitado en alguna, deba volver a un cuerpo.

A este propósito Jesús habría dicho esta parábola: «Cuando tu adversario va en camino contigo, busca la manera de librarte de él, no vaya a ser que te entregue al juez, el juez al alguacil, y éste te mande a la cárcel. En verdad te digo, no saldrás de ahí hasta que pagues el último centavo» (Lc 12,58-59; Mt 5,25-26). Y dicen que el adversario es uno de los Angeles del mundo, a quien llaman el diablo, porque habría sido creado para conducir las almas que mueren, de este mundo al Principado. Y añaden que éste es el primero entre los fabricantes del mundo, el cual entrega al alma a otro Angel servidor suyo, para que las introduzca en otros cuerpos; porque, dicen ellos, el cuerpo es la prisión: «No saldrás de ahí hasta que pagues el último centavo». Ellos interpretan que nadie podrá escapar del dominio de los Angeles que fabricaron el mundo, sino que deberá transmigrar de cuerpo en cuerpo, hasta que haya realizado todo lo que se puede hacer en este mundo. Y sólo cuando nada le falte podrá el alma ya liberada elevarse al Dios que está sobre todos los Angeles hacedores del mundo. De este modo se salvarán todas las almas, tanto las que durante una sola venida se hayan preocupado por enredarse en todas las acciones posibles, como aquellas que hayan transmigrado o hayan sido metidas de cuerpo en cuerpo, hasta que, sea cual fuese su tipo de vida, hayan pagado todo lo que debían. Entonces serán liberadas, para que no tengan que vivir en un cuerpo.

25,5. Yo no creo que de hecho se cometan entre ellos todo tipo de acciones irreligiosas, injustas y prohibidas. Sin embargo, así se encuentra estampado en sus escritos y así lo predican, diciendo que Jesús habría enseñado a sus discípulos cosas secretas, y les habría pedido que se las transmitieran sólo a los que fuesen dignos y estuvieran abiertos a acogerlas. Porque nos salvamos sólo por la fe y la caridad; todo el resto es indiferente, pues que unas cosas sean buenas y otras se llamen malas, es asunto de opinión humana, ya que nada es malo por naturaleza.

25,6. Algunos de ellos llegan a marcar a fuego una señal a sus discípulos, en la parte posterior derecha de la oreja. Marcelina vino en nombre de ellos a Roma, en tiempo de Aniceto, y trayendo esta doctrina fue la perdición de muchas personas. Ellos se llaman a sí mismos los gnósticos. Tienen algunas imágenes pintadas y otras fabricadas de diversos materiales, y andan diciendo que Pilato habría mandado hacer ese retrato de Cristo cuando Jesús vivió entre los seres humanos. Coronan estas imágenes y las ponen al lado de las de los filósofos de este mundo, es decir con las de Pitágoras, Platón, Aristóteles y otros, y les rinden los mismos honores que acostumbran los paganos.

3.6. Cerinto

26,1. Un tal Cerinto, en Asia, enseñó que el mundo no fue hecho por el primer Dios, sino por una Potestad muy separada y distante del primer Ser (*Authentía*) que está sobre todo, y que no conocía al Dios que está sobre todas las cosas. También hipotizó que Jesús no ha nacido de una Virgen (pues le parecía imposible), sino que fue hijo de José y María de modo semejante a todos los demás hombres, y era superior a todos en justicia, poder y sabiduría. Y después del bautismo, desde el primer Ser que está sobre todo, el Cristo descendió sobre él en forma de paloma, y desde ese momento anunció al Padre desconocido y realizó los milagros; y al final el Cristo de nuevo se retiró de Jesús, y Jesús sufrió y resucitó, pero el Cristo continuó impasible, pues existía como un ser pneumático.

3.7. Ebionitas

26,2. Los que se llaman ebionitas confiesan que el mundo fue hecho por Dios, pero respecto al Señor enseñan los mismos mitos que Cerinto y Carpócrates. Usan sólo el Evangelio según Mateo, y rechazan al Apóstol Pablo pues lo llaman apóstata de la Ley. Exponen con minucia las profecías; y se circuncidan y perseveran en las costumbres según la Ley y en el modo de vivir judío, de modo que adoran a Jerusalén como si fuese la casa de Dios.

3.8. Nicolaítas

26,3. Los nicolaítas tienen como maestro a un cierto Nicolás, uno de los primeros siete diáconos ordenados por los Apóstoles (Hech 6,5-6). Estos viven laxamente. El Apocalipsis de Juan expone ampliamente quiénes son. Enseñan que no hay dificultad alguna en fornicar y en el comer las carnes ofrecidas a los dioses (Ap 2,14-15). Por eso dice de ellos la Palabra: «Tienes en tu favor haber odiado las acciones de los nicolaítas que yo también odio» (Ap 2,6).

3.9. Cerdón

27.1. Un cierto Cerdón, tomando su punto de partida de los seguidores de Simón, vivió en Roma en tiempo de Higinio, el noveno en el episcopado desde los Apóstoles. Enseñó que el Dios anunciado por la Ley y los profetas no era el Padre de nuestro Señor Jesucristo; porque a éste lo conocemos, mientras el primero es desconocido; el primero es justo, el segundo bueno.

3.10. Marción

27,2. Marción, del Ponto, lo sucedió, amplió su doctrina blasfemando de modo desvergonzado que aquel que anunciaron la Ley y los profetas era el Dios creador de los males, que se complacía en guerras; era inconstante en sus opiniones y también se contradecía a sí mismo. Dijo que Jesús había venido a la Judea de parte de aquel Padre que está por sobre el Dios fabricador del mundo, en tiempos del gobierno de Poncio Pilato, que fue procurador de Tiberio César; y que se manifestó en forma humana a los judíos de entonces, para destruir la Ley y los profetas y todas aquellas obras del Dios que hizo el mundo, al cual llamaba Cosmocreador. Además recortó al Evangelio según Lucas quitándole todas las cosas escritas sobre la generación del Señor, y arrancando, de la doctrina que el Señor predicó, muchas partes en las que el Señor manifiestamente

confiesa Padre suyo al Creador del universo, y convenció a sus discípulos de que él es más veraz que aquellos Apóstoles que nos transmitieron los Evangelios, y les habían legado no el Evangelio sino una partecilla del Evangelio. Igualmente recortó de las cartas del apóstol Pablo, todo aquello en lo cual el Apóstol habla abiertamente sobre que el Dios que hizo el mundo es el mismo Padre de nuestro Señor Jesucristo, y todo aquello en lo cual el Apóstol recuerda a los profetas que preanuncian el adviento del Señor.

27,3. Dijo que habrá salvación sólo para las almas que hayan enseñando su doctrina; pero al cuerpo, como fue tomado de la tierra, le es imposible participar de la salvación. A su blasfemia contra Dios aún añade, recibiendo del diablo la palabra y diciendo todo lo contrario a la verdad: Dios salvó a Caín y a todos los que le son semejantes, y a los sodomitas y a los egipcios y a sus semejantes, y a todos los paganos que vivieron mezclados a todo género de malignidad, cuando descendió a los infiernos, porque ellos acudieron a él, y así los llevó a su reino; en cambio -proclamó la serpiente que habitaba en Marción-, Abel, Enoch, Noé y los demás justos y los que tienen parte con el patriarca Abraham, con todos los profetas y aquellos que agradaron a Dios, no tienen parte en la salvación. Porque, dijo él, sabían que su Dios siempre los estaba tentando, y aunque sospecharon que aquél los tentaba, no acudieron a Jesús ni creyeron en su anuncio: y por eso, dijo, sus almas siguieron en los infiernos.

27,4. Pero a éste mismo, siendo el único que se ha atrevido a mutilar manifiestamente las Escrituras y a atacar impúdicamente a Dios más que los demás, le contraatacaremos arguyendo con sus mismos escritos y con los discursos del Señor y del Apóstol que Marción ha conservado y que él mismo utiliza, para deshacerlo con la ayuda divina. Por ahora era necesario recordarlo para que sepas que todos aquellos que en cualquier manera adulteran la verdad y lesionan la predicación de la Iglesia, son discípulos y sucesores de Simón el mago samaritano. Aunque no usan el nombre de su maestro para seducir a los demás, sin embargo enseñan su doctrina: profieren el nombre de Jesucristo como un cebo, pero introducen de muchas maneras la impiedad de Simón, dañando a muchos; usan este santo Nombre para difundir su doctrina, y por la dulzura y honor del Nombre (Sant 2,7) les administran el amargo y maligno veneno de la serpiente príncipe de la apostasía.

CAPÍTULO 4.

Sectas más próximas a los valentinianos

28,1. A partir de éstos de que he hablado, ya se han fabricado muchos engendros de herejías, por este motivo: muchos de ellos, más aún todos ellos, quieren ser maestros y así se separan de la herejía en la que estaban, e insisten en enseñar otros dogmas a partir de otras opiniones, componiendo luego otras nuevas a partir de las otras para poder proclamarse inventores de cualquier opinión que les agrada.

Pongamos un ejemplo: a partir de Saturnino y Marción nacieron los Continentes (*Enkrateîs* o Encratitas), los cuales predican la abstinencia del matrimonio, destruyendo el plan de Dios sobre su antiguo plasma, al que de modo indirecto acusan de haberlo hecho hombre y mujer para engendrar seres humanos (Gén 1,27-28); introdujeron la abstinencia de todo lo que ellos llaman *animal*, haciéndose de esta manera ingratos a Dios que hizo todas las cosas. También niegan la salvación del primer hombre plasmado: este es un nuevo invento de su grupo. Taciano fue el primero al que se le ocurrió esta blasfemia. Este fue discípulo de Justino, pero mientras estuvo con él, no anduvo con estas teorías. Mas después que el maestro sufrió el martirio, aquél se separó de la Iglesia y, presumiendo con orgullo de haber sido discípulo de tal maestro, se sentía superior a los demás, y por ello inventó una doctrina con sus propios rasgos. Al igual que los valentinianos predica la fábula de los Eones invisibles, y así como lo hacían Saturnino y Marción, denuncia el matrimonio como fornicación y corrupción. Y añade que Adán no pudo salvarse.

28,2. Otros, en cambio, han salido de los grupos de Basílides y Carpócrates. Predican el amor libre y la poligamia, se sienten libres para comer los idolotitos, porque dicen que Dios no se ocupa de esas cosas. ¿Y qué más decir? Son innumerables aquellos que de un modo y otro se han apartado de la verdad (2 Tim 2,18).

4.1. Los más propiamente llamados gnósticos

4.1.1. Barbeliotas

29,1. Además de los simonianos, de los que hemos tratado, surgió una multitud de Gnósticos que se multiplicaron como hongos, cuyas doctrinas principales exponemos.

Algunos de ellos hablan de un Eón que nunca envejece, y que vive en un Espíritu virginal, al cual llaman Barbelo: en él radica el Padre innombrable. Este decidió revelarse a Barbelo. Entonces el Pensamiento apareció para ponerse delante y pedirle el Preconocimiento (*Prognosis*). Habiendo también aparecido el Preconocimiento, a petición de ambos surgió la Incorrupción (*Aphtharsía*), y tras ella la Vida eterna. Barbelo se envaneció en estos frutos, y contemplando la Grandeza y deleitándose en su presencia, engendró la Luz semejante a sí. Dicen que este fue el principio de la iluminación y de toda generación. Como el Padre vio esta Luz, la ungió con su bondad

para hacerla perfecta: éste, según ellos, es el Cristo. Este a su vez, según sus teorías, pidió que se le diera la Mente como un auxilio: así surgió la Mente. Además de ellos, el Padre emitió el Verbo. Después se unieron en matrimonio el Pensamiento y el Verbo, la Incorrupción y el Cristo, la Vida eterna y la Voluntad (*Thélema*), y por último la Mente y el Preconocimiento. Todos ellos alababan a la gran Luz y a Barbelo.

29,2. Más tarde, la Mente y el Verbo emitieron el Autoengendrado (*Autogenè*), según la imagen de la gran Luz: éste, según dicen, era muy honrado por todos los seres que le estaban sujetos. También emitieron junto con él la Verdad (*Alétheia*), y se celebró el matrimonio entre el Autoengendrado y la Verdad. De la Luz que es el Cristo y la Incorrupción procedieron cuatro luminarias para que estuviesen al servicio del Autoengendrado. Así como la Voluntad y la Vida eterna brotaron cuatro emisiones al servicio de las luminarias, a las que llamaron Gracia (*Cháris*), Decisión (*Thélesis*), Conciencia (*Synesis*) y Prudencia (*Phrónesis*). La Gracia fue señalada como ayudante a la primer luminaria; ésta es el Salvador, a quien llaman Armozel. La Decisión al segundo, al que llaman Raguhel. La Conciencia al tercero, al que llaman David. La Prudencia al cuarto, al que llaman Eleleth.

29,3. Una vez establecido este orden, el Autoengendrado emitió al Hombre perfecto y verdadero al que llaman Adamante, porque ni él ni sus progenitores fueron domados. Luego lo separaron de Armozel, junto con la Luz. El Autoengendrado emitió junto con el Hombre la gnosis perfecta, la cual se le unió: por eso dicen que conoció a aquel que está sobre todas las cosas; y el Espíritu virginal le concedió igualmente una fuerza invencible. Y descansando después de esto, todas las cosas alabaron al Grande Eón. Entonces se manifestaron la Madre, el Padre y el Hijo. Del Hombre y la Gnosis nació un árbol al que también llaman Gnosis.

29,4. Enseñan que en seguida el Angel que está de pie junto al Unigénito emitió el Espíritu Santo, al que también llaman Sabiduría y Prúnico. Esta vio que todos los demás tenían su cónyuge, pero ella no lo tenía. Entonces buscó a alguien con quien unirse en matrimonio. Pero como no encontró, se enloqueció y se volvió hacia las regiones inferiores, pensando que allí encontraría un marido. Pero, como tampoco lo halló, se consumió de tristeza porque se había exiliado sin el beneplácito del Padre. Más tarde, empujada por la simplicidad y la bondad, engendró una obra mezclada de Ignorancia y Presunción: éste es el Protoprincipio, el que fue el Hacedor de toda la creación en este mundo.

Cuentan que una gran Potencia lo alejó de su Madre, y lo apartó de ella echándolo a las regiones inferiores. Entonces hizo el firmamento, en el cual habita. Siendo él Ignorancia, hizo las Potestades y Angeles que están bajo su dominio, así como los firmamentos y todas las cosas de la tierra. En seguida, según dicen, se unió a la Presunción (*Authadía*) y engendró la Maldad (*Kakía*), el Celo (*Dzélum*), la Envidia (*Phthónos*), la Discordia (*Éris*) y el Deseo (*Epithymía*). Una vez que hubo engendrado a éstos, la Madre Sabiduría huyó llena de tristeza y se refugió en las alturas: así se completó la Ogdóada inferior. Una vez que ella se hubo retirado, él se creyó el único, y

por eso dijo: «Yo soy el Dios celoso, y fuera de mí no hay otro» (Ex 20,5; Is 45,5-6; 46,9). Estas son sus mentiras.

4.1.2. Ofitas

30,1. Otros más cuentan la prodigiosa narración de que en la potencia del Abismo hubo una Luz primera, dichosa, incorruptible e infinita, que fue el Padre de todas las cosas, al que llaman el Primer Hombre. De él nació el Pensamiento como hijo suyo: éste es el Hijo del Hombre, es decir el Segundo Hombre. Sobre éstos está el Espíritu Santo, y sobre este Espíritu de lo alto se hallan separados los elementos agua, tinieblas, abismo y caos. Y dicen que el Espíritu vuela sobre éstos (Gén 1,2), al que llaman Primera Mujer. En seguida, según dicen, el Primer Hombre se regocijó con su Hijo al ver la hermosura del Espíritu, es decir de la Mujer, y habiéndola iluminado, de ella engendró la Luz incorruptible, y al Tercer Hombre, al que llaman Cristo, hijo del Primero y del Segundo Hombre, unidos al Espíritu Santo que es la Primera Mujer.

30,2. Entonces el Padre y el Hijo se copularon con la Mujer, a la que por ello llaman Madre de los vivientes (Gén 3,20), y dicen que ella fue incapaz de soportar y contener la grandeza de la Luz, la cual se derramó a borbotones por el lado izquierdo. De esta manera quedó sólo el hijo de ellos, el Cristo, que es del lado derecho: elevado a las alturas, junto con su Madre fue arrebatado de inmediato hacia el Eón Incorruptible. Esta es la verdadera y santa Iglesia, que es la llamada para la unión del Padre universal con el Primer Hombre, y el Hijo, Segundo Hombre, y el Cristo, hijo de éstos y de la Mujer de la que acabamos de hablar.

30,3. La Potencia que brotó de la Mujer tenía el jugo de la Luz. Abandonando él a sus Padres se lanzó a las regiones de abajo, por su propia voluntad, llevándose el jugo de la Luz. Se le llama la Izquierda o Prúnico, la Sabiduría o el Masculino-Femenino. Descendió a las aguas inmóviles y las puso en movimiento, sumergiéndose vanidosamente hasta lo más hondo, y de las aguas tomó un cuerpo. Porque, dicen ellos, todas las cosas acudieron a su jugo de la Luz, se unieron a ella y la rodearon; y si no lo hubiera tenido, sin duda la materia se la habría tragado y engullido.

Cuando ella estaba ya atada a este cuerpo de materia muy pesada, al fin volvió en sí misma y trató de escapar de las aguas para volver a su Madre, pero no pudo lograrlo a causa de la pesantez del cuerpo que la tenía prisionera. Se sintió ella muy mal porque imaginaba que debía esconder la luz superior, pues temía que los elementos inferiores la lastimaran como habían hecho con ella. Y como recibió una fuerza que provenía de la humedad de la luz que ella llevaba, pudo escapar y fue elevada a las alturas. Una vez llevada a lo alto, ella desplegó este cielo visible, sacándolo de su cuerpo, y permaneció bajo el cielo que había hecho, llevando todavía la forma del cuerpo hecho de agua. Pero habiendo experimentado el deseo de la luz superior, recobró la fuerza, se despojó del cuerpo y se libró de él. De este cuerpo se despojó ella, a la que llaman Mujer salida de la Mujer.

30,4. Su hijo recibió de la Madre como herencia un soplo de incorrupción que ella le había dejado, con el cual podía actuar. Y, hecho poderoso, él mismo emitió, como dicen,

un hijo que salió sin madre de las aguas; porque, según ellos, no conoció a la Madre. Y este hijo, imitando a su Padre, a su vez engendró a un hijo. El tercero engendró a un cuarto, éste a su vez engendró a otro hijo, el quinto engendró el sexto, y el sexto engendró el séptimo. Así se completó la Semana, quedando para la Madre el lugar octavo. Y como entre ellos existe una graduación de origen, también la hay de dignidad y potencia por la cual unos tienen precedencia sobre otros.

30,5. A este engendro le pusieron nombres extravagantes: pues llaman al primogénito de la Madre, Jaldabaoth; al segundo, nacido de éste, Jao; de éste nació Sabaoth, en cuarto lugar Adonai, en quinto Elohim, en sexto Hor, en séptimo y último Astafé. Estos Cielos, Potencias, Angeles y Creadores están sentados en el cielo según el orden de su nacimiento, son invisibles, gobiernan todos los seres celestes y terrestres. El mayor de ellos, Jaldabaoth, por desprecio a su Madre y sin su permiso engendró hijos y nietos, que son los Angeles, Arcángeles, Poderes, Potestades y Dominaciones. Estos, apenas nacidos, se volvieron contra su Padre para disputarle el gobierno. Por eso Jaldabaoth se entristeció y desesperó, contempló la hez de la materia que se hallaba debajo, y sintió una fuerte concupiscencia de ella. Dicen que de esa pasión nació un hijo, que es la Mente, retorcida en forma de serpiente, y de ésta el espíritu, el alma y todas las cosas del mundo; también engendró ésta el Olvido, la Maldad, los Celos, la Envidia y la Muerte. Esta Mente retorcida en forma de serpiente con su tortuosidad habría pervertido al Padre cuando estaba con el Padre de todos ellos en el cielo y en el paraíso.

30,6. Por eso Jaldabaoth, lleno de entusiasmo y gloriándose de todos aquellos seres que le estaban sometidos, dijo: «Yo soy el Dios y Padre, y sobre mí no hay ningún otro» (Is 45,5-6; 46,9). Y la Madre, al oírlo, exclamo: «No mientas, Jaldabaoth, pues sobre ti está el Padre de todas las cosas o Primer Hombre, y el Hombre Hijo del Hombre». Todos se perturbaron al escuchar esta nueva voz y esta exclamación inesperada, y se preguntaban de dónde había salido ese sonido. Entonces Jaldabaoth, para llamarles la atención y atraerlos hacia sí, les dijo: «Venid, hagamos al hombre según la imagen» (Gén 1,26). Seis Potencias que lo oyeron, habiéndoles la Madre inspirado la idea del hombre para liberarlas de la Potencia suprema, se reunieron para formar al hombre dotado de una inmensa longitud y anchura. Pero como éste sólo podía arrastrarse, ellas lo llevaron a su Padre. La Sabiduría entretanto se puso a la obra para arrancarle (a Jaldabaoth) el jugo de la Luz, a fin de que con su poder no se levantara contra los seres superiores. Mas éste, dicen ellos, soplando en el hombre el espíritu de vida (Gén 2,7), perdió el poder sin darse cuenta; de ahí sacó el hombre su mente y su deseo. Estos dos elementos, según ellos enseñan, son los únicos que se salvan, y al punto le dan gracias al Primer Hombre, sin preocuparse más de los primeros Hacedores.

30,7. Entonces, lleno de celos Jaldabaoth pretendió perder al hombre por medio de la mujer, y usando del Deseo atrajo a ésta: Prúnico se apoderó de ella, que quedó privada de su fuerza. Los demás Eones se congregaron para admirar su belleza, y la llamaron Eva. Y deseando engendrar hijos de ella, los llamaron Angeles. La Madre de ellos, usando la astucia de la Serpiente, sedujo a Eva y a Adán para que transgredieran el mandato de Jaldabaoth. Eva, imaginando escuchar al Hijo de Dios, fácilmente creyó y

persuadió a Adán a comer del árbol del que Dios les había dicho no debían comer. Y en el momento en que comieron, conocieron (Gén 2,7), según dicen, la Potencia que está sobre todas las cosas, y se liberaron de aquellas que los habían creado. Prúnico, al ver que su propio plasma los había vencido, se alegró inmensamente; y exclamó que, existiendo ya un Padre incorruptible, Jaldabaoth se había engañado al llamarse a sí mismo Padre; y como ya existía el Hombre y la Primera Mujer, había pecado al haber hecho una imagen corrompida.

30,8. Jaldabaoth, por culpa del Olvido que lo rodeaba, no puso atención al error, y echó del Paraíso a Adán y Eva, porque habían transgredido su mandato. Pues de Eva quería engendrar hijos, pero no pudo lograrlo, porque su Madre en todo se le oponía; y, obrando de forma solapada liberó a Adán y a Eva del jugo de la Luz, a fin de que ya no recayera la maldición ni el oprobio sobre aquel espíritu nacido del Poder Supremo. De esta manera, privados de la substancia divina, (Jaldabaoth) los maldijo y los echó del cielo a este mundo. También el Padre arrojó al mundo a la serpiente que había actuado contra él. Pero atrapó bajo su poder a los Angeles que están en el mundo, y engendró seis hijos, y él quedó como el séptimo, para imitar la Semana que está ante el Padre. Estos, en su opinión, son los demonios del mundo, que siempre se oponen y atacan al género humano, porque por culpa de ellos su padre fue echado a lo más bajo.

30,9. En un principio Adán y Eva tuvieron cuerpos ligeros, luminosos y espirituales, tal como fueron plasmados; pero cuando Jaldabaoth vino (a la tierra), los transformó en opacos, gruesos y lentos. Incluso hizo su alma disipada y lánguida, porque había recibido de su hacedor sólo un soplo mundano; hasta que Prúnico se compadeció de ellos y les devolvió el olor de suavidad que fluye del jugo de la Luz: gracias a éste ellos se hicieron conscientes y se dieron cuenta de que estaban desnudos (Gén 3,7), de que su cuerpo estaba hecho de materia y estaban destinados a la muerte; ellos se resignaron a sufrir y a estar revestidos del cuerpo por un tiempo; con la ayuda de la Sabiduría encontraron alimento, se saciaron, y así pudieron unirse carnalmente para engendrar a Caín.

Pero la odiosa serpiente arrojada (del paraíso) junto con sus hijos la arremetió contra él: llenándolo de ignorancia en el mundo, lo llenó de estupidez y atrevimiento, a tal punto que Caín asesinó a su hermano Abel: ésta es la primera vez que aparecieron la envidia y la muerte. Después de éstos por providencia de Prúnico engendraron a Set, y luego a Norea, los cuales, según dicen, engendraron una multitud de seres humanos. La Semana terrena impulsó a éstos a todo tipo de maldades, a separarse de la Semana Superior y santa, y a toda clase de idolatría que desprecia todas las cosas; y todo porque de modo invisible la Madre siempre les era contraria, porque quería arrebatarles lo que le pertenecía, o sea el jugo de la Luz. Ellos dicen que la Semana santa son las siete estrellas a las que llaman planetas; y también que la serpiente arrojada (de lo alto) se llama Miguel y Samahel.

30,10. Jaldabaoth quedó enojado con los hombres porque se negaban a adorarlo y a darle los honores de su Dios y Padre; por eso les envió el diluvio para acabar con todos. Pero de nuevo la Sabiduría vino en su auxilio (Sab 10,4) para salvar a aquellos que se

habían refugiado en el arca con Noé, por medio de su jugo de la Luz; y de esta manera otra vez el mundo se fue llenando de seres humanos. Después de un tiempo, de entre éstos Jaldabaoth eligió a Abraham y le prometió en testamento que le daría la tierra en heredad si su descendencia se mantenía sujeto a su servicio. Más tarde por obra de Moisés sacó de Egipto a los descendientes de Abraham, les dio la Ley y los convirtió en judíos. De entre éstos eligió siete dioses, a los que ellos llaman la santa Semana, y eligió para cada uno siete heraldos con la misión de darle gloria y proclamarlo Dios, para que los demás, al escuchar esta glorificación, sirvan a los dioses que los profetas anunciaron.

30,11. Se distribuyen los profetas de la siguiente manera: Moisés, Josué hijo de Nun, Amós y Habacuc son los de Jaldabaoth; Samuel, Natán, Jonás y Miqueas sirven a Jao; Elías, Joel y Zacarías anuncian a Sabaoth; Isaías, Ezequiel, Jeremías y Daniel pertenecen a Adonai; Tobías y Ageo hablan de Elohím; Miqueas y Naúm son los profetas de Hor; Esdras y Sofonías lo son de Astafé. Cada uno de éstos da gloria a su Dios y Padre. Incluso la Sabiduría, según ellos dicen, anunció por medio de ellos muchas cosas acerca del Primer Hombre, del Eón incorruptible y del Cristo Superior, para que advirtieran a los seres humanos y les mantuvieran la memoria de la Luz incorruptible, del Primer Hombre y del descenso del Cristo. Las Potestades quedaron atónitas ante la predicación de los profetas, admirando la novedad que anunciaban. Prúnico, por medio de Jaldabaoth, hizo emitir dos hombres, uno que salió de Isabel y otro de la Virgen María.

30,12. Y como ella (Prúnico) no hallaba descanso ni en el cielo ni en la tierra, llena de tristeza invocó a la Madre para que viniera en su auxilio. Entonces su Madre, la Primera Mujer, miró con compasión a su hija arrepentida y suplicó al Primer Hombre que enviara al Cristo para que la ayudase: éste descendió en seguida, enviado a su hermana y al jugo de la Luz. Al saber que su hermano bajaba a ella, la Sabiduría de abajo anunció su venida por medio de Juan y dispuso el bautismo de penitencia; pero de antemano preparó a Jesús a fin de que, cuando el Cristo bajase, pudiese encontrar en él un vaso limpio y para que gracias a su hijo Jaldabaoth el Cristo la anunciase.

Este descendió a través de los siete cielos, según dicen, tomando una forma semejante a sus hijos, a quienes poco a poco les fue quitando su poder, porque acudió a él todo el jugo de la Luz. Cuando el Cristo bajó a este mundo, en primer lugar revistió a su hermana Sabiduría, y entonces ambos se llenaron de alegría, descansando el uno sobre el otro: ellos dicen que éstos son el esposo y la esposa (Mt 25,1; Jn 3,29). En cuanto a Jesús, puesto que fue engendrado de la Virgen por obra de Dios, fue el hombre más puro y justo de entre todos: sobre él descendió el Cristo unido a la Sabiduría, y de esta manera se formó Jesucristo.

30,13. Muchos de sus discípulos no supieron que el Cristo había descendido sobre él; pero apenas el Cristo descendió sobre Jesús, éste comenzó a realizar milagros y curaciones, a anunciar al Padre desconocido y a proclamarse el Hijo del Primer Hombre. Cuando esto oyeron, llenos de ira las Potestades y el Padre de Jesús hicieron todo lo posible por matarlo. Y cuando él se encaminaba a la muerte, dicen ellos que el Cristo junto con la Sabiduría se apartaron de él y se volvieron a elevar al Eón incorruptible, y

así sólo Jesús fue crucificado. Pero no por ello el Cristo se olvidó de él, sino que le envió desde arriba un Poder para que lo resucitara en su cuerpo, que ellos llaman un cuerpo animal y espiritual, pero dejó lo mundano en el mundo. Cuando los discípulos vieron que había resucitado, no lo reconocieron, ni supieron en virtud de quién había resucitado de entre los muertos. Y dicen que éste fue el peor error de los discípulos, porque pensaban que Jesús había resucitado en el cuerpo del mundo, sin saber que «la carne y la sangre no heredarán el Reino de Dios» (1 Cor 15,50).

30,14. Y tratan de probar que el Cristo descendió y ascendió, esgrimiendo el hecho de que según dicen sus discípulos, Jesús no hizo ningún milagro ni antes de su bautismo ni después de haber resucitado de entre los muertos; pues ignoran que Jesús estaba unido al Cristo, el Eón incorruptible a la Semana, y confundieron el cuerpo del mundo con el animal. Después de la resurrección Jesús permaneció con los discípulos durante dieciocho meses, durante los cuales enseñó de manera que comprendiesen todas estas cosas evidentes a unos cuantos de entre sus discípulos, a los que juzgó más capaces de entender tan grandes misterios. Y después fue recibido en los cielos, donde Jesús se sentó a la derecha de su Padre Jaldabaoth, para recibir consigo, después de haber depuesto la carne mundana, a quienes lo conocieron. De esta manera se enriquece sin que lo advierta su Padre, el cual ni siquiera lo ve; de modo que, mientras Jesús más se enriquece de almas, más se empobrece su Padre al perderlas, quedando privado de su poder sobre las almas. Ya no tiene poder sobre las almas para enviarlas de nuevo al mundo, sino sólo sobre aquellas que son de su substancia, es decir las que nacieron de su soplo. La consumación final se realizará cuando todo el jugo del espíritu de Luz sea reunido y elevado al Eón de la incorrupción.

4.1.3. Otras sectas afines

30,15. Estas son sus enseñanzas. De ellas nació la escuela de Valentín, una fiera de muchas cabezas como la hidra de Lerna. Algunos dicen que la misma Sabiduría se transformó en Serpiente: por eso se opuso al Hacedor de Adán y depositó en los seres humanos la gnosis, por lo cual, dicen, la Serpiente es la más sabia de todos los seres (Gén 3,1). La misma forma de nuestros intestinos, por los cuales pasa el alimento, retorcida como la Serpiente, prueba que llevamos escondida en la figura de la Serpiente la substancia que nos ha engendrado.

4.1.4. Cainitas

31,1. Otros dicen que Caín nació de una Potestad superior, y se profesan hermanos de Esaú, Coré, los sodomitas y todos sus semejantes. Por eso el Hacedor los atacó, pero a ninguno de ellos pudo hacerles mal. Pues la Sabiduría tomaba para sí misma lo que de ellos había nacido de ella. Y dicen que Judas el traidor fue el único que conoció todas estas cosas exactamente, porque sólo él entre todos conoció la verdad para llevar a cabo el misterio de la traición, por la cual quedaron destruidos todos los seres terrenos y celestiales. Para ello muestran un libro de su invención, que llaman el Evangelio de Judas.

31,2. He recogido sus escritos en los cuales nos incitan a destruir la obra de Histera: así llaman al Hacedor del cielo y de la tierra. Y nadie puede salvarse si no experimenta todas las cosas, así como enseñó Carpócrates. Y que un Angel está ayudando a los seres humanos cuando cometen cualquier acto torpe y pecaminoso, el cual hace llevar a cabo toda acción atrevida e impura, de modo que este Angel es el responsable de todas estas obras, como ellos lo invocan: «Oh tú, Angel, yo cumplo tu acción; oh tú, Potestad, yo llevo a cabo tu obra». Y dicen que en esto consiste la gnosis perfecta: entregarse sin vergüenza alguna a tales acciones, cuyo nombre ni siquiera es lícito pronunciar.

Conclusión

31,3. De estos padres, madres y antepasados han salido los seguidores de Valentín, como ellos mismos lo descubren en sus reglas y doctrinas. Era necesario claramente descubrir sus dogmas para arrancarlos de en medio. Ojalá que algunos de ellos se conviertan y, haciendo penitencia, se vuelvan al único Dios Creador y Hacedor del universo para que puedan salvarse. Y que los demás dejen de desviarse atraídos por su malvada manera de persuadir, que presenta estas cosas con visos de verdad, haciéndolos imaginar que tendrán un conocimiento mayor y más elevado, y que descubrirán los misterios. Si éstos aprenden bien de nosotros lo que aquéllos enseñan mal, se reirán de sus doctrinas y tendrán compasión de aquellos que, dejándose todavía arrastrar por tan miserables e incongruentes fábulas, han asumido aires de orgullo, juzgándose mejores que los demás por haber adquirido tal gnosis, que más valdría llamar ignorancia. Lo que hemos hecho es quitarles la máscara: dar a conocer sus verdaderas enseñanzas es ya una victoria sobre ellos.

31,4. Por eso nos hemos esforzado por exponer a los cuatro vientos todo el cuerpo mal armado de esta zorra, para que todos lo conozcan: después de esto ya no necesitamos muchos argumentos para echar por tierra una doctrina, una vez que queda patente a todos. Cuando se esconde en el bosque una fiera, desde donde ataca y lanza sus ataques, lo mejor es limpiar el bosque y desnudarlo, de modo que deje la fiera expuesta a la vista, y así ya no sea difícil cazarla, al darse cuenta de qué tipo de fiera se trata. De esta manera será posible observarla, cuidarse de sus ataques, tirarle flechas de diversas partes, herirla y acabar con esa bestia devastadora. Así hemos procedido nosotros: una vez que exponemos a clara luz sus misterios escondidos y ocultos en el silencio, ya no serán necesarios muchos argumentos para destruir su doctrina. Tú mismo y quienes viven contigo serán capaces de ejercitarse en derrocar sus perversas y mal fundadas enseñanzas, mostrando que no están de acuerdo con la verdad.

Una vez que hemos llegado a este punto, como he prometido, en cuanto dé nuestra capacidad emprenderemos su refutación en el siguiente libro, argumentando contra ellos -ya que nuestra exposición, como ves, se ha ido alargando-. Os daremos los instrumentos para refutarlos, tomando una por una sus tesis en el orden como las hemos ido enunciando. De este modo no sólo quitaremos la máscara a esta bestia, sino que trataremos de herirla por todos los costados.

LIBRO II:

DENUNCIA Y REFUTACION DE SU DOCTRINA

Prólogo

Pr. 1. Mi hermano querido, en el libro anterior te hemos expuesto y al mismo tiempo desenmascarado toda la mal llamada gnosis, que los valentinianos enseñan con teorías falsas y opuestas. También te descubrimos las doctrinas de sus ancestros, y mostramos cuánto difieren entre ellos mismos, y mucho más de la verdad. Te explicamos puntualmente la enseñanza de uno de ellos, Marco el mago, así como todas sus obras; y te hicimos ver con cuánto empeño se esfuerzan por hallar en la Escritura textos para probar sus falacias. Así también te escribimos sobre el modo como, sin avergonzarse, usan los números y las veinticuatro letras del albafeto para demostrar sus verdades.

Igualmente descubrimos cómo andan diciendo que la creación fue hecha a imagen del Pléroma invisible, así como sus teorías y enseñanzas acerca del Demiurgo. Hablamos de la doctrina de su progenitor, Simón Mago el samaritano, y de sus sucesores; y añadimos todo el montón de los que se dicen gnósticos. Hicimos notar las diferentes doctrinas y sus consecuencias, así como todas las herejías que de ellas derivan. En seguida aclaramos cómo todos estos herejes han sacado de Simón el origen de sus impíos e irreligiosos dogmas; así como sus prácticas de redención y sus ritos de iniciación para introducir a aquellos que luego se vuelven perfectos, e igualmente sus inventos y misterios. Finalmente demostramos que uno solo es el Dios Creador, el cual no es el fruto de la penuria, y que fuera de él o sobre él no hay ningún otro.

Pr. 2. En este libro, hasta donde el tiempo nos lo permita, te enseñaremos los más importantes argumentos para refutar su norma de fe. Por eso hemos titulado esta parte de la obra *Denuncia y refutación de su doctrina*: pues es necesario derrocar sus «matrimonios» desenmascarando esos «matrimonios» ocultos, y hacer añicos su Abismo, demostrando que jamás existió ni puede existir.

CAPÍTULO 1.

No existe un Pléroma por encima del Dios Creador

1.1. No hay un mundo independiente del Pléroma o del Creador

1.1. Conviene empezar con el primero y más importante capítulo sobre el Dios Demiurgo que hizo el cielo, la tierra y todas las cosas que en ellos existen (Ex 20,11), al que esos blasfemos llaman «fruto de la penuria». Probaremos que nada hay por encima de él ni fuera de él, sino que él hizo todas las cosas según su proyecto y libre voluntad, pues es el único Dios, el único Señor, el único Creador, el único Padre y el único que contiene en sí todas las cosas y da la existencia a todas ellas.

1.2. ¿Cómo sería posible que existiese sobre él otra Plenitud, o Principio, o Potestad, u otro Dios, siendo necesario que Dios, la Plenitud *(Pléroma*) de todas las cosas, las contenga en su inmensidad y por ninguna sea contenido? Pues si alguna cosa existiese fuera de él, ya no sería Plenitud de todas las cosas, ni las contendría todas: pues a dicha Plenitud o a ese Dios le faltaría lo que ellos dicen existiría fuera de él. Pues aquello a lo que le falta o se le quita a algo, no puede ser Plenitud de todas las cosas.

Más aún, un tal ser tendría un comienzo, un medio y un fin respecto a aquellos que existirían fuera de él. Pues si tuviera un término en relación con los seres de acá abajo, también tendría un principio en relación con los seres de arriba. Y lo mismo sucedería por fuerza en relación con las otras partes: quedaría contenido desde fuera, determinado e incluido en ella; porque un término exterior por fuerza circunscribe y circunda lo que termina en él. Según dicen ellos, hay un Padre universal, al que también llaman Protoser y Protoprincipio, junto con el que ellos pretenden ser el Pléroma, el cual, como el Dios bueno de Marción, ha sido creado, incluido y circundado por otro Principio, que necesariamente será mayor que él: puesto que aquello que contiene es mayor que el contenido. Pero si es mayor, entonces también es más poderoso y más señor; pues aquel que es mayor, más poderoso y más señor, es Dios.

1.3. Y como según ellos existe alguna región fuera del Pléroma, a la cual habría emigrado la Potencia superior descarriada, esta región o necesariamente contiene lo que es externo al Pléroma y aun el Pléroma mismo -de otra manera no estaría fuera del Pléroma: pues si algo quedara fuera del Pléroma, por el mismo hecho de estar fuera sería él mismo Pléroma, y así el Pléroma de ellos quedaría contenido en el Pléroma exterior; y entonces junto con el Pléroma también quedaría contenido el primer Dios-; o deben postular que ambos distan infinitamente y están separados entre sí, quiero decir el Pléroma y lo que queda fuera de él. Pero, si aceptan esto último, en consecuencia deben afirmar un tercer elemento que separe infinitamente a su Pléroma de aquello que existe fuera de él. Dicho tercer elemento tendría que rodear y contener ambas realidades, y ser mayor que el Pléroma y lo que existe fuera, puesto que debería contener ambos en su seno.

De este modo nuestro discurso tendría que prolongarse hasta el infinito, sobre cosas contenidas y cosas que contienen. Si este elemento tercero comienza en el mundo superior y termina en el inferior, se sigue que también ha de estar limitado por los costados, sea que tenga principio o término en otras realidades laterales. En tal caso las realidades que quedan arriba, abajo, a un lado y a otro, tendrán necesariamente un comienzo; y así deberemos seguir hasta el infinito. Es la consecuencia de que el pensamiento de ellos no esté firme en un solo Dios; pues, con la excusa de seguir buscando, van a parar en aquello que no existe y se separan del Dios verdadero.

1.4. De modo semejante procedemos contra las invenciones de los marcionitas. Sus dos dioses quedan delimitados y definidos, separados entre sí por una distancia infinita. Según esta teoría habría que imaginar muchos dioses infinitamente distanciados en todas las direcciones, y unos darían origen y limitarían a los otros mutuamente. La razón en la que se apoyan para hipotizar un Pléroma o un Dios superior al Creador del cielo y de la tierra, es la misma que se puede usar para suponer que sobre su Pléroma hay otro Pléroma, y sobre este segundo un tercero, y sobre su Abismo otro Abismo divino, e igualmente para deducir otros más a cada uno de los lados. De esta manera su teoría tendría que prolongarse hasta el infinito, y sería imperioso imaginar perpetuamente otros Pléromas y Abismos, sin poner nunca un término, pues habría que buscar siempre otros nuevos. Ni siquiera se sabría si esas cosas quedarían arriba o abajo de nosotros, y de los mismos que se dicen superiores no se estaría seguro de que queden arriba o abajo. Nada firme o estable habría en nuestra mente, sino que por fuerza ésta siempre estaría fluctuando entre infinitos mundos e indeterminados dioses.

1.5. Si fuese así, cada uno de estos dioses tendría que estar contento y no mezclarse curiosamente con lo que toca a los otros; de otra manera el inferior sería avaro e injusto, y dejaría de ser Dios. Cada uno de los seres creados tendría que dar gloria a su propio Creador, el cual para él sería suficiente y no tendría por qué conocer a otros dioses; de otra manera, condenado justamente por los demás de apostasía, tendría que recibir un proporcional castigo. En consecuencia, por fuerza debe ser uno solo el que contiene todas las cosas, que en aquel ámbito que le pertenece las haya creado todas según su voluntad; o bien admitir muchos creadores y dioses indefinidos, que se limiten entre sí poniéndose principios y términos por todos lados; todos ellos quedarían contenidos dentro de otro mayor, y cada uno quedaría necesariamente delimitado dentro de lo que es suyo, y de este modo ninguno de ellos sería Dios. Pues cada uno de ellos sería defectuoso, pues sólo le tocaría una parte muy pequeña en comparación de todo el resto, y por consiguiente dejaría de existir aun el título de Omnipotente. Este modo de pensar tarde o temprano tendrá que caer en la impiedad.

1.2. El mundo no fue hecho por ángeles

2.1. Algunos andan diciendo que Angeles fueron los fabricantes del mundo, o bien otro Demiurgo, que actuaron fuera de los planes del Padre que está sobre todas las cosas. Comienzan por errar cuando afirman que fueron Angeles quienes realizaron tan excelsa obra de la creación, como si los Angeles fuesen más poderosos que Dios; o bien

como si éste fuese descuidado, o tuviese necesidad (de ellos), o no se preocupase de lo que se hace en su propio dominio, sea bueno o malo, a fin de impedir o prohibir el mal y de alegrarse y gozarse en el bien. ¡Nadie hay tan atrevido que atribuya tales cosas a un ser humano que tenga un mínimo de cuidado, mucho menos a Dios!

2.2. En seguida, que ellos nos digan si estas cosas las hicieron en un dominio propio, o en el de otro. Si responden que en dominio ajeno, caerán en todos los absurdos que ya indicamos arriba: su Dios quedaría prisionero de lo que existe fuera de él, lo cual por fuerza tendría que limitarlo. Y si responden que en su propio dominio, también sería una idiotez afirmar, según su teoría, que los Angeles u otro Demiurgo crearon el mundo en dominio propio de Dios, ¡como si éste no se diera cuenta de lo que sucede en lo que le pertenece, o como si ignorase lo que hacen los Angeles!

2.3. Pero si, como otros opinan, no lo hicieron contra su voluntad o sin que él se diera cuenta, entonces ya no serán los Angeles u otro Demiurgo quienes hicieron el mundo, sino la voluntad de Dios. Pues si éste creó al Demiurgo del mundo y a los Angeles, tambien él será la causa de lo que ellos hicieron, y se concluye que él mismo es el autor del mundo, pues preparó sus causas. Aunque, como opina Basílides, los Angeles hubiesen creado en etapas sucesivas, o lo hubiese hecho un Demiurgo del mundo, si éstos tienen origen en el primer Padre, habrá que hallar la causa de todas las cosas en aquél en quien sus causas tuvieron origen y que emitió toda la serie. Es como en una guerra: al rey se atribuye la victoria, porque él ha dispuesto los medios para conseguirla; y se atribuye la fundación de la ciudad y su construcción a aquel que dispuso los elementos para que se llevara a cabo tal obra que después se ha llevado a cabo. De modo semejante, no decimos que el hacha parte la leña o que la sierra corta la madera; sino que el modo justo de expresarse es decir que los seres humanos parten y cortan con el hacha o la sierra que para ello han fabricado, así como con los instrumentos que han usado para hacerlas. Así pues, dentro de su misma lógica, es claro que al Padre universal debe llamarse el Creador de este mundo, y no a los Angeles o a otro Demiurgo diverso de aquel que dio origen y fue la causa primera que preparó esta obra.

2,4. Tal vez un modo semejante de razonar pueda persuadir más a personas que, no conociendo a Dios, lo imaginan semejante a gente limitada que no puede crear en un instante sino a partir de cosas existentes, y que además necesita muchos instrumentos para fabricar. Pero jamás lo aceptará quien sepa que Dios, sin tener necesidad de nada, creó todas las cosas por su Verbo; que no le hace falta la ayuda de los Angeles para llevar a cabo lo que hace; ni requiere el auxilio de algún Poder muy inferior a él e ignorante del Padre; ni de la penuria o ignorancia, a fin de que empiece a existir el ser humano destinado a conocerlo. Sino que él por sí mismo hizo todas las cosas de modo inefable que nosotros no alcanzamos a comprender, según su proyecto y voluntad. Hizo todos los seres armoniosamente, cada uno según su orden y principio: los seres espirituales, en su orden espiritual e invisible; los que están sobre los cielos, en el celeste; los Angeles en el angélico; los animales en el animal; los que nadan, en el acuático; los terrestres, en la tierra: a cada uno le dio su naturaleza adecuada; porque hizo todas las cosas con su Verbo infatigable.

2.5. Porque ser eminente sobre todas las cosas es lo propio de Dios, y por ello no le hacen falta instrumentos para llevar a cabo la hechura de su creación. Y su Verbo es capaz y suficiente para realizar todas las cosas, como escribió de él su discípulo Juan: «Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se ha hecho» (Jn 1,3). Y en la expresión «todas las cosas» está incluido nuestro mundo. Por tanto, éste fue hecho por el Verbo, como dice la Escritura en el Génesis, que Dios hizo por su Palabra todas las cosas que existen en nuestro mundo (Gén 1,3-26). También David lo afirma: «Porque él lo dijo y fueron hechas; lo mandó y fueron creadas» (Sal 33[32],9; 148,5). ¿A quién, pues, vamos a creer acerca de la creación del mundo: a esos herejes que hemos mencionado, que mascullan tonterías y contradicciones, o a los discípulos del Señor, a Moisés el fiel siervo de Dios (Núm 12,7) y profeta? Este fue el primero que describió el origen del mundo: «En el principio Dios hizo el cielo y la tierra» (Gén 1,1), y en seguida todo el resto. No habló de dioses ni de ángeles.

2,6. Y que este mismo Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, lo dijo el Apóstol Pablo: «Uno solo es Dios Padre, que está sobre todos, por todos y en todos nosotros» (Ef 4,6). Ya demostramos anteriormente que existe sólo un Dios; pero aún lo seguiremos probando a partir de las palabras del Señor y de los Apóstoles. Pues ¿a dónde llegaríamos si, dejando las palabras del Señor y de los Apóstoles, prestáramos atención a aquellas que nada sensato pueden decirnos?

1.3. El mundo no fue hecho en el vacío

3,1. Tan absurdos son su Abismo y su Pléroma como el Dios de Marción. Pues si, como ellos dicen, existiese fuera de él una base a la que ellos llaman «vacío» y «sombra», por el mismo hecho tal vacío sería mayor que su Pléroma. Es absurdo, por consiguiente, afirmar que fuera de él hubo algo que contuviese todas las cosas, y que en él las creó otro ser extraño. En tal caso se verían obligados a postular un vacío sin forma, en el cual han sido creados todos los seres del universo, más abajo del Pléroma espiritual. Este espacio sin forma ¿habría existido siendo consciente el Protopadre de las cosas que en el futuro habrían de existir en él, y por lo mismo el Protopadre así lo habría dejado a propósito, o bien sin que él se diera cuenta? Porque si él no se dio cuenta, entonces Dios no conoce de antemano todas las cosas. Ni pueden señalar algún motivo por el cual él habría dejado ese lugar vacío a propósito durante tanto tiempo. Mas si él conocía de antemano y tenía en su mente la creación que debía llevar a cabo en el futuro, entonces él mismo la realizó, una vez que la hubo concebido en sí mismo.

3,2. Dejen, pues, de andar pregonando que algún otro creó el mundo; pues cuando Dios lo concibió en su mente, se hizo lo que él había concebido. Porque es imposible que un ser haya concebido en su mente, y otro realizado lo que el primero había concebido. Y según esos herejes: ¿Dios ha concebido en su mente un mundo eterno o temporal? En ambos casos su respuesta no es digna de fe. Porque si desde siempre concibió en su mente los seres espirituales e invisibles, entonces éstos serían eternos. Mas si el mundo es tal como es, aquel que lo había concebido tal como es, él mismo lo habría hecho tal cual es; o sea, que en la mente del Padre ya habría estado determinado que existiese tal y

como lo había concebido: compuesto, mudable y pasajero. Pero en este caso, si el mundo es tal como el Padre lo había planeado por sí mismo, entonces queda plenamente ratificada la creación por obra del Padre. Y si fue planeado por la mente del Padre de todas las cosas, y llevado a cabo exactamente como había sido concebido, entonces decir que el mundo es fruto de la penuria es un engendro de la ignorancia y una enorme blasfemia. Pues, según sus teorías, el Padre habría concebido en su mente y planeado en su corazón emitir una penuria que por ignorancia produjese un fruto; puesto que todo se hizo conforme a la mente que lo había concebido.

1.4. Sombra y vacío: ¿limitaciones del Ser supremo?

4.1. Ciertamente hay que buscar la razón de la Economía de Dios. Lo que no podemos hacer es atribuir a otro la creación del mundo. Debemos decir que Dios planeó todas las cosas para que existiesen como fueron hechas; pero no tenemos derecho de elucubrar una sombra y un vacío. ¿De dónde habría salido ese vacío? Se pregunta uno si habría sido emitido del mismo que ellos hipotizan como Padre emisor de todas las cosas, y por lo tanto participaría con los otros Eones del mismo honor y parentesco, o si quizás sería anterior a ellos. Porque si fue emitido por el mismo (Padre) que ellos, entonces también sería semejante al que lo emitió, así como a los (Eones) igualmente emitidos por el mismo. Entonces por fuerza su Abismo, así como su Silencio, serían semejantes al vacío, en otras palabras, estarían vacíos; pero también los demás Eones, hermanos del vacío, serían de substancia vacía.

Mas si no fue emitido, habría sido engendrado y nacido por sí mismo, al mismo tiempo que el Abismo, el cual, según ellos, es el Padre de todas las cosas. En tal caso, el que ellos tienen por Padre de todas las cosas participaría de la misma naturaleza y honor que el vacío. Porque éste, o ha sido emitido por otro, o ha sido engendrado y nacido por sí mismo. Pero si el vacío fue emitido, entonces también está vacío su emisor Valentín, así como están vacíos sus seguidores. Si por el contrario no fue emitido, sino que se engendró y nació por sí mismo, entonces un tal vacío es semejante, hermano y de la misma dignidad, que el Padre que Valentín predica; más antiguo, pues existiría mucho antes y más venerable que los demás Eones de Ptolomeo, de Heraclio y de todos los que piensan como ellos.

1.5. ¿El mundo nació de la ignorancia?

4,2. Si, apretados por estos argumentos, confiesan que el Padre universal contiene todas las cosas y que nada hay fuera del Pléroma (pues de otra manera por fuerza éste quedaría delimitado y abrazado por otro ser mayor que él), entonces cuando ellos hablan de «afuera» y de «adentro» querrán referirse a los ámbitos del conocimiento y la ignorancia, y no a la posición local. Si en el Pléroma o en el dominio del Padre el Demiurgo o los Angeles han fabricado todo cuanto conocemos, entonces estas cosas están contenidas dentro de su «Grandeza inefable» o como en el centro de un círculo, o como una mancha en un vestido. Pero en primer lugar, ¿qué raza de Abismo es ése que tolera se le imprima en su seno una mancha y permite que algún otro fabrique y emita algo a espaldas de su conocimiento? Esto sería introducir en el Pléroma universal una

suciedad, cuando desde el principio podría haber borrado aquella mancha; y también podría desde el principio no haber permitido recibir en su seno esas emisiones hechas con ignorancia y pasión, ni la creación fabricada con penurias. Pues quien después corrige una caída y lava una mancha, podría haber estado mucho más atento para que desde el principio nadie lo manchase.

Mas si al principio toleró todo porque no era capaz de impedir que le hiciesen tales cosas, entonces por fuerza todas las cosas seguirán siendo las mismas: si unas cosas no pudieron ser evitadas desde el principio, ¿cómo podrán ser enmendadas más tarde? ¿O cómo pueden ellos andar diciendo que los seres humanos han sido llamados a la perfección, cuando las mismas causas de los hombres, es decir el Demiurgo y los Angeles, son producto de la penuria? Pero, si por ser misericordioso (el Abismo) ha tenido compasión de los seres humanos en los últimos tiempos y los hace perfectos, debió tener compasión en primer lugar de aquellos que fueron hacedores de los seres humanos para hacerlos perfectos. De esta manera también los seres humanos habrían sido receptáculo de su misericordia, ya que habrían sido hechos perfectos por seres perfectos. Pues, si tuvo misericordia de su obra, mucho más debió tenerla primero de aquéllos, para no permitirles caer en tan gran ceguera.

1.6. La Luz y la sombra

4,3. Si todas las cosas hechas quedaron contenidas en el Padre, también queda en ruinas su predicación acerca de la sombra, en la cual, según dicen, se llevó a cabo nuestra creación. Porque, si ellos opinan que la Luz de su Padre es tal que puede llenar e iluminar todas las cosas que están en su seno, ¿cómo era posible que el vacío y la sombra estuviesen extendidos en el Pleroma y la Luz del Padre? Para postularlo ellos tendrían que imaginar un lugar dentro del Protopadre y del Pléroma que no estuviese iluminado y vacío de todo, en el cual los Angeles y el Demiurgo pudiesen hacer lo que les viniese en gana. Y no podría ser un espacio pequeño, pues debería contener una creación tan grande. Por tanto tendrían que admitir en el seno de su Padre un lugar vacío, sin forma y tenebroso, en el cual habrían sido hechas todas las cosas creadas. Si así lo enseñan, ofenden la Luz de su Padre, al afirmar que no puede iluminar ni llenar lo que está en su seno. Mucho peor: al decir que todo es fruto de la penuria y la ignorancia, introducen la penuria y el error en el Pléroma y en el mismo seno del Padre.

5,1. Contra quienes afirman que este mundo fue hecho fuera del Pléroma y del dominio del Dios bueno, baste lo que hemos dicho hasta el momento: ellos quedarán excluidos junto con su Padre, por aquel que se halla fuera del Pléroma, y en el cual ellos necesariamente acaban. Contra quienes dicen que este mundo fue creado dentro de los ámbitos del Padre, por algunos otros, vienen a cuento los argumentos que hasta aquí han probado sus absurdos e incongruencias: ellos deben, o confesar que todo cuanto existe en los dominios del Padre es luminoso, lleno y activo, o tachar a la Luz del Padre de no ser capaz de iluminar, o finalmente declarar que, como la creación, todo el Pléroma está vacío, desordenado y lleno de tinieblas. En cuanto al resto de la creación, la desprecian por temporal, terrena y hecha de polvo: o deberán dejar de menospreciarla por esos

motivos, al reconocer que se hallan en el Pléroma y en el seno del Padre, o echar encima de todo el Pléroma los mismos reproches.

1.7. La causa de la ignorancia

También se halla en sus doctrinas que su Cristo es la causa de la ignorancia. Según ellos, cuando éste formó la substancia de su Madre, la arrojó del Pléroma, es decir, la privó del conocimiento. En otras palabras, él mismo creó la ignorancia, al separarla de la gnosis. Pero ¿cómo pudo el mismo (Cristo) conceder la gnosis a los otros Eones anteriores a él, y en cambio ser causa de la ignorancia de su Madre? Porque la habría colocado fuera de la gnosis al echarla del Pléroma.

5,2. Más aún, dicen que, si se está dentro o fuera del Pléroma según se esté dentro o fuera de la gnosis -como afirman algunos de ellos (es decir que aquel que está en la gnosis está dentro de lo que conoce)- tendrán que concluir que el mismo Salvador, al que llaman «Todas las Cosas», necesariamente existió en la ignorancia. Porque, en su opinión, habiendo él salido del Pléroma, formó a su Madre. Así pues, si aqul que está fuera del Pléroma ignora todas las cosas, y el Salvador salió para formar a su Madre, entonces el Salvador mismo se situó fuera de la gnosis de todas las cosas, es decir en la ignorancia. ¿Cómo podía en tal caso comunicarle la gnosis, si él mismo se hallaba fuera de ella?

Y, como también nosotros quedamos fuera de la gnosis, dicen que estamos fuera del Pléroma. Y añaden: si el Salvador salió del Pléroma para buscar la oveja perdida (Lc 15,6), y el Pléroma es la gnosis, entonces él mismo se puso fuera de la gnosis, es decir en la ignorancia. Pues, o bien ellos admiten que se sale del Pléroma por movimiento local, y entonces caerán en todas las contradicciones que acabamos de señalar; o bien, si dicen que la gnosis y la ignorancia deciden si se está adentro o afuera, entonces su Salvador, y mucho antes de él su Cristo, se habrían hallado en la ignorancia, puesto que salieron para formar a su Madre, es decir fuera de la gnosis.

5,3. Estos argumentos también sirven para impugnar a quienes enseñan cualquiera de las teorías acerca de que el mundo fue hecho por los Angeles o por cualquier otro fuera del Dios verdadero. Todos los reproches que arrojan contra el Demiurgo y contra todas las cosas materiales y temporales que fueron creadas, acaban por arrojarlos contra el Padre, puesto que todas las cosas fueron hechas en el seno del Pléroma, pues empezaron a existir y volverán a desaparecer según el parecer y la voluntad del Padre. Porque la causa de esta obra no es el Demiurgo, aunque él se imagine serlo, sino aquel que le concedió y aprobó que en sus dominios se hicieran todas las cosas como fruto de la penuria y del error: que las cosas temporales fuesen hechas en los dominios eternos, las corruptibles en el de las incorruptibles, y los productos del error en el ámbito de la verdad. Mas si no hizo todas las cosas con la aprobación y voluntad del Padre universal, en tal caso es más poderoso, fuerte y soberano aquel que hizo todas las cosas en sus propios dominios, sin que éste lo consintiese. Y si su Padre se lo concedió sin estar de acuerdo con ello, como algunos andan diciendo, o bien pudiendo prohibirlo se lo concedió por verse forzado a ello, o porque no tenía poder para negarlo. Pero si no podía

hacerlo, se trata de un ser incapaz y débil; si podía hacerlo, entonces habrá que hablar de él como de un siervo de la necesidad, seductor e hipócrita, que no consiente, pero concede como si consintiese. Y habiendo consentido al principio que el error surgiera y fuera creciendo, sólo en los tiempos siguientes ha tratado de destruirlo, cuando ya muchos han perecido por ser frutos de la penuria.

5,4. Es indecente decir que el Dios supremo, libre y dueño de sus acciones, ha tenido que someterse a la necesidad, de modo que haya debido ceder en aquello que no consentía: de esta manera la necesidad sería mayor y más soberana que Dios, pues aquel que tiene más poder es anterior a todo. Desde el principio él debería haber quitado la causa de la necesidad, y no someterse él mismo a la necesidad de conceder cualquier cosa indigna de él. Porque era mejor, más congruente y más divino, librarse desde el principio de cualquier necesidad, que más tarde, arrepentido, tratar de erradicar tantos frutos de la necesidad. Y si el Padre universal está sujeto a la necesidad, debe caer también bajo el dominio del destino, teniendo que aguantar con enfado lo que se hace, no pudiendo evitar que la necesidad y el destino actúen, a semejanza del Zeus de Homero, el cual dice forzado por la necesidad: «Te lo concedí como si lo quisiera, pero contra mi voluntad». Su Abismo se encuentra, pues, sumido como siervo en el abismo de la necesidad y el destino.

1.8. La ignorancia en los Angeles y el Demiurgo

6,1. ¿Cómo podían ignorar al primer Dios los Angeles y el Demiurgo, cuando se hallaban en sus propios dominios, siendo sus creaturas, y estando contenidos en él? Porque podían no conocerlo siendo él invisible, a causa de su eminencia; pero de ningún modo podían ignorarlo en su providencia. Pues, aunque habiendo descendido ellos se hubiesen encontrado muy lejanos de él, como los herejes andan diciendo, sin embargo, por su dominio sobre todos debían saber del dominador, y así podían reconocer como Señor de todas las cosas al que las había creado. Porque la potencia invisible de Dios a todos concede la intuición y sensibilidad de la mente para captar su majestad soberana y omnipotente (Rom 1,20). Por eso, aunque «nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquel a quien el Hijo se lo revelare» (Mt 11,27; Lc 10,22), sin embargo todos lo descubren cuando el Verbo, con el que está sellada su mente, los mueve y les revela al único Dios, Señor de todas las cosas.

6,2. Por este motivo todas las cosas están sujetas al Nombre del Altísimo y Omnipotente, y por su invocación los seres humanos se salvaban incluso antes de la venida de nuestro Señor, de los malos espíritus, de todos los demonios y de toda apostasía: no porque los espíritus terrenos y los demonios lo hubiesen visto; sino porque sabían que Dios está sobre todas las cosas, y temían ante la invocación de su Nombre (Rom 9,5), así como tiemblan ante él todas las creaturas (Sant 2,19), los Principados, Potencias y todos los Poderes sometidos. ¿Acaso aquellos que están sujetos al imperio romano, aunque jamás hayan visto al emperador porque están muy separados de él por grandes extensiones de tierra y de mar, acaso no están informados de su dominio y del máximo poder de su gobierno? Y los Angeles que nos dominaban, o el Demiurgo del

mundo que ellos hipotizan, ¿no iban a saber del Omnipotente, cuando los animales irracionales tiemblan ante él y se estremecen ante la invocación de su Nombre? Aunque no lo hayan visto, todas las cosas están sujetas al Nombre de nuestro Señor (Fil 2,10; 1 Cor 15,27), así como están sometidos al Nombre de aquel que ha hecho y creado todas las cosas, pues no hay otro Dios sino el que ha creado el mundo. Por eso los judíos hasta el día de hoy hacen huir a los demonios de la misma manera, pues todas las cosas tiemblan ante la invocación de aquel que las ha hecho.

6,3. Pero si ellos no aceptan que los Angeles sean todavía más irracionales que los animales irracionales, entonces deberán admitir que, aun cuando no hayan visto al Dios soberano, sin embargo reconocen su poder soberano. Pues sería ridículo que por una parte consintieran en que los seres sobre la tierra conozcan al Dios soberano, aunque no lo hayan visto; en cambio ellos mismos no toleren que aquellos a quienes confiesan que los han hecho a ellos mismos y todas las cosas, y a quienes ellos colocan en las alturas sobre los cielos, puedan conocer a aquel a quien ellos mismos conocen, a pesar de hallarse entre los seres más pequeños.

A menos que aquel a quien llaman su Abismo se halle bajo tierra en el Tártaro. Esto sí sería motivo para afirmar que ellos lo conocieron primero que los Angeles que habitan en las alturas. Porque ellos se han metido en tales locuras, que han llegado a juzgar loco al Demiurgo del mundo: gente de tal calaña no merece sino nuestra compasión, pues, locos de remate, dicen que él no conoció ni a su Madre, ni su linaje, ni el Pléroma de los Eones, ni al Protopadre, ni siquiera las cosas que él mismo hacía; porque, dicen ellos, estas cosas eran imágenes de los seres que están dentro del Pléroma, producidas por obra oculta del Salvador que la llevó a cabo para honrar a los seres superiores.

1.9. Este mundo es copia del superior

7,1. Dicen, pues, que mientras el Demiurgo ignoraba todas las cosas, el Salvador mediante la creación rindió honor al Pléroma, emitiendo por medio de la Madre imágenes y semejanzas de las realidades superiores. Pero ya hemos demostrado cuán imposible es que fuera del Pléroma exista un lugar en el cual sean hechas dichas imágenes de las realidades interiores al Pléroma, o que la creación de este mundo haya sido hecha por alguien distinto del primer Dios. Pero si es fácil destruir enteramente sus argumentos y desenmascarar sus mentiras, contra ellos diremos que, si el Salvador hizo todas las cosas del mundo inferior a imagen de aquellos que viven en el superior, a fin de rendirles homenaje, entonces deberían durar para siempre, para que esas realidades honradas puedan gozar eternamente de dicho homenaje. Pero si estas cosas son caducas, ¿qué provecho se sigue de honra tan breve, de cosas que un tiempo no existieron, y dentro de poco ya no existirán? En tal caso su Salvador se muestra más sediento de gloria, que con deseo de honrar a las realidades superiores. Pues ¿de qué le sirve a los seres eternos el honor que puedan brindarles las cosas temporales, cuando ellos, siendo eternos, superan las cosas que perecen, y siendo incorruptibles, las cosas que se corrompen? Incluso entre los seres humanos, que somos pasajeros, de nada sirve un honor que pasa rápidamente, sino sólo aquel que dura en cuanto es posible. Pues si a un ser eterno se le quiere ofrecer

en su honor las cosas hechas para que perezcan, con justicia podríamos más bien llamarlo un insulto; se trataría, pues, a los seres eternos de modo insultante, haciendo su imagen corruptible y perecedera. Y además, si su Madre no hubiese llorado, reído y sentido la angustia, ¿cómo habría tenido el Salvador motivo para honrar al Pléroma; puesto que entonces la extrema confusión (Achamot) no habría adquirido un ser substancial, para tener con qué honrar al Protopadre?

7,2. ¡Oh vano honor de glorias vacías, el que pasa de repente y desaparece! Vendrá un tiempo en el cual un honor de esa calaña ya no se le repute honorable, y entonces quedarán deshonradas las realidades superiores. Entonces será preciso que su Madre de nuevo se ponga a llorar y se llene de angustia en honor del Pléroma. ¡Qué imaginación tan incongruente y blasfema!

Me decís que el Hacedor del mundo emitió una imagen del Unigénito, que queréis identificar con la Mente del Padre universal; y me decís que esa imagen se desconoce a sí misma, ignora la creación, la Madre y todo cuanto pertenece a lo que existe y fue creado, ¿y no os da vergüenza de vosotros mismos, cuando atribuís la ignorancia al mismo Unigénito? Pues, si el Salvador hizo todas las cosas a semejanza de las realidades superiores, y si existe una ignorancia tan grande en aquel que fue hecho a semejanza del Unigénito, por fuerza la ignorancia que se encuentra en aquel que fue hecho a su imagen debe proyectarse en aquel a cuya semejanza fue hecho, y en un nivel pneumático. Porque, siendo ambos emitidos de modo espiritual, y no siendo ni plasmados ni compuestos, es imposible que en unas cosas hayan conservado la semejanza, y en otras se haya degradado la imagen de la semejanza; porque ambos habrían sido emitidos según la semejanza del Eón supremo.

Y si la imagen no fuese semejante, la falta recaería en el Salvador, el cual, como mal artífice, habría emitido una imagen desemejante. Pero tampoco pueden alegar que el Salvador no tenía potencia al emitir, cuando ellos mismos lo llaman «el Todo». Así pues, si la imagen no se parece, entonces, según ellos, sería culpa del Salvador. Y si es semejante, entonces la misma ignorancia se hallará en la Mente de su Protopadre, o sea del Unigénito: ¡la Mente del Padre se ignora a sí misma, ignora al Padre, e ignora todas las cosas que por él fueron hechas! Mas si el Unigénito conoce todas estas cosas, es preciso que también aquel que el Salvador hizo a su imagen deba conocer las cosas que le son semejantes. De esta manera queda destruida la enorme blasfemia de sus creencias.

7,3. Por otra parte, ¿cómo las creaturas, siendo tan diversas, múltiples e innumerables, pueden ser imágenes de los treinta Eones que viven en el Pléroma, cuyos nombres, según ellos les han impuesto, hemos enumerado en el primer libro? Pero no sólo la universal variedad de las creaturas, pero ni siquiera una parte de ellas, celestiales, terrestres o acuáticas, pueden adaptarse a la pequeñez de su Pléroma. De que ese Pléroma consista en los treinta Eones, ellos mismos son testigos; mas de que en cualquiera de las partes de la creación que hemos mencionado se puedan enumerar no treinta sino miles de especies, cualquiera puede darse cuenta.¿Y cómo seres tan numerosos de la creación, compuestos de elementos contrarios, que se oponen entre sí y

aun se matan unos a otros, pueden ser imágenes y semejanzas de los treinta Eones del Pléroma; puesto que ellos afirman que los Eones son de la misma naturaleza, y son iguales, semejantes y sin ninguna diferencia? Porque si las creaturas fuesen imágenes de los Eones, sería necesario concluir que, así como se habla de seres humanos por naturaleza buenos, también debería haber Eones emitidos buenos por naturaleza; y así como hay algunos seres malos por naturaleza, también debería hallarse su imagen proyectada en los Eones.

Añadamos que en el mundo unos seres son mansos, otros feroces, algunos no son dañosos, otros en cambio dañan y corrompen a los demás, unos vuelan, otros caminan sobre la tierra, otros nadan en el agua. Pues de manera semejante deberían ellos mostrar cómo también los Eones tienen los mismos caracteres, si es que son sus imágenes. Y «el fuego eterno, que el Padre preparó para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41), ¿de cuál de los Eones superiores será imagen según su exégesis, puesto que también ese fuego se cuenta entre las creaturas?

7,4. Algunos tal vez afirmen que las creaturas son imágenes del Deseo, el Eón que sucumbió a la pasión. En primer lugar hablarían de modo impío contra su Madre, pues según su hipótesis ella sería la que habría originado imágenes tan malas y corruptas; y en segundo lugar, ¿cómo serían imágenes de uno solo tantas cosas que existen, de naturaleza tan diversa y aun contraria? Pero aun cuando dijesen que hay multitud de Angeles en el Pléroma, y así puede haber muchas cosas que sean sus imágenes, ni siquiera con este truco puede mantenerse en pie su argumento. Porque primero deberían probar que las muchas diferencias entre los Angeles los hacen opuestos entre sí, así como en los seres de este mundo que serían sus imágenes, muchos son opuestos y contrarios. En seguida, siendo innumerables los Angeles que rodean al Demiurgo, como de ellos dice el profeta: «Miríadas de miríadas están de pie ante él, y miles de miles le sirven» (Dan 7,10), y como según ellos los Angeles del Pléroma deben tener como imágenes los Angeles del Creador, entonces la creación entera conservará la imagen del Pléroma; pero entonces ya sus treinta Eones no serán suficientes para igualar la multiforme variedad de seres creados.

7,5. Además, si estas cosas fueron hechas a imagen de aquéllos, aquéllos ¿a imagen de quién fueron hechos? Aceptemos con ellos que el Demiurgo del mundo no hizo por sí mismo las cosas creadas, sino que un artífice inferior más inexperto y casi novicio aprendiz fue quien copió imágenes que le eran extrañas, pero ¿de dónde sacó su Abismo la imagen de aquel que emitió en su primera Economía? Se sigue que habría tomado la imagen de otro superior a él, y éste a su vez de otro. De esta manera la teoría de las imágenes se extenderá al infinito, así como también la de los dioses, si no mantenemos firme el pensamiento en un solo Dios que por sí mismo hizo todas las creaturas. ¿Cómo podemos pensar que el ser humano sea capaz de descubrir por sí mismo algo útil para su vida y, sin embargo, negar a Dios que realizó el mundo el que por sí mismo haya concebido la idea de las cosas creadas y dispuesto el orden del universo?

7,6. ¿Y cómo aceptar que las cosas del mundo sean imágenes de los Eones, si

muchas les son contrarias y nada tienen en común con ellos? Pues, en efecto, muchos seres pueden ser mortales para sus contrarios, pero jamás podrán ser sus imágenes. Me refiero, por ejemplo, al agua y al fuego, a la luz y a las tinieblas, y a muchas otras cosas que no pueden ser imágenes la una de la otra. De manera semejante las cosas corruptibles, terrenas, compuestas y perecibles, no pueden ser imágenes de las cosas que ellos mismos reconocen como espirituales, a menos que las conciban también a estas últimas como compuestas, limitadas y dotadas de forma, y no como espirituales, sin forma, ricas e incomprensibles. Pues, para que fuesen verdaderas imágenes, sería preciso que estuviesen limitadas y fuesen figurativas, cosa que absolutamente les impediría el ser espirituales. Pero si ellos conciben dichas realidades como espirituales, sin figura e incomprensibles, ¿cómo tales seres sin figura e incomprensibles pueden ser imágenes de las que aquí existen limitadas por una figura?

7,7. Pero aún podrían inventar que estas cosas no son imágenes por la figura o la forma, sino sólo por el número y orden como fueron emitidas. En todo caso, no pueden afirmar que las cosas creadas sean imágenes de los Eones superiores. Pues ¿cómo pueden ser imágenes de aquellos que no tienen aspecto ni figura? Pero tampoco pueden hacer corresponder el número de los Eones emitidos en las regiones superiores, con el de los seres creados. Basta ver que ellos hablan de treinta Eones, y se dan cuenta de que son innumerables los seres creados que según ellos serían sus imágenes, para darse cuenta de que justamente los acusamos de estar locos.

1.10. Este mundo es sombra de las realidades superiores

8,1. Algunos de ellos se atreven a decir que las creaturas son una sombra de las realidades de lo alto, en cuanto son sus imágenes. Si fuera así, se verían obligados a confesar que los seres superiores son cuerpos; porque desde arriba sólo cuerpos pueden proyectar una sombra, no los seres espirituales, ya que éstos no pueden dar sombra. Mas, aunque les concediéramos (lo que es imposible) que seres espirituales y luminosos puedan proyectar una sombra a la cual su Madre habría descendido, sin embargo, siendo dichos seres eternos, también la sombra que proyectan deberá durar para siempre; entonces las cosas creadas ya no serán transitorias, sino que durarán tanto cuanto aquellas realidades cuya sombra son. Pero si éstas pasan, por fuerza también aquéllas deben pasar; y si aquéllas duran, también éstas deben durar.

8,2. Tal vez algunos digan que si estas realidades son sombras, no lo deben a que haya otras realidades que las proyecten; sino al hecho de que están muy distantes. En este caso atribuyen a la Luz del Padre ser débil e incapaz de llegar hasta el mundo; le sería imposible llenar el vacío y deshacer la sombra, aunque no haya algún impedimento de por medio. Según ellos, la Luz del Padre se disuelve en oscuridad y queda ciega, hasta desaparecer en los espacios vacíos, por pura incapacidad de llenarlo todo. Mejor que dejen de enseñar que su Abismo llena todo el Pléroma, pues no ha sido capaz de llenar e iluminar el vacío y la penumbra. O, si prefieren, que dejen de hablar de vacío y sombra, si es que la Luz del Padre lo llena todo.

1.11. Conclusión

8,3. Por consiguiente, no existe fuera del primer Padre, es decir, del Dios que está sobre todas las cosas, ni fuera del Pléroma, algún espacio en el cual el Deseo del Eón haya descendido, si no se quiere que el mismo Pléroma o el primer Dios quede limitado y circunscrito por ese espacio exterior que los contenga. Tampoco puede haber un vacío o una sombra, si es que desde antes existe el Padre, cuya luz no puede apagarse ni deshacerse en el vacío: sería, en efecto, irracional e impío suponer un lugar en el cual termine y quede limitado ése a quien ellos llaman Protopadre, Protoprincipio, Padre de todas las cosas y del Pléroma. Ni es posible, repetimos, afirmar que algún otro realizó tan excelente creación en el seno del Padre, sea que se suponga o no su consentimiento, por los motivos ya expuestos. De igual modo es impío e insensato afirmar que tan inmensa creación fue llevada a cabo por Angeles, o emitida por un ser que ignoraba al Dios verdadero dentro de su propio dominio. Ni es posible que las cosas terrenas, hechas de polvo, hayan sido creadas en su Pléroma, siendo éste enteramente espiritual. Ni pudo la multitud de cosas creadas, muchas veces contrarias entre sí, ser hecha según la imagen de las realidades superiores que, según ellos mismos dicen, son pocas, de naturaleza semejante y forman una unidad compacta. Igualmente falsas por todos sus costados son sus teorías sobre la sombra y el vacío. Queda, pues, probado el vacío de doctrina, la cual no es sino una invención incongruente. Vacíos más bien son aquellos que se les adhieren, para caer en el abismo de la perdición.

1.12. La fe universal en el único Dios Creador

9,1. Que Dios es el Demiurgo del mundo, consta aun por los muchos modos con los cuales quienes lo atacan, de hecho lo confiesan, cuando lo llaman Demiurgo y Angel; por no hablar de las Escrituras que en todas partes lo aclaman, y del Señor, quien predicó al Padre que está en los cielos (Mt 5,16.45; 6,1.9) y a ningún otro, como expondremos adelante. Baste por ahora el testimonio de los mismos que nos contradicen, que concuerda en el fondo con el de todos los seres humanos: con el de los antepasados que desde el primer hombre conservaron por tradición esta convicción cantando al único Dios Demiurgo del cielo y de la tierra; con el de todos los que han venido después, a quienes los profetas les recordaron esta verdad sobre Dios; en fin con el de los gentiles, que lo han aprendido de la creación. Pues la creación misma manifiesta a aquel que la hizo: la hechura sugiere al que la fabricó, y el mundo muestra al que lo ordenó. La Iglesia extendida por toda la tierra ha recibido esta Tradición de los Apóstoles.

9,2. Constando así la existencia de este Dios, como hemos expuesto, y habiendo acogido el testimonio de todos, esa doctrina sobre el Padre del que ellos hablan, sin duda alguna, es incongruente y carece de autoridad. Simón Mago fue el primero en decir que él mismo era el Dios supremo y que el mundo había sido hecho por Angeles, y en seguida sus sucesores lo afirmaron, como ya mostramos en el primer libro, los cuales propagaron diversas opiniones impías e irreligiosas contra el Demiurgo; y cada vez sus discípulos hacen peores que los gentiles a los que se dejan persuadir por ellos.

En efecto, los paganos, «sirviendo a la creatura más que al creador» (Rom 1,25), y «a los dioses que no lo son» (Gál 4,8), sin embargo al menos atribuyen el grado supremo

de la divinidad al Hacedor del universo. En cambio aquéllos dicen que éste es un producto de la penuria, lo llaman un ser psíquico que no conoce la Potencia que está sobre él, y por eso ha dicho: «Yo soy Dios, y fuera de mí no hay otro Dios» (Is 46,9). De este modo lo hacen un mentiroso, cuando ellos son los que mienten; y le atribuyen todo género de malicia porque, según su doctrina, imaginan que no hay un Dios sobre él (Ex 3,14); de este modo se desenmascaran como blasfemos contra el Dios verdadero, al inventar uno que no es Dios, para su propia condenación. Presumen de ser perfectos y de haber adquirido la gnosis de todas las cosas y, sin embargo, se han hecho peores que los paganos: su modo de pensar es peor y más blasfemo porque se lanzan contra su propio Hacedor.

10,1. Es, pues, irracional dejar de lado al verdadero Dios, del que todos rinden testimonio, para buscar por encima de él al que no es Dios y que por nadie ha sido anunciado. Que con toda evidencia nadie lo ha predicado, consta por testimonio de ellos mismos. En efecto, de modo artificial retuercen la interpretación de las parábolas para poder aplicarlas al Dios que han inventado: esto pone en claro que fabrican así a uno que nadie antes ha buscado. Cuando pretenden interpretar los pasos oscuros de las Escrituras (oscuros no en cuanto se refieran a otro Dios, sino a las Economías de Dios) fabrican a otro Dios, como hemos explicado, trenzando redes de arena para hacer degenerar las cuestiones más importantes en otras de menor monta. Porque una pregunta no se resuelve transformándola en otra; ni habrá persona sensata que trate de aclarar un pasaje oscuro por otra oscuridad, o un enigma por otro; sino que tales pasajes deben resolverse mediante otros que sean claros, evidentes y relacionados con éstos.

10,2. Ellos, pretendiendo explicar las Escrituras y las parábolas, introducen una cuestión de más envergadura e impía, acerca de si existe otro Dios sobre el Dios Creador del mundo. ¿A dónde lleva esto? No a resolver las cuestiones, sino a introducir en las preguntas menores una mayor, atándola con nudos insolubles. Por ejemplo, a fin de aparentar saber que saben (sin haberlo aprendido) para qué el Señor recibió a los treinta años el bautismo de la verdad, desprecian impíamente al Dios Demiurgo que lo envió para la salvación de los seres humanos. Otro ejemplo: no creen que por libre voluntad Dios creó las cosas materiales de la nada, y que hizo lo que no era para que fuese (2 Mac 7,28) usando su voluntad y el poder de su esencia; pero tratan de aparentar que son capaces de explicar de dónde procede la substancia material, y para ello fabrican teorías sin fundamento, en las cuales descubren su incredulidad: de esta manera, no creyendo en lo que es, han caído en las redes de lo que no es.

1.13. Su teoría sobre la obra creadora de Achamot

10,3. ¿Acaso no es vergonzoso y ridículo decir que de las lágrimas de la Madre (*Achamot*) brotó la substancia húmeda, de su risa la brillante, de su tristeza la sólida, de su temor la movible; y luego elevarse e hincharse de orgullo por su saber? Se resisten a creer en el Dios poderoso e infinitamente rico que creó la materia, ignoran el poder del ser espiritual y divino y, sin embargo, creen que su Madre, a la que llaman «mujer nacida de mujer» emitió, movida por las mencionadas pasiones, la creación de una materia tan

abundante. Luego se preguntan de dónde el Demiurgo sacó la substancia de la creación; pero no se preguntan de dónde su Madre, a la que llaman el Deseo del Eón extraviado, sacó tal cantidad de lágrimas, sudores, tristeza y todo lo demás que necesitó para emitir la creación.

10,4. Atribuir la substancia de las creaturas al poder y voluntad del Dios universal, es creíble, aceptable y lógico. Por eso se ha dicho con justicia: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios» (Lc 18,27); porque los seres humanos no son capaces de hacer algo de la nada, si no cuentan con materia ya existente. En cambio Dios es superior al hombre, ante todo porque él mismo proveyó para su obra la materia que antes no existía. Entonces, afirmar que del Deseo de un Eón extraviado fue emitida la materia, y que dicho Eón se separó yéndose lejos de la Enthymesis, y que, en consecuencia de ésta, brotó la pasión y el dolor del cual surgió la materia, es increíble, estúpido, imposible y absurdo.

11,1. No creen en el Dios supremo que creó en su propio dominio, por medio de su Verbo y por propia voluntad, los muchos y diversos seres, y por eso es el Demiurgo de todas las cosas, el sabio arquitecto y el gran Rey. En cambio creen que los Angeles o alguna Potencia separada e ignorante de Dios hizo el universo. Rechazan la verdad y resbalan a la mentira; perdieron el pan de la vida verdadera y cayeron en el vacío y en lo profundo de la sombra. Se parecen al perro de Esopo que, dejando el pan, se precipitó sobre su sombra y así perdió su comida.

De las palabras mismas del Señor fácilmente se puede mostrar que él ha confesado a un solo Padre (Mt 11,25) Demiurgo del mundo que plasmó al ser humano al que la Ley y los profetas anunciaron, y no conoció a ningún otro; sino enseñó que éste es el Dios supremo, más todo lo referente al Padre, y que por sí mismo concede a los justos la adopción de los hijos (Jn 17,2-3), en lo que consiste la vida eterna.

11,2. Pero, como les gusta discutir todo y confundir, criticando todo lo criticable, presentándonos una multitud de parábolas y cuestiones, nos ha parecido bien tomar por esta vez la iniciativa, cuestionándolos en primer lugar acerca de sus doctrinas, para mostrar lo que en ellas no es verosímil y así cortar por lo sano su atrevimiento; y en seguida traer a colación las palabras del Señor. De esta manera no se sentirán con toda la libertad para poner ellos las cuestiones; sino que, siendo incapaces de responder a nuestras preguntas, y viendo cómo sus pruebas caen por tierra, o vuelvan al camino de la verdad, se humillen y dejen de lado sus múltiples fantasías, a fin de que, aplacando a Dios por lo que con sus blasfemias lo han ofendido, puedan salvarse; o si perseveran en esa vana gloria que ha invadido su alma, al menos modifiquen sus argumentos.

CAPÍTULO 2. \

Refutación de la doctrina sobre el Pléroma

2.1. Teoría de los treinta Eones

2.1.1. Errores de la doctrina por defecto

12,1. Ante todo respecto a su Treintena, diremos que toda ella se viene abajo por dos lados: por defecto y por exceso. Ellos la basan en el hecho de que el Señor se hizo bautizar a los treinta años (Lc 3,23). Una vez que caiga este argumento suyo, será claro que todos los demás vendrán abajo.

Sobre el error por defecto diremos lo siguiente: En primer lugar, ellos cuentan al Protopadre entre los demás Eones. Mas el Padre no debe enumerarse con el resto de lo que ha sido emitido, porque él no fue emitido junto con los demás seres, ni el ingénito con lo que fue engendrado, al que nadie puede abarcar con lo que él abarca y por tanto él es inabarcable, el que no tiene forma con los seres dotados de forma. Siendo él superior a todos los demás seres, no tiene por qué enumerarse entre ellos; el impasible e incapaz de errar no puede contarse con el Eón pasible y caído en el error. En el primer libro expusimos cómo ellos empiezan a contar la Treintena a partir del Abismo y terminan en la Sabiduría, a la que llaman el Eón extraviado. Ya hemos descrito el nombre de todos los demás Eones. Si no contamos al Padre entre ellos, ya no serán treinta los Eones emitidos, sino veintinueve.

12,2. En seguida dicen que la primera emisión fue del Pensamiento al que también llaman Silencio, y de éste a su vez fueron emitidos la Mente y la Verdad. Yerran en ambas teorías. Porque es imposible concebir como un ser separado el pensamiento o el silencio de alguien que, una vez emitido, tenga su propia figura. Si en cambio afirman que el Pensamiento no fue emitido hacia fuera, sino adherido al Protopadre ¿por qué lo han de enumerar con los demás Eones ya que éstos no están adheridos (al Protopadre), y por este motivo ignoran su grandeza? Si por otra parte admitimos su teoría de que está unido (al Protopadre): de este matrimonio inseparable tendrá que brotar también una emisión inseparable y unida, puesto que no puede ser sino semejante a aquel que la emitió. De ahí se seguiría que siempre serán uno y el mismo el Abismo y el Silencio, así como la Mente y la Verdad, siempre unidos el uno al otro, puesto que el uno jamás podrá entenderse sin el otro. Algo así como el agua no puede existir sin la humedad, ni el fuego sin el calor, ni la piedra sin la dureza, pues siempre están unidos y son inseparables uno del otro, sino que siempre coexisten: de modo semejante el Abismo y el Pensamiento tendrán que estar unidos, así como la Mente y la Verdad. Lo mismo se diga del Verbo y la Vida, emitidos por Eones unidos, tendrán que estar unidos y formar uno solo. Y siguiendo el mismo argumento, el Hombre y la Iglesia, así como la emisión de cada una de las parejas, tendrá que mantenerlos unidos y coexistir siempre el uno con la otra.

Según sus teorías, también tendrán que estar unidos el Eón femenino y el Eón masculino, puesto que éste es su complemento.

12,3. Si todo sucede como hemos dicho (puesto que ésta es su doctrina), es desvergüenza suya enseñar que el más joven de la Docena de Eones, al que llaman la Sabiduría, sin unirse (en matrimonio) con su pareja, al que llaman el Deseado (*Theletòs*), ha caído en una pasión y de modo independiente, prescindiendo de él, engendró un fruto al que llaman «mujer nacida de mujer». Tan grande es la locura en que han resbalado, que de modo evidente profesan dos doctrinas entre sí contrarias. Pues si el Abismo se unió con el Silencio, la Mente con la Verdad, el Verbo con la Vida, y así sucesivamente, ¿cómo podía la Sabiduría, sin unirse a su marido, experimentar la pasión y engendrar fuera del matrimonio? Porque si ésta pudo sufrir una pasión sin su pareja, por fuerza también las demás parejas podrán separarse y apartarse entre sí. Esto es absurdo, como arriba dijimos. Porque es imposible que la Sabiduría se haya sometido a la pasión sin el Deseado. Con esto queda deshecho todo su argumento: porque han puesto el inicio de la composición de todo el resto de su tragedia precisamente en la pasión que, según dicen, ella experimentó sin unirse a su marido.

12,4. Quizás, a fin de salvar desvergonzadamente sus vanas teorías, dirán que también las demás parejas se separaron entre sí, por culpa de la última pareja. En primer lugar, sería una afirmación imposible: pues ¿cómo podrán separar de su Pensamiento al Protopadre, de la Verdad a la Mente, de la Vida al Verbo, y de modo parecido el resto? Porque, si ellos mismos siempre recurren a la unidad, y dicen que todos los Eones son una sola cosa, ¿cómo es posible que las mismas parejas que están dentro del Pléroma no conserven la unidad, sino que pueden separarse entre sí, al punto de que uno de los Eones puede sufrir la pasión y engendrar sin el matrimonio con el otro, como una gallina sin el gallo?

12,5. He aquí una última manera de hacer caer su Ogdóada primigenia. En el mismo Pléroma se hallarían sobre todo el Abismo y el Silencio, la Mente y la Verdad, el Verbo y la Vida, el Hombre y la Iglesia. Pero es imposible que el Verbo coexista con el Silencio, o al revés, que el Silencio esté presente donde está el Verbo: porque uno a otro se descartan, así como la luz y las tinieblas no pueden coexistir en el mismo sitio, ya que donde hay luz no hay tinieblas, sino que la llegada misma de la luz disuelve las tinieblas. De manera semejante ahí donde hay Silencio no hay Verbo (Palabra); y donde hay Verbo no hay Silencio. Pero si dicen que el Verbo es interior (*endiáthetos*), entonces también el Silencio deberá serlo, y de igual modo el Silencio interior sería disuelto por el Verbo interior. Pero que no sea un Verbo interior, su misma teoría de la emisión (hacia fuera) lo está diciendo.

12,6. Que no digan, pues, que la primera y primigenia Ogdóada consta de Verbo y Silencio, sino que dejen fuera al Verbo y al Silencio. De este modo queda derruida su Ogdóada primera y primigenia. Porque, si enseñan que la unidad se da por parejas, su argumento cae por tierra por sí mismo: pues ¿cómo, estando unidas en matrimonio las parejas, la Sabiduría emitió sin su marido el fruto de la penuria? Mas si por el contrario

afirman que cada uno de los Eones tiene su propia substancia, ¿cómo pueden coexistir en el mismo (Pléroma) el Verbo y el Silencio? Estos son sus errores por defecto.

2.1.2. Errores de la doctrina por exceso

12,7. También por exceso se destruye su Treintena, de esta manera. Dicen que, así como los demás Eones, el Límite fue emitido por el Unigénito. Y lo llaman con muchos nombres, como hemos descrito en el libro primero. Unos afirman que el Límite fue emitido a su semejanza por el Unigénito, otros que por el Protopadre. El Unigénito también habría emitido al Cristo y al Espíritu Santo, a los cuales no enumeran entre los Eones del Pléroma, así como el Salvador, a quien también llaman el Todo. Hasta un ciego podría ver que no sólo fueron emitidos treinta Eones, sino junto con estos treinta otros cuatro. Ellos cuentan en el Pléroma al mismo Protopadre y a todos los demás que se emitieron sucesivamente unos a otros.

¿Por qué, entonces, no se van a enumerar junto con ellos a los que existen en el mismo Pléroma, emitidos de modo semejante? ¿Qué motivo plausible podrán alegar, para no enumerar con los demás Eones al Cristo, el cual, según dicen, fue emitido por el Unigénito por voluntad del Padre, ni al Espíritu Santo, ni al Límite también llamado la Cruz, ni al Salvador que vino a auxiliar y a formar a su Madre? ¿Acaso porque éstos sean más débiles que aquéllos, y por ese motivo indignos de llamarse Eones y contarse entre éstos, porque éstos son mejores y distintos? ¿Pero cómo pudieron resultar tan inferiores, si fueron emitidos para reafianzar y aun corregir a los otros? Sin duda no pueden ser superiores a la primera y primigenia Cuaterna, pues por ella fueron emitidos, y dicha Cuaterna se cuenta en la Treintena. Sería, pues, necesario contarlos también a éstos en el Pléroma de los Eones, o quitar a estos Eones el honor de su nombre.

12,8. De esta manera, como hemos demostrado, su Treintena queda deshecha, tanto por exceso como por defecto. Porque, tanto si falta como si sobra algo al número, éste no se mantiene, ¿cuánto más si es tan grande el exceso? Luego su fábula sobre la Ogdóada, como sobre la Docena, es absurda, así como toda su teoría, una vez que su base misma ha sido hecha añicos y ha sido precipitada en su Abismo, quiero decir disuelta en la nada. Mejor que se pongan a investigar otras causas por las cuales el Señor recibió el bautismo a los treinta años, por qué los Apóstoles fueron doce, por qué el flujo de sangre que padeció la mujer, y la solución de tantos delirios por los cuales se fatigan.

2.2. Las sucesivas emisiones

2.2.1. Emisión de la Mente y la Verdad

13,1. Ahora demostramos que es errada la primera serie de sus emisiones. Dicen que del Abismo y de su Pensamiento han sido emitidos la Mente y la Verdad. Esto es contradictorio. Porque la mente es el primero y más elevado elemento, principio y fuente de toda producción interior; el pensamiento, en cambio, brota de ella, como un movimiento que se refiere a un objeto cualquiera. Luego no es posible que el Abismo y su Pensamiento hayan emitido la Mente. Mucho más verosímil habría sido decir que ambos vienen del Protopadre, y que de la Mente fue emitido el Pensamiento como hijo:

pues el Pensamiento no es padre de la Mente, como ellos dicen, sino que ésta es madre del Pensamiento.

¿Y cómo pudo ser emitida por el Protopadre la Mente? Esta mantiene la dirección del proceso escondido e invisible del cual se generan el sentimiento, el pensamiento, la reflexión y los demás frutos de este tipo, que no son otra cosa que la misma mente; pero, como acabamos de decir, en cuanto son movimientos enderezados hacia un objeto particular, reciben distintos nombres según sean más duraderos e intensos (pero no porque se muden en algo distinto). Estos actos se originan en el pensamiento, después se les atribuye un nombre y se expresan mediante la palabra; en cambio la Mente se mantiene en el interior, creando, disponiendo y gobernando libremente y por propia decisión, y tal como quiere, todos los movimientos que hemos indicado.

13,2. Pensamiento se le llama, efectivamente, al primer movimiento de la mente hacia un objeto. Si dura y se incrementa e invade el alma, es llamado reflexión; si dicha reflexión se detiene mucho tiempo en una cosa y la saborea, es llamada sensación; esta sensación, si se prolonga, es llamada consejo; cuando el consejo se prolonga e intensifica el movimiento, es llamado discurso interior; cuando este discurso se desenvuelve en la mente, con toda propiedad es llamado palabra (verbo interior), la cual, una vez expresado, es llamada palabra (verbo) pronunciada.

Sin embargo, todos los movimientos que acabamos de describir son una y la misma actividad que se origina en la mente y según se desarrolla va adquiriendo nombres diversos. Así como el cuerpo humano: primero es un cuerpo infantil, luego adulto, y finalmente senil. Recibe distintos nombres según su duración y desarrollo; pero no porque cambie su substancia ni porque desaparezca el cuerpo. De modo semejante la mente: cuando alguien contempla una cosa, piensa en ella; cuando piensa en ella, la valora; cuando la valora, reflexiona; cuando reflexiona, produce un discurso interior; y cuando produce este discurso, habla. Y, como arriba dijimos, la mente controla todo este proceso, siendo ella invisible; y ella es la que, mediante el proceso descrito, emite la palabra como su irradiación; pero no es la palabra la que emite a la mente.

13,3. Todo lo anterior se afirma cuando hablamos del hombre compuesto por naturaleza de cuerpo y alma. Pero decir que de Dios se engendró el Pensamiento, del Pensamiento la Mente, de ésta el Verbo, es tratar estas emisiones de modo incorrecto; porque es describir las actividades internas, las pasiones y decisiones del ser humano, ignorando a Dios; pues aplican el proceso que siguen los seres humanos para hablar, al Padre de todas las cosas, al que luego llaman el desconocido de todos, incluso le niegan que haya creado el mundo (dicen que para no rebajarlo), y sin embargo le atribuyen todas las actividades interiores y las pasiones de los hombres.

Si conociesen las Escrituras y se dejaran educar por la verdad, aprenderían que Dios no es como los seres humanos, ni sus pensamientos son como los del hombre (Is 55,8-9). Pues el Padre de todas las cosas dista mucho de las acciones y pasiones humanas, es simple, no es compuesto, no consta de miembros diversos, todo su ser es igual a sí mismo; es todo intelecto, todo espíritu, todo sentimiento, todo pensamiento, todo verbo,

todo oído, todo ojo, todo luz y todo bien de todos los bienes, como afirman de Dios los hombres de fe y piadosos.

13,4. El está sobre todas las cosas, y por eso es inefable. Se puede afirmar con rectitud y justicia que es un intelecto que abarca todas las cosas, pero no de modo semejante al intelecto de los seres humanos. También se le puede llamar luz, pero no a la manera de nuestra luz. Y así sucesivamente: el Padre de todas las cosas no es en nada igual a la pequeñez humana; y, aunque nosotros podemos hablar de estas cosas en él por motivo de su amor, sin embargo hemos de entender que siempre nos supera en grandeza. Así pues, aun en el ser humano su mente no es emitida ni se separa de él mientras viva; ella emite las demás actividades, pero éstas no son sino movimientos y disposiciones interiores que se manifiestan; mucho más tratándose de Dios, que es todo intelecto: éste no se separa de él, ni éste lo emite como un ser distinto.

13,5. Si Dios emitió un Intelecto (*sensus*), según ellos dicen tendría que haberlo emitido como algo corporal y compuesto, a fin de que pudiera tratarse de dos seres separados: el Dios emisor y el Intelecto emitido. Tampoco pueden decir que el Intelecto emitió un Intelecto, porque entonces dividirían y separarían en partes el Intelecto de Dios.

Además, ¿de dónde lo habría sacado o en qué lo habría emitido? Porque, cuando alguien emite algo, lo emite en algún sujeto. ¿Y qué sujeto había anterior al intelecto de Dios, para que en él Dios lo hubiese emitido? ¿Hubo algún lugar capaz de contener el intelecto de Dios? Tal vez se les ocurra compararlo con el rayo de luz; pero éste recae sobre el aire que existe antes que el rayo y puede recibirlo: entonces que ellos indiquen algo que haya existido antes que el intelecto de Dios, y capaz de recibirlo. Y en seguida, así como vemos al sol bastante pequeño por la distancia desde la que emite sus rayos, sería preciso que también dijeran que el Protopadre emite su rayo fuera de sí y a larga distancia. ¿Qué pueden aducir ellos como lo que está fuera y distante de Dios, sobre lo cual pueda emitir su rayo?

13,6. Podrían también decir que no fue emitido fuera del Padre, sino dentro del mismo Padre, lo cual mostraría una emisión superflua: ¿cómo puede ser emitido algo preexistente dentro del mismo Padre? Pues la emisión es una manifestación al exterior, de aquello que ha sido emitido. Además se seguiría que, una vez emitido el Intelecto, también el Verbo emitido por él quedaría dentro del Padre, y de modo semejante todas las demás emisiones del Verbo. Tampoco podrían ignorar al Padre si estuvieran dentro de él; ni lo conocerían cada vez menos, a medida que se sucediera una emisión de otra, puesto que todas ellas quedarían envueltas por igual dentro de los confines del Padre. También serían todas ellas impasibles, estando en el interior del Padre, ni podrían algunas de ellas ser diferentes entre sí, pues en el Padre no hay diferencias.

A menos que se les ocurra decir que existen en el Padre como en un círculo mayor otro menor, y en seguida otro más pequeño dentro de éste; o como una esfera o un cuadrado: el Padre contendría dentro de sí las emisiones de los Eones como esferas o cuadrados: cada uno de ellos estaría rodeado del inmediato mayor que lo envolvería

como a uno menor; de esta manera el menor de todos quedaría en el centro y muy separado del Padre: por eso no conocería al Protopadre. Pero si dicen esto, entonces tienen que incluir a su Abismo, al mismo tiempo circundante y circundado. Se verían forzados a admitir que hay algo fuera de él que lo abraza, y de esta manera tendrían que multiplicar al infinito los que contienen y los contenidos. Siendo así, los Eones serían concebidos como cuerpos encerrados en sus límites.

13,7. Además, o confiesan que el Padre es vacío, o bien que todo cuanto en él se encuentra, de modo igual participa del Padre. Sucedería como en el agua: alguien puede producir figuras redondas o cuadradas, pero todas ellas participarán del mismo modo del agua; así también las figuras dibujadas en el aire o en la luz participarían igualmente del aire o de la luz. No de otra manera los que estuvieran dentro del Padre participarían de él de modo semejante, y la ignorancia no tendría lugar en ellos, pues ¿dónde cabría la ignorancia si todo lo llena la participación el Padre? Y si el Padre lo llena todo, no deja lugar para la ignorancia. Así queda también disuelta su teoría sobre las obras producidas por disminución (progresiva) y la emisión de la materia junto con el resto de las cosas creadas, a las que según ellos la pasión les proveyó de una substancia producto de la penuria. En cambio, si confesaran que el Padre es vacío, lanzarían la mayor de las blasfemias, pues le negarían su naturaleza espiritual. ¿Cómo puede ser espiritual aquel al cual se le niega incluso que pueda llenar lo que está en su interior?

2.2.2. Emisión del Verbo y la Vida

13,8. Lo que acabamos de decir sobre la emisión de la Mente, vale también contra los que siguen a Basílides y contra los demás Gnósticos, de los cuales éstos (los valentinianos) recibieron la doctrina de las emisiones, como ya hemos demostrado en el primer libro. Hace un momento hemos probado claramente que la emisión de la Mente o Intelecto que alegan, es imposible y absurda. Volvamos ahora la atención a las otras emisiones.

Dicen que de la Mente fueron emitidos el Verbo y la Vida, los hacedores de este Pléroma (inferior); y que el Logos o Verbo fue emitido al modo de la actividad mental humana; y, haciendo conjeturas ofensivas a Dios, dicen haber descubierto que el Verbo ha sido emitido por la Mente. Todos sabemos que esta afirmación es cierta cuando hablamos de la actividad humana; pero si hablamos de Dios, que es todo Mente, todo Verbo, como ya dijimos, nada se puede hipotizar que sea anterior o posterior, más nuevo o más antiguo en él; sino que todo lo que él es sigue siendo siempre igual, semejante y uno. De ahí que no pueda descubrirse en él una emisión que suponga etapas sucesivas.

Si alguien afirma que Dios es todo ojo y todo oído (pues en cuanto ve oye, y en cuanto oye ve), no yerra. Lo mismo se diga si alguien sostiene que él es todo Mente y todo Verbo, de modo que en su Mente está el Verbo, y el Verbo es su Mente. Todavía se estará hablando de un modo muy insuficiente sobre el Padre de todas las cosas, pero al menos de manera más decente que aquellos que atribuyen al Verbo eterno de Dios la generación de la palabra pronunciada por los seres humanos; éstos asemejan al origen del Verbo el origen y la emisión propias de su propia palabra humana. ¿Y en qué diferiría el

Verbo de Dios, más aún el mismo Dios (que es Verbo), de la palabra de los seres humanos, si ambos han sido engendrados con el mismo sistema?

13,9. También erraron sobre la Vida, cuando dijeron que fue emitida en sexto lugar; en cambio es preciso ponerla en primer lugar, porque Dios es Vida, Incorrupción y Verdad. Y estos atributos no han sido emitidos en forma descendente; sino que se trata de nombres que atribuimos a las cualidades eternas de Dios, en cuanto es posible y digno para el ser humano hablar y oír acerca de Dios. Porque en el nombre de Dios también están comprendidos la Mente, el Verbo, la Vida, la Incorrupción, la Verdad, la Sabiduría, la Bondad y todos los atributos semejantes. Nadie puede afirmar que la Mente de Dios sea anterior a su Vida, pues su Mente es su Vida; ni la Vida es en él posterior a la Mente, puesto que aquel que es la Mente de todas las cosas, o sea Dios, nunca ha existido sin Vida. Mas si algunos de ellos dicen que en el Padre existía la Vida, pero que la emitió en sexto lugar para que el Verbo viva, deberían haber puesto su emisión mucho antes, en cuarto lugar, para que pudiese vivir la Mente y antes de ella su Abismo. Cuando enumeran al Protopadre junto con el Silencio, y a éste le adscriben una cónyuge, y en cambio no enumeran la Vida, ¿no están diciendo la mayor de las tonterías?

2.2.3. Emisión del Hombre y la Iglesia

13,10. Acerca de la siguiente emisión en sus teorías, o sea del Hombre y la Iglesia, los mismos padres de los Gnósticos disputan entre sí para probar sus propias invenciones, pero con ello se muestran los peores impostores. Dicen que sería más conveniente decir que el Verbo fue emitido por el Hombre, y no el Hombre por el Verbo, puesto que el Hombre existe antes que la Palabra (Verbo), y además éste es el Dios sobre todas las cosas.

Hasta aquí, en todo cuanto hemos expuesto, ellos han teorizado sobre la actividad interior, los movimientos de la mente, los orígenes de la voluntad, la emisión de las palabras y cosas semejantes de los seres humanos, de manera que podría parecer verosímil; pero no son igualmente verosímiles sus aplicaciones que hacen a Dios. Pues cuando aplican al Verbo Divino las actividades humanas y las pasiones que ellos sienten dentro de sí mismos, para traducir por medio de estas pasiones humanas el significado, origen y emisión del Verbo (que habría tenido lugar en quinto lugar), pretenden enseñar misterios maravillosos, elevados e inefables que nadie más conoce, de los cuales habría dicho el Señor: «Buscad y hallaréis» (Mt 7,7). Por eso, dicen, investigan quiénes fueron engendrados por el Abismo, el Silencio, la Mente y la Verdad; y en seguida si de éstos provienen el Verbo y la Vida, y luego si del Verbo y la Vida proceden el Hombre y la Iglesia.

2.2.4. Origen de estas ideas en los antiguos poetas

14,1. Con mucha más verosimilitud y de modo más digno habló sobre el origen de todas las cosas Aristófanes, uno de los antiguos poetas cómicos, en su teogonía. El dice que de la Noche y el Silencio nació el Caos; en seguida, del Caos y la Noche nació el Deseo, y de éste la Luz, y de esta manera se produjo el primer origen de los dioses.

Después vino de ellos una segunda generación de dioses, y entre ellos el Demiurgo del mundo: estos segundos dioses habrían plasmado a los seres humanos.

Ellos (los valentinianos) apropiándose de esta fábula han elaborado su doctrina sobre la naturaleza, cambiándoles solamente los nombres, pero manteniendo el mismo origen de todas las primeras emisiones: a la Noche y el Silencio llamaron el Abismo y el Silencio; al Caos llamaron la Mente; en lugar del Deseo, por el cual según el poeta cómico fueron hechas todas las cosas, ellos pusieron al Verbo; en lugar de primeros y supremos dioses dieron forma a los primeros Eones; sustituyeron a los segundos dioses por su Madre que salió del Pléroma, y que según ellos dio origen a toda la Economía a la que llaman Ogdóada: de ésta habría salido la hechura del mundo y la plasmación de los seres humanos. ¡Y todavía presumen de ser los únicos que conocen los misterios inefables y desconocidos, cuando por todas partes los comediantes disfrazados recitan estas cosas en los teatros con voces más brillantes! Lo único que hacen es transferir las mismas fábulas a sus enseñanzas, o mejor dicho enseñan las mismas fábulas, cambiando solamente los nombres.

14,2. Y no sólo han recogido las ideas de los cómicos, para probarlas y proponerlas como propias; sino también han plagiado los dichos de los llamados filósofos que nada saben de Dios, los reúnen, los cosen como parches en vestidos desgastados, para fabricarse con palabras sutiles un fingido artificio. Piensan introducir de este modo una nueva doctrina, cuando lo único que están haciendo es sustituir con nuevas ficciones las mismas viejas e inútiles enseñanzas recosidas con retazos que huelen a impiedad e ignorancia.

Tales de Mileto, en efecto, dijo que el agua es el principio de la generación de todos los seres: es lo mismo decir agua que Abismo. El poeta Homero enseñó que el Océano engendró a los dioses y que Tetis es la Madre: ellos los cambiaron por el Abismo y el Silencio. Anaximandro supuso el Infinito como principio de todas las cosas, pues contiene en sí como en semilla el origen de todo, y de él brotaron infinitos mundos: ellos transformaron esta teoría en el Abismo y los Eones. Anaxágoras, a quien se le dio el mote de *el ateo*, enseñó que los seres vivientes brotaron de semillas caídas del cielo sobre la tierra: ellos lo han traducido en semen de su Madre, y han añadido que ellos mismos son esta semilla: para quienes tienen sentido común, su afirmación no significa otra cosa sino que ellos son esas semillas ateas de Anaxágoras.

14,3. De Demócrito y Epicuro tomaron la sombra y el vacío, y los acomodaron a su doctrina. Estos filósofos fueron los primeros que hablaron de vacío y de átomos, y los llamaron, al primero, no ser y, al segundo, ser. También éstos (los Gnósticos) llaman ser a lo que está dentro del Pléroma, como aquéllos a los átomos, y no ser a lo que está fuera del Pléroma, como aquéllos lo llaman vacío. Por consiguiente ellos mismos, al situarse fuera del Pléroma, se han colocado en el mundo que no existe.

Además, cuando dicen que las cosas de este mundo son imágenes de las realidades superiores, han asumido las ideas de Demócrito y de Platón: Demócrito, en efecto, fue el primero que afirmó que muchas y diversas figuras salieron del todo para descender a este

mundo; Platón, por su parte, llamó a la materia ejemplar y Dios. Siguiendo a dichos filósofos, éstos llamaron a las figuras (de este mundo) imágenes y ejemplares de aquellas realidades superiores: sólo cambiaron los nombres, y sin embargo se glorían de haber inventado y elaborado una ficción tan imaginaria.

14,4. También dicen que el Demiurgo sacó el mundo de una materia preexistente; mas antes de ellos lo dijeron Anaxágoras, Empédocles y Platón, inspirados, como se puede suponer, en su misma Madre. También enseñan que todas las cosas retornan a los elementos de que fueron hechas, y que aun Dios está sujeto a este destino, de modo que lo mortal no puede recibir la inmortalidad ni lo corruptible la incorrupción; sino que cada ser ha de volver a la substancia de su naturaleza: es lo mismo que afirman los poetas y escritores Estoicos, que se llaman así por motivo de la puerta, los cuales ignoran a Dios. Estos, tan incrédulos como aquéllos, asignaron la región que está dentro del Pléroma a los seres pneumáticos, la Región Intermedia a los psíquicos, y la tierra a los materiales. Contra este orden, dicen ellos, nada puede hacer Dios, porque cada uno de los seres antedichos tiene que volver al lugar que corresponde a su substancia.

14,5. También enseñan que cada uno de todos los Eones, para emitir al Salvador, puso en él como la flor de sí mismo. Esta teoría nada nuevo añade a la Pandora de Hesíodo: aquéllos aplican al Salvador lo mismo que éste a ella. De este modo los Gnósticos hacen del Salvador otra Pandora, cuando cada uno de los Eones le dio lo mejor que tenía. Su pretensión acerca de las comidas y de todas sus demás acciones (las cuales para ellos serían indiferentes; pues como nadie puede mancillarlos dada la bondad de su substancia [pneumática], coman lo que coman y hagan lo que hagan), no es otra cosa que cuanto se atribuyen a sí mismos los Cínicos, con los cuales comparten el mismo destino. Igualmente tratan de introducir en la fe las argucias y sutilezas de las cuestiones, propias de Aristóteles.

14,6. Su empeño por traducir en números todo el universo, no es sino una transferencia de los pitagóricos. Estos, en efecto, fueron los primeros que pusieron los números al inicio de todas las cosas, postulando como principios el par y el impar, de donde, según ellos, derivan todas las cosas sensibles y no sensibles. En su opinión, de los impares vinieron los seres materiales y de los pares los mentales y las substancias: de estos dos elementos provinieron todas las cosas, así como una estatua proviene del bronce y la forma. Los Gnósticos aplicaron esta teoría a los seres existentes fuera del Pléroma.

El comienzo de lo mental sería aquello donde reside el primer significado que capta la inteligencia, el que ésta busca hasta que, fatigada, reposa en el uno indivisible. Así pues, el Uno sería el inicio de todas las cosas y la substancia de toda generación: de él provienen la Díada, la Tétrada (Cuaterna), la Péntada (Quinteto) y todas las otras múltiples generaciones. Los Gnósticos atribuyen esto mismo a su Plenitud y a su Abismo: tratan de atribuirles sus matrimonios a partir del Uno. De este modo Marco, orgulloso de una doctrina que él presumía como propia, como si hubiese inventado algo más nuevo que los demás, lo único que hace es aplicar la Cuaterna de Pitágoras al origen y Madre

de todas las cosas.

14,7. ¿Qué decir contra los Gnósticos? Todos esos de los que acabamos de hablar, y con los cuales éstos comparten sus teorías, ¿conocieron o no conocieron la verdad? Porque si la conocieron, entonces la venida del Salvador a este mundo fue superflua. En efecto, ¿para qué había de venir? ¿para dar a conocer a los seres humanos una verdad que ya sabían? Pero, si no la conocieron, y vosotros compartís sus ideas, ¿cómo podéis presumir de ser los únicos que poseen la verdadera y suprema gnosis, que no es diversa de la que gozan quienes no conocen a Dios? Usando una expresión contradictoria, llaman gnosis a la ignorancia de la verdad, a la que bien nombra Pablo «la vana palabrería de la falsa ciencia» (1 Tim 6,20). ¡De verdad su gnosis se desenmascara como falsa!

Algunos desvergonzadamente dicen que los seres humanos no conocían la verdad; entonces su Madre o el Semen del Padre ha revelado los misterios de la verdad por medio de tales hombres, como por sus profetas, sin que lo supiera el Demiurgo. En primer lugar, tales invenciones no son de tal categoría que no pudiera entenderlas alguna persona: esos hombres sabían lo que decían, así como también sus discípulos y sucesores. En segundo lugar, si la Madre o el Semen conocían y daban a conocer la verdad, siendo el Padre la verdad, el Salvador (según su teoría) habría mentido cuando dijo: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mt 11,27). Pues si lo conocía su Madre o su Semen, entonces no tiene ningún valor ese dicho: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo»; a menos que ellos reconozcan que su Madre y su Semen son nadie.

2.2.5. Origen de la Decena y la Docena

14,8. Hasta aquí han usado la actividad interior humana como una analogía con la cual enredar a mucha gente ignorante de Dios. Parece que arrastran a algunos con la apariencia de verdad: los engañan poniéndoles comparaciones con las cosas a las que están habituados para explicarles cómo de Dios y de la Mente nacieron el Verbo de Dios, la Verdad y la Vida: transforman estas emisiones en partos divinos. Sobre los (Eones) que emanaron de los susodichos, ninguna teoría verosímil, ninguna prueba, sino pura mentira. Se comportan como aquellos que usan de cebo el alimento que le gusta a un animal para atraerlo y atraparlo: se lo presentan poco a poco para que, acostumbrándose, llegue a recibirlo de su mano; pero una vez que logran atraparlo, lo atan fuertemente para poder arrastrarlo a donde les place.

Así hacen éstos. Poco a poco los persuaden por medio de discursos atrayentes para que se traguen la doctrina de las emisiones; pero en seguida les introducen los otros tipos de las demás emisiones incongruentes y absurdas. Les dicen que el Verbo y la Vida emitieron diez Eones, y otros doce fueron emitidos por el Hombre y la Iglesia. No tienen para sustentar esa doctrina ningún argumento, testimonio o razón verosímil en absoluto, sino que los imponen ciegamente, forzándolos a creer que de los Eones Verbo y Vida, que ya existían, fueron emitidos el Abismo y la Confusión, el Engendrado y la Unidad, el Innato y la Felicidad, el Inmóvil y la Mezcla, el Unigénito y la Beatitud. De modo semejante, del Hombre y la Iglesia habrían sido emitidos el Paráclito y la Fe, la Paternidad y la Esperanza, la Maternidad y el Amor, el Eterno y la Conciencia, el

Eclesiástico y el Feliz, el Deseado y la Sabiduría.

14,9. Ya expusimos en el primer libro cómo narran las pasiones y el error de la Sabiduría, y cómo pasó por peligros y pereció buscando al Padre; también las obras realizadas fuera del Pléroma, y cómo el Demiurgo del mundo fue emitido por la penuria; asimismo hablamos del Cristo, al que llaman el último de los Eones emitido, y del Salvador, que según ellos emanó de los Eones caídos. Si de nuevo los hemos mencionado por su nombre, lo hicimos para que vuelva a mostrarse con claridad lo absurdo de sus mentiras y la confusión de los nombres que han inventado. Insultan a sus Eones con todos estos nombres, más que los paganos. Estos al menos les ponen nombres creíbles y verosímiles a sus doce dioses, en los cuales los Gnósticos pretenden ver como imágenes de los doce Eones; aunque aquéllos (dioses) de los que son imágenes tienen nombres mucho más dignos y más significativos por su etimología, para designar a la divinidad.

CAPÍTULO 3.

Estructura del Pléroma

3.1. Sinrazones de la primera emisión

15,1. Volvamos al asunto de las emisiones. Que nos digan el motivo de una emisión de los Eones que no dependa para nada de los seres creados. Pues ellos afirman que aquéllos no fueron emitidos en función de los seres creados, sino que éstos fueron hechos en función de aquéllos; ni aquéllos serían imágenes de éstos, sino al contrario, éstos imágenes de aquéllos. Entonces ¿por qué hacen de los treinta días del mes la causa de que sean treinta los Eones? ¿por qué suponen que el día tiene doce horas y el año doce meses por los doce Eones que existen dentro del Pléroma? y lo mismo se diga de todos sus delirios. Que nos muestren ahora la razón por la cual fue tal la emisión de los Eones; por qué la Ogdóada provino como la emisión primera y primigenia, y no lo fueron ni una péntada ni una tríada ni una héptada (septeto) o cualquier otra cosa que se defina por números. Y por qué el Verbo y la Vida emitieron diez Eones, y no más ni menos; y también por qué el Hombre y la Iglesia emitieron doce, cuando podían haber emitido más o menos.

15,2. O por qué todo el Pléroma está dividido en tres: la Ogdóada, la Década y la Docena, y no contiene nada fuera de estos números; y por qué ha de estar dividido en tres, y no en cuatro o en cinco o en seis, o en cualquier otro número. Y eso que no aludimos también a los números de los seres creados. Porque dicen ellos que los seres superiores son más antiguos, y por eso tienen su propia causa anterior a la creación, y no necesitan buscar una causa que concuerde o esté relacionada con la creación.

15,3. Nosotros, en cambio, hablamos de la creación hecha de modo armonioso, pues en las cosas creadas una estructura está en armonía con otra; mas ellos, no pudiendo dar razón de por qué los seres superiores se han realizado por sí mismos, por fuerza caen en numerosas contradicciones. Nos cuestionan sobre la creación, como si fuésemos unos ignorantes; en cambio ellos, cuando se les pregunta sobre el Pléroma, lo que hacen es, o describir las actividades interiores del ser humano, o lanzar discursos acerca de la creación: siempre vuelven a responder a las cuestiones sobre las que discurren, y no a las que se les pregunta. Porque no les interrogamos acerca de la actividad interna del ser humano, ni sobre la armonía del universo creado, sino por qué ese Pléroma que dicen fue hecho a imagen de las creaturas, se compone de ocho, diez y doce (Eones). Tendrán que confesar que su Padre hizo así el Pléroma al acaso y sin motivo alguno. De este modo presentarán a un Padre deforme, pues habría obrado irracionalmente. Pero si responden que el Padre, según su providencia, emitió según este sistema a los Eones en favor de las creaturas, para que ellos estén bien armonizados, entonces el Pléroma ya no habrá sido emitido por su propia causa, sino en función de aquella que sería en el futuro su imagen y semejanza (así como la maqueta de barro de una estatua no se fabrica por sí

misma, sino en función de la que debe luego vaciarse en oro, plata o bronce). En este caso, la creatura sería de más valor que el Pléroma, si éste fue emitido en función de aquélla.

16,1. Pero si se niegan a admitir nuestros argumentos, porque tendrían que aceptar que ellos no pueden señalar ninguna causa por la cual su Pléroma fue emitido, se verán obligados a confesar que sobre su Pléroma hay otra realidad más espiritual y más soberana, a cuya imagen fue formado su Pléroma. Porque si el Demiurgo no ha llevado a cabo la creación según una figura hecha por él mismo, sino a semejanza de las realidades superiores, ¿de dónde su Abismo tomó las figuras según las cuales formó el Pléroma, o de quién recibió la figura para realizar las realidades que fueron hechas antes (que lo demás existiese)? Porque, o bien se deberá mantener la opinión de que Dios hizo el mundo por propio poder y tomando de sí mismo el modelo del mundo; o bien, si prescindimos de este modo de actuar de Dios, será necesario andar buscando infinitamente de dónde habrán provenido las formas de la creación, el número de las emisiones y cuál ha sido su modelo. Mas si el Abismo fue capaz de emitir de sí mismo el modelo del Pléroma,¿por qué no le habría sido posible al Demiurgo hacer lo mismo al crear el mundo? Una vez más: si la creación es imagen de las realidades superiores, ¿por qué motivo no se puede afirmar que éstas no son a su vez imágenes de otras realidades más elevadas, y que sobre estas últimas hay otras más, para de esta manera ir añadiendo imágenes a imágenes al infinito?

16,2. Basílides cayó en la cuenta de esta dificultad (aunque estaba muy lejos de la verdad), e imaginó escapar de esta incongruencia postulando una infinita sucesión de seres hechos unos por otros mutuamente. Se le ocurrió una serie de trescientos sesenta y cinco cielos creados sucesivamente unos por otros según una mutua semejanza. Pretendió probar su teoría por el igual número de días, como antes hemos dicho, y sobre ellos estarían el Poder que él llama el Innombrable y su obra. Pero ni con esta argucia puede escapar de la aporía. Porque, cuando se le pregunta cómo llega a existir ese cielo que está sobre todos los demás, del cual según su teoría inició la sucesión de los demás cielos fabricados mutuamente, así como su propia configuración, responde que es una obra realizada por el Innombrable. Pero volvemos a lo mismo: o acepta que el Innombrable lo ha hecho por sí mismo, o por fuerza tendrá que postular otro Poder sobre él, del cual el Innombrable hubiese recibido el maravilloso modelo de todo lo que existe.

16,3. ¡Cuánto más seguro y razonable es confesar desde el principio y sin reticencias la verdad: que el Dios Demiurgo que creó el mundo es el único Dios, y que no hay otro Dios fuera de él, y que él mismo tomó de sí el modelo y la imagen de todo cuanto hizo! ¿No será mejor que perderse en tantos laberintos impíos, hasta verse obligado en un momento a asentar cabeza y confesar que de él procede el modelo de todas las cosas creadas?

16,4. Como no aceptamos las cosas portentosas que nos dicen, los valentinianos nos acusan de quedarnos en la Semana inferior, porque no elevamos nuestras mentes a lo

alto, ni entendemos las cosas de arriba (Col 3,2). Es lo mismo que los discípulos de Basílides les achacan a ellos. Les dicen que no se han elevado más allá de la primera y segunda Ogdóadas, y que en su ignorancia piensan haber hallado en los treinta Eones al Padre supremo, sin ahondar con su mente en aquel Pléroma que está sobre los trescientos sesenta y cinco cielos y sobre las cuarenta y cinco Ogdóadas. Pero cualquiera puede también atacar a los basilidianos inventando cuatro mil trescientos ochenta cielos o Eones, porque éstas son las horas que tienen los días del año. Y si alguien todavía añade las horas de la noche, entonces tendrá que duplicar ese número. De esta manera imaginará haber descubierto una gran multitud de Ogdóadas y una inmensa actividad de los Eones que se oponen al Padre supremo. Ese hombre podrá considerarse el más perfecto de todos, y a todos echará en cara el ser incapaces de elevarse hasta sus alturas, para contemplar la multitud de cielos y Eones que él ha descubierto, porque, faltándoles fuerzas, se quedan en este bajo mundo o en las etapas intermedias.

3.2. Producción de los demás Eones

17,1. Así, pues, su doctrina acerca de su Pléroma, sobre todo lo referente a la primera Ogdóada, envuelve grandes aporías y contradicciones. Ahora examinemos el resto. Nos vemos obligados a investigar acerca de cosas irreales, por motivo de su locura. Pero nos sentimos presionados a hacerlo porque se nos ha encargado indagarlo, y queremos que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2,4); y también porque tú mismo nos has pedido que te proporcionemos los argumentos para refutarlos desde todos los ángulos.

17,2. Se nos pregunta: ¿Cómo han sido producidos los demás Eones? ¿Unidos a aquel que los emitió como los rayos lo están al sol; o como partes y efectos, de modo que cada uno de ellos lo haya sido por separado y según sus propios caracteres, así como un ser humano proviene de otro ser humano y una oveja de otra oveja; o bien a la manera de un retoño, como las ramas provienen del árbol? ¿Tomaron la misma substancia de aquellos que los emitieron, o fueron formados a partir de otra substancia? ¿Fueron emitidos simultáneamente, o en orden sucesivo, de modo que unos sean más antiguos y otros más recientes? ¿Fueron acaso producidos simples, uniformes y en todas sus partes iguales y semejantes, como un espíritu o como los rayos de luz, o compuestos y diferentes, constando de diversos miembros?

3.2.1. Como un ser humano de otro

17,3. Pueden alegar que fueron emitidos a semejanza de los seres humanos, producidos y engendrados cada uno de ellos por sí mismo. En tal caso deberían tener la misma substancia que el Padre y ser semejantes a su progenitor; pero si dicen que son diferentes, entonces por fuerza habrían sido hechos a partir de otra substancia. Si los Eones engendrados por el Padre le son semejantes, entonces tendrán que mantenerse impasibles, como aquel que los emitió. Pero si fueron hechos de otra substancia pasible, ¿dónde encontraron esa substancia tan diversa en el interior de un Pléroma incorruptible? Además, en esta hipótesis, cada uno de ellos tendría que suponerse separado y diverso de los otros, como los seres humanos; no podrían estar unidos ni mezclados unos con

otros, sino cada uno de ellos demarcado por sus propios caracteres y delimitado en su propia medida: pero entonces no serían espíritus, sino cuerpos. Si es así, que dejen de hablar de un Pléroma espiritual, y que ya no se llamen a sí mismos hombres pneumáticos; pues aun sus Eones, a semejanza de los seres humanos, tendrían que sentarse a comer en torno a su Padre; y éste debería tener tales rasgos que los Eones emitidos por él pudieran reconocer.

3.2.2. Como una luz de otra

17,4. Pero si fueron emitidos como una luz de otra luz: los Eones del Verbo, el Verbo de la Mente y la Mente del Abismo -como una llama de otra llama-, entonces los Eones deberían ser distintos unos de otros en grandeza, puesto que cada uno de ellos tendría la misma substancia de aquel que los hubiera emitido; y entonces, o bien todos ellos serían impasibles, o también su Padre estaría sujeto a cambios. Porque una llama emitida por otra, no tiene una luz diversa de la original. Por este motivo todas sus luces tendrían que recogerse en una luz primordial, siendo todas ellas en realidad una sola luz, la que existió al principio. Pero una luz más antigua y otra más nueva no se pueden distinguir de la luz misma -pues en resumidas cuentas hay una sola luz-. En consecuencia, en cuanto a la substancia todas ellas serían simultáneas, puesto que la materia de la llama es una sola; sólo habría distintos tiempos en que fueron encendidas, puesto que una lo habría sido antes y otra más tarde.

17,5. Por consiguiente la caída en la pasión afectaría con su ignorancia a todo su Pléroma, puesto que todo sería de la misma substancia, y todo el Pléroma habría caído en la ignorancia; pero en ese caso también su Protopadre sería igualmente ignorante. O por el contrario, todos los Eones tendrían que ser impasibles, y por lo mismo permanecerían para siempre como luces en el Pléroma. Entonces, ¿de dónde habría salido la pasión del más reciente de los Eones, si es una luz producida como todas las demás de la Luz del Padre, al que consideran impasible por naturaleza? ¿Y cómo se podría hablar de Eones más antiguos y más recientes, si una sola es la Luz de todo el Pléroma? Algunos dicen que los Eones son estrellas; pero aun así, deberían todos participar de la misma naturaleza. Pues, aunque es verdad que «una estrella es diferente de otra por su brillo» (1 Cor 15,41), sin embargo no son substancialmente diversas, en cuanto una pueda cambiar y otra sea impasible: porque, proviniendo todas de la misma Luz del Padre, todas tendrían que ser por naturaleza o bien impasibles e inmutables, o bien juntas con la Luz del Padre todas tendrían que estar sujetas a pasiones, corrupción y cambios.

3.2.3. Como las ramas de un árbol

17,6. Los mismos absurdos se siguen si dicen que, así como de un árbol se producen las ramas, así también los demás Eones fueron emitidos del Verbo, como el Verbo fue engendrado por el Padre. Entonces todos tendrían la misma substancia del Padre, y entre sí diferirían sólo en tamaño, pero no en naturaleza, como los dedos de una mano. Si el Padre vive en la pasión y en la ignorancia, así también habrían sido engendrados los

Eones. Pero si consideran impío atribuir al Padre pasiones e ignorancia, ¿cómo pueden atribuírselas al Eón que él ha emitido? ¿Y cómo pueden ellos tenerse por hombres religiosos, si atribuyen la misma impiedad a la Sabiduría de Dios?

3.2.4. Como los rayos emanan del sol

17,7. Pueden imaginar también que los Eones fueron emitidos como los rayos del sol, pues todos ellos tienen la misma substancia y el mismo origen: en todo caso, o todos ellos están sujetos a pasiones como aquel que los emitió, o como él son impasibles. Porque, en efecto, no pueden alegar que unos son impasibles y otros sujetos a pasiones, si provienen de la misma emisión. No pueden afirmar que todos son impasibles, pues si lo dijeran, ¿cómo habría podido sufrir el menor de sus Eones, si todos eran impasibles? Pero hipotizan que todos han tenido parte en lo que él sufrió, pues se atreven a decir que comenzó en el Verbo y luego decayó a la Sabiduría; puesto que ellos mismos arguyen que la pasión recayó en el Verbo, que procede de la Mente del Protopadre. Si fueran lógicos, deberían confesar que la Mente del Protopadre y el mismo Protopadre cayeron en las pasiones; porque el Padre no es compuesto como un animal, aparte de su Mente; sino que, como antes expusimos, la Mente es el Padre y el Padre es su Mente. Por fuerza, pues, el Logos que de él procede, más aún la misma Mente, por ser idéntica al Verbo, tendrá que ser perfecto e impasible. Y como los Eones que emitió deben tener su misma substancia, también habrán de ser para siempre perfectos e impasibles.

17,8. Por consiguiente el Verbo no ignoró al Padre por ocupar el tercer lugar en el orden de generación, como ellos andan diciendo. Esto tal vez se podría tolerar en el caso del nacimiento de los seres humanos, pues éstos muchas veces no saben quién es su padre; en cambio en el caso del Verbo esto es imposible. En efecto, si el Verbo está en el Padre y tiene conocimiento, no puede ignorar a aquel en el que existe, es decir a sí mismo. Igualmente las Potencias que de él nacieron y siempre están ante él para servirlo, no pueden ignorar a aquel que las emitió, como los rayos no pueden ignorar al sol.

Por eso no es posible que la Sabiduría nacida de tal emisión y que habita en el Pléroma haya caído en pasión y por esta causa haya concebido tan grande ignorancia. Aunque es posible que la Sabiduría de Valentín haya nacido por una emisión del diablo, y por ello haya caído en todo tipo de pasiones y haya dado frutos de inconcebible ignorancia. Pues, ya que cuando ellos dan testimonio de su Madre, dicen que ella nació de un Eón perdido, sobra buscar el motivo por el cual los hijos de tal Madre siempre anden nadando en el Abismo de su ignorancia.

3.2.5. Lo absurdo de todas sus emanaciones

17,9. Fuera de estos tipos de emisiones, no entiendo cómo se pueden inventar otros. Pero, hasta donde sé, ellos tampoco han elucubrado otras clases de emisiones, aunque les hemos preguntado muchas veces y durante mucho tiempo acerca del tema. Lo más que siempre aciertan a decir es que cada uno de los Eones, al ser emitido, sólo conoce a su emisor, pero ignora al Eón anterior al que lo ha emitido. Ellos no saben ir adelante en la explicación acerca de cómo fueron emitidos, o cómo puede suceder algo semejante en

un mundo pneumático. Sea cual sea la vía que emprendan, se van alejando del camino de la razón, cegándose tanto a la verdad que enseñan que el Verbo emitido por la Mente del Protopadre nació en la decadencia. En efecto, de lo que enseñan se seguiría que el Eón perfecto engendrado por el Abismo perfecto ya no es capaz de hacer otra emisión perfecta, pues siempre nacería ciega por ignorar la grandeza del Padre.

Según dicen, el Salvador habría querido significar este misterio en el pasaje del ciego de nacimiento (Jn 9,1-41): de este modo el Unigénito habría emitido a este Eón ciego, o sea en la ignorancia, pues la ceguera y la ignorancia se identifican tratándose del Verbo de Dios, ya que habría sido emitido por el Padre sólo mediante otro. ¡Qué sofistas tan admirables, que investigan la profundidad del Padre desconocido, y describen los misterios celestiales «que los ángeles desean contemplar» (1 Pe 1,12)! ¡Ellos sí saben muy bien que la Mente de su Padre supremo ha emitido a un Verbo ciego e ignorante del Padre que lo emitió!

17,10. ¡Oh sofistas de cerebro tan vacío! ¿Cómo la Mente del Padre, o mejor dicho el Padre mismo, si es que éste es su misma Mente y en todo perfecto, emitió su Verbo como un Eón ciego e imperfecto? ¿Acaso no lo podía emitir de modo que desde el principio conociese al Padre, si es que, como decís, el Cristo que fue emitido después de todos los Eones nació perfecto? ¡Mucho más el Verbo, bastante más antiguo que el Cristo y emitido por la misma Mente, tendría que haber sido emitido perfecto y no ciego; ni el Verbo tendría por qué haber emitido a otros Eones más ciegos que él hasta llegar a la Sabiduría, la siempre ciega que ha dado a luz una tan grande multitud de males.

Y el responsable de todos estos males es vuestro Padre; pues decís que su grandeza y su poder son las causas de la ignorancia, y lo identificáis con el Abismo, al que llamáis con el nombre de Padre inefable. Pero, si como habéis ya decidido, la ignorancia es el único mal, y que de ella han brotado todos los males, y por otra parte decís que la causa de la ignorancia es la grandeza y el poder del Padre, entonces habéis probado que el Padre es el hacedor de todos los males. En efecto, afirmáis que la causa del mal es la incapacidad de contemplar su grandeza. Pues si al Padre le era imposible darse a conocer desde el principio a aquellos que él mismo había hecho, entonces el Padre es imperdonable, porque hizo a aquellos a quienes no podía quitarles la ignorancia. Pero decís que más tarde, cuando esa ignorancia se había extendido después que había crecido el número de emisiones, el Padre decidió por su libre voluntad hacer desaparecer esa ignorancia sembrada en los Eones: ¿cómo no habría podido querer que desde el principio no existise esa ignorancia, sólo con no haberla permitido?

17,11. Como además se hizo conocer cuando quiso, no sólo de los Eones, sino en los últimos tiempos también de los seres humanos, entonces si no fue conocido desde el principio, fue porque él no lo quiso, siendo la voluntad del Padre, como ellos dicen, la causa de la ignorancia. Pero si conocía de antemano lo que habría de suceder, ¿por qué no disipó la ignorancia de los Eones antes de que ella se disipara por sí misma, en lugar de arrepentirse más tarde y tratar de enmendarla emitiendo al Cristo? Pues si pudo dar a todos el conocimiento por medio de Cristo, mucho antes podría haberlo hecho por medio

del Verbo que, dicen, es el Primogénito y el Unigénito. Mas si, habiéndolo sabido de antemano, determinó que así sucediese, entonces siempre estarán vigentes la obras de la ignorancia y jamás pasarán; porque si ellas pasaran, habiendo existido por voluntad del Padre, también con ellas pasaría su voluntad; o bien, si la ignorancia se acabara, con ella se acabaría también la voluntad del que decidió que así fuera su naturaleza.

Si el Padre es inaccesible e inabarcable, ¿cómo podrían hallar reposo los Eones recibiendo la gnosis perfecta? Porque ellos pudieron tenerla antes de caer en la pasión: pues la grandeza del Padre no habría disminuido porque ellos supiesen desde el principio que el Padre es inaccesible e inabarcable. Mas si no lo conocían por causa de su grandeza sin medida, pero debía conservar impasibles a los Eones que él había engendrado, por causa de su amor inmenso (Ef 3,19), ningún impedimento habría habido, más aún, hubiera sido de lo más útil que desde el principio supiesen que el Padre es inaccesible e inabarcable.

3.2.6. La Sabiduría y la ignorancia

18,1. ¿Cómo no advertir la tontería del decir que la Sabiduría cayó en la ignorancia, la degradación y la pasión? Estas cosas son extrañas y aun contrarias a la Sabiduría: porque donde hay ignorancia y falta de juicio práctico, ahí la Sabiduría está ausente. Que dejen de hablar, pues, de la Sabiduría como del Eón que cayó en la pasión, y que, o renuncien a llamarla con este nombre, o a atribuirle la pasión. En este caso tampoco pueden hablar de un Pléroma totalmente pneumático, si en él se encuentra este Eón tan lleno de pasiones. Ni siquiera un alma (*psyché*) podría ser así, mucho menos una substancia pneumática.

3.2.7. El Deseo y la pasión

18,2. Además, ¿cómo su Deseo podía separarse junto con la pasión para devenir en otro ser? El deseo siempre existe en referencia a algo, nunca por separado: un deseo malo queda absorbido por uno bueno, como la enfermedad por la salud. ¿Entonces cuál fue el Deseo que precedió a la pasión? Buscar al Padre y contemplar su grandeza. ¿Y cómo la Sabiduría más tarde se curó de esta tendencia? Descubriendo que el Padre es incomprensible y no se le puede hallar. Por consiguiente no sería bueno querer conocer al Padre, ya que esto fue lo que la hundió en la pasión; pero cuando finalmente se convenció de que el Padre es incomprensible, entonces quedó sana. Incluso la misma Mente, que buscaba al Padre, según dicen ellos dejó de buscarlo al darse cuenta de que el Padre es incomprensible.

18,3. ¿Y cómo podía un Deseo separado (de la Sabiduría) concebir las pasiones que también son disposiciones? Porque una disposición también existe siempre en referencia a algo, pues por sí sola no puede ni existir ni mantenerse. Estas teorías no sólo son inconsistentes, sino también contrarias a lo que el Señor enseñó: «Buscad y hallaréis» (Mt 7,7). Pues el Señor elevó a la perfección a sus discípulos que buscaban al Padre y lo encontraron. En cambio el Cristo superior que ellos proclaman, convenció a los Eones de no buscar al Padre, haciéndoles caer en la cuenta de que, por más que se esforzaran, no

lo alcanzarían; y de esta manera los habría hecho perfectos. Y a sí mismos se llaman los perfectos, porque, dicen, han hallado al Abismo; en cambio los Eones lo son cuando se han dejado convencer de que no deben buscarlo porque es incomprensible.

18,4. Y como el Deseo no puede existir separado de su Eón, todavía añaden más mentiras a su teoría de la pasión, pues también la separan (del Deseo) para hacer de éste (Deseo) la substancia de la materia. ¡Como si ya Dios no fuera luz (1 Jn 1,5), ni hubiese un Verbo que pueda desnudar y rebatir su malicia! Porque lo que un Eón sentía es lo mismo que experimentaba, y lo que experimentaba era lo que sentía. En cambio, según ellos, su Deseo no es sino la pasión que deseaba comprender al incomprensible, y la pasión era el Deseo: y el pobre sentía lo que era imposible. Pero en tal caso, ¿cómo podrían la tendencia y la pasión separarse del Deseo, para convertirse en la substancia de tan abundante materia, cuando el mismo Deseo era la pasión y la pasión el Deseo? Así pues, ni el Deseo puede existir sin el Eón, ni la tendencia puede tener una existencia separada del Deseo: con esto queda deshecha su doctrina.

18,5. Además, ¿cómo un Eón habría podido caer y sufrir, si su naturaleza es la del Pléroma y todo el Pléroma proviene del Padre? Una cosa no se disuelve en su semejante, ni correrá el peligro de desaparecer, sino que por el contrario durará y crecerá, como el fuego con el fuego, el espíritu con el espíritu y el agua con el agua; más bien los seres de naturaleza opuesta son los que sufren con el choque de contrarios, se destruyen y acaban. Por ejemplo, si se emitiese una luz, ésta no sufriría ni correría el peligro de desaparecer con otra luz semejante, sino que brillaría más y aumentaría, como el día con el sol; pues dicen que el Abismo es la imagen de su Padre. Los seres animados extraños y opuestos corren el peligro de corromperse por el choque de naturalezas contrarias; en cambio los seres habituados a existir con sus semejantes no corren ningún peligro, sino que, por el contrario, con esa relación fortalecen su salud y su vida.

Por consiguiente, si este Eón fue emitido por el Pléroma universal como de su misma substancia, jamás sufrirá una descomposición, puesto que siempre existirá con los seres semejantes y familiares, pues como espíritus habitarán con seres espirituales. El temor, el miedo, la pasión, la disolución y otras cosas semejantes, sólo se hallan en los seres como nosotros, corpóreos y compuestos de elementos opuestos; en cambio en los seres espirituales siempre existe una luz que los inunda y les impide estar sujetos a estas desgracias. Me da la impresión de que ellos han atribuido a su Eón la pasión que describió el cómico Menandro: un amor ardiente digno de odio: estos herejes tienen en su mente más la imagen que corresponde a un amante no correspondido, que la de una substancia espiritual y divina.

18,6. Podemos añadir que pensar en buscar al Padre perfecto y querer penetrar en él para comprenderlo, no podían ser para ese Eón espiritual causas de pasión e ignorancia, sino más bien de perfección, impasibilidad y verdad. Ellos mismos, con ser hombres, no piensan que, cuando buscan comprender al ser perfecto y superior a ellos, para penetrar en su gnosis, por eso hayan caído en la pasión y en la angustia, sino más bien en la gnosis y en la comprensión de la verdad. Pues alegan en su favor las palabras del Señor a

sus discípulos: «Buscad y hallaréis» (Mt 7,7), para que buscasen más allá del Demiurgo (que en su imaginación sería muy inferior al Abismo inefable), para encontrar a éste. Y pretenden ser ellos perfectos porque han hallado al ser perfecto que buscaban, mientras aún están en la tierra. En cambio al Eón totalmente espiritual que habita en el Pléroma lo hacen buscar al Protopadre y esforzarse por hallarlo en su grandeza, y desear comprender la verdad del Padre; y, por eso, habría caído en la pasión, y una pasión tal que, si no hubiese venido en su auxilio un Poder que da firmeza a todas las cosas, la substancia de ese Eón se habría deshecho y habría sido exterminado.

18,7. ¡Qué presunción tan loca, digna sólo de hombres que han perdido el sentido! Ellos mismos confiesan en sus teorías que este Eón es más antiguo y de más elevada naturaleza que ellos, pues se confiesan a sí mismos un producto del Eón que cayó en la pasión, nacido del Deseo, es decir que este Eón es el padre de su Madre, o en otras palabras su abuelo. Entonces, si hemos de creerles, la búsqueda del Padre produce en los nietos la verdad, la perfección, la solidez, la liberación de la materia perecedera, y los reconcilia con el Padre. En cambio esta misma búsqueda produce en su abuelo ignorancia, pasión, miedo, temor y angustia, de donde está extraída la substancia de la materia. En conclusión, en buscar e investigar al Padre perfecto y desear comunicarse y unirse con él consistiría para ellos la salvación; en cambio dicen que para aquel Eón del que ellos recibieron su existencia, las mismas cosas son causa de perdición y ruina: ¿cómo no va a ser esto enteramente ilógico, irracional y estúpido? Quienes les hacen caso son realmente ciegos que se dejan guiar por otros ciegos, que con justicia caerán (Mt 15,14) en el Abismo profundo de la ignorancia.

3.2.8. La semilla sembrada sin que el Padre lo supiese

19,1. ¿Cómo hablan del semen concebido por su Madre a semejanza de los Angeles que rodean al Salvador, sin forma ni figura e imperfecto, que habría sido sembrado en el Demiurgo sin que éste lo advirtiese, para que, sembrándolo él en las almas que crea, reciban perfección y forma? Lo primero por decir es que los Angeles que rodean al Salvador serían imperfectos, sin forma ni figura, pues la semilla habría sido concebida a su semejanza.

19,2. En segundo lugar: que el Demiurgo no hubiese advertido ni cuando sembraron en él la semilla, ni cuando él la plantó en el hombre, no es sino palabrería inútil y sin sentido, que en absoluto no puede mantenerse en pie. ¿Cómo podía ignorar una tal semilla, si ésta tenía su propia substancia y caracteres? Porque si la semilla no tenía ni substancia ni caracteres, entonces no era nada, y con razón la ignoró el Demiurgo. Mas si una cosa tiene alguna acción o cualidad propia, por ejemplo calor, velocidad, dulzura, o alguna diferencia de color, no se le escapa ni siquiera a los seres humanos, siendo sólo hombres: pues con mayor razón no podría escapársele al Demiurgo, siendo Dios hacedor del universo. Mas con razón no conoció su tal semilla, porque ésta no tiene ninguna propiedad, ni utilidad, ni acción ni substancia; en una palabra, no existe.

Por eso, a mi parecer, dijo el Señor: «En el día del juicio los hombres tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa» (Mt 12,36). Y así, todas esas gentes que ponen tales

discursos vacíos en los oídos de los hombres, tendrán que dar cuenta en el juicio de todas esas vaciedades que han inventado contra Dios, cuando presumen de conocer el Pléroma espiritual porque llevan la substancia de la semilla, pues su hombre interior les revela al verdadero Padre; porque si fueran seres psíquicos necesitarían experimentarlo con los sentidos. ¡En cambio el Demiurgo, que ha recibido dentro de sí toda la semilla que ha depositado en él su Madre, ahora resulta que lo ignora todo y no tiene ni idea de lo que sucede en el Pléroma!

19,3. Ellos son seres pneumáticos porque una partecita del Padre de todas las cosas ha sido depositada en su alma, y así su alma es de la misma substancia que la del Demiurgo -¡eso dicen!-; pero éste, aunque de una sola vez recibió en su seno todas las semillas de la Madre, sin embargo siguió siendo psíquico, y por eso no pudo comprender las realidades superiores, que ellos -así presumen- ya han conseguido conocer desde su estancia en esta tierra. ¿No es ésta la más grande de las necedades? Imaginar que el mismo semen suyo que produjo en sus almas la gnosis y la perfección, fue el que sembró la ignorancia en el Dios que los hizo, no puede soñarlo sino una mente loca y enteramente vacía.

19,4. Tiene menos sentido lo que andan diciendo: que al depositarse la semilla, ésta toma forma, crece y se prepara para recibir al Verbo perfecto. La unión con la materia que habría tenido la substancia que, según ellos, proviene de la penuria y la ignorancia, sería más capaz y útil que la Luz de su Padre; porque ésta habría sido la causa de que sus productos hayan nacido sin forma ni figura; en cambio de aquella substancia habrían adquirido forma, figura y crecimiento. Porque en tal caso la Luz del Pléroma que fue el origen de los espirituales, no tenía forma ni figura ni magnitud propias; en cambio la decadencia les dio todas estas cualidades para perfeccionarlos. Esto quiere decir que es mucho más eficaz y fructuoso permanecer en este mundo -al que ellos llaman tinieblas-, que en lo que ellos llaman la Luz del Padre.

¿Y cómo no será ridículo decir que su Madre se sintió amenazada en la materia, a tal punto que se ahogaba y estuvo a punto de quedar destruida, si ella no se hubiese elevado saliendo de sí misma para buscar auxilio en el Padre; y, en cambio, que su semilla en esta misma materia encuentra el terreno para crecer, adquirir forma y prepararse para recibir al Verbo perfecto? ¡Y eso desarrollándose en medio de seres no semejantes sino extraños a ella, puesto que ellos mismos dicen que lo pneumático se opone a lo terreno, y lo terreno a lo pneumático! ¿Cómo es posible que una pequeña semilla haya sido sembrada en elementos contrarios y extraños para que pueda crecer, recibir forma y llegar a la perfección?

19,5. Aparte de lo anterior, aún podemos preguntarles: ¿su Madre depositó esa semilla toda junta, cuando vio a los Angeles, o poco a poco? Porque si la depositó al mismo tiempo toda junta, lo que entonces depositó ya no es un niño, y en tal caso su descenso es inútil para los seres humanos de hoy. Pero si lo hizo poco a poco, entonces ya no los concibió a semejanza de la imagen que vio en los Angeles; puesto que, como ellos dicen, al mismo tiempo vio a los Angeles y concibió, ella tendría que haber

depositado estas semillas todas juntas y al mismo tiempo en el mundo.

19,6. ¿Y cómo pudo suceder que, viendo la Madre al mismo tiempo a los Angeles y al Salvador, concibió la imagen de los Angeles y no del Salvador, que es muy superior a ellos? ¿Acaso el Salvador no le gustó, y por eso no concibió de él? ¿Y cómo pudo acontecer que el Demiurgo, al que ellos consideran psíquico, tenga su propia grandeza y figura, haya sido emitido perfecto según el tipo de su substancia, y en cambio el elemento pneumático, que debe ser más creativo que el psíquico, haya sido emitido imperfecto? Porque, según ellos, éste tuvo que descender a las almas para recibir en ellas la forma a fin de que, llegando de esta manera a ser perfecto, pudiera recibir al Verbo perfecto. Porque entonces, si ha recibido la forma en los hombres terrenos, que son seres psíquicos, entonces ya no fue hecho a imagen de los Angeles, a quienes llaman luminarias, sino según la naturaleza de los hombres terrenos. Luego ya no tendrá la imagen y semejanza de los Angeles, sino de los seres psíquicos en los cuales ha recibido la forma, así como cuando uno echa agua en un vaso, el agua recibe la forma del vaso y, si llega a congelarse, se queda con la forma del vaso en el que se ha congelado. Las almas reciben la forma del cuerpo, pues, como hemos dicho, se adaptan a su vaso.

Entonces, si aquel semen toma forma y consistencia aquí en la tierra, tendrá la figura de los hombres, no la de los Angeles. ¿Cómo podría ser imagen de los Angeles el semen que ha recibido la forma a semejanza de los hombres? Y, si era espiritual, ¿qué necesidad tenía de bajar a la carne? Pues la carne necesita de lo espiritual, si quiere salvarse, a fin de que lo mortal en ella se santifique, se purifique y sea absorbido por la inmortalidad (1 Cor 15,54; 2 Cor 5,4). En cambio los seres espirituales en manera alguna tienen necesidad de los terrenos; porque no somos nosotros quienes los hacemos mejores a ellos, sino ellos a nosotros.

19,7. Resulta aún más evidente para todos la falsedad de su sermón acerca de la semilla, cuando afirman que las almas que recibieron de la Madre la semilla son mejores que las otras; por eso el Demiurgo las honraría elevándolas al rango de príncipes, reyes y sacerdotes. Si esto fuese verdad, Anás, el sumo sacerdote Caifás y los demás sacerdotes, los doctores de la Ley y los principales del pueblo habrían sido los primeros en creer en el Señor, puesto que ellos serían hijos de tal Madre, y sobre todo el rey Herodes. En realidad sucedió lo contrario: ni éste, ni los sumos sacerdotes, ni los principales y notables del pueblo se acercaron a él, sino los mendigos sentados en los caminos, los sordos, ciegos, y la demás gente pisoteada y excluida, como escribe Pablo: «Considerad vuestra vocación, hermanos, porque no hay muchos sabios entre vosotros, ni muchos nobles ni poderosos, sino que Dios eligió lo despreciable del mundo» (1 Cor 1,26-27). Por consiguiente tales almas no eran mejores por habérseles sembrado la semilla, ni el Demiurgo las alabó por ello.

19,8. Lo que hemos dicho baste para poner en claro cuán débil, incoherente y sin sentido es su doctrina. Como se dice popularmente, no es necesario beber todo el mar para saber que su agua es salada. Si una estatua es de barro, aunque se la pinte por fuera con pintura dorada para hacerla parecer de oro sigue siendo de barro, y cualquiera que le

arranque un pedacito deja el barro al desnudo para librar de la mentira a quienes se la han creído. De modo semejante también nosotros, destruyendo no sólo algunos pequeños pedazos, sino los principales capítulos de su enseñanza, hemos mostrado el camino para descubrir cuán irracional es su doctrina. Así podrán defenderse todos aquellos que no quieran conscientemente ser seducidos por lo más pernicioso, doloso y seductor de la escuela valentiniana y de los demás herejes; y sepan que el Demiurgo, esto es el Creador y Hacedor del universo, es el único Dios verdadero.

19,9. ¿Qué persona sensata y que alcance a conocer siquiera lo mínimo de la verdad, podrá soportar su doctrina acerca de que por encima del Dios Demiurgo está el Padre; que uno es el Unigénito, otro el Verbo de Dios, el cual, según dicen, ha nacido de la penuria; que otro es el Cristo, hecho al último por todo el conjunto de Eones junto con el Espíritu Santo; otro el Salvador, que fue engendrado y parido no por el Padre sino por todos los Eones nacidos en función de la penuria? Si fuese así, bastaría que los Eones no hubiesen nacido en la ignorancia y la penuria, para que no hubiesen sido emitidos, ni el Cristo, ni el Espíritu Santo, ni el Límite, ni el Salvador, ni los Angeles, ni su Madre, ni su semilla, ni el resto del mundo creado, sino que todo habría quedado desierto y despojado de tales bienes.

Por consiguiente, no sólo son blasfemos contra el Demiurgo, cuando dicen que es fruto de la penuria, sino también contra Cristo y el Espíritu Santo, pues también éstos habrían sido emitidos en función del desecho; así como contra el Salvador, que igualmente habría sido emitido por la penuria. ¿Quién puede soportar prédicas tan vacías, que ellos se esfuerzan por adornar con parábolas, para arrojarse a sí mismos y a aquellos a quienes convierten, al Abismo de la impiedad?

3.2.9. Refutación de su numerología bíblica

20,1. Probaremos que ellos fuerzan los hechos y parábolas del Señor para aplicarlas irracionalmente a sus mentiras. Tratan de probar que la pasión sobrevino al último de los doce Eones, porque la pasión le cayó encima al Salvador por culpa del último de los doce Apóstoles, en el duodécimo mes; pues pretenden que el ministerio del Señor duró un año a partir de su bautismo. También lo ven clarísimo en la mujer que sufría el flujo de sangre; porque había sufrido durante doce años cuando, al tocar la orla del manto del Salvador, recibió la salud que le concedió la Potencia que salió del Salvador y que, según dicen, existía desde antes que él; porque la Potencia que cayó en pasión, de tal manera se extendió y cubrió el espacio inmenso con su fluido, que se corría el peligro de quedar disuelta en toda la substancia; pues primeramente tocó la Cuaterna, que está representada en la orla del manto; pero en ese momento se detuvo y cesó la pasión.

20,2. Sostienen la teoría de que la pasión del duodécimo Eón queda demostrada por Judas. ¿Pero cómo puede compararse con Judas, que fue echado de los doce y no fue repuesto en su sitio? En cambio el Eón cuyo tipo dicen que fue Judas, aunque se separó del Deseo fue restituido y volvió a su sitio; mientras Judas abdicó y fue expulsado, y en su lugar fue elegido Matías, como está escrito: «Que otro reciba su cargo» (Hech 1,20; Sal 109[108],8). En todo caso deberían enseñar que ese Eón fue echado del Pléroma y

en su lugar otro Eón fue emitido o engendrado, si es que eligen a Judas por modelo. Añaden que, si el Eón sufrió la pasión, es porque Judas se hizo traidor; pero fue Cristo el que se sometió a la pasión y no Judas, como ellos mismos predican. ¿Pues cómo habría podido Judas sufrir por nuestra salvación, siendo un traidor, para que pudiese también ser la imagen del Eón caído en la pasión?

20,3. Ni siquiera la pasión de Cristo se parece a la pasión del Eón, ni sucedió por motivos semejantes. Porque el Eón sufrió la pasión por perdido y disoluto, de tal manera que estuvo a punto de que la pasión lo corrompiese. En cambio Cristo nuestro Señor sufrió una pasión con firmeza y sin debilidad, y no sólo no estuvo en peligro de corromperse, sino que restauró al hombre corrompido y lo llamó a la incorrupción. El Eón sufrió la pasión porque buscaba al Padre y no podía encontrarlo; en cambio el Señor sufrió para devolverles la verdad a quienes habían errado respecto al Padre, y para conducirlos a él. Para el Eón, buscar la grandeza del Padre fue la causa de su perdición; por el contrario, el Señor sufrió por nosotros para darnos el conocimiento del Padre y darnos la salvación.

La pasión del Eón produjo un fruto femenino, según ellos dicen, débil, enfermo, sin forma ni poder; la pasión de Cristo dio como fruto el poder y la fortaleza: el Señor, «subiendo al cielo» por su pasión «se llevó cautiva a la cautividad, para otorgar sus dones a los seres humanos» (Ef 4,8; Sal 68[67],19), y concedió a quienes creen en él «pisar serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo» (Lc 10,19), es decir, del príncipe de la apostasía. El Señor con su pasión destruyó la muerte, corrigió el error, eliminó la corrupción, acabó con la ignorancia, reveló la vida, mostró la verdad y donó la incorrupción; al revés, mediante su pasión, su Eón descubrió la ignorancia, engendró una materia sin forma de la cual, dicen ellos, brotaron todos los seres materiales, la muerte, la corrupción y todas la demás obras semejantes.

20,4. Ni Judas, el duodécimo discípulo, ni la pasión de nuestro Señor son tipos de la pasión del Eón, sino todo lo opuesto: hemos demostrado que son dos casos enteramente distintos y divergentes entre sí, y no sólo en cuanto hemos explicado, sino también en cuanto al número mismo. Todos estamos de acuerdo en que Judas es el duodécimo de los Apóstoles, en cuanto que el Evangelio lo nombra en último lugar; en cambio su Eón no es el duodécimo, sino el décimo tercero; porque, según sus palabras, no sólo fueron emitidos doce Eones por voluntad del Padre, ni fue emitido en duodécimo lugar, sino que, si creemos su doctrina, fue emitido en décimo tercer orden. Entonces ¿cómo Judas, el duodécimo, puede ser en cuanto al número de orden, tipo e imagen del Eón que fue emitido en el décimo tercer lugar?

20,5. Si dicen que Judas, por haberse perdido, es imagen del Deseo de este Eón, ni siquiera entonces esta imagen corresponde a la verdad que pretenden. Porque el Deseo se separó del Eón, después recibió de Cristo la forma y el Salvador lo hizo sabio, después de haber creado todas las cosas que existen fuera del Pléroma a imagen de las realidades del Pléroma; y finalmente, dicen ellos, los Eones lo recibieron y se unió en matrimonio con el Salvador, el Eón que había sido producido por todos los demás. Judas, en cambio,

una vez expulsado nunca volvió al número de los discípulos; de otra manera no habría sido elegido Matías en su lugar. Además, el Señor dijo refiriéndose a él: «¡Ay de aquel que traicionará al Hijo del Hombre!» y también: «Más le valiera no haber nacido» (Mt 26,24) y lo llamó «el hijo de la perdición» (Jn 17,12).

Si dicen que Judas no es figura del Deseo separado del Eón, sino de la pasión que se apoderó de él, ni siquiera así el número dos puede representar el tres. Pues Judas fue expulsado y en su lugar fue elegido Matías; allá se habla del Eón que sufrió el peligro de perecer disuelto en Deseo y pasión, puesto que ellos separan uno y otra, y pretenden que el Eón se recuperó, el Deseo recibió una forma, en cambio la pasión separada de ellos constituyó la materia. Luego Judas y Matías, que son sólo dos, no pueden servir como tipo de tres: el Eón, el Deseo y la pasión.

21,1. Si dicen que los doce Apóstoles son figura de los doce Eones que el Hombre y la Iglesia emitieron, que ellos nos presenten otros diez apóstoles para que sean figura de los diez Eones emitidos por el Verbo y la Vida. Porque sería una sinrazón que el Salvador hubiese representado a los doce Eones más jóvenes, y por eso de menor grado, por la elección de los Apóstoles, en cambio el Salvador no hubiese representado a los de mayor rango, aun pudiendo hacerlo -si es que los eligió con el fin de representar a los Eones del Pléroma-. Bien podía elegir a otros diez discípulos, y además otros ocho para que también la Ogdóada superior quedase representada por el número de los Apóstoles. Pero además leemos que nuestro Señor, aparte de los doce Apóstoles, envió delante de sí a otros setenta discípulos (Lc 10,1.17). Pero estos setenta no pueden ser figura ni de la Ogdóada, ni de la Década, ni de la Treintena.

Entonces ¿por qué, como antes dije, los doce Eones menores tendrían que estar figurados por los Apóstoles, y sin embargo no hay ninguna figura de los Eones de más categoría, de los que aquéllos emanaron? Y si los doce Apóstoles fueron elegidos como imágenes de los doce Eones, también debieron emitirse setenta Eones más, para que quedaran representados por los otros setenta discípulos; por consiguiente, que ya no anden predicando que fueron emitidos treinta Eones, sino ochenta y dos. Pues si aquel que eligió a los doce Apóstoles lo hubiese hecho como tipo y figura de los Eones del Pléroma, no habría elegido a doce para representar a unos, excluyendo a otros; sino que hubiera hecho el esfuerzo por mantener la imagen y mostrar el tipo de todos los Eones que están en el Pléroma.

21,2. No podemos callar acerca de Pablo, sino que debemos exigirles que nos digan de qué tipo de Eón él es figura. Tal vez digan que del Salvador, que resultó de la contribución de todos, pues le llaman el Todo porque todos lo formaron. Esto se parece mucho a lo que de modo más brillante expresó Hesíodo hablando de Pandora: la llamó «regalo de todos», porque todos los dioses pusieron en ella el mejor de sus dones. Se puede afirmar con motivo que de éstos (herejes) se dijo: «Hermes ha puesto en sus corazones palabras seductoras y costumbres dolosas», para atraer a la gente sin cerebro a fin de que crean en sus mentiras.

La Madre, o sea Leto, los movió en secreto -por eso en griego se la llama Leto,

porque en secreto impulsó a los seres humanos-, sin que lo supiese el Demiurgo, para hacerles anunciar profundos e inefables misterios dirigidos a todos aquellos que tienen orejas curiosas (2 Tim 4,3). Y no sólo Hesíodo habla de esta obra misteriosa que realizó la Madre de esos herejes, sino que también lo dice Píndaro en sus poemas. Lo hizo de manera sutil, para ocultar al Demiurgo, cuando habla de Pélope, cuya carne el padre partió en pedazos para que, recogiéndolos los varios dioses, con ellos construyeran a Pandora. Aguijoneados por su Madre, también los herejes repiten lo mismo que dicen los griegos, pues son de la misma raza y con ellos participan del mismo espíritu.

3.2.10. El sinsentido de sus números

22,1. Ya hemos demostrado que su número treinta cae por los suelos, porque a veces inventan menos Eones, otras veces más, como habitantes del Pléroma. No son, pues, treinta Eones, ni el Salvador se hizo bautizar a los treinta años para significar de modo misterioso que los Eones son treinta: si así fuera, el mismo Salvador sería el primero al que echarían del Pléroma de los Eones.

También dicen que él sufrió el duodécimo mes, pues la pasión tuvo lugar después de un año de predicación tras su bautismo, y para probarlo fuerzan el texto del profeta que escribió: «Para proclamar el año de gracia del Señor y el día de la retribución» (Is 61,2; Lc 4,19). Pero esos ciegos que pretenden haber llegado a las profundidades del Abismo, no saben a qué llama Isaías «año de gracia del Señor» y «día de la retribución». Porque ni se refiere a un día de doce horas, ni a un año de doce meses; pues los profetas muchas veces hablaron en parábolas y alegorías, y no en el sentido literal que captan los oídos, como ellos mismos confiesan.

22,2. El llama «día de la retribución» al día del juicio, en que el Señor juzgará a cada uno según sus obras (Rom 2,6; Mt 16,27). Y «año de gracia del Señor» a este tiempo, en el cual el Señor llama a quienes creen en él y se hacen agradables a Dios; es decir, al tiempo que media entre su venida y la consumación, en la cual cortará los frutos de los que serán salvos. Según dicen ellos, se seguiría que el profeta mintió acerca del día de la retribución, si se refiere a que el Señor sólo predicó durante un año; pues ¿dónde se halla durante ese tiempo el día de la retribución? Porque pasó todo ese año, y no llegó el día de la retribución; sino que todavía «hace salir su sol sobre los buenos y malos, y hace llover sobre los justos e injustos» (Mt 5,45). Los justos aún sufren persecución, angustias y muerte; en cambio muchos pecadores viven en la abundancia, «beben acompañados de la lira y la cítara, sin atender a las obras del Señor» (Is 5,12). Según el texto citado, ambas cosas debían estar unidas: «Para proclamar el año de gracia del Señor y el día de la retribución». Bien podemos, pues, entender como «año de gracia» este tiempo en el que el Señor nos llama y salva; ya llegará «el día de la retribución», es decir, el juicio.

Pablo y el profeta no sólo llaman «año» a este tiempo, sino también lo llaman «día», cuando el Apóstol, comentando la Escritura, escribe a los romanos: «Como está escrito: *Por ti sufrimos la muerte todo el día, y se nos tiene por ovejas para el matadero*» (Rom 8,36; Sal 44[43],23). Con la expresión «todo el día» se refiere a este tiempo, en el

cual sufrimos persecución y se nos mata como ovejas. Pues bien, así como este «día» no quiere decir el de doce horas, sino todo el tiempo en el cual sufren la persecución y la muerte por Cristo quienes en él creen, tampoco en el texto al que nos referimos, el «año» quiere decir doce meses, sino todo el tiempo que dura la fe, en el cual quienes escuchan la predicación creen y agradan a Dios, y por eso se unen a él.

3.2.11. Jesús celebró tres Pascuas

22,3. Verdaderamente causa admiración lo que dicen acerca del modo como han hallado las honduras de Dios (1 Cor 2,10). Porque no han investigado en el Evangelio para ver cuántas veces el Señor, después del bautismo, subió a Jerusalén durante la Pascua, según la costumbre de los judíos, que cada año iban de todas las regiones para congregarse en Jerusalén y celebrar ahí la fiesta de la Pascua. Por primera vez subió para celebrar la Pascua cuando convirtió el agua en vino, en Caná de Galilea (Gal 2,1-12 y cf. 13), de la cual está escrito: «Muchos creyeron en él viendo las señales que hacía» (Jn 2,23), como recuerda Juan, el discípulo del Señor. En seguida se retiró, y lo hallamos en Samaria, conversando con la Samaritana (Jn 4,1-42), y curando desde lejos al hijo del centurión, cuando dijo: «Ve, tu hijo vive» (Jn 4,50). Después de esto subió por segunda vez a Jerusalén para la fiesta de Pascua (Jn 5,1), cuando curó al paralítico que había estado sentado treinta y ocho años junto a la piscina, mandándole que se levantara, cargara con su camilla y se pusiese a caminar (Jn 5,2-15), y en seguida atravesó el lago Tiberíades, donde sació con cinco panes a la muchedumbre que lo había seguido, a tal punto que sobraron doce canastos de fragmentos (Jn 6,1-13). Después que resucitó a Lázaro de entre los muertos (Jn 11,1-44) y los judíos lo atacaron, se retiró a una ciudad de Efrén (Jn 11,47-54), y en seguida, como está escrito, «seis días antes de la Pascua fue a Betania» (Jn 12,1), y más tarde subió de Betania a Jerusalén (Jn 12,12), donde comió la Pascua y al día siguiente murió. Estas tres pascuas no caben en un año, como todo mundo puede verlo. Y el mes en el que el Señor padeció, no fue el duodécimo, sino el primero; porque esos que presumen de saberlo todo, no han aprendido lo que Moisés mandó (Ex 12,2; Lev 23,5; Núm 9,5). De esta manera queda al desnudo la falsedad de su interpretación sobre los doce meses del año, y deben renunciar o a sus teorías o al Evangelio: siendo esto así, ¿cómo pudo el Señor haber predicado sólo un año?

3.2.12. Jesús Maestro

22,4. Tenía treinta años cuando recibió el bautismo, edad que es la perfecta para un maestro. En seguida se dirigió a Jerusalén, donde se le llamó «Maestro»: no es que no fuese lo que parecía, como ellos inventan: que lo fue sólo en apariencia; sino que se manifestó como era. Siendo, pues, el Maestro, tenía la edad apropiada para un maestro. El no rechazó ni reprobó al ser humano, ni abolió en sí la ley del género humano, sino que santificó todas las edades al asumirlas en sí a semejanza de ellos. Porque vino a salvar a todos: y digo a todos, es decir a cuantos por él renacen para Dios, sean bebés, niños, adolescentes, jóvenes o adultos. Por eso quiso pasar por todas las edades: para hacerse bebé con los bebés a fin de santificar a los bebés; niño con los niños, a fin de santificar a los de su edad, dándoles ejemplo de piedad, y siendo para ellos modelo de

justicia y obediencia; se hizo joven con los jóvenes, para dar a los jóvenes ejemplo y santificarlos para el Señor; y creció con los adultos hasta la edad adulta, para ser el Maestro perfecto de todos, no sólo mediante la enseñanza de la verdad, sino también asumiendo su edad para santificar también a los adultos y convertirse en ejemplo para ellos. En seguida asumió también la muerte, para ser «el primogénito de los muertos, y tener el primado sobre todos» (Col 1,18), el iniciador de la vida (Hech 3,15), siendo el primero de todos y yendo adelante de ellos.

22,5. En cambio ellos, para probar su invención con lo que dice la Escritura: «Para proclamar un año de gracia del Señor», dicen que (el Señor) sólo predicó un año, y que en el duodécimo mes padeció. No advierten cómo se contradicen, pues disuelven su propia base cuando le niegan la edad más necesaria y honorable, en la cual como hombre más maduro podía enseñar a todos. ¿Cómo podía tener discípulos si no enseñaba? ¿Y cómo podía enseñar no teniendo la edad propia del maestro? Cuando se acercó al bautismo no había cumplido los treinta años, sino que estaba cercano a ellos, y empezó cuando tenía cerca de treinta años, como Lucas indicó: «Jesús, al iniciar, tenía alrededor de los treinta años» (Lc 3,23) cuando fue para ser bautizado.

Si predicó sólo durante un año, entonces padeció cuando tenía treinta cumplidos, todavía joven y sin alcanzar la edad madura. Porque, como todo mundo sabe, la edad adulta empieza apenas a los treinta, cuando el hombre todavía es joven, y se extiende hasta los cuarenta años. Luego, de los cuarenta a los cincuenta, va declinando hacia la vejez. Esta edad tenía el Señor cuando enseñaba, como dicen el Evangelio y todos los presbíteros de Asia que, viviendo en torno a Juan, de él lo escucharon, puesto que éste vivió con ellos hasta el tiempo de Trajano. Algunos de ellos vieron no sólo a Juan, sino también a otros Apóstoles, a quienes han escuchado decir lo mismo. ¿A quién tenemos que creer? ¿A estos testigos, o a Ptolomeo, que nunca conoció a los Apóstoles, y que ni en sueños siguió sus huellas?

22,6. Los judíos que disputaban con el Señor Jesucristo dieron a entender claramente lo mismo. Pues cuando el Señor les dijo: «*Abraham vuestro Padre se alegró al ver mi día: lo vio y se alegró*. Ellos le respondieron: *Aún no tienes cincuenta años ¿y has visto a Abraham*?» (Jn 8,56-57). Esto se dice de una persona que ya ha cumplido los cuarenta y que, sin haber aún llegado a los cincuenta, sin embargo ya no está en los treinta. Porque si aún estuviera en los treinta, le hubiesen dicho: «Aún no tienes cuarenta años». Pues si ellos querían mostrarlo como mentiroso, no habrían extendido mucho la franja de la edad que adivinaban en él; sino que hablaban de una edad de la que estaban seguros, si es que conocían los registros del censo, o bien calculando por la edad que manifestaba, y así sabían que tenía más de cuarenta, pero ciertamente que no tenía treinta años. Es, en efecto, impensable, que ellos erraran con veinte años, si querían hacerlo ver más joven que los tiempos de Abraham. Ellos hablaban de lo que veían, y lo que veían no era una apariencia, sino la verdad. No estaba, pues, muy lejos de los cincuenta años, y por eso le decían: «Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?» Por consiguiente, ni predicó sólo un año, ni murió al duodécimo mes. El tiempo recorrido entre los treinta y los cincuenta años de ningún modo puede ser un año; a menos que atribuyan unos años

tan largos a los Eones que están acomodados en los escalafones del Pléroma al lado del Abismo, de los cuales el poeta Homero dijo, inspirado en la Madre de su error: «Los dioses estaban sentados junto a Zeus, compartiendo sobre un piso de oro».

3.2.13. Sobre su interpretación de la hemorroísa

23,1. Acerca de aquella mujer que sufría del flujo de sangre y tocó la orla del manto del Señor y quedó curada (Mt 9,20-23), es clara la ignorancia de los herejes, pues enseñan que ella significa la duodécima Potencia que fluye hasta el infinito, es decir el duodécimo Eón. En primer lugar, ya hemos demostrado que según esa secta, tal Eón no es el duodécimo, sino el décimo tercero. Mas, aun cuando admitiéramos que los Eones son doce, dicen que los primeros once permanecieron sin caer en la pasión, pero cayó el duodécimo. En cambio aquella mujer fue curada en el año duodécimo, lo cual quiere decir que sufrió durante los once anteriores, y en el duodécimo fue sanada. Tal vez si dijeran que los once primeros Eones la sufrieron y sólo el duodécimo se vio libre de ella, tal vez podrían alegar que esa mujer es su signo. Pero como sufrió once años y fue sanada el duodécimo, ¿cómo puede ser tipo de los doce Eones, de los cuales once jamás cayeron en pasión, y sólo la sufrió el duodécimo? Algunas veces un tipo o imagen difiere en la materia o en la naturaleza de las cosas, pero al menos se debe conservar la semejanza en el uso o en las líneas generales, para que con su presencia pueda de algún modo llevar la mente a aquellas cosas que no están a la vista.

23,2. (Los Evangelios) no sólo narran los años que esta mujer padeció, y que ellos fuerzan para aplicarlos a su teoría, sino también los dieciocho que otra mujer sufrió la enfermedad y fue curada, de la que dice el Señor: «A esta hija de Abraham a la que Satanás tuvo atada por dieciocho años, ¿no convenía librarla en sábado?» (Lc 13,16). Pues si aquélla era el tipo del duodécimo Eón que sufrió, esta tendrá que serlo del décimo octavo Eón que también debió padecer. Pero ellos no pueden decirlo, porque entonces su primera y primigenia Ogdóada tendría que contarse entre los Eones que la sufrieron. Pero también se habla de aquel paralítico que sufrió treinta y ocho años: que también enseñen los padecimientos del trigésimo octavo de sus Eones. Porque, si ellos andan diciendo que cuanto el Señor hizo es tipo de las realidades del Pléroma, deben en todo conservar este criterio. Pero ni a la mujer curada después de dieciocho años, ni al hombre sanado después de treinta y ocho pueden ellos adaptarlos a sus invenciones. Es, pues, del todo absurdo y fuera de lugar decir que en unas ocasiones el Salvador mantuvo la imagen y en otras no. De todo lo anterior se sigue que nada tiene de verosímil todo el asunto de la mujer como tipo de los Eones.

3.2.14. Su numerología bíblica

24,1. Igualmente se ve la falsedad de su exégesis y la incongruencia de sus invenciones en el hecho de que tratan de sacar argumentos unas veces de los números, otras de los números de sílabas en una palabra, otras del número de letras en una sílaba, y otras más de los números que se indican por las letras griegas. Este modo de probar descubre claramente el desconcierto, la confusión y la falta de solidez de su enredada

gnosis. Toman el nombre de Jesús en griego, aunque pertenece a otra lengua, y dicen que es «el emblema», porque tiene seis letras. Otras veces lo llaman la «Plenitud de la Ogdóada» porque suma el número ochocientos ochenta y ocho. Mejor callan sobre el nombre de *Sotèr*, es decir el Salvador, porque la suma de sus letras griegas no les sirve para sus engaños. Pero, si por disposición del Padre, los nombres del Señor hubiesen sido elegidos por la Escritura para significar los números del Pléroma, el *Sotèr*, un nombre que aparece en la Escritura en griego, tendría también que revelar con sus letras el misterio de los números del Pléroma. Pero no es así, porque consta de cinco letras, cuyo valor numérico es de mil cuatrocientos ocho. Y este número en nada concuerda con su Pléroma. Por consiguiente, ninguna base tienen sus alegatos sobre el influjo de los números en el Pléroma.

24,2. Como indican los conocedores hebreos, el nombre de Jesús en su lengua consta de dos letras y media, y significa «el Señor que contiene el cielo y la tierra; porque, en el antiguo hebreo, *Jesús* indica el cielo, y la tierra se dice *sura usser*. Luego la palabra que contiene el cielo y la tierra es *Jesús*. Por consiguiente es falso el significado que le atribuyen ellos, y el número de sus letras claramente se opone a su doctrina. Porque según su propia lengua, la palabra *Sotèr* consta de cinco letras, en cambio en hebreo la palabra Jesús tiene dos letras y media. De ahí que se les esfuma su cálculo de ochocientos ochenta y ocho.

Las letras del alfabeto hebreo no concuerdan en número con las letras griegas, lo cual sería indispensable, siendo el hebreo más antiguo y excelente, para salvar el significado de los números. Porque las letras originales del hebreo más antiguo que usaban los sacerdotes son 10, pero se escriben 15 por las que se les han añadido a las primeras. Tómese en cuenta, además, que unos escriben las palabras de izquierda a derecha, como hacemos nosotros, en cambio los otros cambian el orden de derecha a izquierda.

Pero si es verdad lo que dicen, que Cristo fue emitido por todos los Eones para corregir y consolidar el Pléroma, entonces debió tener un nombre que significara los Eones del Pléroma. Así también el Padre, tanto por sus letras como por el número que suman, debería contener el número de los Eones que emitió. Lo mismo se diga del Abismo, del Unigénito, y sobre todo de aquel nombre que está sobre todo nombre, que es el de Dios, del cual afirma Baruc que también consta de dos letras y media. Pero si los nombres más importantes tanto en hebreo como en griego no se acomodan a sus invenciones, ni por sus letras ni por el número que ellas significan, es evidente, como también en los demás casos, que su interpretación es incongruente.

24,3. También eliminan de la Ley algunas partes que convienen a su teoría de los números, para violentarlas y convertirlas en pruebas. Porque si la intención de su Madre o del Salvador era mostrar por medio del Demiurgo el modelo de las realidades del Pléroma, lo habría hecho eligiendo como figuras las cosas más verdaderas y santas, y ante todo el Arca de la Alianza, para la cual se construyó la Tienda del Testimonio. Porque se fabricó de dos codos y medio de longitud, un codo y medio de anchura y un codo y medio de altura (Ex 25,10). Ellos dejan de lado este número de codos, aunque de

un modo muy especial debería mostrarse como figura, porque no conviene a sus inventos. Tampoco el propiciatorio les sirve a sus doctrinas (Ex 25,17). Ni la mesa para los panes de la proposición, que tenía dos codos de longitud, un codo de anchura y uno y medio de altura (Ex 25,23). Todas estas cosas, las más santas de todas, ni siquiera en una de sus dimensiones se ajusta al número de su Cuaterna, ni de su Ogdóada, ni del resto del Pléroma. ¿Y qué decir del candelabro de siete brazos y siete lámparas (Ex Ex 25,31-39)? Si se hubiese fabricado para ser una figura, hubiera debido tener ocho brazos y ocho lámparas para significar la primera Ogdóada que brilla en los Eones e ilumina todo el Pléroma.

Ellos, en cambio, con toda diligencia han contado los diez atrios (Ex 26,1) para hacer de ellos el modelo de los diez Eones; pero ya no las pieles, porque fueron fabricadas en número de once (Ex 26,7). En cambio no han medido las dimensiones de los atrios: cada uno de ellos era de veintiocho codos de longitud (Ex 26,2). Eso sí, han tomado los diez codos de longitud de cada una de las columnas (Ex 26,16) para justificar la Década de Eones. «Y cada una de las columnas medía un codo y medio de grosor»: eso ya no lo exponen, ni el número total de las columnas ni de sus travesaños (Ex 26,16-28), porque no se adaptan a sus pruebas. ¿Y dónde queda el aceite con el que se consagró el tabernáculo? Tal vez se le ocultó al Salvador, o cuando su Madre estaba dormida el Demiurgo decidió lo que cada uno había de pesar por su cuenta. Tampoco se adaptan a su Pléroma los quinientos ciclos de mirra, los quinientos de grasa, los doscientos cincuenta de canela, los doscientos cincuenta de cañas perfumadas, y sobre todo el aceite, que debe estar compuesto por mezcla de cinco elementos (Ex 30,23-25). Otro tanto se diga del incienso, fabricado con resina, aroma, gálbano, menta y granos de incienso (Ex 30,34), que ni concuerda con las mezclas que hacen, ni se adapta al peso de sus argumentos.

Por lo tanto es del todo irracional y pedestre que precisamente en las cosas más dignas y sublimes de la Ley no se hallen los modelos; y que en los demás casos, si algún número se adapta a lo que dicen, aseguran que es imagen de las realidades del Pléroma; sobre todo cuando cada número aparece tantas veces en la Escritura, de modo que, al propio antojo, no sólo pueda significar la Ogdóada o la Década o la Docena, sino que es posible sacar cualquier otro número para usarlo como imagen del error que se les ha ocurrido.

24,4. Para que se vea claro que es así, tomemos el número cinco, que en nada concuerda con sus ficciones, ni les sirve como figura para demostrar la realidad del Pléroma, y probémoslo a partir de la Escritura. *Sotèr* (Salvador) consta de cinco letras, así como *Padre* y *agápe* (caridad). El Señor bendijo cinco panes y con ellos alimentó a cinco mil (Mt 14,17). Las vírgenes prudentes, según dijo el Señor, eran cinco, y también cinco las necias (Mt 25,1-13). También fueron cinco las personas que estaban con el Señor cuando el Padre dio testimonio de él, a saber Pedro, Santiago y Juan, junto con Moisés y Elías (Mt 17,1-8). Igualmente el Señor fue el quinto en entrar a donde estaba tendida la niña muerta, para resucitarla, pues está escrito: «A nadie se le permitió entrar, sino a Pedro, a Santiago, al padre y a la madre de la niña» (Lc 8,51). El rico que bajó al

infierno tenía cinco hermanos, y pedía que uno de los muertos resucitara para ir a hablarles (Lc 16,19-31). La piscina en la cual el Señor mandó al paralítico que se levantara y se fuera a su casa, tenía cinco pórticos (Jn 5,2-15). La forma de la cruz tiene cinco extremidades: dos a lo largo, dos a lo ancho y uno en medio, donde se clavan los clavos. Cada una de nuestras manos tiene cinco dedos, y tenemos cinco sentidos. También podemos numerar cinco vísceras: el corazón, el hígado, los pulmones, la vejiga y los riñones. El hombre se puede dividir en cinco partes: cabeza, pecho, vientre, piernas y pies. La raza humana pasa por cinco etapas: infancia, niñez, adolescencia, juventud y madurez. Moisés entregó al pueblo la Ley en cinco libros. Cada una de las tablas de la Ley que Dios entregó a Moisés llevaba cinco mandamientos. El velo que cubría el santuario tenía cinco columnas (Ex 26,37). La altura del altar de los holocaustos era de cinco codos (Ex 27,1). Los sacerdotes elegidos en el desierto fueron cinco: Aarón, Nadab, Abiud, Eleazar e Itamar (Ex 28,1). La túnica, el efod y los demás vestidos sacerdotales son cinco; y estaban adornados con oro, jacinto, púrpura, armiño y lino (Ex 28,5). Estaban cinco reyes de los amorreos encerrados en la cueva a quienes Josué, hijo de Navé, hizo que el pueblo les pisara la cabeza (Jos 10,16-27).

Miles de casos más podríamos encontrar, sea de este número, sea de cualquier otro, al gusto de cada uno; sea en las Escrituras, sea en la naturaleza que tenemos ante la vista. Pero no por eso enseñamos que son cinco los Eones superiores al Demiurgo, ni que hay una Quinta a la que consagramos como cuasidivina, ni tratamos de tomarnos el trabajo de probar mediante estas pruebas sin sentido, teorías incongruentes fruto del delirio, ni obligamos a la creación tan bien dispuesta por Dios a moverse miserablemente en la prisión de las figuras de realidades inexistentes, y nos cuidamos de no introducir doctrinas impías y sacrílegas que cualquiera que use un poco su razón puede refutar y dejar al desnudo.

3.2.15. Su numerología de la naturaleza

24,5. ¿Quién va a admitir que el año tiene 365 días, que consta de doce meses de treinta días porque son figura de los doce Eones, ya que la figura ha de ser semejante a la realidad? En su doctrina, cada Eón es la trigésima parte de todo el Pléroma, y ellos mismos admiten que un mes es la duodécima parte del año. Tal vez si dividieran el año en treinta y el mes en doce, de algún modo podrían presentarlos como figura de su mentira; porque ellos dividen el Pléroma en treinta, y una parte de él en doce; mientras que en la naturaleza el año se divide en doce y una parte en treinta. Fue tonto, pues, el Salvador, cuando hizo que el mes fuese tipo de todo el Pléroma, y el año lo fuese de la Docena del Pléroma. Pues más congruente era que hubiese dividido el año en treinta, como todo el Pléroma, y el mes en doce, según el número de los Eones que habitan en el Pléroma.

Ellos, además, dividen el Pléroma en tres: la Ogdóada, la Década y la Docena. En cambio el año se divide en cuatro: primavera, verano, otoño e invierno. Los meses, que ellos dicen ser tipo de la Treintena, no tienen exactamente treinta días; porque unos meses constan de más días, otros de menos, para poder completar los cinco días que

sobran en el año. Ni los días tienen siempre doce horas, sino que varían entre nueve y quince. Por lo tanto, no se hicieron los meses de treinta días como figura de los treinta Eones, pues de otro modo deberían tener siempre treinta días bien definidos; ni los días se hicieron de doce horas para que fuesen imagen de los doce Eones, pues en tal caso los días siempre tendrían que dividirse en doce horas.

24,6. Además, llaman izquierda a la materia y por lo mismo los seres que están a la izquierda tendrán por fuerza que corromperse. En cambio el Salvador habría venido a salvar la oveja perdida (Lc 15,6), haciéndola pasar a la derecha, es decir a la salvación de las noventa y nueve ovejas que no perecieron, sino que se quedaron en el redil. Entonces ellos deben enseñar que las se quedan a la izquierda por fuerza están privadas de salvación. En tal caso deben confesar que todo lo que tiene el número inferior debe estar a la izquierda, esto es, en la perdición. Pero las letras de la palabra griega *agápe* (caridad o amor), según ellos hacen sus cálculos, suman en total noventa y tres, número que quedaría del lado izquierdo. Lo mismo se diga de la verdad, la suma de cuyas letras es sesenta y cuatro. Y en general todos los nombres de cosas santas que no completen el número cien tendrían números de la izquierda: por tanto deberán catalogarlas como materiales y corruptibles.

CAPÍTULO 4.

Verdadera y falsa gnosis

4.1. La doctrina fundada en la verdad

25,1. Si alguno preguntase: «Entonces ¿qué? ¿al acaso se eligieron esos nombres, el número de los Apóstoles, la actividad del Señor y la estructura de lo que sucedió?» Les respondemos: de ninguna manera, sino según la gran sabiduría y el sumo cuidado con que Dios ha organizado y ordenado todas las cosas, tanto las de los tiempos antiguos como las que su Verbo llevó a cabo en los tiempos recientes. Todas ellas concuerdan no con la Treintena, sino con la estructura básica de la verdad. No tenemos que buscar a Dios a base de números, de sílabas y letras. Este método carece de base, debido a la multitud y variedad de esos datos, y porque una persona puede un día usar uno de ellos como prueba, y otra al día siguiente tomar el mismo como argumento contra la verdad, porque pueden transferirse de un significado a otro. Más bien, los números y hechos deben acomodarse al testimonio de la verdad. Porque la norma no se saca de los números, sino los números de la norma; ni Dios de los hechos, sino los hechos a partir de la acción divina: todo, en efecto, procede del único y mismo Dios.

25,2. Las cosas creadas son muchas y variadas, y en el conjunto de la obra aparecen adecuadas y en armonía, aunque muchas veces tomando una por una puedan ser contrarias a otras y no ajustadas entre sí; sucede como con el sonido de la lira, que produce una melodía a partir de sonidos diversos y contrarios. Por eso, quien ame la verdad no debe atender tanto a la diferencia de cada uno de los sonidos, ni por ello sospechar que uno lo ha producido un artista y otro un autor diverso, de los cuales el primero hubiese producido los tonos más agudos, y otro los más bajos, e incluso un tercero los intermedios; sino que uno y el mismo lo ha hecho para, mediante la unidad armoniosa, mostrar su sabiduría en la justicia y la bondad de toda la obra. Quienes escuchan la melodía deben rendir gloria y alabanza al artista, admirando la agudeza de unas notas y la profundidad de otras, así como deleitarse en los tonos intermedios. Ciertamente se preguntarán si unas cosas son figuras de otras, y entonces deberán todo referirlo a uno, preguntando la causa por la que es así, pero sin transformar la doctrina ni errar acerca del Autor, ni renegar de la fe en el único Dios que hizo todas las cosas, ni blasfemar contra nuestro Creador.

4.2. Pequeñez del ser humano ante el Creador

25,3. Si alguien no halla la causa de todas las cosas que busca, piense que el ser humano es infinitamente menor que su Creador; que ha recibido la gracia sólo en parte (1 Cor 13,9.12); que no es igual o semejante a su Hacedor; y que no puede tener la experiencia o el conocimiento como Dios. El que hoy existe como un ser hecho y empezó un día a existir, siempre será más pequeño que aquel que no fue creado y que

siempre permanece siendo igual a su ser; por lo mismo tampoco puede ser igual que aquel que lo creó, en cuanto a la ciencia o a la profundización en las causas de todas las cosas. ¡Oh, ser humano! tú no eres increado, ni has existido desde siempre con Dios, como su propio Verbo; sino que, habiendo empezado a existir como su hechura, poco a poco aprenderás de su Verbo la Economía del Dios que te hizo.

25,4. Así pues, mantente en el nivel que corresponde a tu ciencia, y no quieras ir más allá del mismo Dios, sino conocer a fondo los bienes, porque él no puede ser sobrepasado; y por lo mismo tampoco preguntes qué hay más allá del Demiurgo, porque nunca lo hallarás: en efecto, tu Artesano no tiene límites. Ni pienses -como si lo hubieses medido todo en cuanto a su profundidad, anchura y altura- en otro Padre que esté sobre él: no podrá captarlo tu mente, sino que, pensando contra tu naturaleza, te volverás necio. Y si continúas en lo mismo, tarde o temprano caerás en la locura de creerte superior y mejor que tu Hacedor, soñando que te has elevado más allá de su reino.

4.3. Más vale el amor del ignorante que el orgullo del sabio

26,1. Pues es mejor y más provechoso para uno ser ignorante o de poca ciencia, si se acerca a Dios por la caridad hacia su prójimo, que imaginarse saber mucho y ser perito en muchas cosas hasta blasfemar de Dios inventando a otro Dios y Padre. Por eso Pablo exclamó: «La ciencia infla, la caridad edifica» (1 Cor 8,1). No es que condenara el verdadero conocimiento de Dios, porque si así lo hiciera se condenaría a sí mismo; sino que, sabiendo que algunos, con ocasión de la ciencia, se enorgullecían hasta apartarse del amor de Dios, y sin embargo se tenían a sí mismos por perfectos, inventaban a un Demiurgo imperfecto como producto de su ciencia; por eso dijo: «La ciencia infla, la caridad edifica».

Pues no hay mayor soberbia que la de tenerse a sí mismo por mejor y más perfecto que aquel que lo ha plasmado (Sal 119[118],73; Job 10,8), le dio el aliento de vida (Gén 2,7) y le ha dado el ser mismo. Por eso, como arriba dije, es mejor que alguien carezca de ciencia de modo que no conozca ninguna de las causas de la creación, si cree en Dios y permanece en el amor (Jn 15,9-10); y no que por el orgullo de la ciencia se aparte del amor que da vida al ser humano. Mejor que buscar la ciencia es no conocer otra cosa sino a Jesucristo el Hijo de Dios crucificado por nosotros (1 Cor 2,2), en vez de investigar cuestiones sutiles hasta caer en la impiedad y en la vana palabrería.

26,2. ¿Qué pasaría, por ejemplo, si alguien -entusiasmado por sus esfuerzos, al escuchar del Señor: «Aun los cabellos de vuestra cabeza están contados» (Mt 10,30), dejándose llevar por la curiosidad quisiera investigar cuántos cabellos tiene cada hombre y el motivo por el cual uno tiene tantos y otro tantos, ya que no todos tienen el mismo número- hallara que unos tienen miles de cabellos más que otros porque unos tienen cabeza grande y otros chica, unos tienen pelo espeso, otros ralo, y otros más casi no tienen? ¿Y si en seguida, soñando en haber logrado descubrir el número, de ese hecho quisiera sacar una prueba del sistema que ha fraguado? O si alguien -oyendo del Señor: «¿Acaso no se venden dos pájaros por un as? Y sin embargo ninguno de ellos cae por tierra sin que vuestro Padre lo quiera» (Mt 10,29)- pretendiera contar cuántos pájaros se

cazan en cada región, y la causa por la cual ayer fueron tantos, anteayer tantos y hoy tantos más; si luego esgrimiera ese número como argumento, ¿ese individuo no se estaría trastornando él mismo y volviendo locos a los que le hacen caso? ¡Son tantas las personas que están siempre dispuestas a creerles, cuando imaginan haber encontrado un maestro que sabe más que los otros!

26,3. Y si alguien nos preguntase si Dios conoce todas las cosas que ha hecho en el pasado y las que continúa creando, y si por su providencia cada uno de los seres ha recibido lo que le es propio, responderíamos que sí: nada de lo que ha sido o es hecho escapa a la ciencia de Dios; sino que cada uno de esos seres, por su providencia, recibe su naturaleza, organización, cantidad y medida, así como los caracteres que lo distinguen. En efecto, nada de lo que ha sido hecho en el pasado o es hecho ahora ha existido al acaso o por azar, sino con gran orden y armonía: porque existe un Verbo admirable y divino que puede discernir todas estas cosas y determinar sus causas. Pero supongamos que alguien, al escuchar nuestro testimonio sobre esta doctrina común, trata de contar las arenas del mar, las piedras de la tierra, las estrellas del cielo, y pretende precisar las causas del número que sueña haber descubierto:¿no lo juzgaría un loco y un irracional que en vano ha trabajado, cualquier persona que tenga un poco de sentido común? Pues mientras más se ocupe de investigar en estos asuntos tan singulares, si se imagina que ha superado a los demás en sus descubrimientos, juzga a los otros unos ignorantes e idiotas y los llama psíquicos porque no aceptan los resultados de su inútil búsqueda, más se tornará él un insensato y estúpido, como quedan aquellos a quienes fulmina un rayo. Porque en lugar de someterse a Dios, por la ciencia que sueña haber adquirido cambia al mismo Dios y lanza su doctrina por encima de la grandeza del Creador.

4.4. Cómo usar la mente para buscar a Dios

27,1. Una mente sana y religiosa que ama la verdad, sin peligro alguno pone la capacidad que Dios concedió a los seres humanos al servicio de la ciencia, y con un constante estudio podrá progresar en su conocimiento de las cosas. Por éstas quiero decir aquellas que día tras día suceden ante nuestros ojos, y también aquellas que las palabras de la Escritura tratan en forma abierta. Por eso se deben interpretar las parábolas sin métodos ambiguos: quien de esta manera las entiende, no correrá peligro, y todos deben explicar las parábolas de modo semejante. Haciéndolo así, el cuerpo de la verdad permanecerá íntegro, siempre adecuado a los miembros y libre de distorsiones. En cambio, cuando se aplican cosas ocultas y que no están a la vista, a la interpretación de las parábolas, como a cada uno se le antoja, desaparece toda regla de la verdad; pues cuantos fueren los expositores de las parábolas, otras tantas serán las verdades opuestas entre sí y provocarán doctrinas contradictorias, como sucede con las cuestiones de los filósofos paganos.

27,2. Procediendo de esta manera, el ser humano indagará siempre, pero jamás encontrará nada, pues comienza por rechazar el justo método de la búsqueda. Y cuando venga el Esposo, aquel que tenga su lámpara sin aceite no tendrá ninguna luz que le ilumine el camino; entonces recurrirá a las explicaciones de las parábolas que lo desviarán

en medio de la oscuridad, apartándose de quien le puede ofrecer el camino hacia él mediante el regalo de una honesta predicación, y por ello quedará excluido de las nupcias (Mt 25,1-12).

Todas las Escrituras, los profetas y el Evangelio, predican abiertamente y sin ambigüedades -a quienes puedan escuchar, aunque no todos crean-, que existe un solo y único Dios, el cual, excluyendo a cualquier otro Dios, por medio de su Verbo hizo todas las cosas, visibles e invisibles, del cielo y de la tierra, peces del mar y animales de la tierra, como hemos probado usando las mismas expresiones de las Escrituras. Toda la creación de la que formamos parte da testimonio, por medio de las cosas que extiende ante nuestros ojos, de que uno solo es el que las hizo y gobierna. Siendo así, se mostrarán necios quienes se ciegan ante una manifestación tan clara y se rehúsan a ver la luz de la predicación; sino que se encarcelan a sí mismos, de modo que mediante explicaciones tenebrosas de las parábolas, cada uno de ellos piensa haber encontrado a su propio Dios.

Acerca de la teoría de quienes opinan cosas contrarias al Padre nada dice la Escritura, ni en forma abierta, ni con sus palabras, ni en forma incontrovertida. Los mismos herejes dan testimonio de ello, cuando afirman que el Salvador las enseñó en secreto, no a todos sino a algunos discípulos capaces de entenderlo (Mt 19,11-12) y de interpretar su significado por medio de argumentos, enigmas y parábolas. Llegan incluso a decir que uno es el Dios del que se predica, y otro el Padre al que se refieren las parábolas y enigmas.

27,3. Pero ¿qué persona que ame la verdad no se da cuenta de que si las parábolas pueden tener tantas explicaciones, y a partir de ellas se busca a Dios abandonando lo que es cierto, indubitable y verdadero, se está optando por un modo de proceder irracional que arroja a la persona a graves peligros? ¿Y no es esto construir su casa no sobre la piedra firme, sólida y al abierto, sino sobre la incertidumbre de la arena movediza? De ahí que tales construcciones se derrumben fácilmente (Mt 7,24-27).

4.5. Dios conoce muchas cosas que nosotros no alcanzamos

28,1. Teniendo, pues, la Regla misma de la verdad y un claro testimonio de Dios, no podemos abandonar el conocimiento cierto y verdadero sobre Dios, por cuestiones desviantes en otras y otras interpretaciones; sino que más bien, dirigiendo nuestra mente hacia esas cuestiones de la manera expuesta, conviene que nos ejercitemos en buscar los misterios y la Economía del único Dios que existe, en crecer en el amor hacia aquel que tanto ha hecho y sigue haciendo por nosotros, y en jamás separarnos de la convicción que nos hace confesar claramente que sólo hay un Dios y Padre verdadero que ha creado el mundo, que plasmó al ser humano, que dirige el desarrollo de sus creaturas y que llama a quienes caminan hacia él para que se eleven desde lo bajo hasta su altura. Como a un bebé concebido en el seno, lo hace nacer a la luz del sol; y como a grano de trigo que, una vez crecido en la espiga, lo recoge en el granero (Mt 3,12). Porque uno y el mismo es el Demiurgo que plasmó el seno y creó el sol, y uno y el mismo Señor el que hizo brotar el grano, crecer el trigo para que se multiplicara, y preparó el granero.

28,2. Aunque no podamos resolver todas las cuestiones que se plantean en la Escritura, no busquemos a otro Dios fuera del único que existe: sería la peor impiedad. Debemos abandonar esas cuestiones al Dios que nos hizo, sabiendo perfectamente que las Escrituras son perfectas, pues fueron dictadas por el Verbo de Dios y por su Espíritu. A nosotros, por ser inferiores al Verbo y a su Espíritu y por vivir en el tiempo, nos hace falta su conocimiento de los misterios. Ni hay por qué admirarse de que necesitemos la revelación de las cosas espirituales y celestiales; incluso respecto de las cosas que tenemos bajo los pies -me refiero a las que existen en este mundo, con las que vivimos y que todos los días manejamos y vemos-, muchas de ellas han escapado a nuestro conocimiento, y por eso las confiamos a Dios; porque él necesariamente está sobre todas las cosas. Por ejemplo, ¿cómo podríamos nosotros conocer las causas por las cuales el Nilo se desborda?

Hablamos de muchas cosas, de las cuales unas nos convencen, otras no; pero todo lo que es seguro, cierto y firme está en manos de Dios. No sabemos dónde habitan las aves migratorias que nos visitan en verano y durante el otoño nos abandonan: cosas que suceden en nuestro mundo y escapan a nuestra ciencia. ¿Qué podemos controlar de las mareas altas y bajas, por tener dominio de sus causas? ¿Quién puede describir los mundos que quedan más allá del océano? ¿Quién puede explicar cómo se forman las lluvias, los rayos y truenos, los cúmulos de nubes, la neblina, los vientos y prodigios semejantes? ¿Alguien es capaz de descubrir los tesoros de la nieve y el granizo (Job 38,22) y otros fenómenos parecidos? ¿Quién puede preparar las nubes y hacer brotar la niebla, quién conoce las causas del crecimiento y disminución en las fases de la luna, o el por qué la diferencia entre el agua, el metal, la piedra y los demás cuerpos? De todas estas cosas bien podemos hablar mucho e indagar sus causas; pero el único que conoce toda la verdad sobre ellas es el único Dios que las ha creado.

28,3. Si aun entre las cosas creadas algunas son accesibles sólo al conocimiento de Dios, y otras también pueden caer bajo nuestra ciencia,¿qué dificultad hay si en las cuestiones de la Escritura, siendo éstas espirituales, averiguamos unas cosas con su gracia y otras las dejamos a Dios, de tal manera que no sólo en esta vida, sino también en la futura, Dios sea siempre el Maestro, y el ser humano deba siempre aprender de él? Como dice el Apóstol, cuando desaparezca todo lo parcial, permanecerán sólo la fe, la esperanza y la caridad (1 Cor 13,9-13). La fe en nuestro Maestro sigue siendo firme en la confesión de un solo Dios verdadero y en el amor que siempre le tenemos por ser el único Padre; por eso esperamos recibir y aprender más de Dios, porque es bueno e infinitamente rico, su reino jamás se acaba y su doctrina no tiene término.

Por consiguiente, si por los motivos que acabamos de exponer dejamos a la ciencia de Dios ciertas cuestiones, mientras conservamos la fe, podemos vivir seguros y sin peligros. De este modo toda la Escritura que Dios nos ha dado nos parecerá congruente, concordarán las interpretaciones de las parábolas con expresiones claras, y escucharemos las diversas voces como una sola melodía que eleva himnos al Dios que hizo todas las cosas. Por ejemplo, si alguno pregunta:¿Qué hacía Dios antes de crear el mundo? Le diremos que ése es un problema de Dios. En cambio, cómo hizo él este mundo de modo

perfecto y con un comienzo temporal, nos lo enseñan las Escrituras; en cambio nada nos dicen acerca de lo que hacía antes de esta obra. Luego toca sólo a Dios esta respuesta; pero no por ello quieras fantasear emanaciones tontas y sin sentido (2 Tim 2,23) y blasfemas, de modo que por la pretensión de haber descubierto la producción de la materia te sientas con derecho de renegar del Dios que hizo todas las cosas.

28,4. Pensad, pues, los que inventáis estas doctrinas, en que el mismo y único Dios verdadero al que llamamos Padre es aquel a quien llamáis el Demiurgo. Las Escrituras reconocen sólo a éste como Dios; el Señor llamó Padre sólo a éste y no reconoció a ningún otro, como lo probaremos con sus mismas palabras. Luego, cuando llamáis a éste un fruto emanado de la ignorancia, que no conoce las realidades superiores, y todo lo demás que decís sobre él, considerad cuán grande es vuestra blasfemia contra el único Dios verdadero. Parecéis honestos y serios cuando aseguráis que creéis en Dios; pero, no pudiendo mostrar a ningún otro Dios, definís producto de la ignorancia y de la decadencia a ese mismo Dios en quien decís creer. Esto no es más que ceguera y necedad que os viene de que nada reserváis para Dios: queréis proclamar los nacimientos y emanaciones del mismo Dios, de su Pensamiento, del Verbo, de la Vida y de Cristo; y no lo aprendéis de ninguna otra fuente, sino de la actividad interior del ser humano.

Pero no entendéis que el hombre es un animal compuesto, y por esto se pueden hacer sobre él tales afirmaciones; pues, en efecto, como antes dijimos, hablamos del intelecto y la mente humana, porque de su intelecto viene su mente, de ésta el pensamiento y del pensamiento la palabra -¿qué tipo de palabra (o verbo)? Porque en la lengua griega, el verbo incluye la facultad de pensar, distinta del órgano por medio del cual la palabra se pronuncia, pues unas veces el ser humano está callado y en reposo, otras veces habla y actúa-. Dios, en cambio, siendo todo Mente, todo Verbo, todo Espíritu, todo Luz, siempre existe idéntico e igual a sí mismo. Así como nos es útil saber de Dios tal como nos lo enseñan las Escrituras, así no es justo hacer derivar dentro de él esas actividades humanas ni introducir divisiones. Como la lengua es carnal, su velocidad no alcanza a seguir el proceso intelectual del hombre, porque éste es espiritual; por eso nuestro verbo interior queda como reprimido, porque no puede pronunciarse de un solo golpe -como ha sido concebido-, sino por partes, según la lengua es capaz de hacerlo.

28,5. En cambio Dios, como es todo Mente y Verbo, habla lo que piensa y piensa lo que habla: su Pensamiento es su Verbo, su Verbo es su Mente, y su Mente no es otra cosa que el Padre mismo. Por eso quien habla de la Mente de Dios como un producto distinto, lo declara compuesto; como si uno fuera Dios, otro su Pensamiento principal. Lo mismo se diga cuando se habla del Verbo como de la tercera emisión a partir del Padre, motivo por el cual no conocería su grandeza: se marca una separación muy honda entre el Verbo y Dios. Sin embargo, de él dice el profeta: «¿Quién podrá declarar su origen?» (Is 53,8). Vosotros, en cambio, os ponéis a adivinar acerca de su origen a partir del Padre, y transferís el proceso de la palabra humana que la lengua emite a la emisión del Verbo de Dios: con esto sólo probáis que no conocéis ni las cosas humanas ni las divinas.

28,6. Llenos de orgullo sin razón, os atrevéis a decir que conocéis los inefables misterios de Dios, cuando el mismo Señor, siendo Hijo de Dios, declaró no saber ni el día ni la hora del juicio, sino sólo Dios, cuando dijo: «Acerca de aquel día y hora nadie los conoce, ni el Hijo, sino sólo el Padre» (Mt 24,36). Por lo tanto, si el Hijo no tuvo empacho de atribuir sólo al Padre el conocimiento de aquel día, y habló con verdad, tampoco nosotros debemos avergonzarnos de reservar a Dios aquellas cuestiones que nos superan: en efecto, nadie está sobre su maestro (Mt 10,24). Así pues, si alguien nos pregunta: «¿Cómo el Padre emitió al Hijo?», le respondemos que esta producción, o generación, o pronunciación, o parto, o cualquier otro nombre con el que quiera llamarse este origen, es inefable. No la conocen ni Valentín, ni Marción, ni Saturnino, ni Basílides, ni los Angeles, ni los Poderes, ni las Potestades, sino sólo el Padre que lo engendró y el Hijo que de él nació. Siendo, pues, inefable esta generación, quienquiera se atreva a narrar las generaciones y emanaciones, no está en su mente cuando promete describir lo indescriptible.

Que la palabra (el verbo) procede del pensamiento y la mente, todas las personas lo saben. Luego no inventaron nada nuevo ni un misterio escondido aquellos a quienes se les ocurrieron tales emisiones, cuando simplemente transfirieron al Verbo Unigénito de Dios lo que todos entienden: lo llaman inefable e indescriptible, y sin embago, como si ellos hubiesen sido las comadronas que lo atendieron, hablan de su primera generación, explican su emisión y anuncian su nacimiento, asemejándolo a la palabra que los seres humanos pronuncian.

28,7. Si hablando sobre la naturaleza de la materia decimos que Dios la ha producido, en nada erramos: pues de la Escritura hemos aprendido que Dios tiene el primado sobre todas las cosas. Pero ni la Escritura nos ha explicado de dónde o cómo la produjo, ni nosotros debemos inventarlo haciendo infinitas conjeturas sobre Dios a partir de nuestras opiniones, sino que hemos de reservar este conocimiento a Dios.

Lo mismo se diga acerca del motivo por el cual, habiendo hecho Dios todas las cosas, muchas de las creaturas se negaron a someterse a Dios y se separaron de él; en cambio otras, las más, perseveraron y aún perseveran sujetas al Dios que las hizo. Cuál sea la naturaleza de las que pecaron, y cuál la de aquellas que perseveran, lo dejamos a la ciencia de Dios y de su Verbo, al cual Dios le dijo: «Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies» (Sal 110[109],2). Nosotros aún caminamos sobre la tierra, no estamos sentados junto al trono de Dios. El Espíritu del Salvador que está en él «escudriña todas las cosas, hasta las profundidades de Dios» (1 Cor 2,10), en cambio entre nosotros «hay diversidad de gracias, ministerios y operaciones» (1 Cor 12,4-6) y, mientras estamos sobre la tierra, como Pablo dice, «conocemos parcialmente y parcialmente profetizamos» (1 Cor 13,9). Y como conocemos parcialmente, sobre todas estas cuestiones debemos ponernos en las manos de aquel que nos concede también parcialmente su gracia.

El Señor dijo claramente que el fuego está preparado para los transgresores, y lo enseña el resto de las Escrituras, así como también enseñan que Dios todo lo sabe de

antemano, y por eso desde el principio preparó este fuego eterno para quienes habrían de hacerse transgresores. Pero ni la Escritura ni el Apóstol ni el Señor enseñaron el motivo preciso por el cual esos seres fueron transgresores. Por eso debemos dejar a la ciencia de Dios muchas de estas cuestiones, como el Señor le dejó el día y la hora (Mt 24,36). Correríamos el más grande peligro si a Dios nada le dejamos, aunque hemos recibido de él sólo en parte esta gracia, cuando investigamos las cosas que nos superan y que por ahora no nos es posible descubrir. Pero caer en tan grande osadía que fosilicemos a Dios, que presumamos de haber descubierto lo que no hemos descubierto, proclamando con palabras vacías la emisión del Dios Demiurgo, diciendo que su substancia proviene de la ignorancia y la penuria, no es sino inventar con mentira un impío argumento contra Dios.

28,8. Al fin de cuentas, no teniendo ningún testimonio que apoye su ficción que en tiempos recientes han inventado, tratan de cimentar las fábulas que cuentan y que ellos mismos han fraguado, unas veces en números extraños, o en sílabas, o en nombres, o en letras incluidas en otras letras, o en parábolas mal interpretadas, o en suposiciones sin fundamento.

Si, por ejemplo, alguien busca el motivo por el cual sólo el Padre conoce el día y la hora, aunque todo le comunica a su Hijo, el mismo Señor lo ha dicho, y nadie puede inventar otro sin riesgo (de equivocarse), porque sólo el Señor es el Maestro de la verdad; y él nos ha dicho que el Padre está sobre todas las cosas, pues dijo: «El Padre es mayor que yo» (Jn 14,28). El Señor, pues, ha presentado al Padre como superior a todos respecto a su conocimiento, a fin de que nosotros, mientras caminamos por este mundo (1 Cor 7,31), dejemos a Dios el saber hasta el fondo tales cuestiones; porque si pretendemos investigar la profundidad del Padre (Rom 11,33), corremos el peligro de preguntar incluso si hay otro Dios por encima de Dios.

28,9. Si a alguno le gusta discutir y contradice lo que dijimos sobre las palabras del Apóstol: «Conocemos parcialmente y parcialmente profetizamos» (1 Cor 13,9), soñará haber recibido la gnosis total y no sólo parcial, como Valentín, Ptolomeo, Basílides o alguno de aquellos que pretenden haber investigado las profundidades de Dios (1 Cor 2,10). Que en vez de presumir con arrogancia, adornándose con la gloria de conocer más que los demás las cosas invisibles e inefables, mejor se dedique a investigar con diligencia tantas cosas de este mundo que no conocemos, como por ejemplo cuántos cabellos tiene en su cabeza, cuántos pájaros se cazan cada día, y otras muchas que ni siquiera se nos ocurren: que se las pregunten a su Padre y nos las expongan, a fin de que podamos creerles cuando hablan de los misterios más elevados. Porque ni siquiera acerca de cosas que tenemos en las manos, bajo los pies y ante los ojos en la tierra, por ejemplo la providencia sobre los cabellos de su cabeza, saben nada esos que presumen de perfectos, ¿cómo les vamos a creer cuando tratan de convencernos vanamente de cosas espirituales y supracelestes, y de aquellas que sobrepasan a Dios?

Ya te hemos hablado demasiado acerca de los números, de los nombres, de las sílabas y de las cuestiones sobre las realidades superiores que ellos pregonan, y del modo tan absurdo como interpretan las parábolas. Tú puedes añadir otras.

el espiritual, que brotó al contemplar a los Angeles que rodean al Cristo. Pues si los seres así nacidos entrarán de cualquier manera en el Pléroma por ser espirituales, los hílicos se quedarán en las regiones inferiores por ser materiales, y si el fuego que reside en las regiones inferiores habrá de quemarlo todo, ¿por qué no conceden a toda la substancia psíquica ir a la Región Intermedia, donde ellos mandan al Demiurgo?

A fin de cuentas, ¿qué es lo que entrará en el Pléroma? Pues dicen que las almas se quedarán en la Región Intermedia, y los cuerpos, formados de substancia material, arderán junto con toda la materia en el fuego escondido en ella; pero si su cuerpo se corrompe y el alma se queda en la Región Intermedia, nada queda del ser humano para que entre en el Pléroma. Porque la inteligencia del hombre, su pensamiento, la intención de su mente, y todas sus demás actividades no son nada fuera del alma, sino sólo movimientos y actividades de la misma alma, y sin el alma no tienen ninguna subsistencia. ¿Qué queda entonces de ellos para que pueda entrar en el Pléroma? Ellos mismos, en cuanto son almas, según su teoría se quedarán en las Regiones Intermedias, y en cuanto son cuerpos deberán quemarse con toda la materia.

5.2. El Demiurgo no es psíquico

5.2.1. No son psíquicas sus obras

30,1. Siendo así las cosas, son estúpidos cuando dicen que ellos sobrepasarán al Demiurgo. Ellos se proclaman mejores que el Dios que hizo y ordenó los cielos y la tierra, los mares y todo cuanto hay en ellos (Ex 20,11; Sal 146[145],6; Hech 4,24), cuando presumen de ser pneumáticos: por su impiedad prueban ser tan poco honorables como los hombres carnales. En efecto, al que hizo de los ángeles espíritus (Sal 104[103],4), se viste de luz como un manto (Sal 104[103],2), tiene en sus manos el globo de la tierra a cuyos habitantes mira como langostas (Is 40,22), ¡al Dios que creó todas las substancias espirituales le llaman psíquico! Sin duda alguna y con toda certeza proclaman su idiotez, heridos sin duda por el rayo como los gigantes de la fábula: ¡lanzar sus doctrinas contra Dios, henchidos de gloria por su vacía e incongruente presunción, y cuya enorme locura no podría curar toda la elébora del mundo!

5.2.2. Ellos no son superiores al Demiurgo

30,2. Quién sea superior, debe mostrarse en las obras. Ahora bien, ellos se dicen superiores al Demiurgo. Por la finalidad de esta obra nos vemos obligados a poner atención a la impiedad, poniendo una comparación entre Dios y esos locos, y a rebajarnos a sus argumentos para atacarlos usando sus mismas doctrinas: Dios nos sea propicio, porque no queremos compararlo con ellos, sino que decimos estas cosas sólo para refutarlos y deshacer su locura. ¿Qué les admiran tantos insensatos, como si de ellos pudieran conocer algo superior a la verdad misma?

Ellos interpretan aquel dicho: «Buscad y hallaréis» (Mt 7,7), para elevarse por encima del Demiurgo y presumir de ser mejores y superiores a Dios, pues a sí mismos se llaman pneumáticos, en cambio catalogan de psíquico al Demiurgo. De esta manera se colocan sobre Dios, pretenden tener su lugar en el interior del Pléroma, mientras que

Dios se quedaría en las Regiones Intermedias. Si presumen de ser superiores al Demiurgo, que lo prueben por sus obras: pues cada quien debe probar lo que es, no por sus palabras sino por sus obras.

30,3. ¿Qué obra pueden mostrar que haya hecho por ellos su Salvador o su Madre, que sea mayor, más espléndida o más inteligente que aquellas que ha realizado aquel que dispuso todas las cosas? ¿Cuáles cielos cimentaron? ¿Acaso han dado fundamentos a la tierra? ¿Qué estrellas han creado? ¿Qué astros han encendido, o qué órbitas les han señalado como su ruta? ¿Qué lluvias, fríos y nevadas han aportado a la tierra según los tiempos y regiones? O por el contrario, ¿determinaron ellos cuáles de éstas deben ser secas o calurosas? ¿Ellos han hecho fluir a los ríos? ¿O han hecho brotar las fuentes? ¿Con qué árboles y flores han adornado todas las regiones bajo el firmamento? ¿Cuántas especies de animales han formado, unos racionales, otros irracionales, pero todos llenos de belleza? Y en general, todas las cosas que el poder de Dios ha constituido y por su sabiduría gobierna, ¿quién las puede enumerar una por una, o escrutar la gran sabiduría del Dios que las hizo? ¿Y qué decir de los seres que están sobre el firmamento y que no se ven, como los innumerables Angeles, Arcángeles, Tronos y Dominaciones?

¿De cuál de todas estas obras quieren hacerse adversarios? ¿Cuál de ellas pueden ellos presumir de haber creado, cuando ellos mismos han sido hechos y plasmados? Si su Salvador o su Madre -para usar sus mismas teorías, a fin de probar sus mentiras en su propio campo- se han servido de Dios, como ellos predican, para fabricar la imagen de aquellas realidades interiores al Pléroma y de todas aquellas que han contemplado rodeando al Salvador, lo ha hecho porque él es superior y más capaz para realizar lo que quería: pues no podría fabricar esta imagen por alquien inferior a ellos, sino por alguien más elevado.

30,4. Esos seres serían pneumáticos, como dicen, porque habrían sido concebidos de la contemplación de los seres que rodean como guardias a Pandora. Ellos continuaban siendo inertes, nada producía por ellos la Madre, ni los volvía perfectos el Salvador: esos seres engendrados eran inútiles, buenos para nada, pues nada se dice que hayan fabricado. En cambio al Dios que, según sus argumentos, ha sido emitido como un ser inferior a ellos, se les ocurre hacerlo psíquico, aunque fue el que realizó, trabajó y fue activo, pues le atribuyen haber fabricado las imágenes de todos ellos. Y no afirman que sólo haya hecho los modelos de las cosas visibles, sino que también por medio de él fueron hechos los de los seres invisibles: Angeles, Arcángeles, Dominaciones, Potestades, Potencias. Es claro que (la Madre) se quiso servir de uno superior a ellos para realizar sus planes. Se ve que su Madre no hizo nada, como ellos mismos confiesan, para que le puedan lógicamente atribuir a Dios haber nacido como un aborto que mal parió la Madre que ellos pregonan: ciertamente las comadronas no la asistieron cuando los parió a ellos, y por eso ella los emitió como un aborto, como a seres inútiles, sin ningún provecho para su Madre. Y, sin embargo, esos (herejes) se juzgan a sí mismos superiores a aquel que ha creado y ordenado tantas cosas tan magníficas; y por eso, según su propio sistema, ellos se encuentran muy por debajo de él.

30,5. Supongamos dos instrumentos de trabajo: uno de ellos siempre está en las manos del artesano, porque con él hace todo lo que quiere, y muestra su habilidad y sabiduría; otro, en cambio, siempre está arrinconado, útil para nada, inactivo, pues el artesano jamás lo usa para fabricar alguna de sus obras: ¿a quién se le ocurriría decir que este instrumento inútil, superfluo y ocioso es superior y más valioso que aquel que el artesano usa para trabajar y del que su dueño se gloría? ¡Sólo a uno que justamente consideráramos imbécil y loco!

Así hacen ellos cuando presumen de ser pneumáticos y superiores al Demiurgo psíquico, y por eso pretenden subir sobre los cielos y penetrar en el Pléroma para encontrar a sus esposos. Según su propia confesión, han de ser de sexo femenino. Y luego, sin aducir ninguna prueba, dicen que Dios es inferior, y por eso se quedará en la Región Intermedia. Pero, quien es superior, lo prueba por sus obras, y el Demiurgo ha hecho todas las cosas, en cambio ellos nada digno pueden mostrar haber hecho, por lo que son sólo una turba de gente sin cerebro, locos sin remedio.

30,6. Si alegan que el Demiurgo hizo todas las cosas materiales, como el cielo y todo el mundo que está bajo ellos, en cambio todos los espirituales que están sobre los cielos (como los Principados, Potestades, Angeles, Arcángeles, Dominaciones, Poderes), fueron hechos, según dicen, como ellos mismos, por una emisión espiritual. En primer lugar ya hemos probado por las Escrituras del Señor, que el único Dios hizo todas las cosas mencionadas, visibles e invisibles. Ellos ciertamente no saben más que las Escrituras, ni nosotros tenemos por qué poner oídos sordos a las palabras del Señor, de Moisés y de los profetas, los cuales predicaron la verdad, para creerles a quienes no hablan de cosas razonables, sino de puros delirios y locuras. Y, en segundo lugar, si por medio de ellos fueron hechos los seres celestiales, que nos expliquen ellos su naturaleza espiritual, nos digan el número de los Angeles y Arcángeles, nos muestren los misterios de los Tronos y nos enseñen las diferencias entre las Dominaciones, Principados, Potestades y Poderes. Mas nada pueden respondernos, porque nada tuvieron que ver en su origen. Pero si los hizo el Demiurgo, como en efecto los hizo, y son realidades espirituales y santas, entonces no es psíquico el que hizo los seres pneumáticos. Así cae por tierra su enorme blasfemia.

30,7. Que haya en los cielos creaturas espirituales, lo proclaman todas las Escrituras, y Pablo da testimonio de que son espirituales, cuando escribe haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, y además haber sido llevado al paraíso, donde escuchó palabras inefables que un ser humano es incapaz de referir (2 Cor 12,2-4). ¿Y para qué le serviría ser arrebatado al tercer cielo o subir al paraíso, que están bajo el poder del Demiurgo, si tenía que contemplar y escuchar los misterios que, como ellos se atreven a decir, superan al Demiurgo? Porque, si era para conocer una Economía superior al Demiurgo, no se habría detenido en el dominio del Demiurgo, ni siquiera una vez vistas todas las cosas -pues, como ellos dicen, aún le quedaba penetrar en el cuarto cielo para poder acercarse al Demiurgo y ver la Semana que le está sujeta-; sino a lo más se habría detenido en la Región Intermedia, es decir, junto a la Madre, para de ella informarse de lo que hay dentro del Pléroma. Porque su hombre interior que hablaba dentro de él, siendo invisible,

como dicen, no sólo podía llegar hasta el tercer cielo, sino hasta la misma Madre. Pero si el hombre interior de ellos de inmediato puede ir más allá del Demiurgo y subir hasta la Madre,¡cuánto más le habría ocurrido al hombre interior del Apóstol! Ni se lo hubiese impedido el Demiurgo, porque éste, según dicen, está sujeto al Salvador. Y si hubiera querido impedírselo, no lo habría logrado; porque no tiene mayor poder que la providencia del Padre, tanto más que, según su teoría, éste es invisible aun para el Demiurgo.

Pablo contó como una cosa grande y sublime haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, y por lo mismo ellos no pudieron haber ascendido hasta el séptimo cielo, pues no son superiores al Apóstol. Pero si presumen de ser superiores, que lo prueben con sus obras: de hecho nunca se han atrevido a hacerlo. Por eso Pablo añadió: «Si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe (2 Cor 12,2-3), para que así no se piense que su cuerpo participó de esta visión, como si hubiese tomado parte de aquello que él vio y oyó; además, para que no se le objete que el cuerpo, dado su peso, no puede ser asumido; sino que se admita que también sin el cuerpo se pueden contemplar los misterios espirituales, realizados por el mismo Dios que hizo el cielo y la tierra (Gén 1,1), que plasmó al ser humano (Gén 2,7) y lo colocó en el paraíso (Gén 2,15). También podrán contemplarlo aquellos que, como el Apóstol, sean perfectos en el amor de Dios.

30,8. Las realidades espirituales del tercer cielo que el Apóstol pudo contemplar (2 Cor 12,2) y las palabras inefables que el ser humano es incapaz de pronunciar porque son espirituales, es el mismo Dios quien las concede, según su voluntad, a quienes halla dignos: suyo es, en efecto, el paraíso (2 Cor 2,4). El es el Espíritu de Dios (Jn 4,24), y no un Demiurgo psíquico, pues de no ser así, no podría haber creado realidades espirituales. Porque, si éste es psíquico, que nos digan ellos quién creó los seres pneumáticos. No nacieron de una emisión de su Madre, como ellos mismos pretenden haber sido formados, cosa que son incapaces de probar. Ellos no son capaces de crear, no sólo alguno de los seres espirituales, sino ni tan siquiera una mosca, un mosquito o cualquiera de los animales más pequeños y despreciables. Estos son producidos sólo por la ley que recibieron en su naturaleza desde el principio: todos los animales provienen por la fecundación mediante el semen de un animal del mismo género.

Ni siquiera su Madre hizo nada sola, aunque cuentan que engendró al Demiurgo Señor de toda la creación. También afirman que el Demiurgo es psíquico, en cambio se llaman pneumáticos aunque no son señores ni hacedores de alguna creatura, no sólo de entre aquellas que existen fuera de nosotros, pero ni siquiera de su propio cuerpo. En efecto, sufren en su cuerpo muchas dolencias contra su voluntad, ¡y así se proclaman superiores al Demiurgo!

5.3. Sólo hay un Dios: el Padre

30,9. Con toda razón les probamos que se han alejado mucho de la verdad. Porque, aun cuando aquel que hizo todas las cosas fuese inferior al Salvador, no sería inferior a ellos, sino mucho mejor, puesto que es el creador aun de ellos.¿De dónde se puede deducir que él es psíquico, y en cambio ellos pneumáticos? O bien -como es la única

verdad que hemos demostrado con muchos y claros argumentos- él por sí mismo creó libremente, con su propio poder ordenó y llevó a cabo todas las cosas, y todo lo que existe ha recibido el ser de su voluntad: sólo a él lo descubrimos como Dios que hizo todas las cosas, como el único Soberano universal y único Padre, que creó y realizó todas las cosas, visibles e invisibles, racionales e irracionales, terrenas y celestiales, mediante el Verbo de su poder (Heb 1,3), que compuso y ordenó todas las cosas con su Sabiduría; el único que contiene todo y en cambio nada puede contenerlo. El es el Hacedor, el Creador, el Inventor, el Ordenador, el Señor de todas las cosas. Fuera de él y sobre él no existe la Madre que han inventado, ni otro Dios como se le ocurrió a Marción, ni el Pléroma de treinta Eones cuya vaciedad hemos demostrado, ni el Abismo, ni el Protoprincipio, ni los cielos, ni la Luz virginal, ni el Eón inefable, ni todas las demás cosas que todos los herejes fabrican en sus delirios.

Hay sólo un Dios Demiurgo, que está por sobre todos los Principados, Potestades, Dominaciones y Poderes (Ef 1,21). Este es Dios Padre, el Creador, el Hacedor, el Demiurgo que realizó por sí mismo todas las cosas, quiero decir, que por su Verbo y su Sabiduría hizo el cielo y la tierra, los mares y todo cuanto ellos contienen (Ex 20,11; Ps 146[154],6; Hech 4,24). El es el único justo, bueno; él formó al ser humano (Gén 2,7), plantó el paraíso (Gén 2,8), fabricó el mundo, ordenó el diluvio y salvó a Noé. Este es el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; es el Dios de los vivos (Mt 22,32), el que la Ley y los profetas anunciaron, el que Cristo reveló, los Apóstoles transmitieron y en el que la Iglesia cree: éste es el Padre de nuestro Señor Jesucristo (2 Cor 1,3; Ef 1,3; Col 1,3; 1 Pe 1,3). El, mediante su Verbo, que es su Hijo, se reveló y manifestó a todos aquellos a quienes él decidió: lo conocen aquellos a quienes el Hijo se lo quiera revelar (Mt 11,27). Este Hijo siempre existe con el Padre, y desde el principio revela al Padre, a los Angeles, Arcángeles, Potestades, Poderes, y a todos aquellos a quienes Dios quiere revelarse.

5.4. Refutación de otras teorías

31,1. Una vez rebatidos los valentinianos, todo el resto de los herejes queda también derrocado. Vale contra los seguidores de Marción, Simón, Menandro y cualquier otro que de modo semejante separe del Padre nuestra creación, todo cuanto hemos probado contra aquéllos: cuanto dijimos contra su Pléroma y cuanto se halla fuera del Pléroma, porque en su teoría el Padre de todas las cosas quedaría encerrado y aprisionado de cuanto queda fuera de él, si es que algo hay fuera de él; y que por fuerza habría muchos Padres y muchos Pléromas y muchos mundos creados que se limitarían mutuamente excluyéndose sus partes; cada uno de esos (Padres) se tendría que mantener dentro de sus propios dominios, y no podría meter las narices en los de los otros, con los cuales no tendría ninguna comunión ni parte. Y probamos que no hay otro Dios de todas las cosas, sino que sólo él merece llamarse Soberano universal.

Vale también contra los seguidores de Saturnino, Basílides, Carpócrates y los demás Gnósticos que repiten las mismas ideas, lo que hemos dicho contra aquellos que dicen que el Padre de todas las cosas las comprende todas, pero que él no llevó a cabo nuestra

creación, sino que la hicieron o un Poder diverso, o Angeles que no conocían al Protopadre, y que éste estaría encerrado en la inmensa grandeza del universo como el centro de un círculo, o como la mancha en un vestido. Hemos demostrado cuán inverosímil es que algún otro fuera del Padre de todas las cosas haya llevado a cabo nuestra creación.

Cuanto hemos dicho acerca de las emisiones de Eones, de la penuria y de la incongruencia de su pretendida Madre, también destruye la teoría de Basílides y de todos los que falsamente se llaman Gnósticos, porque afirman las mismas cosas con palabras distintas. Y, más que aquéllos (los valentinianos), adaptan a su doctrina ideas extrañas a la verdad.

Lo que dijimos acerca de los números, vale para cuantos desvían la verdad hacia esa mentira.

Los argumentos sobre el Demiurgo que lo demuestran el único Dios y Padre de todas las cosas, así como cuanto aún diremos en los próximos libros, refutan a todos los herejes mencionados.

Algunos de ellos son más mansos y moderados: tú los refutarás y confundirás, para que dejen de blasfemar contra su Creador, Hacedor, Proveedor y Señor, afirmando que ha nacido de la penuria y la ignorancia. Pero aléjate de los salvajes, violentos e incapaces de razonar, para que no tengas que sufrir más su verborrea.

5.5. Contra Simón y Carpócrates

31,2. Contra Simón, Carpócrates y todos aquellos que presumen de obrar milagros: no lo hacen por el poder de Dios, ni en verdad, ni actúan así para hacer el bien a los demás, sino para dañarlos induciéndolos a error, por medio de una magia ilusoria y un completo fraude, de modo que, en lugar de hacer el bien a quienes creen en sus seducciones, los perjudican. No son capaces de dar la vista a los ciegos, ni el oído a los sordos, ni expulsar a todos los demonios -sino sólo a aquellos que ellos mismos les meten, si es verdad lo que dicen-, ni curar a los enfermos, cojos y paralíticos o dañados en cualquier otro miembro del cuerpo como efecto de alguna enfermedad, ni dar de nuevo la salud a todos aquellos que enferman por accidente. Muy lejos están de resucitar a los muertos -como lo han hecho el Señor y los Apóstoles por medio de la oración y como en algunos casos ha sucedido en la comunidad cuando ha sido necesario, cuando toda la Iglesia lo ha suplicado con ayunos y plegarias, de modo que «ha regresado al muerto el espíritu» (Lc 8,55) como respuesta a las oraciones de los santos-. Ni siquiera creen que esto sea posible; porque, según ellos, incluso la resurrección de los muertos no es sino el conocimiento de lo que ellos llaman la verdad.

31,3. De parte de ellos, no hay sino error, seducción, ilusiones mágicas con las que impíamente engañan a las personas. En la Iglesia se halla la compasión, la misericordia (Zac 7,9), la solidez y la verdad, que se ejercitan gratuitamente y sin esperar paga alguna, sólo al servicio de los seres humanos. Damos lo que tenemos para la salvación de los hombres, y muchas veces los enfermos reciben de nosotros, para su curación, incluso lo

que a nosotros nos hace falta. Esto prueba que ellos son del todo extraños al ser de Dios, a su benignidad y a la virtud espiritual; porque, llenos de toda clase de engaños, de espíritu de apostasía, de obras del demonio y de engaños idólatras, se convierten en precursores del dragón que, mediante artificios arrastrará con su cola la tercera parte de las estrellas y las arrojará sobre la tierra (Ap 12,4). Igual que del dragón hemos de huir de ellos, y mientras más presuman de realizar maravillas, más debemos precavernos como de personas a quienes más ha poseído el espíritu de la maldad. Por este motivo, si se observa cómo se comportan cada día, se descubrirá que su modo de obrar es el mismo que el de los demonios.

5.6. Dicen que necesitan experimentarlo todo

32,1. Refutamos su doctrina sobre la obras, cuando afirman que deben experimentar todas las acciones, aun las malas, usando la enseñanza del Señor: según su palabra, no sólo serán echados de su presencia quienes pequen, sino también quienes quieran pecar (Mt 5,25-28). No sólo el que asesina merecerá el castigo del asesino, sino también aquel que, sin motivo, se enoje contra su hermano (Mt 5,21-22). No sólo prohibió odiar a los demás, sino que ordenó amar a los enemigos (Mt 5,43-44). No únicamente vetó hablar mal del prójimo, sino que mandó no llamar al otro vacío o estúpido, bajo pena de caer en el fuego de la gehenna (Mt 5,22). No sólo enseñó no golpear a otro, sino que, si alguien nos pega, a presentarle la otra mejilla (Mt 5,39). No se limitó a disponer que no hemos de robar lo ajeno, sino también a no reclamarle al otro que nos ha quitado lo nuestro (Mt 5,40); y no únicamente prohibió hacer el mal o herir al prójimo, sino que mandó hacer el bien con generosidad a quienes nos tratan mal y orar por ellos para que se conviertan y se salven (Mt 5,44): no hemos de imitar, pues, a los otros en las ofensas, los apetitos y el orgullo.

Ellos mismos se glorían de tenerlo por Maestro, y dicen que tuvo un alma mucho mejor y más fuerte que los demás; y él mandó que hiciéramos con todas nuestras fuerzas ciertas cosas buenas y excelentes, y que nos abstuviéramos de otras malas, dañosas y nocivas, no sólo en cuanto a la acción externa, sino también en cuanto a los pensamientos que llevan a ellas: ¿pero cómo pueden sin avergonzarse llamar Maestro a ese hombre más fuerte y excelente que los demás, y luego mandar cosas abiertamente opuestas a su doctrina? Si no hubiese acciones en sí mismas justas o injustas, sino que todas dependieran de la opinión humana, ciertamente no habría enseñado con firmeza: «Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre» (Mt 13,43); en cambio los injustos y que no han hecho las obras justas, «serán echados en el fuego eterno» (Mt 25,41), «donde su gusano jamás morirá ni el fuego se extinguirá» (Mc 9,48; Is 66,24).

32,2. Además, afirmando que ellos deben experimentar todo tipo de acciones y conducta, a fin de pasar en una sola vida, en cuanto es posible, por todo el desarrollo necesario para llegar a la perfección, nadie los ve hacer algún esfuerzo por practicar las obras de virtud, ni trabajos pesados, ni actividades gloriosas o artísticas, o alguna cosa de las que todo mundo aprueba como buenas. Porque si en verdad necesitaran experimentar todo tipo de obras y acciones, primero tendrían que estudiar las artes y ciencias; las que

se aprenden con esfuerzo, trabajo, meditación y perseverancia, como los distintos tipos de música, las matemáticas, la geometría, la astronomía, los diversos métodos de expresión, el arte de la medicina tanto por el conocimiento de las hierbas curativas como por remedios fabricados, la escultura en bronce o en mármol; u otros tipos de profesiones como la agricultura, la veterinaria, el pastoreo, la construcción, las diversas artesanías, las relacionadas con el mar, la gimnasia, la cacería, las artes marciales, el gobierno, por no enumerar todos los tipos de aprendizaje, que ellos, aun dedicando toda su vida, no alcanzarían a asimilar ni en una diezmilésima parte.

No se preocupan de aprender, y dicen tener que ejercitarse en todo tipo de obras, como pretexto para entregarse a los placeres y a toda clase de acciones lúbricas y licenciosas: ya están juzgados según su propia doctrina (Tt 3,11), e irán al castigo del fuego, porque les falta todo lo que acabamos de enumerar. Estos, mientras emulan la filosofía de los epicúreos y la indiferencia de los cínicos, se glorían de tener a Jesús por Maestro, el cual advierte a los discípulos no sólo acerca de las malas acciones, sino también de las palabras y pensamientos perversos, como anteriormente hemos expuesto.

5.7. Se sienten superiores a Jesús

32,3. Dicen tener el alma del mismo origen que Jesús, y que son semejantes a él, y muchas veces mejores; si embargo nunca se les ve entregarse a las obras que él realizó para el bien y el progreso de los seres humanos, nada han hecho que se le parezca o que de algún modo se le pueda comparar. Sino que, si algo llevan a cabo, como antes mostramos, lo hacen por artes mágicas para seducir con engaños a los tontos. No producen ningún fruto que deje alguna utilidad a aquellos para los cuales dicen realizar milagros. Sino que se contentan con atraer a los adolescentes presentando ante sus ojos actos de ilusión y muchas apariencias que de inmediato se desvanecen, que no duran ni un instante: no reproducen en sí la imagen de Jesús, sino la de Simón el Mago. Añádase que el Señor resucitó al tercer día de entre los muertos, se mostró a los discípulos, y ante su vista fue elevado al cielo; en cambio ellos se mueren y no resucitan ni se muestran a nadie: también esto demuestra que no tienen un alma igual a la de Jesús.

32,4. Algunos de ellos dicen que Jesús también realizó todas estas cosas en apariencia. Por los profetas les demostraremos que ya estaban anunciadas, que él las hizo de modo que no quede duda alguna, y que él es el único Hijo de Dios. Por eso sus discípulos verdaderos en su nombre hacen tantas obras en favor de los seres humanos, según la gracia que de él han recibido. Unos real y verdaderamente expulsan a los demonios, de modo que los mismos librados de los malos espíritus aceptan la fe y entran en la Iglesia; otros conocen lo que ha de pasar, y reciben visiones y palabras proféticas; otros curan las enfermedades por la imposición de las manos y devuelven la salud; y, como arriba hemos dicho, algunos muertos han resucitado y vivido entre nosotros por varios años.

¿Qué más podemos decir? Son incontables las gracias que la Iglesia extendida por todo el mundo recibe de Dios, para ir día tras día a los gentiles y servirlos en nombre de Jesucristo crucificado bajo Poncio Pilato. Y no lo hacen para seducir a nadie ni para

ganar dinero, pues, así como ella lo ha recibido gratis de Dios, así también gratis lo distribuye (Mt 10,8).

32,5. Y no lo hace por invocación de los ángeles, ni por medio de encantamientos, ni por otros poderes malvados u otro tipo de acciones mágicas; sino que de modo limpio, puro y abierto, elevando su oración al Dios que creó todas las cosas e invocando el nombre de nuestro Señor Jesucristo, hace todos estas obras maravillosas no para seducir a nadie sino para el bien de los seres humanos. Pues si hasta hoy el nombre de nuestro Señor Jesucristo hace tantos beneficios y cura de modo seguro y verdadero a todos los que creen en él, y no pueden hacer lo mismo los seguidores de Simón, Menandro, Carpócrates o de cualquier otro, entonces es evidente que él se hizo hombre, convivió con la obra que él mismo había plasmado (Bar 3,38), realmente todo lo llevó a cabo por el poder de Dios según la voluntad del Padre de todas las cosas (Ef 1,9), tal como los profetas habían anunciado. Cuáles hayan sido estas profecías, lo diremos al exponer las pruebas sacadas de los profetas.

5.8. No hay transmigración de las almas

33,1. Que sea falsa su pretendida transmigración de las almas, lo probaremos por el hecho de que ninguna de sus almas se acuerda de sus vidas anteriores. Porque, si fueron enviadas (a este mundo) para experimentar todo tipo de actividades, tendrían que recordar lo que sucedió en los tiempos pasados, para poder completar lo que falta sin tener que trabajar miserablemente una y otra vez sobre las mismas cosas. La unión con el cuerpo no debería cancelar enteramente la memoria y contemplación de todo lo que antes han experimentado, puesto que para eso vinieron. Cuando el cuerpo está en reposo y adormecido, el alma ve y obra en sueños, y se recuerda de muchas de estas cosas en comunión con el cuerpo; por eso, una vez despierto, puede indicar, incluso después de algún tiempo, lo que ha experimentado en el sueño; de modo parecido el alma debería acordarse de sus experiencias antes de venir a este cuerpo. Pues si ella se recuerda, una vez unida al cuerpo y extendida por todos sus miembros, de lo que ha visto o pensado en su imaginación durante el sueño durante un tiempo tan breve, ¡cuánto más debería acordarse de todas aquellas cosas en las que estuvo inmersa en toda una vida anterior y durante tanto tiempo.

33,2. A este propósito Platón, aquel viejo ateniense que fue el primero en introducir esta doctrina, como no podía explicar esta cuestión, inventó la copa del olvido, imaginando que mediante este truco podía huir del problema. Pero no probando lo más mínimo, de modo categórico respondió que al introducirse las almas en esta vida, el demonio que las introduce les hace beber el olvido. Al decirlo, él, sin caer en la cuenta, cayó en un absurdo más grave. Si es verdad lo de la copa del olvido que, una vez bebida, te hace olvidar todo lo que anteriormente has hecho, ¿cómo lo sabes, oh Platón, si ahora tu alma está metida en el cuerpo, y antes de que se metiera el demonio le dio a beber esa poción? Pues si te acuerdas del demonio, de la copa y de tu entrada en esta vida, tendrías que acordarte de lo demás; pero si nada sabes de esto, ni es real ese demonio, ni es cierto que bebiste la copa del olvido.

33,3. Algunos dicen que el cuerpo mismo es esa poción del olvido. Pero entonces ¿cómo el alma recuerda y puede comunicar a otros lo que ha visto y pensado en sueños, y los deseos de su mente, mientras está en el cuerpo? Y si fuera cierto que el cuerpo es la causa del olvido, entonces el alma no recordaría lo que ha experimentado por la vista o el oído mientras vive en el cuerpo; sino que, al mismo tiempo que el ojo mira algo, su recuerdo desaparecería de la memoria. Si el alma radicara en la causa del olvido, no podría conocer nada, sino sólo aquello que ve a cada instante. Si el cuerpo es, como dicen, el olvido mismo, ¿cómo el alma podría aprender las cosas divinas y recordarlas mientras existe en el cuerpo? Los mismos profetas, mientras vivían en la tierra, se acordaban de lo que veían y oían en las visiones celestiales, para luego anunciarlas a los seres humanos con quienes convivían. No es verdad que el cuerpo produce en el alma el olvido de las cosas espirituales que ha visto, sino que el alma educa al cuerpo y la hace participar de lo que con su visión espiritual ha aprendido.

33,4. El cuerpo, en efecto, no es más sólido que el alma, pues de ella recibe el soplo, la vida, el desarrollo y el mantenerse unido; sino que el alma posee y gobierna el cuerpo. Como el cuerpo participa de su movimiento, la detiene en su rapidez, pero no le hace perder su conocimiento. El cuerpo se asemeja a un instrumento, mas el alma es como el artista. Y un artista rápidamente concibe una obra, pero la realiza más lentamente usando su instrumento, por la inmovilidad de éste: se mezclan, pues, la rapidez del artista con la torpeza del instrumento, y de esa manera la obra toma tiempo. De modo semejante el alma participa de los impedimentos del cuerpo con el que está unida, pero sin perder absolutamente sus capacidades; así como, comunicando al cuerpo su vida, ella misma no la pierde. De modo parecido, mientras ella hace a su cuerpo partícipe de muchas otras cosas, ella misma no pierde ni su conocimiento ni la memoria de lo que ha experimentado.

33,5. Por consiguiente, si no recuerda los hechos del pasado, sino que sólo percibe otros conocimientos que adquiere en esta vida, entonces no ha vivido en otros cuerpos en tiempos anteriores, ni ha realizado hechos que no conoce, ni ha conocido otras cosas que ahora no experimenta. Más bien, cada uno de nosotros, así como por el arte de Dios ha recibido su cuerpo, así también de él ha recibido su alma. Porque Dios no es ni tan pobre ni tan indigente que sea incapaz de dar a cada cuerpo su alma, así como sus caracteres distintivos. Y así, una vez completo el número que él mismo ha determinado, todos los que están inscritos en el libro de la vida resucitarán (Ap 21,27), con su propio cuerpo y alma y con el propio espíritu con los cuales agradaron a Dios. En cambio los que merecieron el castigo irán a él, con el alma y el cuerpo con los cuales se alejaron de la bondad divina. Entonces ya no engendrarán hijos ni éstos nacerán, ni se casarán, ni habrá matrimonio (Mt 22,30), pues estará completo el número de los seres humanos que Dios eligió de antemano, para cumplir en todo el plan del Padre.

34,1. De modo muy completo el Señor enseñó que no se conservan las almas pasando de cuerpo en cuerpo; sino también que ellas conservan la personalidad del cuerpo para el cual fueron hechas, y se acuerdan de las obras que acá realizaron o dejaron de realizar. Cuando relata lo que está escrito acerca del rico y de Lázaro que

descansaba en el seno de Abraham (Lc 16,19-31), dice que el rico, después de la muerte, reconoció a Lázaro y a Abraham y recordó el puesto que cada uno de ellos había tenido, y le rogó que enviara en su auxilio a Lázaro, al que no había querido hacer participar de su mesa; y luego la respuesta de Abraham, que no sólo sabía lo que él era, sino también el rico; y que más les servía escuchar a Moisés y a los profetas que recibir el anuncio de algún resucitado de la muerte, a aquellos que no quisieran llegar a aquel lugar de castigo. Con estas palabras claramente enseñó que las almas siguen viviendo, no que pasan de cuerpo en cuerpo, y que retienen su personalidad humana a tal punto que pueden ser reconocidas y acordarse de lo que acá sucede; y también el espíritu profético de Abraham, y cómo cada persona recibe el estado que merece, incluso antes del juicio.

5.9. Las almas no mueren

34,2. Algunos quizás digan que las almas, como comenzaron a existir hace algún tiempo, no pueden durar, pues para ello tendrían que ser ingénitas e inmortales; pero si tuvieron un comienzo, así también deberán morir con el cuerpo. Sepan que sólo Dios, el Señor de todas las cosas, no tiene principio ni fin, y es el único que permanece siendo el mismo para siempre. Todas las cosas que de él provienen, que ha creado y sigue creando, tienen un principio y generación, y por ese motivo son inferiores a aquel que las ha hecho, porque no son increadas; sino que duran y permanecen en el tiempo según la voluntad del Dios Creador: así como al principio les concede comenzar a existir, así después les concede el ser.

34,3. Así como el cielo sobre nosotros, el firmamento, el sol, la luna, las demás estrellas y todo su esplendor (Gén 2,1) antes no existían, pero una vez creadas han durado por tanto tiempo según la voluntad de Dios, de modo semejante no se engañará quien se fije en las almas, los espíritus y todas las demás cosas, y vea que, habiendo sido hechas y por eso tienen un comienzo, duran mientras Dios lo quiera. El Espíritu profético ha dado testimonio de ellos con expresiones como éstas: «El dijo y fueron hechas, él mandó y fueron creadas. El las ha establecido por los siglos de los siglos» (Sal 148,5-6; 33[32],9). Y sobre la salvación de los seres humanos dijo: «Te pidió la vida y le concediste largos años por los siglos de los siglos» (Sal 21[20],5), porque el Padre concede vivir por los siglos de los siglos a aquellos que se han salvado.

Porque la vida no nos viene por naturaleza, sino por la gracia de Dios (1 Cor 3,10). Y así, quien conserve el don de la vida y dé gracias a quien se lo ha dado, recibirá en regalo vivir por los siglos de los siglos; mas quien lo rechace, no se muestre agradecido a su Creador por haberlo creado, y no reconozca al que se lo ha dado, se priva a sí mismo de la vida eterna. Por eso el Señor decía a los que se mostraban desagradecidos a él: «Si no fuisteis fieles en lo pequeño, ¿quién os dará lo más grande?» (Lc 16,11). Con esto quiso decir que, si en esta breve vida temporal se mostraban desagradecidos a aquel que les dio la vida, con justicia no recibirán «largos años por los siglos de los siglos».

34,4. Así como el cuerpo animado no es él mismo el alma, sino que participa del alma mientras Dios lo quiera, así también el alma no es la vida misma, sino que participa de la vida que Dios ha querido concederle. Por eso la palabra profética dice acerca del

primer hombre plasmado: «Fue hecho alma viviente» (Gén 2,7). Con esto nos enseñó que el alma vive al participar de la vida, de modo que una cosa se entiende por alma y otra por vida. Es, pues, Dios quien otorga la vida y la duración perpetua; le es posible conceder esa vida perpetua a almas que antes no existían, si Dios quiere que existan y que sigan viviendo. En efecto, la voluntad de Dios debe gobernar y dirigir todas las cosas: todo lo demás le está sometido y existe para su servicio. Basta por ahora acerca de la creación del alma y de su duración perpetua.

5.10. Doctrina de Basílides sobre los cielos

35,1. Además de lo dicho antes acerca de Basílides, debemos añadir que, según su sistema, no sólo fueron creados trescientos sesenta y cinco cielos, uno después de otro y por creación de unos por otros, sino que siempre se siguen y seguirán creando en el futuro inmensidad de cielos, de modo que el número de nuevos cielos creados no tendrá límite. Si el segundo cielo derivó del primero y fue hecho a su semejanza, y de modo semejante el tercero del segundo y todo el resto, entonces por fuerza nuestro cielo (que llama el último) debe haber provenido de otro del que es imagen, y este otro de otro. De este modo nunca se detendrá ni el flujo de cielos ya hechos, ni la fabricación de nuevos, de donde se seguirá no un número definido de cielos, sino ilimitado.

5.11. Otras opiniones de Gnósticos acerca de Dios

35,2. Algunos de entre los mal llamados Gnósticos, dicen que los profetas han profetizado en nombre de diversos dioses. Con facilidad se les puede refutar, haciendo ver que todos los profetas anunciaron a un solo Dios y Señor, que es el mismo Creador de cielo y tierra y de todas las cosas que hay en ellos (Ex 20,11; Sal 146[145],6; Hech 4,24), y prepararon la venida de su Hijo, como lo demostraremos a partir de las Escrituras en los libros siguientes.

35,3. Si aducen como prueba los distintos nombres en lengua hebrea que se hallan en las Escrituras, como Sabaoth, Elohím, Adonai y otros semejantes, para inventar que esos nombres indican diversos Dioses y Potestades, sepan que todos esos nombres y otros semejanes se refieren a uno y el mismo. Eloah en hebreo significa «Dios verdadero», Elloeuth en hebreo quiere decir «aquel que abarca todas las cosas». Adonai algunas veces significa «innombrable y admirable», y otras veces, cuando se reduplica la letra *d* y se aspira, *Addonai*, «el que separa la tierra de las aguas, para que éstas no la invadan». Sabaoth, cuando lleva la *omega* en la última sílaba, quiere decir «el que decide»; en cambio con *ómicron* (la *o* simple griega), indica «el primer cielo». Así también *Iaoth*, que lleva la *omega* con aspiración en la última sílaba, «medida decidida de antemano», en cambio *Iaoth* (con ómicron) «el que hace huir el mal».

Todos los demás nombres parecidos son diversos modos de llamarlo, como en latín «Señor de las Potestades», «Padre de todas las cosas», «Dios Soberano universal», «Altísimo», «Señor de los cielos», «Creador», «Demiurgo» y otros semejantes. No quieren indicar a muchos Dioses diversos, pues todas estas denominaciones y nombres se atribuyen a uno solo, que es Dios Padre, el que abarca todas las cosas y les concede la

existencia.

5.12. Conclusión

35,4. De todo lo que hemos dicho queda claro que la predicación de los Apóstoles, la enseñanza del Señor, el anuncio de los profetas y el servicio de la Ley manifiestan a un solo Dios de todas las cosas, alaban al Padre, y no se refieren a varios Dioses, ni dicen que éstos hayan sido emitidos por otros Dioses y Potencias, sino del único y mismo Padre de todas las cosas. Este es quien ha decidido la naturaleza y orden de cada ser, y no lo han hecho ni Angeles ni alguna Potencia, sino que el único Dios Padre creó todas las cosas visibles e invisibles y todo cuanto existe (Jn 1,3).

Pero no debemos dar la impresión de que nos negamos a mostrar las pruebas a partir de las Escrituras divinas, y por eso -ya que las mismas Escrituras explican estas cosas de modo más claro y evidente para aquellos que no deciden interpretarlas maliciosamente- en el libro siguiente explicaremos las Escrituras por las Escrituras mismas, para exponer las pruebas que el mismo Dios ofrece, a todos aquéllos que amen la verdad.

LIBRO III:

EXPOSICION DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Prólogo

Mi querido hermano, me pediste que abiertamente expusiera las doctrinas de Valentín, *secretas* (según ellos imaginan), para que diese a conocer sus muchas facetas, y que al mismo tiempo te ofreciera los argumentos para derrocarlas. Hemos comenzado a ponerlos al desnudo a partir de Simón, padre de todas las herejías; en seguida nos hemos dedicado a descubrir sus enseñanzas y sus consecuencias, y finalmente hemos empezado a refutarlos. Mas, si en una obra pude *exponerlos*, sólo en varias me es posible *destruirlos*. Por eso te envié dos libros: en el primero se describen sus doctrinas, sus maneras de actuar y los caracteres de su comportamiento. En el segundo se desenmascaran y demuelen sus perversas enseñanzas, y se las deja al desnudo, tal como son.

En el presente libro, el tercero, expongo las pruebas tomadas de las Escrituras, para no pasar por alto ninguno de tus deseos. Incluso, más allá de lo que pedías, te ofrezco los medios para que les arguyas y abatas a aquellos que de una u otra manera enseñan la mentira. Pues la caridad de Dios, rica y sin celos, nos da más de cuanto le pedimos.

Ten en mente lo que ya escribí en los dos primeros libros; porque, añadiendo lo siguiente, podrás tener un muy completo argumento contra todos los herejes, a fin de que les resistas con firmeza y constancia, luchando por la única verdadera fe, fuente de vida, que, recibida de los Apóstoles, la Iglesia esparce. Porque, en efecto, el Señor de todas las cosas dio a sus Apóstoles el poder de (predicar) el Evangelio. Por ellos hemos conocido la verdad, me refiero a la doctrina del Hijo de Dios. A ellos el Señor les dijo: «Quien os oye a vosotros, a mí me oye; y quien os desprecia, a mí es a quien desprecia y a aquel que me envió» (Lc 10,16).

CAPÍTULO 1.

La Tradición Apostólica

1,1. Nosotros no hemos conocido la Economía de nuestra salvación, sino por aquellos a través de los cuales el Evangelio ha llegado hasta nosotros: ellos primero lo proclamaron, después por voluntad de Dios nos lo transmitieron por escrito para que fuese «columna y fundamento» (1 Tim 3,15) de nuestra fe.

Y no es justo afirmar que ellos predicaron antes de tener «el conocimiento perfecto» (*teleían gnôsin*), como algunos se atreven a decir gloriándose de corregir a los Apóstoles. Pues una vez resucitado de entre los muertos los revistió con la virtud del Espíritu Santo (Hech 1,8) que vino de lo alto (Lc 24,49); ellos quedaron llenos de todo y recibieron «el perfecto conocimiento». Luego partieron hasta los confines de la tierra (Sal 19[18],5; Rom 10,18; Hech 1,8), a fin de llevar como Buena Nueva todos los bienes que Dios nos da (Is 52,7; Rom 10,15), y para anunciar a todos los hombres la paz del cielo (Lc 2,13-14); tenían todos y cada uno el Evangelio de Dios (Rom 1,1; 15,16; 2 Cor 11,7; 1 Tes 2,2.8.9; 1 Pe 4,17).

1.1. Los evangelistas: su doctrina básica

Mateo, (que predicó) a los Hebreos en su propia lengua, también puso por escrito el Evangelio, cuando Pedro y Pablo evangelizaban y fundaban la Iglesia. Una vez que éstos murieron, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, también nos transmitió por escrito la predicación de Pedro. Igualmente Lucas, seguidor de Pablo, consignó en un libro «el Evangelio que éste predicaba» (1 Tes 2,9; Gál 2,2; 2 Tim 2,8). Por fin Juan, el discípulo del Señor «que se había recostado sobre su pecho» (Jn 21,20; 13,23), redactó el Evangelio cuando residía en Efeso.

1,2. Y todos ellos nos han transmitido a un solo Dios Creador del cielo y de la tierra anunciado por la Ley y los profetas, y a un solo Cristo Hijo de Dios. Pero si alguien no está de acuerdo con ellos, desprecia por cierto a quienes han tenido parte con el Señor (Heb 3,4), desprecia al mismo Cristo Señor y aun al Padre (Lc 10,16), y se condena a sí mismo (Tt 3,11), porque resiste (2 Tim 2,25) a su salvación, cosa que hacen todos los herejes.

1.2. Los herejes ante la Escritura y la Tradición

2,1. Porque al usar las Escrituras para argumentar, la convierten en fiscal de las Escrituras mismas, acusándolas o de no decir las cosas rectamente o de no tener autoridad, y de narrar las cosas de diversos modos: no se puede en ellas descubrir la verdad si no se conoce la Tradición. Porque, según dicen, no se trasmitiría (la verdad) por ellas sino de viva voz, por lo cual Pablo habría dicho: «Hablamos de la sabiduría entre los perfectos, sabiduría que no es de este mundo» (1 Cor 2,6). Y cada uno de ellos pretende que esta sabiduría es la que él ha encontrado, es decir una ficción, de modo que

la verdad se hallaría dignamente unas veces en Valentín, otras en Marción, otras en Cerinto, finalmente estaría en Basílides o en quien disputa contra él, que nada pudo decir de salvífico. Pues cada uno de éstos está tan pervertido que no se avergüenza de predicarse a sí mismo (2 Cor 4,5) depravando la Regla de la Verdad.

2,2. Cuando nosotros los atacamos con la Tradición que la Iglesia custodia a partir de los Apóstoles por la sucesión de los presbíteros, se ponen contra la Tradición diciendo que tienen no sólo presbíteros sino también apóstoles más sabios que han encontrado la verdad sincera: porque los Apóstoles «habrían mezclado lo que pertenece a la Ley con las palabras del Salvador»; y no solamente los Apóstoles, sino «el mismo Señor habría predicado cosas que provenían a veces del *Demiurgo*, a veces del *Intermediario*, a veces de la *Suma Potencia*»; en cambio ellos conocerían «el misterio escondido» (Ef 3,9; Col 1,26), indubitable, incontaminado y sincero: esto no es sino blasfemar contra su Creador. Y terminan por no estar de acuerdo ni con la Tradición ni con las Escrituras.

2,3. Contra ellos luchamos, ¡oh dilectísimo!, aunque ellos tratan de huir como serpientes resbaladizas. Por eso es necesario resistirles por todos los medios, por si acaso podemos atraer a algunos a convertirse a la verdad, confundidos por la refutación. Cierto, no es fácil apartar a un alma presa del error, pero no es del todo imposible huir del error cuando se presenta la verdad.

1.3. Los sucesores de los Apóstoles

3,1. Para todos aquellos que quieran ver la verdad, la Tradición de los Apóstoles ha sido manifestada al universo mundo en toda la Iglesia, y podemos enumerar a aquellos que en la Iglesia han sido constituidos obispos y sucesores de los Apóstoles hasta nosotros, los cuales ni enseñaron ni conocieron las cosas que aquéllos deliran. Pues, si los Apóstoles hubiesen conocido desde arriba «misterios recónditos», en oculto se los hubiesen enseñado a los perfectos, sobre todo los habrían confiado a aquellos a quienes encargaban las Iglesias mismas. Porque querían que aquellos a quienes dejaban como sucesores fuesen en todo «perfectos e irreprochables» (1 Tim 3,2; Tt 1,6-7), para encomendarles el magisterio en lugar suyo: si obraban correctamente se seguiría grande utilidad, pero, si hubiesen caído, la mayor calamidad.

1.3.1. Sucesión de los obispos de Roma

3,2. Pero como sería demasiado largo enumerar las sucesiones de todas las Iglesias en este volumen, indicaremos sobre todo las de las más antiguas y de todos conocidas, la de la Iglesia fundada y constituida en Roma por los dos gloriosísimos Apóstoles Pedro y Pablo, la que desde los Apóstoles conserva la Tradición y «la fe anunciada» (Rom 1,8) a los hombres por los sucesores de los Apóstoles que llegan hasta nosotros. Así confundimos a todos aquellos que de un modo o de otro, o por agradarse a sí mismos o por vanagloria o por ceguera o por una falsa opinión, acumulan falsos conocimientos. Es necesario que cualquier Iglesia esté en armonía con esta Iglesia, cuya fundación es la más garantizada -me refiero a todos los fieles de cualquier lugar-, porque en ella todos los que se encuentran en todas partes han conservado la Tradición apostólica.

3,3. Luego de haber fundado y edificado la Iglesia los beatos Apóstoles, entregaron el servicio del episcopado a Lino: a este Lino lo recuerda Pablo en sus cartas a Timoteo (2 Tim 4,21). Anacleto lo sucedió. Después de él, en tercer lugar desde los Apóstoles, Clemente heredó el episcopado, el cual vio a los beatos Apóstoles y con ellos confirió, y tuvo ante los ojos la predicación y Tradición de los Apóstoles que todavía resonaba; y no él solo, porque aún vivían entonces muchos que de los Apóstoles habían recibido la doctrina. En tiempo de este mismo Clemente suscitándose una disensión no pequeña entre los hermanos que estaban en Corinto, la Iglesia de Roma escribió la carta más autorizada a los Corintos, para congregarlos en la paz y reparar su fe, y para anunciarles la Tradición que poco tiempo antes había recibido de los Apóstoles, anunciándoles a un solo Dios Soberano universal, Creador del Cielo y de la tierra (Gén 1,1), Plasmador del hombre (Gén 2, 7), que hizo venir el diluvio (Gén 6,17), y llamó a Abraham (Gén 12,1), que sacó al pueblo de la tierra de Egipto (Ex 3,10), que habló con Moisés (Ex 3,4s), que dispuso la Ley (Ex 20,1s), que envió a los profetas (Is 6,8; Jer 1,7; Ez 2,3), que preparó el fuego para el diablo y sus ángeles (Mt 25,41). La Iglesia anuncia a éste como el Padre de nuestro Señor Jesucristo, a partir de la Escritura misma, para que, quienes quieran, puedan aprender y entender la Tradición apostólica de la Iglesia, ya que esta carta es más antigua que quienes ahora enseñan falsamente y mienten sobre el Demiurgo y Hacedor de todas las cosas que existen.

A Clemente sucedió Evaristo, a Evaristo Alejandro, y luego, sexto a partir de los Apóstoles, fue constituido Sixto. En seguida Telésforo, el cual también sufrió gloriosamente el martirio; siguió Higinio, después Pío, después Aniceto. Habiendo Sotero sucedido a Aniceto, en este momento Eleuterio tiene el duodécimo lugar desde los Apóstoles. Por este orden y sucesión ha llegado hasta nosotros la Tradición que inició de los Apóstoles. Y esto muestra plenamente que la única y misma fe vivificadora que viene de los Apóstoles ha sido conservada y transmitida en la Iglesia hasta hoy.

1.3.2. Policarpo, obispo de Esmirna

3,4. Policarpo no sólo fue educado por los Apóstoles y trató con muchos de aquellos que vieron a nuestro Señor, sino también por los Apóstoles en Asia fue constituido obispo de la Iglesia en Esmirna; a él lo vimos en nuestra edad primera, mucho tiempo vivió, y ya muy viejo, sufriendo el martirio de modo muy noble y glorioso, salió de esta vida. Enseñó siempre lo que había aprendido de los Apóstoles, lo mismo que transmite la Iglesia, las únicas cosas verdaderas. De esto dan testimonio todas las iglesias del Asia y los sucesores de Policarpo hasta el día de hoy. Este hombre tiene mucha mayor autoridad y es más fiel testigo de la verdad que Valentín, Marción y todos los demás que sostienen doctrinas perversas.

Este obispo viajó a Roma cuando la presidía Aniceto, y convirtió a la Iglesia de Dios a muchos de los herejes de los que hemos hablado, anunciando la sola y única verdad recibida de los Apóstoles que la Iglesia ha transmitido. Algunos le oyeron contar que Juan, el discípulo del Señor, habiendo ido a los baños en Efeso, divisó en el interior a Cerinto. Entonces prefirió salir sin haberse bañado, diciendo: «Vayámonos, no se vayan a

venir abajo los baños, porque está adentro Cerinto, el enemigo de la verdad». Y del mismo Policarpo se dice que una vez se encontró a Marción, y éste le dijo: «¿Me conoces?» El le respondió: «Te conozco, primogénito de Satanás». Es que los Apóstoles y sus discípulos tenían tal reverencia, que no querían dirigir ni siquiera una mínima palabra a aquellos que adulteran la verdad, como dice San Pablo: «Después de una o dos advertencias, evita al hereje, viendo que él mismo se condena y peca sosteniendo una mala doctrina» (Tt 3,10-11). También existe una muy valiosa Carta de Policarpo a los Filipenses, en la cual pueden aprender los detalles de su fe y el anuncio de la verdad quienes quieran preocuparse de su salvación y saber sobre ella.

Finalmente la Iglesia de Efeso, que Pablo fundó y en la cual Juan permaneció hasta el tiempo de Trajano, es también testigo de la Tradición apostólica verdadera.

1.4. La universal Regla de la Verdad

4,1. Siendo, pues, tantos los testimonios, ya no es preciso buscar en otros la verdad que tan fácil es recibir de la Iglesia, ya que los Apóstoles depositaron en ella, como en un rico almacén, todo lo referente a la verdad, a fin de que «cuantos lo quieran saquen de ella el agua de la vida» (Ap 22,17). Esta es la entrada a la vida. «Todos los demás son ladrones y bandidos» (Jn 10,1.8-9). Por eso es necesario evitarlos, y en cambio amar con todo afecto cuanto pertenece a la Iglesia y mantener la Tradición de la verdad.

Entonces, si se halla alguna divergencia aun en alguna cosa mínima, ¿no sería conveniente volver los ojos a las Iglesias más antiguas, en las cuales los Apóstoles vivieron, a fin de tomar de ellas la doctrina para resolver la cuestión, lo que es más claro y seguro? Incluso si los Apóstoles no nos hubiesen dejado sus escritos, ¿no hubiera sido necesario seguir el orden de la Tradición que ellos legaron a aquellos a quienes confiaron las Iglesias?

4,2. Muchos pueblos bárbaros dan su asentimiento a esta ordenación, y creen en Cristo, sin papel ni tinta (2 Jn 12) en su corazón tienen escrita la salvación por el Espíritu Santo (2 Cor 3,3), los cuales con cuidado guardan la vieja Tradición, creyendo en un solo Dios Demiurgo del cielo y de la tierra y de todo cuanto se encuentra en ellos (Ex 20,11; Sal 145,6; Hech 4,24; 14,15), y en Jesucristo su Hijo, el cual, movido por su eminentísimo amor por la obra que fabricó (Ef 3,19), se sometió a ser concebido de una Virgen, uniendo en sí mismo al hombre y a Dios. Sufrió bajo Poncio Pilato, resucitó y fue recibido en la luz (1 Tim 3,16). De nuevo vendrá en la gloria (Mt 16,27; 24,30; 25,31) como Salvador de todos los que se salvan y como Juez de los que son juzgados, para enviar al fuego eterno (Mt 25,41) a quienes desfiguran su verdad y desprecian a su Padre y su venida. Cuantos sin letras creyeron en esta fe, son bárbaros según nuestro modo de hablar; pero en cuanto a su juicio, costumbres y modo de vivir, son por la fe sapientísimos y agradan a Dios, al vivir con toda justicia, castidad y sabiduría.

Si alguien se atreviese a predicarles lo que los herejes han inventado, hablándoles en su propia lengua, ellos de inmediato cerrarían los oídos y huirían muy lejos, pues ni siquiera se atreverían a oír la predicación blasfema. De este modo, debido a la antigua Tradición apostólica, ni siquiera les viene en mente admitir razonamientos tan

monstruosos. El hecho es que, entre ellos (los herejes) no se encuentra ni iglesia ni doctrina instituida.

1.5. Hace poco se han separado los herejes

4,3. Porque antes de Valentín no hubo valentinianos, ni antes de Marción marcionitas. No existían en absoluto las demás doctrinas perversas que arriba describimos, antes de que sus iniciadores inventaran tales perversidades. Pues Valentín vino a Roma durante Higinio, se desarrolló en el tiempo de Pío y permaneció ahí hasta Aniceto. Cerdón, antecesor de Marción, fue a Roma con frecuencia cuando Higinio era el octavo obispo de la ciudad, hacía penitencia pública, pero al fin acababa del mismo modo: unas veces enseñaba en privado, otras veces se arrepentía, hasta que finalmente, habiéndole refutado algunos las cosas erróneas que predicaba, acabó enteramente alejado de la comunidad de los creyentes. Marción, su sucesor, destacó en tiempo de Aniceto, el décimo obispo. Los demás gnósticos, como ya expusimos, sacaron sus principios de Menandro, discípulo de Simón. Cada uno de ellos primero recibió una enseñanza, luego se convirtió en su padre y jefe de grupo. Todos éstos se levantaron en su apostasía contra la Iglesia, mucho tiempo después haber sido constituida.

1.6. El testimonio apostólico está vivo en la Iglesia

5,1. Así pues, la Tradición apostólica está viva en la Iglesia y dura entre nosotros. Ahora volvamos los ojos a las Escrituras, para sacar de ella la prueba de todas aquellas cosas que los Apóstoles dejaron por escrito en los Evangelios. Algunos de ellos escribieron de parte de Dios la Palabra, para mostrar que nuestro Señor Jesucristo «es la Verdad, y en él no hay mentira» (Jn 14,6; 1 Pe 2,22). Es lo que David profetizó, narrando su engendramiento de una Virgen y su resurrección de entre los muertos: «La Verdad ha brotado de la tierra» (Sal 85[84],12). También los Apóstoles, siendo discípulos de la Verdad, están lejos de toda mentira: «ninguna comunión es posible entre la mentira y la verdad» (1 Jn 2,21), así como «no hay comunión entre las tinieblas y la luz» (2 Cor 6,14); sino que la presencia de una excluye la otra.

Como nuestro Señor era la Verdad misma, no mentía. Por eso nunca proclamó Dios y Señor de todas las cosas, Rey Sumo y Padre suyo, al que conocía como «fruto de la penuria». No habría confundido al perfecto con el imperfecto, al espiritual con el animal, ni «al que está sobre el Pléroma» con aquel que está «fuera del Pléroma». Ni sus discípulos habrían llamado Dios o Señor a ninguno que no fuese el verdadero Dios y Señor universal. En cambio, esos falaces sofistas afirman que los Apóstoles hipócritamente «forjaron la doctrina según la capacidad de los oyentes, y sus respuestas según las expectativas de quienes les preguntaban». A los ciegos les habrían hablado de ceguera según su defecto, a los enfermos según su enfermedad y a los errados según su error; a quienes pensaban que el Demiurgo era el único Dios, así ellos lo anunciaban. En cambio, a quienes entendían que el Padre es el innombrable, «les habrían descrito el misterio inenarrable mediante parábolas y enigmas». En consecuencia, el Señor y los Apóstoles no habrían enseñado como lo exige la verdad misma, sino con hipocresía, y según cada uno de sus oyentes era capaz de acoger la doctrina.

5,2. Su doctrina, pues, no sirve para la salvación y la vida, sino más bien para aumentar y hacer más pesada la ignorancia. Más verdadera que ellos es la Ley, que llama maldito a todo aquel que induzca a un ciego a errar el camino (Dt 27,18). Los Apóstoles, enviados a buscar a los errantes, a devolver la vista a los ciegos y a llevar la salud a los enfermos, ciertamente no les hablaban según la opinión del momento, sino manifestando la verdad. Pues si, cuando unos ciegos estuvieran a punto de caer en el precipicio, un hombre cualquiera los indujera a continuar por tan peligroso camino como si fuese el correcto y los llevara hasta su término, ciertamente no obraría con rectitud. ¿Qué médico, si quiere curar al enfermo, le da la medicina que a éste le gusta y no la adecuada para devolverle la salud? Y que el Señor vino como médico de los enfermos, él mismo lo dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se arrepientan» (Lc 5,31-32; Mt 9,12-13).

¿Cómo se aliviarán estos enfermos? ¿Y cómo se arrepentirán los pecadores? ¿Acaso manteniéndose en su estado? ¿No será más bien por un cambio a fondo y alejándose de su anterior modo de vivir en la transgresión, que provocó en ellos esa grave enfermedad y tantos pecados?

La ignorancia, madre de todos estos males, se elimina por la *gnosis*. Y el Señor comunicó a sus discípulos esta *gnosis*, con la cual curaba a los agobiados y alejaba a los pecadores del pecado. No les hablaba, pues, según ellos pensaban antes, ni respondía a quienes le preguntaban según sus expectativas, sino de acuerdo con la doctrina de salvación, sin hipocresía y sin acepción de personas (Mt 22,16; Rom 2,11).

5,3. Esto es evidente de las palabras mismas del Señor, el cual a los que eran de la circuncisión les predicaba a Cristo como Hijo de Dios, a quien Dios había preanunciado por los profetas; es decir, se presentaba a sí mismo como aquel que habría de devolver la libertad al hombre y darle la herencia de la incorrupción (Jn 14,21-22; Gál 1,5; 1 Cor 15,42).

A su vez, los Apóstoles enseñaban a los paganos a abandonar los ídolos de piedra y de madera a los que adoraban como dioses; a adorar como Dios verdadero a aquel que creó e hizo toda la raza humana, y mediante su creación le dio alimento, desarrollo, seguridad y subsistencia; y a esperar en su Hijo Jesucristo, el cual nos rescató de la apostasía mediante su sangre a fin de que fuésemos el pueblo santo (Ef 1,7; 1 Pe 1,18-19; 2,9), el mismo que un día volverá de los cielos con el poder del Padre para juzgar a todos y para dar los bienes divinos a cuantos observen sus mandatos. Este es aquella piedra angular que apareció en los últimos tiempos para reunir a todos, los que estaban cerca y los que estaban lejos, es decir a los circuncisos y a los incircuncisos (Ef 2,14-20), para engrandecer a Jafet e introducirlo a la casa de Sem (Gén 9,27).

CAPÍTULO 2.

Un solo Dios

2.1. Los profetas y Pablo conocen un solo Dios

2.1.1. Los profetas

6,1. Ni el Señor, ni el Espíritu Santo (por los profetas), ni los Apóstoles jamás habrían llamado *Dios* de modo absoluto y definitivo al que no lo fuese verdaderamente; ni habrían llamado *Señor* a ninguna otra persona, sino al Dios Padre soberano de todas las cosas, y a su Hijo que recibió de su Padre el señorío sobre toda la creación, según aquellas palabras: «Dijo el Señor a mi Señor: *Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies*» (Sal 110[109],1). En este pasaje se presenta al Padre conversando con el Hijo; él «le ha dado las naciones por herencia» (Sal 2,8) y le ha sometido a todos sus enemigos. Y como el Padre es en verdad *Señor*, y el Hijo es en verdad *Señor*, con razón el Espíritu Santo los llamó con el título *Señor*.

También al narrar la destrucción de Sodoma, la Escritura dice: «Y el Señor hizo llover desde el cielo fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra» (Gén 19,24). Esto significa que el Hijo, el mismo que había conversado con Abraham, ha recibido del Padre el poder de condenar a los sodomitas, por motivo de su iniquidad. De modo semejante afirma: «Tu trono, oh *Dios*, para siempre; cetro de rectitud es el cetro de tu reinado; amaste la justicia y odiaste la iniquidad; por eso *te ungió Dios, tu Dios*» (Sal 45[44],7-8). Aquí el Espíritu los llamó a ambos con el nombre de *Dios*: tanto al Hijo, *el ungido*, como *al que unge*, el Padre. Y también: «*Dios* se presentó en la asamblea de los dioses, en medio de ellos juzga a los dioses» (Sal 82[81],1). (El Espíritu) habla aquí del Padre y del Hijo y de aquellos que recibieron la adopción filial, y mediante ellos se refiere a la Iglesia: porque ésta es la sinagoga de Dios, la cual Dios, me refiero al Hijo, ha reunido por sí y para sí mismo.

También dice en otro lugar: «Dios, el Señor de los dioses, habló y convocó la tierra» (Sal 50[49],1). ¿De cuál Dios se trata? De aquel del cual está escrito: «Dios vendrá de modo manifiesto; nuestro Dios, y no callará», esto es, el Hijo, que se manifestó por su venida a los hombres, el cual dice: «Me manifesté al descubierto a quienes no me buscaban» (Is 65,1). ¿Y de qué dioses se trata? De aquellos a quienes él declara: «Yo he dicho: *Vosotros sois dioses, todos sois hijos del Altísimo*» (Sal 82[81],6; Jn 10,34); es decir, aquellos que han recibido la gracia de la adopción, por la cual clamamos: «¡Abbá, Padre!» (Rom 8,15; Gál 4,5-6).

6,2. Así, pues, como arriba dije, a ningún otro se le llama *Dios* o *Señor*, sino al que es Dios y Señor de todas las cosas, el que dijo a Moisés: «Yo soy el que soy», y: «Así dirás a Israel: *Yo soy me manda a vosotros*» (Ex 3,14); y también a su Hijo, nuestro

Señor Jesucristo, el cual hace hijos de aquellos que creen en su nombre (Jn 1,12). El Hijo también habla por Moisés: «Yo he descendido a librar a este pueblo» (Ex 3,8), porque es él «quien descendió y ascendió» (Ef 4,10) para salvar a los seres humanos. De este modo, «Por el Hijo que está en el Padre y tiene en sí al Padre» (Jn 14,10-11) se ha manifestado Dios aquel que es, al dar testimonio, como Padre, del Hijo (Mt 16,17; Jn 5,37), mientras el Hijo anuncia al Padre (Mt 11,27; Jn 11,41-42). Como dice Isaías: «Yo doy testimonio, dice el Señor Dios, y mi Siervo a quien yo elegí, para que sepáis, creáis y entendáis que soy yo» (Is 43,10).

2.1.2. A quiénes llaman dioses

6,3. Por el contrario, como antes dije, cuando llama dioses a los que no lo son, la Escritura les dice *dioses*, pero con alguna añadidura e indicio por el cual da a entender que no son dioses. Por ejemplo, en David: «Los dioses de los gentiles son ídolos de los demonios» (Sal 96[95],5), y: «No seguiréis dioses ajenos» (Sal 81[80],10). Con las añadiduras «dioses *de los gentiles*» (y por *gentiles* se entiende los que no conocen al Dios verdadero) y «dioses *ajenos*», hace imposible que sean *dioses*. Por eso añade sobre los mismos, con su propia palabra: «Son ídolos de los demonios». E Isaías: «Queden confundidos quienes *se fabrican* un dios y esculpen obras vanas. (Yo soy testigo, dice el Señor)» (Is 44,9-10). Excluye que sean dioses, y usa esta palabra sólo a fin de que entendamos de qué está hablando. Lo mismo afirma Jeremías: «*Los dioses* que no hicieron el cielo y la tierra sean exterminados de la tierra bajo los cielos» (Jer 10,11). Al añadir la expresión «sean exterminados», muestra que no se trata de *dioses*.

Elías, al convocar a todo Israel al monte Carmelo, queriendo separarlos de la idolatría, les dice: «¿Hasta cuándo cojearéis de los dos pies? Uno solo es el Señor Dios. Seguidlo» (1 Re 18,21). Y sobre el holocausto dice así a los sacerdotes de los ídolos: «Vosotros invocaréis el nombre de *vuestro dios*, y yo invocaré el nombre *del Señor mi Dios*; y el Dios que escuche, ese es *Dios*» (1 Re 18,24). Con estas palabras el profeta arguye que no son dioses aquellos que eran tenidos por tales. Y en cambio les hace ver que Dios es aquel en quien él creía, el verdadero Dios, al que invocaba diciendo: «Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, escúchame hoy, y todo este pueblo entienda que tú eres el Dios de Israel» (1 Re 18,36).

2.1.3. Oración al único Dios verdadero

6,4. ¡Yo también te invoco, «Señor Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob y de Israel» que eres el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios que por la multitud de tu misericordia te has complacido en nosotros para que te conozcamos; que hiciste el cielo y la tierra, que dominas sobre todas las cosas, que eres el único Dios verdadero, sobre quien no hay Dios alguno; por nuestro Señor Jesucristo danos el Reino del Espíritu Santo; concede a todos los que leyeren este escrito conocer que tú eres el único Dios, que en ti están seguros, y defiéndelos de toda doctrina herética, sin fe y sin Dios!

2.1.4. Pablo

6,5. También el Apóstol Pablo dice: «Si habéis servido a aquellos *dioses que no lo*

eran, ahora conocéis a Dios, más aún, sois conocidos de Dios» (Gal 4,8-9). De este modo distingue de Dios a los que no lo son. Y dice también, hablando del Anticristo: «El enemigo que se exalta sobre todo aquello a lo que *se le denomina dios* o se le rinde culto» (2 Tes 2,4), para indicar a los llamados *dioses* por los ignorantes, o sea los ídolos. El Padre de todas las cosas es y se llama Dios. El Anticristo no puede exaltarse sobre él, sino sólo sobre los llamados dioses sin serlo.

Que es así, Pablo también lo dice en otra parte: «Sabemos que un ídolo es nada... y que ninguno es Dios sino uno solo. Luego, aunque haya algunos *a los que se les denomina dioses o en el cielo o en la tierra*, para nosotros el único Dios es el Padre, del que vienen todas las cosas y en el cual vivimos, y un solo Señor Jesucristo, por el cual existe todo, y nosotros por él» (1 Cor 8,4-6). Separa y distingue claramente a aquellos *a los que se les llama*, los cuales no son *dioses*, del único Dios Padre, del que todo viene, y confiesa con sus propias palabras al único Señor nuestro Jesucristo. Cuando añade *o en el cielo o en la tierra*, no se refiere, como hacen ellos, a «los fabricantes del mundo», sino que usa una expresión parecida a la de Moisés: «No te harás ninguna imagen de Dios, sea de lo que está arriba en el cielo, sea de lo que está abajo en la tierra, o en las aguas o bajo la tierra» (Dt 5,8). Y él mismo responde, para contestar a la pregunta sobre qué es lo que está sobre los cielos: «No vaya a ser que, al mirar a los cielos y ver el sol, la luna, las estrellas y todos los astros del cielo, caigas en el error, adorándolos y dándoles culto» (Dt 4,19). Aun al mismo Moisés, siendo hombre, se le llamó dios ante el faraón (Ex 7,1); pero ni por los profetas el Espíritu lo llamó *Señor* o *Dios,* sino «el fiel Moisés, servidor y amigo de Dios» (Núm 12,7; Heb 3,5), pues eso era.

2.1.5. Cómo interpretar a Pablo

7,1. Nos atacan abiertamente con lo que dijo Pablo en la segunda Carta a los Corintios: «En los cuales el Dios de este mundo cegó las mentes de los incrédulos» (2 Cor 4,4). Arguyen: uno es el Dios de este mundo, y otro «el que está por sobre toda *Dominación, Principado y Potestad*» (Ef 1,21; Col 1,16). No es culpa nuestra si aquellos que pretenden «conocer los misterios que sobrepasan a Dios» ni siquiera saben leer lo que Pablo ha escrito. Si alguno, según la costumbre de Pablo (de cuyo modo de construir la frase hemos dado ya muchos ejemplos) leyera: «En los cuales Dios», y luego, subdistinguiendo y poniendo una breve coma, leyere el resto como una unidad, o sea: «cegó las mentes de los incrédulos», haría bien. Entonces querría decir: «Dios cegó las mentes de los incrédulos de este mundo». Esto se infiere al hacer la subdistinción. Porque Pablo no lo llama «el Dios de este mundo», como si mediante esta expresión reconociese a algún otro; sino que, al decir «Dios», confesó a *Dios*. Y a los incrédulos los llama «de este mundo», porque no heredarán la incorrupción del venidero. De qué manera «Dios cegó las mentes de los incrédulos», lo mostraremos más adelante, tomándolo del mismo Pablo, para no divagar tanto de nuestro tema por ahora.

7,2. Que el Apóstol con frecuencia usa la inversión de vocablos, por la concisión de sus frases y el ímpetu que le imprime el Espíritu, se puede constatar en muchos pasajes. Por ejemplo, en la Carta a los Gálatas dice: «¿Para qué la ley de las obras? Fue puesta

hasta que venga la descendencia prometida, dispuesta por los ángeles en mano de un mediador» (Gál 3,19). El orden debe ser el siguiente: «¿Para qué la ley de las obras? Dispuesta por los ángeles, fue puesta en mano de un Mediador, hasta que venga la descendencia prometida»: es el hombre quien interroga y el Espíritu quien responde.

También en la Segunda a los Tesalonicenses dice sobre el Anticristo: «Entonces se manifestará el Inicuo, al que el Señor Jesucristo matará con el aliento de su boca y destruirá con la presencia de su venida, *cuyo advenimiento será por obra de Satanás*, con toda suerte de poder, signos y portentos falsos» (2 Tes 2,8-9). He aquí el orden de las palabras de este pasaje: «Entonces se manifestará el Inicuo, cuyo advenimiento será por obra de Satanás, con toda suerte de poder, signos y portentos falsos, a quien el Señor Jesucristo matará con el aliento de su boca y destruirá con la venida de su presencia». Porque no es la venida del Señor la que será por obra de Satanás, sino el advenimiento del Inicuo, al que llamamos el Anticristo. Por lo tanto hay que poner atención a la lectura, y mediante las comas en la respiración dar sentido a lo que lee; si alguien no lo hace, no sólo dirá incongruencias, sino que leerá blasfemias, como si la venida del Señor fuese obra de Satanás.

Pues, así como en estos casos es necesario leer atendiendo a la inversión de las palabras, para conservar el sentido que el Apóstol quiso darles, así también en el caso que nos ocupa, no debemos leer «el Dios de este mundo». Pues a Dios lo llamamos *Dios* justamente; en cambio a los incrédulos y ciegos les decimos «de este mundo» porque en el futuro no heredarán la vida.

2.1.6. La predicación de Cristo

8,1. Una vez vaciada su calumnia, hemos probado claramente que ni los profetas ni los Apóstoles llamaron jamás *Dios* o *Señor* a ningún otro sino al único verdadero Dios. Mucho más el Señor, quien mandó: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21): al César lo llamó por su nombre, y a Dios lo confesó Dios. También cuando dijo: «No podéis servir a dos señores», él mismo interpretó: «No podéis servir a Dios y a Mammón» (Mt 6,24). A Dios lo confesó Dios, y a Mammón lo llamó por su nombre. No llamó *Señor* a Mammón, cuando dijo: «No podéis servir a dos señores»; sino que enseñó a los discípulos a servir a Dios y a no someterse a Mammón, para no dejarse dominar por él. Así como dice: «Quien comete pecado es esclavo del pecado» (Jn 8,34). Pues bien, a quienes están sometidos al pecado los llama *esclavos del pecado*, mas no por eso llama *Dios* al pecado. De modo semejante a quienes se someten a Mammón los llama «esclavos de Mammón» pero no llama *Dios* a Mammón. *Mammón*, en la lengua judía que también usan los samaritanos, quiere decir «ávido», es decir «aquel que ansía tener más de lo que conviene». En la lengua hebrea se dice *Mamuel*, que significa *goloso*, es decir, «el que no puede contener la gula». Sea uno u otro su significado, *no podemos servir a Dios y a Mammón.*

8,2. Cuando califica al diablo de *fuerte*, no lo dice en sentido absoluto, sino en comparación con nosotros. Pues sólo el Señor se muestra *el Fuerte*, y afirma que «nadie puede robar los enseres del fuerte, si antes no lo ata, y entonces podrá robar su casa»

(Mc 3,27; Mt 12,29). Sus enseres y su casa somos nosotros, cuando aún estábamos en la apostasía. Nos manejaba como quería, y el espíritu inmundo habitaba en nosotros. No es que (el diablo) fuese fuerte para ligarlo y robarle su casa; sino respecto a aquellos hombres que él tenía en su poder, pues los había hecho que apartaran de Dios sus pensamientos. A éstos los libró el Señor, como dijo Jeremías: «Dios redimió a Jacob y lo arrancó de mano del más fuerte» (Jer 31,11). Si no se hubiese referido a aquel que «ata y roba sus enseres», sino que sólo hubiese dicho: «el fuerte», entonces lo habría llamado «fuerte invicto». Pero también menciona al que triunfa sobre el fuerte: el que ata es el dominador, el atado es dominado. Mas esto lo dijo sin usar comparación, a fin de no parangonar con el Señor al que no es sino un esclavo apóstata. Pues ni éste ni ninguna otra cosa creada y sometida puede compararse con el Verbo de Dios, «por medio del cual todas las cosas fueron hechas» (Jn 1,3), o sea nuestro Señor Jesucristo.

2.1.7. Cómo es el Dios Creador

8,3. Con estas palabras Juan quiso decir que los ángeles, los arcángeles, «los tronos y dominaciones» (Col 1,16), fueron creados por el Dios que está sobre todas las cosas, y hechos por mediación del Verbo; pues, cuando afirma que el Verbo de Dios estaba en el Padre, añadió: «Todo fue hecho por medio de él, y sin él nada ha sido hecho» (Jn 1,3). Cuando David enumera las alabanzas, nombra todas las cosas que dijimos, y añade *los cielos y todas sus potestades*: «El lo mandó y todo fue creado. El lo dijo y se hizo» (Sal 148,5; 33[32],9). ¿A quién se lo mandó? Al Verbo, «por el cual fundó los cielos y con el soplo de su boca toda su potencia» (Sal 33[32],6). Y que hizo todas las cosas por propia libertad y como quiso, también lo dice David: «Nuestro Dios hizo en los cielos y en la tierra todo lo que quiso» (Sal 114[113],11). Las cosas creadas son diferentes de aquel que las creó, y las cosas hechas, de su Hacedor.

Pues éste es increado, no tiene principio ni fin, y de nadie tiene necesidad. No carece de nada, se basta a sí mismo, y da a todos los demás seres la existencia. Cuanto fue hecho por él, tuvo un principio. Y las cosas que tuvieron un comienzo, pueden un día perecer, están sujetas y necesitan de su Hacedor. Como hay muchos que tienen poca inteligencia para distinguir estas cosas, fue necesario usar palabras diversas, de modo que a aquel solo que hizo todas las cosas con su Palabra, se le llame *Dios* y *Señor*. En cuanto a las creaturas, no son capaces de llamarse con estos nombres, ni pueden con justicia adjudicarse un título que pertenece sólo al Creador.

2.2. La enseñanza de los cuatro Evangelios

9,1. Hemos expuesto enteramente (y aún lo probaremos con mayor amplitud) que ni los profetas ni los Apóstoles ni el Señor Jesucristo han confesado con sus propias palabras «Dios» o «Señor» a ningún otro sino a aquel que es el único Dios y Señor. Pues los profetas y Apóstoles confesaron al Padre y al Hijo, y a ningún otro llamaron «Dios» ni confesaron «Señor». También el Señor mismo sólo llamó Padre, Señor y Dios suyo al único a quien él mismo enseñó a sus discípulos como el único Dios y Señor de todas las cosas. En consecuencia nosotros, si somos sus discípulos, debemos seguir tales testimonios.

2.2.1. Mateo

Mateo Apóstol sabía que hay sólo un Dios, el mismo que hizo a Abraham la promesa de que multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo, el mismo que por su Hijo Jesucristo nos llamó del culto a los ídolos de piedra a su conocimiento, a fin de que «el que no era pueblo se hiciese pueblo, y lo que no era amado se hiciese amado» (Rom 9,25; Os 1,10).

2.2.1.1. Juan el Bautista

Juan preparó a Cristo el camino a Cristo: a aquellos que se gloriaban de su ascendencia carnal mientras nutrían todo tipo de sentimientos llenos de malicia, les enseñó a convertirse de su maldad, diciendo: «¡Raza de víboras! ¿Quién os enseñará a huir de la ira que se acerca? Producid frutos dignos de penitencia. Y no andéis diciendo: *Tenemos a Abraham como padre*. Pues os digo que Dios es poderoso para suscitar de esas piedras hijos de Abraham» (Mt 3,7-9). Les exhortaba, pues, a arrepentirse de su maldad; pero no anunciaba a otro Dios aparte de aquel que había hecho la promesa a Abraham. Del precursor de Cristo, dice Mateo lo mismo que Lucas: «Este es aquel de quien dijo el Señor por el profeta: *Una voz clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios»* (Mt 3,3; Is 40,3). «Todo valle se llenará y todo monte y colina se abajará. Los caminos tortuosos se enderezarán y los ásperos se volverán camino llano. Y toda carne verá al Salvador de Dios» (Lc 3,4-6; Is 40,4-5).

Uno solo y el mismo Dios es, por tanto, el Padre de nuestro Señor, que por medio de los profetas prometió al precursor, y que hizo visible para toda carne a su Salvador, es decir a su Verbo, para que, habiéndose éste mismo hecho carne, en todas las cosas se manifestara como su Rey. Pues convenía que quienes habrían de ser juzgados viesen a su juez y lo conociesen, y que quienes habrían de conseguir la gloria, supiesen quién es aquel que se la da como premio.

2.2.1.2. Testimonio del ángel a José

9,2. Mateo también afirma en referencia al ángel: «El ángel *del Señor* se apareció en sueños a José» (Mt 1,20). Y a qué *Señor* se refiere, él mismo lo explica: «Para que se cumpliese lo que *el Señor* dijo por el profeta: *De Egipto llamé a mi hijo*» (Mt 2,15). «He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se le dará el nombre de Emmanuel, que se traduce *Dios con nosotros*» (Mt 1,23; Is 7,14). De este mismo Emmanuel nacido de la Virgen habló David: «No retires tu rostro de tu Ungido. El Señor ha jurado a David y no fallará: *A un fruto de tu seno lo colocaré sobre tu trono*» (Sal 132[131],10-12). Y también: «Dios se ha dado a conocer en Judea... Su lugar está firme en la paz, y su morada en Sion» (Sal 76[75],2-3). Luego es uno solo y el mismo Dios al que los profetas predicaron y el Evangelio anunció; y es su Hijo aquel que nació *del seno de David*, es decir de la Virgen descendiente de David, y es el Emmanuel sobre cuya estrella Balaam profetizó: «Una estrella brotará de Jacob y surgirá el Jefe de Israel» (Núm 24,17).

2.2.1.3. Testimonio de los Magos: sus dones

Mateo reporta de esta manera las palabras de los Magos que habían venido de Oriente: «Vimos su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo» (Mt 2,2). Guiados por la estrella hasta la casa de Jacob, al Emmanuel, mostraron quién era aquel a quien adoraban, por medio de los dones que le ofrecieron: mirra, porque él era quien debía morir y ser sepultado por la raza humana mortal; oro, porque es el Rey cuyo reino no tiene fin; incienso, porque es Dios que se dio a conocer en Judá, se hizo (hombre) y «se manifestó a quienes no lo buscaban» (Is 65,1).

2.2.1.4. Bautismo de Jesús

9,3. Aún añade Mateo en el bautismo: «Se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba sobre él en forma de paloma. Y he aquí que una voz del cielo decía: *Este es mi Hijo querido en quien me complazco*» (Mt 3,16-17). Por consiguiente, no fue el Cristo quien descendió sobre Jesús; ni uno es el Cristo y otro Jesús. Sino que el Verbo de Dios, el Salvador de todos y Señor del cielo y la tierra, es Jesús (como arriba expusimos), el que asumió la carne y fue ungido del Padre por el Espíritu, y este Jesús fue ungido como Cristo. Así lo dice Isaías: «Saldrá una rama de la raíz de Jesé y una flor brotará de la raíz. Y reposará sobre él el Espíritu de Dios: Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y piedad. Lo llenará el temor de Dios. No juzgará según la apariencia ni argüirá por lo que se diga; sino que juzgará con justicia al humilde y condenará a los soberbios de la tierra» (Is 11,1-4). El mismo Isaías prefiguró su unción y el motivo de ella: «El Espíritu de Dios sobre mí. Por eso me ungió, me envió a llevar la Buena Nueva a los pobres, a curar a los contritos de corazón, a pregonar a los cautivos la remisión, a dar la visión a los ciegos, a anunciar el año de gracia del Señor, el día de la retribución, y para consolar a los que lloran» (Is 61,1-2; Lc 4,18).

Porque, en cuanto el Verbo de Dios se hizo hombre, era *el hijo de la raíz de Jesé*; y según ello *el Espíritu de Dios reposaba sobre él* y era ungido *para evangelizar a los humildes*; en cambio, en cuanto era Dios, no juzgaba según las apariencias, ni condenaba de oídas: «No había necesidad de que nadie le diese testimonio sobre el hombre, porque él mismo sabía lo que hay en el hombre» (Jn 2,25). El llamó a todos los hombres que lloraban, les concedió el perdón de los pecados a los que habían sido reducidos a la esclavitud, liberando de las cadenas a aquellos de quienes dice Salomón: «Cada cual es oprimido por las cadenas de sus pecados» (Prov 5,22). Descendió, pues, sobre él *El Espíritu de Dios*, de aquel que por los profetas había prometido ungirlo, para que nos salvásemos, al recibir nosotros de la abundancia de su unción. Esto es todo lo que dice Mateo.

2.2.2. Lucas

2.2.2.1. Zacarías y Juan Bautista

10,1. Lucas, compañero y discípulo de los Apóstoles, dice refiriéndose a Zacarías e Isabel, de quienes, según la promesa de Dios, nació Juan: «Ambos eran justos ante Dios, porque caminaban sin tropiezo en todos los mandatos y justicia del Señor» (Lc 1,6). Y

dice acerca de Zacarías: «Le tocó ejercitar delante de Dios el sacerdocio siguiendo el turno de su clase, según la costumbre del sacerdocio, pues se le designó por suerte a poner el incienso». Y, para ofrecer el sacrificio, «entró en el templo del Señor» (Lc 1,8-9). Este hombre que se presenta ante la faz del Señor, con su propia voz, de modo simple y absoluto, confiesa «Señor» y «Dios» a aquel que eligió Jerusalén, dictó la ley del sacerdocio y envió al ángel Gabriel. No conocía otro Dios superior a éste. Mas, si hubiese tenido idea de algún Dios y Señor fuera de éste, ciertamente a éste, al que habría reconocido como «fruto de la penuria» no lo habría confesado «Dios» y «Señor», como arriba expusimos.

Y hablando de Juan dice: «Será grande en la presencia del Señor, y convertirá a muchos hijos de Israel a su Señor Dios, y lo precederá ante su faz, con el espíritu y poder de Elías, a fin de preparar para el Señor un pueblo perfecto» (Lc 1,15-17). ¿A quién le preparó un pueblo, y ante la faz de cuál Señor Juan fue engrandecido? Ciertamente de aquel que dijo que Juan era «más que un profeta» (Lc 7,26; Mt 11,9), y: «Ninguno nacido de mujer es mayor que Juan el Bautista» (Lc 7,28; Mt 11,11), el cual le preparó a su pueblo, anunciando de antemano a sus consiervos el advenimiento del Señor y predicándoles la conversión a fin de que del Señor presente recibiesen el perdón, una vez vueltos a aquel de quien se habían enajenado por el pecado y la transgresión, como dice David: «Desde el vientre se han alejado los pecadores, desde el seno se han extraviado» (Sal 58[57],4). Y por eso, al convertirlos al Señor, Juan le preparaba un pueblo perfecto, en el espíritu y poder de Elías.

2.2.2.2. La Anunciación

10,2. Y Lucas dice, hablando del ángel: «En ese mismo tiempo fue enviado de parte de Dios el ángel Gabriel, el cual dijo a la Virgen: *No temas, María, porque encontraste gracia ante Dios*» (Lc 1,26.30). Y del Señor dijo: «El será grande, y llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su Padre y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33). ¿Quién otro reina sin fin y para siempre en la casa de Jacob, sino Jesucristo Nuestro Señor, el Hijo de Dios Altísimo que prometió por la Ley y los profetas que haría visible ante toda carne a su Salvador (Is 40,5; Lc 3,6) haciéndose Hijo del Hombre a fin de que el hombre se hiciere hijo de Dios (Jn 1,12)?

2.2.2.3. El Magníficat

Por eso María exclamó gozosa, profetizando por la Iglesia: «Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque acogió a Israel su siervo acordándose de su misericordia, como había hablado a nuestros Padres, a Abraham y a su descendencia para siempre» (Lc 1,46-47.54-55). Mediante estas palabras tan grandes, el Evangelio muestra que el Dios que había hablado a nuestros padres, esto es, el mismo que legisló por Moisés, por cuya Ley conocimos que había hablado a los padres, es el mismo Dios que según su gran bondad derramó su misericordia sobre nosotros.

2.2.2.4. El Benedictus

En su misericordia «nos miró desde lo alto el Oriente, y se manifestó a quienes estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte, para dirigir nuestros pies en el camino de la paz» (Lc 1,78-79). Como Zacarías dejó de estar mudo (pena que había sufrido por motivo de su incredulidad), lleno de un nuevo espíritu, una vez más bendecía a Dios. Se presentaban todas las cosas nuevas: el Verbo disponía su venida a la carne como algo inédito, para volver a Dios al hombre que se había alejado de Dios. Por esto también enseñaba de nuevo a adorar a Dios. Pero no a otro Dios, porque «uno solo es Dios, que justifica a los circuncisos por motivo de la fe y a los no circuncisos por la fe» (Rom 3,30).

10,3. Profetizando Zacarías dijo: «Bendito el Señor Dios de Israel, porque visitó y redimió a su pueblo, y levantó el Cuerno de nuestra salvación en la casa de David su siervo, según había hablado por boca de los santos profetas desde siempre, para salvarnos de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; para ejercitar su misericordia con nuestros padres y acordarse de su Alianza santa; juramento que juró a nuestro padre Abraham, para concedernos que sin temor, arrancados de nuestros enemigos, le sirvamos en santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días» (Lc 1,68-75). Y luego dice a Juan: «Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo; porque irás ante la faz del Señor para preparar sus caminos, a fin de dar a conocer a su pueblo al Salvador, para el perdón de sus pecados» (Lc 1,76-77).

Este es el conocimiento (*gnosis*) de la salvación que les faltaba, la del Hijo de Dios, que Juan presentaba con estas palabras: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Este es del que dije: *Después de mí viene uno que pasó delante de mí, porque era anterior a mí»* (Jn 1,29-30), y: «Todos hemos recibido de su plenitud» (Jn 1,16). Este es el *conocimiento* de la salvación; pero no se trataba de otro Dios, ni de otro Padre, ni del Abismo, ni del Pléroma de treinta Eones, ni de la Madre Ogdóada; sino que el conocimiento (gnosis) de la salvación era el conocimiento del Hijo de Dios, el cual es de verdad *Salud, Salvador y Salvación*: *Salud*: «Señor, yo he esperado en tu salud» (Gén 49,18). *Salvador*: «He aquí a mi Dios, mi Salvador; en él pondré mi confianza» (Is 12,2). *Salvación*: «Dios dio a conocer su salvación ante la faz de los pueblos» (Sal 98[97],2). También es *Salvador* por ser Hijo y Verbo de Dios; *Salvación* porque es espíritu, pues dice: «El espíritu de nuestra cara es Cristo el Señor» (Lam 4,20); *Salud* por motivo de la carne: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Este es el *conocimiento* de la salvación que Juan predicaba a quienes hacían penitencia y creían en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

2.2.2.5. El nacimiento

10,4. Lucas dice en seguida que un ángel del Señor se apareció a los pastores y les anunció un gozo: «Hoy os ha nacido un salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David» (Lc 2,9-10). En seguida una multitud del ejército celeste alababa a Dios y decía: «Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lc 2,11-14). Los gnósticos falsarios dicen que estos ángeles vinieron de la *Ogdóada* para manifestar el descenso del *Cristo Superior*. Pero ellos mismos arruinan su propia tesis,

diciendo que el *Cristo* y *Salvador* no nació, sino que después del bautismo descendió en forma de paloma sobre el «Jesús de la Economía». Luego, según ellos, mentirían los «ángeles de la Ogdóada» que dicen: «Hoy os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David». Pues dicen: ni *Cristo* ni el *Salvador* habrían nacido en ese momento, sino «el Jesús de la Economía», que es «el Jesús del Demiurgo», sobre el cual habría descendido el «Salvador Superior» después del bautismo, es decir, pasados treinta años.

¿Por qué los ángeles añadieron: «en la ciudad de David», sino para anunciar el cumplimiento de la promesa que Dios hizo a David: «Del fruto de tu seno nacerá el Rey eterno» (Sal 132[131],11)? Pues el Demiurgo del universo había hecho esta promesa a David, como éste mismo dice: «Mi auxilio viene del Señor que hizo el cielo y la tierra» (Sal 124[123],8), y: «En su mano están los confines de la tierra y son suyas las alturas de los montes. Suyo es el mar, pues él lo hizo, y sus manos fundaron la tierra. Venid, adoremos y postrémonos ante él, clamemos en la presencia del Señor que nos hizo, porque él es el Señor nuestro Dios» (Sal 95[94],4-7). Por boca de David el Espíritu Santo declara, a quienes lo escuchen, que habría quienes despreciaran al que nos creó, el único Dios. Por eso afirmó lo que antes citamos. Quería decir: «No erréis; fuera de éste y sobre éste no hay ningún Dios a quien debamos volver los ojos». Al mismo tiempo nos dispone para ser religiosos y agradecidos a aquel que nos hizo, nos plasmó y nos alimenta. ¿Qué puede esperar entonces a quienes inventaron tales blasfemias contra su Creador?

Lo mismo se diga sobre los ángeles. Cuando decían: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra» (Lc 2,14), se referían a aquel Creador que ha hecho lo más alto (es decir, «las regiones celestes»), y creado todo lo que hay sobre la tierra, el cual es el mismo que envió del Cielo, a la obra que había modelado -o sea a los hombres- su benignidad celeste. Por eso «los pastores se volvieron glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, como se les había anunciado» (Lc 2,20). Los pastores israelitas no daban gloria a otro Dios, sino a aquel que había sido anunciado por la Ley y los profetas, el Creador del universo, a quien los ángeles glorificaban. En cambio, si «los ángeles que venían de la Ogdóada» daban gloria a uno y los pastores a otro, entonces «los ángeles que venían de la Ogdóada» les anunciaron el error y no la verdad.

2.2.2.6. La presentación en el templo

10,5. Lucas añade, acerca del Señor: «Cuando se cumplieron los días de la purificación, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: *El primer varón que abra la matriz será consagrado al Señor*. Y para ofrecer el sacrificio prescrito en la ley del Señor: un par de tórtolas o dos palomas» (Lc 2,22-24). Con sus propias palabras llama claramente *Señor* al que dio la Ley. Y también escribe que Simeón bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, deja ir a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto tu Salvación, que preparaste ante todos los pueblos: luz para revelar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,28-32). Igualmente Ana la profetisa, dice, alababa a Dios al ver a Cristo: «Y hablaba de él a todos los que esperaban la redención

de Jerusalén» (Lc 2,38). Todo esto demuestra que hay un solo Dios, que abrió a los seres humanos una Economía nueva mediante el Nuevo Testamento de la venida de su Hijo.

2.2.3. Marcos

2.2.3.1. Su comienzo

10,6. Por eso Marcos, intérprete y compañero de Pedro, comienza a escribir su Evangelio de esta manera: «Inicio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como escribieron de él los profetas: *He aquí que envío mi mensajero delante de ti para que prepare tu camino*. Una voz clama en el desierto: *Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas ante nuestro Dios*» (Mc 1,1-3). Claramente indica desde el principio que su Evangelio recoge la voz de los profetas, y pone de manifiesto que aquel a quien ellos proclamaron *Dios* y *Señor* es el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Ese Dios prometió que enviaría a su mensajero delante de él (que era Juan, el cual vendría «para proclamar en el desierto con el espíritu y poder de Elías: *Preparad el camino de Señor, enderezad las sendas ante nuestro Dios*»). Los profetas no anunciaban a veces a uno y a veces a otro Dios, sino a uno solo y el mismo, aunque con diversas expresiones y varios nombres: porque el Padre es rico y abundante, como en el libro anterior expusimos y de nuevo expondremos a la luz de los profetas en el resto del tratado.

2.2.3.2. Su término

Marcos concluye el Evangelio diciendo: «El Señor Jesús, después que les habló, fue elevado a los cielos y está sentado a la derecha de Dios» (Mc 16,19). De este modo confirma lo que anunció el profeta: «Dijo el Señor a mi Señor: *Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies*» (Sal 110[109],1). Así que no hay sino un solo y mismo Dios y Padre proclamado por los profetas, transmitido por el Evangelio, al que los Cristianos rendimos culto y amamos de todo corazón. El es el Creador del cielo y de la tierra y de todo lo que en ellos se encuentra.

2.2.4. Juan

2.2.4.1. Errores gnósticos que combate

11,1. Juan, el discípulo del Señor, predicó la misma fe, pues con su Evangelio quiso erradicar el error sembrado entre muchas personas por Cerinto, y mucho antes que él, por los llamados nicolaítas (los cuales son una versión de la falsamente llamada gnosis), a fin de confundirlos y probarles que hay sólo un Dios que creó todo por medio de su Verbo (y no es, como ellos dicen, uno el Creador, otro el Padre del Señor, un tercero el Padre del Hijo, un cuarto el Cristo de las regiones superiores que habría permanecido impasible, el cual, «después de haber descendido en Jesús, Hijo del Demiurgo, de nuevo habría volado hasta su Pléroma», y que «el Principio es el Unigénito», mientras que el Verbo es, a su vez, «hijo del Unigénito». También dicen que la creación del mundo no fue hecha por el primer Dios, sino por un «Poder que está muy abajo, sujeto y separado de la comunicación de aquellos que son invisibles e innombrables»). Queriendo describir

todo lo anterior a los discípulos del Señor, se instituyó en la Iglesia la Regla de la Verdad, acerca de que hay sólo un Dios omnipotente, el cual por medio de su Verbo hizo todas las cosas, visibles e invisibles.

2.2.4.2. El prólogo

Y para enseñar que por medio del mismo Verbo por el cual Dios consumó su creación, también ofreció la salvación a todos los seres humanos que viven en la creación, inició de esta manera la doctrina de su Evangelio: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada ha sido hecho de cuanto existe. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en las tinieblas, mas las tinieblas no lo acogieron» (Jn 1,1-5). Afirma que todas las cosas fueron hechas por él, luego en la palabra «todas las cosas» incluye la entera creación de nuestro mundo. De ningún modo se les puede aceptar que «todas las cosas» signifique «las cosas que están bajo su Pléroma». Pues si su Pléroma contuviese todas las cosas de este mundo, no existiría fuera de él esta creación tan estupenda, como ya lo demostré en el libro precedente. Mas si estas cosas existieran fuera del Pléroma (lo que por otra parte parece imposible) entonces el Pléroma ya no lo sería todo. En consecuencia, no es posible excluir una creación tan excelente.

11,2. El mismo Juan nos quita la posibilidad de discutir, cuando dice: «El estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por él, mas el mundo no lo conoció. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,10-11). Pero según Marción y sus semejantes, ni el mundo fue hecho por él, ni vino a lo que era suyo sino a lo que le era extraño. Según ciertos gnósticos, este mundo fue hecho por ángeles y no por el Verbo de Dios. Según los valentinianos, no fue hecho por él, sino por un Demiurgo. «Este laboraba para producir semejanzas que fuesen una imitación de los seres superiores», pues afirman: «El Demiurgo llevaba a cabo la fabricación de las creaturas». Y dicen «para llegar a ser Señor y Demiurgo de la Economía de la creación fue emitido por la Madre», e hipotizan que «por él fue hecho el mundo». En cambio el Evangelio abiertamente enseña que todas las cosas fueron hechas por el Verbo que en el principio existía ante Dios, y que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

11,3. Según los herejes, ni el Verbo se hizo carne, ni el Cristo ni el Salvador, que procede de todos los Eones. Así pues, no quieren que haya venido a este mundo ni el *Verbo* ni el *Cristo*, ni que el Salvador se haya encarnado y padecido, sino que descendió en forma de paloma sobre el Jesús de la Economía, el cual, «habiendo anunciado al Padre desconocido, de nuevo ascendió al Pléroma». Algunos de ellos afirman que «se encarnó y sufrió el Jesús de la Economía», el cual, según ellos dicen, «pasó por María como el agua por un tubo»; otros dicen que fue el Hijo del Demiurgo, sobre el cual descendió el Jesús de la Economía; otros, que «Jesús nació de José y de María», y sobre éste habría descendido «el Cristo Superior, que existe sin carne y es impasible».

Según ninguna doctrina de los herejes «el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14). Mas si alguien se pone a investigar los sistemas de todos ellos, encontrará que en todos ellos se introduce un Verbo de Dios y un Cristo Superior sin carne e impasible. Otros piensan que

«apareció como un hombre» transfigurado, pero afirman que «ni se encarnó ni nació»; según otros, ni siquiera habría tomado la figura de un hombre, sino que «descendió en forma de una paloma sobre el Jesús nacido de María». El discípulo del Señor, mostrando que todos ellos son falsos testigos, dice: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

2.2.4.3. Testimonio del Bautista

11,4. Y para que no nos preguntemos de cuál Dios el Verbo se hizo carne, él mismo nos sigue enseñando con estas palabras: «Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz. El no era la luz, sino testigo de la luz» (Jn 1,6-8). ¿Qué Dios envió a este Juan, testigo de la luz? Ciertamente el mismo cuyo ángel es Gabriel que anunció la Buena Nueva de su generación (Lc 1,26). El mismo que por medio de los profetas prometió enviar a su mensajero delante de su Hijo, para prepararle el camino (esto significa dar testimonio de la luz) con el espíritu y poder de Elías (Mc 1,2; Jn 1,7-8). Elías, a su vez, ¿de qué Dios fue servidor y profeta? De aquel que hizo el cielo y la tierra, como él mismo confiesa.

Luego, si Juan fue enviado por el Creador y Demiurgo de este mundo, ¿cómo habría podido dar testimonio de la luz «que desciende de aquellas cosas innominables e invisibles»? Pues todos los herejes han decretado que «el Demiurgo ignora el Poder que está sobre él», ¡del cual Juan habría de dar testimonio!

Por eso el Señor declaró tener a Juan por «más que un profeta». Pues los demás profetas anunciaron la venida de la Luz del Padre y soñaron en ver aquello que predicaban. En cambio Juan lo anunció de antemano como los otros profetas, lo vio cuando vino, lo señaló y convenció a muchos de que creyesen en él; de manera que al mismo tiempo fue profeta y apóstol. Por eso fue más que profeta, pues «en primer lugar apóstoles, en segundo profetas» (1 Cor 12,28), mas uno y otro ministerio provenían del único y mismo Dios.

2.2.4.4. Caná y multiplicación de los panes

11,5. También era bueno aquel vino que provenía de la creación de Dios, producto de la vid, que bebieron primero. Ninguno de quienes lo bebieron lo despreció, pues aun el Señor lo bebió. Pero fue mejor el vino que el Verbo hizo a partir de simple agua para que lo gozaran los invitados a las bodas (Jn 2,1-12).

Aunque el Señor habría podido proveer a los sedientos un vino, sin partir de ninguna materia creada, y asimismo satisfacer de alimento a los que tenían hambre, no quiso hacerlo. Mas, «tomando los panes» de la tierra «y dando gracias» (Jn 6,11; Mt 14,19; Mc 6,41), así como cambió el agua en vino, llenó a los que estaban recostados y dio de beber a los invitados a las nupcias. De este modo se manifestó el Dios que hizo la tierra y le mandó producir frutos, que creó el agua e hizo brotar las fuentes, el mismo que en los últimos tiempos da por su Hijo a la raza humana la bendición del pan y el don de la bebida: el incomprensible por medio del que podemos comprender, y el invisible por medio de aquel a quien podemos ver, pues no existe «fuera de él», sino en el seno del

Padre.

11,6. «A Dios nadie lo ha visto jamás; mas el Hijo unigénito de Dios, que está en su seno, él nos lo ha descrito» (Jn 1,18). El Hijo que está en su seno, da a conocer al Padre invisible. Por eso lo conocen aquellos a quienes el Hijo se lo revela (Mt 11,27), y a su vez el Padre da el conocimiento de su Hijo, por medio de su mismo Hijo, a quienes lo aman. De éste aprendió Natanael dicha revelación, cuando el Señor dio testimonio acerca de él: «Tú eres un verdadero israelita en quien no hay doblez» (Jn 1,47). Este israelita reconoció a su Rey, a quien confesó: «Maestro, tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel» (Jn 1,49). Pedro aprendió: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16-17), de aquel mismo que había dicho: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Pondré mi Espíritu sobre él, para que anuncie el juicio a las naciones. No disputará ni gritará, no hará oír su voz en las plazas. No romperá la caña a medio quebrar ni apagará la mecha ardiente, hasta que emita el juicio en la contienda, y las naciones esperarán en su nombre» (Is 42,1-4).

2.2.5. Un Evangelio, reconocido aun por los gnósticos

11,7. Estos son los puntos de partida de los Evangelios: un solo Dios, Demiurgo del universo, a quien los profetas mostraron, que estableció la Economía de la Ley por medio de Moisés, a quien anunciaron como el Padre de nuestro Señor Jesucristo; y no conocen otro Dios ni otro Padre.

Tan grande es la firmeza de los Evangelios sobre estos puntos, que los mismos herejes dan testimonio de ella; pues cada uno de ellos, al salirse (de la Iglesia) trata de usarlos para confirmar por ellos su doctrina. Los ebionitas usan sólo el Evangelio de Mateo, mas el mismo les prueba que ellos presumen de una falsa opinión acerca del Señor. Marción recorta el Evangelio de Lucas; pero aun las partes que le deja lo muestran blasfemo contra el único Dios verdadero. Quienes separan a Jesús del Cristo, y afirman que «Cristo se mantuvo impasible», en cambio «Jesús sufrió», prefieren el Evangelio de Marcos; mas si lo leyesen con amor a la verdad, podrían corregirse. Los valentinianos usan por todos lados el Evangelio de Juan para demostrar sus parejas; mas el mismo Evangelio los desenmascara, pues nada interpretan correctamente, como expusimos en el primer libro. Así pues, ya que los mismos enemigos usan de estos Evangelios, rinden testimonio en nuestro favor, de que nuestros argumentos son sólidos y verdaderos.

11,8. Los Evangelios no pueden ser ni menos ni más de cuatro; porque son cuatro las regiones del mundo en que habitamos, y cuatro los principales vientos de la tierra, y la Iglesia ha sido diseminada sobre toda la tierra; y columna y fundamento de la Iglesia (1 Tim 3,15) son el Evangelio y el Espíritu de vida; por ello cuatro son las columnas en las cuales se funda lo incorruptible y dan vida a los hombres. Porque, como el artista de todas las cosas es el Verbo, que se sienta sobre los querubines (Sal 80[79],2) y contiene en sí todas las cosas (Sab 1,7), nos ha dado a nosotros un Evangelio en cuatro formas, compenetrado de un solo Espíritu. Como dice David, rogándole que venga: «Muéstrate tú, que te sientas sobre los querubines» (Sal 80[79],2). Los querubines, en efecto, se han

manifestado bajo cuatro aspectos que son imágenes de la actividad del Hijo de Dios (Ap 4,7): «El primer ser viviente, dice [el escritor sagrado], se asemeja a un león», para caracterizar su actividad como dominador y rey; «el segundo es semejante a un becerro», para indicar su orientación sacerdotal y sacrificial; «el tercero tiene cara de hombre» para describir su manifestación al venir en su ser humano; «el cuarto es semejante a un águila en vuelo», signo del Espíritu que hace sobrevolar su gracia sobre la Iglesia.

Los Evangelios, pues, concuerdan con estos [símbolos], sobre los cuales Cristo descansa. Uno de ellos, según Juan, narra su real y gloriosa generación del Padre, diciendo: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y el Verbo era Dios: todas las cosas fueron hechas por su medio, y sin él nada ha sido hecho» (Jn 1,1-4). Por tal motivo, este Evangelio nos llena de confianza: ésta es su característica. El Evangelio según Lucas, ya que tiene rasgos sacerdotales, comenzó presentando a Zacarías cuando ofrece a Dios el sacrificio. Y es que ya se estaba preparando el becerro cebado que debía matarse por el regreso del hermano menor. Mateo anuncia su origen humano, diciendo: «Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham». Y sigue: «Este fue el origen de Jesucristo» (Mt 1,1.18). Es, pues, el Evangelio de su humanidad, por eso este Evangelio habla de él de manera humilde y conserva su figura como hombre manso. Marcos, a su vez, toma inicio del Espíritu profético que viene de lo alto sobre los hombres, diciendo: «Principio del Evangelio de Jesucristo, como está escrito en el profeta Isaías» (Mc 1,1-2), dando la imagen de un Evangelio que vuela con sus alas. Por eso comunica sus mensajes en forma fluida y suscinta; este es, en efecto, el estilo propio de los profetas.

El mismo Verbo de Dios en su esplendor y gloria conversaba con los patriarcas anteriores a Moisés; en cambio, durante la Ley, lo hacía por medio del ministerio de los sacerdotes; después, una vez hecho hombre, derramó el don del Espíritu Santo sobre toda la tierra, para que nos protegiese con sus alas. Luego así como es la Economía del Hijo de Dios, tal es la figura de los animales; y así como es la forma de los animales, tal es lo típico del Evangelio. Cuadriformes son los animales, y cuadriformes los Evangelios, así como cuadriforme es la Economía de Dios.

Por eso se dio a la raza humana cuatro Testamentos: el primero en el tiempo de Adán, antes del diluvio; el segundo en el tiempo de Noé, después del diluvio; el tercero fue la legislación en el tiempo de Moisés; y el cuarto, que renueva al hombre y recapitula en sí todas las cosas, por medio del Evangelio, dando al hombre alas para elevarse al reino de los cielos.

2.2.5.1. Los falsos evangelios

11,9. Siendo así las cosas, dan muestras de vanidad, ignorancia y atrevimiento, aquellos que destrozan la forma del Evangelio, y que o aumentan o disminuyen el número de los Evangelios: algunos lo hacen para presumir de haber encontrado algo más de la verdad, otros para condenar las Economías de Dios.

Marción, por una parte, rechaza el Evangelio; más aún, separándose del Evangelio,

se gloría de poseer una parte del Evangelio.

Otros, para frustrar el don del Espíritu que en los últimos tiempos, según la voluntad del Padre, fue derramado sobre el género humano, no admiten el Evangelio en la forma que Juan escribió, en el cual el Señor promete enviar al Paráclito; sino que a la vez rechazan el Espíritu profético junto con el Evangelio. Son en verdad infelices, pues al elegir ser pseudoprofetas, rechazan la gracia de la profecía en la Iglesia. Se parecen a aquellos que, para evitar mezclarse con los hipócritas que vienen a la Iglesia, se abstienen también de la comunión con los hermanos. Se da por supuesto que gente de esta calaña tampoco aceptan al apóstol Pablo; pues en la Carta a los Corintios escribió con precisión acerca de los carismas proféticos, y reconoció que hay en la Iglesia hombres y mujeres que profetizan (1 Cor 12,28ss y 14,1ss). Por este motivo, pecando contra el Espíritu de Dios, caen en un pecado sin perdón (Mt 12,31-32; Mc 3,29; Lc 12,10).

Por su parte, los valentinianos dejan de lado toda vergüenza y presumen a los cuatro vientos, alardeando de que sus escritos contienen más verdades que los mismos Evangelios. Han llegado a una tal insolencia, que titulan «El Evangelio de la Verdad» el que han escrito hace poco tiempo, libro que en nada concuerda con los Evangelios de los Apóstoles, de modo que aun en el Evangelio hallan ocasión de blasfemia. Pues, si la obra que ellos han hecho pública es «El Evangelio de la Verdad», siendo diverso del que los Apóstoles nos han transmitido, cualquiera puede darse cuenta de que (como lo muestran las mismas Escrituras) ya no es el mismo Evangelio de la Verdad transmitido por los Apóstoles.

Son auténticos y verdaderos solamente los Evangelios que hemos demostrado con tantos argumentos, y no pueden ser ni más ni menos de los que hemos dicho. Pues, si Dios hizo todas las cosas con orden y concierto, era necesario que también la forma de los Evangelios estuviese compuesta con plena armonía.

2.3. Doctrina de los Hechos de los Apóstoles

Una vez examinada la doctrina de quienes nos transmitieron los Evangelios a partir de sus mismos orígenes, pasemos a los demás Apóstoles e investiguemos su doctrina acerca de Dios. En seguida escucharemos las mismas palabras del Señor.

2.3.1. Pedro

12,1. El Apóstol Pedro, después de la resurrección del Señor y de su asunción a los cielos, queriendo completar el número de 12 Apóstoles y en lugar de Judas añadir a otro elegido por Dios de entre los que ahí se encontraban, habló de esta manera: «Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura que el Espíritu Santo había predicho por boca de David acerca de Judas, que guio a quienes arrestaron a Jesús, y era uno de entre nosotros: *Quede su casa desierta, y no se encuentre quien habite en ella*. ¡Que otro ocupe su episcopado!» (Hech 1,16.19-20; Sal 69[68]26). De esta manera Pedro completó el número de los Apóstoles, y lo hizo a partir de las palabras de David.

2.3.1.1. La venida del Espíritu Santo. Kerygma

Una vez que el Espíritu Santo hubo descendido sobre los discípulos a fin de que todos, profetizando, hablaran en lenguas, como muchos se burlaran de ellos diciendo que se hallaban ebrios, Pedro dijo: «Sucederá en los últimos días, dice el Señor, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán» (Hech 2,15-17; Jl 3,1-2). Así pues Dios, que por el profeta había anunciado que enviaría su Espíritu sobre la raza humana, él mismo lo envió, y asimismo fue él de quien Pedro proclamó que había cumplido su promesa:

12,2. «Varones israelitas, escuchad mis palabras: a Jesús de Nazaret, hombre probado por Dios en vuestra comunidad, por los poderes, signos y prodigios que Dios realizó por medio de él en medio de vosotros (como todos sabéis), lo habéis matado por las manos de los malvados, según el designio predeterminado y la preciencia de Dios. A éste Dios lo resucitó, liberándolo de los dolores de los lugares inferiores, porque no era posible que éstos lo retuvieran. David, en efecto, afirma sobre él: *Yo siempre tengo al Señor en mi presencia, porque él está a mi derecha para que no me quebrante. Por eso se alegró mi corazón y se regocijó mi lengua. Mi carne descansará en la esperanza. Porque no dejarás mi vida en el abismo, ni permitirás que tu Santo vea la corrupción*» (Hech 2,22-27; Sal 16[15],8-10).

En seguida Pedro les habló con valentía acerca del patriarca David, cómo murió, fue sepultado, y su sepulcro se encuentra entre nosotros hasta hoy. Dijo: «Como él era profeta, sabía que con juramento Dios le había jurado que un fruto de su seno se sentaría en su trono. Y, viendo de antemano, habló acerca de la resurrección de Cristo que *no dejarás mi vida en el abismo, ni permitirás que tu Santo vea la corrupción.* Pues a este Jesús -continúa diciendo-, Dios lo exaltó, y de eso todos nosotros somos testigos. Y, levantado a la diestra de Dios, habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, derramó este don que vosotros ahora veis y oís. Pues David no subió a los cielos, y sin embargo dice: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies*. Tenga pues, por cierto, la casa de Israel, que Dios constituyó Señor y Cristo a ese Jesús a quien habéis crucificado» (Hech 2,29-36). Y, habiendo la multitud preguntado a Pedro: «¿Qué debemos hacer?», él les respondió: «Arrepentíos y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesús para el perdón de los pecados. Y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hech 2,37).

Así pues, los Apóstoles no anunciaban ni otro Dios ni otra Plenitud, ni a un «Cristo que sufrió y resucitó» y a otro «Cristo que voló a las alturas y permaneció impasible», sino a uno y el mismo Dios Padre y a Jesucristo que murió y resucitó. Y proclamaban la fe en él a aquellos que no creían en el Hijo de Dios; y con las palabras de los profetas les anunciaban que, habiéndoles Dios prometido enviarles a su Ungido, envió a Jesús, a quien ellos crucificaron y Dios resucitó.

2.3.1.2. El tullido de la Puerta Hermosa

12,3. Pedro, junto con Juan, vio a un tullido de nacimiento «sentado y pidiendo limosna junto a la puerta del templo llamada Hermosa». Le dijo: «No tengo oro ni plata. Lo que tengo te doy: En nombre de Jesucristo el Nazareno, levántate y anda. El al punto,

curado de las piernas y los pies, comenzó a caminar y entró con ellos en el templo, andando, saludando y glorificando a Dios» (Hech 3,2.6-8). Una muchedumbre se había juntado en torno a ellos, admirada de este suceso. Pedro les dijo: «Varones israelitas, ¿por qué os admiráis de este hecho, y nos miráis como si por nuestro poder hubiésemos hecho caminar a este hombre? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros Padres glorificó a su Hijo, a quien vosotros entregasteis a juicio y negasteis en presencia de Pilato, a pesar de que él quería soltarlo. Vosotros rechazasteis al Santo y Justo, y en su lugar pedisteis que se os entregara a un homicida. Habéis matado al Señor de la vida, a quien Dios exaltó de entre los muertos. De esto nosotros somos testigos. A causa de la fe en su nombre, este hombre a quien veis y conocéis ha sido sanado en su nombre, y la fe que por él nos viene le ha devuelto la salud total ante todos vosotros. Ahora, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia. Dios había prometido por boca de todos los profetas que Cristo había de padecer, y lo ha cumplido. Por consiguiente, haced penitencia y convertíos, a fin de que vuestros pecados sean perdonados, vengan para vosotros tiempos de consolación, y os envíe de nuevo a Jesucristo, a quien los cielos deben retener hasta el día en que todas las cosas vuelvan a ese orden del que Dios habló por sus santos profetas. Pues Moisés dijo a vuestros padres: *El Señor Dios suscitará de entre vuestros hermanos a un profeta como yo. Lo oiréis en todo aquello que él os dirá* (Dt 18,15.18-19). Y también: *Cualquier persona que no escuche a este Profeta será exterminado de su pueblo* (Lev 23,29). Asimismo todos aquellos que han hablado después de Samuel, han anunciado estos días. Vosotros sois hijos de los profetas y de la Alianza que Dios estableció con vuestros padres, cuando dijo a Abraham: *En tu descendencia bendeciré a todas las tribus de la tierra* (Gén 22,18). Dios, habiendo resucitado a su Hijo, lo ha enviado en primer lugar a vosotros para bendeciros, a fin de que cada uno se aparte de sus delitos» (Hech 3,12-26).

Es evidente, pues, que cuando Pedro, junto con Juan, pregonó la Buena Noticia: Dios cumplió por medio de Jesús la promesa que había hecho a los padres, no anunció a «otro Dios», sino al Hijo de Dios que se hizo hombre y sufrió para conducir a Israel al conocimiento. Y, anunciando en Jesús la resurrección de los muertos, dio a entender que Dios cumplió todo cuanto los profetas habían anunciado acerca de la pasión de Cristo .

2.3.1.3. Pedro ante el Sanedrín

12,4. Por eso, habiéndose reunido los príncipes de los sacerdotes, Pedro les dijo con toda valentía: «Príncipes del pueblo y jefes de los israelitas, si hoy nos interrogáis acerca del hombre en el cual este enfermo ha sido curado, os quede claro, así como a todo el pueblo de Israel, que ha sido en nombre de Jesús de Nazaret, a quien habéis crucificado y a quien Dios ha resucitado de entre los muertos. Por él este hombre está de pie, sano, en vuestra presencia. *El es la piedra que, despreciada por los constructores*, es decir vosotros, *llegó a ser la piedra angular* (Sal 118[117],22; Mt 21,42). Y no hay otro nombre bajo el cielo que se haya dado a los hombres, en el cual debamos salvarnos» (Hech 4,8-12).

Los Apóstoles, pues, no cambiaban a Dios, sino que anunciaban al pueblo que Cristo

era Jesús, el crucificado, a quien Dios resucitó. El mismo Dios que envió a los profetas es el que lo resucitó, y en él dio la salvación a los seres humanos.

2.3.1.4. Oración de la Iglesia

12,5. (Los sumos sacerdotes) quedaron, pues, confusos, tanto por la curación (pues el tullido favorecido con el milagro de la curación, como dice la Escritura, llevaba más de cuarenta años enfermo), como por la doctrina de los Apóstoles y la exposición de los profetas; soltaron a Pedro y a Juan. Estos volvieron a sus compañeros Apóstoles y discípulos del Señor (o sea a la Iglesia), y les contaron todo lo sucedido, y cómo ellos habían actuado valientemente en nombre de Jesús. Y toda la Iglesia los escuchó: «Unánimes levantaron la voz a Dios y dijeron: *Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y cuanto habita en ellos* (Sal 146[145],6)*; tú dijiste por medio de tu Santo Espíritu, por boca de David nuestro padre y siervo tuyo: ¿Por qué temblaron las naciones y los pueblos han urdido conjuras vanas? Los reyes de la tierra se aliaron y los príncipes conspiraron contra el Señor y su Ungido*» (Sal 2,1-2). Porque, en efecto, en esta ciudad se unieron contra tu santo Hijo Jesús, a quien tú ungiste, Herodes y Poncio Pilato con las naciones y el pueblo de Israel, para hacer todo aquello que tu poder y tu voluntad habían determinado de antemano» (Hech 4,24-28).

Estas fueron las palabras de aquella Iglesia de la que todas las demás nacieron. Estas las palabras de los habitantes de la gran ciudad del Nuevo Testamento. Estas las palabras de los Apóstoles, de los discípulos del Señor, de aquellos que después de la asunción del Señor, por medio del Espíritu se volvieron perfectos e invocaron al Dios que hizo el cielo, la tierra y el mar, que fue anunciado por los profetas, y a su Hijo Jesús a quien Dios ungió. Y no conocieron a ningún otro.

2.3.1.5. La predicación de los Apóstoles

En aquel tiempo no estaban ahí presentes ni Valentín, ni Marción, ni los demás que se pervierten a sí mismos y a cuantos están de acuerdo con ellos. Por eso el Dios Creador de todas las cosas los escuchó: «Tembló el lugar en donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y proclamaban con valentía la Palabra de Dios» (Hech 2,31) a cuantos querían creer. Pues «los Apóstoles con gran fuerza daban testimonio de que el Señor Jesús había resucitado», diciéndoles: «El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús a quien vosotros aprehendisteis y matasteis colgándolo del madero. Dios lo exaltó como Príncipe y Salvador en su gloria, para llevar a Israel al arrepentimiento y al perdón de los pecados. En él nosotros somos testigos de estas palabras, junto con el Espíritu Santo que el Señor dio a cuantos creen en él» (Hech 5,30-32). «Y todos los días continuaban en el templo enseñando y llevando la Buena Noticia de Jesucristo» (Hech 5,42) Hijo de Dios. Este es el conocimiento (gnosis) de la salvación que hace perfectos ante Dios a quienes conocen la venida de su Hijo.

12,6. Sin sentir vergüenza, algunos de ellos dicen: «Los Apóstoles no podían anunciar delante de los judíos a otro Dios distinto de aquél en el que ellos creían». Les respondemos que, si los Apóstoles hablaban a los hombres de acuerdo con la vieja

doctrina, entonces ninguno de ellos conoció la verdad, porque tampoco la habría recibido del Señor anteriormente (pues [los gnósticos] afirman que él también predicó de esta manera). Pero entonces tampoco ellos conocen la verdad, sino que recibieron la doctrina según podían, de acuerdo a «la opinión acerca de Dios tal como antes la tenían».

Si hiciésemos caso a sus palabras, nadie tendría una Regla de la Verdad; sino que cada uno de los discípulos la pondría en diversas cosas, pues cada cual predicaría según siente y alcanza a entender las prédicas que ha recibido. También parecería inútil el advenimiento del Señor, si hubiera venido para confirmar y conservar la opinión que cada uno de antemano tuviese en la cabeza. Y mucho más duro sería predicar que aquel hombre a quien los judíos habían visto y crucificado es el Cristo Hijo de Dios y su Rey eterno. Ciertamente no les hablaban a los judíos según la opinión que ellos se habían formado de antemano. Los Apóstoles que les echaban en cara ser asesinos del Señor ¡con cuánta más valentía les habrían anunciado «al Padre que está sobre el Demiurgo» en lugar de aquel en que cada uno pensaba! Y el pecado de los judíos habría sido mucho menor si se hubiese tratado de un Salvador de lo alto a quien ellos un día debían ascender, puesto que éste sería impasible y ellos no habrían podido crucificarlo.

Igualmente hicieron los Apóstoles al dirigirse a los paganos: no les predicaron de acuerdo con sus opiniones, sino que con valentía les decían que sus dioses no eran dioses, sino ídolos de los demonios. Y de modo semejante, si ellos hubieran conocido a «otro Padre mayor y más perfecto», lo habrían predicado a los judíos, en lugar de nutrir y fomentar la falsa opinión que ellos tenían de Dios. Finalmente, al destruir el error de los gentiles a fin de apartarlos de sus dioses, no les metían en la cabeza otro engaño; sino que, quitándoles aquellos ídolos que no eran dioses, les enseñaron quién es el único Dios y Padre verdadero.

2.3.1.6. La conversión de Cornelio

12,7. De las palabras que Pedro pronunció en Cesarea al Centurión Cornelio y a los gentiles que con él estaban (era la primera vez que se les dirigía la Palabra de Dios), podemos conocer las doctrinas que los Apóstoles enseñaban, su predicación y su modo de pensar acerca de Dios. Pues el tal Cornelio era «un hombre religioso que temía a Dios junto con toda su casa, distribuía muchas limosnas entre el pueblo y siempre oraba a Dios. Vio, pues, alrededor de la hora nona a un ángel del Señor que entraba y le decía: *Tus limosnas han subido a la presencia de Dios y las ha tomado en cuenta. Envía, pues, a buscar a Simón llamado Pedro*» (Hech 10,2-5). Por su parte, Pedro tuvo una revelación en la cual una voz del cielo respondió: «No llames profano aquello que Dios ha purificado» (Hech 10,15). Esto lo dijo porque, como la Ley de Dios distinguía entre lo puro y lo impuro, había purificado a los paganos por la sangre de su Hijo, a quien Cornelio veneraba.

Pedro, al llegar a él, dijo: «En verdad descubro que Dios no tiene acepción de personas, sino que, en todas las naciones, quien lo teme y obra la justicia le es aceptable» (Hech 10,34-35). Con estas palabras claramente dio a entender que ese Dios a quien Cornelio temía, del que había oído hablar a la Ley y los profetas, y por el cual hacía

limosnas, ése es el Dios verdadero. Sin embargo, le faltaba a Cornelio el conocimiento [del Hijo]. Por eso añadió: «Vosotros sabéis de qué se habla en toda la Judea, comenzando en Galilea después del bautismo que predicó Juan, acerca de Jesús de Nazaret, cómo Dios lo ungió con el Espíritu Santo y el poder. Pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de lo que hizo en la región de Judea y en Jerusalén, donde lo mataron colgándolo del madero. A éste Dios lo resucitó al tercer día y le concedió manifestarse, no a todo el pueblo, sino a nosotros, los testigos de antemano elegidos por Dios, que con él comimos y bebimos después de que resucitó de entre los muertos. El nos mandó anunciar a su pueblo y dar testimonio de que él ha sido designado por Dios juez de vivos y de muertos. Todos los profetas dan testimonio de él, a fin de que cuantos creen en él reciban en su nombre el perdón de los pecados» (Hech 10,37-43).

Luego los Apóstoles anunciaban a los gentiles al Hijo de Dios a quien ellos ignoraban, y su venida a quienes ya antes habían sido educados acerca de Dios. Pero no introducían a otro Dios. Pues si Pedro hubiese conocido a otro, libremente habría predicado a los gentiles: «Uno es el Dios de los judíos, y otro el de los cristianos»; y ellos, espantados por la visión del ángel, habrían creído todo cuanto se les dijese.

Mas por las palabras de Pedro es evidente que conservó el mismo Dios que ellos habían conocido de antemano; pero dio testimonio ante ellos de Jesucristo Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, en cuyo nombre mandó bautizarlos para el perdón de los pecados (Hech 10,42-43.48). Y no sólo esto, sino que además dio testimonio de que Jesús mismo es Hijo de Dios, ungido por el Espíritu Santo, y por eso se le llama Cristo. Es el mismo que nació de María, como lo supone el testimonio de Pedro.

2.3.1.7. Muchas doctrinas gnósticas, una sola Iglesia

¿Acaso Pedro aún no tenía ese conocimiento perfecto que ellos tiempo después encontraron? Según ellos Pedro habría sido imperfecto, y como él habrían sido imperfectos los demás Apóstoles. Será, pues, necesario que los Apóstoles resuciten y se hagan sus discípulos, para que también sean perfectos. Pero todo esto no es sino ridiculez. Esta gente no se muestra discípula de los Apóstoles, sino de sus propias ideas corrompidas. Por ese motivo cada uno de ellos sostiene una doctrina diferente, pues ha recibido el error según su capacidad de entender.

En cambio la Iglesia, que en todo el mundo ha tenido de los Apóstoles su origen, persevera en una sola y misma doctrina acerca de Dios y de su Hijo.

2.3.2. Felipe

12,8. ¿De quién habló Felipe al eunuco de la reina de Etiopía que regresaba de Jerusalén, y leía solo el libro del profeta Isaías? ¿Acaso no de aquel de quien el profeta dijo: «Como una oveja fue conducido al matadero, como un cordero que no abre su boca ante el que lo trasquila. ¿Quién narrará su nacimiento? Porque su vida será arrancada de la tierra» (Hech 8,32-33; Is 53,7-8)? Jesús es aquel en quien se cumplió esta Escritura, como lo confesó de inmediato el eunuco, en cuyo nombre pidió luego el

bautismo: «Creo que Jesús es el Hijo de Dios» (Hech 8,37). En seguida fue enviado a las regiones de Etiopía para predicar aquella fe en la que había creído: el único Dios a quien los profetas anunciaron, que su Hijo al venir se hizo hombre y fue llevado como oveja al matadero, y el resto del mensaje de los profetas acerca de él.

2.3.3. Pablo

12,9. Igualmente Pablo, una vez que el Señor le habló desde el cielo, el cual le reveló que él perseguía a su Señor al perseguir a sus discípulos, y le envió a Ananías para que de nuevo viera y fuera bautizado, «con toda valentía predicaba en las sinagogas de Damasco que Jesús es el Cristo Hijo de Dios» (Hech 9,20). Este es el misterio que él mismo confiesa le fue dado a conocer por revelación: que aquel que sufrió bajo Poncio Pilato es el Señor y Rey universal, Dios y Juez, el cual recibió del Dios de todas las cosas el poder, porque «se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2,8).

2.3.3.1. En el Areópago

Y, como ésta es la verdad, Pablo, anunciando a los atenienses en el Areópago, donde por la ausencia de Judíos le era posible predicar a Dios con entera libertad, les dijo: «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él y es el Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos fabricados ni puede ser tocado por manos humanas, ni tiene necesidad de cosa alguna; fue quien dio a todos la vida, el espíritu y todas las cosas; comenzando de la sangre de uno solo hizo que el género humano habitase sobre la faz de toda la tierra. El mismo determinó de antemano los tiempos de los pueblos en las fronteras de sus dominios, a fin de que los seres humanos buscaran lo divino tratando de tocarlo o de algún modo encontrarlo, aunque no está lejos de cada uno de nosotros. En efecto, en él vivimos, nos movemos y somos. Y, como algunos de vosotros, *nosotros también somos de su raza*. Y, pues somos raza de Dios, no hemos de pensar que lo divino es semejante al oro, la plata o la piedra, elaborados por el arte o la codicia humanos. Dios, no teniendo en cuenta los tiempos de la ignorancia, ahora ha mandado a todos los seres humanos en todas partes arrepentirse y volver a él; pues ha fijado un día en que el orbe de la tierra será juzgado en la justicia, por el hombre Jesús, en quien ha puesto el fundamento de la fe al resucitarlo de entre los muertos» (Hech 17,24-31).

En este pasaje Pablo no sólo anuncia, en ausencia de los judíos, al Dios Creador del mundo, sino también que «comenzando de la sangre de uno solo hizo que el género humano habitase sobre la faz de toda la tierra». Así había hablado Moisés: «Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, estableció las fronteras de los pueblos según el número de los ángeles de Dios» (Dt 32,8). Mas el pueblo que creyó en Dios ya no está bajo el poder de los ángeles, sino del Señor: «Porque la porción del Señor es su pueblo Jacob, la medida de su herencia es Israel» (Dt 32,9).

2.3.3.2. Pablo y Bernabé

Pablo se encontraba con Bernabé en Listra de Licaonia, y acababa de hacer caminar a un paralítico de nacimiento en nombre del Señor Jesucristo, cuando la multitud quiso

adorarlos como a dioses, por el milagro realizado. Pablo les dijo: «Nosotros somos hombres igual que vosotros, y os anunciamos a Dios, a fin de que, dejando los falsos ídolos, os volváis al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos habita. El permitió a todos los pueblos, en tiempos más tardíos, caminar cada uno por su camino, aunque no los abandonó sin darles un testimonio de sí mismo; pues desde el cielo os da la lluvia, las estaciones de frutos, llenando vuestros corazones de alimento y de alegría» (Hech 14,15-17).

Más adelante, en el momento adecuado, expondremos cómo todas las cartas del Apóstol concuerdan con esta enseñanza. Por ahora, mientras nos esforzamos por expresar de modo breve y compendioso lo que la Escritura revela de manera tan abundante, tú también escúchalo atentamente con grandeza de corazón. No imagines que se trata de alargar el discurso, sino que es imposible probar lo que la Escritura enseña si no es con los textos de la misma Escritura.

2.3.4. Esteban, Protomártir

12,10. Esteban, el primer diácono elegido por los Apóstoles, fue también el primero de los seres humanos que siguió las huellas del martirio del Señor. Fue el primer asesinado por la confesión de Cristo. Hablaba al pueblo con valentía, y le enseñaba diciendo: «El Dios de la gloria se dejó ver a nuestro padre Abraham y le dijo: *Sal de la tierra y de tu parentela, y ve a la tierra que yo te mostraré* (Gén 12,1). Y lo condujo a esta tierra que vosotros habitáis aquí y ahora, pero a él no le concedió en herencia ni siquiera la medida de un pie, sino que prometió darla como propiedad a su descendencia después de él. De esta manera le habló Dios: *Su descendencia será peregrina en tierra extraña, serán sometidos a servidumbre y maltratados durante cuatrocientos años*. Y añadió: *Yo juzgaré a la nación a la que estarán sometidos, dice el Señor, y después de que salgan me servirán en este lugar*. Y le dio el testamento de la circuncisión, después de lo cual engendró a Isaac» (Hech 7,2-8). Estas, y el resto de sus palabras, proclaman al mismo Dios que acompañó a José y a los patriarcas y con el que Moisés habló.

12,11. Tienen toda la doctrina de los Apóstoles, que anunció a un único y mismo Dios que hizo emigrar a Abraham, que le prometió una heredad, que a su debido tiempo estableció la alianza de la circuncisión, que de Egipto llamó a sus descendientes cuyo signo fue la circuncisión (a fin de tener una señal que los distinguiera de los Egipcios). A este mismo Dios Creador de todas las cosas, a este Padre de nuestro Señor Jesucristo, a este Dios de la gloria, quienes quieran lo pueden conocer de los Hechos de los Apóstoles, y mirar que uno solo es este Dios, sobre el cual no hay otro.

2.3.4.1. Contra los gnósticos, del testimonio de Esteban

Si hubiese otro Dios Superior, tendríamos que decir, por abundantes comparaciones, «éste es mejor que aquél». Pues aparece mejor por sus obras, como antes expusimos. Y como esas personas no tienen ninguna obra de su Padre que mostrar, queda probado que éste es el único Dios.

Tal vez alguno, afectado por la manía de discutir, opine que las expresiones de los

Apóstoles deben tomarse en sentido metafórico: que se ponga a estudiar nuestras exposiciones, en las cuales probamos que uno solo es el Dios Creador y Hacedor de todas las cosas, y con las cuales refutamos y denunciamos sus dichos. Descubrirá que ellas están de acuerdo con la doctrina de los Apóstoles cuando enseñaban y creían que éste es el único Dios Demiurgo de todas las cosas. Y, habiendo renunciado de su modo de pensar a errores tan enormes y a la blasfemia contra Dios, volverá otra vez a la razón y reconocerá que tanto la Ley de Moisés como la gracia del Nuevo Testamento, son adecuadas para todos los tiempos para el bien de la raza humana, y que ambas son un regalo del mismo Dios.

12,12. Todos los que defienden falsas teorías, y movidos por la Ley de Moisés piensan que ésta es diferente y aun contraria a la doctrina del Evangelio, no han puesto empeño en buscar los motivos de las diferencias entre los dos Testamentos. Alejados del amor del Padre e inflados por Satanás, quienes se convirtieron a la doctrina de Simón el Mago, con su ideología se han apartado del Dios verdadero, y creyeron haber descubierto algo más que los Apóstoles al encontrar a otro Dios.

Y cuando dicen: «Los Apóstoles anunciaron el Evangelio sintiendo de acuerdo con la mente los judíos», se juzgan a sí mismos más honestos y sabios que los Apóstoles. Por este motivo Marción y sus seguidores se pusieron a recortar las Escrituras. En absoluto desconocen muchos de los libros. Mutilan el Evangelio según Lucas y las cartas de Pablo, y proclaman como legítimos sólo aquellos que ellos mismos han truncado. Por nuestra parte, con el favor de Dios los refutaremos en otra obra, usando incluso esas mismas partes que ellos han conservado.

Todos los demás, hinchados con el falso nombre de gnosis, confiesan creer en las Escrituras, pero las interpretan de modo trastornado, como hemos probado en el primer libro.

Los marcionitas, para comenzar, blasfeman contra el Demiurgo, diciendo que es el autor del mal. Mas aun este principio suyo sería más tolerable, pues concluyen que por naturaleza hay dos dioses alejados uno del otro, uno bueno y otro malo.

Los valentinianos usan vocablos más honorables, y presentan al Demiurgo como Padre, Señor y Dios; sin embargo, han optado por una ideología aún más blasfema; pues dicen que el Creador «no ha sido emitido por ninguno de los Eones que se encuentran en la Plenitud», sino que lo hacen provenir «de la penuria expulsada del Pléroma».

Todas estas falacias les vienen de la ignorancia acerca de las Escrituras y la Economía de Dios. Por nuestra parte, más adelante trataremos sobre el motivo de la diferencia entre los dos Testamentos, y acerca de la unidad y acuerdo entre ambos.

2.3.4.2. Oración y martirio de Esteban

12,13. Los Apóstoles y sus discípulos enseñaban del mismo modo como la Iglesia predica. Al enseñar de esta manera fueron perfectos (por eso fueron elevados a la perfección). Como Esteban enseñaba estas cosas cuando aún estaba sobre la tierra, «vio la gloria de Dios y a Jesús a su diestra, y exclamó: *Veo los cielos abiertos y al Hijo del*

Hombre de pie a la diestra de Dios» (Hech 7,55-56). Habiendo dicho esto fue lapidado. De esta manera cumplió «la doctrina perfecta», imitando en todo al Maestro hasta el martirio, ya que oró por los mismos que lo mataban: «Señor, no les imputes este pecado» (Hech 7,60). De este modo eran perfectos quienes conocían al único y mismo Dios desde el principio hasta el final, el cual ayudó al género humano con diversas Economías. Así enseñó el profeta Oseas: «Multiplicaré las visiones y por los profetas hablaré en parábolas» (Os 12,11).

Por consiguiente, quienes han entregado sus vidas hasta la muerte por el Evangelio de Cristo, ¿cómo habrían podido hablar según las ideas que ya tenían los hombres? Si lo hubiesen hecho, no habrían sido asesinados. Pero, como predicaban cosas contrarias a aquellos que no toleraban la verdad, por eso sufrieron. Es, pues, evidente que no traicionaron la verdad, sino que con toda valentía predicaban a judíos y griegos: a los judíos, que Jesús, a quien ellos habían crucificado, es el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, que recibió del Padre el reino eterno de Israel, como antes demostramos. A los griegos, que es uno solo el Dios que hizo todas las cosas, y les anunciaron a Jesús como a su Hijo.

2.3.5. El Concilio de Jerusalén

12,14. Todo lo anterior resulta más claro de la carta que los Apóstoles enviaron no a los judíos ni a los griegos, sino a los creyentes en Cristo que provenían del paganismo, para confirmarlos en su fe. Algunos personajes habían bajado de Judea a Antioquía (en donde los discípulos del Señor por primera vez fueron llamados cristianos, por la fe que tenían en Cristo) y querían convencer a los que creían en el Señor, de que debían circuncidarse y observar la Ley en todas sus acciones. Pablo y Bernabé se dirigieron a los demás Apóstoles en Jerusalén, para discutir esta cuestión. Habiéndose reunido toda la Iglesia, Pedro les dijo: «Hermanos, bien sabéis que desde tiempo atrás Dios me eligió de entre vosotros para que de mi boca los gentiles escuchasen la palabra del Evangelio y creyesen. Dios, que escudriña los corazones, dio testimonio ante ellos, dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros, y no hizo diferencia alguna entre ellos y nosotros, sino que por la fe purificó sus corazones. Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios, queriendo imponer sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar? Sino que creemos poder salvarnos por la gracia de Jesucristo, al igual que ellos» (Hech 15,7-11).

Después de Pedro, Santiago añadió: «Hermanos, Simón ha contado cómo Dios decidió reunir de entre los gentiles un pueblo para su nombre. Esto está de acuerdo con las palabras de los profetas, que así escribieron: *Después de esto regresaré y reconstruiré la tienda de David que ha caído. Repararé sus ruinas y la levantaré de nuevo, a fin de que todos los demás seres humanos busquen al Señor, así como todos los pueblos en los cuales se ha invocado mi nombre sobre ellos*. Lo dice Dios, que realiza estas cosas. Desde siempre conocemos la obra de Dios. Por eso, de mi parte juzgo que no se debe molestar a los gentiles que se convierten al Señor, sino que se les debe mandar que renuncien a la vanidad de los ídolos, a la fornicación, a la sangre, y que no hagan a otros

lo que no quieren que se les haga a ellos» (Hech 15,13-20).

Después de estas intervenciones, todos estuvieron de acuerdo y escribieron lo siguiente: «Los Apóstoles y los Presbíteros a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia que vienen de la gentilidad, salud. Hemos oído que, sin ningún mandato de nuestra parte, algunos salidos de entre nosotros os han perturbado con sus palabras y herido vuestras almas, ordenándoos: *Circuncidaos y cumplid la Ley*. Por ello, habiéndonos reunido, nos ha parecido conveniente enviaros varones elegidos junto con nuestros muy queridos Bernabé y Pablo, hombres que entregaron sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Os enviamos, pues, a Judas y Silas, los cuales con sus palabras os comunicarán nuestra decisión: Pues nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna otra carga fuera de las cosas necesarias, que os abstengáis de las comidas ofrecidas a los ídolos, de la sangre y de la fornicación. Asimismo, que no hagáis a otros lo que no queréis que los otros os hagan. Observando bien estas cosas obraréis bien, caminando en el Espíritu Santo» (Hech 15,23-29).

Por todo esto es claro que no enseñaban que hay «otro Padre», sino que ofrecían el Nuevo Testamento de la libertad a quienes de reciente habían creído en Dios por obra del Espíritu Santo. Estos por su parte, al preguntar si aún era necesario circuncidar a los discípulos, claramente mostraban que no tenían en mente a «otro Dios».

2.3.5.1. Los Apóstoles respetaron la Ley

12,15. Si no hubiese sido así, no habrían tenido tal respeto por el primer Testamento, hasta el punto de no querer participar de la mesa con los paganos. Pues Pedro, aunque había sido enviado a evangelizarlos y la visión lo había impresionado, aún les habló con gran temor, diciendo: «Vos sabéis que no es permitido a un judío relacionarse con un extranjero o entrar en su casa. Pero Dios me ha revelado que ningún hombre es manchado o impuro. Por eso he venido sin reparo» (Hech 10,28-29). Con estas palabras les dio a entender que no habría ido a ellos si no se le hubiese mandado. Ni les hubiera dado el bautismo tan fácilmente, si no los hubiese oído profetizar por el Espíritu Santo que se había posado sobre ellos. Por eso añadió: «¿Acaso se puede prohibir ser bautizados con agua a quienes han recibido el Espíritu Santo como nosotros?» (Hech 10,47). Con ello quiso dar a entender a los que estaban con él que, si el Espíritu Santo no hubiese bajado sobre ellos, habría habido quien les negase el bautismo.

En cuanto a los Apóstoles que rodeaban a Santiago, permitían a los gentiles actuar libremente, confiándolos al Espíritu de Dios. Sin embargo, ellos mismos, conociendo a Dios, perseveraban en las antiguas observancias; a tal punto que Pedro, temiendo que lo condenaran, aunque antes comía con los gentiles por la visión y por el Espíritu que reposaba en ellos, no obstante, habiendo llegado algunos del partido de Santiago, se apartó y ya no comía con ellos. Pablo dijo que también Bernabé había hecho lo mismo.

De este modo los Apóstoles, a quienes el Señor hizo testigos de todas sus obras y de su doctrina (pues siempre encontramos a su lado a Pedro, Santiago y Juan) se comportaban con reverencia respecto a las ordenanzas de la Ley de Moisés. Así mostraban que Dios es uno y el mismo. Esto no lo habrían hecho, como antes hemos

dicho, si hubiesen aprendido del Señor que, aparte de aquel Dios que decidió la Economía de la Ley, hay «otro Padre».

2.3.6. Valor de los Hechos de los Apóstoles

2.3.6.1 Pablo no está por encima de los Apóstoles

13,1. El mismo Apóstol refuta a quienes afirman que sólo Pablo conoció la verdad, al cual «se le manifestó el misterio por una revelación», cuando dice que el único y mismo Dios «llevó a cabo en Pedro el apostolado de la circuncisión, y en mí el de los gentiles» (Gál 2,8). Luego Pedro era enviado del mismo Dios que Pablo; y aquel Dios al que Pedro anunciaba a los circuncisos, Pablo lo predicaba a los gentiles. Tampoco vino el Señor a salvar sólo a Pablo; ni Dios es tan pobre que únicamente haya tenido un Apóstol a quien dar a conocer la Economía de su Hijo. Pablo, en efecto, escribe: «¡Qué hermosos son los pies de quienes evangelizan el bien, de quienes evangelizan la paz!» (Rom 10,15; Is 52,7), poniendo en claro que no era uno solo, sino muchos quienes evangelizaban. Además, en la Carta a los Corintios, habiendo hablado de todos aquellos que vieron al Señor tras la resurrección, añade: «Tanto ellos como yo esto anunciamos y esto habéis creído» (1 Cor 15,11). De este modo confesó que era una sola y la misma la predicación de aquellos que vieron al Señor después de que resucitó de entre los muertos.

2.3.6.2. Legitimidad de los otros Apóstoles

13,2. El Señor respondió a Felipe que deseaba ver al Padre: «¿Tanto tiempo he estado con vosotros y aún no me conoces, Felipe? Quien me ve también ve al Padre. ¿Cómo dices: *Muéstranos al Padre*? Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí». «Ahora me habéis visto y conocido» (Jn 14,7.9). Por consiguiente, si el Señor dijo a los discípulos que lo habían conocido a él y al Padre (y el Padre es la Verdad), entonces quienes pregonan que «(los discípulos) no conocieron la verdad», son hombres que dan falso testimonio, alejados como están de la doctrina cristiana.

¿Para qué el Señor envió a doce Apóstoles «a las ovejas perdidas de Israel» (Mt 10,2.6), si «no conocieron la verdad»? ¿Y cómo fueron setenta los que predicaron (Lc 10,1), si «no conocieron la verdad» de la predicación? ¿O cómo podía ignorarla Pedro, a quien el Señor dio el testimonio siguiente: «La carne y la sangre no te lo han revelado, sino el Padre que está en los cielos» (Mt 16,17), que equivale a esto otro: «Pablo, Apóstol no de parte de los hombres ni por medio de un hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre» (Gál 1,1)? El Hijo los condujo al Padre, y el Padre les reveló al Hijo.

2.3.6.3. Pablo acata a los Apóstoles

13,3. Que Pablo condescendió con aquellos que habían apelado a los Apóstoles contra él, acerca del problema, y él mismo subió a Jerusalén con Bernabé para dirigirse a ellos -y no sin motivo, sino para que confirmasen la libertad de los gentiles-, él mismo lo explica en la Carta a los Gálatas: «Luego, después de 14 años subí a Jerusalén con Bernabé, y llevé conmigo también a Tito. Subí siguiendo una revelación, y discutí con

ellos la Buena Nueva que predico entre los gentiles» (Gál 2,1-2). Y añade: «En ningún momento cedimos en someternos, a fin de que la verdad del Evangelio se mantenga entre vosotros» (Gál 2,5).

2.3.6.4. Acuerdo de Lucas y Pablo

Y si alguien investiga con cuidado en los Hechos de los Apóstoles la época a la que Pablo se refiere cuando escribe «subí a Jerusalén» por el problema antedicho, verá que los años corresponden con precisión a los que Pablo ha señalado. Así pues, la predicación de Pablo y el testimonio de Lucas concuerdan y son prácticamente los mismos.

14,1. Lucas fue inseparable de Pablo y colaboró con él en el Evangelio, como él mismo puso por escrito no para gloriarse, sino impulsado por la verdad. Escribe que, «habiéndose separado de Pablo, Bernabé y Juan llamado Marcos, navegaron a Chipre» (Hech 15,39), «*nosotros* nos dirigimos a Tróade» (Hech 20,6). Y, cuando Pablo vio en sueños a un macedonio que le decía: «¡Ven a Macedonia a socorrernos!», añade en seguida: «Tratamos de partir para Macedonia, comprendiendo que el Señor nos llamaba a evangelizarlos. Por ello, navegando a Tróade, nos dirigimos a Samotracia» (Hech 16,9-11). En seguida narra con cuidado su viaje hasta llegar a Filipos, y cómo predicaron ahí el primer sermón: «Sentados hablamos a las mujeres que se habían congregado» (Hech 16,13). Recuerda a los muchos que creyeron, y añade: «Después de los días de Pascua navegamos a Filipos y llegamos a Tróade, donde permanecimos por siete días» (Hech 20,5-6). Lucas narra por orden todo lo que llevó a cabo con Pablo, indicando con toda diligencia los lugares, ciudades y número de días, hasta que subieron a Jerusalén. Luego refiere lo que le sucedió a Pablo, y cómo fue enviado prisionero a Roma, el nombre del centurión que lo recibió, las insignias de la nave, cómo naufragaron, la isla en que se salvaron, las gentilezas de que fueron objeto cuando Pablo curó al jefe de la isla, cómo de ella navegaron hacia Pozzuoli, su viaje de ahí a Roma y cuánto tiempo permanecieron en Roma. Lucas estuvo presente en todo y lo redactó minuciosamente, a fin de que nadie lo juzgue un mentiroso o arrogante, pues todos estos hechos eran conocidos, y él es más antiguo que todos aquellos que andan diciendo que ignoraba la verdad.

Y que Lucas haya sido no sólo compañero, sino también colaborador de los Apóstoles, sobre todo de Pablo, éste mismo lo refiere en sus cartas: «Dimas me ha abandonado y se ha ido a Tesalónica, Crescente se ha ido a Galacia, Tito a Dalmacia. Sólo Lucas queda conmigo» (2 Tim 4,10-11). Esto muestra que Lucas siempre estuvo junto a él y fue inseparable de Pablo. También en la Carta a los Colosenses dice: «Os saluda Lucas, el querido médico» (Col 4,14). Si Lucas, que siempre anduvo predicando con Pablo, y a quien éste llamó «querido», y con él evangelizó y tuvo la misión de narrarnos la Buena Nueva, de Pablo no aprendió ninguna otra cosa, según hemos expuesto, ¿cómo aquellos que nunca anduvieron con Pablo presumen de «haber aprendido misterios arcanos e inenarrables»?

2.3.6.5. Pablo no tiene una enseñanza secreta

14,2. Pablo enseñó simplemente cuanto sabía, no sólo a los que andaban con él, sino también a todos sus oyentes, como lo declaró él mismo. En efecto, en Mileto convocó a los obispos y presbíteros que se hallaban en Efeso y en las ciudades cercanas, «porque él se daba prisa para celebrar en Jerusalén la fiesta de Pentecostés» (Hech 20,16-17), y les dio muchos testimonios, diciéndoles cuanto debía suceder en Jerusalén: «Sé que ya no veréis mi cara. Así pues, os declaro hoy que estoy puro de toda sangre. Y no me he sustraído a la misión de anunciaros toda palabra de Dios. Por tanto, tened cuidado de vosotros mismos y de todo el rebaño ante el cual el Espíritu Santo os ha puesto como obispos para regir la Iglesia del Señor que él mismo ha adquirido con su sangre» (Hech 20,25-28). En seguida, previendo que habría de haber falsos maestros, añadió: «Sé que después de mi partida vendrán a vosotros lobos rapaces que no perdonarán el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que enseñen doctrinas perversas para arrastrar a los discípulos detrás de sí» (Hech 20,29-30).

Dijo: «No me he sustraído a la misión de anunciaros toda palabra de Dios». Es así como los Apóstoles de manera simple y sin rehusarlo a ninguno, transmitían a todos cuanto ellos mismos habían aprendido del Señor. Igualmente Lucas, sin negarlo a nadie, nos transmitió lo que de ellos había aprendido, pues él mismo testifica: «Como nos lo transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la Palabra» (Lc 1,2).

2.3.7. Valor del Evangelio de Lucas

2.3.7.1. Sus pasajes propios

14,3. Si alguno se atreve a acusar a Lucas de «no conocer la verdad», claramente rechaza el Evangelio del que pretende ser discípulo. En efecto, muchas cosas del Evangelio, y entre las más necesarias, las conocemos sólo por él, como por ejemplo:

La generación de Juan y la historia de Zacarías (Lc 1,5-25);

la venida del ángel a María y la confesión de Isabel (Lc 1,26-28 y 42-45);

la anunciación de los ángeles a los pastores y su contenido (Lc 2,8-14);

el testimonio de Simeón y Ana sobre Cristo (Lc 2,25-38);

su pérdida en Jerusalén a los 12 años (Lc 2,41-50);

sobre el bautismo de Juan, y que el Señor fue bautizado cuando tenía alrededor de 30 años, durante el 15º de Tiberio César (Lc 3,3.23);

y, de su doctrina, aquello que dijo a los ricos: «¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestra consolación! ¡Ay de los hartos, porque tendréis hambre!» (Lc 6,24-25).

Sólo por Lucas conocemos éstas y otras cosas, así como muchas acciones del Señor a las que todos ellos recurren, como

la multitud de peces que Pedro y sus compañeros atraparon cuando el Señor les mandó echar la red (Lc 5,4-6);

la mujer que sufría desde 18 años atrás y que fue curada en sábado (Lc 13,10-17);

el hidrópico a quien el Señor curó en sábado, y la disputa que él sostuvo por haber curado en ese día (Lc 14,1-6);

su enseñanza a los discípulos sobre no buscar los primeros puestos (Lc 14,7-11);

la necesidad de invitar a los pobres y enfermos que no tienen cómo retribuir (Lc 14,12-14);

el que llama a su amigo de noche para pedirle pan, y es atendido por su insistencia inoportuna (Lc 11,5-8);

la comida en casa del fariseo y cómo una mujer pecadora besaba sus pies y los ungía con ungüento; además, todo lo que le dijo a ella y a Simón, acerca de los dos deudores (Lc 7,36-50);

la parábola del rico que logró muchas cosechas y las guardó en el granero, al que le dijo: «Esta noche se te pedirá tu alma, ¿de quién será todo lo que has recogido?» (Lc 12,16-20);

el rico que se vestía de púrpura y se dedicaba a divertirse suntuosamente, y el pobre Lázaro (Lc 16,19-31);

su respuesta cuando los discípulos le preguntaron: «¡Auméntanos la fe!» (Lc 17,5-10);

la conversación con Zaqueo el publicano (Lc 19,1-10);

el fariseo y el publicano que al mismo tiempo oraban en el templo (Lc 18,9-14);

los diez leprosos que él curó de camino (Lc 17,11-19);

su mandato de convocar a la boda, de las aldeas y plazas (Lc 14,21-24);

la parábola del juez que no temía a Dios, al que la viuda instaba para que le hiciera justicia (Lc 18,1-8);

la higuera en medio de la viña, que no producía fruto (Lc 13,6-9).

Podríamos encontrar muchos otros pasajes que se hallan sólo en Lucas, de los cuales también Marción y Valentín hacen uso. Mas, sobre todos ellos, su conversación en el camino con los dos discípulos y cómo lo reconocieron en el partir del pan (Lc 24,13-35).

2.3.7.2. Aceptar a Lucas todo entero (contra Marción)

14,4. Es preciso, pues, o que ellos acepten el resto de su doctrina, o que renuncien a toda ella. No tiene ningún sentido para quienes piensan un poco, acoger algunas de las enseñanzas de Lucas como si se tratase de la verdad, y rechazar otras porque «no conoció la verdad». Por tanto, si los marcionitas repudian unas partes, no tendrán ya el Evangelio: pues, como antes dijimos, ellos mutilan el de Lucas, y luego presumen de tener el Evangelio. Los valentinianos deben dejarse de tanta verborrea; pues de Lucas han sacado muchos pretextos para sus vanas prédicas, interpretando mal lo que él ha dicho bien. Mas, si se ven obligados a aceptar el resto, poniendo atención al «Evangelio perfecto» y a la doctrina de los Apóstoles, tendrán que convertirse si quieren salvarse de ser condenados.

2.3.8. No excluir al Apóstol Pablo (contra ebionitas y judaizantes)

15,1. Reiteramos los mismos argumentos contra quienes no reconocen al Apóstol Pablo: o deben renunciar a las demás palabras del Evangelio que hemos llegado a conocer a partir sólo de Lucas, o, si reciben toda la doctrina, necesitan acoger también su testimonio acerca de Pablo; pues él mismo narra cómo el Señor habló al Apóstol desde el cielo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesucristo, a quien tú persigues», y en seguida añade las palabras del Señor a Ananías refiriéndose a Pablo: «Ve, porque él es para mí un vaso de elección, y debe llevar mi nombre a los gentiles, a los reyes y a los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto, a partir de este momento, debe sufrir por mi nombre» (Hech 9,5.15-16; 22,7-8; 26,14-15).

Así pues, quienes no reciben a aquel que fue elegido por Dios para que con toda valentía lleve su nombre, enviado a las naciones, como arriba dijimos, desprecian la elección del Señor, y se segregan a sí mismos de la comunidad de los Apóstoles. Y no tienen derecho de alegar que Pablo no sea un Apóstol, pues para esto fue elegido. Ni pueden refugiarse en la excusa de que Lucas es un falsario, pues nos anuncia la verdad con tanto esmero. Tal vez por este motivo Dios decidió revelarnos por medio de Lucas tantas cosas del Evangelio a las que todos necesitan recurrir, a fin de que, siguiendo la doctrina de los Apóstoles y la Regla de la Verdad sin adulterarla, puedan ser salvos. En consecuencia, el testimonio de Lucas es verdadero, la doctrina de los Apóstoles es clara, sólida y no oculta nada, ni «enseñan unas cosas abiertamente y otras en secreto».

2.4. Conclusiones

2.4.1. La situación de los gnósticos

15,2. Esto último, en cambio, es el punto de apoyo de los mentirosos, seductores e hipócritas, como es el caso de los valentinianos. Estos, en efecto, ante la multitud usan un tipo de predicación que llaman «común» o «eclesiástica», dirigida a los fieles de la Iglesia, para atrapar y seducir a los más sencillos, haciéndoles creer que predican nuestra doctrina, a fin de que más gente los oiga. Incluso se quejan de que, pues están de acuerdo con nosotros en la fe, no entienden por qué nos alejamos de ellos, y por qué, los llamamos herejes si sostienen y predican la misma doctrina. Pero, una vez que han logrado apartar a algunos de la fe, mediante cuestiones que les proponen y sin darles ocasión de presentar sus objeciones, los apartan para enseñarles en secreto «el misterio del Pléroma».

Se engañan todos aquellos que creen poder distinguir en sus palabras lo que es verdadero de aquello que solamente lo aparenta: porque el error es convincente, verosímil y oculto; en cambio la verdad no busca el secreto, y por eso ha sido revelada a los pequeños. Mas, si alguno de entre sus oyentes les pide razones o los contradice, lo ridiculizan como a quien «no entiende la verdad ni ha recibido de las regiones superiores el semen de su Madre»; en suma, nada le responden, con el pretexto (le dicen) de que «pertenece al estadio intermedio» o sea a los «psíquicos». En cambio si alguno, como una ovejita, se les entrega para imitarlos y recibir de ellos «la redención», de tal manera

se infla que llega a imaginar que no pertenece ya ni al cielo ni a la tierra, por haber ingresado al Pléroma y «abrazado a su Angel». Desde entonces camina con la cabeza erguida, mirando desde arriba, con la ostentación de un gallo.

También hay entre ellos quienes enseñan que es necesaria una buena conducta para alcanzar «al Hombre que viene de lo alto». Por eso fingen una seriedad afectada. Muchos de ellos desprecian a los demás, porque ya pertenecen a los perfectos. Viven sin respetar a los demás, teniéndolos en menos, pues a sí mismos se llaman espirituales, y presumen de ya haber logrado conocer al que vive en el Pléroma, que es su lugar de refrigerio.

2.4.2. Un solo Dios verdadero

15,3. Pero volvamos al tema que estábamos tratando. Ha sido declarado con toda evidencia que los predicadores de la verdad y Apóstoles de la libertad, a ningún otro llamaron Dios o Señor, sino al único Dios verdadero, el Padre, y a su Verbo que tiene la soberanía sobre todas las cosas (Col 1,18). También quedará claro que no confesaron ni reconocieron a otro Dios y Señor, sino al Demiurgo del cielo y de la tierra, que habló con Moisés, le entregó la Economía de la Ley y llamó a los padres. Así pues, ha quedado expuesta la doctrina de los Apóstoles y de sus discípulos, a partir de sus mismas palabras acerca de Dios.

3. El Verbo de Dios se hizo hombre

3.1. Enseñanza de los gnósticos

16,1. Hay, sin embargo, quienes enseñan que Jesús fue el receptáculo del Cristo, sobre el cual «el Cristo descendió desde las alturas en forma de paloma», y, una vez que hubo señalado «al Padre innombrable», «habría retornado al Pléroma, de manera incomprensible e invisible». Y no únicamente los seres humanos, sino que ni siquiera «las Potestades y Poderes que están en el cielo son capaces de captarlo». Jesús sería sin duda el Hijo, mas su padre sería el Cristo, y el Padre de Cristo, Dios. Otros andan diciendo que «sufrió sólo en apariencia, puesto que es impasible». Los valentinianos distinguen entre el «Jesús de la Economía», que «pasó a través de María», sobre el cual posteriormente «de la región superior descendió el Salvador», al cual también se le llama Cristo «por llevar el nombre de todos aquellos que lo han emitido». Este habría entrado en comunión con «aquel que viene de la Economía», de su «Poder» y de su «Nombre», a fin de que la muerte quede vacía. Se conocería el Padre por «el Salvador que descendió de la región superior», al cual indican como el receptáculo mismo de Cristo y de todo el Pléroma.

Siendo así, confiesan con la lengua un solo Jesucristo; pero en su modo de entender lo separan (pues esta es su regla, como ya antes expusimos: decir que uno es el Cristo que fue enviado «por el Unigénito, a fin de reordenar el Pléroma», y otro diverso es el Salvador, emitido para «dar gloria al Padre», y otro más el «de la Economía», el cual, según dicen, es el que sufrió, mientras que «regresaba al Pléroma el Salvador» portador del Cristo).

Por eso juzgamos necesario exponer toda la doctrina de los Apóstoles acerca de nuestro Señor Jesucristo, y probarles que ellos no sólo no han entendido nada sobre él; sino mucho más: que el Espíritu Santo por medio de los Apóstoles ha advertido de antemano que ellos, sometidos a Satanás, darían origen a tales doctrinas para echar abajo la fe de algunos y apartarlos de la Vida.

3.2. Testimonios del Nuevo Testamento

3.2.1. Juan

16,2. Juan sabe que el único y mismo Verbo de Dios, es el Unigénito que se encarnó por nuestra salvación, Jesucristo nuestro Señor. Esto lo hemos expuesto suficientemente a partir de las mismas palabras de Juan.

3.2.2. Mateo

Mateo reconoce al único y mismo Jesucristo, al exponer su generación humana de la Virgen, como Dios prometió a David que del fruto de su seno suscitaría a un Rey eterno (Sal 132[131],11) después de haber hecho a Abraham la misma promesa. Dice: «Libro del origen de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham» (Mt 1,1). Luego, para librar nuestra mente de toda sospecha respecto a José, dice: «La concepción de Cristo sucedió así: estando su madre desposada con José, antes de que viviesen juntos se encontró que había concebido por obra del Espíritu Santo» (Mt 1,18); y como José pensase en abandonar a María porque estaba encinta, el ángel del Señor se le presentó y le dijo: «No temas recibir a María tu esposa; porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo. Dará a luz a un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús: porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había dicho por el profeta: *He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emmanuel, que significa Dios con nosotros*» (Mt 1,20-23), dando a entender claramente que la promesa hecha a los padres se había cumplido; pues de la Virgen había nacido el Hijo de Dios, y éste mismo era el Cristo Salvador que los profetas habían predicado. Pero no es como dicen ellos, que Jesús es el mismo que nació de María, pero que «el Cristo descendió de arriba». De otro modo, Mateo habría podido decir: «La generación de Jesús es como sigue»; pero como el Espíritu Santo previó a los calumniadores, predisponiéndose contra su fraudulencia, dijo por Mateo: «Este fue el origen de Cristo». Y como éste es el Emmanuel, para que no lo juzgásemos sólo un hombre: «El Verbo se hizo carne no de la voluntad de la carne, ni de deseo de varón, sino de la voluntad de Dios» (Jn 1,13-14); para que así no fuese posible sospechar que uno sea Jesús y otro el Cristo, sino supiésemos que es uno y el mismo.

3.2.3. Pablo

16,3. Esto mismo expuso Pablo escribiendo a los romanos: «Pablo, apóstol de Cristo Jesús, escogido para el Evangelio de Dios que prometió por sus profetas en las santas Escrituras acerca de su Hijo, que nació de la simiente de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder, mediante el Espíritu de santidad, por su resurrección

de entre los muertos» (Rom 1,1-4); y escribiendo de nuevo a los romanos les dice acerca de Israel: «De los padres proviene Cristo según la carne, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos» (Rom 9,5); y también en la Carta a los Gálatas dice: «Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo único, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibamos la adopción» (Gál 4,4-5). De este modo claramente indicó que es único el Dios que por los profetas prometió a su Hijo, y que es único Jesucristo nuestro Señor, que es del linaje de David porque fue engendrado de (*ex*) María, Jesucristo, Hijo de Dios destinado en poder según el Espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos, para que sea el primogénito de los muertos (Col 1,18) como era ya el primogénito de toda criatura (Col 1,15), el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre para que por él recibamos la adopción, si el hombre lleva, acoge y abraza al Hijo de Dios.

3.2.4. Marcos

Por ese motivo Marcos empieza: «Inicio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en los profetas...» (Mc 1,1), con lo cual reconoce que Jesucristo es el único y mismo Hijo de Dios, anunciado por los profetas, nacido de las entrañas de David (Sal 132[131],11), el Emmanuel (Is 7,14), «el Angel del gran consejo» (Is 9,5) del Padre, por el cual Dios ha hecho elevarse «el Sol Levante sobre la casa de David», y ha «levantado un cuerno de salvación» (Is 7,13; Lc 1,78-79), para lo cual «ha suscitado un Testimonio en Jacob» (Sal 78[77],5), como dijo David reflexionando sobre los motivos de su generación: «El ha establecido una Ley en Israel a nuestros padres para que la enseñen a la siguiente generación, a fin de que los hijos nacidos de éstos se levanten para contarla a sus hijos, para que pongan en Dios su esperanza y busquen sus preceptos» (Sal 78[77],5-7).

3.2.5. Lucas

Además el ángel anunció a María: «Este será grande y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor le dará el trono de David su Padre» (Lc 1,32). Al mismo tiempo confiesa Hijo del Altísimo a aquel mismo a quien llama hijo de David. Por eso David, conociendo por el Espíritu la Economía de su venida, por la cual «es soberano de todos los vivos y muertos» (Rom 14,9), lo confesó «Señor sentado a la derecha» (Sal 110[109],1) del Padre altísimo.

16,4. Simeón, que había recibido del Espíritu Santo la promesa de que no vería la muerte antes de ver a Cristo, al recibir en sus manos a este Jesús primogénito de la Virgen, bendijo a Dios diciendo: «Ahora deja a tu siervo ir en paz, Señor, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación, que preparaste a la faz de todos los pueblos, luz para la revelación de las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,29-32); así confesó Cristo e Hijo de Dios al niño Jesús nacido de María que llevaba en brazos, luz de los hombres y gloria del mismo Israel, paz y refrigerio de los que han dormido. Empezaba ya a despojar de su ignorancia a los hombres, dándoles su conocimiento y haciendo botín de quienes lo conocen, como dice Isaías: «Llámalo: *Despoja*

rápidamente, haz botín velozmente» (Is 8,3). Pues son éstas las obras de Cristo. Y ése era el Cristo, el que llevaba Simeón al bendecir al Altísimo (Lc 2,28), viendo al cual los pastores glorificaban a Dios (Lc 2,20), al cual saltando de gozo saludó Juan, cuando estaba aún en el vientre de su madre y él en la matriz de María, reconociéndolo como Señor.

Los Magos lo adoraron al verlo, y le ofrecieron los dones que ya antes indicamos, y postrándose ante el Rey eterno, «se fueron por otro camino» (Mt 2,12), ya no regresaron por el de los Asirios: «Porque antes de que el niño aprenda a decir *papá* y *mamá*, recibirá el poder de Damasco y los despojos de Samaria, contra el rey de los asirios» (Is 8,4). De modo velado pero profundo, todas estas cosas manifiestan que «el Señor triunfó sobre Amalec con mano oculta» (Ex 17,16). Por este motivo arrancó de esta vida a los hijos de la casa de David a quienes había tocado en suerte nacer en ese tiempo, para enviarlos de antemano a su reino. Siendo él mismo un niño, de hijos de los hombres aún niños hizo mártires, muertos por Cristo que, según las Escrituras, «nació en Judea», «en la ciudad de David» (Mt 2,5; Lc 2,11).

16,5. Por eso el Señor dijo a sus discípulos después de la resurrección: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer en todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera y entrara así en su gloria?» (Lc 24,25-26). Y añadió: «Estas palabras os he dicho mientras aún estaba con vosotros, porque *es necesario que se cumpla todo cuanto está escrito sobre mí en Moisés, en los profetas y en los salmos*. En seguida les abrió la mente para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: *Así está escrito... el Cristo debía padecer y resucitar de entre los muertos ... y su nombre ha de ser predicado en todas las naciones para el perdón de los pecados*» (Lc 24,44-47).

Este es aquel que nació de María: «Es necesario que el Hijo del hombre sufra muchas cosas, sea condenado, crucificado y resucite al tercer día» (Lc 9,22; Mc 8,31). El Evangelio, pues, no conoce a otro *Hijo del Hombre*, sino a aquel que nació de María y sufrió; y a este mismo Jesucristo nacido, lo reconoció Hijo de Dios, y de éste mismo dice que sufrió y resucitó.

3.2.6. Juan

Juan, el discípulo del Señor, lo confirmó diciendo: «Estas cosas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Hijo de Dios, y creyendo tengáis vida eterna en su nombre» (Jn 20,31). Lo hizo porque preveía estas opiniones blasfemas que, en cuanto pueden, dividen al Señor, diciendo que fue hecho de dos substancias. Por eso da testimonio en su epístola: «Hijitos, esta es la última hora. Oísteis que el Anticristo había de venir, pues bien, muchos anticristos han venido: por eso sabéis que es la última hora. Salieron de entre nosotros, pero no eran de nosotros; pues si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero para que se manifieste que no son de los nuestros. Sabéis que toda mentira es ajena a la verdad. ¿Y quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? ¡Este es el Anticristo!» (1 Jn 2,18-22).

3.3. Más sobre las doctrinas gnósticas

16,6. Todos aquellos de que hemos hablado también confiesan un solo Jesucristo con la lengua, pero se burlan de sí mismos al pensar una cosa y decir otra -pues sus hipótesis son múltiples, como lo hemos demostrado, por ejemplo decir que es uno el que nació y sufrió, y éste sería Jesús, y otro el que descendió sobre él. Este sería el que también ascendió, al cual anuncian como el Cristo. Y el Demiurgo sería distinto del Jesús de la economía que nació de José, del cual arguyen que es el pasible, y otro distinto de ambos sería el que descendió de entre los seres invisibles e inenarrables, el cual pretenderían que es invisible, incomprensible e impasible-, errando así de la verdad, porque su gnosis se aparta del Dios verdadero.

3.4. El plan divino: la recapitulación

No ven que el mismo Verbo (Jn 1,1-3) Unigénito (Jn 1,18), que siempre está presente en la humanidad (Jn 1,10), uniéndose y mezclándose con su creatura según el beneplácito del Padre, y haciéndose carne (Jn 1,14), es el mismo Jesucristo nuestro Señor, que sufrió por nosotros y se despertó (*egertheìs*) por nosotros, y de nuevo vendrá en la gloria del Padre para resucitar a toda carne y para manifestar la salvación y para extender la regla del justo juicio a todos los que han sido hechos por él. Así pues, como hemos demostrado, hay un solo Dios Padre, y un solo Cristo Jesús nuestro Señor, el cual vino para la salvación universal recapitulando todo en sí (Ef 1,10).

Porque el hombre es en todo criatura de Dios. Y por eso en sí mismo recapituló al hombre, haciéndose visible el invisible, comprensible el incomprensible, pasible el impasible, el Verbo hombre, para recapitular todas las cosas en sí mismo; para que, como el Verbo de Dios tiene el primado sobre las cosas sobrecelestes, espirituales e invisibles, así pueda tener el primado también sobre las cosas visibles y corporales (Col 1,18); para, al asumir en sí el primado, darse a sí mismo a la Iglesia como Cabeza (Ef 1,22); para atraer a sí todas las cosas en el tiempo oportuno (Jn 12,32).

16,7. Nada hay de desordenado ni de intempestivo en él, como tampoco sería esto congruente con el Padre. Porque el Padre preconoce todas las cosas, pero el Hijo las realiza a su debido tiempo según conviene. Por eso, cuando María lo apresuraba al admirable signo del vino, queriendo participar antes de tiempo de la copa de comunión (1 Cor 10,16-17), el Señor rechazó su prisa intempestiva diciéndole: «¿Qué para mí y para ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora» (Jn 2,4), porque debía esperar la hora preconocida del Padre. Por eso, como muchas veces los hombres quisiesen apresarlo, dice: «Ninguno le echó mano porque no había llegado la hora» (Jn 7,30) de su aprehensión, ni el tiempo de su pasión preconocido del Padre, como dice el profeta Habacuc: «Cuando lleguen los años serás reconocido, cuando llegue el tiempo te manifestarás, cuando mi alma esté turbada por tu ira, te acordarás de tu misericordia» (Hab 3,2). Y Pablo dice: «Cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo» (Gál 4,4).

Estos textos ponen en claro que todas las cosas que el Padre preconocía, nuestro Señor las realizó en el orden y tiempo y hora predeterminados y convenientes: éste es uno y el mismo, rico y múltiple, porque sirve a la voluntad rica y múltiple del Padre, siendo él el Salvador de aquellos que se salvan, el Señor de los que están sometidos a su

señorío, Dios de las criaturas, Unigénito del Padre, el Cristo predicado y el Verbo de Dios encarnado cuando se cumplió el tiempo en el cual convenía que el Hijo de Dios se hiciese Hijo del Hombre.

3.5. Errores gnósticos: destruyen su salvación

16,8. Por eso quedan fuera de la Economía todos los que con pretexto de la gnosis piensan que uno es Jesús, otro el Cristo, otro el Unigénito, otro más el Verbo y otro el Salvador, el cual sería una emisión de los Eones caídos en deterioro como dicen los discípulos del error; éstos son por fuera ovejas -pues en el exterior parecen semejantes a nosotros porque hablan de cosas parecidas a nuestra enseñanza- pero por dentro son lobos (Mt 7,15) cuya doctrina es homicida, pues imaginan muchos Dioses y fingen muchos Padres, y según muchos aspectos reducen y dividen al Hijo de Dios.

Pensando en ellos nuestro Señor nos ha hecho la advertencia de tener cuidado, y su discípulo Juan en su epístola citada nos previene diciendo: «Muchos seductores han venido a este mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Estos son el Seductor y el Anticristo. ¡Cuidaos de ellos, no vayáis a perder lo que con trabajo habéis logrado!» (2 Jn 7-8). Y añade en su otra epístola: «Muchos seudoprofetas han venido a este mundo. En esto conocéis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido a la carne, ha venido de Dios. Y todo espíritu que divide a Jesús, no viene de Dios, sino del Anticristo» (1 Jn 4,1-3).

Esto es muy semejante a lo que nos dice en el Evangelio: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Por eso dice también en su epístola: «Quien cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios» (1 Jn 5,1). En consecuencia, Juan no reconoce sino a uno y el mismo Jesucristo, para el cual se abrieron las puertas del cielo por su asunción carnal. El mismo vendrá en la carne en la cual sufrió, para revelar la gloria del Padre.

16,9. También Pablo está de acuerdo con estas cartas, cuando dice a los romanos: «Mucho más quienes reciben la abundancia de gracia y de justicia para la vida, reinarán por obra del único Jesucristo» (Rom 5,17). Por consiguiente, él no sabe del Cristo que voló dejando a Jesús. Tampoco sabe de un «Salvador de lo alto», a quien ellos caracterizan como «impasible». Pues si fue uno el que sufrió y otro el que permaneció impasible, uno el que nació y otro el que descendió sobre el que nació para luego abandonarlo, esto probaría que son dos, y no uno. Y porque el Apóstol conoce sólo a un Jesucristo que nació y padeció, escribe en su epístola: «¿Acaso ignoráis que cuantos somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte? De modo que, así como Cristo resucitó de entre los muertos, así nosotros hemos de caminar en una nueva vida» (Rom 6,3-4). En otro pasaje subraya que Cristo sufrió, y que él mismo es el Hijo de Dios que por nosotros murió y nos redimió con su sangre, en el tiempo decidido (por el Padre): «Estando nosotros aún sin fuerzas, murió por los impíos en el momento determinado... Dios muestra su amor por nosotros en el hecho que, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con mayor razón, ahora que estamos justificados en su sangre, seremos salvados por él de su cólera! Si, en efecto, cuando aún éramos

enemigos, nos hemos reconciliado con Dios por la sangre de su Hijo, con mayor razón, ahora que estamos reconciliados, seremos salvados en su vida» (Rom 5,6-10).

Pablo declara con precisión que el mismo que ha sufrido y derramado su sangre por nosotros es Cristo, el Hijo de Dios, el mismo que resucitó y fue asumido a los cielos, como él mismo escribe: «Cristo murió, más aún resucitó, y está sentado a la diestra de Dios» (Rom 8,34). Y añade: «Sabéis que Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere» (Rom 6,9). El escribió lo anterior porque preveía, iluminado por el Espíritu, las divisiones provocadas por malos maestros, y queriendo quitarles toda ocasión de disentir. «Mas si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará vida también a vuestros cuerpos mortales» (Rom 8,11). Me parece oírlo gritar a quienes quieran escucharlo: «No os equivoquéis: uno y el mismo es Jesucristo el Hijo de Dios, que por su pasión nos reconcilió con Dios y resucitó de entre los muertos, está sentado a la derecha del Padre, y es perfecto en todas las cosas, es el mismo que, *mientras padecía no profirió amenazas* (1 Pe 2,23); el que, víctima de la tiranía, mientras sufría rogaba al Padre que perdonara a aquellos mismos que lo crucificaban (Lc 23,34). El nos salvó, él mismo es el Verbo de Dios, el Unigénito del Padre, Cristo Jesús nuestro Señor».

17,1. Los Apóstoles podrían haber dicho que «el Cristo descendió sobre Jesús»; o que el Salvador Superior descendió sobre el de la Economía; o que «aquel que proviene del ser invisible, vino sobre el que es (obra) del Demiurgo». Pero ni supieron ni dijeron nada de eso; pues si lo hubiesen sabido, así lo habrían comunicado.

3.6. El Espíritu Santo descendió sobre Jesús

Sino que dijeron la realidad, esto es, que el Espíritu Santo había descendido sobre él en forma de paloma (Mt 3,16; Mc 1,10; Lc 3,22), el mismo Espíritu del que está escrito: «Y reposará sobre él el Espíritu del Señor» (Is 11,2), como antes hemos dicho. Y también: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ungió» (Is 61,1). Es el Espíritu del que dijo el Señor: «Pues no sois vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros» (Mt 10,20). Y también al darles a los discípulos el poder de la regeneración en Dios, les dijo: «Id y enseñad a todas las naciones, y bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19). Por los profetas había prometido que lo derramará en los últimos tiempos sobre sus siervos y siervas, para que profeticen (Jl 3,1-2). Por eso también descendió sobre el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre, para acostumbrarse a habitar con él en el género humano, a descansar en los hombres y a morar en la criatura de Dios, obrando en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de hombre viejo a nuevo en Cristo.

17,2. Este Espíritu es el que David pidió para el género humano, diciendo: «Confírmame en el Espíritu generoso» (Sal 51[50],14). De él mismo dice Lucas (Hech 2), que descendió en Pentecostés sobre los Apóstoles, con potestad sobre todas las naciones para conducirlas a la vida y hacerles comprender el Nuevo Testamento: por eso, provenientes de todas las lenguas alababan a Dios, pues el Espíritu reunía en una sola unidad las tribus distantes, y ofrecía al Padre las primicias de todas las naciones.

3.6.1. Obra del Espíritu Santo

Para ello el Señor prometió que enviaría al Paráclito que nos acercase a Dios (Jn 15,26; 16,7). Pues, así como del trigo seco no puede hacerse ni una sola masa ni un solo pan, sin algo de humedad, así tampoco nosotros, siendo muchos, podíamos hacernos uno en Cristo Jesús, sin el agua que proviene del cielo. Y así como si el agua no cae la tierra árida no fructifica, así tampoco nosotros, siendo un leño seco, nunca daríamos fruto para la vida, si no se nos enviase de los cielos la lluvia gratuita. Pues nuestros cuerpos recibieron la unidad por medio de la purificación (bautismal) para la incorrupción; y las almas la recibieron por el Espíritu. Por eso una y otro fueron necesarios, pues ambos nos llevan a la vida de Dios.

3.6.2. Otras figuras del Espíritu Santo

Nuestro Señor, por su misericordia, se dirigió a la samaritana pecadora (Jn 4,7) que no permaneció con un marido, sino que fornicó uniéndose a muchos: se le mostró y le prometió el agua viva, para que no tuviese ya más sed, ni se fatigase yendo a sacar agua con esfuerzo, teniendo en sí una bebida que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14). Habiendo recibido el Señor este don del Padre, él mismo lo donó a quienes participan de él, enviando el Espíritu Santo a toda la tierra.

17,3. Gedeón el israelita (Jue 6,37), a quien Dios eligió para que salvase al pueblo de Israel del dominio de los extranjeros, previó la donación de esta gracia, cuando cambió la petición acerca del vellón de lana, sobre el cual primero había caído el rocío, que era tipo del pueblo; así profetizó la aridez que habría de venir; esto es, que ellos ya no tendrían de parte de Dios al Espíritu Santo, como dice Isaías: «Y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella» (Is 5,6). Sobre toda la tierra caía el rocío, esto es, el Espíritu de Dios que descendió sobre el Señor: «Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y virtud, Espíritu de piedad y ciencia, Espíritu del temor de Dios» (Is 11,2-3), el mismo que también dio a la Iglesia al enviar desde el cielo al Paráclito sobre toda la tierra; por eso dice el Señor que el diablo fue arrojado como un rayo (Lc 10,18). Por este motivo necesitamos el rocío de Dios, para no quemarnos, ni volvernos infructuosos, y para que, teniendo un acusador, tengamos también al Abogado.

El Señor encomendó al Espíritu Santo al hombre que había caído en manos de ladrones y del que se compadeció, vendó sus heridas y le dio dos denarios: para que, recibiendo por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo, hagamos fructificar el denario que se nos ha dado, y lo devolvamos multiplicado al Señor.

3.7. Error gnóstico: distinguir dos Cristos

17,4. El Espíritu, pues, descendió según la Economía. Y el Hijo Unigénito de Dios, que es el Verbo del Padre, una vez llegada la plenitud del tiempo, se encarnó en un hombre por el hombre y cumplió toda la Economía según su humanidad, siendo nuestro Señor Jesucristo uno y el mismo, según dio de ello testimonio nuestro Señor Jesucristo y lo confesaron los Apóstoles. Así quedaron al descubierto como mentirosas todas las doctrinas de quienes inventaron Ogdóadas y Tétradas, e imaginaron distinciones sobre

distinciones. Estos han matado al Espíritu, y piensan que uno es el Cristo y otro es Jesús, y por eso enseñan que Cristo no es uno, sino muchos. Y aun cuando los afirmen unidos, enseñan que uno estuvo sujeto a la pasión, en cambio el otro se mantuvo impasible, y que este último ascendió al Pléroma. Mientras el primero permaneció «en las regiones intermedias», al mismo tiempo el segundo se banquetea y deleita «en las regiones invisibles e indescriptibles», y el primero «se sienta con el Demiurgo» neutralizando su poder.

Por eso es necesario que tanto tú, como todos cuantos leen este escrito y se preocupan por su salvación, no sucumban de inmediato apenas escuchan sus predicaciones. Como arriba dijimos, ellos hablan de manera semejante a los fieles; pero entienden las cosas de modo no sólo distinto, sino opuesto; y mediante todas estas prédicas llenas de blasfemias matan a quienes por la semejanza de las palabras echan sobre sí el veneno de ideas diversas; por ejemplo si alguno por leche diese yeso mezclado con agua, seduciría por la semejanza del color, como dijo un predecesor nuestro, acerca de todos los que pervierten las cosas de Dios y adulteran la verdad: «Mezclan perversamente el yeso con la leche de Dios».

3.8. Testimonios de Pablo y de Cristo

3.8.1. Preexistencia del Verbo y encarnación

18,1. Hemos demostrado, pues, con toda evidencia, que «el Verbo existente ante Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas» (Jn 1,2-3) y que siempre ha estado presente al género humano, este mismo en los últimos tiempos, en el momento decidido por el Padre, se unió a su creatura y se hizo hombre pasible. Con ello se refuta todo ataque de quienes argumentan: «Luego, si nació en el tiempo, Cristo no existía». Pues ya probamos que el Hijo de Dios no empezó a existir entonces, sino siempre ante el Padre.

Pero cuando se hizo hombre recapituló en sí mismo toda la historia de los seres humanos y asumiéndonos en sí nos concede la salvación; de manera que, cuanto habíamos perdido en Adán (es decir el haber sido hechos «a imagen y semejanza de Dios» [Gén 1,26]), lo volviésemos a recibir en Jesucristo.

3.8.2. Doctrina de Pablo

18,2. Mas, como no era posible a aquel hombre que había sido vencido y había caído por la desobediencia, rehacerse y obtener el premio de la victoria, así también era imposible al hombre caído en el pecado recibir la salvación. Por eso el Hijo, o sea el Verbo que existía ante el Padre, que descendió y se encarnó, habiéndose abajado hasta la muerte para consumar la Economía de nuestra salvación, llevó a cabo ambas cosas. Y para exhortarnos a creer sin vacilación, dice: «No digáis en vuestro corazón: *¿Quién ascenderá al cielo?* Lo que equivale a abajar a Cristo. O bien: *¿Quién bajará al abismo?* Es decir, para hacer surgir a Cristo de entre los muertos» (Rom 10,6-7), de donde añade: «Pues si confiesas con tu boca a Jesús el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rom 10,9). Y ofrece el motivo por el cual el Verbo de Dios actuó de esta manera: «Para esto Cristo venció por su muerte y

resurrección: para ser Señor de vivos y muertos» (Rom 14,9). Y añade en su Carta a los Corintios: «De nuestra parte, predicamos a Jesucristo crucificado» (1 Cor 1,23), y más adelante: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo?» (1 Cor 10,16).

18,3. ¿Quién es aquel con quien entramos en comunión en forma de alimento? ¿Acaso el «Cristo de arriba» que ellos imaginan, el cual sería más extenso que Horus, o sea hasta el Límite (del Pléroma), y habría formado «la Madre de ellos»? ¿No es más bien el Emmanuel nacido de la Virgen, que comió mantequilla y miel, del cual dice el profeta: «Es un hombre, ¿quién lo conoce?» (Jer 17,9). Este es aquel del que Pablo predicaba: «Os he transmitido, en primer lugar, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y fue sepultado; y que resucitó al tercer día según las Escrituras» (1 Cor 15,3-4).

3.8.3. «Cristo» supone: el que ungió, el ungido y la unción

Es claro que Pablo no conoce a otro Cristo, sino sólo al que sufrió, fue sepultado y resucitó, que nació, a quien denomina hombre. Pues habiendo dicho: «Si de Cristo se predica que ha resucitado de entre los muertos» (1 Cor 15,12), presenta los motivos de la encarnación: «Porque por un hombre entró la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos» (1 Cor 15,21). Y en todos lados en que habla de la pasión de nuestro Señor, y de su humanidad y muerte, usa sólo el nombre de Cristo, como en aquello: «No vayas a destruir por cuestiones de comida a aquel por quien Cristo murió» (Rom 14,15). Y también: «Mas ahora en Cristo vosotros, los que un tiempo estabais lejos, os habéis acercado en la sangre de Cristo» (Ef 2,13). Y también: «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros; porque está escrito: Maldito todo el que cuelga del madero» (Gál 3,13). Y además: «Tu hermano débil se pierde por tu ciencia, aquel por el que murió Cristo» (1 Cor 8,11), queriendo indicar que no descendió sobre Jesús el Cristo impasible; sino que, siendo él mismo Jesucristo, sufrió por nosotros, murió y resucitó, descendió y ascendió (Ef 4,10): es el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre, como lo significa el nombre mismo. Pues en el mismo nombre de Cristo se suponen uno que ungió, el que fue ungido, y la unción misma con la que fue ungido. Lo ungió el Padre, fue ungido el Hijo, en el Espíritu Santo, que es la unción; como dice la expresión de Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió» (Is 61,1; Lc 4,18). Con estas palabras señaló al Padre como «el que unge», al Hijo como «el ungido», y «la unción», que es el Espíritu.

3.8.4. La prueba del martirio

18,4. El Señor mismo señaló claramente quién era el que sufría. Pues, habiendo preguntado a los discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» (Mt 16,13), Pedro le respondió: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16,16). El Señor lo alabó: «No te lo han revelado la carne y la sangre, sino el Padre que está en los cielos» (Mt 16,17), y con ello manifestó que el Hijo del Hombre es Cristo, Hijo del Dios vivo. Pues (el evangelista) añade: «Desde ese momento empezó a advertir a sus

discípulos que debía subir a Jerusalén y sufrir mucho de manos de los sacerdotes, que había de ser condenado y crucificado, y había de resucitar al tercer día» (Mt 16,21; Mc 8,31; Lc 9,22). De este modo, la misma persona a quien Pedro reconoció como Cristo, que le respondió que era el Padre quien se había revelado al Hijo del Dios vivo, también añadió que debía sufrir mucho y ser crucificado. Entonces Pedro lo increpó, llevado por un modo de pensar humano, oponiéndose a la pasión de Cristo.

«Y dijo a los discípulos: *¡Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga! Pues quien quisiere salvar su vida la perderá, y quien la perdiere por mí la salvará*» (Mt 16,24-25; Mc 8,34-35; Lc 9,23-24). Esta es la predicación abierta de Cristo: que él es el Salvador de quienes por confesarlo serán entregados a la muerte y perderán su vida.

18,5. Mas, si no hubiese sufrido, sino que hubiese «volado abandonando a Jesús», ¿por qué habría de exhortar a sus discípulos a tomar la cruz y seguirlo, si, según ellos dicen, él mismo no la cargaba, pues habría abandonado la Economía de la pasión? Porque no dijo lo anterior refiriéndose a «la gnosis de la Cruz Superior» (como algunos se atreven a enseñar), sino de la pasión que debía él mismo sufrir, y por eso preparó a sus discípulos para la pasión que él mismo había de sobrellevar: «Quien quisiere salvar su vida la perderá, y quien la perdiere por mí la encontrará». Y, como sus discípulos también habrían de sufrir por él, decía a los judíos: «Mirad que os envío profetas, sabios y maestros, y vosotros los mataréis y crucificaréis» (Mt 23,34), mientras preparaba a sus discípulos: «Seréis llevados ante gobernadores y reyes por mi causa» (Mt 10,18; Mc 13,9), y les decía: «A algunos de vosotros los azotarán, matarán y perseguirán de ciudad en ciudad» (Mt 23,34).

En consecuencia, sabía quiénes habrían de sufrir la persecución, quiénes habrían de ser azotados y muertos por él. Y no les hablaba de una Cruz Superior, sino de la pasión que él debía sufrir primero, y en seguida sus discípulos. Por eso los exhortaba: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien a aquel que tiene el poder de mandar el cuerpo y el alma a la gehenna» (Mt 10,28), y también les pedía ser firmes en la confesión de su fe en él, pues les prometía confesar ante su Padre a aquellos que confesasen su nombre ante los seres humanos, negar a aquellos que lo negasen (Mt 10,32-33) y avergonzarse de aquellos que se avergonzaran de confesarlo (Mt 8,38).

3.8.5. Los gnósticos desprecian a los mártires

Y, con todo esto, algunos todavía tienen la desvergüenza de despreciar aun a los mártires, de ofender a quienes mueren por la confesión del Señor y que, llevando sobre sí todos los sufrimientos que el Señor predijo, se esfuerzan por seguir las huellas de la pasión del Señor dando así testimonio del que por ellos ha padecido. Entregamos a los herejes en las manos de los mismos mártires; pues cuando «se pedirá cuenta de su sangre» (Lc 11,50; Ap 19,2) y consigan su gloria, entonces Cristo condenará a quienes han deshonrado a sus mártires.

Y, sin embargo, el Señor suplicó desde la cruz: «¡Padre, perdónalos porque no saben

lo que hacen!» (Lc 23,34). Se revela aquí la generosidad, paciencia, misericordia y bondad de Cristo, pues él mismo, en el momento de sufrir, excusaba a aquellos que tan mal lo trataban. El mismo hizo efectiva en la cruz la palabra de Dios que nos había comunicado: «Amad a vuestros enemigos, orad por los que os odian» (Mt 5,44; Lc 6,27-28), pues tanto amó a la raza humana, que hasta perdonó a sus asesinos.

Ahora bien, si alguno de quienes predican a dos los ponen en una balanza, hallaría mucho mejor, paciente y verdaderamente bueno a aquel que en sus mismas heridas, sufrimientos y todo cuanto le hicieron, se muestra benigno y no se acuerda de los males contra él cometidos, que aquel que volando abandonó a Jesús sin sufrir ninguna ofensa ni oprobio.

3.8.6. Contra los docetas

18,6. Lo mismo vale para quienes dicen que sólo «sufrió en apariencia». Porque si no sufrió verdaderamente, no le debemos agradecer nada, pues a nada se reduce su pasión; y cuando nosotros comencemos a sufrir de verdad, parecerá que nos engaña cuando nos exhorta a poner también la otra mejilla (Lc 6,29; Mt 5,39), si es que él no sufrió primero en verdad; y así como habría mentido cuando hizo parecer a ellos lo que no era, también nos miente cuando nos exhorta a sobrellevar aquellas cosas que él no soportó. Estaríamos entonces sobre el Maestro (Mt 10,24; Lc 6,40), al sufrir y someternos a aquello que ni sufrió ni soportó el Maestro.

3.8.7. Motivo de la Encarnación

Pero como sólo el Señor es nuestro verdadero Maestro, y el Hijo de Dios bueno y paciente, el Verbo de Dios Padre se hizo Hijo del Hombre. Luchó y venció; porque era un hombre que luchó por los padres, y por la obediencia disolvió su desobediencia (Rom 5,19), ató al fuerte (Mt 12,29; Mc 3,27), liberó a los débiles y donó la salvación a su criatura, destruyendo el pecado; pues es «el Señor clemente y compasivo» (Sal 103[102],8; 145[144],8) que ama la raza humana.

18,7. Como hemos dicho, hizo retornar y volvió a unir al hombre con Dios. Pues si el hombre no hubiese vencido al enemigo del hombre, el enemigo no habría sido vencido justamente. Y también si Dios no hubiese donado la salvación, no la tendríamos con seguridad. Y si el hombre no hubiese sido unido a Dios, no podría haber participado de la incorrupción. Convenía, pues, que el Mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2,5) por su propia familiaridad condujese ambos a la familiaridad, amistad y concordia mutuas, para que Dios asumiese al hombre y el hombre se entregase a Dios. ¿Pues de qué manera podíamos ser partícipes de su filiación (Gal 4,5) si no la recibiésemos por medio del Hijo por la comunión con él, si él, su Verbo, no hubiese entrado en comunión con nosotros haciéndose carne (Jn 1,14)? Por eso pasó a través de todas la edades, para restituir a todos la comunión con Dios.

Así pues, quienes dicen que sólo en apariencia se manifestó, no naciendo en la carne ni haciéndose verdaderamente hombre, todavía están bajo la antigua condena, dando sostén al pecado, sin vencer por medio de él a la muerte, la cual «reinó desde Adán hasta

Moisés, y sobre todos los que no pecaron, a semejanza de la transgresión de Adán» (Rom 5,14). Cuando la Ley vino por medio de Moisés y dio testimonio sobre el pecado, que «es pecador» (Rom 7,13), le quitó su reinado, le probó que no era rey sino ladrón y lo mostró homicida (Rom 7,11-13), pero también gravó al hombre que tenía en sí el pecado, [938] revelando que era reo de muerte (Rom 7,14-24); pues siendo espiritual la Ley (Rom 7,14), sólo puso al desnudo el pecado (Rom 7,7) pero no lo mató; porque el pecado no dominaba sobre el Espíritu, sino sobre el hombre.

Convenía, pues, que aquel que estaba por matar el pecado y por redimir al hombre reo de muerte, se hiciese lo mismo que es éste, o sea el hombre que por el pecado había sido sometido a la servidumbre y estaba bajo el poder de la muerte (Rom 5,12; 6,20-21), para que el pecado fuese arrancado por un hombre a fin de que el hombre escapase de la muerte. «Porque así como por la desobediencia de un hombre», el primero que había sido plasmado de la tierra no trabajada (Gén 2,7), «muchos fueron constituidos pecadores» y perdieron la vida, «así» convenía que «por la obediencia de un hombre», el primero engendrado de una Virgen, muchos fuesen justificados y recibiesen la salvación (Rom 5,19). Así es como el Verbo de Dios se hizo hombre, como también dice Moisés: «Dios, sus obras son verdaderas» (Dt 32,4). Pero si no se hizo carne sino apariencia de carne, entonces no era verdadera su obra. ¡No! Lo que parecía, eso era: el Dios del hombre recapitulaba en sí su antigua creación, para matar por cierto el pecado, dejar vacía la muerte (2 Tim 1,10) y dar vida al hombre. Por eso «sus obras son verdaderas» (Dt 32,4).

3.9. Jesús no es un simple hombre (contra ebionitas y judaizantes)

19,1. Además, quienes dicen que era un simple hombre engendrado por José, perseverando en la servidumbre de la antigua desobediencia mueren, por no mezclarse con el Verbo de Dios Padre, ni participar de la libertad del Hijo, como él mismo dice: «Si el Hijo os libera, seréis libres en verdad» (Jn 8,36). Desconociendo al Emmanuel nacido de la Virgen (Is 7,14) se privan de su don, que es la vida eterna (Jn 4,10.14); no recibiendo al Verbo de la incorrupción, permanecen en la muerte carnal; y son deudores de la muerte, no recibiendo el antídoto de la vida. A ellos les dice el Verbo, exponiéndoles el don de su gracia: «Yo dije: todos sois dioses e hijos del Altísimo; pero como hombres moriréis» (Sal 82[81],6-7). Esto dijo a quienes no recibían el don de la filiación adoptiva, sino menospreciando la encarnación por la concepción pura del Verbo de Dios, privan al hombre de su elevación hacia Dios, y así desagradecen al Verbo de Dios hecho carne por ellos. Para eso se hizo el Verbo hombre, y el Hijo de Dios Hijo del Hombre, para que el hombre mezclándose con el Verbo y recibiendo la filiación adoptiva, se hiciese hijo de Dios. Porque no había otro modo como pudiéramos participar de la incorrupción y de la inmortalidad, a menos de unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad. ¿Pero cómo podíamos unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad, si primero la incorrupción y la inmortalidad no se hacía cuanto somos nosotros, «para que se absorbiese» lo corruptible en la incorrupción y «lo mortal» en la inmortalidad (1 Cor 15,53-54; 2 Cor 5,4) «para que recibiésemos la filiación adoptiva» (Gál 4,5)?

3.9.1. Preexistencia del Verbo

19,2. Por esto «¿quién describirá su generación?» (Is 53,8) Porque «es un hombre, ¿quién lo reconocerá?» (Jer 17,9). Lo reconocerá aquel a quien el Padre que está en los cielos lo revele (Mt 16,17), para que entienda que «no de la voluntad de la carne ni de la voluntad de varón» (Jn 1,13) ha nacido el Hijo del hombre (Mt 16,13), que es «el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16,16). Que ninguno de entre todos los hijos de Adán sea llamado Dios por sí mismo, o proclamado Señor, lo hemos demostrado por las Escrituras; y que él solo entre todos los hombres de su tiempo sea proclamado Dios y Señor, siempre Rey, Unigénito y Verbo encarnado, por todos los profetas y Apóstoles y aun por el mismo Espíritu, es cosa que pueden ver todos aquellos que acepten un poco de la verdad.

3.9.2. Verdadero Dios y hombre

Las Escrituras no darían todos estos testimonios acerca de él, si fuese sólo un hombre semejante a todos. Pero como tuvo una generación sobre todas luminosa, del Padre Altísimo (Is 53,8), y también llevó a término la concepción de la Virgen (Is 7,14), las divinas Escrituras testimonian ambas cosas sobre él: que es hombre sin belleza y pasible (Is 53,2-3), que se sentó sobre el pollino de una asna (Zac 9,9), que bebió hiel y vinagre (Sal 69[68],22), que fue despreciado [941] del pueblo y que descendió hasta la muerte (Sal 22[21],7.16); pero también que es Señor santo y Consejero admirable (Is 9,5), hermoso a la vista (Sal 45[44],3), Dios fuerte (Is 9,5), que viene sobre las nubes como Juez de todos (Dan 7,13.26). Esto es lo que las Escrituras profetizan de él.

19,3. En cuanto hombre, lo era para ser tentado; en cuanto Verbo, para ser glorificado; el Verbo se reposó para que pudiera ser tentado, deshonrado, crucificado y muerto, (1 Cor 15,53-54; 2 Cor 5,4), habitando en aquel hombre que vence y soporta (el sufrimiento) y se comporta como hombre de bien y resucita y es asumpto al cielo. Este es el Hijo de Dios, Señor nuestro, Verbo existente del Padre e Hijo del Hombre porque nació de (*ex*) la Virgen María; que tuvo su origen de los hombres pues ella misma era un ser humano (*ánthropos*); tuvo la generación en cuanto hombre, y así llegó a ser Hijo del Hombre.

3.9.3. Figuras proféticas

Por eso el Señor mismo nos ha dado «un signo en lo profundo, o en lo más alto» (Is 7,11) que el ser humano no pidió, pues ni siquiera podía soñar en una virgen preñada, o que una virgen pudiese dar a luz a un hijo y que el así dado a luz fuese «Dios con nosotros» (Is 7,14) y que descendiese a lo más hondo de la tierra «para buscar la oveja perdida» (Lc 15,4-6) (es decir, su propio plasma), y retornase a las alturas (Ef 4,10) para ofrecer y encomendar al Padre a los seres humanos, haciendo de sí mismo la «primicia de la resurrección» (1 Cor 15,20) del hombre. De manera que, así como «la cabeza» resucitó «de entre los muertos», así también todo «el cuerpo» resucitará (es decir, todo ser humano al que encuentre en vida, una vez cumplido el tiempo de su condenación por la desobediencia) «de quien a través de los nervios y ligamentos recibe el crecimiento que

Dios quiere» (Col 2,19; Ef 4,16), manteniendo cada uno de los miembros el propio lugar que le conviene en el conjunto del cuerpo (1 Cor 12,18), pues muchos son los miembros de un cuerpo, así como «muchas mansiones hay en la casa del Padre» (Jn 14,2).

20,1. Habiendo pecado el ser humano, Dios se mostró magnánimo al prever la victoria que le concedería por medio del Verbo. Pues, como «el poder se muestra en la debilidad» (2 Cor 12,9), ésta hizo brotar la benignidad y magnificencia del poder de Dios. En viejos tiempos permitió que la ballena tragase a Jonás, no para que lo absorbiera y lo hiciera perecer, sino para que, vomitado, más se sujetara a Dios, diera gloria a aquel que de modo tan inesperado le había devuelto la salvación, y predicara a los ninivitas una seria penitencia para que se convirtiesen al Señor que los podía librar de la muerte, al ver con temor aquel signo que se había realizado en Jonás. Esto afirma de ellos la Escritura: «Y se volvieron cada uno de su mal camino y de la injusticia de sus manos, diciendo: *¿Acaso Dios se arrepentirá y retirará de nosotros su ira, para que no muramos?*» (Jon 3,8-9).

Como se ve, desde el principio Dios tuvo paciencia con el hombre tragado por la ballena al cometer la prevaricación, y no lo dejó morir del todo; sino que planeó de antemano y preparó la venida de la salvación que el Verbo realizaría mediante el signo de Jonás, en favor de los que tuvieron en el Señor la misma fe que tuvo Jonás, y lo confesaron diciendo: «Yo soy un siervo del Señor, y rindo culto al Señor Dios del cielo que hizo el mar y la tierra» (Jon 1,9). Así lo hizo a fin de que el hombre, acogiendo la salvación, se haga inseparable de Dios, resucite y glorifique al Señor con la misma voz de Jonás: «Clamé al Señor mi Dios en mi tribulación, y me escuchó desde el seno del infierno» (Jon 2,2), y permanezca siempre glorificando a Dios y dándole gracias por la salvación que éste le ha brindado, «de modo que ninguna carne se gloríe delante del Señor» (1 Cor 1,29), ni acepte acerca de Dios ninguna idea contraria, pensando que la incorrupción prometida es cosa que le pertenece por naturaleza. Esto sería dejar de lado la verdad, para jactarse con vana altivez de ser igual a Dios por naturaleza. Una tal actitud ha vuelto al ser humano más ingrato con aquel que lo ha hecho, lo ha ofuscado para no ver el amor que Dios le ha tenido, y le ha cegado los sentidos para que no alcance a ver la dignidad de Dios, cuando se compara con Dios y se juzga a sí mismo igual a él.

3.9.4. La Economía divina

20,2. Esta ha sido la generosidad de Dios: que, habiendo el ser humano experimentado todo, le diera a conocer la Ley; que en seguida lo hiciera llegar a la resurrección de entre los muertos, a sabiendas de la experiencia por la cual ha sido liberado. De esta manera siempre deberá agradecer al Señor, una vez conseguida la incorrupción, y amarlo más, pues «más ama aquel a quien más se perdona» (Lc 7,42-43). (El hombre) conociéndose a sí mismo como débil y mortal, entienda que Dios es a tal punto inmortal y poderoso, que concede al mortal la inmortalidad y al temporal la eternidad; y también comprenda todo el poder de Dios que se ha manifestado en el mismo (hombre), a fin de que advierta cómo el mismo Dios le ha enseñado su propia

grandeza.

Porque la gloria del hombre es Dios. Y, a su vez, el ser humano es el recipiente de toda la obra de Dios, y de su poder y sabiduría. Así como el verdadero médico muestra serlo al curar a los enfermos, así también Dios se manifesta a los hombres. Por eso Pablo dice: «Dios ha encerrado a todos en la incredulidad, para tener misericordia de todos» (Rom 11,32). Al decir esto no se refiere a «Eones espirituales», sino al ser humano que desobedeció a Dios y fue echado de la inmortalidad, y más tarde alcanzó la misericordia al dársele mediante el Hijo de Dios la filiación que ha conseguido.

Quien mantiene sin inflarse ni jactarse la verdadera gloria de las cosas creadas y de su Hacedor (el Dios omnipotente que a todas ha concedido la existencia), y permanece en su amor, sometido a él y en acción de gracias, recibirá de Dios una mayor gloria, y más aprovechará haciéndose semejante a aquel que por él ha muerto. Pues se hizo «semejante a la carne del pecado» (Rom 8,3) a fin de condenar el pecado y una vez condenado echarlo de la carne, para de esta manera hacer crecer en su semejanza al ser humano, llamándolo a ser imitador de Dios, sometiéndolo a la Ley que lo lleva a contemplar a Dios, y dándole la capacidad de captar al Padre. El Verbo de Dios habitó en el ser humano (Jn 1,14) y se hizo Hijo del Hombre, a fin de que el hombre se habituase a recibir a Dios y Dios se habituase a habitar en el hombre, según agradó al Padre.

3.9.5. El hombre caído necesita al Salvador

20,3. Por eso el mismo Señor ofreció como signo de nuestra salvación al Emmanuel que nació de la Virgen (Is 7,14), para indicar que era el mismo Señor que nos salvaba, ya que por nosotros mismos no éramos capaces de salvarnos. Por eso Pablo describió de esta manera la debilidad del ser humano: «Sé que nada bueno habita en mi carne» (Rom 7,18), para indicar que el bien de nuestra salvación viene de Dios y no de nosotros. Igualmente: «¡Qué miserable soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Rom 7,24), y en seguida presenta al Liberador: «Gracias a Jesucristo nuestro Señor» (Rom 7,25). Isaías escribe algo semejante: «¡Afírmense las manos débiles y las rodillas vacilantes, animaos, pusilánimes de corazón, tened valor y no temáis! He aquí que nuestro Dios ejercerá el juicio y hará justicia. Vendrá y nos salvará» (Is 35,3-4). Es claro: nosotros no podemos salvarnos sino con la ayuda de Dios.

20,4. Y como ni un simple hombre nos salva, ni un ser sin carne (pues sin carne existen los ángeles), predicó diciendo: «No fue un enviado ni un ángel, sino el mismo Señor quien los salvará; porque los ama los perdonará y él mismo los liberará» (Is 63,9). Y que éste se haría un verdadero hombre visible, siendo al mismo tiempo el Verbo Salvador, Isaías dice: «Ciudad de Sion, tus ojos verán a nuestro Salvador» (Is 33,20). Y, como no era sólo un hombre el que moría por nosotros, añadió: «El Señor, el Santo de Israel, se acordó de sus muertos que dormían en la tierra del sepulcro, y bajó a llevarles la Buena Nueva de la salvación que viene de él, para salvarlos». El profeta Amós confirma lo mismo: «El se volverá a nosotros y nos hará misericordia, hará desaparecer nuestras injusticias y arrojará a lo profundo del mar nuestros pecados» (Miq 7,19). E incluso señala el lugar de su venida: «Desde Sion ha hablado el Señor, y desde Jerusalén

hará oír su voz» (Am 1,2). Y, como el Hijo de Dios, que es Dios, vendrá de la parte sur, de la heredad de Judá, donde se hallaba también Belén, en la cual el Señor nació y desde la cual desparramó su alabanza en toda la tierra, Habacuc profetizó: «Dios vendrá del sur y el Santo del monte Efrem; su poder ha cubierto el cielo y la tierra está llena de su alabanza; el Verbo irá delante de él y sus pies avanzarán por los campos» (Hab 3,3-5). Quiso dar a entender que es Dios, y que su venida como hombre tendría lugar en el monte Efrem, que queda al sur de la heredad. Y cuando dice «sus pies avanzarán por los campos» ofrece un signo propio de un ser humano.

3.9.6. Profecía del Emmanuel

21,1. Dios, pues, se ha hecho hombre, el Señor nos ha salvado (Is 63,9) y nos ha dado él mismo el signo de la Virgen. Luego no es verdadera la interpretación de algunos que se atreven a traducir así la Escritura: «He aquí que una joven concebirá en su seno y dará a luz un hijo» (Is 7,14), según han traducido Teodosio de Efeso y Aquila del Ponto, ambos prosélitos judíos; a éstos siguen los ebionitas, quienes afirman que fue engendrado de José, disolviendo la Economía en cuanto está de su parte y frustrando el testimonio que Dios nos ofreció por los profetas.

Esta profecía tuvo lugar antes de la transmigración a Babilonia, es decir, antes de que los medos y persas gobernaran. Y los mismos judíos lo tradujeron al griego mucho tiempo antes de la venida de nuestro Señor, a fin de que los judíos no hagan recaer sobre nosotros alguna sospecha de que así lo hemos traducido para acomodarlo a nuestro modo de pensar. Ellos, si hubieran imaginado que también nosotros habríamos hecho uso de esos textos de la Escritura, no habrían dudado de quemarlos, pues revelan que todas las demás naciones participan de la vida, y muestran cómo la gracia de Dios ha desheredado a los que se glorían de ser la casa de Jacob y el pueblo de Israel.

3.9.7. Traducción del Antiguo Testamento: los LXX

21,2. Pues antes de que los Romanos estableciesen el imperio, cuando aún los macedonios dominaban sobre Asia, Ptolomeo, hijo de Layo, quiso enriquecer la biblioteca que él mismo había erigido en Alejandría, con los escritos de todos los hombres más destacados. Pidió también a judíos de Jerusalén sus Escrituras, pero traducidas al griego. Ellos entonces (pues en esa época eran súbditos de Macedonia) enviaron a Ptolomeo a los 70 más profundos conocedores de las Escrituras, prácticos en ambas lenguas, para que se pusiesen a su servicio. El, queriendo controlarlos, pues temía que se pusieran de acuerdo en esconder, al momento de traducir, la verdad de las Escrituras, los separó unos de otros y mandó a cada uno de ellos que tradujera la Escritura. Esto hizo con cada uno de los libros.

Cuando se reunieron con Ptolomeo para comparar sus traducciones, Dios fue glorificado porque se probó que las Escrituras eran de verdad divinas, pues, habiendo recitado cada uno de ellos desde el principio hasta el fin con las mismas palabras y los mismos nombres, todos los presentes cayeron en la cuenta de que las Escrituras habían sido traducidas con inspiración divina.

Y nadie se admire de que Dios haya realizado tal prodigio en ellos, pues durante la cautividad a la que Nabucodonosor los arrastró se perdieron las Escrituras. Después de 70 años los judíos regresaron a su tierra, y durante el imperio del rey Artajerjes de Persia, Dios inspiró a Esdras, sacerdote de la tribu de Leví, para que, recordando todas las palabras de los antiguos profetas, restituyese al pueblo la Ley que por medio de Moisés le había dado.

21,3. Fue, pues, muy grande la fidelidad con la cual la gracia de Dios hizo que fuesen traducidas las Escrituras, a partir de las cuales Dios preparó y modeló de antemano nuestra fe en su Hijo, y fueron conservadas incorruptas en Egipto, donde se había desarrollado la casa de Jacob cuando huyó del hambre que asoló la tierra de Canaán, y donde también se protegió el Señor cuando huyó de la persecución de Herodes. Y dicha traducción se hizo antes de que nuestro Señor descendiera y de que los cristianos aparecieran (pues nuestro Señor nació alrededor del año 41 del gobierno de Augusto, y muy anterior había sido Ptolomeo, bajo cuyo reinado se habían traducido las Escrituras). No tienen, pues, vergüenza esos atrevidos que ahora pretenden hacer otras traducciones cuando usamos las mismas Escrituras para argüirles y probarles la fe en la venida del Hijo de Dios.

3.9.8. Unidad de la fe, en el Espíritu Santo

En consecuencia, la única fe no falseada y verdadera es la nuestra, pues halla toda su clara exposición en las Escrituras que fueron traducidas de la manera que hemos descrito, y que la Iglesia predica sin alterar nada. En efecto, los Apóstoles, siendo más antiguos que cualquiera de ellos, están de acuerdo con esta versión, y a su vez esta versión está de acuerdo con la Tradición apostólica. Pues Pedro, Juan, Mateo, Pablo y los demás, así como sus discípulos, predicaron con los textos contenidos en la traducción de los antiguos.

21,4. Pues uno es el Espíritu de Dios, que por los profetas proclamó cuál y cómo sería la venida del Señor, y los antiguos interpretaron bien lo que habían dicho los profetas, y él mismo anunció por los Apóstoles que había llegado la plenitud de los tiempos de la filiación adoptiva (Gál 4,4-5), y que estaba cercano el reino de los cielos (Mt 3,2; 4,7) y su inhabitación en el interior de los hombres (Lc 17,21), si creíamos en el Emmanuel nacido de la Virgen (Is 7,14). Como él mismo atestigua: «Antes de que viviesen juntos» José con María, luego cuando ella permanecía en la virginidad, «se encontró que había concebido por obra del Espíritu Santo» (Mt 1,18), y como le dijo el ángel Gabriel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo que de ti nacerá, será santo y llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35), y como el ángel dijo en sueños a José: «Esto se realizó para que se cumpliese cuanto había sido dicho por el profeta Isaías: He aquí que una virgen concebirá en su seno» (Mt 1,22-23).

3.9.9. El signo de la virgen *en los LXX*

Veamos cómo los antiguos (los LXX) tradujeron lo que dijo Isaías: «El Señor habló

de nuevo a Acaz: *Pide al Señor tu Dios un signo, sea en la profundidad de la tierra o en lo alto del cielo*. Y Acaz respondió: *No lo pediré ni tentaré al Señor*. Y dijo: *Escucha, casa de David, ¿no os parece suficiente tentar a los hombres, para que también tentéis a Dios? Por eso, el mismo Señor os dará una señal. He aquí que la Virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo, y le pondréis por nombre Emmanuel. Comerá mantequilla y miel antes de que conozca y elija el mal, y acogerá el bien. Porque antes de que el niño conozca el bien y el mal, no consentirá en el mal, a fin de elegir el bien*» (Is 7,10-16).

El Espíritu Santo, por medio de lo dicho acerca de su concepción de (*ex*) la Virgen, con precisión indicó su ser, porque esto significa el nombre de Emmanuel; y que es hombre, cuando dice: «Comerá leche y miel», y también al llamarlo niño, y «antes de que conozca el mal elegirá el bien»; pues todos estos son signos de un hombre pequeño. Y las palabras: «No consentirá en el mal a fin de elegir el bien», es propio de Dios; para que, no porque comería leche y miel, entendamos que es un simple hombre, ni tampoco por llamarse Emmanuel sospechemos que se trata de un Dios descarnado.

21,5. Sobre las palabras: «Escucha, casa de David» (Is 7,13), se refería al que Dios prometió a David, cuando le anunció que del fruto de su vientre suscitaría un Rey para siempre (Sal 132 [131],11). Este es el que fue engendrado de la Virgen que es de la raza de David (Lc 1,27). Por eso le prometió un Rey que fuese fruto de su vientre, lo que era propio de una Virgen preñada, y no «fruto de sus lomos y riñones», lo que es propio de un varón que engendra y de la mujer que concibe por intervención de (*ex*) varón. La promesa de la Escritura excluye así la acción genital del hombre, ya que no había de nacer de voluntad de varón (Jn 1,13). A la inversa, establece y confirma el fruto del vientre, declarando que su concepción habría de ser de una virgen, como atestiguó Isabel llena del Espíritu Santo diciendo a María: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1,41-42). Por estas palabras el Espíritu Santo significaba, para quienes quisieren escucharlo, que la promesa hecha por Dios de suscitar un Rey del fruto del vientre, se había cumplido en el parto de la Virgen, es decir de María. Así pues, quien interpreta lo que dice Isaías como: «He aquí que una joven concebirá en el vientre», y quiere que Jesús sea hijo de José, cambia enteramente la promesa hecha a David, en la cual Dios le prometió que suscitaría el reino de Cristo, del fruto de sus entrañas, o sea su cuerno (Sal 132[131],17). Pero no entendieron; por eso tuvieron la osadía de cambiarlo.

21,6. La expresión de Isaías: «Sea en lo profundo, sea en lo alto» (Is 7,11), quiere significar que «el que descendía era el mismo que ascendía» (Ef 4,10). Y en lo que dice: «El Señor mismo os dará un signo» (Is 7,14), representó lo que era inesperado de esta concepción, la cual no habría sucedido si el Señor Dios de todas las cosas, Dios mismo, no hubiese dado un signo a la casa de David. ¿Pues qué hay de grande, o qué signo puede ser el que una joven conciba de (*ex*) un varón y dé a luz, cosa que sucede a todas las mujeres que paren? Pero como la salvación de los hombres empezaría a hacerse de manera admirable, con el auxilio divino, por eso el parto de la Virgen fue admirable, dando Dios este signo, sin que el hombre interviniese en la obra.

3.9.10. Otras figuras de Cristo

21,7. Por eso también Daniel, previendo su venida, dice que vino a este mundo como «piedra cortada sin manos de hombre» (Dan 2,34.45). Esto es lo que significaba «sin manos», que sin la obra de manos humanas, esto es, de los hombres que suelen cortar las piedras, habría de venir a este mundo; o sea sin la intervención de José, sino solamente por la cooperante disposición de María. Pues esta piedra de la tierra está formada por el poder y el arte de Dios. Por eso mismo dice Isaías: «Esto dice el Señor: Yo envío como fundamento de Sion una piedra preciosa, elegida, piedra de ángulo, llena de honor» (Is 28,16), para que entendiésemos que su venida en cuanto hombre no proviene de la voluntad de varón, sino de la voluntad de Dios.

21,8. Por eso también Moisés, para mostrarlo en figura, arrojó el bastón por tierra (Ex 7,9-10), para absorber y deglutir, encarnándose, toda la prevaricación de los egipcios que se alzaba contra la Economía de Dios, y para que los egipcios atestiguasen que era el dedo de Dios (Ex 8,15), y no el hijo de José, el que realizaba la salvación del pueblo.

3.9.11. Divinidad de Cristo

Porque si hubiese sido el hijo de José, ¿cómo habría podido tener más poder que Salomón y que Jonás (Mt 12,41-42), o cómo habría sido más grande que David (Mt 22,41-45), si hubiese como ellos provenido de un semen de hombre y siendo hijo de ellos? ¿Y para qué habría dicho el beato Pedro que lo reconocía como Hijo del Dios viviente (Mt 16,16-17)?

21,9. Además, si hubiese sido hijo de José, no hubiese podido ser ni rey ni heredero, según Jeremías. Porque se indica que José era hijo de Joaquín y de Jeconías, como Mateo expone acerca de su origen (Mt 1,12.16). Pero Jeconías y sus sucesores abdicaron del reino, como dice Jeremías: «Vivo yo, dice el Señor, que aun cuando Jeconías hijo de Joaquín fuese un sello en mi mano derecha, me lo arrancaría para entregarlo en manos de quienes buscan tu vida» (Jer 22,24-25). Y también: «Jeconías ha sido deshonrado como un vaso que ya no se necesita, porque ha sido expulsado a una tierra que no conocía. Tierra, escucha la palabra del Señor: escribe a este hombre como a un rechazado, porque no aumentará su descendencia que se sienta sobre el trono de David, príncipe de Judá» (Jer 22,28-30). Y dice también el Señor sobre Joaquín su padre: «Por eso el Señor dijo acerca de Joaquín, su padre, rey de Judá: *No tendrá un heredero que se siente sobre el trono de David, y su cadáver será arrojado al calor del día y al frío de la noche, y los rechazaré a él y a sus hijos, y lanzaré contra ellos y contra los habitantes de Jerusalén todos los males que he pronunciado sobre ellos*» (Jer 36 [43],30-31). Así pues, quienes dicen que él ha sido engendrado de José y en él ponen su esperanza, han abdicado del reino, y caen bajo la maldición y el castigo lanzado contra Jeconías y su simiente. También por ello se han dicho estas cosas acerca de Jeconías, pues el Espíritu preconocía lo que dicen estos malos maestros. Y para que aprendan que no habría de nacer de su simiente, es decir de José, sino según la promesa de Dios, es suscitado del vientre de David el Rey eterno que recapitula en sí todas las cosas.

3.10. La recapitulación

3.10.1. Los dos Adanes

21,10. El recapituló en sí su antiguo plasma. Porque «como por la desobediencia de un hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte» tuvo poder (Rom 5,12.19), «así por la obediencia de un hombre» la justicia ha sido restablecida para fructificar en vida para los hombres que en otro tiempo habían muerto. Y así como aquel primer Adán fue plasmado de una tierra no trabajada y aún virgen -«porque aún Dios no había hecho llover y el hombre aún no había trabajado la tierra» (Gén 2,5)- sino que fue modelado por la mano de Dios (Sal 119[118],73; Job 10,8), o sea por el Verbo de Dios -ya que «todo fue hecho por él» (Jn 1,3) y «el Señor tomó barro de la tierra y plasmó al hombre» (Gén 2,7)- así, para recapitular a Adán en sí mismo, el mismo Verbo existente recibió justamente de María la que aún era Virgen, el origen de lo que había de recapitular a Adán. Si pues el primer Adán (1 Cor 15,45) hubiese tenido un hombre como padre y hubiese sido concebido del esperma de varón, justamente se diría que el segundo Adán (1 Cor 15,47) habría sido engendrado de José. Pero si aquél fue tomado de la tierra, y plasmado por el Verbo de Dios, era conveniente que el mismo Verbo, que había de realizar en sí mismo la recapitulación de Adán, tuviese un origen en todo semejante. Pero entonces, se me dirá, ¿por qué Dios no tomó barro sino realizó de María la criatura que había de nacer? Para que no fuese hecha ninguna otra criatura diversa de aquélla, ni otra criatura que aquella que había de ser salvada, sino la misma que debía ser recapitulada, salvando la semejanza.

3.10.2. La recapitulación, motivo de la encarnación

22,1. Yerran, pues, quienes afirman que él «nada recibió de la Virgen»: para arrancar la herencia de la carne, arrebatan también la semejanza. Porque si aquel primero tuvo su creación y su substancia de la tierra por mano y arte de Dios (Sal 119[118],73; Job 10,8), pero Dios no hubiese hecho a éste de (*ex*) María, no se conservaría la semejanza en el ser hecho hombre según la imagen y la semejanza (Gén 1, 26) y el Hacedor se mostraría inconsecuente, no teniendo cómo manifestar su sabiduría. Lo mismo es afirmar que apareció como un hombre sin ser hombre, y decir que se hizo hombre sin tomar nada del hombre. Porque si no tomó del hombre la substancia de la carne, tampoco se hizo hombre ni Hijo del Hombre. Y si no se hizo aquello mismo que nosotros somos, no hizo gran cosa el sufrimiento de su pasión. Así pues, el Verbo de Dios se hizo la misma criatura que debía recapitular en sí, y por eso se confiesa Hijo del Hombre, y declara bienaventurados a los humildes, porque heredarán la tierra (Mt 5,5). Y el Apóstol Pablo dice en su carta a los Gálatas: «Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gál 4,4), y de nuevo a los Romanos dice: «Acerca del Hijo, el que nació del semen de David según la carne, que fue predestinado por Dios según el Espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor» (Rom 1,3-4).

3.10.3. Error de los docetas

22,2. De otro modo habría sido inútil su descenso a María. ¿Para qué descendía a

ella, si nada debía tomar de ella? Y si nada hubiese tomado de María, no habría sido propio tomar alimento de la tierra, por medio del cual, de lo sacado de la tierra se nutre el cuerpo. Ni habría ayunado por cuarenta días y tenido hambre como Moisés y Elías (Mt 4,2) ni su cuerpo habría buscado su propio alimento; ni su discípulo Juan habría escrito diciendo de él: «Jesús fatigado del camino se sentó» (Jn 4,6): ni David habría preanunciado de él: «Ellos han añadido al dolor de mis heridas» (Sal 69[68],27); ni habría llorado por Lázaro (Jn 11,35); ni habría sudado gotas de sangre (Lc 22,44); ni habría dicho: «Mi alma está triste» (Mt 26,38), ni al abrir su costado habrían salido sangre y agua (Jn 19,34). Todos estos son signos de una carne sacada de la tierra, la cual recapituló en sí, para salvar su propio plasma.

22,3. Por eso Lucas en el origen de nuestro Señor muestra que desde Adán su genealogía tuvo 72 generaciones (Lc 3,28-38), para ligar el término con el inicio, y para significar que él es el que recapitula en sí mismo como Adán, todas las gentes dispersas desde Adán y todas las lenguas y generaciones de los hombres. De ahí que en Pablo Adán se llame «tipo del que ha de venir» (Rom 5,14), porque el Verbo Hacedor había pretipificado para sí mismo la futura Economía acerca del Hijo de Dios hecho hombre, al planear al primer hombre psíquico, para mostrar que será salvado por el espiritual (1 Cor 15,46); porque preexistiendo el Salvador, convenía que existiesen los salvados, para que el Salvador no fuese estéril.

3.10.4. Eva y María

22,4. En correspondencia encontramos también obediente a María la Virgen, cuando dice: «He aquí tu sierva, Señor: hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38); a Eva en cambio indócil, pues desobedeció siendo aún virgen. Porque como aquélla, tuvo un marido, Adán, pero aún era virgen -pues «estaban ambos desnudos» en el paraíso «pero no sentían vergüenza» (Gén 2, 25), porque apenas creados no conocían la procreación; pues convenía que primero se desarrollasen antes de multiplicarse (Gén 1, 28)-, habiendo desobedecido, se hizo causa de muerte para sí y para toda la humanidad; así también María, teniendo a un varón como marido pero siendo virgen como aquélla, habiendo obedecido se hizo causa de salvación para sí misma y para toda la humanidad (Heb 5, 9). Y por eso la Ley llama desposada con un hombre, aunque sea aún virgen, a la mujer desposada (Dt 22, 23-24), significando la recirculación que hay de María a Eva, porque no se desataría de otro modo lo que está atado, sino siguiendo el modo inverso de la atadura, de modo que primero se desaten los primeros nudos, luego los segundos, los cuales a su vez liberan los primeros. Así el primer nudo es desatado después del segundo, y así el segundo desata el primero.

Por eso el Señor decía que los primeros serán últimos y los últimos serán primeros (Mt 19, 30; 20, 16). Y lo mismo significa el profeta al decir: «En lugar de tus padres tendrás hijos» (Sal 45[44],17). Porque el Señor, al hacerse Primogénito de los muertos (Col 1,18) recibió en su seno a los antiguos padres para regenerarlos para la vida de Dios, siendo él el principio de los vivientes (Col 1,18), pues Adán había sido el principio de los muertos. Por eso Lucas puso al Señor al inicio de la genealogía para remontarse hasta

Adán (Lc 3,23-38), para significar que no fueron aquéllos quienes regeneraron a Jesús en el Evangelio de la vida, sino éste a aquéllos. Así también el nudo de la desobediencia de Eva se desató por la obediencia de María; pues lo que la virgen Eva ató por su incredulidad, la Virgen María lo desató por su fe.

3.10.5. La salvación de Adán

23,1. Fue, pues, necesario que el Señor viniese a la oveja perdida para con tan grande Economía realizar la recapitulación, y para volver a buscar la obra que él mismo había plasmado; para salvar al mismo hombre hecho «a su imagen y semejanza» (Gén 1,26), es decir, al viejo Adán, una vez cumplidos los tiempos «que el Padre había fijado con su poder» (Hech 1,7), de la condenación que había recaído sobre él por su desobediencia -porque todo plan de salvación en favor del hombre se hacía según el beneplácito del Padre-, a fin de que Dios no quedase vencido ni se perdiese su obra de arte. Pues, si el hombre al que Dios había hecho para que viviese, al perder la vida herido por la serpiente que lo había corrompido ya no hubiese podido volver a la vida, sino que hubiese quedado enteramente abocado a la muerte, entonces Dios habría sido vencido, y la maldad de la serpiente habría triunfado sobre el designio de Dios.

Mas, como Dios es invencible y generoso (pues se mostró magnánimo al corregir a los hombres y probarlos, como ya hemos expuesto), por medio del Segundo Hombre (1 Cor 15,47) «ató al fuerte y le arrancó sus bienes» (Mt 12,29; Mc 3,27), aniquiló la muerte (2 Tim 1,10), volviendo la vida al hombre que había caído bajo el poder de la muerte. Pues el primer bien que cayó bajo su poder fue Adán, al que mantenía sujeto; es decir, que de forma inicua lo había empujado a la prevaricación, y poniéndole como señuelo la inmortalidad, le había infligido la muerte. Pues, en efecto, le había hecho la promesa: «Seréis como dioses» (Gén 3,5); mas no siendo capaz de cumplirla, le asestó la muerte. Por ello justamente Dios la volvió a someter a cautiverio, pues ella había mantenido cautivo al ser humano. Y el hombre, que había sido arrastrado a la esclavitud, quedó librado de los lazos de su condena.

3.10.6. En Adán todos somos uno

23,2. A fin de puntualizar la verdad, este Adán es aquel primer hombre modelado, sobre el cual la Escritura afirma que Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26). Todos los demás descendemos de él. Y, como provenimos de él, por eso llevamos también su nombre. Y si se salva el ser humano, entonces es preciso que también se salve el primero que ha sido modelado. Pues parece irrazonable que aquel que venció el enemigo no libre a aquel que fue violentamente herido por el enemigo y el primero en quedar sometido al cautiverio, cuando son arrancados de éste sus hijos a quienes engendró siendo esclavo. Ni parecería vencido el enemigo, si aún pudiese conservar los antiguos despojos. Como si un enemigo atacara a un pueblo y a los vencidos llevara cautivos de modo que por largo tiempo los mantuviese esclavos, durante el cual período éstos engendrasen hijos. Si mucho después alguien se compadeciera de los esclavos y asaltara al enemigo, no actuaría con justicia si liberase a los hijos, de

manos de aquellos que habían llevado a sus padres al cautiverio, en cambio dejase bajo la esclavitud del enemigo a aquellos por cuya liberación había luchado. Si los hijos vuelven a adquirir la libertad por motivo de la liberación de sus padres, no pueden quedar cautivos esos mismos padres que desde el principio han sufrido el cautiverio.

3.10.7. Dios no maldijo a Adán ni a Eva

23,3. Por este motivo, al principio de la transgresión en Adán, como la Escritura narra, Dios no maldijo a Adán mismo, sino «la tierra que trabajarás» (Gén 3,17). Como dijo uno de nuestros antecesores: «Dios echó la maldición sobre la tierra, a fin de que ésta no recaiga sobre el ser humano». Como castigo por su pecado, se impusieron al hombre los sufrimientos, el trabajo de la tierra, comer el pan con el sudor de su frente, y volver a la tierra de la que había sido sacado (Gén 3,17-19). También a la mujer se le castigó con sufrimientos, trabajos, llanto y dolor en el parto, así como el sometimiento en cuanto debe estar bajo su marido (Gén 3,16). Dios no quería ni que, por una parte, quedaran hundidos en la muerte; ni, por otra, si no eran castigados pudieran despreciar a Dios.

3.10.8. Dios maldijo a la serpiente

Sólo la serpiente es maldita. Toda la maldición recayó sobre la serpiente que los había seducido: «Y Dios dijo a la serpiente: *Porque has hecho esto, serás maldita entre todos los animales domésticos y las fieras de la tierra*» (Gén 3,14). Esto mismo dirá el Señor en el Evangelio a quienes encuentre a su izquierda: «Apartaos, malditos, al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41). Con esto quiso dar a entender que el fuego eterno no fue en un principio preparado para el ser humano, sino para aquel que lo sedujo y lo arrastró al pecado; es decir, para el «príncipe de la apostasía» (o sea de «la separación») y para los ángeles que apostataron junto con él. Y justamente también recibirán este castigo quienes, de modo semejante a ellos, perseveren en las obras del mal, sin conversión y arrepentimiento.

3.10.9. Adán y Caín

23,4. Caín, cuando Dios le aconsejó calmarse, pues no había compartido de modo justo con su hermano los deberes de fraternidad, sino que con envidia y maldad imaginó poder dominar sobre él, no sólo no se puso en paz, sino que añadió pecado a pecado, mostrando su intención con las obras. Llevó a cabo lo que había planeado (Gén 4,7-8): se impuso sobre él y lo mató. Dios sometió el justo al injusto, a fin de que el primero mediante su sufrimiento se manifestase como justo, en cambio el segundo mediante sus actos desenmascarase su injusticia.

Pero ni aun así se puso en paz ni se calmó de sus malas acciones; sino que, interrogado sobre dónde estaba su hermano, dijo: «No lo sé. ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?» Con su respuesta aumentó y multiplicó el mal. Pues, si era malo matar a su hermano, mucho peor era responder de esa manera a Dios que todo lo sabe, ¡como si pudiera engañarlo! Por ese motivo, él mismo cargó con la maldición, porque disimuló el pecado y ni temió a Dios ni se arrepintió del fratricidio.

3.10.10. Adán cayó engañado: su arrepentimiento

23,5. No es igual el caso de Adán, sino muy diferente. Otro lo sedujo con la tentación de inmortalidad, pero de inmediato el temor lo sobrecogió y trató de esconderse; mas no como quien quiere huir de Dios, sino que, confundido por haber transgredido su mandato, se sintió indigno de acercarse a la presencia de Dios para hablar con él: «El temor de Dios es el principio de la sabiduría» (Prov 9,10; Sal 111[110],10). Entender que se ha pecado lleva a la penitencia, y Dios derrocha su bondad en favor de los penitentes.

Adán mostró su arrepentimiento con su cinturón, al ceñirse con hojas de higuera. Habiendo muchos otros tipos de hojas que podían lastimar menos el cuerpo, sin embargo, movido por el temor de Dios, tejió un cinturón digno de su desobediencia (Gén 3,7-10). De esta manera, reprimía el impulso de la carne que le había hecho perder el modo de ser y la ingenuidad del niño para volver su mente al mal. Se revistió con un freno de continencia que también compartió con su mujer, pues temía a Dios y esperaba su venida, como si quisiera decir: «Puesto que por la desobediencia he perdido el vestido de santidad que recibí del Espíritu, reconozco merecer este vestido que no produce ningún placer, sino que me muerde y lastima el cuerpo». Y de su parte siempre se hubiera humillado llevando ese vestido, si el Señor misericordioso no les hubiera dado túnicas de pieles en lugar de sus hojas de higuera.

3.10.11. La misericordia de Dios

Por su misma misericordia les preguntó, para que la acusación recayera sobre la mujer; y de nuevo la interrogó a ella, para que ella a su vez transfiriera la culpa a la serpiente. Ella, en efecto, declaró lo sucedido: «La serpiente me sedujo y comí» (Gén 3,13). Dios no interrogó a la serpiente, pues conocía muy bien al príncipe de la transgresión; sino que primeramente lanzó contra ella la maldición, de modo que en segundo lugar sobre el hombre recayera una reprensión. Pues Dios odiaba al que sedujo al ser humano; en cambio poco a poco sintió misericordia por aquel que había sido seducido.

23,6. Por este motivo «lo echó del Paraíso» y lo alejó «del árbol de la vida» (Gén 3,23-24). No es que Dios sintiese celos por el árbol de la vida, como algunos se atreven a opinar; sino que fue acto de misericordia alejarlo para que no siguiese transgrediendo, a fin de que su pecado no estuviese en él para siempre como un mal insaciable y sin remedio. De este modo le impidió seguir transgrediendo el mandato, le impuso la muerte y marcó un límite al pecado al ponerle a él un término en la tierra mediante la disolución de la carne. De esta manera el hombre, al morir, dejaría de vivir para el pecado y comenzaría a vivir para Dios.

3.10.12. La descendencia de la mujer aplasta la serpiente

23,7. Por eso Dios puso una enemistad entre la serpiente, y la mujer y su linaje, al acecho la una del otro (Gén 3, 15), el segundo mordido al talón, pero con poder para triturar la cabeza del enemigo; la primera, mordiendo y matando e impidiendo el camino

del hombre, «hasta que vino la descendencia» (Gál 3,19) predestinada a triturar su cabeza (Lc 10,19): éste fue el que María dio a luz (Gál 3,16). De él dice el profeta: «Caminarás sobre el áspide y el basilisco, con tu pie aplastarás al león y al dragón» (Sal 91 [90],13), indicando que el pecado, que se había erigido y expandido contra el hombre, y que lo mataba, sería aniquilado junto con la muerte reinante (Rom 5,14.17); y que por él sería aplastado el león que en los últimos tiempos se lanzaría contra el género humano, o sea el Anticristo, el dragón que es la antigua serpiente (Ap 20,2), y lo ataría y sometería al poder del hombre que había sido vencido, para destruir todo su poder (Lc 10,19-20). Porque Adán había sido vencido, y se le había arrebatado toda vida. Así, vencido de nuevo el enemigo, Adán puede recibir de nuevo la vida; pues «la muerte, la última enemiga, queda vencida» (1 Cor 15,26), que antes tenía en su poder al hombre. Por eso, liberado el hombre, «acaecerá lo que está escrito: *La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?*» (1 Cor 15,54-55). Esto no podría haberse dicho si no hubiese sido liberado aquel sobre el cual dominó al principio la muerte. Porque la salud de éste consiste en la destrucción de la muerte. Y la muerte fue destruida cuando el Señor dio vida al hombre, quiero decir a Adán.

3.10.13. Adán fue perdonado (contra Taciano)

23,8. Mienten, por tanto, quienes se oponen a su salvación. Con ello se excluyen a sí mismos de la vida, pues no creen que la oveja perdida ha sido hallada (Lc 15,5-6); y si no ha sido hallada, entonces toda la descendencia de la raza humana está aún bajo el poder de la perdición.

También es un engañador Taciano, el primero que inventó esa doctrina, que mejor puede llamarse ignorancia y ceguera. Pues éste, después de haber hecho un amasijo de todas las herejías, de su propia cosecha inventó ésta, a fin de añadir algo nuevo a todo lo que ya se había dicho. Lanzando palabras vacías, se formó sus propios seguidores vacíos de fe. Presumiendo de maestro, se empeñó en usar todo el tiempo como punta de lanza el dicho de Pablo: «En Adán todos hemos muerto» (1 Cor 15,22), pero olvidándose de que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rom 5,20). Una vez que todo lo anterior ha quedado claro, sientan vergüenza sus seguidores que se la traen contra Adán, como si mucho ganaran con que éste no se haya salvado, cuando en realidad ningún beneficio sacan. Así como la serpiente nada aprovechó tentando al hombre, sino presentarlo como un transgresor, y convertirlo en el primer instrumento y la materia de su propia apostasía, mas a Dios no lo venció. De modo semejante, quienes atacan la salvación de Adán, nada ganan sino desenmascararse como herejes apóstatas de la verdad, y abogados de la serpiente y de la muerte.

24,1. Hemos denunciado a todos los que enseñan perversas doctrinas acerca de nuestro Creador y Plasmador que hizo este mundo, y sobre el cual no hay ningún otro Dios. Usando sus mismos argumentos hemos echado por tierra a los que enseñan falsedades sobre el ser de nuestro Señor y sobre la obra salvífica que realizó por el hombre su criatura.

3.11. Conclusiones

3.11.1. La Iglesia y el Espíritu Santo

Hemos también expuesto cómo la predicación de la Iglesia es la misma en todas las regiones, se mantiene igual y se funda en el testimonio de los profetas, de los Apóstoles y de todos los discípulos; y así también (hemos explicado) desde el principio, por sus medios y hasta el fin, el universal proyecto salvífico de Dios, y la obra que realiza todos los días por la salud del hombre, en lo que nuestra fe consiste.

Conservamos esta fe, que hemos recibido de la Iglesia, como un precioso perfume custodiado siempre en su frescura en buen frasco por el Espíritu de Dios, y que mantiene siempre joven el mismo vaso en que se guarda. Este es el don confiado a la Iglesia, como el soplo de Dios a su criatura, que le inspiró para que tuviesen vida todos los miembros que lo recibiesen. En éste se halla el don de Cristo, es decir el Espíritu Santo, prenda de incorrupción, confirmación de nuestra fe, y escalera para subir a Dios. En efecto, «en la Iglesia Dios puso apóstoles, profetas, doctores» (1 Cor 12,28), y todos los otros efectos del Espíritu. De éste no participan quienes no se unen a la Iglesia, sino que se privan a sí mismos de la vida por su mala doctrina y pésima conducta. Pues donde está la Iglesia ahí se encuentra el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios ahí está la Iglesia y toda la gracia, ya que el Espíritu es la verdad.

3.11.2. Los herejes destruyen su salvación

Por tanto, quienes no participan de él, ni nutren su vida con la leche de su madre (la Iglesia), tampoco reciben la purísima fuente que procede del cuerpo de Cristo. «Cavan para sí mismos cisternas agrietadas» (Jer 2,13), se llenan de pozos terrenos y beben agua corrompida por el lodo; porque huyen de la fe de la Iglesia para que no se les convenza de error, y rechazan el Espíritu para no ser instruidos.

24,2. Enajenándose de la verdad, revolotean de error en error, andan fluctuando, opinando ora de un modo, ora de otro, según las ocasiones, y nunca llegan a afirmarse en una doctrina estable. Prefieren ser sofistas de las palabras, a ser discípulos de la verdad. No están fundados sobre *una Piedra*, sino sobre arena (Mt 7,24-27) ¡que esconde muchos sepulcros! Por eso se fabrican muchos dioses. Su excusa es decir que andan buscando (¡como ciegos!), pero de hecho nunca encuentran. Blasfeman contra el Demiurgo, o sea el verdadero Dios, que es quien nos concede encontrarlo, creyendo que han encontrado sobre Dios a «otro Dios», «otra Plenitud» y «otra Economía».

3.11.3. Bondad infinita del Dios Creador: providencia y juicio

Nada de extraño que la luz de Dios no los alumbre, pues han deshonrado y despreciado a Dios, sin pensar en absoluto en aquel que por su amor e inmensa benignidad se ha dado a conocer a los hombres. No quiero decir que lo conozcamos en toda su grandeza ni según su substancia (pues nadie lo ha medido ni tocado), pero sí lo suficiente para saber que él nos hizo y plasmó, que sopló su aliento de vida y que nos alimenta con su creación, «que todo lo asentó con su Verbo y lo hizo uno con su

Sabiduría» (Sal 33[32],6). Es decir, conocemos al único Dios verdadero. No es ciertamente ese (Dios) «que no es» en quien ellos sueñan, pensando haber hallado al «gran Dios» a quien nadie puede conocer, que no se comunica con la raza humana ni tiene providencia de las cosas de la tierra. Es el Dios de los epicúreos, que dicen haber hallado a un Dios que ni es útil para nadie, ni tiene providencia de nada.

25,1. Pues Dios tiene providencia de todas las cosas, por eso se hace presente, guiándolos con su consejo, en aquellos que a su vez tienen providencia de su conducta. Por fuerza aquéllos sobre los cuales recae la providencia y el gobierno, deben conocer a quien los dirige. Al menos así no serán irracionales ni estarán vacíos de la mente, sino que serán sensibles para percibir la providencia de Dios. Por este motivo algunos paganos, menos esclavos de sus pasiones y no tan cerradamente aprisionados en la superstición de los ídolos, aunque débilmente guiados por su providencia, se convirtieron y llegaron a llamar al Demiurgo del universo, Padre de todas las cosas y providente Señor de nuestro mundo.

25,2. Otro error consistió en arrancar al Padre el juicio y el castigo, pensando que ese poder es impropio de Dios. Por eso imaginaron haber encontrado a un Dios «bueno y sin ira», así como a otro Dios «cuyo oficio es juzgar» y «otro para salvar». Esos pobres no se dieron cuenta de que a uno y a otro lo privan de la sabiduría y de la justicia. Pues, si el juez no fuera al mismo tiempo bueno, ¿cómo daría al premio a quienes lo merecen y reprenderá a quienes lo necesitan? Un juez de este tipo no sería ni sabio ni justo. Y si fuese un Dios bueno y únicamente bueno, pero sin juicio para juzgar quiénes merecen esa bondad, un tal Dios no sería ni justo ni bueno, pues su bondad sería impotente; ni podría ser salvador universal si carece de discernimiento.

3.11.4. Error de Marción

25,3. Marción por su parte, al partir a Dios en dos, a los cuales llamó al primero «bueno» y al segundo «justo», acabó matando a Dios desde las dos partes. Porque si el Dios «justo» no es a la vez «bueno», tampoco puede ser Dios aquel a quien le falta la bondad; y por otra parte, si es «bueno» pero no «justo», del mismo modo sufriría que le arrebataran el ser Dios.

¿Y cómo pueden decir que el Padre universal es sabio, si al mismo tiempo no es juez? Pues si es sabio, puede discernir. Ahora bien, discernir supone juzgar, y de juzgar se sigue el juicio con discernimiento justo; pues la justicia lleva al juicio, y cuando un juicio se hace con justicia, remite a la sabiduría.

3.11.5. Dios es sabio, bueno y justo

El Padre sobrepasa en sabiduría a toda sabiduría angélica y humana; porque es Señor, juez, justo y soberano sobre todas las cosas. Pero también es misericordioso, bueno y paciente para salvar a quienes conviene. No deja de ser bueno al ejercer la justicia, ni se disminuye su sabiduría. Salva a quienes debe salvar, y juzga con justo juicio a quienes son dignos. Ni se muestra inmisericorde al ser justo, porque lo previene y precede su bondad.

25,4. El Dios benigno «hace salir su sol sobre todos y llueve sobre justos y pecadores» (Mt 5,45). Juzgará por igual a cuantos recibieron su bondad, mas no se comportaron de manera semejante según la dignidad del don recibido, sino que se entregaron a placeres y pasiones carnales en contra de su benevolencia, muchas veces hasta llegar a blasfemar contra aquel que los hizo objeto de tantos beneficios.

3.11.6. Platón conoció a Dios

25,5. Platón, en comparación con éstos, es más religioso. Confesó a Dios justo y bueno, con poder universal y con oficio de juzgar. En efecto, escribe: «Dios, como dice la antigua tradición, tiene en su mano el inicio, el medio y el fin de todas las cosas, en todo obra rectamente, envolviendo todo por naturaleza. Siempre lo sigue la justicia vengadora de cuantos violan la ley divina». En otro lugar muestra al Creador y Demiurgo del universo, en toda su bondad: «En el que es bueno, jamás brota ninguna envidia de nadie». Pone la bondad de Dios como principio y origen de la creación del mundo, no «la ignorancia» ni «los lamentos y clamores de la Madre», ni «otro Dios y Padre».

4. Conclusiones

4.1. Contra los gnósticos

25,6. ¡Con razón su «Madre» llora por los inventores de tales fantasías! «Tales mentiras son dignas de retumbar en sus cabezas», porque su «Madre» se halla «fuera de la Plenitud» (¡es decir, fuera del conocimiento de Dios!), y su colección (de hijos) es «un aborto deforme y sin belleza» (¡pues nada han aprendido de la verdad!); «están asentados en la sombra y el vacío» (¡pues su doctrina está vacía y llena de sombras!), y «Horus no le permitió entrar en el Pléroma» (¡pues el Espíritu no los recibió en su descanso!). Su «Padre», al engendrar «la ignorancia», hizo brotar en ellos «las pasiones» de la muerte. Nosotros no tratamos de calumniarlos, pues ellos mismos lo afirman, lo predican, se glorían de estas doctrinas. Se enorgullecen de tener una «Madre» que, dicen ellos, nació «sin Padre» (¡o sea sin Dios!), «una Mujer brotada de Mujer» (¡en otras palabras, error de error!)

4.2. Oración por ellos

25,7. Por nuestra parte, oramos por que no caigan en el pozo que ellos mismos han cavado; sino que se aparten de su «Madre», salgan del «Abismo», renuncien al «Vacío» y a la «Sombra», y se conviertan para nacer a la Iglesia de Dios, a fin de que Cristo se forme en ellos, y conozcan al Creador y Demiurgo de todas las cosas como al único Dios y Señor. Al orar de esta manera por ellos, los amamos más de cuanto ellos piensan amarse a sí mismos. Y porque nuestro afecto es verdadero, puede servir para su salvación, si es que quieren aceptarlo. Es como una medicina dolorosa que desprende las costras superficiales de la carne herida: este afecto les arranca el orgullo y la vanagloria. Por eso no nos cansará seguir con todas nuestras fuerzas tendiéndoles la mano.

En el próximo libro continuaremos haciendo aflorar las palabras del Señor, acerca de estos temas, por ver si con la doctrina de Cristo podemos convencer a algunos de que se

aparten de su error y renuncien a blasfemar contra su Demiurgo, que es el único Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

LIBRO IV:

LAS ESCRITURAS ANUNCIAN A UN SOLO DIOS Y PADRE

Prólogo

Pr. 1. Mi querido hermano, te envío el cuarto libro de la obra que te prometí, acerca de la *Exposición y refutación de la falsa gnosis*. Por medio de las palabras del Señor hemos confirmado lo que anteriormente hemos dicho, a fin de que también tú, como pediste, recibas de nuestra cosecha todos los argumentos para confundir a los herejes; y para que, una vez refutados, ya no les permitas volver a caer en el abismo del error ni ahogarse en el mar de la ignorancia; sino que, volviéndose al puerto de la verdad, puedan lograr su salvación.

Pr. 2. Si alguien desea convertirlos, conviene que con toda diligencia se informe de sus argumentos: pues ningún médico es capaz de curar a un enfermo si antes no conoce el mal que padece. Quienes nos precedieron, aun cuando eran mejores que nosotros, no pudieron refutar de modo suficiente a los valentinianos, porque ignoraban sus enseñanzas, que nosotros hemos expuesto con esmero en el primer libro, en el cual también mostramos cómo su doctrina recapitula todas las herejías. Por igual motivo en el segundo libro los tomamos como el blanco de toda nuestra refutación: quien los rebata de modo correcto, también derrocará a todos los que proponen un falso conocimiento. Echándolos por tierra a ellos, al mismo tiempo derrumbará toda herejía.

Pr. 3. Su doctrina es más blasfema que cualquier otra, como hemos demostrado, porque afirman que el único Dios, Creador y Demiurgo, proviene del desecho. También blasfeman contra nuestro Señor, al dividir y separar a Jesús de Cristo, a Cristo del Salvador, al Salvador del Verbo y al Verbo del Unigénito. Y así como dicen que el Demiurgo es fruto del desecho, así también enseñan que Cristo y el Espíritu Santo fueron emitidos a causa de la penuria, y que el Salvador es producto de los Eones emitidos por la penuria. Como se ve, nada hay en ellos sino blasfemia. En el libro anterior demostré, contra todos ellos, la doctrina de los Apóstoles; pues «los que desde el principio fueron testigos y llegaron a ser servidores de la Palabra» (Lc 1,2) de la Verdad, no sólo jamás pensaron de esta manera, sino que nos enseñaron a huir de tales argucias, pues con ayuda del Espíritu supieron de antemano que habría quienes sedujeran a los más simples.

Pr. 4. Como la serpiente sedujo a Eva, prometiéndole lo que ni siquiera ella tenía (Gén 3,4-5), así éstos (los gnósticos) pretendiendo tener un mayor conocimiento de los

misterios inefables, y prometiendo la comprensión que dicen hallarse en el Pléroma, arrastran a los fieles a la muerte; los hacen apóstatas de aquel que los creó. En aquel primer momento el ángel apóstata, provocando por la serpiente la desobediencia de los hombres, pensó que el asunto quedaría oculto al Señor: por eso Dios le dio la forma y nombre que tiene. Mas ahora, en estos últimos tiempos, el mal se extiende entre los hombres, no sólo haciéndolos apóstatas; sino que, mediante muchas invenciones, los ha hecho blasfemar contra el Creador; quiero decir, por medio de todos los herejes de los que he hablado. Pues todos ellos, aunque provienen de diversas partes y enseñan doctrinas diversas, sin embargo concuerdan en el mismo fin blasfemo, hiriendo letalmente, enseñando a blasfemar contra el Dios que nos ha creado y nos sustenta, y destruyendo nuestra salvación. El hombre está compuesto de alma y carne, la cual fue formada a semejanza de Dios y plasmada por sus manos, eso es, por el Hijo y el Espíritu, a los cuales dijo: «Hagamos al hombre» (Gén 1,26). La intención de aquel que atenta contra nuestra vida es hacer de los hombres unos incrédulos y blasfemos contra su Creador. Todas las proclamas de los herejes en último término se reducen a blasfemar contra el Demiurgo y a destruir la salvación de la carne, creatura de Dios, por la cual, como hemos demostrado, el Hijo de Dios de muchas maneras llevó a cabo la Economía. También hemos probado por las Escrituras que a ningún otro se le llama Dios, excepto al Padre universal, al Hijo y a aquellos que han recibido la filiación adoptiva.

CAPÍTULO 1.

Unidad de los dos Testamentos

1.1. Un solo Dios, Creador y Padre

1.1.1. Según las palabras de Jesús

1,1. Queda, pues, firme sin discusión, que el Espíritu, hablando en propia persona, no ha llamado Dios y Señor a nadie más sino al Dios Soberano de todas las cosas, con su Verbo; así también aquellos que reciben el Espíritu de adopción, es decir, quienes creen en el único Dios verdadero y en Jesucristo Hijo de Dios. De modo semejante, el Apóstol no llama Dios y Señor a otros fuera de éstos; y lo mismo nuestro Señor, el cual nos mandó no proclamar Padre a ningún otro sino al que está en los cielos, al único Dios y Padre. No es como los engañadores sofistas enseñan, que por naturaleza es Dios y Padre aquel que ellos han inventado; mientras que el Demiurgo no sería ni Dios ni Padre por naturaleza, sino que así se le denominaría con lenguaje figurado porque domina la creación. De este modo hablan los logistas depravados que fabrican ilusiones sobre Dios, descuidando la doctrina de Cristo, poniéndose a hacer sus propias cábalas acerca de la Economía de Dios. Pues ellos pretenden tener a sus Eones por Dioses, Padres y Señores, así como a los Cielos, junto con la Madre que han inventado, a la cual también llaman Tierra y Jerusalén, y pretenden aplicarle mil nombres.

1,2. ¿Quién puede dudar de que, si el Señor hubiese conocido muchos padres y dioses, no habría enseñado a sus discípulos a reconocer a un solo Dios, y sólo a él llamar Padre? Más bien él distinguió entre los que son llamados dioses en lenguaje figurado, del único Dios verdadero, a fin de que no yerren en su doctrina ni confundan una cosa con otra. En cambio, si además de anunciarnos a un solo Dios al que debemos llamar Padre, también hubiese confesado como Dios y Padre en el mismo sentido a algún otro, parecería que delante de los discípulos enseñaba una doctrina, y aparte él obraba de manera diversa. Entonces no habría sido un maestro bueno, sino falsario y perverso. Los Apóstoles, por su parte, habrían violado el mandamiento fundamental cuando confesaron Dios, Señor y Padre al Demiurgo, como hemos probado, si éste no fuese el único Dios y Padre. Y el Maestro habría sido culpable de su pecado, pues les mandó llamar Padre sólo a uno, y les impuso la obligación de confesar al Creador su Padre, como arriba explicamos.

1.1.2. Según las palabras de Moisés

2,1. Moisés, resumiendo toda la Ley que había recibido del Demiurgo en el Deuteronomio, dice: «Prestad oídos, cielos, que hablaré, y escucha, tierra, la palabra de mi boca» (Dt 32,1). David, a su vez, confesando que del Señor le viene el auxilio, canta:

«El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra» (Sal 121[120],2). Isaías confiesa que la palabra le viene del que hizo el cielo y la tierra, y domina sobre ellos: «Escucha, cielo, y presta oídos, tierra, porque el Señor ha hablado» (Is 1,2), y añade: «Así dice el Señor Dios, el que hizo el cielo y le dio firmeza, el que fundó la tierra y todo cuanto hay en ella, y que da respiración al pueblo que en ella habita y el Espíritu a quienes sobre ella caminan» (Is 42,5).

1.1.3. Los Evangelios confirman las palabras de Moisés

2,2. También nuestro Señor Jesucristo confesó quién es su propio Padre, cuando dijo: «Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra» (Mt 11,25). ¿A quién quieren oírnos llamar Padre aquellos erráticos sofistas de Pandora? ¿Acaso al Abismo que ellos han imaginado? ¿O a la Madre? ¿O al Unigénito? ¿O al Dios que diseñaron Marción y los suyos, el cual con muchos argumentos hemos probado que no es Dios? ¿O más bien, como la verdad enseña, a aquél a quien los profetas anunciaron, al Hacedor del cielo y de la tierra, a quien Cristo confesó su Padre, al que la ley proclamó diciendo: «Escucha, Israel, el Señor tu Dios es uno solo» (Dt 6,4)?

2,3. Que las enseñanzas de Moisés sean palabras de Cristo, éste mismo lo dijo a los judíos, como Juan lo recuerda: «Si creyerais a Moisés, también me creeríais a mí, pues él escribió sobre mí. Mas si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis en mis palabras?» (Jn 5,46-47), indicando que sin duda alguna, las palabras de Moisés son también suyas. En tal caso, las palabras de Moisés y de los demás profetas son de Cristo, como ya probamos. Además, el Señor mismo señaló cómo Abraham respondió al rico acerca de los hombres que entonces vivían: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco le creerán si uno de los muertos resucita para hablarles» (Lc 16,31).

2,4. La parábola del pobre y el rico no es un simple mito; sino que, ante todo, es una enseñanza acerca de que nadie debe dedicarse a los placeres, ni servir a las comodidades del mundo, ni entregarse a las orgías, olvidando a Dios. Pues dice: «Había un rico que vestía de púrpura y lino, y cada día gozaba de espléndidos banquetes» (Lc 16,19). Acerca de este tipo de personas, el Espíritu Santo dijo por Isaías: «Beben vino a la música de las cítaras, los panderos, las liras y las flautas, pero ni miran las obras de Dios, ni contemplan las obras de sus manos» (Is 5,12). A fin de que no caigamos en la misma amenaza, el Señor nos ha mostrado en qué acaban. Pero asimismo da a entender que quienes escuchan a Moisés y a los profetas, creen en aquél a quien ellos anunciaron, el Hijo de Dios que resucitó de entre los muertos y nos da la vida, y enseña que todas las cosas provienen del mismo ser: Abraham, Moisés, los profetas, el mismo Cristo que resucitó de entre los muertos, en el cual creen también muchos que, viniendo de la circuncisión, han escuchado a Moisés y a los profetas cuando predicaban la venida del Hijo de Dios. En cambio quienes los desprecian y dicen que ellos provienen de otra substancia, no reconocen al «primogénito de entre los muertos» (Col 1,18), imaginando por separado al Cristo que permanecería impasible, y al Jesús que ha sufrido.

2,5. Estos no acogen del Padre el conocimiento del Hijo, ni aprenden del Hijo acerca del Padre, aunque éste abiertamente y sin parábolas enseña acerca del Dios verdadero:

«No juréis ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey» (Mt 5,34-35). Claramente lo afirma del Demiurgo, como consta por las palabras de Isaías: «El cielo es mi trono y la tierra el escabel de mis pies» (Is 66,1). Fuera de éste no hay otro Dios; de otro modo el Señor no lo llamaría ni Dios ni el gran Rey, pues tal denominación no admite ni comparación ni grados; ya que a quien tiene sobre sí a otro superior o se halla bajo el poder de otro, no se le puede llamar ni Dios ni gran Rey.

2,6. No pueden afirmar que lo anterior se dijo irónicamente, pues las palabras mismas les probarían que se han dicho en sentido verdadero. Porque quien las dijo era la Verdad, y en verdad reclamó su casa cuando echó de ella a los cambistas y compradores, diciéndoles: «Está escrito: *Mi casa se llamará casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones*» (Mt 21,13; Mc 11,17). ¿Qué razón podía tener para hacer y decir lo anterior, y para reclamar su casa, si predicaba a otro Dios? Mas lo hizo a fin de demostrar que ellos habían violado la ley de su Padre. El no condenó la casa ni desautorizó la Ley que había venido a cumplir (Mt 5,17), sino que reprendió a aquellos que abusaban de la casa y transgredían la Ley.

Por eso los escribas y fariseos, que habían empezado a despreciar a Dios desde el tiempo de la Ley, no recibieron a su Palabra, es decir, [979] no creyeron en Cristo. De ellos dice Isaías: «Tus jefes son rebeldes y cómplices de ladrones, ansían regalos, buscan la ganancia, no hacen justicia al huérfano ni hacen caso al pleito de la viuda» (Is 1,23). Jeremías escribe otro tanto: «Los guías de mi pueblo no me conocen. Son hijos insensatos e imprudentes; sabios para lo malo, no conocieron el bien» (Jer 4,22).

2,7. En cambio, cuantos temían a Dios y se preocupaban por su Ley se acercaron a Cristo y se salvaron, como él mismo dijo a sus discípulos: «Id a las ovejas perdidas de Israel» (Mt 10,6). Cuando el Señor permanció por dos días con los samaritanos «muchos de ellos creyeron por sus palabras y decían a la mujer: *Ya no creemos por lo que nos has dicho: nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es en verdad el Salvador del mundo*» (Jn 4,41-42). Y Pablo dice: «Así se salvará todo Israel» (Rom 11,26). También llamó a la Ley nuestro pedagogo hasta la venida de Jesucristo (Gál 3,24). ¡Que no se culpe a la Ley por la incredulidad de algunos! Pues la Ley a nadie prohibió creer en el Hijo de Dios. Por el contrario, los exhortó diciendo que los seres humanos no pueden salvarse de la antigua mordida de la serpiente (Núm 21,8) si no creen en aquel que, en la semejanza de la carne del pecado (Rom 8,3), levantado de la tierra sobre el madero del martirio, atrajo todo a sí (Jn 12,32) y da la vida a los muertos.

1.1.4. Mala interpretación de los sectarios

3,1. Sin embargo, esos malvados dicen: «Si el cielo es el trono de Dios y la tierra su escabel, y si él ha dicho que los cielos y la tierra pasarán (Lc 21,33), entonces, cuando éstos perezcan, por fuerza perecerá el Dios que sobre ellos se sienta. Por tanto no es el Dios sobre todas las cosas». En primer lugar, no saben lo que *trono* y *escabel* significan; ni saben lo que Dios es, sino que lo imaginan como un hombre sentado y limitado por ellos, no como el que todo lo contiene. También ignoran el significado de *cielo* y *tierra*.

Pablo, en cambio, lo sabía: «Pasa la apariencia de este mundo» (1 Cor 7,31). David resuelve su problema: «Al principio fundaste la tierra, Señor. El cielo y la tierra son obra de tus manos. Ellos pasarán, pero tú permaneces. Todos envejecen como su ropa, los cambiarás como un vestido, porque cambiarán. En cambio tú eres el mismo y tus años no transcurrirán. Los hijos de tus siervos tendrán donde habitar, y su linaje será por siempre firme» (Sal 102[101],26-29). De este modo mostró claramente qué es lo que perecerá y quién dura para siempre: Dios con sus siervos. Lo mismo Isaías: «Levantad los ojos al cielo y mirad abajo la tierra; porque el cielo se disipará como el humo y la tierra se usará como un vestido. Sus habitantes morirán como ellos, pero mi salvación durará eternamente y mi justicia no se extinguirá» (Is 51,6).

4,1. Más aún, acerca de Jerusalén y de la casa, se atreven a decir que, si fuera la ciudad del gran Rey (Mt 5,35), no habría quedado desierta. Es como si alguno argumentase que, si la paja fuese creatura de Dios, jamás se le arrancarían los granos; y si los sarmientos de la vid hubiesen sido hechos por Dios, no se quedarían privados de los racimos. Mas, como estas plantas no fueron creadas por sí mismas, sino para que en ellas crecieran los frutos, por eso, una vez maduro y arrancado su producto, se les deja y arranca, pues ya no sirven para dar fruto. Algo semejante pasó a Jerusalén: llevaba en sí el yugo de la servidumbre a la cual el hombre había estado sometido; y pues bajo el reino de la muerte no estaba sujeto a Dios (Rom 5,14), fue sometido para hacerlo capaz de quedar libre. Vino entonces el fruto de la libertad que creció, fue cortado y almacenado en el depósito: fueron desenraizados (de Jerusalén) aquellos que pueden dar fruto, para distribuirlos en el mundo. Así dice Isaías: «Los hijos de Jacob germinarán e Israel florecerá, y toda la tierra se llenará de sus frutos» (Is 27,6). Una vez diseminado su fruto por la tierra, justamente fue segada y abandonada la ciudad que en otro tiempo había producido un buen fruto -pues de ella brotaron Cristo según la carne (Rom 9,5) y los Apóstoles-, pero ahora ya no es útil para producir fruto. Cualquier cosa que tenga un inicio temporal, también debe tener un final en el tiempo.

4,2. La Ley comenzó con Moisés y concluyó con Juan. Cristo vino a llevarla a cumplimiento, por eso «la Ley y los profetas hasta Juan» (Lc 16,16). Así también Jerusalén: comenzó en la época de David, y habiendo cumplido el tiempo de su Ley, debía acabarse una vez manifestado el Nuevo Testamento; pues Dios hizo todas las cosas con orden y medida, y ante él nada hay sin proporción ni orden (Sab 11,20). Bien lo expresó quien dijo que el Padre, incontenible en sí mismo, ha sido contenido en su Hijo: pues la medida del Padre es su Hijo que lo contiene. Y como ese plan de salvación era temporal, Isaías dijo: «La Hija de Sion ha quedado abandonada como el cobertizo en una viña y como la cabaña en un pepinar» (Is 1,8). ¿Cuándo quedarían desiertas? ¿No sería cuando le cortaron los frutos y quedaron sólo las hojas, que ya no pueden fructificar?

4,3. ¿Y para qué hablar más de Jerusalén, cuando deberá pasar toda la apariencia de este mundo, una vez que se almacene el fruto en el granero y se eche al fuego la paja? «El día del Señor es como un horno ardiente, y los pecadores serán como paja que arderá el día que está por venir» (Mal 3,19). ¿Y quién es el Señor que ha de venir en ese

día? Lo dice Juan el Bautista hablando de Jesucristo: «El os bautizará en el Espíritu Santo y fuego. Tiene el bieldo en su mano para limpiar su era, juntará el fruto en el granero y quemará la paja en fuego inextinguible» (Mt 3,11-12). No es, pues, uno el que crea el trigo y otro la paja, sino uno solo y el mismo. Es él quien los separa, o sea los juzga. Mas el trigo, la paja, los minerales y los animales fueron hechos como son por naturaleza. El hombre fue creado racional, y por ello semejante a Dios, libre en sus decisiones y con un fin en sí mismo; y si alguna vez se convierte en paja y otra en trigo, es por su propia responsabilidad. Por eso se le condena justamente, porque, habiendo sido creado racional, pierde por su culpa la razón, al vivir de modo irracional, opuesto a la justicia de Dios, entregándose a cualquier impulso terreno y sirviendo a todos los placeres, como dice el profeta: «El hombre, cuando recibe honra, pierde el entendimiento, se asemeja a las bestias irracionales» (Sal 49[48],21).

1.1.5. El mismo Dios de los profetas

5,1. Dios es, pues, único y el mismo que enrolla el cielo como un libro (Is 34,4) y renueva la faz de la tierra (Sal 104[103],30): que hizo las cosas temporales para el hombre, a fin de que madurando en ellas diese frutos de inmortalidad; él, por su bondad, produjo las cosas eternas, «para mostrar a los siglos futuros las inenarrables riquezas de su benignidad» (Ef 2,7); que fue anunciado por la Ley y los profetas, y al que Cristo confesó su Padre. Es el mismo Creador, el mismo Dios que está sobre todas las cosas, como dice Isaías: «Yo soy testigo, dice el Señor, y mi siervo al que elegí, para que sepáis, creáis y entendáis que soy yo. Antes de mí no hubo otro Dios, y después de mí no lo habrá. Yo soy Dios y no hay otro salvador fuera de mí. Lo anuncié, y realicé la salvación» (Is 43,10-12). Y también: «Yo, Dios, soy el primero, y soy el mismo entre los últimos» (Is 41,4). Y no lo dice ni en metáfora ni en otro sentido ni por vanagloria: sino porque era imposible conocer a Dios sin Dios; pues Dios nos enseña a conocerlo por su Verbo. Así pues, a quienes no saben esto, y por ello creen haber descubierto a otro Padre, justamente se les podría decir: «Erráis, pues no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios» (Mt 22,29).

1.1.6. El mismo Dios de Abraham y de Moisés

5,2. Nuestro Señor y Maestro respondiendo a los saduceos que niegan la resurrección y por eso deshonran a Dios y falsifican la Ley, al mismo tiempo les reveló la resurrección y les manifestó a Dios, diciéndoles: «Erráis porque no conocéis las Escrituras ni el poder de Dios. A propósito de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que dijo Dios: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?» Y añadió: «No es Dios de muertos sino de vivos» (Mt 22,29-32): en efecto, todos viven por él. Mediante esto les hizo manifiesto que aquel que había hablado a Moisés desde la zarza, y se había revelado el Dios de los padres, él mismo es el Dios de los vivientes. ¿Y quién puede ser Dios de los que viven, sino aquel que es Dios sobre el cual no hay ningún otro Dios? A éste anunció Daniel a Ciro, rey de los persas, cuando diciéndole el rey: «¿Por qué no adoras a Bel?» (Dan 14,3), Daniel le dijo: «Porque no adoro ídolos hechos por mano de hombre, sino al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y tiene el

poder sobre toda carne» (Dan 14,4). Y añadió: «Adoraré a mi Señor y Dios, porque es un Dios viviente» (Dan 14,24).

Luego el mismo Dios viviente que adoraron los profetas, es el Dios de los vivientes, y es su mismo Verbo el que habló a Moisés, que reprendió a los saduceos y que dio la resurrección: éste es aquel que a aquellos enceguecidos reveló al mismo tiempo la resurrección y Dios. Porque si no es Dios de muertos sino de vivos, entonces se dice que es también el Dios de los padres que durmieron, y no perecieron sino que sin duda viven en Dios, siendo hijos de la resurrección. Pues el mismo Señor nuestro es la resurrección, según nos dijo: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25). Y los patriarcas son sus hijos, pues el profeta ha dicho: «En lugar de tus padres, son tus hijos» (Sal 45[44],17). Luego el mismo Cristo es, con el Padre, Dios de los vivientes, el que habló a Moisés, el que se manifestó a los padres.

5,3. Lo mismo enseñaba a los judíos: «Vuestro padre deseó ver mi día, lo vio y se alegró» (Jn 8,56). ¿Qué significa esto? «Abraham creyó a Dios y se le reputó como justicia» (Rom 4,3; Gál 3,6). En primer lugar, porque éste es el único Dios, Creador del cielo y de la tierra (Gén 14,22); en seguida, porque multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo (Gén 15,5). Pablo lo expresa diciendo: «Como antorchas en el mundo» (Fil 2,15). Por eso, dejando toda parentela terrena, siguió al Verbo de Dios, peregrinando al lado del Verbo para habitar con él (Gén 22,1-5).

5,4. Justamente, pues, los Apóstoles, descendencia de Abraham, dejando la barca y a su padre, siguieron al Verbo de Dios. Y justamente también nosotros, acogiendo la misma fe que tuvo Abraham, y portando la cruz como Isaac la leña, lo hemos seguido. Pues en Abraham el hombre había aprendido y se había acostumbrado a seguir al Verbo de Dios. Abraham había seguido según su fe el precepto del Verbo de Dios, con ánimo dispuesto a entregar a su hijo el amado en sacrificio a Dios; para que así Dios se complaciese en entregar en favor de toda su descendencia, para ser sacrificio de redención, a su Hijo Unigénito y amado.

5,5. Y, como Abraham era profeta y con el Espíritu veía el día de la venida del Señor y la Economía de la pasión, por el cual él mismo como creyente y todos los demás que como él creyeron serían salvos, se alegró con grande gozo. El Dios de Abraham no era el «Dios desconocido» cuyo día él deseaba ver; así como tampoco lo era el Padre del Señor, pues él había conocido a Dios mediante la Palabra, creyó en él, y por eso el Señor se lo reputó como justicia (Gén 15,6). Porque la fe en Dios justifica al hombre. Por eso decía: levanto mi mano al Dios Altísimo que hizo el cielo y la tierra» (Gén 14,22). Quienes sostienen falsas doctrinas tratan de echar por tierra estas verdades, argumentando con alguna frase suelta malinterpretada.

1.2. El Hijo revela al único Padre

6,1. El Señor, enseñando a los discípulos acerca de quién es él mismo como Verbo que nos transmite el conocimiento del Padre, condena a los judíos que pensaban tener a Dios, mientras despreciaban a su Verbo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien su Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27; Lc

10,22). Mateo, Marcos y Lucas enseñaron lo mismo. Juan, en cambio, dejó de lado esta sentencia. Por el contrario, esos que se sienten más expertos que los Apóstoles, así retuercen la frase: «Nadie conoció al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre y aquel a quien el Hijo se lo haya querido revelar», y la interpretan diciendo que nadie conoció al Dios verdadero antes de la venida de nuestro Señor, y por tanto el Dios anunciado por los profetas no sería el Padre de Cristo.

6,2. Mas si Cristo hubiese comenzado a existir cuando se hizo hombre y realizó su venida, y el Padre se hubiese acordado de proveer al bien de los hombres a partir del tiempo de Tiberio César, entonces habría mostrado que su Verbo no estuvo siempre junto con la creación; pero en tal caso no había motivo por qué era necesario que desde aquel momento anunciase un nuevo Dios, sino habría que buscar más bien las causas de un tal descuido y negligencia. Mas ni aun así el problema sería tal y tan grave que nos obligara a cambiar de Dios y que vaciara nuestra fe en el Creador que nos alimenta mediante su creación. Sino que, así como dirigimos al Hijo nuestra fe, así hemos de mantener firme e inamovible nuestro amor al Padre. Esto es lo que bien dijo Justino en su libro contra Marción: «Yo no le habría creído al Señor si me hubiese anunciado a otro Dios distinto de nuestro Creador, hacedor y sustentador. Mas, puesto que del único Dios que hizo este mundo y nos creó, y que contiene y administra todas las cosas, vino a nosotros el Hijo Unigénito para recapitular en sí toda la creación, permanece firme mi fe en él, e inamovible mi amor por el Padre, pues ambas cosas son don de Dios».

6,3. Pero nadie puede conocer al Padre si no se lo revela el Verbo de Dios, esto es el Hijo; ni al Hijo, sin el beneplácito del Padre. Porque el Hijo realiza el beneplácito del Padre: ya que el Padre envía, el Hijo es enviado y viene. Y al Padre, que para nosotros es invisible e indeterminable, lo conoce su mismo Verbo; y siendo aquél inenarrable, éste nos lo da a conocer. De modo semejante, sólo el Padre conoce a su Verbo: así nos reveló el Señor que son estas cosas. Y por eso el Hijo, al manifestarse a sí mismo, revela el conocimiento del Padre. Y el conocimiento del Padre es la misma manifestación del Hijo: pues todas las cosas se nos manifiestan mediante el Verbo. Y para que conociésemos que el Hijo que ha venido es el mismo que da el conocimiento del Padre a quienes creen en él, decía a sus discípulos: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien su Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27; Lc 10,22); enseñándonos a sí mismo y al Padre, así como es, de modo que no recibamos como Padre sino a aquel que el Hijo revela.

6,4. Este es el Creador del cielo y de la tierra (Mt 11,25; Lc 10,21), como lo prueban sus palabras. No es aquel a quien Marción, Valentín, Basílides, Carpócrates, Simón u otros mal llamados Gnósticos inventan como un falso Padre. Porque ninguno de ellos era el Hijo de Dios, como lo era sólo nuestro Señor Jesucristo, contra el cual enseñan su opuesta doctrina cuando se atreven a proclamar un «Dios desconocido». Ellos deberían preguntarse a sí mismos: ¿Cómo puede ser desconocido un Dios a quien ellos conocen? Pues si al menos unos cuantos conocen una cosa, ya no es desconocida. El Señor nunca dijo que el Padre y el Hijo sean del todo desconocidos; pues si así fuese, su venida no tendría sentido. ¿Para qué habría venido? ¿Acaso para decirnos: «No busquéis a Dios,

pues como es desconocido no lo encontraréis»? Eso es lo que falsamente andan los valentinianos pregonando, que el Cristo habría dicho a los Eones. Eso es sin duda un engaño. Pues el Señor enseñó que nadie puede conocer a Dios si éste no se lo enseña, es decir, que sin Dios no es posible conocer a Dios; pero la voluntad del Padre es que lo conozcamos. Y lo conocen aquellos a quienes el Hijo se lo revele.

6,5. A este Hijo el Padre ha revelado para manifestarse a sí mismo por él, y para recibir en el eterno refrigerio a los justos que creen en él (pues creer en él significa hacer su voluntad); mas a aquellos que no creen y por eso huyen de la luz, justamente los recluirá en las tinieblas que ellos mismos han elegido para sí. Así pues, el Padre se ha revelado para todos, y para todos ha hecho visible a su Verbo: y al mismo tiempo el Verbo ha mostrado a todos al Padre y al Hijo, cuando se dejó ver de todos, y así es justo el juicio de Dios sobre todos los que igualmente lo han visto pero no han creído igualmente.

6,6. En efecto, el Verbo revela a Dios Creador por medio de la misma creación, al Hacedor del mundo por medio del mundo, al artista Plasmador por medio de los seres plasmados, y por medio del Hijo al Padre que engendró al Hijo. Todos ellos hablan de modo parecido, pero no tienen la misma fe. Así también por medio de los profetas el Verbo se predicó a sí mismo y al Padre. También en este caso todos oyeron lo mismo, pero no todos creyeron igualmente. Y, finalmente, el Padre se manifestó en su Verbo hecho visible y palpable: todos vieron al Padre en el Hijo, aunque no todos creyeron en él. Pues lo invisible del Hijo es el Padre, y lo visible del Padre es el Hijo. Por eso, mientras él estuvo presente, todos lo reconocían como Cristo y lo llamaban Dios. El diablo tentador proclamó al verlo: «Sabemos quién eres, el Santo de Dios» (Mc 1,24; Lc 4,34). Y el diablo tentador le dijo: «Si tú eres el Hijo de Dios» (Mt 4,3; Lc 4,3). Aunque todos veían y nombraban al Hijo y al Padre, sin embargo no todos creían en él.

6,7. Era preciso que todos dieran testimonio de la verdad, para la salvación de los creyentes y condenación de los incrédulos, pues el juicio ha de ser justo para todos, todos han de tener acceso a la fe en el Padre y el Hijo; o sea, todos pueden corroborar el testimonio al recibirlo de todos: los amigos lo recibirán de quienes les son cercanos, y los extraños, de sus enemigos. Pues la prueba verdadera e irrefutable es la que proviene de los signos ofrecidos por los mismos adversarios; ya que éstos, al ver con sus propios ojos lo que ante ellos sucede, dan testimonio de los signos, aunque en seguida tomen una actitud hostil, se vuelvan acusadores y pretendan que no es válido su propio testimonio.

En efecto, no eran distintos el que por una parte se daba a conocer y por otra decía: «Nadie conoce al Padre», sino uno y el mismo. Todas las cosas le han sido sometidas por el Padre (1 Cor 15,27), y todos dieron testimonio de que es Dios verdadero y hombre verdadero: el Padre, el Espíritu, los ángeles, la creación, los seres humanos, y finalmente la muerte misma (1 Cor 15,25-26). Pues el Hijo, en servicio del Padre, lleva todas las cosas a su perfección, a partir de la creación hasta el final, y sin él nadie es capaz de conocer a Dios. Pues el Hijo es el conocimiento del Padre y el Padre es quien revela el conocimiento del Hijo, y lo hace por medio del Hijo mismo. Por eso el Señor

decía: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien su Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27; Lc 10,22). «Se lo quiera revelar». No sólo se refiere al tiempo futuro, como si el Verbo hubiese comenzado a revelar al Padre únicamente cuando nació de María, sino que, en general, se refiere a todo el tiempo. Desde el principio el Hijo da asistencia a su propia creatura, revelando a todos al Padre, según el Padre quiere, cuando quiere y como quiere. Por ello en todo y por todo uno solo es el Padre, uno el Verbo y uno el Espíritu, así como la salvación es una sola para todos los que creen en él.

1.2.1. Es el mismo Dios de Abraham

7,1. Abraham, por consiguiente, por medio del Hijo también conoció al Padre, al Demiurgo del cielo y de la tierra: éste fue a quien confesó Dios. Y aprendió sobre la venida del Hijo de Dios entre los seres humanos, por la cual su posteridad sería como las estrellas del cielo. El deseó ver este día a fin de poder él también abrazar a Cristo; y se alegró, al verlo en forma profética por el Espíritu (Jn 8,56). Por eso Simeón, uno de sus descendientes, completaba la alegría del patriarca cuando dijo: «Ahora dejas a tu siervo ir en paz, Señor, porque mis ojos han visto tu Salvación que preparaste ante todos los pueblos, Luz para la revelación a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,29-32). Y los ángeles anunciaron un grande gozo a los pastores que velaban en la noche (Lc 7,10). E Isabel exclamó: «Proclama mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador» (Lc 2,47). De este modo el gozo de Abraham descendió a los de su linaje que velaban, vieron a Cristo y creyeron en él. Pero también a la inversa, el gozo de sus hijos se remontó hasta Abraham, que había deseado ver el día de la venida de Cristo. El Señor dio testimonio de ello: «Abraham, vuestro padre, deseó ver mi día, lo vio y se alegró» (Jn 8,56).

7,2. No lo dijo tanto por Abraham, cuanto para mostrar que todos los que desde el principio conocieron a Dios y profetizaron sobre la venida de Cristo, del mismo Hijo recibieron la revelación, el cual en los últimos tiempos se hizo visible y palpable, y vivió en medio de la raza humana. De este modo suscitó de las piedras hijos de Abraham y cumplió la promesa que Dios le había hecho, de multiplicar su linaje como las estrellas del cielo, según predicó Juan Bautista: «Poderoso es Dios para hacer de esas piedras hijos de Abraham» (Mt 3,9; Lc 3,8). Esto es lo que Jesús hizo cuando nos arrancó del culto que rendíamos a las piedras, sacándonos de una dura e inútil parentela, al crear en nosotros una fe semejante a la de Abraham. De esto da testimonio Pablo cuando dice que nosotros somos hijos de Abraham por la semejanza de la fe y la promesa de la herencia (Rom 4,12-13).

7,3. Uno y el mismo es el Dios que llamó a Abraham y le dio la promesa. Es el Creador que por medio de Cristo prepara la ley para el mundo, que son aquellos de entre los gentiles que creen en él. Dice: «Vosotros sois la sal del mundo» (Mt 5,14), esto es, como las estrellas del cielo. Así pues, éste es de quien hemos afirmado que no es por nadie conocido, sino por el Hijo y por aquéllos a quienes el Hijo se lo revelare. Y el Hijo revela al Padre a todos aquellos de quienes quiere ser conocido; y ninguno conoce a Dios

sin que el Padre así lo quiera y sin el ministerio del Hijo. Por eso el Señor decía a los discípulos: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Ninguno viene al Padre sino por mí. Si me conociéseis, también conoceríais a mi Padre; pero ya lo habéis visto y conocido» (Jn 14,6-7). De donde es claro que se le conoce por el Hijo, o sea por el Verbo.

7,4. Por eso los judíos se alejaron de Dios, al no recibir al Verbo, creyendo poder conocer al Padre sin el Verbo, esto es, sin el Hijo. No sabían que Dios era quien en figura humana había hablado a Abraham, y luego a Moisés, diciendo: «He visto el sufrimiento de mi pueblo en Egipto, y he bajado a liberarlos» (Ex 3,7-8). Esto es lo que el Hijo, que es el Verbo de Dios, había preparado desde el principio; pues el Padre no había necesitado de los ángeles para la creación ni para formar al hombre, por el cual había hecho el mundo; ni necesitó de su ministerio para hacer lo que realizó para llevar a cabo el designio (de salvación) en favor de los hombres; sino tenía ya determinado un misterio rico e inefable. Pues se ha servido, para realizar todas las cosas, de los que son su progenie y su imagen, o sea el Hijo y el Espíritu Santo, el Verbo y la Sabiduría, a quienes sirven y están sujetos todos los ángeles. Por tanto yerran quienes, por motivo de lo que se ha dicho: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mt 11,27; Lc 10,22), introducen otro Padre desconocido.

1.2.2. Contra Marción: Abraham se salvó

8,1. Están locos Marción y sus seguidores, los cuales echan fuera de la herencia a Abraham, del cual el Espíritu dio testimonio por medio de muchos, y en especial de Pablo: «Creyó en Dios y se le reputó como justicia» (Rom 4,3). También el Señor, en primer lugar al suscitarle de las piedras hijos y al multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, pues dice: «Vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos» (Lc 13,29; Mt 8,11). Y también cuando dijo a los judíos: «Veréis a Abraham, Isaac y Jacob con todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros seréis echados fuera» (Lc 13,28). Es claro, pues, que quienes se oponen a su salvación, inventando otro Dios diverso del que hizo a Abraham la promesa, quedan fuera del Reino de Dios y pierden la herencia de la incorrupción; porque desprecian y blasfeman del Dios que introduce en el cielo a Abraham y a su descendencia que es la Iglesia, por medio de Jesucristo, por medio del cual ella ha recibido la adopción y la herencia prometidas a Abraham.

1.2.3. Jesús perfeccionó la Ley

8,2. El Señor actuó en defensa de su descendencia, la liberó del cautiverio y la llamó a la salvación, como dejó claro en la mujer curada (Lc 13,10-13), diciendo a quienes no tenían una fe semejante a la de Abraham: «¡Hipócritas! ¿Acaso alguno de vosotros no desata su buey o su asno en día de sábado y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, a quien Satanás tuvo atada durante 18 años, ¿no era conveniente librarla de sus ataduras en sábado?» (Lc 13,15-16). Queda, pues, claro que él libró y devolvió la vida a quienes creían con una fe semejante a la de Abraham, y nada hizo contra la Ley al curarla en sábado. La Ley, en efecto, no prohibía curar a los seres humanos, si incluso se les podía

circuncidar en ese día (Jn 7,22-23); más aún, ordenaba a los sacerdotes realizar en ese día su ministerio, y ni siquiera vetaba que se curara a los animales.

La piscina de Siloé con frecuencia curó en sábado, y por eso muchos enfermos se sentaban en sus orillas. En cambio la ley sabática mandaba abstenerse de toda labor servil; es decir, de todo trabajo que se emprende por negocio y con deseo de lucro, o por otro fin terreno. En cambio exhortaba a llevar a cabo las obras del alma, que se realizan por el pensamiento o las buenas palabras para ayudar al prójimo. Por eso el Señor reprendió a quienes injustamente lo acusaban de curar en sábado. De este modo no rompía sino cumplía la Ley, actuando como Sumo Sacerdote que en favor de los seres humanos vuelve propicio a Dios, limpiando a los leprosos, curando a los enfermos y dando su vida, a fin de que el hombre exiliado escape de la condena y sin temor regrese a su heredad.

8,3. La Ley tampoco prohibía alimentarse con la comida que se tenía a la mano, pero sí segar y recoger en el granero. Por eso el Señor, a aquellos que acusaban a sus discípulos de cortar espigas para comer, les dijo: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando tenía hambre, cómo entró en la casa de Dios, comió de los panes de la proposición, y les dio a sus acompañantes, aunque sólo a los sacerdotes les es permitido comerlos?» (Mt 12,3-4) Con estas palabras de la Ley excusó a sus discípulos y dio a entender que a los sacerdotes les es lícito actuar libremente. Pues David era sacerdote a los ojos de Dios, aunque Saúl lo persiguiese, pues todos los justos participan del sacerdocio. Sacerdotes son todos los discípulos del Señor que no heredarán aquí campos o casas, sino que siempre sirven al altar. Moisés se refiere a ellos en la bendición a Leví: «El que dijo a su padre y a su madre: *No los he visto*, el que no reconoce a sus hermanos e ignora a sus hijos, guarda tu palabra y observa tu alianza» (Dt 33,9). ¿Y quiénes son aquellos que han dejado al padre y a la madre y han renunciado a sus parientes por el Verbo de Dios y su alianza, sino los discípulos del Señor? De ellos Moisés dijo: «No tendrán heredad, porque el Señor es su herencia» (Dt 10,9). Y también: «Los levitas sacerdotes y demás miembros de la tribu de Leví no tendrán parte ni heredad en Israel: los sacrificios ofrecidos al Señor serán su posesión y de ellos comerán» (Dt 18,1).

Por eso Pablo decía: «No busco los regalos, sino vuestro fruto» (Fil 4,17). Y como los discípulos del Señor tienen en posesión la herencia levítica, les era permitido, al sentir hambre, comer de los granos: «Pues el obrero merece su comida» (Mt 10,10). Los sacerdotes profanaban el sábado y no cometían delito (Mt 12,5). ¿Por qué no? Porque, cuando estaban en el templo, no atendían a ministerios mundanos, sino del Señor. Cumplían la Ley, no la despreciaban como aquel que fue a traer leña al campamento de Dios y fue justamente lapidado (Núm 15,32-36), pues «todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mt 3,10; Lc 3,9); y: «A quien violare el templo de Dios, Dios lo destruirá» (1 Cor 3,17).

1.3. El Antiguo Testamento preparó el Nuevo

9,1. Todas las cosas provienen, pues, de un único e idéntico ser, es decir, de un

único y mismo Dios, como el Señor dijo a sus discípulos: «Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mt 13,52). No enseñó que uno saca cosas viejas y otro nuevas, sino uno y el mismo. El padre de familia es el Señor soberano de toda la casa paterna, el cual promulga su ley para los siervos indisciplinados, da preceptos adecuados a los libres y justificados por la fe, y entrega su herencia a los hijos.

Llamó a sus discípulos maestros y doctores en lo que toca al Reino de los cielos, como dijo acerca de ellos a los judíos: «He aquí que os envío maestros y doctores, de los cuales a unos mataréis y a otros expulsaréis de las ciudades» (Mt 23,34). Lo viejo y nuevo que se saca del tesoro, puede sin dificultad representar los dos Testamentos: lo viejo, la Antigua Ley, y lo nuevo, la vida según el Evangelio, de la cual David dice: «Cantad al Señor un cántico nuevo» (Sal 96 [95],1; 98[97],1); e Isaías: «Cantad al Señor un himno nuevo, que parta de esto: *Las cumbres de la tierra dan gloria a su nombre*, *y las islas pregonan su poder*» (Is 42,10-12). Jeremías dice, por su parte: «Estableceré un pacto nuevo, no como el que sellé con vuestros padres» (Jer 31,31-32) en el monte Horeb. El mismo y único Padre de familia entregó ambos testamentos, que son la Palabra de Dios, nuestro Señor Jesucristo, habló con Abraham y Moisés, nos restituyó la libertad en una situación nueva y multiplicó la gracia que de él procede.

9,2. «Aquí está uno, dice, mayor que el templo» (Mt 12,6). Mas no se habla de más y menos entre las cosas que no tienen comunión entre sí, y que son de naturaleza contraria y opuesta entre sí; sino entre las que son de la misma substancia, y se comunican entre sí, y difieren sólo en número y grandeza, como el agua respecto al agua, la luz a la luz y la gracia a la gracia. Así es mayor la ley que se dio en la libertad, que la que se dio en la esclavitud: y por ello se difundió no en una nación, sino en todo el mundo. Pues uno y el mismo es el Señor que es más que el templo, y da a los hombres más que Salomón y que Jonás: esto es, su presencia y resurrección a los muertos. Pero lo hace sin cambiar a Dios, y sin predicar a otro Padre, sino al mismo que siempre ha distribuido tantos bienes a sus servidores, y que les da mayores dones según el progreso de su amor a Dios, como el Señor decía a sus discípulos: «Veréis cosas mayores que éstas» (Jn 1,50). Y Pablo dice: «No que ya hubiese recibido o hubiese sido justificado, o ya fuese perfecto» (Fil 3,12). «En parte conocemos y en parte profetizamos; mas cuando venga lo que es perfecto, desaparecerá lo parcial» (1 Cor 13,9-10).

Pues así como, al llegar lo perfecto, no veremos a otro Padre, sino al que ahora deseamos ver: «Dichosos los puros de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8); así tampoco esperamos a otro Cristo e Hijo de Dios, sino al Hijo de María la Virgen, que sufrió, y en el cual creemos y amamos, como dice Isaías: «Y dirán aquel día: He aquí el Señor nuestro Dios, en quien hemos esperado, y nos alegramos en nuestra salvación» (Is 25,9); y Pedro dice en su Epístola: «A quien amáis sin ver, en quien ahora creísteis sin verlo, os alegraréis con gozo inefable» (1 Pe 1,8). Ni recibimos algún otro Espíritu Santo, sino al que clama: «Abbá, Padre» (Rom 8,15). Y estos mismos dones se nos aumentarán, y progresaremos, de manera que no disfrutaremos ya de los dones de Dios en espejo o en enigma, sino cara a cara. Así ahora, viendo algo que es más que el templo

y que Salomón, que es la venida del Hijo de Dios, no conocemos a otro Dios, sino al que es el hacedor y creador de todas las cosas, el mismo que se nos manifestó desde el principio; ni a otro Cristo Hijo de Dios, sino al que los profetas anunciaron.

9,3. Los profetas conocieron y predicaron de antemano el Nuevo Testamento y a aquel que en él se pregonaba. Este, siguiendo el beneplácito del Padre debía establecerlo, se manifestó a los seres humanos como Dios quiso, a fin de que, quienes crean en él a través de ambos Testamentos, puedan siempre ir madurando hasta llegar al término de la salvación. Pues uno es Dios y una la salvación. En cambio, son muchos los preceptos que educan al ser humano y no son pocos los escalones que lo hacen subir hasta Dios. A un rey terreno, aun siendo hombre, le es posible muchas veces conceder a sus súbditos bienes cada vez mejores. ¿Y no podrá Dios, el cual es siempre el mismo, dar al género humano cada vez mayores gracias, y honrar constantemente con mejores premios a quienes le agraden?

Si progresar consistiese en descubrir a otro Padre distinto de aquel que se predicó desde el principio, entonces lo mejor sería encontrar a un tercer Padre después de aquel segundo que se imaginan, y luego a un cuarto tras el tercero, y en seguida otro y otro más. Pensando de esta manera, una mente de tal calaña nunca encontrará firmeza en un solo Dios. Rechazado por aquel que es, y volviéndose atrás, siempre andará buscando y jamás hallará; sino que siempre seguirá nadando en lo incomprensible. Sólo le queda hacer penitencia y convertirse, volver al punto original del que se ha desviado, confesando y creyendo en un solo Dios Padre Demiurgo, a quien anunciaron los profetas y reveló Cristo.

Como él mismo dijo a quienes acusaban a sus discípulos de no observar la tradición de los antiguos: «¿Por qué anuláis el precepto de Dios por vuestra tradición? Dios dijo: *Honra a tu padre y a tu madre*; y: *A quien maldijere a su padre o a su madre, se le haga morir*» (Mt 15,3-4; Mc 7,9-10). Y en seguida repite: «Anuláis la Palabra de Dios por vuestra tradición» (Mt 15,6). De este modo Cristo confiesa que es el Dios y Padre quien mandó en la Ley: «Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien» (Ex 20,12). El Señor, que es veraz, declaró que el precepto de la Ley es Palabra de Dios, y a ningún otro llamó su Padre.

1.3.1. El Antiguo Testamento prepara la venida de Cristo

10,1. Justamente Juan lo recuerda diciendo a los judíos: «Investigad las Escrituras, en las cuales creéis tener vida eterna: ellas dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener vida» (Jn 5,39-40). ¿Cómo podían dar testimonio de él las Escrituras, si no proviniesen de uno y el mismo Padre, que mediante ellas preparaba a los seres humanos, instruyéndolos acerca de la venida de su Hijo, y preanunciando la salvación que él traería? El les dijo: «Si creyérais en Moisés, también me creeríais a mí, pues él escribió sobre mí» (Jn 5,46). Es decir, el Hijo de Dios está sembrado a través de todas las Escrituras, una vez hablando con Moisés, otra con Noé dándole las dimensiones (del Arca), otra preguntándole a Adán, otra pronunciando juicio sobre los sodomitas. Así también dejándose ver cuando guía a Jacob por el camino y cuando habla con Moisés

desde la zarza.

No tienen número las ocasiones en que se muestra al Hijo de Dios hablando con Moisés. Ni siquiera ignoró éste el día de su pasión (del Hijo), sino que la preanunció en figura al establecer la Pascua: pues el Señor sufriendo en la Pascua cumplió lo que tanto tiempo antes Moisés había predicado mediante ella. Y no sólo señaló el día, sino también indicó el lugar, el tiempo y el signo del atardecer, cuando dijo: «No podréis inmolar la Pascua en ninguna otra de las ciudades que el Señor tu Dios te dará, sino en aquel lugar que el Señor tu Dios elegirá para que invoques su nombre: ahí inmolarás la Pascua al atardecer, antes de que el sol se oculte» (Dt 16,5-6).

10,2. También anunció su venida, diciendo: «No faltará un príncipe salido de Judá, ni un jefe que nazca de sus riñones, hasta que venga aquel para quien está reservado (el cetro): éste es la esperanza de las naciones. Atará el pollino a la parra y el borrico a la vid. Lavará sus ropas en vino y su manto en la sangre de la uva. Sus ojos se alegrarán con el vino, y sus dientes se pondrán blancos como leche» (Gén 49,10-12). Aquellos a quienes tanto les gusta andar escrutando las Escrituras, busquen el tiempo en el que haya faltado un jefe nacido de Judá, quién es la esperanza de las naciones, quién es la vid, cuál es su pollino y su vestido, qué significan sus ojos, sus dientes y el vino. Busquen en cada uno de los textos y no encontrarán anunciado a ningún otro sino a nuestro Señor Jesucristo. Por ese motivo Moisés, reprendiendo al pueblo ingrato, dice: «¡Así pues, pueblo torpe y sin sabiduría, mira lo que devuelves al Señor! (Dt 32,6). Y de nuevo señala al Verbo, el que desde el principio los creó e hizo, y en los últimos tiempos nos ha redimido y devuelto la vida, «colgado del madero» (Dt 21,23; Gál 3,13); y sin embargo no creen en él. Pues dice: «Tu Vida estará colgada ante tus ojos y no creerás a tu Vida» (Dt 28,66). Y más adelante: «¿No es éste tu Padre, el que te modeló, te hizo y te creó?» (Dt 32,6).

1.3.2. Los profetas desearon ver a Cristo

11,1. Mas no únicamente los profetas; también muchos justos, conociendo por el Espíritu su venida, pedían que llegase el tiempo en que pudieran ver cara a cara a su Señor y oyeran sus palabras, como el Señor declaró a sus discípulos: «Muchos profetas y justos desearon ver el día que veis, y no lo vieron, oír lo que oís y no lo oyeron» (Mt 13,17). ¿Mas cómo podrían desear verlo y oírlo, si no hubiesen sabido de antemano acerca de su venida? ¿Y cómo habrían podido saberlo, si no hubieran recibido de él el previo conocimiento? ¿Y cómo las Escrituras habrían dado testimonio de él, si no hubiese sido uno mismo el Dios que por su Verbo reveló y mostró todas las cosas a los creyentes? Lo hizo unas veces hablando con aquel a quien había modelado, otras dando la Ley, otras reprendiendo, otras exhortando, pero sobre todo liberando al esclavo para adoptarlo como hijo, a fin de perfeccionar al ser humano dándole la herencia de la incorrupción en el tiempo oportuno. Así pues, lo plasmó para que creciera y se incrementase, como dice la Escritura: «Creced y multiplicaos» (Gén 1,28).

CAPÍTULO 2.

El Nuevo Testamento cumple el Antiguo

2.1. El hombre cambia, Dios no

11,2. En esto difiere Dios del ser humano: Dios hace, el hombre es hecho. Y, por cierto, el que hace siempre es el mismo; en cambio aquel que es hecho debe recibir comienzo, adelanto y aumento hasta llegar a la madurez. Dios concede los beneficios, el ser humano los recibe. Dios es perfecto en todas las cosas, siempre es igual y semejante a sí mismo, porque todo él es luz, mente, substancia y fuente de todos los bienes; mientras que el ser humano recibe el ir aprovechando y creciendo hasta Dios. De la misma manera como Dios es siempre el mismo, así también el hombre que se encuentra en Dios, siempre irá creciendo hacia él. Pues ni Dios deja nunca de beneficiar y enriquecer al ser humano, ni éste deja de recibir de Dios sus beneficios y riquezas. Cuando el ser humano es agradecido con aquel que lo creó, se convierte en recipiente de su bondad e instrumento de su gloria. De igual modo, el ingrato que desprecia a aquel que lo plasmó y no se sujeta a su Palabra, se convierte en recipiente de su juicio. Pues el mismo Señor prometió dar más a quien siempre da mucho fruto y multiplica el dinero de su Señor: «¡Ea, siervo bueno y fiel! Puesto que fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25,21; Lc 19,17).

11,3. Pues así como prometió que a quienes ahora produzcan fruto, daría más según los dones de su gracia, y no por un cambio del conocimiento -ya que el Señor sigue siendo el mismo y el Padre así también se revela-, de igual manera el único y mismo Señor, con su venida, concede a los últimos mayores dones de gracia que en el Antiguo Testamento. Los antiguos escuchaban, por medio de los siervos, que habría de venir el Rey; por eso se alegraban con un gozo moderado, según lo que esperaban de esta venida. En cambio quienes lo vieron presente, recibieron la libertad y gozaron de sus dones, gozan de mayor gracia y de más abundante alegría, felices por la llegada del Rey, como dice David: «Mi alma se alegrará en el Señor, exultará en su salvación» (Sal 35[34],9).

Por eso, cuando entró en Jerusalén, todos los que se hallaban en el camino, con el ansia de David en el alma (Sal 42[41],2; 84[83],3), reconocieron a su Rey y se quitaron los vestidos para con ellos y con ramas verdes adornar la calle, gritando con grande gozo y alegría: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mt 21,9; Sal 118[117],25-26). En cambio los malos administradores, aquellos que se imponían a los pequeños y dominaban sobre los más simples, se pusieron celosos, y por ello rechazaban que hubiese llegado el Rey. Le decían: «¿Oyes lo que dicen?» Y el Señor les respondió: «¿Nunca habéis leído: *De la*

boca de los pequeños y lactantes has sacado tu alabanza?» (Mt 21,16; Sal 8,3). Así les mostró que en él se cumplía lo que David había dicho acerca del Hijo de Dios, para darles a entender que no conocían el poder de la Escritura y la Economía de Dios, pues él era aquel Cristo a quien los profetas habían anunciado, «cuyo nombre toda la tierra alaba», porque su Padre «de los pequeños y lactantes ha sacado su alabanza», y por eso «su gloria se eleva más allá de los cielos» (Sal 8,2-3).

11,4. Así pues, si es el mismo aquel a quien los profetas anunciaron, el Hijo de Dios nuestro Señor Jesucristo, cuya venida trae consigo una mayor gracia y premio a quienes le recibieron, es claro que es también el mismo Padre aquel a quien los profetas predicaron, y que el Hijo, al venir, no nos dio a conocer a otro Padre sino al mismo que desde el principio había sido anunciado. De éste sacó la libertad para aquellos que de modo legítimo, con ánimo dispuesto y de todo corazón lo sirven. En cambio ha separado de la vida y arrojado a la perdición eterna a quienes desprecian a Dios y no le obedecen, sino que por una gloria humana, han puesto su riqueza en los actos de pureza exterior -los cuales la Ley les había dado como una sombra o trazo que delineaba lo eterno con rasgos temporales, y las cosas celestes con figuras terrenas-. Estos fingen observar más de lo que está prescrito, prefiriendo sus propias observancias al mismo Dios: están por dentro llenos de hipocresía, arden en deseos y en todo tipo de malicia (Mt 23,28). A éstos los arrojará a la perdición eterna, separándolos de la vida.

2.2. El mandamiento fundamental es el mismo

12,1. Porque la tradición de sus padres, que ellos fingían observar cumpliendo la Ley, era contraria a la Ley que Moisés había dado. Por eso dijo Isaías: «Tus taberneros mezclan vino con agua» (Is 1,22). Con ello dio a entender que los antiguos mezclaban el agua de su tradición con el austero precepto de Dios; es decir, agregaban una ley adulterada contraria a la Ley, como claramente lo manifestó el Señor: «¿Por qué transgredís el precepto de Dios por vuestra tradición?» (Mt 15,3) No sólo, pues, vaciaron la Ley de Dios al transgredirla, mezclando vino con agua, sino que además establecieron una ley contraria, que hasta ahora se llama farisaica. A ésta algunos le añaden, otros le quitan, otros la interpretan como les viene en gana: de modo tan singular la aplican sus maestros. Tratando de reivindicar sus tradiciones, se negaron a sujetarse a la Ley de Dios que los instruía sobre la venida de Cristo (Gál 3,24). Por el contrario, acusaban al Señor de haber curado en sábado, lo cual, como antes hemos expuesto, la Ley no prohibía -puesto que ella misma de algún modo curaba al hacer circuncidar a un hombre en sábado (Jn 7,22-23)-. Ellos, en cambio, no se reprochaban a sí mismos por transgredir el mandamiento de Dios, siguiendo su tradición y su ley farisaica- al no cumplir lo principal de la Ley, o sea el amor a Dios.

12,2. Y como éste es el primero y más alto mandamiento, y el segundo es el amor al prójimo, el Señor enseñó que toda la Ley y los profetas dependen de estos dos preceptos (Mt 22,37-40). El mismo no nos dio otro precepto mayor que éste, sino que le dio nueva fuerza, al mandar a sus discípulos que amasen de todo corazón a Dios, y a los prójimos como a sí mismos. En cambio, si él hubiese provenido de otro Padre, jamás habría

tomado de la Ley el primero y sumo mandamiento, sino que habría pretendido presentar otro mayor que tuviese su origen en el Padre perfecto, que sustituyese a aquel que el Dios de la Ley había dado. Pablo añade: «El amor es el cumplimiento de la Ley» (Rom 13,10). Y dice que, una vez que se hubiese terminado todo lo demás, quedará la fe, la esperanza y la caridad, pero la mayor de éstas es la caridad (1 Cor 13,13). Y ni el conocimiento ni el amor a Dios valen nada, ni la comprensión de los misterios, ni la fe ni la profecía, sino que todo está vacío y es inútil sin la caridad (1 Cor 13,2). Es que la caridad construye al hombre perfecto. Y aquel que ama a Dios es el hombre perfecto, tanto en este mundo como en el futuro: pues jamás dejaremos de amar a Dios, sino que, cuanto más lo contemplemos, más lo amaremos.

12,3. Ya que tanto en la Ley como en el Evangelio el primero y mayor de los mandamientos es amar al Señor Dios con todo el corazón, y de ahí se sigue el segundo igual al primero, amar al próximo como a sí mismo, se muestra que es uno y el mismo el legislador tanto de la Ley como del Evangelio. La identidad del perfecto mandamiento de vida en ambos Testamentos demuestra que se trata del mismo Señor, que ordenó en uno y otro los preceptos particulares más convenientes a cada tiempo, él mismo estableció en ambos los más sublimes e importantes, sin los cuales nadie puede salvarse.

2.3. Hipocresía de los fariseos

12,4. Que nadie se confunda con las palabras del Señor, cuando puso en claro que la Ley no viene de otro Dios, cuando afirmó para instruir a la multitud y a los discípulos: «En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: haced y observad todo cuanto os dijeren, mas no actuéis según sus obras; pues ellos dicen y no hacen. Atan fardos pesados y los cargan sobre los hombros de los hombres, pero ellos ni con un dedo quieren moverlos» (Mt 23,2-4). No criticaba la Ley que por medio de Moisés se había promulgado, puesto que los movía a observarla mientras Jerusalén estuviese en pie; pero sí reprendía a aquellos que proclamaban las palabras de la Ley, y sin embargo no se movían por el amor, y por eso cometían injusticia contra Dios y el prójimo.

Como Isaías escribe: «Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran, cuando enseñan doctrinas y preceptos humanos» (Is 29,13). Llama preceptos humanos y no Ley dada por Moisés a las tradiciones que los padres de aquéllos (fariseos) habían fabricado, por defender las cuales violaban la Ley de Dios, y por eso tampoco obedecían a su Verbo. Esto es lo que Pablo afirmó acerca de ellos: «Ignorando la justicia de Dios, y tratando de imponer su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios. Pues el fin de la Ley es Cristo, para justificar a todos los creyentes» (Rom 10,3-4). Mas, ¿cómo podría Cristo ser fin de la Ley, si no fuese también su principio? Pues, quien decidió el fin, también llevó a cabo el principio; y es el mismo que dijo a Moisés: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he bajado para liberarlo» (Ex 3,7-8): desde el principio el Verbo de Dios se habituó a subir y bajar para salvar a quienes el mal tiene sometidos.

2.4. Cristo confirma la Ley

12,5. Y como la Ley desde antaño había enseñado a los seres humanos que debían seguir a Cristo, éste lo aclaró a aquel que le preguntaba qué debía hacer para heredar la vida, respondiendo: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». Y como él le preguntase: «¿Cuáles?», el Señor continuó: «No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 19,17-19). De este modo exponía por grados los mandamientos de la Ley, como un ingreso a la vida para quienes quisieran seguirlo: diciéndoselo a uno, se dirigía a todos. Y, habiéndole él respondido: «Todo esto he cumplido» -aunque tal vez no lo había hecho, pues le había dicho: «Guarda los mandamientos»-, Jesús lo probó en sus apetitos, diciéndole: «Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y luego ven y sígueme» (Mt 19,20-21).

A quienes esto hicieren, les prometió la parte que corresponde a los Apóstoles, y no predicó a otro Dios Padre a aquellos que lo seguían, fuera de aquel al que la Ley había anunciado desde el principio; ni a otro Hijo; ni a otra Madre, Entimesis del Eón que provino de la pasión y el desecho; ni la Plenitud de treinta Eones, que, como ya hemos probado, es inconsistente y vacía; ni toda esa fábula que los demás herejes han fabricado. Más bien les enseñaba a observar los mandamientos que Dios estableció desde el principio, a fin de vencer la concupiscencia con obras buenas y seguir a Cristo. Y como distribuir entre los pobres lo que se posee, deshace las viejas avaricias, Zaqueo puso en claro: «Desde hoy doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si en alguna cosa he defraudado a alguno, le devuelvo cuatro veces más» (Lc 19,8).

2.5. No vino a abolir la Ley

13,1. El Señor no abolió los preceptos naturales de la Ley, por los cuales se justifica el ser humano, los cuales incluso guardaban antes de la Ley aquellos que fueron justificados por la fe y agradaban a Dios; por el contrario, los amplió y llevó a la perfección (Mt 5,17), como lo muestran sus palabras: «Se dijo a los antiguos: *No cometerás adulterio*. Pero yo os digo: todo aquel que viere a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (Mt 5,27-28). Y añadió: «Se ha dicho: *No matarás*. Pero yo os digo: todo el que sin motivo se enoje contra su hermano, es reo de juicio» (Mt 5,21-22). Y: «Se ha dicho: *No perjurarás*. Pero yo os digo que no debéis jurar en absoluto. Que vuestras palabras sean: Sí, sí, y no, no» (Mt 5,33-34.7). Y otras cosas parecidas.

Todos esos mandatos no contradicen ni anulan los antiguos, como andan vociferando los marcionitas; sino que los amplían y perfeccionan, como él dijo: «Si vuestra justicia no fuese mejor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 5,20). ¿Qué significaba *mejor*? En primer lugar, no creer sólo en el Padre, sino también en el Hijo que ya se había manifestado: pues éste es el que conduce al ser humano a la comunión y unidad con Dios. En segundo lugar, no sólo decir, sino actuar -pues ellos decían y no hacían (Mt 23,3)-, y no sólo abstenerse de obrar mal, sino también de desearlo. No enseñaba estas cosas para contradecir la Ley, sino para cumplirla y hacer que la justificación de la Ley fuese eficaz en nosotros. Hubiese sido contrario a la Ley

que él hubiese ordenado a sus discípulos hacer algo que ella prohíbe. En cambio, disponer que no sólo se abstengan de lo que prohíbe la Ley, sino también de desearlo, no es contrario a ella ni la anula, como antes dijimos, sino que la cumple, amplía y desarrolla.

13,2. Y es que la Ley, como había sido promulgada para siervos, educaba mediante acciones externas y corporales, ajenas al alma, tratando de atraerla como quien la ata a la obediencia a los preceptos, a fin de que los seres humanos aprendiesen a someterse a Dios. En cambio el Verbo, al liberar el alma, les enseñó a ponerla al servicio del cuerpo para purificarlo libremente. Una vez que logró esto, fue necesario desatar también los lazos de la servidumbre a los cuales el hombre se había habituado, para que sin atadura alguna siguiese a Dios. Por eso amplió los decretos de libertad y ahondó en la sumisión al Rey, no fuera a suceder que alguno, volviéndose atrás, pareciese indigno de aquel que lo había liberado. En cambio conservó la piedad y obediencia hacia el Padre de familia, que es la misma para siervos e hijos; pero a éstos les aumentó la confianza, ya que es más elevada y gloriosa la acción libre que la realizada en sujeción y servidumbre.

13,3. Por eso el Señor, en lugar de «No cometerás adulterio» mandó no desear con concupiscencia (Mt 5,27-28); en lugar de «No matarás» prohibió ceder a la ira (Mt 5,21-22); en vez de simplemente pagar el diezmo, ordenó repartir los bienes entre los pobres (Mt 19,21); no amar sólo al prójimo, sino también al enemigo (Mt 5,43-44); y no únicamente estar dispuestos a dar y compartir (1 Tim 6,18), sino también a dar generosamente a aquellos que nos arrebatan nuestros bienes: «Si alguien te quita la túnica, dale también el manto; no le reclames al otro lo que te arrebata; y trata a los demás como quieres que ellos te traten» (Lc 6,29-30). De modo que no debemos entristecernos de mala gana cuando algo nos quitan, sino que lo demos voluntariamente, incluso que nos alegremos más dando al prójimo por gracia que cediendo a la necesidad: «Si alguien te obliga a caminar con él una milla, acompáñalo otras dos» (Mt 5,41), de manera que no lo sigas como un esclavo, sino que tomes la delantera como un hombre libre. De este modo te harás siempre útil en todo a tu prójimo, no mirando su malicia sino sólo tratando de ejercitar la bondad, para hacerse semejante al Padre, «el cual hace salir su sol sobre los malos y los buenos, y llueve sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

Como antes dijimos, todas estas cosas no destruyen la Ley, sino que la cumplen, la extienden y la amplían en nosotros, en cuanto decimos que es más digno obrar por libertad, lo que muestra un afecto y sumisión a nuestro liberador más arraigados en nosotros. Porque El no nos ha liberado para que nos separemos de El -pues nadie que se aparte de los bienes del Señor puede adquirir por sí mismo el alimento de la salvación-; sino para que, habiendo recibido más dones suyos, más lo amemos; pues mientras más lo amemos, recibiremos de él mayor gloria cuando estemos para siempre en presencia del Padre.

13,4. Los preceptos naturales son los mismos para ellos (los esclavos) y para nosotros; sólo que en ellos comenzaron y en nosotros recibieron aumento y perfección. Mas obedecer a Dios y seguir su Palabra, amarlo sobre todas las cosas y al prójimo

como a nosotros mismos, hacerse prójimo del otro, abstenerse de todas las obras malas y todos los mandamientos semejantes, son comunes a unos y otros: por eso manifiestan a un solo y mismo Señor. Este Señor nuestro es el Verbo que en primer lugar atrajo a los siervos a Dios, y después liberó a los que se le someten, como El mismo dijo a sus discípulos: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. A vosotros os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre» (Jn 15,15). Cuando dice: «Ya no os llamo siervos», claramente da a entender que fue El mismo quien anteriormente sometió a los hombres, por la Ley, como siervos de Dios, para luego darles la libertad. En aquello que dice: «Porque el siervo no sabe lo que hace su Señor», mediante su venida muestra cuán grande era la ignorancia del pueblo servil. Y al llamar *amigos* a sus discípulos, nítidamente muestra que él es la Palabra de Dios, la misma que Abraham siguió voluntariamente y sin ataduras, por la generosidad de su fe, por lo cual se hizo «amigo de Dios» (Sant 2,23).

Mas el Verbo de Dios no elevó a Abraham a su amistad porque le hiciese falta, pues es perfecto desde siempre -en efecto, dijo: «Antes de que Abraham fuese, yo existo» (Jn 8,58)-; sino para otorgar a Abraham la vida eterna, por pura bondad, pues la amistad con Dios es fuente de inmortalidad para cuantos la cultivan.

2.6. Dios no creó por su propio provecho

14,1. Así pues, cuando al principio Dios plasmó a Adán, no lo hizo por necesidad, sino para tener a alguien que fuese objeto de sus beneficios. En cambio no sólo antes de Adán, sino antes de toda otra creación, el Verbo glorificaba a su Padre, permanecía en El, y el Padre lo glorificaba a El, como él mismo dijo: «Padre, glorifícame con la gloria que tuve delante ti antes de que el mundo existiese» (Jn 17,5). Ni nos mandó seguirlo porque necesitase de nuestro servicio, sino para procurarnos a nosotros mismos la salvación. Porque seguir al Salvador es lo mismo que participar de la salvación, así como seguir la luz es recibirla. Pues los que están en la luz no la iluminan, sino que ella los ilumina y los hace resplandecer; no le dan nada a ella, sino que reciben de la luz el beneficio de estar iluminados. De modo semejante, quien sirve al Señor nada le añade, ni a Dios le hace falta el servicio humano. Sino que El concede la vida, la incorrupción y la vida eterna a quienes le siguen y le sirven, de modo que convierte el servicio que ellos le prestan en servicio para ellos mismos; así como a quienes le siguen les da sus beneficios más que recibirlos de ellos: en efecto, él es rico, perfecto y no pasa necesidades.

Por ello también el Señor pide a los seres humanos que le sirvan; pues, como él es bueno y lleno de misericordia, quiere derramar sus beneficios sobre quienes perseveran en su servicio. Dios por su parte nada necesita; en cambio al hombre le hace falta la comunión con Dios. Y es una gloria del ser humano perseverar y mantenerse en el servicio de Dios. Por eso el Señor decía a sus discípulos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os he elegido» (Jn 15,16). Con estas palabras les daba a entender que no eran ellos quienes le daban gloria a El al seguirlo, sino El quien a los seguidores del Hijo de Dios concedía su gloria. Y añadió: «Quiero que donde yo estoy, también estén ellos, para que vean tu gloria» (Jn 17,24): no se vanagloriaba con ello, sino quería hacer a sus

discípulos participar de su gloria, como dice Isaías: «Del oriente traeré a tu descendencia y del ocaso te recogeré. Diré al sur: *¡Entrégalos!* Y al norte: *¡No los retengas!* Trae a mis hijos desde lejos y a mis hijas desde los confines de la tierra, a todos los que llevan mi nombre. Lo he preparado, modelado y hecho para mi gloria» (Is 43,5-7). Y eso porque «donde está el cadáver, ahí se reunirán las águilas» (Mt 24,28), para participar en la gloria de Dios: pues él nos ha creado y preparado para que participemos de su gloria.

14,2. Desde el principio Dios plasmó al ser humano para ser vaso de sus dones; eligió a los patriarcas para su salvación; formó el pueblo antiguo para enseñar a esa gente indócil a seguir a Dios; instruyó a los profetas para acostumbrar a los seres humanos sobre la tierra a ser depositarios de su Espíritu y a participar de la comunión con Dios. No necesitando él nada, concedió a los necesitados la comunión con El. Como un arquitecto proyectaba la construcción de la obra salvadora en favor de aquellos que hacían su beneplácito, guiándolos en Egipto sin que ellos lo advirtieran. Cuando andaban errando en el desierto, les dio la más adecuada de las leyes; a los que entraron en la tierra buena les concedió una digna heredad; para quienes se convertían al Padre mataba el novillo cebado y los hacía vestir con la mejor de las túnicas (Lc 15,22-23). De muchas maneras preparó al género humano a fin de que la salvación le viniese como una sinfonía. Por eso Juan dice en el Apocalipsis: «Su voz como el sonido de muchas aguas» (Ap 1,15). Pues en realidad son muchas las aguas del Espíritu de Dios, porque el Padre es rico y grande. El Verbo pasó por todas ellas, prestando generosamente su auxilio a quienes se le sometían, escribiendo una ley conveniente para cada creatura.

2.7. Dios estableció la Ley para el bien del ser humano

14,3. De esta manera dio al pueblo las leyes para fabricar la tienda y el templo, para elegir a los levitas, y para establecer el servicio de los sacrificios, oblaciones y ritos de purificación. No porque necesitase algo de esto -pues siempre está colmado de todos los bienes y tiene en sí mismo todo olor de suavidad y todo buen óleo perfumado, incluso antes de que Moisés naciese-; educaba a un pueblo inclinado a retornar a los ídolos, poniéndoles en la mano muchas herramientas para perseverar en el servicio divino: por medio de lo que era instrumento secundario para llegar a lo primario, es decir por medio de los tipos los guiaba hacia la verdad, por lo temporal a lo eterno, por lo carnal a lo espiritual y por lo terreno a lo celestial, como dijo a Moisés: «Harás todo conforme al modelo que viste en el monte» (Ex 25,40). Durante cuarenta días (Moisés) aprendió a retener las palabras de Dios, los caracteres celestes, las imágenes espirituales y las figuras de lo que había de venir, como dice Pablo: «Bebían de la roca que los acompañaba, y la roca era Cristo» (1 Cor 10,4). Y en seguida, habiendo recorrido los sucesos narrados en la Ley, añade: «Todo esto les sucedía en figura; y se ha escrito para instrucción de quienes venimos al final de los tiempos» (1 Cor 10,11). Por los tipos aprendían a temer a Dios y a perseverar en su servicio.

15,1. De esta manera la Ley era para ellos una educación y una profecía de los bienes futuros. Pues en un principio Dios amonestó a los seres humanos por medio de los preceptos naturales que desde el inicio inscribió en su naturaleza, es decir por el

Decálogo -ya que, si alguien no los cumple, no obtendrá la salvación-, y nada más les pidió entonces, como dice Moisés en el Deuteronomio: «Estos son todos los mandamientos que el Señor dirigió desde el monte a toda la comunidad de los hijos de Israel, nada más añadió, las escribió en dos tablas de piedra que me entregó» (Dt 5,22), y ordenó que observaran estos preceptos quienes quisieran seguirlo (Dt 19,17). Mas, cuando se volvieron atrás fabricando el becerro, y en sus deseos se regresaron a Egipto deseando más ser esclavos que libres, cayó sobre ellos una servidumbre digna de su concupiscencia, que no los separaba de Dios sino que los mantenía bajo el yugo de su dominio. Ezequiel dice, para indicar los motivos de tal ley: «Sus ojos iban tras los deseos de su corazón; por eso les di preceptos ineficaces y órdenes que no les dan la vida» (Ez 20,24).

En los Hechos de los Apóstoles Lucas escribe que Esteban, el primer diácono elegido por los Apóstoles y el primer mártir de Cristo, así dijo sobre la Ley de Moisés: «El os dio los preceptos del Dios vivo. Mas vuestros padres se negaron a obedecerlo, sino que lo rechazaron y en su corazón se regresaron a Egipto, cuando dijeron a Aarón: *Fabrícanos dioses que nos guíen, pues no sabemos lo que ha ocurrido a Moisés, el que nos sacó de Egipto*. Entonces fabricaron un becerro, le ofrecieron sacrificios al ídolo y festejaron la obra de sus manos. Mas Dios se volvió y los entregó al servicio de los astros del cielo, como está escrito en el libro de los profetas: *¿Acaso me ofrecisteis oblaciones y sacrificios durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel? Cargasteis la tienda de Moloc y la estrella del dios Refam, ídolos que fabricasteis para adorarlos*» (Hech 7,38-43). Claramente dijo que no fue otro Dios quien les dio la Ley, sino el único y mismo, una Ley apta para someterlos. Por eso dice a Moisés en el Exodo: «Mandaré ante ti a mi ángel: no subiré yo contigo, porque este pueblo es de dura cerviz» (Ex 33,2-3).

15,2. Y no sólo eso, sino que el Señor les hizo caer en la cuenta de que algunos preceptos mandados por Moisés, se les habían dado porque, en su dureza de corazón, no querían sujetarse: «¿Por qué Moisés mandó dar el acta de repudio y echar a la mujer? Esto fue permitido por vuestra dureza de corazón; mas no fue así desde el principio» (Mt 19,7-8). Excusó a Moisés, porque era un siervo fiel; pero también confesó que fue Dios quien había hecho al inicio al varón y a la mujer, y a ellos los reprendió por ser duros e insubordinados: por eso Moisés les dio el precepto del repudio, acomodado a su dureza. ¿Mas para qué detenernos en el Antiguo Testamento? Los Apóstoles hicieron lo mismo en el Nuevo, y por la misma razón que hemos expuesto. Por ejemplo, Pablo escribe: «Esto os digo yo, no el Señor» (1 Cor 7,12). Y también: «Esto lo digo a manera de concesión, no como un mandato» (1 Cor 7,6). Y en otro lugar: «Sobre las vírgenes no tengo un precepto del Señor; mas os doy un consejo, como quien ha conseguido la misericordia del Señor, a fin de ser fiel» (1 Cor 7,25). En cambio dice en otro verso: «Que Satanás no os tiente por vuestra incontinencia» (1 Cor 7,5).

Así pues, si en el Nuevo Testamento notamos a los Apóstoles hacer ciertas concesiones por motivo de la incontinencia de algunos, a fin de que no apostaten de Dios, porque estando endurecidos podrían desesperar de la salvación, no os admire si en

el Antiguo el mismo Dios quiso hacer algo semejante por la costumbre del pueblo. Los fue llevando por el sendero de tales observancias, a fin de que mediante ellas mordieran el anzuelo del decálogo para salvarse; de modo que, una vez cogidos por él, no volviesen a la idolatría ni apostatasen de Dios, sino que aprendieran a amarlo de todo corazón. Mas si alguno, mirando la desobediencia de los israelitas desviados, juzgare débil la Ley, hallará en nuestra vocación que «muchos son los llamados, y pocos los elegidos» (Mt 22,14). Muchos son lobos por dentro, aunque por fuera se visten con piel de oveja (Mt 7,15). Dios siempre ha protegido, por una parte la libertad y decisión del ser humano, y por otra su exhortación a él: por ello quienes no obedecen son justamente juzgados por su desobediencia, y quienes obedecen y creen reciben la corona incorruptible.

2.8. Fines de la circuncisión y del sábado

16,1. La Escritura enseña, además, que Dios dio la circuncisión no como la cumbre de la justicia, sino como un signo por el cual se reconociese la raza de Abraham: «Dios dijo a Abrabam: *Se deberá circuncidar todo macho entre vosotros, y deberéis circuncidar el prepucio de vuestra carne, lo cual servirá como signo de la alianza entre mí y vosotros*» (Gén 17,9-11). Algo semejante dice Ezequiel sobre el sábado: «Les di mis sábados a fin de que les sirva de signo entre mí y ellos, para que sepan que yo soy el Señor que los santifico» (Ez 20,12). Y en Exodo Dios dijo a Moisés: «Guardaréis mis sábados, pues ésta será mi señal en vosotros para vuestros descendientes» (Ex 31,13).

Así pues, Dios les dio estas cosas como signos. Y tales signos no dejaban de ser símbolos, es decir, no carecían de significado, ni eran inútiles, pues se los dio la sabiduría de un artista, ya que la circuncisión carnal simbolizaba la espiritual. Dice el Apóstol: «Nosotros hemos sido circuncidados con una circuncisión no hecha por mano de hombre» (Col 2,11). Y el profeta: «Circuncidad la dureza de vuestro corazón» (Dt 10,16). Los sábados enseñaban a perseverar día a día en el servicio de Dios, como escribe Pablo: «Se nos considera todo el día como ovejas para el matadero» (Rom 8,36); es decir, consagrados todo el tiempo como ministros de nuestra fe, en la que perseveramos absteniéndonos de toda avaricia, no buscando ni poseyendo tesoros terrenos. También indicaban de algún modo el reposo del Señor que siguió a la creación, o sea el reino en el cual reposará el ser humano que persevere en el servicio de Dios, donde participará de la mesa de Dios.

16,2. Prueba de que estas prácticas no justificaban al ser humano, sino que servían de signo al pueblo, es que Abraham «creyó y le fue reputado a justicia, hasta el punto de llamarse el amigo de Dios» (Sant 2,23; Gén 15,6), sin la circuncisión y sin la observancia del sábado. Lot fue sacado de Sodoma sin estar circuncidado, para recibir de Dios la salvación. Noé era incircunciso, y sin embargo a tal punto agradó al Señor que éste le comunicó las medidas con las cuales el mundo sería regenerado. También Enoch agradó a Dios sin la circuncisión, pues, siendo hombre, Dios lo envió como su legado ante los ángeles y «fue arrebatado» (Heb 11,5; Gén 5,24), y vive hasta hoy como testigo del juicio de Dios, porque los ángeles caídos fueron castigados, en cambio el hombre que agradó a Dios fue elevado para salvarse. Toda la enorme multitud de justos que

existieron antes de Abraham, así como todos los patriarcas que vivieron antes de Moisés, fueron justificados sin lo que hemos dicho y sin la Ley de Moisés, como éste mismo dijo al pueblo en el Deuteronomio: «El Señor tu Dios estableció una alianza en el Horeb. El Señor no había destinado esta alianza a vuestros padres, sino a vosotros» (Dt 5,2-3).

16,3. ¿Y por qué no hizo la alianza con los patriarcas? Porque «la Ley no ha sido establecida para los justos» (1 Tim 1,9). Los patriarcas eran justos y tenían el decálogo escrito en su corazón y en su espíritu, pues amaban a Dios que los hizo y se abstenían de hacer todo mal a su prójimo; por ello no fue necesario amonestarlos mediante la letra, porque llevaban dentro de sí la justicia de la Ley. Mas esta justicia y amor a Dios cayó en el olvido y se extinguió en Egipto, por ello fue necesario que Dios, por su inmensa bondad hacia el ser humano, se la mostrase con su Palabra. Primero con su poder sacó de Egipto al pueblo, a fin de que en seguida los seres humanos se hiciesen discípulos y seguidores de Dios; luego castigó a los rebeldes, para que no despreciasen a su Creador; los alimentó con el maná, para que recibieran un alimento espiritual, como dice Moisés en el Deuteronomio: «Te alimentó con el maná que tus padres no conocieron, para que sepas que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Dt 8,3). Luego les ordenó el amor a Dios y la justicia que implica el amor al prójimo; de modo que, a fin de que el hombre no sea ni injusto ni indigno de Dios, lo instruyó mediante el decálogo en la amistad consigo y en la concordia para con su prójimo. Todas estas cosas eran para provecho del ser humano, aunque de él Dios no necesitaba nada.

16,4. Por eso dice la Escritura: «El Señor pronunció en el monte todas estas palabras para la comunidad de los hijos de Israel, y nada más añadió» (Dt 5,22); pues, como hemos dicho, nada más necesitaba de ellos. Y Moisés añade: «Así pues, Israel, ¿qué otra cosa te ha pedido el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, que camines por todos sus caminos, que ames y sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma?» (Dt 10,12). Esto es lo que llenaba al hombre de gloria, supliendo en él lo que le faltaba, o sea la amistad con Dios; en cambio a Dios nada le añadía: porque a Dios no le hace falta el amor del hombre. El ser humano, en cambio, estaba privado de la gloria de Dios (Rom 3,23), que de ningún otro modo podía recibir sino obedeciéndolo. Por eso Moisés les dijo: «Elige la vida, para que viváis tú y tus descendientes: ama al Señor tu Dios, escucha su Palabra y acógelo, porque de esto depende la vida y la duración de tus días» (Dt 4,14). A fin de preparar al ser humano para este tipo de vida, el Señor mismo habló, dándoles a ellos y a todos los demás las palabras del decálogo: por ese motivo duran hasta nosotros, y por su venida a nuestra carne les ha hecho crecer y perfeccionarse, no las ha abolido.

16,5. En cuanto a los preceptos adecuados a un estado de servidumbre, se los dio aparte por medio de Moisés, a fin de instruirlos y castigarlos, pues Moisés mismo lo dijo: «El Señor me mandó en aquel momento enseñaros estos preceptos y mandatos» (Dt 4,14). Por este motivo en el Nuevo Testamento de la libertad abolió los mandamientos que les había dado como en figura para el estado de servidumbre. En cambio amplió e hizo crecer aquellos que son naturales, impulsan la libertad y son comunes a todos;

concediendo a los seres humanos benigna y generosamente, por la filiación adoptiva, conocer y amar a Dios Padre de todo corazón, y seguir sin desviación a su Verbo, no sólo absteniéndose de realizar las malas obras sino incluso de desearlas. También desarrolló el temor de Dios: pues es más propio de los hijos temer que de los siervos, pues lo hacen por amor a su padre. Por eso el Señor dice: «Los hombres darán cuenta en el juicio aun de toda palabra ociosa que dijeren» (Mt 12,36); y: «Quien viere a una mujer para desearla con pasión, ya ha adulterado con ella en su corazón» (Mt 5,28); y: «Quien sin motivo se enoje con su hermano, es reo de juicio» (Mt 5,22). Así aprendemos que daremos cuenta a Dios no sólo de los hechos, como los esclavos, sino también de las palabras y pensamientos, sobre los cuales él nos hizo libres y los puso bajo nuestro poder; y en estas cosas el ser humano da mejor prueba de respetar, temer y amar al Señor. Por eso Pedro dice que no se nos dio la libertad como un velo para encubrir la maldad (1 Pe 2,16), sino para probar y manifestar la fe (1 Pe 1,7).

2.9. La figura de los sacrificios

17,1. Los profetas muy claramente explican que Dios no tenía necesidad de su servicio, sino que dispuso algunas observancias de la Ley en favor de ellos. Como hemos expuesto, también el Señor enseñó que a Dios no le hacen falta las oblaciones de los seres humanos; sino que las quiere por el hombre mismo .

Cuando Samuel vio que descuidaban la justicia y se alejaban del amor de Dios, y en cambio pensaban hacérselo propicio por medio de los sacrificios y el cumplimiento de otras de sus normas, les dijo: «¿Acaso Dios no se complace más en que escuchéis su palabra, que en holocaustos y sacrificios? La obediencia vale más que el sacrificio y la docilidad que la grasa de carneros» (1 Sam 15,22). Y David dice: «No quisiste oblación ni sacrificio, pero me diste oídos; no pediste holocaustos por el pecado» (Sal 40[39],7). Con estas palabras les enseñó que Dios prefiere la obediencia a los sacrificios y holocaustos, los cuales de nada valen para la justicia, y al mismo tiempo anuncia el Nuevo Testamento.

Más claro aún lo dice el Salmo 50: «Porque si quisieras sacrificios, te los ofrecería; pero los holocaustos no te agradan. El sacrificio para Dios es el espíritu contrito; Dios no desprecia el corazón contrito y humillado» (Sal 51[50],18-19). Que Dios de nada necesita, lo dice el Salmo anterior: «No aceptaré becerros de tu casa ni cabritos de tus rebaños. Porque míos son todos los animales de la tierra, las fieras de los montes y las reses; conozco todas las aves del cielo y todos los productos de los campos. Si tuviese hambre, no te lo diría: pues mío es el orbe de la tierra y cuanto contiene. ¿Acaso comeré carne de toros o beberé sangre de cabritos?» (Sal 50[49],9-13). Y además, para que ninguno pensara que Dios rehúsa los sacrificios por estar enojado, continúa dándoles este consejo: «Inmola a Dios el sacrificio de alabanza y ofrece al Altísimo tus votos, invócame en la tribulación, yo te libraré y tú me darás gloria» (Sal 50[49],14-15). Después de repudiar lo que aquéllos creían que, aun pecando, podía volverlo propicio, y haciéndoles ver que a él nada de eso le hace falta, los exhorta y amonesta para que ofrezcan aquello que justifica al ser humano y lo acerca a Dios.

Esto mismo dice Isaías: «¿Para qué quiero ese montón de sacrificios vuestros? dice el Señor. Estoy harto» (Is 1,10). Y, una vez que ha rechazado los holocaustos, oblaciones y sacrificios, así como las fiestas, los sábados, las solemnidades y todas las costumbres que las acompañaban, les indica qué cosas son aceptables para la salvación: «Lavaos, purificaos, quitad de mi vista la maldad de vuestros corazones; dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien; buscad el derecho, salvad al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda. Entonces venid y disputemos, dice el Señor» (Is 1,16-18).

17,2. No abolió, pues, los sacrificios, como un hombre enojado, según algunos piensan; sino que lo hizo por compasión al ver su ceguera, y en cambio impulsó el sacrificio verdadero, ofreciendo el cual podían tener a Dios propicio a fin de que El les diese la vida. Como dice en otro lugar: «El sacrificio agradable a Dios es un corazón contrito. Olor de suavidad que a Dios agrada es el corazón que da gloria a su Creador». Pues si indignado hubiese rechazado sus sacrificios por ser indigno de conseguir su misericordia, ciertamente no hubiera indicado otros por medio de los cuales podrían salvarse. Mas, como Dios está lleno de misericordia, no los privó de un buen consejo. Pues, aunque dijo por Jeremías: «¿Para qué me ofrecéis incienso de Saba y canela de tierras lejanas? No me agradan vuestros holocaustos y sacrificios» (Jer 6,20); en seguida añadió: «Escuchad la Palabra del Señor, todos los hombres de Judá. Esto dice el Señor Dios de Israel: *Enderezad vuestros caminos y vuestra conducta, y os haré habitar en este lugar. No os fiéis de palabras mentirosas, porque no os serán de ningún provecho, cuando decís: ¡Templo del Señor! ¡Templo del Señor!*» (Jer 7,2-4).

17,3. Y además, para dar a entender que no los sacó de Egipto a fin de que le ofreciesen sacrificios, sino para que, olvidando la idolatría de los egipcios, pudieran escuchar la voz de Dios que les traería salvación y gloria, dice por medio del mismo Jeremías: «Esto dice el Señor: *¡Añadid holocaustos a los sacrificios y comed la carne! Pues yo no hablé con vuestros padres para ordenarles holocaustos y sacrificios cuando los saqué de Egipto; sino que les dirigí mi Palabra para mandarles: Escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Caminad en todos mis caminos como yo os mandare, para que os vaya bien. Y no obedecieron ni hicieron caso, sino que caminaron según les dictó la malicia de sus corazones, y se volvieron atrás en vez de seguir adelante*» (Jer 7,21-25). Y en otro pasaje del mismo profeta: «El que se gloríe, gloríese sabiendo y entendiendo que yo soy el Señor que ejerce en la tierra misericordia, justicia, y juicio»; y concluye: «Esta es mi voluntad, dice el Señor» (Jer 9,23). No se complace en oblaciones, holocaustos y sacrificios.

Estas cosas no eran principales sino secundarias, y por este motivo las recibió el pueblo, como Isaías indica: «No me honraste con las ovejas de tus holocaustos ni con tus sacrificios; no te pedí que me sirvieras con ofrendas ni te cansé exigiéndote incienso; no me has comprado perfumes con tu plata; ni me saciaste con la grasa de tus sacrificios. Por el contrario, te acercaste a mí lleno de pecados y de iniquidades» (Is 43,23-24). Y dice: «¿Sobre quién pondré mis ojos, sino sobre el manso y humilde que se estremece ante mi Palabra?» (Is 66,2). «No serán las grasas y las carnes gordas las que te quitarán tus injusticias» (Jer 11,15). «Este es el ayuno que yo quiero, dice el Señor: Desata toda

atadura injusta, rompe toda cadena de relación violenta, deja ir en paz a los oprimidos, rompe todo contrato injusto; de corazón comparte tu pan con el hambriento; acoge en tu casa al extranjero sin techo; si ves a un desnudo, vístelo, y no desprecies a tus hermanos de sangre. Entonces tu luz despuntará como la aurora y tus heridas sanarán muy rápido; te precederá la justicia y la gloria del Señor te rodeará; apenas me estarás llamando yo te responderé: *¡Aquí estoy!*» (Is 58,6-9).

Zacarías, uno de los doce profetas, comunicando la voluntad de Dios, escribe: «Esto dice el Señor omnipotente: *Juzgad con justo juicio, cada uno tenga piedad y misericordia de su hermano; dejad de oprimir al huérfano, a la viuda y al extranjero, y ninguno recuerde en su corazón el mal que le haya hecho su hermano*» (Zac 7,9-10). Y añade: «Estas son las palabras que dirás: *Cada uno diga la verdad a su prójimo, juzgad con justicia en vuestras puertas, que ninguno le dé vueltas en su corazón al mal que su hermano le haya hecho, no os deleitéis en el falso juramento, porque yo odio todo esto, dice el Señor omnipotente*» (Zac 8,16-17). También David dice algo semejante: «¿Cuál es el hombre que ama la vida y desea vivir días felices? Reprime tu lengua del mal, y tus labios para que no digan palabras dolosas. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y ve tras ella» (Sal 34[33],13-15).

17,4. Por todo lo anterior queda claro que Dios no les exigía sacrificios y holocaustos, sino la fe, la obediencia y la justicia para su salvación. Así les enseñó Dios su voluntad por el profeta Oseas: «Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios más que holocaustos» (Os 6,6). Y también el Señor los exhortó diciendo: «¡Si supiéseis lo que significa: *Misericordia quiero y no sacrificios*, nunca habríais condenado al inocente» (Mt 12,7). De este modo dio testimonio de que los profetas predicaban la verdad, y al mismo tiempo reprendió a los otros por su ignorancia culpable.

2.10. El Sacrificio del Nuevo Testamento

17,5. Dando consejo a sus discípulos de ofrecer las primicias de sus creaturas a Dios, no porque éste las necesitase, sino para que no fuesen infructuosos e ingratos, tomó el pan creatural y, dando gracias, dijo: «Esto es mi cuerpo» (Mt 26,26). Y del mismo modo, el cáliz, también tomado de entre las creaturas como nosotros, confesó ser su sangre, y enseñó que era la oblación del Nuevo Testamento. La Iglesia, recibiéndolo de los Apóstoles, en todo el mundo ofrece a Dios, que nos da el alimento, las primicias de sus dones en el Nuevo Testamento.

Con estas palabras lo preanunció Malaquías, uno de los doce profetas: «No me complazco en vosotros, dice el Señor omnipotente, y no recibiré el sacrificio de vuestras manos. Porque desde el oriente hasta el occidente mi nombre es glorificado en las naciones, y en todas partes se ofrece a mi nombre incienso y un sacrificio puro: porque grande es mi nombre en las naciones, dice el Señor omnipotente» (Mal 1,10-11). Con estas palabras indicó claramente que el pueblo antiguo dejaría de ofrecer a Dios; y que en todo lugar se le habría de ofrecer el sacrificio puro; y su nombre es glorificado en los pueblos.

17,6. ¿Y qué otro nombre es glorificado en todas las naciones, sino el de nuestro

Señor, por el cual reciben gloria tanto el Padre como el ser humano? Y lo llama «su nombre» porque es el de su propio Hijo, al cual él mismo ha hecho hombre (Mt 1,21). Es como si un rey pintase la imagen de su hijo, justamente la llamaría su propia imagen a doble título: porque es la de su hijo, y porque él mismo la hizo. Algo semejante sucede con el nombre de Jesucristo al que la Iglesia rinde gloria en todo el mundo: el Padre confiesa que es suyo, primero porque es de su Hijo, y segundo porque El mismo lo ha escrito y dado para su salvación al ser humano (Hech 4,12). Así pues, porque el nombre del Hijo es también del Padre, y porque la Iglesia ofrece su oblación en todas partes a Dios omnipotente por Jesucristo, bien dice (el profeta) por ambos motivos: «Y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre y un sacrificio puro» (Mal 1,11). Juan dice en el Apocalipsis que el incienso es la oración de los santos (Ap 5,8).

18,1. Por consiguiente, la oblación de la Iglesia que dice el Señor se le ofrece por todo el mundo, es un sacrificio puro y acepto a Dios; no porque El tenga necesidad de nuestro sacrificio, sino porque quien lo ofrece recibe gloria al momento mismo de ofrecerlo, si su oblación es aceptada. Al ofrecer al Rey nuestra oblación le rendimos honor y le mostramos afecto. Esto es lo que el Señor, queriendo que lo hiciésemos con toda simplicidad e inocencia, enseñó a ofrecer diciendo: «Si al presentar tu oblación ante el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu oblación ante el altar, primero ve a reconciliarte con tu hermano, y vuelve luego a presentar tu ofrenda» (Mt 5,23-24). Lo propio es, pues, ofrecer a Dios las primicias de su creatura, como dice Moisés: «No te presentarás con las manos vacías en la presencia del Señor tu Dios» (Dt 16,16). De este modo, en las mismas cosas en las cuales el ser humano muestra su gratitud, Dios reconoce su agradecimiento y recibe el honor divino.

18,2. No se condena, pues, el sacrificio en sí mismo: antes hubo oblación, y ahora la hay; el pueblo ofrecía sacrificios y la Iglesia los ofrece; pero ha cambiado la especie, porque ya no los ofrecen siervos, sino libres. En efecto, el Señor es uno y el mismo, pero es diverso el carácter de la ofrenda: primero servil, ahora libre; de modo que en las mismas ofrendas reluce el signo de la libertad; pues ante él nada sucede sin sentido, sin signo o sin motivo. Por esta razón ellos consagraban el diezmo de sus bienes. En cambio quienes han recibido la libertad, han consagrado todo lo que tienen al servicio del Señor. Le entregan con gozo y libremente lo que es menos, a cambio de la esperanza de lo que es más, como aquella viuda pobre que echó en el tesoro de Dios todo lo que tenía para vivir (Lc 21,4).

18,3. En un principio Dios puso los ojos sobre las oblaciones de Abel, porque las ofrecía con sencillez y justicia; en cambio no miró el sacrificio de Caín, porque su corazón estaba dividido por celos y malas intenciones contra su hermano, según Dios mismo le dijo al reprenderlo por lo que ocultaba: «¿Acaso no pecas aunque ofrezcas tu sacrificio rectamente, si no compartes con justicia? Tranquilízate» (Gén 4,7). Es que no se aplaca a Dios con el sacrificio. Por eso, si alguien tratara de ofrecer su sacrificio de modo que pareciese puro, recto y legítimo, en cambio en su alma no compartiera con rectitud en el trato con su hermano ni tuviera temor de Dios, no por haber ofrecido un sacrificio externamente correcto seduciría a Dios: por dentro estaría lleno de pecado y su

oblación de nada le serviría si no cesa de hacer el mal que ha concebido interiormente; pues al simular una obra, el pecado mismo hace homicida a esa persona.

Por eso el Señor decía: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Os parecéis a sepulcros blanqueados. Por fuera la tumba parece hermosa, pero por dentro está llena de huesos de muerto y podredumbre. Así vosotros: por fuera parecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de maldad e hipocresía» (Mt 23,27-28). Por fuera daban la impresión de ofrecer el sacrificio de modo legítimo; pero dentro de ellos ocultaban los celos como Caín. Por eso asesinaron al justo (Sant 5,6), dejando de lado, como Caín, el consejo del Verbo, pues El le dijo: «Tranquilízate!», pero no hizo caso. ¿Y qué otra cosa puede significar tranquilizarse, sino dominar sus impulsos? También dijo otra cosa parecida: «¡Fariseo ciego!, limpia la copa por dentro para que también esté limpia por fuera» (Mt 23,26). Pero no escucharon. Jeremías dice: «Tus ojos y tu corazón no están sanos, sino que en tu avidez sólo piensas en derramar la sangre del justo, en la opresión y en cometer homicidio» (Jer 22,17). Y también Isaías: «Habéis hecho planes pero no para mí, pactos pero no por mi Espíritu» (Is 30,1).

Y para que su voluntad y sus pensamientos interiores, una vez puestos de manifiesto, manifestaran que el Dios que los desenmascara no es culpable de ellos ni obra el mal, sino que la culpa recae sobre el que hace el mal, le dice a Caín que rehúsa tranquilizarse: «El se revuelve sobre ti, y tú lo debes dominar» (Gén 4,7). Algo semejante dijo a Pilato: «No tendrías ningún poder si no se te hubiese dado de lo alto» (Jn 19,11). Porque Dios siempre concede al justo sufrir a fin de que ese sufrimiento que soporta le sirva de prueba; y en cambio el perverso sea juzgado y por sus mismas acciones sea echado fuera. Por ello no son los sacrificios los que purifican al ser humano, pues Dios no los necesita; sino la conciencia pura de quien lo ofrece es lo que santifica el sacrificio, y hace que Dios los reciba como de un amigo. En cambio peca «quien mata en mi honor un becerro como si matara un perro» (Is 66,3).

18,4. Mas, como la Iglesia lo ofrece con simplicidad, ante Dios este sacrificio se le tiene por puro. Así dijo Pablo a los Filipenses: «Me siento lleno con los dones que me enviasteis por medio de Epafrodito, como un perfume de suavidad y un sacrificio aceptable que agrada a Dios» (Fil 4,18). Conviene, pues, que ofrezcamos a Dios el sacrificio y que en todo seamos gratos al Dios Demiurgo, con pensamientos puros, con fe sin hipocresía, con esperanza firme, fervientes en el amor, ofreciendo las primicias de sus creaturas. Y sólo la Iglesia ofrece esta oblación pura al Demiurgo, cuando la presenta en acción de gracias por los dones que provienen de la creación. Los judíos ya no la ofrecen, porque sus manos están llenas de sangre (Is 1,15); pues rechazaron al Verbo, por medio del cual se ofrece a Dios el sacrificio. Pero tampoco lo ofrece ninguna de las comunidades de los herejes: porque unos llaman Padre a alguien diverso del Demiurgo, si le ofrecieran una creatura, lo mostrarían ansioso de lo que pertenece a otro y codicioso de lo ajeno. Y por su parte, quienes pregonan que todas las creaturas que nos rodean fueron hechas de la penuria, ignorancia y pasión, ofreciendo el fruto de la ignorancia, de la pasión y de la penuria pecan contra su Padre, más ofendiéndolo que dándole gracias.

¿Cómo les constará que el pan sobre el que se han dado gracias, es el cuerpo de su Señor, y el cáliz de su sangre, si no creen en el Hijo del Demiurgo del mundo, es decir, en su Verbo, por el cual el árbol da fruto, las fuentes manan y la tierra da primero el tallo, después de un poco la espiga, y por fin el trigo lleno en la espiga? (Mc 4,27-28)

18,5. ¿Cómo dicen que se corrompe y no puede participar de la vida, la carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor? Cambien, pues, de parecer, o dejen de ofrecer estas cosas. Por el contrario, para nosotros concuerdan lo que creemos y la Eucaristía y, a su vez, la Eucaristía da solidez a lo que creemos. Le ofrecemos lo que le pertenece, y proclamamos de manera concorde la unión y comunidad entre la carne y el espíritu. Porque, así como el pan que brota de la tierra, una vez que se pronuncia sobre él la invocación (**epíklesin**) de Dios, ya no es pan común, sino que es la Eucaristía compuesta de dos elementos, terreno y celestial, de modo semejante también nuestros cuerpos, al participar de la Eucaristía, ya no son corruptibles, sino que tienen la esperanza de resucitar para siempre.

18,6. Pues no lo ofrecemos como si él lo necesitase, sino para dar gracias por su don y santificar las creaturas. Así como a Dios no le hace falta lo nuestro, así a nosotros sí nos hace falta ofrecer algo a Dios, como dice Salomón: «Quien se compadece del pobre presta a Dios» (Prov 19,17). Mas aunque Dios no tenga necesidad de nada, recibe nuestras buenas obras a fin de darnos en retorno sus propios bienes, como dice nuestro Señor: «Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para vosotros; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, vagué peregrino y me recibisteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25,34-36). Así como él no necesita de estas cosas, y sin embargo quiere que las hagamos en favor de nosotros mismos, así también el Verbo mismo mandó al pueblo que ofreciera oblaciones aunque él no las necesitaba, sino para que aprendiera a servir a Dios, como también quiere que nosotros ofrezcamos en el altar el don, con frecuencia y sin cesar nunca. Porque hay un altar en los cielos, al que todas nuestras oblaciones se dirigen; y un templo, como Juan dice en el Apocalipsis: «Se abrió el templo de Dios» (Ap 11,19); y sobre el santuario: «Apareció el santuario de Dios, en el que habitará junto con los hombres» (Ap 21,3).

CAPÍTULO 3

Toda la Escritura se refiere a Cristo

3.1. Dios es incomprensible

19,1. El pueblo antiguo recibió todos los dones, oblaciones y sacrificios como una figura, como se lo mostró a Moisés en el monte el único y mismo Dios a cuyo nombre la Iglesia da gloria hoy entre todas las naciones. Convenía que las cosas terrenas, hechas para nosotros, nos sirviesen como figuras de los bienes celestiales hechos por el mismo Dios: de otra manera no se entendería que otra cosa diversa de los bienes espirituales pudiera ser su imagen. Pues las cosas espirituales que están sobre los cielos, son para nosotros invisibles e inefables; pero decir que ellas son tipos de otros bienes aún superiores a los cielos y que pertenecen a otro Pléroma y que son imagen de otro Dios y Padre, sería en absoluto propio de tontos e idiotas. Porque, como antes dijimos muchas veces, dichas personas se ven forzadas a inventar imágenes de imágenes ya que nunca se asienta su mente encontrando un solo Dios. Sus ideas van más allá de Dios, y ellos, en sus corazones, sobrepasan al Maestro; se imaginan haberse elevado y sobreexaltado, cuando en realidad se les escapa el Dios verdadero.

19,2. Con justicia se les podría decir, como la Palabra misma sugiere: «Puesto que os habéis alzado por sobre Dios, orgullosos tontos -pues habéis oído que *El contiene los cielos en la palma de su mano* (Is 40,12)-, decidme cuánto miden y reveladme su inumerable cantidad de codos, enseñadme su *longitud, anchura y altitud* (Ef 3,18), el principio y el fin de sus límites, puesto que el corazón del ser humano es incapaz de captarlo y entenderlo». Pues en verdad son grandes los tesoros del cielo: el corazón no puede medir a Dios y el alma no es capaz de entender a aquel que sostiene la tierra con la palma de su mano. ¿Quién adivinará sus dimensiones, y quién conocerá el dedo de su mano derecha? ¿O quién abarcará su mano con la cual mide lo inmensurable, que con su propia medida determina las medidas de los cielos y con su puño demarca la tierra con abismos, que en sí misma contiene la anchura, longitud, profundidad y altura de toda la creación, que se ve, se oye, se entiende y sin embargo es invisible? Por eso Dios está «por sobre todo Principado, Potestad, Dominación, y por sobre todo lo que puede nombrarse» (Ef 1,21) entre las cosas hechas y creadas. El llena los cielos (Jer 23,24) y «contempla los abismos» (Dan 3,55); y, sin embargo, está con cada uno de nosotros: «Yo soy un Dios cercano y no lejano. Si el hombre se escondiese en lo más recóndito, ¿acaso yo no lo vería?» (Jer 23,23) Su mano abarca todas las cosas, ilumina los cielos y todo cuanto está bajo los cielos, «escruta los riñones y el corazón» (Ap 2,23), está presente en nuestros escondrijos y secretos, y abiertamente nos conserva y alimenta.

19,3. Si el hombre, pues, no puede contener la plenitud y grandeza de su mano,

¿cómo puede alguien pretender que conoce y entiende en su corazón a un Dios tan grande? Mas ellos, como si ya lo hubiesen visto, medido y recorrido todo lo que El es, inventan que por sobre El existen otro Pléroma de Eones y otro Padre. No volviendo los ojos a las cosas celestiales se hunden en el profundo Abismo de su locura, diciendo que su Padre termina donde comienzan los seres que están fuera del Pléroma, que el Demiurgo no alcanza el Pléroma, y de esta manera ninguno de ellos puede ser perfecto ni comprender todas las cosas: en efecto, al primero le faltaría toda la creación del mundo fuera del Pléroma, y a éste la creación de las cosas que están dentro del Pléroma, y así ni uno ni otro sería el Señor. Mas es evidente para cualquiera, que nadie puede expresar la grandeza de Dios a partir de las cosas creadas; y cualquiera que juzgue las cosas dignamente, confesará que su grandeza no puede venir a menos, sino que contiene todas las cosas, llega hasta nosotros y permanece con nosotros.

3.2. Dios creó por su Verbo y su Sabiduría

20,1. No es posible conocer a Dios en su grandeza; pues es imposible medir al Padre: mas según su amor (pues éste es el que nos conduce a Dios por el Verbo), obedeciéndolo, aprendemos constantemente cuán grande es Dios, y que él por sí mismo crea, elige, adorna y contiene todas las cosas, y entre todas éstas también está incluido nuestro mundo. Nosotros mismos fuimos hechos junto con estas cosas que él contiene. A esto se refiere la Escritura cuando dice: «Y Dios plasmó al hombre, tomando el barro de la tierra, e infundió en su cara el soplo de vida» (Gén 2,7). Por tanto, no fueron los ángeles quienes nos hicieron o plasmaron, pues los ángeles no podían reproducir la imagen de Dios; ni otro alguno, fuera del Verbo del Señor, ni algún Poder que no fuese el mismo Padre universal. Porque Dios no tenía necesidad de ningún otro, para hacer todo lo que El había decidido que fuese hecho, como si El mismo no tuviese sus manos. Pues siempre le están presentes el Verbo y la Sabiduría, el Hijo y el Espíritu, por medio de los cuales y en los cuales libre y espontáneamente hace todas las cosas, a los cuales habla diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26): toma de sí mismo la substancia de las creaturas, el modelo de las cosas hechas y la forma del ornamento del mundo.

3.3. Dios se comunica por su Verbo

20,2. Bien dice la Escritura: «Ante todo cree que hay un solo Dios que ha creado, hizo y llevó a término todas las cosas a partir de la nada para que existiesen, El contiene todo y nada puede contenerlo». Y también dijo bien Malaquías: «¿Acaso no hay un solo Dios que nos ha creado? ¿Acaso no es uno solo el Padre de todos nosotros?» (Mal 2,10). En consecuencia el Apóstol dice: «Uno solo es Dios, el Padre, que está sobre todos y en todos nosotros» (Ef 4,6). Lo mismo el Señor: «Todo me lo ha dado mi Padre» (Mt 11,27), y claramente se refiere al que hizo todas las cosas; pues no le dio cosas ajenas, sino las suyas. Y cuando dice «todas las cosas» ninguna queda excluida. Por eso El mismo es «juez de vivos y muertos» (Hech 10,42), el cual «tiene la llave de David; abrirá y nadie cerrará; cerrará y nadie abrirá» (Ap 3,7). Pues, en efecto, nadie en los cielos ni en la tierra ni bajo la tierra puede abrir el libro del Padre, ni siquiera verlo

(Ap 5,3), excepto el Cordero que ha sido muerto (Ap 5,12), que nos ha redimido con su sangre (Ap 5,9) después de haber recibido el poder de Dios que hizo todas las cosas por medio de su Verbo y las ordenó por su Sabiduría.

Este mismo Verbo recibió todo el poder cuando se hizo carne (Jn 1,14) a fin de que, así como tiene el principado en los cielos como Verbo de Dios, así también lo tenga en la tierra como hombre justo «que no cometió pecado ni se encontró dolo en su boca» (1 Pe 2,22). Y como «primogénito de los muertos» (Col 1,18) tiene el principado sobre todo lo que está bajo la tierra. De esta manera, como arriba dijimos, todas las cosas pueden ver a su Rey. De esta manera la luz del Padre irrumpe en la carne de nuestro Señor, y de esa carne sus rayos se reflejan en nosotros, para que el ser humano, rodeado por la luz del Padre, se haga incorruptible.

20,3. Que el Verbo, o sea el Hijo, ha estado siempre con el Padre, de múltiples maneras lo hemos demostrado. Y que también su Sabiduría, o sea el Espíritu estaba con El antes de la creación, lo afirma por Salomón: «Dios creó la tierra con sabiduría, y con inteligencia consolidó los cielos; por su ciencia se abrieron los abismos y las nubes destilaron rocío» (Prov 3,19-20). Y también: «El Señor me hizo al inicio de sus caminos, antes de sus obras. Desde la eternidad me fundó, desde el principio, antes que la tierra. Antes de que existiesen los abismos y manasen las fuentes de las aguas, antes de que se asentasen los montes, antes de todas las colinas me engendró» (Prov 8,22-23). Y también: «Cuando asentó los cielos, yo estaba con El, y cuando afirmó las fuentes del abismo; cuando fortalecía los cimientos de la tierra, yo estaba con El como arquitecto. Yo era en quien El se complacía, y cada día me alegraba en todo tiempo ante su rostro, cuando El se gozaba en la perfección del orbe y se regocijaba con los hijos de los hombres» (Prov 8,27-31).

3.4. El Verbo de Dios habló por los profetas

20,4. Uno solo es Dios, que hizo y ordenó todo mediante el Verbo y la Sabiduría: es el mismo Demiurgo que asignó este mundo al género humano. El, por su grandeza, no ha sido conocido por aquellos mismos que El creó (pues nadie ha investigado su profundidad, ni de entre los antiguos que ya han fallecido, ni de entre los que aún viven); en cambio, por el amor, lo conocemos mediante aquel por cuyo ministerio él hizo todas las cosas. Este es su Verbo, nuestro Señor Jesucristo, el cual en los tiempos recientes se hizo hombre entre los hombres, para unir el fin con el principio, es decir, al hombre con Dios. Y por tal motivo los profetas, habiendo recibido del mismo Verbo el don profético, predicaron su venida en la carne, por medio de la cual se realizó la mezcla y comunión de Dios con el hombre según el beneplácito de Dios. El Verbo había preanunciado desde el principio que habríamos de ver a Dios entre los hombres, que entraría en contacto con éstos sobre la tierra y hablaría con ellos, que se haría presente a su ser creado para salvarlo, y que se mostraría sensiblemente para liberarnos de manos de todos los que nos odian, esto es, de todos los espíritus rebeldes. Y que nos haría servirlo en santidad y justicia todos nuestros días, a fin de que, habiendo el hombre abrazado al Espíritu de Dios, entre en la gloria del Padre.

3.5. El Padre habló a los profetas por su Hijo y el Espíritu

20,5. Esto decían los profetas en sus anuncios, pero no como dicen algunos, que los profetas veían a alguien distinto de Dios Padre, el cual permanece invisible. Esto enseñan aquellos que ignoran enteramente lo que sea la profecía. Porque la profecía es la predicción de cosas futuras, es decir, el preanuncio de cosas que sólo después serán reales. Los profetas predecían que los hombres habrían de ver a Dios, como dice el Señor: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Aunque, a decir verdad, «ninguno verá a Dios y vivirá» (Ex 33,20), si lo ve en toda su grandeza e inefable gloria; porque el Padre es inaccesible. Pero, por su amor, bondad y omnipotencia, va a conceder a todos aquellos a quienes ama, el privilegio de ver a Dios, como los profetas anunciaban; porque «lo que para los hombres es imposible, es posible para Dios» (Lc 18,27).

El hombre no verá a Dios por sí mismo; pero El, si lo quiere, se dejará ver de los hombres: de aquellos que el quiera, y cuando y como quiera, porque Dios es omnipotente. Por medio del Espíritu se dejó ver proféticamente; por medio del Hijo se dejó ver según la adopción; se hará ver según su paternidad en el reino de los cielos: el Espíritu prepara al hombre para el Hijo de Dios, el Hijo lo conduce al Padre, el Padre concede la incorrupción para la vida eterna, que a cada uno le viene con la visión de Dios. Pues así como los que ven la luz están en la luz y perciben su claridad, así también quienes ven a Dios están en Dios y ven su claridad. Y la claridad de Dios da la vida: es decir, quienes ven a Dios tienen parte en la vida. Por eso el que no puede ser abarcado, comprendido ni visto, concede a los seres humanos que lo vean, lo comprendan y abarquen, a fin de darles la vida una vez que lo han visto y comprendido. Así como su grandeza es insondable, así también es inefable su bondad, por la cual da la vida a quienes lo ven: porque vivir sin tener la vida es imposible, la vida viene por participar de Dios, y participar de Dios es verlo y gozar de su bondad.

20,6. Pues los hombres verán a Dios para vivir, haciéndose inmortales por la visión, por la que se aproximarán a Dios. Y, como antes dije, los profetas explicaban por medio de figuras que verían a Dios todos los hombres portadores de su Espíritu, que sin desmayar esperan su venida. Así como enseña Moisés en el Deuteronomio: «En aquel día veremos que Dios hablará al hombre, y éste vivirá» (Dt 5,24). Pues algunos de ellos veían al Espíritu profético y sus obras, que impregnaban todos los tipos de sus dones. Otros veían la venida del Señor, y toda su Economía desde sus inicios, por medio de la cual cumplió la voluntad celestial y terrena del Padre. Otros veían las glorias del Padre, de manera adaptada a los que entonces las contemplaban y escuchaban, y a los hombres que en el futuro habrían de oír hablar de ellas.

Así se revelaba Dios: pues por todas estas cosas el Padre se manifiesta, por medio de la obra del Espíritu, el ministerio del Hijo y la aprobación del Padre, perfeccionando así al hombre en vista de su salvación. Como dice el profeta Oseas: «Yo multipliqué las visiones, y las manos de los profetas me han representado» (Os 12,11). Y el Apóstol afirma lo mismo cuando dice: «Hay diversidad de carismas, pero un solo Espíritu; hay

diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios, que obra todo en todos. Pues a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el servicio» (1 Cor 12,4-7). Pero, puesto que es Dios quien obra todo en todos, el saber cómo o cuán grande sea, es invisible e inefable para todas sus criaturas; mas no es en modo alguno desconocido: pues todas ellas aprenden por el Verbo, que hay un Dios Padre, que contiene todas las cosas y a todas les da el ser, como está escrito en el Evangelio: «Nadie vio jamás a Dios; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha revelado» (Jn 1,18).

20,7. El Hijo habla del Padre desde el principio, porque desde el principio está con el Padre, y comunica al género humano, para su utilidad, las visiones proféticas, la repartición de los carismas y sus ministerios, y en forma continuada y al mismo tiempo la glorificación del Padre, en el tiempo oportuno. Pues donde hay continuidad hay constancia, y donde hay constancia hay desarrollo en el tiempo, y donde hay desarrollo en el tiempo hay utilidad: por eso el Verbo fue hecho dispensador de la gracia del Padre para utilidad de los hombres, por los cuales ordenó toda esta Economía, para mostrar a Dios a los hombres y presentar el hombre a Dios. De esta manera custodió la invisibilidad del Padre, por una parte para que el hombre nunca despreciase a Dios y para que siempre tuviese en qué progresar; y por otra parte para revelar a Dios a los hombres mediante una rica Economía, a fin de que el hombre no cesase de existir faltándole Dios enteramente. Porque la gloria de Dios es el hombre viviente: y la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación de Dios por la creación da vida en la tierra a todos los vivientes, mucho más la manifestación por el Verbo del Padre da vida a aquellos que contemplan a Dios.

20,8. El Espíritu de Dios anunció el futuro mediante los profetas, preparándonos y moldeándonos para que fuésemos súbditos de Dios; pues había de suceder que el hombre, por beneplácito del Espíritu Santo, contemplase (a Dios). Pues era necesario que quienes habían de predicar las cosas futuras, contemplasen a Dios, al cual proponían a la mirada de los hombres. Y lo habrían de hacer de modo que no sólo se hablase proféticamente de Dios y del Hijo de Dios, del Hijo y del Padre; sino que se diesen a conocer todas las cosas de Dios a todos los miembros enseñados y santificados; para que el hombre fuese educado y meditase cómo disponerse para la gloria que habría de revelarse a quienes aman a Dios (Rom 8,18.28).

Los profetas profetizaban no sólo por la palabra, sino también por sus visiones, por su conducta y por las acciones que realizaban según el Espíritu les sugería. De esta manera veían al Dios invisible, como dice Isaías: «Vi con mis ojos al Señor de los Ejércitos» (Is 6,5). Con esto dio a entender que el ser humano verá a Dios con sus ojos y escuchará su voz. De esta manera veían al Hijo de Dios hecho hombre conversar con los seres humanos (Bar 3,38), y así anunciaron lo que había de venir, hablando como presente de aquel que aún no lo estaba, presentando como pasible al impasible, y prediciendo que aquel que en ese tiempo estaba en los cielos, bajaría «al polvo de la muerte» (Sal 22[21],16). También anunciaron las Economías de su recapitulación, de las cuales unas las veían en visiones, otras las anunciaban por medio de la palabra, y otras

las insinuaban mediante acciones que servían de figuras. Ellos veían visiblemente lo que un día habría de ser visto, proclamaban con la palabra lo que un día habría de ser oído, y realizaban con acciones aquello que un día habría de llevarse a cabo: de este modo anunciaban todas las cosas de modo profético. Por eso Moisés decía al pueblo infiel a la Ley, que Dios era un fuego (Dt 4,24), para amenazarlos con el fuego que Dios un día mandaría sobre ellos; y a quienes mantenían el temor de Dios, les decía: «El Señor Dios es clemente y compasivo, generoso y fiel, es veraz y ejercita la justicia y la misericordia mil veces, borrando las injusticias, iniquidades y pecados» (Ex 34,6-7).

20,9. El Verbo «hablaba con Moisés cara a cara, como un amigo habla con su amigo» (Ex 33,11). Moisés, sin embargo, deseó ver abiertamente a aquel con quien hablaba, y se le dijo: «Quédate sobre la roca y te cubriré con mi mano. Cuando pase mi gloria verás mis espaldas; pero no verás mi rostro; pues ningún ser humano puede ver mi rostro y vivir» (Ex 33,20-22). Reveló ambas cosas: por una parte el hombre no puede ver a Dios, y, por otra, mediante la sabiduría de Dios en los últimos tiempos el ser humano lo verá sobre la roca, es decir, en aquel que será hombre en su venida. Por eso Moisés habló con El cara a cara en la altura del Monte, en presencia de Elías, como lo recuerda el Evangelio (Mt 17,3). De este modo se cumplió al fin la antigua promesa.

3.6. Los profetas no veían directamente a Dios

20,10. Los profetas no veían, pues, directamente la cara misma de Dios, sino las Economías y los misterios por los cuales el ser humano comenzaría a ver a Dios. Así lo dijo a Elías: «Mañana saldrás y estarás en la presencia del Señor, y El Señor pasará. Un fuerte viento resquebrajará las montañas y quebrantará las piedras en presencia del Señor. Pero éste no será el viento (Espíritu) del Señor; después del viento temblará la tierra, pero el Señor no estará en el terremoto; después del sismo, vendrá el fuego, mas no estará el Señor en el fuego; y después del fuego vendrá una brisa suave» (1 Re 19,11-12). El profeta se sentía indignado por los delitos del pueblo que mataba a los profetas; mas se le enseñó a proceder con mayor mansedumbre. Con esto se preparaba la venida del Señor en cuanto hombre (después de la Ley que Moisés había dado) manso y humilde, que no quebró la caña cascada ni apagó la mecha humeante (Mt 12,20; Is 42,3). También quería significar el descanso manso y pacífico de su Reino; porque tras el viento que destruye las montañas, del terremoto y del fuego, ha venido el tiempo de su Reino, en el cual el Espíritu de Dios con toda tranquilidad da vida y crecimiento al ser humano.

Con más evidencia aún el caso de Ezequiel muestra cómo los profetas no venían propiamente a Dios mismo, sino «de manera imperfecta» (1 Cor 13,9.12) las Economías de Dios. Habiendo tenido una visión de Dios (Ez 1,1), recordó los querubines, las ruedas y todo el desarrollo de ese misterio, contempló sobre ellos «como un trono» y sobre el trono «una figura de aspecto humano», sobre sus hombros «una figura como de metal brillante», y hacia abajo «una figura como fuego» (Ez 1,26-27). Y después de narrar el resto de toda la visión del trono, para que nadie imaginase que había visto a Dios mismo, añadió: «Esta visión era semejante a la gloria del Señor» (Ez 1,28).

20,11. Luego si ni Moisés, ni Elías, ni Ezequiel vieron a Dios, los cuales habían contemplado muchas cosas celestiales, lo que ellos veían era sólo una «imagen de la gloria de Dios» y una profecía de los bienes futuros. Es, pues, evidente que es invisible el Padre del cual el Señor dijo: «Nadie ha visto jamás a Dios» (Jn 1,18); mas el Verbo mostraba la gloria del Padre y exponía sus Economías, según El quería para el bien de quienes lo veían, como el Señor dijo: «El Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, lo ha dado a conocer» (Jn 1,18). El Verbo, como revelador del Padre, siendo rico e inmenso, no se mostró bajo una sola figura o aspecto a quienes lo veían, sino como convenía según los tiempos y momentos de sus Economías, como Daniel escribió: alguna vez se hizo ver a aquellos que estaban junto a Ananías, Azarías y Misael, acompañándolos en el horno de fuego para librarlos del fuego: «Y veo a una cuarta persona semejante a un Hijo de Dios» (Dan 3,92). En otra oportunidad se mostró como una «piedra cortada del monte sin manos humanas» (Dan 2,34-35) que destrozó y echó por tierra los reinos temporales, y en cambio ella misma llenó toda la tierra. En otra ocasión se dejó ver como un Hijo de Hombre que venía en las nubes del cielo, se acercó al Anciano en días, y de su mano recibió todo el poder, la gloria y el reino: «Su poder es un poder eterno, y no tendrá fin su reino» (Dan 7,13-14).

Juan, discípulo del Señor, vio en el Apocalipsis la gloriosa y sacerdotal venida de su reino: «Me di vuelta para mirar de quién era la voz que me hablaba, y al volverme vi siete candelabros de oro y entre los candelabros a uno semejante al Hijo del Hombre vestido de poder y ceñido a la altura del pecho con un cinturón de oro; su cabeza y cabellos eran blancos, como lana blanca y como nieve; sus ojos eran como una llama de fuego; sus pies parecían bronce que se fundiera en el horno; su voz era como un torrente; en su mano derecha tenía siete estrellas; de su boca brotaba una espada de dos filos, y su cara era como un sol brillante en todo su poder» (Ap 1,12-16). Entre todas estas cosas, la cabeza significa que ha recibido la gloria del Padre; lo sacerdotal señala los poderes -por eso Moisés vistió al pontífice según este modelo (Ex 28,4; Lev 8,7)-; otra cosa es el fin, representado por el bronce en el horno de fundición, que indica la fe y la perseverancia de las oraciones por el fuego que se encenderá al fin de los tiempos.

Juan mismo no soportó la visión. En efecto, dice: «Caí a sus pies como muerto» (Ap 1,17), para que se cumpliera lo escrito: «Nadie puede ver a Dios y seguir viviendo» (Ex 33,20). Mas el Verbo le dio vida y le recordó que él, estando reclinado sobre su pecho durante la cena, le había preguntado quién era el que lo había de traicionar (Jn 13,15), y le dijo: «Yo soy el primero y el último, vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y de los lugares inferiores» (Ap 1,17-18). Después de esto, sobre una segunda visión en la que contempló al mismo Señor, escribió: «Vi en medio del trono, de los cuatro animales y de los ancianos, a un Cordero como muerto pero en pie, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus enviados por Dios a la tierra» (Ap 5,6-7).

Y añade, acerca del mismo Cordero: «Vi un caballo blanco, y el que lo montaba llevaba el nombre de Fiel y Verdadero. Combate y juzga con justicia. Sus ojos son como una llama de fuego. En su cabeza lleva muchas coronas. Tiene escrito un nombre que

sólo El mismo conoce. Está vestido con una túnica teñida en sangre, y se le llama *Verbo de Dios*. En caballos blancos lo siguen los ejércitos del cielo vestidos de un lino blanco purísimo; de su boca sale una espada afilada para herir las naciones, para gobernarlas con cetro de hierro. Pisa las uvas en el lagar con el furor ardiente del Dios todopoderoso. Y tiene sobre el manto y sobre su muslo un nombre escrito: Rey de Reyes y Señor de Señores» (Ap 19,11-16). Esta es la manera como el Verbo de Dios enseñaba a los seres humanos las cosas de Dios, como en figura de los bienes futuros y como imágenes de la Economía del Padre.

3.7. Figura de las acciones proféticas

20,12. No sólo usó el servicio de los profetas para anunciar de antemano y prefigurar la salvación futura, por medio de las visiones que veían y los discursos que predicaban, sino también a través de sus acciones. Así, por ejemplo, Oseas se casó con una «mujer prostituta», como una acción profética, para profetizar que «la tierra prostituyéndose se apartará del Señor» (Os 1,2) -diciendo *la tierra* se refiere a los seres humanos que la habitan-. De esta manera dio a entender que Dios se complacerá en tomar a estos seres humanos para con ellos construir su Iglesia, a fin de santificarla mediante la unión con su Hijo, así como el pueblo había sido santificado por la unión con el profeta. Por eso Pablo añadió: «La mujer infiel se santifica en el esposo creyente» (1 Cor 7,14). Además el profeta llamó a sus hijos: «La que no ha obtenido misericordia» y «No es mi pueblo» (Os 1,6-9) para que, como dice el Apóstol, «el pueblo que no es pueblo se haga pueblo, y la que no ha obtenido misericordia sea objeto de misericordia; de modo que en lugar de *No pueblo*, se les llame *hijos del Dios viviente*» (Rom 9,25-26). El Apóstol muestra ya realizado por Cristo en la Iglesia, lo que el profeta había simbolizado con sus actos.

De modo semejante Moisés tomó como mujer a una etíope (Ex 2,21) a la que hizo israelita, para que fuese figura del olivo salvaje que se injerta en el olivo bueno para participar de su fecundidad (Rom 11,17). El Cristo nacido según la carne un día habría de ser perseguido a muerte y librarse en Egipto, o sea entre los gentiles; y santificar a los que aún eran niños para de ellos formar su Iglesia -pues Egipto desde el principio era un pueblo pagano, así como Etiopía-. Por eso el matrimonio de Moisés era figura de los esponsales del Verbo, y mediante la esposa etíope se simbolizaba la Iglesia de los gentiles. Y aquellos que la calumnien, critiquen y ridiculicen, no estarán limpios: serán leprosos que han de ser arrojados del campo de los justos (Núm 12,10-14).

Así también Rahab, que se reconocía meretriz, porque era una mujer pagana culpable de todos los pecados, recibió a los tres espías que espiaban todo el terreno (Jos 2,1), y los escondió, es decir al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Y, cuando toda la ciudad en la que vivía se vino a tierra al sonar siete veces las trompetas, Rahab la prostituta se salvó junto con toda su familia, por la fe significada en el listón rojo (Jos 2,18); así dijo el Señor a aquellos que no aceptaban su venida, me refiero a los fariseos que anulaban el signo del listón rojo, esto es la Pascua, redención y liberación de Egipto en favor de su pueblo: «Los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos» (Mt 21,31).

3.8. Figura de los patriarcas

21,1. También en Abraham nuestra fe estaba prefigurada. El era el patriarca de nuestra fe, como muy por completo el Apóstol expuso en la Carta a los Gálatas: «Así pues, aquel que os da el Espíritu y obra milagros entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley, o por la obediencia a la fe? Como Abraham creyó a Dios y le fue reputado como justicia. Reconoced, pues, que quienes proceden por la fe, ésos son hijos de Abraham. Previendo la Escritura que Dios justifica por la fe a los gentiles, de antemano anunció a Abraham que en su nombre serían benditas todas las naciones. Así pues, quienes creen serán benditos con Abraham el creyente» (Gál 3,5-9). Por estos motivos no únicamente lo llamó profeta de la fe, sino también padre de los fieles que, proviniendo de los gentiles, crean en Jesucristo; porque una sola es la fe, la suya y la nuestra: él por la promesa de Dios creyó en los bienes futuros como si ya fuesen reales, y de modo semejante nosotros, por la fe en la promesa de Dios, contemplamos la herencia del reino.

21,2. Tampoco carece de significado lo que sucedió a Isaac. En efecto, el Apóstol dice en la Carta a los Romanos: «También Rebeca, que había concebido de un solo varón, es decir de nuestro Padre Isaac», recibió la palabra del Verbo «para que fuese claro que las decisiones divinas no dependen de nuestras obras, sino del Dios que nos llama, se le dijo: *Hay dos pueblos en tu seno, dos naciones en tu vientre, uno de ellos se impondrá al otro, y el mayor servirá al menor*» (Rom 9,10-13). Resulta, pues, claro, que no sólo las acciones proféticas, sino también el parto de Rebeca, es profecía de los dos pueblos, uno mayor y otro menor, uno bajo el servicio, otro libre, sin embargo hijos del único y mismo Padre. Pues uno solo es Dios, el nuestro y el de ellos, el que conoce los secretos, que sabe todas las cosas antes de que sucedan, y por eso dice: «Amé a Jacob más que a Esaú» (Rom 9,13).

21,3. Y si atendemos a las obras de Jacob, no las hallaremos vacías, sino llenas de Economías. En primer lugar su nacimiento, pues salió cogiendo del talón a su hermano, y por eso se le llamó Jacob (Gén 25,26), o sea *«El que suplanta»*: atrapa sin ser atrapado, ata los pies sin ser atado, combate y vence, detiene con la mano el talón del adversario, lo que significa victoria: para esto nació el Señor, de cuyo nacimiento Jacob era tipo, del que afirma Juan en el Apocalipsis: «Salió como vencedor para vencer» (Ap 6,2). Luego recibió la primogenitura, cuando su hermano la despreció (Gén 25,29-34): de esta manera también el pueblo nuevo acogió a Cristo su primogénito (Col 1,15) cuando el pueblo más antiguo en edad lo repudió diciendo: «No tenemos más rey que el César» (Jn 19,15). Y en Cristo se da toda bendición: por ello el pueblo más nuevo arrebató las bendiciones que el Padre había dado al pueblo antiguo, como Jacob la bendición de Esaú. Por eso sufría los ataques y persecuciones de su hermano, como la Iglesia de hoy los sufre de los de su raza.

La raza de Israel (las doce tribus) nació en suelo extranjero, porque también Cristo comenzaría a construir fuera de su patria las doce columnas de la Iglesia. Cabras manchadas fueron el salario que Jacob recibió (Gén 30,32), así como el salario de Cristo son los seres humanos que provienen de diversos pueblos para formar un solo rebaño en

la fe, como el Padre le prometió: «Pídeme y te daré las naciones en herencia, y en propiedad los confines de la tierra» (Sal 2,8). Y como Jacob fue también profeta de una multitud de hijos del Señor, se vio obligado a hacerlos nacer de dos hermanas, así como Cristo lo hizo de dos leyes que provienen de uno y el mismo Padre, como de dos servidoras, para indicar que Cristo constituyó hijos de Dios a los que por la carne unos eran esclavos y otros libres; así como también a todos les dio el don del Espíritu que nos vivifica. Jacob hacía todo por la más joven de las hijas, que tenía unos ojos hermosos, Raquel, figura de la Iglesia por la cual Cristo sufrió. El mismo preparó en el tiempo antiguo, por medio de los patriarcas y profetas, usando figuras y preanuncios, los bienes que habían de venir. De esta manera puso en obra su parte en las Economías de Dios, y fue acostumbrando a su heredad a obedecer a Dios, a peregrinar por el mundo y a seguir su Palabra, para significar de antemano los bienes futuros. Así, pues, nada de lo acontecido es vano o sin significado.

3.9. Cristo cumple el Antiguo Testamento

22,1. En los últimos tiempos, «cuando llegó la plenitud del tiempo» (Gál 4,4) de la libertad, el Verbo por sí mismo «lavó la mancha de las hijas de Sion» (Is 4,4), cuando con sus manos lavó los pies de sus discípulos (Jn 13,5). Esta es la meta del género humano que recibió a Dios como herencia; a fin de que, así como al principio todos quedamos reducidos a la esclavitud y deudores de la muerte por culpa de los primeros (seres humanos), así también al final, en la persona de los últimos, es decir todos los que fueron discípulos lavados y purificados de la muerte, llegarán a la vida de Dios: pues quien lavó los pies a sus discípulos, santificó y purificó todo su cuerpo.

Por eso, mientras estaban recostados, les sirvió la comida, para dar a entender que había venido a servir la vida a los que yacían por tierra, como dice Jeremías: «El Señor Santo de Israel se acordó de sus muertos que dormían en la tierra del sepulcro, y bajó a ellos a fin de llevarles la Buena Nueva de su salvación y rescatarlos». Por la misma razón los ojos de sus discípulos estaban cargados de sueño (Mt 26,43) cuando Cristo hizo frente a su pasión, y como el Señor los halló dormidos, primero los dejó, para mostrar la paciencia de Dios con los hombres que duermen; en seguida volvió, los despertó e hizo levantarse, para dar a entender que su pasión habría de despertar a los discípulos que duermen, en cuyo favor «descendió a los lugares inferiores de la tierra» (Ef 4,9), para ver con sus propios ojos lo que faltaba de completar a la creación, sobre lo cual dijo a sus discípulos: «Muchos profetas y justos desearon ver y oír lo que vosotros veis y oís» (Mt 13,17).

22,2. Cristo descendió no sólo en favor de aquellos que creyeron en tiempos del César Tiberio; ni el Padre pensó de antemano sólo en los seres humanos de hoy, sino en todos los hombres que desde el principio, en su propio origen, temieron y amaron a Dios según sus capacidades, se comportaron con el prójimo con piedad y justicia, y desearon ver a Cristo y escuchar su voz. Por este motivo en su segunda venida despertará del sueño y hará resurgir en primer lugar a éstos, antes de los demás que serán juzgados, para introducirlos en su Reino.

«Porque en verdad hay un solo Dios» que guio a los patriarcas en sus Economías, «justificó la circuncisión por la fe y el prepucio por la fe» (Rom 3,30). Pues del mismo modo como ellos nos prefiguraron y anunciaron de antemano, así también ellos a su vez recibirán su cumplimiento en nosotros, es decir en la Iglesia, y recibirán el premio por sus trabajos.

23,1. Por eso decía el Señor a sus discípulos: «En verdad os digo, levantad vuestros ojos y ved los campos listos para la siega. Porque el segador recibe su salario y recoge el fruto para la vida eterna, a fin de que el que siembra y el que siega se alegren juntos. En esto se verifica el dicho: *Uno es el que siembra y otro el que cosecha*. Yo os he enviado a segar lo que no habéis sembrado; otros trabajaron y vosotros recogéis el fruto de sus labores» (Jn 4,35-38). ¿Y quiénes son los que trabajaron y sirvieron a las Economías de Dios? Es claro que los patriarcas y profetas, los cuales también fueron figuras de nuestra fe, sembraron en la tierra la venida del Hijo de Dios, acerca de quién y cómo sería, a fin de que los seres humanos que habrían de sucederlos algún día, revestidos de temor de Dios fácilmente acogieran el advenimiento de Cristo, una vez instruidos por los profetas.

Por eso a José que, al darse cuenta de que María estaba encinta, había pensado en dejarla en secreto, el ángel le dijo en sueños: «No temas recibir a María tu esposa; pues lo que lleva en el vientre es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo al que llamarás Jesús: El salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21). Y añadió para darle un signo: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta: *He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo que se llamará Emmanuel*» (Mt 1,22-23). Usando las palabras del profeta lo persuadió de que disculpara a María, y mostró que ella era la Virgen anunciada de antemano por Isaías, que concibe al Emmanuel. Por eso José, convencido y sin dudar más, recibió a María, y con alegría ofreció a Cristo el servicio de atenderlo en todas sus necesidades: emigró a Egipto donde él se desarrolló, y luego, al regreso, lo llegó consigo a Nazaret. Por eso quienes no conocían las Escrituras e ignoraban la promesa divina y la Economía de Cristo, pensaban que José era el padre del niño.

También por ese motivo el Señor mismo leyó en Cafarnaúm el texto del profeta Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió y me envió a llevar a los pobres la Buena Nueva, a curar a los afligidos de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos» (Lc 4,18; Is 61,1). Y se predicó a sí mismo como el que había sido anunciado por los profetas, diciéndoles: «Hoy se ha cumplido esta profecía en vuestros oídos» (Lc 4,21).

23,2. Por eso Felipe, cuando se acercó al eunuco de la reina de Etiopía, éste leía lo que había sido escrito: «Como una oveja llevada al matadero, y como un cordero mudo ante el que lo trasquila, así él no abrió su boca. Con ignominia se arrebató su juicio» (Hech 8,32-33), y lo demás referente a su pasión y a su venida en la carne, cómo había sido infamado por los no creyentes. Felipe, con todo lo que el profeta había predicho, lo convenció fácilmente de creer en Jesucristo, el cual padeció y fue crucificado bajo Poncio Pilato, y era el Hijo de Dios que da la vida eterna a los seres humanos (Hech

8,37). Y apenas lo bautizó, desapareció de su compañía, pues ya no le faltaba nada de lo que los profetas habían dicho para catequizarlo: ni Dios Padre, ni la conducta según la Economía, excepto que ignoraba solamente la venida del Hijo de Dios. Mas, habiéndola conocido en tan poco tiempo, «seguía alegre su camino» (Hech 8,39). Después, en Etiopía, se hizo predicador de la venida de Cristo. Como se ve, Felipe no necesitó gastar muchas fuerzas con el eunuco, porque éste ya vivía en el temor de Dios que había aprendido de los profetas.

Por esto también al recoger a los Apóstoles, que eran como «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10,6), a partir de las Escrituras los instruía acerca de que el Jesús crucificado era el Cristo Hijo del Dios vivo. Ellos a su vez convencieron a grandes multitudes que ya vivían en el temor de Dios, y en un solo día se bautizaron tres, cuatro y cinco mil personas.

3.10. Vocación de los paganos

24,1. Pablo, que era el Apóstol de los gentiles, dice: «He trabajado más que ellos» (1 Cor 15,10). Porque para ellos fue fácil la catequesis, pues podían tener a la mano las pruebas de las Escrituras: quienes escuchaban a Moisés y a los profetas (Lc 16,31), fácilmente acogían al «Primogénito de los muertos» (Col 1,18) y al «príncipe de la vida» (Hech 3,15) de Dios, aquel que, extendiendo las manos, destruyó a Amalec (Ex 17,10-13), y, mediante la fe en El, da la vida al ser humano y lo cura de la herida de la serpiente (Núm 21,6-9).

En cambio a los gentiles el Apóstol debía enseñarles primero (como hemos expuesto en el libro anterior) a renunciar a la superstición de los ídolos y a adorar a un solo Dios, Hacedor del cielo y de la tierra y Demiurgo de toda la creación; y que fue su Hijo, su Palabra, aquel por el cual produjo todas las cosas; que se hizo hombre en los últimos tiempos para luchar en favor del género humano, para vencer y destruir al enemigo del hombre y para dar a su plasma la victoria contra el adversario. Pues, aunque los que provenían de la circuncisión no cumpliesen las palabras de Dios, pues incluso las despreciaban, sin embargo se les había educado en no matar, fornicar, robar o cometer fraude (Mc 10,19). Sabían que todo cuanto perjudica al prójimo es malo y Dios lo desprecia. Les era, pues, fácil abstenerse de estas cosas, pues así los habían educado.

24,2. En cambio era preciso que Pablo enseñase a los paganos que todas estas obras son malas, perjudiciales e inútiles, y dañosas incluso para quienes las realizan. Por eso trabajaba más aquel que fue llamado al apostolado entre los gentiles, que quienes predicaban al Hijo de Dios entre los de la circuncisión. A éstos los ayudaban las Escrituras que el Señor confirmó y llevó a cumplimiento, pues se presentó tal como había sido anunciado. En cambio para los paganos era extraña la nueva enseñanza y doctrina: que los dioses de los gentiles no sólo no son dioses, sino ídolos de los demonios; que hay un solo Dios que está «sobre todo principado, potestad y dominación, y sobre todo nombre» (Ef 1,21); que su Verbo, por naturaleza invisible, se hizo palpable y visible al hacerse uno de los seres humanos, que se abajó «hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2,8); que quienes creen en El se harán impasibles e incorruptibles cuando

reciban el Reino de los cielos. Y a estas gentes debía predicarles con su sola palabra, sin ayuda de la Escritura. Por eso más debían laborar quienes predicaban a los paganos. Pero, al mismo tiempo, la fe de los gentiles se mostraba más generosa, pues asentían a la Palabra de Dios careciendo de instrucción en las Escrituras.

3.11. También son hijos de Abraham

25,1. De esta manera Dios hizo de las piedras hijos de Abraham (Mt 3,9), y les acercó al que es el inicio y anunciador preliminar de nuestra fe: él recibió el Testamento de la circuncisión después de haber sido justificado por la fe antes de ser circuncidado, a fin de que fuese figura de ambos Testamentos. Así ha devenido en padre de cuantos siguen al Verbo de Dios y emprenden la peregrinación por este mundo; quiero decir los fieles que provienen o de la circuncisión o del prepucio. Cristo es, entonces, «la piedra angular» (Ef 2,20) que sostiene y reúne en la única fe de Abraham a los que, de uno y otro Testamento, son aptos para construir la casa de Dios. Pero la fe de los que vienen del prepucio vuelve a ligar el fin con el principio, lo último con lo primero. Antes de la circuncisión la fe se hallaba en Abraham y en los otros justos que agradaron a Dios, como ya hemos expuesto; mas en los últimos tiempos ha nacido en el género humano por la venida del Señor. La circuncisión y las obras de la Ley, en cambio, ocuparon el tiempo intermedio.

25,2. Estas cosas fueron representadas en figura muchas veces, por ejemplo en Tamar, la nuera de Judá (Gén 38,27-30): habiendo ella concebido gemelos, uno de ellos asomó primero la mano; y, como la comadrona pensó que era el primogénito, le ató en la mano como señal un listón rojo. Pero, una vez que hizo esto, él retiró la mano, y nació primero su hermano Fares, y sólo en segundo lugar Záraj, el que tenía la mano atada con el listón rojo. De esta manera la Escritura hizo caer en la cuenta de que el pueblo marcado con el listón rojo, es decir el que viniendo del prepucio acoge la fe, se mostró primero en los patriarcas; luego, habiendo retirado la mano, nació su hermano; sólo después nació el que había sido marcado con el listón rojo, que significa la pasión del Justo, prefigurada en un principio por Abel y descrita por los profetas, que se consumó en el Hijo de Dios, en los últimos tiempos.

3.12. Toda la Escritura habla de Cristo

25,3. Era necesario que algunas cosas de antemano fueran anunciadas por los patriarcas, a la manera propia de los antiguos padres; otras, mediante las figuras propias de la Ley, por los profetas; finalmente a otras les darían forma los que reciben la filiación adoptiva, mediante la forma de Cristo. Todas ellas, sin embargo, se manifiestan en el único Dios. Porque, siendo Abraham uno solo, prefiguraba los dos Testamentos, en los cuales unos sembraron y otros cosecharon: «En esto se muestra verdadera la palabra, porque uno es el que siembra», es decir un pueblo, «y otro el que cosecha» (Jn 4,37); pues uno solo es el Dios que da la semilla a los sembradores y el pan al segador para que coma (2 Cor 9,10; Is 55,10), así como es uno el que planta y otro el que riega, pero el único Dios el que da el crecimiento (1 Cor 3,7). Los patriarcas y profetas sembraron la palabra acerca de Cristo, pero la Iglesia ha cosechado, es decir, recogido el fruto. Por eso

ellos pedían tener una tienda en ella, como dice Jeremías: «¿Quién me dará una definitiva habitación en el desierto?» (Jer 9,1), «a fin de que el sembrador y el segador se alegren juntos» (Jn 4,36) en el Reino de Cristo, el cual está presente en todos aquellos a quienes Dios quiso concederles que su Verbo estuviera con ellos.

26,1. Por consiguiente, si alguien lee atentamente las Escrituras, hallará en ellas la palabra acerca de Cristo y la figura anticipada de la vocación nueva. Este es «el tesoro escondido en el campo» (Mt 13,44), es decir en este mundo -puesto que «el campo es el mundo» (Mt 13,38), escondido en las Escrituras, puesto que estaba insinuado en los tipos y figuras, que los seres humanos no podían naturalmente comprender antes de que se cumpliera lo que estaba profetizado, o sea la venida de Cristo. Por eso el profeta Daniel decía: «Oculta las palabras y sella el libro hasta el tiempo final, hasta que muchos aprendan y se cumpla lo que saben. Pues, cuando la persecución haya llegado a su fin, se sabrán todas estas cosas» (Dan 12,4.7). Y Jeremías dice: «Estas cosas se comprenderán al final de los tiempos» (Jer 23,20). En efecto, cualquier profecía es para los seres humanos enigmática y ambigua hasta que se cumple; mas cuando llega el tiempo y sucede lo profetizado, entonces se pueden explicar las profecías claramente.

Por eso aun en nuestros tiempos lo que se lee en la Ley les parece una fábula a los judíos. Es que no tienen aquello que lo explica todo, como es lo que toca a la venida del Hijo de Dios hecho hombre. En cambio para los cristianos, cuando lo leen, se convierte en el tesoro escondido en el campo, revelado y explicado por la cruz de Cristo, que les da inteligencia a los seres humanos y muestra la sabiduría de Dios; también manifiesta las Economías en favor de los hombres, prefigura el Reino de Cristo y anuncia de antemano la heredad de la Ciudad Santa. Desde antes proclama que la persona amante de Dios de tal manera avanzará, que verá a Dios y escuchará su Palabra; y de tal escucha recibirá tal esplendor, que los demás no podrán mirar la gloria de su rostro (2 Cor 3,7; Ex 34,29-35), como dijo Daniel: «Los sabios brillarán como luminarias en el firmamento, y la multitud de los justos como estrellas, por siglos sin fin» (Dan 12,3). Por consiguiente, si alguien lee las Escrituras como acabamos de explicar -así como Cristo enseñó a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos, mostrándoles a partir de las Escrituras que «era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y así entrara en su gloria», «y en su nombre se predicara el perdón de los pecados en todo el mundo» (Lc 24,26.46-47)-, llegará a ser un perfecto discípulo, como aquel «padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mt 13,52).

3.13. Los legítimos sucesores de Cristo en la Iglesia

26,2. Por este motivo es preciso obedecer a los presbíteros de la Iglesia. Ellos tienen la sucesión de los Apóstoles, como ya hemos demostrado, y han recibido, según el beneplácito del Padre, el carisma de la verdad junto con la sucesión episcopal. En cambio a los otros, que se apartan de la sucesión original y se reúnen en cualquier parte, habrá que tenerlos por sospechosos, como herejes que tienen ideas perversas, o como cismáticos llenos de orgullo y autocomplacencia, o como hipócritas que no buscan en su actuar sino el interés y la vanagloria.

Todos éstos se apartan de la verdad. Los herejes ofrecen ante el altar de Dios un fuego profano, o sea doctrinas ajenas: los consumirá el fuego del cielo, como a Nadab y Abihú (Lev 10,1-2). A aquellos que se yerguen contra la verdad y acicatean a otros contra la Iglesia de Dios, los tragará la hendidura de la tierra y se quedarán en el infierno, como todos aquellos que rodeaban a Coré, Datán y Abirón (Núm 16,33). Aquellos que rasgan y separan la unidad de la Iglesia, recibirán de Dios el mismo castigo que Jeroboán (1 Re 14,10-16).

26,3. En cuanto a aquellos que se hacen pasar por presbíteros ante los ojos de muchos, son esclavos de sus antojos y no anteponen en sus corazones el temor de Dios; sino que atacan a los otros e, hinchados con el tumor de verse en los primeros puestos, obran el mal ocultamente, y piensan: «Nadie nos ve» (Dan 13,20). A éstos el Verbo los reprenderá, pues El no juzga según la apariencia (Is 11,3), ni se deja guiar por la cara sino por el corazón (1 Sam 16,7). Ellos escucharán la voz del profeta Daniel: «Raza de Canaán y no de Judá, la apariencia te sedujo y la concupiscencia arrastró tu corazón. Hombre envejecido en el mal, ahora se te echan encima los pecados que antes habías cometido cuando juzgabas con injusticia; condenabas a los inocentes y dejabas libres a los culpables, contra lo que dice el Señor: *No matarás al inocente y al justo*» (Dan 13,56.52-53). Acerca de éstos dice el Señor: «Si el mal siervo piensa en su corazón: *Mi Señor tarda*, y comienza a golpear a los siervos y a las sirvientas, y a comer, beber y emborracharse, vendrá el Señor de este siervo en el día que él no sabe y en la hora que él no espera, lo separará y le asignará su parte entre los infieles» (Mt 24,48-51).

26,4. De todos estos es necesario alejarse, y en cambio adherirse a aquellos que, como hemos dicho, conservan la doctrina de los Apóstoles en el orden de los presbíteros, que ofrecen una palabra sana y observan una conducta irreprochable (Tt 2,8) para edificar y corregir a los demás. Así como hizo Moisés, a quien le fue confiado tan alto encargo; estaba seguro de su recta conciencia, y se defendió ante Dios diciendo: «No he tomado nada de ellos por interés, ni he hecho mal a ninguno» (Núm 16,15). Así como Samuel, el cual durante tantos años juzgó al pueblo y sin orgullo alguno ejercitó el gobierno sobre Israel, al final de su vida se justificaba diciendo: «He pasado mi vida en vuestra presencia desde mi niñez hasta hoy. Respondedme en la presencia del Señor y de su Ungido: ¿He recibido de alguno de vosotros un becerro o un asno? ¿Sobre quién me he impuesto? ¿A quién he oprimido? Si acaso tomé con mis manos la ofrenda propiciatoria o el calzado de alguno, acusadme y yo os lo devolveré» (1 Sam 12,2-3). Y, habiendo contestado el pueblo: «No te has impuesto ni has oprimido a ninguno, ni has aceptado de nuestra mano ninguna cosa» (1 Sam 12,4), él acudió al testimonio del Señor, con estas palabras: «*El Señor y su ungido me son testigos hoy, de que nada habéis encontrado en mis manos*. Ellos respondieron: *El es testigo*» (1 Sam 12,5). También el Apóstol Pablo, seguro de su buena conciencia, dijo a los Corintios: «No somos como muchos otros, que adulteran la palabra de Dios; sino que hablamos con sinceridad ante Dios y en Cristo, con palabras que vienen de Dios» (2 Cor 7,17). «A nadie hemos hecho daño, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado» (2 Cor 7,2).

26,5. Así son los presbíteros que la Iglesia nutre. De éstos dice el profeta: «Te daré

príncipes en la paz y guardianes de la justicia» (Is 60,17). De ellos decía el Señor: «¿Quién es el administrador fiel, a quien su Señor pone al frente de su familia para que distribuya los alimentos a su tiempo? Dichoso el siervo a quien el Señor, al llegar, lo encontrare haciéndolo» (Mt 24,45-46; Lc 12,42-43). Pablo indica dónde se le encontrará: «Dios puso en la Iglesia en primer lugar Apóstoles, luego profetas, y en seguida maestros» (1 Cor 12,28). Pues donde Dios ha depositado sus carismas, ahí es donde conviene aprender la verdad, de aquellos que conservan la sucesión de la Iglesia y la doctrina de los Apóstoles. Ahí se halla la conducta sana e irreprochable, y la palabra no adulterada ni corrompida. Ellos custodian nuestra fe en el único Dios que hizo todas las cosas; nos hacen crecer en el amor al Hijo de Dios, que tantas Economías llevó a cabo por nosotros; y nos exponen la Escrituras sin ningún riesgo ni de blasfemar contra Dios, ni de deshonrar a los patriarcas, ni de menospreciar a los profetas.

3.14. El Antiguo Testamento corrige las fallas de los antiguos

27,1. Escuché de un presbítero que había oído de aquellos que habían visto a los Apóstoles, y de ellos había aprendido, que a los antiguos, ya que actuaban sin el consejo del Espíritu, les bastaba la corrección que les hacía la Escritura; porque Dios, que no tiene acepción de personas (Hech 10,34), corregía con un proporcionado castigo lo que se hacía contra su beneplácito.

Así le sucedió a David: agradaba a Dios cuando sufría la injusta persecución de Saúl y huía del rey, no tomando venganza de su enemigo; además cantaba salmos a la venida de Cristo, con su sabiduría instruía a las naciones y todo lo hacía conforme al consejo del Espíritu. Pero, cuando llevado por la concupiscencia tomó para sí a Betsabé, la mujer de Urías, la Escritura dice de él: «La acción de David pareció inicua a los ojos del Señor» (2 Sam 11,27). Este le envió al profeta Natán, para descubrir su pecado, a fin de que, habiéndose juzgado el mismo David y dado sentencia sobre sí mismo, recibiese la misericordia y el perdón de Cristo. «El Señor envió a David el profeta Natán, el cual le dijo: *Había dos hombres en una ciudad. Uno era rico, el otro pobre. El rico poseía grandes rebaños de ovejas y bueyes, en cambio el pobre tenía sólo una ovejita, a la que amaba y alimentaba como si fuera una hija. Llegó un huésped a casa del rico, y a éste le pesó matar una oveja o un becerro de sus rebaños para agasajar al huésped; sino que cogió la ovejita del pobre y se la preparó a su huésped*. David, entonces, mucho se enojó contra aquel hombre, y dijo a Natán: *¡Vive Dios, el hombre que ha hecho eso es digno de muerte! Entregará cuatro ovejas, porque no ha tenido compasión del pobre*. Y Natán le dijo: *Tú eres el hombre que ha hecho eso*» (2 Sam 12,1-7). Y continuó reprochándole todo cuanto había hecho, enumerando los beneficios de Dios que había recibido, y cómo había irritado a Dios por haber actuado así; porque Dios no aprueba tales acciones, y por ello una grande cólera recaería sobre su casa. David se arrepintió al oírlo, y dijo: «He pecado contra el Señor» (2 Sam 12,13), y cantó el salmo penitencial, con la esperanza puesta en la venida del Señor que lava y purifica al ser humano caído bajo la sumisión del pecado.

Algo semejante sucedió a Salomón: solía juzgar rectamente, hablar con sabiduría,

edificó un templo que fue figura del verdadero, pregonaba las glorias de Dios, anunciaba a las naciones la paz futura, para prefigurar el Reino de Cristo enseñó tres mil parábolas sobre la venida del Señor, cantó a Dios cinco mil cánticos (1 Re 5,12), y proclamaba la sabiduría de Dios que se encuentra en la naturaleza creada de todo árbol, de todo vegetal, de todas las aves, cuadrúpedos y peces (1 Re 5,13). Decía: «El Dios verdadero al que los cielos no pueden abarcar, ¿habitará sobre la tierra con los hombres?» (1 Re 8,27). Y agradó a Dios, los humanos lo admiraban, todos los reyes de la tierra lo buscaban para escuchar la sabiduría que Dios le había concedido (1 Re 5,14), y la reina del Sur vino a él desde los confines de la tierra para aprender de su sabiduría (1 Re 10,1-10). De ésta dijo el Señor que, cuando resucitemos para ser juzgados, ella se levantará con la generación de los que no escucharon sus palabras ni creyeron en él, para juzgarlos (Mt 12,42); porque ella aceptó la sabiduría que Dios le enseñaba por su siervo, en cambio ellos despreciaron la sabiduría que les predicaba el Hijo de Dios. Y eso que Salomón era un siervo, en cambio Cristo es el Hijo de Dios y el Señor de Salomón.

Por eso, cuando Salomón servía a Dios de modo impecable y se ponía a disposición de sus Economías, entonces era glorificado. En cambio cuando tomaba mujeres de entre todos los gentiles y les permitía levantar ídolos en Israel, la Escritura dice acerca de él: «Salomón era amante de mujeres, y tomó mujeres extranjeras. Por ello en su vejez el corazón de Salomón no era perfecto ante el Señor su Dios. Las mujeres extranjeras desviaron su corazón hacia los dioses extranjeros. Salomón hizo el mal en la presencia del Señor; no siguió al Señor como David su padre. Y el Señor se enojó contra Salomón: pues su corazón no era perfecto ante el Señor, como lo fue el corazón de David su padre» (1 Re 11,1-9). La Escritura lo condenó duramente, como dice el presbítero: «Que ninguna carne se gloríe en la presencia de Dios» (1 Cor 1,29).

3.15. También los antiguos se salvaron por Cristo: descenso a los infiernos

27,2. Por este motivo el Señor «descendió a los lugares inferiores de la tierra» (Ef 4,9) para anunciarles la Buena Nueva de su venida, para el perdón de los pecados de quienes creyeron en él. Y en él creyeron todos los que esperaban en él (Ef 1,12), es decir, los justos, profetas y patriarcas que preanunciaron su venida y se pusieron al servicio de sus Economías. A ellos, al igual que a nosotros, se les perdonaron sus pecados, que ya no podemos imputarles porque despreciaríamos la gracia de Dios (Gál 2,21). Así como ellos no nos condenan por nuestras incontinencias cometidas antes de que Cristo se manifestara en nosotros, así tampoco es justo que nosotros condenemos a quienes pecaron antes de que Cristo viniese. Pues «todos están privados de la gloria de Dios» (Rom 3,23), pero quienes vuelven sus ojos hacia la luz están justificados, no por sí mismos sino por la venida de Cristo.

Sus acciones se han puesto por escrito para instrucción nuestra (1 Cor 10,11), a fin de que, ante todo, supiésemos que uno solo es el Dios suyo y nuestro, al cual no le agrada el pecado, aunque lo cometiesen personas notables; y por ello debemos apartarnos del mal. Pues, si los antiguos que nos han precedido en los dones de Dios, por los cuales el Hijo de Dios aún no había padecido, sufrieron tales ignominias cuando

faltaron en algo sirviendo a las pasiones de la carne, ¿cuánto más han de sufrirlas quienes ahora han despreciado la venida de Cristo y se han puesto al servicio de sus pasiones? También a aquéllos la muerte del Señor les perdonó los pecados; en cambio, por aquellos que ahora pecan «Cristo ya no muere, pues la muerte no tiene dominio sobre él» (Rom 6,9); sino que el Hijo vendrá en la gloria del Padre (Mt 16,27) para exigir de los administradores el dinero que les entregó para que lo hiciesen producir (Mt 25,14-30), y a quienes dio más, más les exigirá (Lc 12,48).

Por eso decía aquel presbítero, no debemos sentirnos orgullosos ni reprochar a los antiguos; sino hemos de temer, no sea que después de conocer a Cristo hagamos lo que no agrada a Dios, y en consecuencia no se nos perdonen ya nuestros pecados, sino que se nos excluya de su Reino. Pablo dijo a este propósito: «Si no perdonó las ramas naturales, él quizá tampoco te perdone, pues eres olivo silvestre injertado en las ramas del olivo y recibes de su savia» (Rom 11,21.17).

3.16. La corrección de los antiguos, pedagogía para nosotros

27,3. También están descritas las transgresiones de los antiguos, no por ellos mismos, sino para nuestra corrección, y para que sepamos que es uno y el mismo el Dios contra el cual ellos pecaban, y al cual ofenden ahora algunos de los que presumen de creyentes. El Apóstol lo dijo muy claramente en su Carta a los Corintios: «No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y el mar, y todos comieron del mismo alimento espiritual y bebieron de la misma bebida espiritual: pues bebían de la piedra espiritual que los seguía, y la piedra era Cristo. Mas Dios no se agradó en muchos de ellos, pues quedaron muertos en el desierto.

Esto sucedió en figura de nosotros, para que no vayamos tras los malos apetitos como aquéllos lo hicieron; ni seáis idólatras como muchos de ellos, según está escrito: *El pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantó para divertirse*. No nos entreguemos a la lujuria como algunos de ellos lo hicieron y, en un solo día, perecieron veintitrés mil. Ni tentemos a Cristo, como algunos lo tentaron y murieron mordidos por las serpientes. Ni murmuréis, como lo hicieron algunos de ellos, y perecieron a manos del exterminador. Todas estas cosas sucedieron en figura, pues fueron escritas para que nos sirvan de lección a quienes hemos llegado al final de los tiempos. Por eso, el que piense estar en pie, tenga cuidado de no caer» (1 Cor 10,1-12).

27,4. Sin dudar en absoluto ni mostrar contradicción alguna, el Apóstol muestra que es uno solo y el mismo Dios que entonces juzgó esas acciones y que hoy condena las actuales, e indicó el motivo por el cual aquéllas fueron descritas: aún se encuentra mucha gente atrevida y desvergonzada que, al mirar las faltas de los antepasados y la desobediencia de una gran cantidad del pueblo, dicen que el Dios de aquéllos fue el hacedor del mundo, que nació de a penuria, distinto del Padre que Cristo nos trajo, y éste es el que cada uno de ellos imagina haber concebido en su mente. Esos no entienden que, así como «Dios no se agradó en muchos de ellos» (1 Cor 10,5) porque pecaron, así también ahora «son muchos los llamados y pocos los escogidos» (Mt 22,14).

Y como entonces los injustos, idólatras y fornicadores perdieron la vida, así también ahora el Señor predicó que enviará a los tales al fuego eterno (Mt 25,41), como dice el Apóstol: «¿Acaso ignoráis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni quienes se acuestan con otros hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios» (1 Cor 6,9-10). Y como esto no lo dice a los de fuera, sino a nosotros, para que no seamos excluidos del Reino de Dios por hacer tales cosas, añadió: «Esto fuisteis, pero habéis sido lavados y santificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6,11).

Pues así como entonces quienes obraban mal y corrompían a los otros, fueron condenados y echados fuera, de igual manera en nuestro tiempo se arrancarán el ojo, el pie y la mano que escandalizan, para que no perezca todo el cuerpo (Mt 18,8-9). Este precepto hemos recibido: «Si algún hermano es fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón, con un hombre así ni os sentéis a la mesa» (1 Cor 5,11). Y también dice: «Que nadie os seduzca con palabras vacías: por eso la ira de Dios recae sobre los hijos de la desobediencia. No queráis, pues, tener parte con ellos» (Ef 5,6-7). En aquel tiempo junto con los pecadores a los demás les tocaba la condenación, porque se complacían con ellos y compartían sus acciones, porque «un poco de fermento corrompe toda la masa» (1 Cor 5,6).

También descendía entonces sobre los injustos la ira de Dios, como dice el Apóstol: «La ira de Dios se revelará desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de aquellos hombres que encierran la verdad en la injusticia» (Rom 1,18). Y como entonces Dios se vengó de los egipcios que injustamente maltrataban a Israel, así también ahora, como dice el Señor: «¿Y Dios no tomará la venganza de sus elegidos que claman a él día y noche? En verdad os digo, los vengará pronto» (Lc 18,7-8). Igualmente el Apóstol predica en su Carta a los Tesalonicenses: «Ya que Dios es justo, hace pagar con sufrimiento a aquellos que os afligen, y junto con nosotros os hará descansar de la aflicción, cuando nuestro Señor Jesucristo se manifieste del cielo con sus poderosos ángeles para, con la llama de fuego, tomar venganza de aquellos que no quieren conocer a Dios ni obedecer al Evangelio de Jesús nuestro Señor. Ellos sufrirán el castigo de la eterna perdición, separados de la presencia del Señor y del poder de su gloria, cuando venga a manifestar su gloria en sus santos y para mostrarse admirable en quienes creyeron en él» (2 Tes 1,6-10).

3.17. Mejor justicia y moral en el Nuevo Testamento

28,1. En uno y otro Testamento se trata de la misma justicia en el juicio de Dios; sólo se diferencian en que, en el primero, se expresa en figura, de modo temporal y más limitado, y en el segundo de manera real, verdadero, para siempre y con precisión; pues el fuego es eterno, y del cielo se ha de revelar la cólera de Dios (Rom 1,18) «lejos de la presencia del Señor» (2 Tes 1,9), como dice David: «El rostro del Señor se vuelve a los que hacen el mal para borrar de la tierra su recuerdo» (Sal 34[33],17). El castigo será mayor para los que caen en su justicia. Los presbíteros llamaban insensatos a aquellos

que, al considerar lo que sucedió a aquellos que en otro tiempo no obedecían a Dios, pretenden introducir a otro Padre: para probar su idea ellos oponen todo lo que el Señor hizo para salvar a cuantos lo recibieron al venir para mostrarles su misericordia (Mc 5,19), pero callan acerca de su juicio y de cuanto les sobrevendrá a aquellos que, habiendo escuchado su palabra, no la han puesto por obra (Lc 6,49). Olvidan que sería mejor para ellos no haber nacido (Mt 26,24), y que «en el día del juicio mejor le irá a Sodoma y Gomorra que a aquella ciudad» que rehusó acoger la palabra de sus discípulos (Mt 10,15; Lc 10,12).

28,2. En el Nuevo Testamento creció la fe de los seres humanos en Dios, al recibir al Hijo de Dios como un bien añadido a fin de que el hombre participara de Dios. De modo semejante se incrementó la perfección de la conducta humana, pues se nos manda abstenernos no sólo de las malas obras, sino también de los malos pensamientos (Mt 15,19), de las palabras ociosas, de las expresiones vanas (Mt 12,36) y de los discursos licenciosos (Ef 5,4): de esta manera se amplió también el castigo de aquellos que no creen en la Palabra de Dios, que desprecian su venida y se vuelven atrás, pues ya no será temporal sino eterno. A tales personas el Señor dirá: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mt 25,41), y serán para siempre condenados. Pero también dirá a otros: «Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el reino preparado para vosotros desde siempre» (Mt 25,34), y éstos recibirán el Reino en el que tendrán un perpetuo progreso. Esto muestra que uno y el mismo es Dios Padre, y que su Verbo siempre está al lado del género humano, con diversas Economías, realizando diversas obras, salvando a quienes se han salvado desde el principio -es decir, a aquellos que aman a Dios y según su capacidad siguen a su Palabra-, y juzgando a quienes se condenan, o sea a quienes se olvidan de Dios, blasfeman y transgreden su Palabra.

3.18. Un caso: los egipcios endurecen su corazón

28,3. Los herejes de los que estamos hablando se contradicen al acusar al Señor en quien dicen creer. Pues lo inculpan por haber dado un castigo temporal a los incrédulos y herido a los egipcios, en cambio salvó a los obedientes; pues lo mismo hace el Señor cuando condena para siempre a los que condena y eternamente salva a los que salva. Si nos atuviésemos a las ideas de ellos, El sería culpable de un gran pecado contra aquellos que le echaron encima las manos y lo clavaron; porque si él no hubiera venido ellos no habrían matado a su Señor; e igualmente si no les hubiese enviado profetas y Apóstoles, ellos no los habrían matado. Pero algunos de ellos nos atacan diciendo: si no se hubiesen anegado los egipcios y los perseguidores de Israel no se hubieran ahogado en el mar, Dios no habría podido salvar a su pueblo. Les respondemos: si los judíos no hubiesen asesinado al Señor, el cual luego los privó de la vida eterna, y no hubiesen matado a los Apóstoles ni perseguido la Iglesia de modo que por ello cayeran en el abismo de la ira divina, nosotros tampoco estaríamos salvados.

Así como aquéllos fueron salvados por la ceguera de los egipcios, así nosotros lo fuimos por la de los judíos; pues la muerte del Señor ha sido motivo de condenación para aquellos que no creyeron en su venida y lo crucificaron, así como lo es de salvación para

quienes creen en El. Como dice el Apóstol en su segunda Carta a los Corintios: «Somos el buen olor de Cristo para Dios entre los salvados y los condenados: olor de muerte para los que mueren, y olor de vida para los que viven» (2 Cor 2,15-16). ¿A quiénes este olor conduce a la muerte, sino a los que no creen ni obedecen al Verbo de Dios? ¿Quiénes son los que entonces se entregaron a la muerte? Aquellos que no creían ni se sometían a Dios. ¿Quiénes se salvaron y recibieron la herencia? Aquellos que creían en Dios y se mantuvieron en el amor a él, como Caleb hijo de Jefoné y Josué hijo de Nun, así como los niños inocentes que ni siquiera tenían el sentido de la malicia (Núm 14,30-31). ¿Y quiénes se salvan ahora y reciben la vida? ¿Acaso no son aquellos que aman a Dios, creen en sus promesas, y se han hecho «niños en la malicia» (1 Cor 14,20)?

29,1. Pero, alegan, fue Dios quien endureció el corazón del faraón y de sus ministros (Ex 9,34). ¿Acaso quienes así lo acusan no han leído lo que en el Evangelio respondió Jesús a sus discípulos cuando le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?» El contestó: «A vosotros se os concede conocer el misterio del reino de los cielos; a ellos les hablo en parábolas para que, viendo, no vean, y oyendo no oigan; de este modo se cumplirá en ellos la profecía de Isaías: *Endurece el corazón de este pueblo, tapa sus oídos y ciega sus ojos. Dichosos en cambio vuestros ojos que ven lo que veis y vuestros oídos que oyen lo que oís*» (Mt 13,10-16). Es uno y el mismo el Señor que hiere con la ceguera a todos los incrédulos que lo rechazan. Sucede como con el sol, que es creatura suya, para aquellos que por alguna enfermedad de los ojos no pueden contemplar su luz; en cambio a quienes creen en él y lo siguen, les concede una más plena y brillante iluminación de su mente.

Este es el mismo razonamiento que hace el Apóstol en la segunda Carta a los Corintios: «Dios ha cegado las mentes de los incrédulos de este mundo, a fin de que no brille (en ellos) la luz del Evangelio para la gloria de Cristo» (2 Cor 4,4). Y también en la Carta a los Romanos: «Y como no se preocuparon por conocer a Dios, Dios los entregó a su mente pervertida para que hagan lo que no deben» (Rom 1,18). Y también dice en la segunda Carta a los Tesalonicenses, acerca del Anticristo: «Por eso Dios les envió un Poder del engaño, para que crean en la mentira y se condenen todos aquellos que no creyeron en la verdad, sino que consintieron en la iniquidad» (2 Tes 2,11-12).

29,2. Lo mismo sucede ahora. Dios sabe quiénes son los que no habrán de creer, pues conoce de antemano todas las cosas, los entrega a su incredulidad, retira de ellos su rostro y los abandona en las tinieblas que ellos mismos eligieron. ¿Por qué admirarse, entonces, de que en aquel tiempo abandonó en su incredulidad al faraón y a sus ministros, los cuales jamás habrían creído en él? Como el Verbo de Dios habló a Moisés desde la zarza: «Sé que el faraón, rey de Egipto, no os permitirá partir, sino con mano fuerte» (Ex 3,19). El Señor hablaba en parábolas y cegaba a Israel para que viendo no vieran, porque conocía su incredulidad, de modo semejante y por la misma razón por la cual endureció el corazón del faraón, a fin de que, viendo cómo el dedo de Dios sacaba su pueblo, no creyese. Lo dejó anegarse en el mar de la infidelidad, imaginando que la salida del pueblo y su paso por el mar rojo se debía a algún truco de magia, y no al poder de Dios que había decidido este tránsito para su pueblo, sino que era efecto de causas

naturales.

3.19. Un caso: el robo que cometieron los hebreos

30,1. Ellos también reprueban y condenan el hecho de que, por mandato de Dios, el pueblo hubiese tomado de los egipcios todo tipo de ropa y de utensilios antes de partir, con los cuales fabricaron después el tabernáculo del desierto. Claramente se ve que ignoran la justicia y las Economías de Dios, como decía el presbítero. Pues si Dios no hubiese consentido en ello, cuando sucedía en figura, ahora, cuando hemos llegado al cumplimiento (es decir a la fe por la que hemos salido de entre los gentiles), nadie podría salvarse. Pues todos tenemos, unos más y otros menos, alguna propiedad que hemos adquirido «con la mammona de iniquidad» (Lc 16,9). ¿De dónde más hemos sacado la casa donde vivimos, el vestido con que nos cubrimos, los utensilios que usamos y todas las demás cosas necesarias para la vida ordinaria, sino de aquello que, siendo aún gentiles, adquirimos o por deseo de lucro o de parientes y amigos, muchas veces injustamente; además de todo aquello que hemos adquirido ahora, cuando vivimos en la fe? ¿Hay vendedor que no quiera sacar alguna ganancia del comprador? ¿O hay comprador que no pretenda obtener alguna utilidad del vendedor? ¿Qué negociante no tiene la intención de ganar de su negocio el alimento? ¿Acaso los fieles que viven en el palacio real no sacan de los bienes del César lo que necesitan para su uso, y no da algo a cada uno de los necesitados según sus posibilidades? Los egipcios debían mucho al pueblo de Israel: no sólo en cuanto a bienes, sino también en cuanto a su vida, pues la salvaron por la antigua generosidad del patriarca José. ¿Mas ahora son de algún modo nuestros deudores los paganos de los que obtenemos alguna utilidad o ganancia? Lo que ellos adquieren con fatiga, nosotros, los creyentes, lo usamos sin trabajo.

30,2. Nótese que el pueblo hebreo servía a los egipcios con una dura esclavitud, como la Escritura describe: «Los egipcios oprimían a los hijos de Israel con mano fuerte, y les hacían la vida odiosa imponiéndoles duros trabajos. Los obligaban a trabajar el lodo y los ladrillos y a realizar toda clase de faenas del campo, obligándolos por la fuerza a todo tipo de labores» (Ex 1,13-14). De esta manera levantaron ciudades amuralladas (Ex 1,11). Con el exceso de su trabajo servil durante muchos años engordaron los bienes de los egipcios; y en cambio éstos no sólo se mostraron ingratos, sino que los tuvieron por enemigos y quisieron eliminarlos. ¿Dónde, pues, está la injusticia si tomaron un poco de lo mucho que habían producido, aquellos que habrían podido aumentar sus bienes y salir ricos, si no hubiesen estado bajo la esclavitud? En realidad tomaron un poco de paga por tan larga esclavitud, y aun así se escaparon pobres.

Es como si un hombre libre, raptado por la fuerza para servir por largos años a su secuestrador y aumentarle sus riquezas, si alguna vez consiguiese alguna ayuda para escapar, tomase una pequeña parte de los bienes conseguidos con sus muchos trabajos. Si alguien lo condenara por haber hecho una injusticia, más bien estaría demostrando ser un juez más injusto que quien había sido por la fuerza sometido a servidumbre. De esta calaña son aquellos que acusan al pueblo por haber tomado un poco de lo producido con sus trabajos excesivos; y en cambio no condenan a aquellos que no agradecieron en

absoluto lo que habían recibido por el esfuerzo de sus padres, sino que los habían sometido a la más dura esclavitud para sacar de ellos provecho. Los herejes tildan de injustos a quienes tomaron unos pocos objetos de oro y monedas de plata, como arriba dijimos, y en cambio se tienen a sí mismos por justos -y diremos la verdad, aunque a algunos les parezca ridículo-, cuando ellos portan en sus cinturones oro y plata debidos al trabajo de otros, que llevan impresas la inscripción y la imagen del César (Mt 22,20-21).

30,3. Si nos comparamos con ellos, ¿a quién parece habérsele tratado con más justicia: al pueblo liberado de los egipcios que les debían todo, o a nosotros rescatados de los romanos y de otras naciones que nada nos debían? Gracias a ellos el mundo vive en paz, de modo que, sin temor, podemos viajar y navegar a donde queremos. Vale contra estos (herejes) el dicho del Señor: «Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y luego atenderás a sacarle a tu hermano la paja de su ojo» (Mt 7,5). Si alguien te echa en cara lo anterior y se gloría de su gnosis, pero habiéndose separado de los paganos no conserva para sí nada que venga de otros, sino que vive desnudo, descalzo y sin casa por los montes como los animales que sólo se alimentan de hierba, entonces merecerá tu perdón, porque ignora las necesidades de nuestra convivencia. Pero si posee cosas que provienen de otros, y sin embargo critica su figura, no hace sino desenmascarar su propia injusticia volviendo contra sí mismo su acusación contra ellos; porque anda con cosas de otros y desea tener lo que no es suyo. Por eso dijo el Señor: «No juzguéis y no seréis juzgados; pues con el mismo juicio con que juzguéis seréis juzgados» (Mt 7,1-2). No enseña que debamos abstenernos de corregir al que peca ni que estemos de acuerdo con quienes obran mal; sino que evitemos juzgar injustamente las Economías de Dios, puesto que él prefiguró todo de manera justa.

Y sabiendo que nosotros también obraríamos bien al poseer algo recibido de otros, dijo: «El que tenga dos túnicas dé una al que no tenga, y haga lo mismo quien tenga comida» (Lc 3,11); y: «Tuve hambre y me disteis de comer, desnudo y me vestisteis» (Mt 25,35-36); y: «Cuando des limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha» (Mt 6,3). Lo mismo se diga de todas las obras de beneficencia por las cuales somos justificados, como si redimiéramos lo nuestro al dar de lo ajeno. Y digo *de lo ajeno*, no porque el mundo sea ajeno a Dios, sino porque hemos recibido de otros esos bienes, así como los hebreos los recibieron de los egipcios que no conocían a Dios. Y usándolos construimos en nosotros mismos el santuario de Dios, en cuanto Dios habita en quienes hacen el bien. Como dice el Señor: «Haced amigos con el dinero inicuo, para que ellos, cuando se os eche, os reciban en los eternos tabernáculos» (Lc 16,9). Nosotros, pues, somos justificados como creyentes cuando convertimos en utilidad para el Señor aquello que como paganos habíamos adquirido de la injusticia.

30,4. Por necesidad las cosas de entonces debían suceder en figura, cuando con ellas se construía el tabernáculo de Dios. Ellos, como hemos dicho, tomaron de otros de manera justa, para prefigurarnos a nosotros, los que habríamos de usar de cosas adquiridas de otros para servir a Dios. Pues todo lo que sucedió cuando Dios formó al pueblo sacado de Egipto fue tipo y figura de la formación de la Iglesia que un día sería sacada de entre los gentiles. Por este motivo El la sacará de aquí para guiarla hasta su

heredad, que al final le dará ya no Moisés el siervo de Dios, sino Jesús su Hijo. Mas si alguien atiende con más cuidado a lo que han dicho los profetas acerca de ese final y a lo que Juan, el discípulo del Señor, contempló en el Apocalipsis, notará que las naciones paganas en general sufrirán las mismas plagas que en particular afligieron a Egipto.

3.20. Lot, figura de Cristo

31,1. El presbítero nos entretenía discurriendo sobre estos temas acerca de nuestros antepasados, y decía: «Aunque la Escritura reprocha a los patriarcas y profetas, no conviene que nosotros los condenemos por sus actos, para no hacernos como Cam, sobre el que recayó la maldición por burlarse de la desnudez de su padre; sino que debemos dar gracias a Dios por ellos, porque se les perdonaron sus pecados en vista de la venida de nuestro Señor». Nos decía que también ellos se alegraban y daban gracias por nuestra salvación. En otros casos la Escritura no condena las acciones, sino que se reduce a describirlas. Nosotros tampoco debemos convertirnos en acusadores de ellas, pues no amamos a Dios más que ellos, ni podemos ponernos «por encima del maestro» (Mt 10,24), sino que debemos buscar en ellos su aspecto de figura; porque nada de lo que la Escritura narra sin condenarlo sucedió sin sentido.

Por ejemplo, el caso de Lot, que sacó a sus hijas de Sodoma, las cuales quedaron preñadas de su padre, y que dejó en el campo a su mujer convertida en estatua de sal (Gén 19,26) hasta el día de hoy. Lot fue una figura para hoy, y no concibió de sus hijas por su voluntad, ni por concupiscencia, ni por haber entendido el significado o haber pensado en ello, según la Escritura: «La mayor se acercó a su padre esa noche y durmió con él; y Lot no se dio cuenta cuándo ella se acostó o se levantó» (Gén 19,33). Y con la menor sucedió de esta manera: «Y no se dio cuenta cuando se durmió con él ni cuando se levantó» (Gén 19,35). Mientras este hombre no podía advertirlo ni buscaba el placer, tuvo lugar la Economía de Dios, que con este suceso de las dos hijas representó las dos sinagogas que quedaron preñadas de un mismo Padre, fecundas sin placer de la carne. Porque no había nadie más de quien ellas pudieran obtener el semen de la vida para producir el fruto de los hijos, como está escrito: «La mayor dijo a la menor: *Nuestro padre es viejo, y no hay en el país ningún hombre que se una a nosotras, como se acostumbra en toda la tierra. Vamos a embriagar a nuestro padre, para de él tener una descendencia*» (Gén 19,31-32).

31,2. Las hijas decían esto porque pensaban con ingenuidad e inocencia que todos los hombres habían muerto como los sodomitas, y la ira de Dios había asolado toda la tierra. Por eso aun ellas son excusables, pues imaginaban haber quedado solas con su padre para conservar la raza humana, y por eso se acostaron con él. Sus palabras fueron un signo de que no hay nadie que pueda hacer engendrar a las dos sinagogas, la menor y la mayor, fuera de nuestro Padre. El Padre del género humano es el Verbo de Dios, como se le reveló a Moisés: «¿No es éste tu Padre, el que te adquirió, te hizo y te creó?» (Dt 32,6).

¿Y cuándo infundió a la raza humana el semen de la vida que es el Espíritu, el cual nos da la vida y nos perdona los pecados? ¿Acaso no fue cuando se deleitaba viviendo

con los seres humanos y bebiendo con ellos el vino de la tierra -«Vino el Hijo del Hombre que come y bebe» (Mt 11,19)-, y que se acostaba y dormía, como él mismo dice por David: «Me acosté y me dormí» (Sal 3,6)? Y como lo hizo mientras vivía y estaba en contacto con nosotros, también dice: «Mi sueño se me hizo dulce» (Jer 31,26). Lot fue figura de todo esto: el semen del Padre de todas las cosas, o sea el Espíritu de Dios por el cual fueron hechas todas ellas, se mezcló y unió con la carne, quiero decir con su plasma, y con esa mezcla y unidad dos sinagogas, o sea las dos asambleas, han engendrado de su Padre hijos vivientes para el Dios vivo.

31,3. Y mientras esto sucedía, la mujer de Lot se había quedado en Sodoma, no en su estado de carne corruptible, sino convertida en estatua de sal (Gén 19,26). Permaneciendo así para siempre significó lo que es propio de la naturaleza y costumbres de los seres humanos; porque la Iglesia, que es «sal de la tierra» (Mt 5,13), ha quedado abandonada en el campo de la tierra, sufriendo las limitaciones humanas; y, aunque una y otra vez se le arrancan miembros completos, sigue siendo la estatua de sal, es decir el fundamento de la fe, que da firmeza a los hijos y los dirige hacia su Padre.

3.21. Conclusión: un solo Dios de los dos Testamentos

32,1. Sobre estos dos Testamentos solía discurrir el presbítero discípulo de los Apóstoles, mostrando que uno y otro provenían del único mismo Dios. Pues no hay otro Dios fuera del que nos hizo y nos plasmó, ni tienen base alguna las doctrinas de quienes afirman que este mundo nuestro fue hecho o por los ángeles, o por cualquier otro Poder, o por otro Dios. Pues si alguna vez alguien se apartase del Hacedor de todas las cosas, y enseñase que cualquier otro creó cuanto nos rodea, esa persona por fuerza caería en muchas incongruencias y contradicciones, y no hallaría para probarlas ningún motivo basado en la verdad o en algo que se le parezca. Por esta razón quienes inventan otras doctrinas nos ocultan la idea que tienen acerca de Dios, conociendo la debilidad y vaciedad de ellas, pues temen que, si las exponen, corren peligro de no poder salvarlas.

Mas si una persona cree en un solo Dios y en su Verbo que hizo todas las cosas, como dice Moisés: «Y Dios dijo: *¡Hágase la luz!* Y la luz se hizo» (Gén 1,3); y leemos en el Evangelio: «Todo fue hecho por El, y sin El nada ha sido hecho» (Jn 1,3); y algo semejante en el Apóstol Pablo: «Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todas las cosas que está sobre todas, a través de todas y en todos nosotros» (Ef 4,5-6), esa persona ante todo se mantendrá ligada «a la cabeza, de la cual todo el cuerpo se mantiene unido y ordenado, a través de todas las junturas y la distribución de sus partes, según la medida de cada una de ellas, para dar crecimiento a su cuerpo y edificarlo en la caridad» (Ef 4,16; Col 2,19); y en consecuencia toda palabra que enseñe será sólida, si lee la Escritura con cuidado como la mantienen los presbíteros de la Iglesia, pues conservan la doctrina apostólica, según antes hemos demostrado.

32,2. Todos los Apóstoles, en efecto, enseñaron que los dos Testamentos corresponden a dos pueblos, mas uno solo y el mismo es Dios que dispuso uno y otro para el bien de la humanidad, ya que dio el primer Testamento a quienes empezaban a creer en Dios, como hemos demostrado en el libro tercero a partir de la doctrina de los

Apóstoles. Y no se dio este primer Testamento en vano, ni sin una finalidad, ni al acaso; sino que sometió al servicio de Dios a aquellos a quienes se les dio para su propio provecho, pues Dios no necesita del servicio de los seres humanos. Además, se les dio como una figura de los bienes celestiales, porque los seres humanos aún no eran capaces de soportar a ojo desnudo la visión de las cosas divinas; también prefiguró las realidades de la Iglesia, a fin de que se afirmase nuestra fe; pues llevaba en sí la profecía de los bienes futuros, con el objeto de enseñar al género humano que Dios conoce de antemano todas las cosas.

CAPÍTULO 4.

Verdadera y falsa gnosis

4.1. El discípulo espiritual juzga a todos

33,1. El discípulo verdaderamente espiritual, que acoge al Espíritu de Dios -el cual desde el principio se hizo presente a los seres humanos en todas las Economías de Dios, anunció las cosas futuras, reveló las presentes y narró las pasadas-, «juzga a todos, pero a él nadie lo juzga» (1 Cor 2,15). El juzga a los gentiles, «que sirven a la creatura más que al Creador» (Rom 1,25), y, guiándose en todo con su mente perversa (Rom 1,28), consumen en vano todas sus obras. También juzga a los judíos, que no aceptan la Palabra de la libertad, ni quieren liberarse aun teniendo presente al liberador; sino que, simulando servir al Dios que de nada necesita, de modo extemporáneo y contra la Ley, no reconocen la venida de Cristo para la salvación de todos los seres humanos, ni quieren entender que todos los profetas anunciaron su doble advenimiento: el primero, cuando vino como un hombre lleno de heridas, cargando nuestra debilidad (Is 53,3), sentado en un pollino (Zac 9,9), como piedra desechada por los constructores (Sal 118[117],22), como oveja llevada al matadero (Is 53,7), que destruyó a Amalec extendiendo sus manos (Ex 17,11), que congregó desde los confines de la tierra a los hijos dispersos en el ovil del Padre (Is 11,12; Jn 11,52), que, acordándose de los muertos que habían dormido antes de El descendió a ellos para arrancarlos (de la muerte) y salvarlos. Y el segundo, cuando vendrá sobre las nubes (Dan 7,13), para iniciar el día que será como un fuego ardiente (Mal 4,1), herirá la tierra con la Palabra de su boca y con el soplo de sus labios matará a los impíos (Is 11,4), tendrá en su mano el bieldo para limpiar su era, recogerá el trigo en el granero y quemará la paja en fuego inextinguible (Mt 3,12; Lc 3,17).

33,2. También juzgará la doctrina de Marción. ¿Cómo es posible que acepte dos dioses infinitamente separados entre sí? ¿O cómo puede ser bueno el Dios que arranca a los seres humanos que no le pertenecen, de su Creador que los llama a su Reino? ¿Cómo puede ser su bondad tan menguada que no salva a todos? ¿Cómo le es posible aparentar ser bueno ante los seres humanos, si se muestra muy injusto para su Creador y le arrebata lo que le pertenece? ¿Cómo puede obrar de manera justa el Señor, si proviene de otro Padre, cuando toma de nuestra creación el pan para convertirlo en su cuerpo, y la mezcla del cáliz para afirmar que es su cuerpo? ¿Cómo se presentaba a sí mismo como Hijo del Hombre, si no hubiese asumido la generación propia de los seres humanos? ¿Cómo podría perdonarnos los pecados que nosotros cometemos contra nuestro Dios y Creador? Y si no era la suya verdadera carne, sino que sólo aparecía como un hombre, ¿cómo fue crucificado y de su costado salió sangre y agua (Jn 19,34)? ¿Qué cuerpo sepultaron los sepultureros, y qué resucitó de entre los muertos?

33,3. También juzgará a todos los valentinianos, porque con la boca confiesan a un solo Dios y Padre del que todo procede (1 Cor 8,6), pero tienen al que hizo todas las cosas como un producto de la penuria y de la caída. De igual manera confiesan con la boca a un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios, pero luego en su doctrina distinguen diversas emisiones: la propia del Unigénito, una distinta para el Verbo y otra para el Salvador; de modo que, según ellos, todo es uno, pero cada uno de estos (Eones) debe entenderse por separado y tiene emisión particular a partir de su propia unión conyugal. Así, pues, ellos solamente simulan aceptar la unidad, pero su enseñanza y el sentido de sus ideas, que pretenden escudriñar lo más profundo (1 Cor 2,10), se apartan de la unidad, y así caerán en la múltiple condena de Dios cuando Cristo los interrogue sobre sus invenciones acerca de él. Pues andan diciendo que El nació después del Pléroma de los treinta Eones, y que sólo fue emitido después de la defección y la caída, por la pasión que sintió Sofía: ¡como si ellos la hubiesen asistido en el parto! Aun Homero, su profeta de quien han aprendido tales cosas, los acusará, pues dice: «Para mí es tan odioso como las puertas del infierno aquel que una cosa dice y otra esconde en su corazón».

Igualmente juzgará la palabrería de los malvados gnósticos, desenmascarándolos como discípulos de Simón Mago.

33,4. También juzgará a los ebionitas. ¿Cómo podrán salvarse si no es Dios aquel que llevó a cabo su salvación sobre la tierra? ¿Y cómo el ser humano se acercará a Dios, si Dios no se ha acercado al hombre? ¿Cómo se librarán de la muerte que los ha engendrado, si no son regenerados por la fe para un nuevo nacimiento que Dios realice de modo admirable e impensado, cuyo signo para nuestra salvación nos dio en la concepción a partir de la Virgen? ¿Cómo serán adoptados como hijos de Dios, si se quedan en el origen propio de los seres humanos en este mundo? ¿Cómo (el Señor) habría sido más que Salomón y que Jonás (Mt 12,41-42), o Señor de David (Mt 22,43), si hubiese sido sólo de su misma substancia? ¿Como habría podido derrotar a aquel que era más fuerte que el hombre y lo tenía sujeto, de vencer al vencedor para liberar al ser humano vencido, si no hubiese sido superior al hombre vencido? ¿Y quién más puede ser mejor y más excelente que el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, sino el Hijo de Dios a cuya imagen fue hecho el ser humano? Por este motivo el Hijo, al final, manifestó la semejanza de Dios, haciéndose hombre y asumiendo para sí el antiguo plasma, como hemos expuesto en el libro tercero.

33,5. También juzgará a los que lo reducen a una apariencia. ¿Cómo se imaginan poder argumentar con verdad si su Maestro fue aparente? ¿Cómo les es posible sostener una sólida doctrina recibida de aquel que, según ellos, era apariencia y no verdad? ¿Cómo serán capaces de participar en la salvación, si aquel en quien ellos dicen creer se manifestó como aparente? En consecuencia, todo cuanto ellos enseñan es apariencia y no verdad. Aun se les podría preguntar si ellos mismos no serán sino animales irracionales que en apariencia se muestran a los demás como seres humanos.

33,6. También juzgará a los pseudoprofetas, los cuales, no temiendo a Dios ni aceptando de Dios el don de la profecía, fingen profetizar, mintiendo contra Dios, o por

vanagloria, o por interés de ganancias, o por influjo del mal espíritu.

33,7. También juzgará a los que provocan divisiones, vacíos del amor de Dios, los cuales más buscan su provecho que la unidad de la Iglesia. Estos, alegando cualquier motivo sin peso, dividen y fragmentan el grande y glorioso Cuerpo de Cristo, y en cuanto está de su parte de nuevo lo matan. Hablan de paz mientras hacen la guerra, «cuelan el mosquito mientras se tragan el camello» (Mt 23,24). Esos tales no pueden ofrecer una corrección tan grande cuanto lo es el daño que provocan con las divisiones. Juzgará a todos los que están alejados de la verdad, es decir, que se han puesto fuera de la Iglesia.

En cambio a él nadie lo juzga (1 Cor 2,15). En efecto, en él todo es coherente: la fe es completa en el único Dios omnipotente, del que todo proviene; y en el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y en su Economía salvífica por la cual el Hijo de Dios se hizo hombre; doctrina firme en virtud del Espíritu de Dios que concede el conocimiento de la verdad, que reveló las Economías del Padre y del Hijo, a través de las cuales se manifestó al género humano, según la voluntad del Padre .

33,8. La verdadera gnosis es la doctrina de los Apóstoles, la antigua estructura de la Iglesia en todo el mundo, y lo típico del Cuerpo de Cristo, formado por la sucesión de los obispos, a los cuales (los Apóstoles) encomendaron las Iglesias de cada lugar. Así nos llega sin ficción la custodia de las Escrituras, en su totalidad, sin que se le quite o se le añada alguna cosa, su lectura sin fraude, la exposición legítima y llena de afecto (por la Palabra) según las mismas Escrituras, sin peligro y sin blasfemia. Y sobre todo el don del amor, más valioso que la gnosis, más glorioso que la profecía y superior a todos los demás carismas.

4.2. Los mártires, testigos de la verdad

33,9. Por eso la Iglesia de todas partes, por el amor a Dios, todo el tiempo está enviando al Padre una multitud de mártires. En cambio los herejes no sólo no tienen esta gloria que mostrar, sino que ni siquiera tienen por necesario el martirio; porque el verdadero martirio sería su doctrina. Desde que el Señor apareció sobre la tierra, apenas alguno de ellos ha obtenido misericordia junto con nuestros mártires, soportando el oprobio de llevar el Nombre (1 Pe 4,14), y con ellos ha sido llevado (al suplicio), como un pequeño don que se les otorga.

Solamente la Iglesia, siempre purificada, al mismo tiempo aumenta sus miembros y se va completando: como su figura como lo fue la esposa de Lot convertida en estatua de sal (Gén 19,26) lleva siempre sobre sí el oprobio de quienes sufren persecución por la justicia, soporta todos los tormentos y sufre la muerte por el amor a Dios y la confesión de su Hijo. De esta manera los antiguos profetas sufrieron la persecución, como el Señor dice: «Así fueron perseguidos los profetas antes de vosotros» (Mt 5,12), porque de nuevo sufre la persecución de quienes no acogen al Verbo de Dios, en el mismo Espíritu que descansa sobre ella.

4.3. Los profetas testifican la verdad de Cristo

33,10. Los profetas, en efecto, junto con muchas otras profecías también anunciaron

este hecho: que aquellos sobre los cuales reposara el Espíritu de Dios, obedecieran a la Palabra del Padre y lo sirvieran según sus fuerzas, habrían de sufrir la persecución, serían lapidados y asesinados. Y los profetas mismos se convirtieron en una figura de todo esto, por el amor a Dios y por su Palabra.

Siendo también miembros de Cristo, cada uno de ellos ejercía en cuanto miembro particular su oficio de profeta, y sin embargo todos ellos, siendo muchos, han prefigurado y anunciado las obras de uno solo. Pues, así como en nuestros miembros se manifiesta la actividad de todo el cuerpo, pero la figura de todo el cuerpo humano no se expresa mediante un solo miembro sino mediante el conjunto, así también todos los profetas prefiguraron a uno solo. Mas cada uno de ellos en cuanto era un miembro cumplía en parte la Economía y profetizaba en cuanto lo propio de ese miembro la obra de Cristo.

33,11. Algunos de ellos lo contemplaron en su gloria (Is 6,1) y vieron su estado glorioso a la derecha del Padre (Sal 110[109],1). Otros lo vieron en la figura de un Hijo de Hombre que venía sobre las nubes (Dan 7,13), y dijeron de él: «Verán al que traspasaron» (Zac 12,10). Dieron a conocer su venida, como él mismo dice: «¿Acaso cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe sobre la tierra?» (Lc 18,8), y Pablo escribe: «Si es justo ante Dios retribuir con aflicción a quienes os afligen, vosotros los afligidos, descansaréis con nosotros cuando del cielo se revele el Señor Jesús junto con los poderosos ángeles en la llama de fuego» (2 Tes 1,6-8).

Otros lo llamaron juez (Sal 50[49],6), compararon con un horno ardiente el día del Señor (2 Tes 1,8) el cual «recogerá el trigo en el granero y quemará la paja con fuego inextinguible» (Mt 3,12), amenazaron a los incrédulos, de los cuales dice el Señor: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41), y Pablo habla de modo semejante: «Estos sufrirán el castigo eterno, lejos de la presencia del Señor y de su glorioso poder, cuando venga en la gloria de sus santos y en el esplendor de cuantos creyeron en él» (2 Tes 1,9-10).

Otros dicen: «Eres el más hermoso entre los hijos de los hombres» (Sal 45[44],3), y «Dios, tu Dios, te ungió con aceite de alegría sobre tus compañeros» (Sal 45[44],8), y también: «Cíñete la espada en tu cintura, lleno de poder, en todo tu esplendor y tu belleza; tiende tu arco, haz avanzar tu reino por la verdad, la mansedumbre y la justicia» (Sal 45[44],4-5). Muchas otras cosas semejantes se escribieron sobre él para dar a conocer la belleza y gloria de su Reino, que en esplendor y excelencia supera a todos aquellos sobre quienes reina. De esta manera hacían que los oyentes desearan llegar ahí donde se encuentran aquellos que hacen la voluntad divina.

Otros dicen: «El es un hombre, ¿quién lo conoce?» (Jer 17,9), y: «Vine a la profetisa, y ésta dio a luz un hijo» (Is 8,3), «y se le dio por nombre admirable Consejero, Dios fuerte» (Is 9,6): han predicado al Emmanuel nacido de la Virgen (Is 7,14), queriendo significar la unión del Verbo de Dios con su criatura; porque el Verbo de Dios se haría carne, y el Hijo de Dios Hijo del Hombre. Siendo él puro, abriría puramente la matriz pura que regenera los hombres para Dios, la cual él mismo hizo pura; y así el «Dios fuerte» (Is 9,6) que se hizo lo que nosotros somos, tiene un origen inefable.

Otros dicen: «Dios habló desde Sion, y desde Jerusalén hizo oír su voz» (Am 1,2), y: «Dios es conocido en Judea» (Sal 76[75],2), con lo cual se indicaba su venida a Judea.

Hay también quien dice que vendrá del Sur y de la montaña de Farán (Hab 3,3), para indicar su aparición salida de Belén, como expusimos en el libro tercero, pues de ahí ha venido el que guía y apacienta el pueblo de su Padre (Mt 2,6).

Quienes predican que por su venida «el cojo saltará como un ciervo, la lengua de los mudos será desatada, se abrirán los ojos de los ciegos y oirán los oídos de los sordos» (Is 35,5-6), o: «Las manos caídas y las rodillas débiles se fortalecerán» (Is 35,3); y: «Resucitarán los muertos de los sepulcros» (Is 26,19); y: «El llevó nuestras debilidades y cargó nuestros males» (Is 53,4), anunciaron las curaciones que llevaría a cabo.

33,12. Algunos dijeron que sería un hombre sin honor, sin gloria, y que conscientemente cargaría nuestra debilidad (Is 53,3), que entraría en Jerusalén montando un pollino (Zac 9,9), que ofrecería su espalda a los azotes y sus mejillas a las bofetadas (Is 50,6), que como una oveja sería llevado al matadero (Is 53,7), que le darían en su sed hiel y vinagre (Sal 69[68],22), que sus amigos y parientes lo abandonarían (Sal 38[37],12), que extendería las manos todo el día (Is 65,2), que quienes lo vieran se burlarían de él y lo maldecirían, que se repartirían sus ropas y sobre su túnica echarían suertes, y descendería al polvo de la muerte (Sal 22[21],8.16.19). Profetizaban estas y muchas otras cosas como su venida en cuanto hombre, su entrada en Jerusalén donde sufrió todo lo que se había anunciado, y finalmente fue crucificado.

Cuando otros dijeron: «El Señor, el Santo de Israel, se acordó de sus muertos que desde antes dormían en el polvo de la tierra, y descendió a sacarlos para salvarlos», señalaron el motivo por el cual sufrió todas estas cosas.

Quienes dijeron: «En aquel día, dice el Señor, el sol se ocultará al mediodía, y habrá tinieblas sobre la tierra durante la luz del día. Entonces convertiré vuestras fiestas en luto y vuestros cantares en lamentos» (Am 8,9-10), anunciaron claramente el ocultamiento del sol que sucedió desde el momento en que él estaba crucificado; y en seguida aquel día que debería ser de su gran fiesta (de la Pascua) se convirtió en lamento y sus cantos en luto, pues ahí comenzó su caída en manos de los gentiles. Esto lo mostró Jeremías de modo aún más claro, anunciando sobre Jerusalén: «La que da a luz ha quedado estéril, su alma está triste, el sol se le oculta en pleno día, se siente avergonzada y confundida. A los que queden de sus hijos los entregaré a la espada cuando la asalten sus enemigos» (Jer 15,9).

33,13. Quienes dijeron que se durmió, se sumió en el sueño y se despertó porque el Señor lo acogió (Sal 3,6), y que ordenó a los príncipes del cielo abrir las puertas eternas para que entre el Rey de la gloria (Sal 24[23],7), proclamaron su resurrección de entre los muertos por obra del Padre y su asunción a los cielos.

También anunciaron lo mismo cuando dijeron: «Sale de lo más alto de los cielos y hasta la cumbre del cielo vuelve, y nada se libra de su calor» (Sal 19[18],7), pues fue asumido allá de donde descendió, y no hay quien escape de su justo juicio.

Otros dijeron: «El Señor reina, tiemblen las naciones. El está sentado sobre los querubines, se estremezca la tierra» (Sal 99[98],1). Con ello profetizaron, por una parte, la rabia de todos los pueblos que después de su asunción se echó sobre aquellos que creyeron en él y la agitación de toda la tierra contra la Iglesia; y por otra parte, que toda la tierra habrá de sacudirse cuando venga del cielo con sus poderosos ángeles (2 Tes 1,7), como él mismo dice: «Habrá en la tierra un gran terremoto, como no lo hubo desde el principio» (Mt 24,21).

Y cuando dice: «¿Quién es condenado? ¡que se presente! ¿Y quién está justificado? ¡acérquese ante el siervo del Señor!» (Is 50,8.10), y: «Ay de vosotros, envejeceréis como un vestido y os devorará la polilla» (Is 50,9), y: «Toda carne será abajada, y sólo el Señor será exaltado a las alturas» (Is 2,17), da a entender que después de su pasión y asunción, Dios sujetará bajo sus pies a todos sus adversarios (Sal 8,7), será exaltado sobre todos, y nadie podrá ser justificado ni igualado con él.

33,14. Quienes afirmaban que Dios habría de establecer en favor de los seres humanos un Testamento Nuevo, no como lo estableció con sus padres en el monte Horeb (Jer 31,31-32) y habría de darles un corazón nuevo y un Espíritu nuevo (Ez 36,26), y también: «Ya no os acordéis de las cosas antiguas; he aquí que hago nuevas todas las cosas, nacerán ahora y las conoceréis. Abriré un camino en el desierto y ríos en la tierra árida para dar de beber a mi raza elegida, al pueblo a quien adquirí para que anuncie mi poder» (Is 43,18-21), claramente anunciaban la libertad del Nuevo Testamento, el vino nuevo en odres nuevos (Mt 9,17), la fe en Cristo, el camino de la justicia trazado en el desierto, los ríos del Espíritu en la tierra árida (Jn 7,37-39) que habría de apagar la sed del pueblo elegido de Dios, adquirido para que narre las hazañas de su poder, mas no para que blasfeme contra el Dios que ha hecho todas estas cosas.

33,15. El hombre espiritual sabrá interpretar con verdad todas las demás cosas predicadas por los profetas que hemos enumerado al exponer ampliamente las Escrituras. Sabrá explicar cada una de estas cosas, descubriendo los trazos de la Economía del Señor, y todo el conjunto de la obra que el Hijo de Dios llevó a cabo. Y en todos los casos reconocerá a un solo Dios, siempre admitirá al mismo Verbo de Dios, aunque sólo ahora se nos haya manifestado, y en todos los tiempos hallará al mismo Espíritu de Dios, aunque sólo en los últimos tiempos se haya derramado de manera nueva sobre nosotros. Asimismo encontrará un solo y mismo género humano desde la creación del mundo hasta el final, miembros del cual son aquellos que creyendo en Dios y siguiendo a su Verbo recibirán la salvación que de él proviene; y también lo son quienes, por haberse apartado de Dios, menospreciado sus mandamientos, haber deshonrado a aquel que los hizo y blasfemado con sus doctrinas contra el que los alimenta, echarán sobre sí una justísima condena. El hombre espiritual «juzga a todos, pero ninguno lo juzga» (1 Cor 2,15), no blasfema contra su Padre, no echa a perder sus Economías, no acusa a los antiguos padres, no deshonra a los profetas diciendo que venían de parte de un Dios ajeno, o que las profecías emanaban de otra substancia.

4.4. Cristo mismo es la novedad del Nuevo Testamento: contra los marcionitas

34,1. Añadiremos algunas cosas contra todos los herejes, en primer lugar contra los marcionitas y sus semejantes, los cuales afirman que los profetas provienen de otro Dios: leed con más cuidado el Evangelio que nos han legado los Apóstoles, leed con más atención las profecías, y encontraréis cómo toda la obra, las palabras y la pasión de nuestro Señor se encuentran anunciadas en ellos. Pero tal vez se os viene a la cabeza pensar: ¿Entonces qué trajo de nuevo el Señor con su venida? Sabed que aportó consigo toda la novedad que había sido anunciada. Esto es precisamente lo que tiempo atrás estaba anunciado: que la Novedad habría de venir para renovar y dar vida al ser humano. Cuando viene el rey, sus enviados avisan de antemano su venida a los súbditos, a fin de que, preparándose, se dispongan a recibir a su señor. Y cuando el rey llega y ellos se llenan de la felicidad que se les había anunciado, los súbditos que de él han recibido tal motivo de gozo y la libertad que les ha traído, que se han alegrado al verlo, al escuchar sus palabras y gozado de sus regalos, ya no preguntan (al menos los que tengan sentido común) qué novedades aportó el rey más allá de lo que hicieron quienes anunciaron su venida: pues les ha traído su propia persona y ha entregado a los seres humanos todos los bienes prometidos «que los ángeles desean contemplar» (1 Pe 1,12).

34,2. Sus servidores habrían sido mentirosos y no habrían sido enviados por el Señor, si Cristo no hubiese venido tal como ellos habían predicado, y si no se hubiesen cumplido sus palabras. Por eso decía: «No penséis que he venido a abolir la Ley o los profetas. No he venido a abolirlos, sino a darles cumplimiento. En verdad, en verdad os digo, el cielo y la tierra pasarán antes de que deje de cumplirse una iota o un acento de la Ley y los profetas, hasta que todo se cumpla» (Mt 5,17-18). En efecto, cumplió todas las promesas en su venida, y en su Iglesia sigue cumpliendo el Nuevo Testamento predicho por la Ley, hasta el fin de los siglos. Así lo predicó su Apóstol Pablo en la Carta a los Romanos: «Ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia del Señor, de la cual dan testimonio la Ley y los profetas» (Rom 3,21). «El justo vivirá de la fe» (Rom 1,17). Y que el justo viviría por la fe, ya había sido anunciado por los profetas (Hab 2,4).

34,3. ¿Mas de qué manera los profetas habrían podido predecir la venida del Rey y anunciar de antemano la libertad que nos traería, anticipar todo cuanto Cristo hizo, predicó, y llevó a cabo en su pasión, y predicar el Nuevo Testamento, si hubieran recibido la inspiración profética de otro Dios que no conociese al Padre inenarrable (como vosotros alegáis), así como su Reino y sus Economías que el Hijo de Dios cumplió cuando vino a la tierra en tiempos recientes? Tampoco podéis decir que todas estas cosas sucedieron al acaso, como si los profetas hubieran hablado de otra persona, pero le hubiesen acaecido al Señor. Pues todos los profetas anunciaron estas cosas. Si le hubiesen sucedido a alguno de los antiguos, los demás no hubieran seguido predicando que habrían de tener lugar en los tiempos futuros. Además, no se encuentra ni entre los antiguos padres, profetas o reyes, alguno en el cual se hubiesen cumplido de modo preciso estas profecías.

Todos, en efecto, profetizaron los sufrimientos de Cristo, en cambio ellos estuvieron muy lejos de padecer de modo semejante a como habían anunciado. Y los signos avisados de antemano acerca de la pasión del Señor, no se verificaron en ningún otro: ni

el sol se ocultó a mitad del día cuando murió alguno de los antiguos, ni se rasgó el velo del templo, ni tembló la tierra, ni las piedras se rompieron, ni se despertaron los muertos (Mt 27,45.51-52), ni resucitó alguno de ellos al tercer día, ni fue llevado a los cielos, ni se abrieron los cielos para él cuando fue asumido, ni los gentiles creyeron en el nombre de algún otro, ni alguno de entre los antepasados, al resucitar, abrió el Nuevo Testamento de la libertad. En consecuencia, sólo en el Señor, y no en algún otro, concurrieron todos los signos que los profetas habían anunciado desde antiguo.

34,4. Quizás alguno esté de acuerdo con los judíos en decir que el Nuevo Testamento se cumplió cuando Zorobabel reconstruyó el templo, después del exilio en Babilonia, una vez que el pueblo regresó después de setenta años. Sepa que entonces se restauró el templo de piedra dedicado a conservar la Ley grabada en tablas de piedra; pero no se les dio entonces ningún Testamento nuevo, pues se siguió usando la Ley de Moisés hasta la venida del Señor. En cambio, con la venida del Señor, un Nuevo Testamento se extendió por toda la tierra, según habían dicho los profetas, como una ley de vida que habría de reconciliar los pueblos en la paz: «Porque de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la Palabra del Señor. El juzgará a muchas naciones, convertirá las espadas en arados y las lanzas en hoces, y ya no se prepararán para la guerra» (Is 2,3-4).

Si otra ley u otra palabra salidas de Jerusalén hubiesen traído tanta paz a las naciones que lo recibieron, por las cuales se hubiese juzgado a un pueblo numeroso, entonces parecería aceptable que los profetas habían hablado de algún otro. Mas si la ley de la libertad, es decir la Palabra de Dios que los Apóstoles, saliendo de Jerusalén, anunciaron por toda la tierra, ha provocado tal transformación que las espadas y las lanzas se convierten en arados y en hoces que él nos ha dado para segar el trigo (es decir que los ha cambiado en instrumentos pacíficos), y en lugar de aprender a guerrear aquel que recibe un golpe pone la otra mejilla (Mt 5,39), entonces los profetas no han hablado de ningún otro, sino del que ha realizado estas cosas.

Y éste es nuestro Señor, «en esto se verifica lo dicho» (Jn 4,37), pues él hizo el arado y trajo la hoz, es decir la primera siembra que consistió en la plasmación de Adán, y en los últimos tiempos el Verbo levantó la cosecha. De esta manera el fin se volvió a unir con el principio, y siendo el mismo Señor del inicio y del término, al final mostró el arado, es decir el hierro incrustado en el madero, para limpiar la tierra: pues el Verbo unido a la carne e incrustado en la figura humana, ha limpiado la tierra cubierta de cardos. En los primeros tiempos Abel representaba la hoz, para indicar la cosecha de los justos: «Ve cómo el justo perece y nadie hace caso, cómo se elimina a los hombres justos y a nadie se le mueve el corazón» (Is 57,1). Abel lo inició, los profetas lo anunciaron y el Señor lo llevó a término. Y lo mismo se diga de nosotros, porque el cuerpo sigue a su Cabeza.

34,5. Estos argumentos valen para convencer a quienes afirman que los profetas han sido enviados por otro Dios diverso del Padre del que proviene nuestro Señor, si es que de algún modo renuncian a tan grande falta de razón. Por eso hemos hecho todo lo posible por mostrar las pruebas de la Escritura, a fin de que, refutándolos en cuanto

somos capaces con sus mismas palabras, los apartemos de tan inmensa blasfemia y de fabricar tantos dioses.

4.5. Errores y actitudes de los valentinianos

35,1. Los valentinianos y los demás que falsamente llevan el nombre de gnósticos, pretenden que algunas cosas que se hallan en la Escritura provienen del semen que salió de una Potencia Suprema; otros dicen que del Intermediario por medio de la Madre Prúnica; pero la mayor parte del Hacedor del cosmos, el mismo que también envió a los profetas. Contra ellos afirmamos que es muy irracional reducir a tan grande pobreza al Padre de todas las cosas, como si no tuviese sus instrumentos por medio de los cuales pueda anunciar las realidades del Pléroma en toda su pureza. ¿A quién le tendría miedo al punto de no ser capaz de dar a conocer claramente su propia voluntad, con toda libertad y sin mezclarse con el espíritu que cayó en penuria e ignorancia? ¿Acaso temía que muchos se salvaran, si abundaban quienes podían escuchar la verdad en toda su pureza? ¿O acaso no tenía el poder de preparar por sí mismo a aquellos que debían anunciar de antemano la venida del Salvador?

35,2. Cuando el Salvador vino a la tierra, envió a sus discípulos a todo el mundo a anunciar en toda su pureza tanto su venida como la voluntad del Padre, sin que ellos tuviesen en su enseñanza nada de común con la doctrina de los gentiles y de los judíos. ¡Con cuánta mayor razón estando en el Pléroma habrá enviado a sus propios predicadores para que anuncien al mundo su venida, sin tener nada en común con los profetas enviados por el Demiurgo! Mas en cambio, si cuando estaba en el Pléroma usó el servicio de los profetas de la Ley, y por medio de ellos reveló sus palabras, ¡cuánto más, habiendo venido a la tierra, usó el servicio de sus discípulos para anunciar por medio de ellos el Evangelio! ¡Que no nos vengan ahora con que no fueron Pedro, Pablo y los demás Apóstoles quienes anunciaron la verdad, sino los escribas, fariseos y quienes enseñaban la Ley! Pues, si al venir él envió a sus propios Apóstoles en el espíritu de la verdad y no en el espíritu del error, hizo lo mismo con los profetas: porque siempre es el mismo el Verbo de Dios.

Según sus hipótesis, discutiendo sobre la primacía del Espíritu, dicen que el espíritu de luz, de verdad, de perfección y de conocimiento tiene el primado; en cambio el Espíritu del Demiurgo habría sido un Espíritu de ignorancia, de penuria, de error y de tinieblas. ¿Mas cómo pudieron coexistir en el mismo la perfección y la decadencia, el conocimiento y la ignorancia, la verdad y el error, la luz y la tiniebla? Ciertamente sería imposible encontrar esto en los profetas, los cuales de parte del único Dios predicaban al Dios verdadero y anunciaban la venida de su Hijo; y mucho menos en el Señor, que no habló unas veces de parte de la Potencia suprema y otras de parte del Fruto de la penuria, ni enseñó al mismo tiempo la gnosis y la ignorancia, ni dio gloria unas veces al Demiurgo y otras a un Padre que estuviese sobre él, pues el mismo Señor dice: «Nadie cose un parche de tela nueva en un vestido viejo, ni se echa vino nuevo en odres viejos» (Mt 9,16-17; Lc 5,36-37). Por consiguiente, que ellos o se abstengan de achacar a los antiguos profetas haber anunciado la novedad del Primado enviados de antemano por el

Demiurgo, o escuchen la palabra del Señor que les arguye: «Nadie echa vino nuevo en odres viejos».

35,3. ¿De qué modo la semilla de la Madre que ellos enseñan habría podido conocer los misterios íntimos del Pléroma y hablar de ellos? Pues dicen que esa Madre, viviendo fuera del Pléroma, dio a luz a su semilla; y al mismo tiempo afirman que cuanto existe fuera del Pléroma está privado del conocimiento y habita en la ignorancia. ¿Entonces cómo la semilla concebida en la ignorancia podría anunciar el conocimiento? ¿O cómo la Madre misma habría sido capaz de conocer los misterios del Pléroma, puesto que habría carecido de naturaleza y forma determinadas, que habría sido arrojada fuera como un aborto, donde habría sido plasmada y recibido forma, y el Límite le habría impedido entrar de nuevo, a tal punto que se mantiene excluida del Pléroma hasta la consumación, o sea fuera del conocimiento? Además se contradicen cuando afirman que la pasión del Señor es figura de la expansión del Cristo superior, por la cual éste se extiende hasta donde el Límite formó a la Madre, y ellos mismos se refutan al no poder continuar la semejanza de la figura. ¿Dónde al Cristo de arriba se le dio vinagre por bebida? ¿Dónde se le atravesó de modo que saliera sangre y agua? ¿O dónde sudó gotas de sangre? Y podríamos continuar con todo aquello que los profetas anunciaron sobre él.¿Cómo la Madre o su semilla habrían adivinado aquellas cosas que no habían sucedido sino que estaban por venir?

35,4. Ellos añaden todavía que el Principio declaró algunas cosas que están incluso sobre éstas, pero aquellas que la Escritura ha referido sobre la venida de Cristo los refutan. De qué cosas superiores hablan, se contradicen ellos entre sí, pues unos señalan unas, otros otras. Y si alguien quiere hacer la prueba, preguntándoles por separado aun a los mejores de entre ellos, acerca de alguna de estas cosas, se dará cuenta de que uno responderá que se han dicho acerca del Padre Primordial, o sea el Abismo; otro dirá que del Principio de todas las cosas, o sea el Unigénito; otro contestará que del Padre Universal, es decir el Verbo; otro hablará de alguno de los Eones que habitan en el Pléroma; uno más del Cristo, otro del Salvador. Si alguno de ellos tiene más experiencia, después de guardar silencio por largo rato dirá que lo revelado se refiere al Límite; alguien más afirmará que se ha querido significar la Sabiduría que mora en el Pléroma; otro, que se ha anunciado a la Madre que existe fuera del Pléroma; y finalmente alguno habrá que pretenda referirlo todo al Dios Demiurgo.

¡Tantas son las diversas interpretaciones que dan acerca de un mismo texto de la Escritura, de donde brotan sus diversas doctrinas! Todos ellos, cuando leen un mismo párrafo, enarcan las cejas, sacuden la cabeza, y dicen tener una palabra muy profunda que anunciar, pero que no todos son capaces de captar la grandeza de la idea que ella encierra, y por eso lo más propio del sabio es callar. Pues alegan que el Silencio Superior toma cuerpo en su propio silencio que ellos guardan. De esta manera todos se escapan, ya que conciben tantas sentencias diversas sobre cada punto, llevándose escondidas en el silencio sus propias armas.

Por eso, cuando se pongan de acuerdo acerca de lo que han anunciado las Escrituras,

entonces nos será posible rebatirlos. Entretanto, ya que no tienen justas opiniones ni están de acuerdo en sus discursos, ellos mismos se refutan. Por nuestra parte seguimos como Maestro al único Dios verdadero, mantenemos la regla de la verdad para entender sus palabras, y todos afirmamos las mismas doctrinas. Pues sabemos que hay un solo Dios, Creador de todas las cosas, que envió a los profetas, sacó a su pueblo de Egipto, manifestó a su Hijo en los últimos tiempos, para confundir a los incrédulos y exigir el fruto de la justicia.

4.6. Las parábolas muestran a un solo Dios y Padre

4.6.1. Los viñadores homicidas

36,1. El Señor no contradice esto, ni afirma que los profetas hayan venido de otro Dios, sino de su Padre, ni de otra substancia, sino del único y mismo Padre; ni que existe alguien aparte de su Padre que haya hecho cuanto hay en este mundo. El enseñó lo siguiente: «Había un padre de familia que plantó una viña , le puso un cerco, fabricó un lagar y construyó una torre. Luego la alquiló a agricultores y se ausentó. Cuando llegó el tiempo de la cosecha envió a sus criados a los viñadores para que cobrasen su parte del fruto. Los viñadores atraparon a los criados, a uno lo golpearon, a otro lo mataron y al tercero lo apedrearon. De nuevo envió a otros criados, más que los anteriores, pero les hicieron lo mismo. Por último envió a su único hijo, diciéndose: *Quizás respetarán a mi hijo*. Pero cuando los viñadores vieron al hijo, se pusieron de acuerdo: *Este es el heredero. Venid, matémoslo y nos quedaremos con su herencia*. Y habiéndole echado mano, lo arrojaron de la viña y lo mataron. ¿Qué hará el Señor de la viña a estos viñadores cuando regrese? Y le dijeron: *Hará desaparecer a esos malvados y rentará su viña a otros viñadores que le entreguen el producto a su tiempo*. Y el Señor añadió: *¿Acaso no habéis leído: La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en la piedra angular: esto es lo que ha hecho el Señor, y es admirable ante nuestros ojos?* Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios para dárselo a un pueblo que produzca sus frutos» (Mt 21,33-43).

Con estas palabras el Señor claramente dio a entender a sus discípulos que uno solo y el mismo es el padre de familia, es decir, el único Dios Padre, que hizo todas las cosas por sí mismo; pero son muchos los agricultores, de los cuales unos son insolentes y soberbios (Rom 1,30), no dan fruto y matan al Señor; otros, en cambio, obedientes en todo, dan fruto a su tiempo. Y este mismo padre de familia es el que primero envió a sus siervos, luego a su Hijo. El mismo Padre que envió a su Hijo a los viñadores que lo mataron, es el que envió a los siervos; pero cuando vino el Hijo mismo, dotado con la autoridad de su Padre, dijo: «Mas yo os digo». En cambio los siervos decían: «Esto dice el Señor».

36,2. Así pues, el mismo Señor al que ellos predicaban a los incrédulos, Cristo lo dio como Padre a aquellos que lo obedecen: a los primeros Dios los llamó para ser siervos de la Ley, a los últimos los elevó a la dignidad de hijos.

Dios, en efecto, plantó la viña de la raza humana, primero al plasmar a Adán y al

elegir a los padres; a los viñadores les dio la Ley por medio de Moisés; la rodeó de una valla, es decir cercó la tierra que habían de cultivar; edificó una torre cuando eligió a Jerusalén; fabricó un lagar al preparar a los profetas como vasos del Espíritu. De esta manera envió profetas antes del exilio en Babilonia, y después del exilio les envió de nuevo más que los anteriores, para reclamar su parte del fruto, diciéndoles: «Esto dice el Señor Dios: *Corregid vuestros caminos y vuestra conducta*» (Jer 7,3); «Juzgad con rectitud y justicia, cada uno tenga compasión y misericordia de su hermano; no oprimáis al huérfano, al extranjero o al pobre; que nadie recuerde en su corazón el mal que le ha hecho su hermano» (Zac 7,9-10); «Que no os guste jurar en falso» (Zac 8,17); «Lavaos, purificaos, echad la maldad de vuestros corazones, aprended a hacer el bien, buscad la justicia, defended al oprimido, haced justicia al pequeño y a la viuda. Entonces venid y disputemos, dice el Señor» (Is 1,16-18); y también: «*Cierra tu boca a la maldad y tus labios a la mentira. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y corre tras ella*» (Sal 34[33],14-15).

Esto proclamaban los profetas, reclamaban el fruto de la justicia. Pero, como no les creyeron, al final el Señor envió a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, al cual los malos colonos echaron de la viña y lo mataron. Por eso el Señor Dios ya no la mantuvo en el cercado, sino que la extendió a todo el mundo: la traspasó a otros colonos que le entregaran el fruto a su tiempo, le construyó una torre elevada y hermosa, pues en todo el mundo la Iglesia resplandece; le fabricó un lagar en todas partes, pues cada nación recibe el Espíritu. Dios justamente rechazó a aquellos que tramaron contra su Hijo, que lo echaron de la viña y lo mataron; por eso les cedió su tierra para que la cultivaran a las naciones fuera de la viña. Así lo anunció el profeta Jeremías: «El Señor reprobó y rechazó al pueblo que esto hizo, pues los hijos de Judá hicieron el mal en mi presencia, dice el Señor» (Jer 7,29-30). Y añade: «Os he puesto centinelas: ¡Escuchad la trompeta! Y dijeron: *No escucharemos*. Por eso han oído las naciones y cuantos apacientan sus rebaños entre ellos» (Jer 6,17-18).

En consecuencia, uno solo y el mismo es el Dios Padre que plantó la viña, que guio al pueblo, que le envió profetas, que le dio a su Hijo y que entregó su viña a otros viñadores que le entreguen los frutos a su tiempo.

36,3. Por eso el Señor decía a sus discípulos, a fin de prepararnos para ser buenos trabajadores: «Estad alerta siempre y vigilantes en todo momento, para que vuestros corazones no entorpezcan por comilonas, borracheras y preocupaciones profanas, porque de golpe os puede caer aquel día: pues llegará como un ladrón sobre cuantos habitan en la faz de la tierra» (Lc 21,34-36). «Tened ceñidas las cinturas y encendidas las lámparas, como siervos que esperan a su señor» (Lc 12,35-36). «Así como sucedió en los días de Noé -comían, bebían, compraban, vendían y se casaban, y nada advirtieron hasta que Noé entró en el arca, el diluvio se les vino encima y anegó a todos-, y como sucedió en tiempos de Lot -comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y construían; hasta el día en que Lot huyó de Sodoma, llovió fuego del cielo y acabó con todos-, así sucederá el día en que venga el Hijo del Hombre» (Lc 17,26-30; Mt 24,37-39). «Velad, pues, porque no sabéis qué día vuestro Señor llegará» (Mt 24,42).

Anunció a un solo y único Señor, que en el tiempo de Noé envió el diluvio para castigar la desobediencia de los seres humanos, y en tiempo de Lot hizo llover fuego del cielo para castigar los muchos pecados de los sodomitas. De modo semejante en el día del juicio castigará la desobediencia y los pecados. Y dijo que ese día sería más tolerable para Sodoma y Gomorra que para la ciudad o casa que rechazare la palabra de sus Apóstoles: «Y tú, Cafarnaúm, ¿acaso piensas alzarte hasta el cielo? Caerás hasta el infierno. Porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en ti tuvieron lugar, aún duraría hasta el día de hoy. En verdad os digo: el día del juicio será más tolerable para los habitantes de Sodoma que para vosotros» (Mt 11,23-24).

36,4. El Verbo de Dios es siempre uno y el mismo, la fuente de agua que salta para dar la vida eterna a quienes creen en El (Jn 4,14), pero seca al instante la higuera estéril (Mt 21,19). Envió justamente el diluvio en tiempo de Noé, para acabar con la raza malvada de aquellos seres humanos de esa época, los cuales ya no podían dar frutos para Dios, sino que se habían unido con los ángeles pecadores (Gén 6,2-4); y lo hizo para acabar con sus pecados, y al mismo tiempo salvar al modelo primitivo, es decir el plasma de Adán. El mismo en tiempo de Lot hizo llover del cielo fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, «en testimonio del justo juicio de Dios» (2 Tes 1,5), a fin de que todos supiesen que «todo árbol que no produzca fruto será cortado y echado al fuego» (Mt 3,10; Lc 3,9).

El día del juicio universal será más tolerable para los habitantes de Sodoma que para quienes, habiendo visto los milagros que realizaba, no creyeron en él ni recibieron su doctrina. Porque, así como por su venida derramó mayor gracia sobre quienes creyeron en él y cumplieron su voluntad, de igual manera infligirá mayor castigo a quienes no creyeron; pues, siendo igualmente justo para todos, a quienes más dio, más exigirá (Lc 12,48). Cuando digo más, no me refiero a que haya dado a conocer a otro Padre, como de tantas maneras hemos probado; sino porque su venida derramó sobre el género humano una más abundante gracia del Padre.

4.6.2. El banquete de bodas

36,5. Tal vez haya alguien a quien no baste cuanto dijimos antes, para creer que uno y el mismo Padre envió a los profetas y a nuestro Señor. Esa persona abra los oídos de su corazón e invoque al Maestro, el Señor Jesucristo, a fin de que pueda escucharlo decir: «El reino de los cielos es semejante a un rey que celebró la boda de su hijo, y envió a sus criados a traer a los invitados a la boda». Algunos se negaron a obedecer: «De nuevo envió a otros criados, mandándoles: *Decid a los convocados: Venid, he preparado el banquete, he matado los toros y otros animales cebados. Todo está preparado, venid a la boda*. Pero unos los despreciaron y se fueron, otros partieron a sus campos, otros a sus negocios, y el resto cogió a los criados para golpear a unos y matar a otros. Entonces el rey, al saberlo, montó en cólera, mandó a sus ejércitos para acabar con esos asesinos, quemó su ciudad y ordenó a sus criados: *La boda está preparada, pero los invitados no fueron dignos. Id, pues, a las puertas de los caminos, y traed a la boda a cuantos encontréis*. Habiendo partido los criados, juntaron a cuantos

hallaron, malos y buenos, y así llenaron de comensales la boda. Cuando el rey entró para saludar a los comensales, vio a un hombre que no llevaba el traje de bodas. Y le dijo: *Amigo, ¿cómo has venido sin traje de bodas?* Mas él calló. Entonces ordenó a sus siervos: *Tomadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas exteriores: ahí será el llanto y el rechinar de dientes. Pues muchos son los llamados y pocos los escogidos*» (Mt 22,1-14).

Con estas palabras claramente muestra al Señor de todas las cosas, y que el Padre es el único Rey y Señor universal, del que antes había dicho: «Ni jures por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey» (Mt 5,35). Y como desde el principio preparó la boda de su Hijo, en su inmensa bondad por medio de sus criados invitó a los antiguos al banquete de bodas; pero como no quisieron escuchar, de nuevo envió a otros criados a llamarlos; mas como otra vez se negaron a obedecer, y en vez de ello lapidaron y mataron a quienes les hacían conocer su llamado, acabó con ellos enviando su ejército y quemando su ciudad. Y en cambio invitó a personas de todos los caminos, es decir de todas las naciones, al banquete de bodas de su Hijo. Así lo dijo por boca de Jeremías: «Cada uno se aparte de su camino inicuo y cambie en mejor su obrar» (Jer 35,15). Y también: «Les he enviado a mis siervos los profetas, a la aurora y durante el día, pero sus oídos no me han escuchado ni obedecido. Les dirás estas palabras: *Esta raza no escucha la voz del Señor ni acepta su enseñanza. La fe se ha apartado de su boca*» (Jer 7,25-28).

El mismo Dios que a nosotros nos ha llamado por ministerio de los Apóstoles, es el que por medio de los profetas convocaba a los antiguos, como lo prueban las palabras del Señor. No fue uno el que envió a los profetas y otro a los Apóstoles, aunque unos y otros predicaron a pueblos diversos; sino que fueron enviados por el mismo y único Señor, al que todos anunciaron: unos llevaron la Buena Nueva del Padre, otros prepararon la venida del Hijo de Dios, y los últimos predicaron al que ya estaba presente entre «los que estaban lejos» (Is 57,19; Ef 2,17).

36,6. También nos enseñó que, fieles a nuestra vocación, debemos adornarnos con las obras de justicia, para que descanse en nosotros el Espíritu Santo; éste es el vestido de bodas, del que el Apóstol afirma: «No queremos despojarnos, sino revestirnos, a fin de que lo mortal sea absorbido en la inmortalidad» (2 Cor 5,4). Pues a quienes fueron invitados al banquete divino, pero por su conducta no acogieron al Espíritu Santo, se les echó a las tinieblas exteriores (Mt 22,13). Es muy claro que es el mismo Rey que invitó a todo tipo de fieles a la boda de su Hijo, a quienes ofreció un banquete incorruptible, es quien condena a las tinieblas exteriores a quienes no tienen el traje de bodas, es decir a quienes lo desprecian. Como en el Antiguo Testamento «la mayor parte de ellos no lo agradó» (1 Cor 10,5), así también en el Nuevo, «muchos son los llamados y pocos los escogidos» (Mt 22,14). No es uno el Padre que juzga, otro el que otorga la luz eterna y un tercero el que manda echar a las tinieblas exteriores a quienes no llevan el traje de bodas; sino que es uno y el mismo Padre de nuestro Señor, el cual llamó también a los profetas. En su inmensa misericordia también invita a los indignos, pero observa a los invitados para ver si llevan el traje debido que corresponda a la boda de su Hijo, porque

no se complace en nada que sea malo o indebido. Como el Señor dijo al que había sido curado: «Mira que has recibido la salud. Ya no peques más, no sea que te pase algo peor» (Jn 5,14). El es bueno y justo, puro e inmaculado, y por ello no soportará nada injusto o abominable en su tálamo de esposo.

Este es el Padre de nuestro Señor, por cuya providencia todo sucede, y que administra todas las cosas con su mandato. Da gratuitamente a quien conviene, distribuye los dones según los méritos, y castiga con justicia a los ingratos insensibles a su benignidad. Por eso dice: «Mandó sus ejércitos para acabar con esos asesinos y quemar su ciudad» (Mt 22,7). Habló de sus ejércitos, porque todos los seres humanos pertenecen a Dios, pues «del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe de la tierra y cuantos en ella habitan» (Sal 24[23],1). El Apóstol Pablo, a su vez, escribe en su Carta a los Romanos: «Ninguna autoridad hay si no viene de Dios, y todas las que existen, él las ha ordenado. Así, pues, quien se resiste a la autoridad, se resiste al orden querido por Dios. Así, quienes se resisten, ganan su propia condenación. Las autoridades no son de temer para quienes obran el bien, sino para quienes cometen en mal.¿Quieres no temer la autoridad? Haz el bien y ella te alabará; pues ella es una sierva de Dios para tu bien. Mas si haces el mal, teme, pues no en balde lleva la espada. Porque es un ministro de Dios para vengar con cólera a quien obra mal. Por tanto, someteos, no sólo por la amenaza, sino también por motivo de conciencia. Por esta razón pagáis tributos: son, en efecto, ministros de Dios que de esta manera lo sirven» (Rom 13,1-6).

En todo caso, tanto el Señor como el Apóstol anunciaron a un mismo y único Padre, que dio la Ley, envió a los profetas e hizo todas las cosas. Por eso dice: «Envió a sus ejércitos» (Mt 22,7), pues todo ser humano, en cuanto humano, es su plasma, aunque no sepa que él es su Señor. Pues a todos concede la existencia aquel mismo que «hace salir su sol sobre los malos y los buenos, y manda llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

4.6.3. Parábolas diversas

36,7. No sólo con lo ya dicho, sino también mediante la parábola de los dos hijos, de los cuales el menor se acabó su herencia viviendo en la lujuria con prostitutas (Lc 15,11-32), enseñó que uno y el mismo es el Padre que al hijo mayor no le regaló un cabrito, y en cambio mandó matar el becerro cebado para su hijo menor que había perecido y le mandó poner el mejor vestido.

Igualmente mediante la parábola de los trabajadores que a diversas horas fueron enviados a su viña (Mt 20,1-16) se prueba que el Señor es uno y el mismo, que llama a unos desde el principio de la creación del mundo, a otros algún tiempo después, a otros hacia la mitad de los tiempos, a otros hacia el ocaso de los tiempos, y a otros al final. El único Padre de familia que los llama quiere tener trabajadores en todos los tiempos. Porque una sola es su viña, y también es única su justicia. Uno es el administrador y uno el Espíritu de Dios que todo lo dispone. Así también uno solo es el salario, pues «cada uno recibió un denario» (Mt 20,9), que llevaba impresas la inscripción y la imagen del Rey, es decir la gnosis del Hijo de Dios que da la incorrupción. Por eso «pagó el salario empezando por los últimos» (Mt 20,8), pues al final de los tiempos el Señor se

manifestará para hacerse presente a todos.

36,8. También el publicano que en la oración superó al fariseo (Lc 18,10-14): el Señor no lo alabó por haber adorado a otro Padre, ni por ello salió justificado; sino porque, con gran humildad, sin soberbia ni jactancia, confesó a este Dios sus pecados.

La parábola de los dos hijos a quienes mandó a la viña (Mt 21,28-32) también muestra a un mismo y solo Padre: el primero de los hijos primero contestó mal a su padre, pero luego se arrepintió, cuando ya no le servía arrepentirse; en cambio el otro de inmediato prometió a su padre que iría, pero al fin no fue, porque «todo ser humano es mentiroso» (Sal 116[115],2) y, «si tiene a la mano el querer, no tiene la fuerza de actuar» (Rom 7,18).

La parábola de la higuera de la que el Señor dice: «Hace ya tres años que vengo a buscar el fruto de esta higuera y no lo encuentro» (Lc 13,7), claramente indica su venida anunciada por los profetas: vino a buscar el fruto de los antiguos, pero no lo halló; y por este motivo la higuera fue arrancada.

Y, aun sin parábolas, dijo el Señor acerca de Jerusalén: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina bajo sus alas, pero no quisiste! He aquí que tu casa quedará desierta» (Mt 23,37-38). En la parábola había dicho: «Hace tres años que busco fruto», y ahora: «¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos!». Todo esto sería una mentira, si no lo entendemos como referido a su venida que los profetas anunciaron, pues por primera y única vez vino a ellos. Mas, como es el mismo Verbo de Dios el que vino a los patriarcas a quienes eligió y visitó muchas veces por medio de su Espíritu profético, y el que ahora nos llama de todas las naciones mediante su venida, con razón afirmaba refiriéndose a todo lo que arriba hemos dicho: «Muchos vendrán de Oriente y de Occidente y se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, en cambio los hijos del reino irán a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y rechinar de dientes» (Mt 8,11-12). Mas si quienes de Oriente y Occidente crean en él se recostarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos para participar junto con ellos de su banquete, entonces uno y el mismo Dios es quien eligió a los patriarcas, visitó a su pueblo y llamó a los gentiles.

4.7. El ser humano fue creado libre

37,1. Esta frase: «¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, pero tú no quisiste!» (Mt 23,37), bien descubrió la antigua ley de la libertad humana; pues Dios hizo libre al hombre, el cual, así como desde el principio tuvo alma, también gozó de libertad, a fin de que libremente pudiese acoger la Palabra de Dios, sin que éste lo forzase. Dios, en efecto, jamás se impone a la fuerza, pues en él siempre está presente el buen consejo. Por eso concede el buen consejo a todos. Tanto a los seres humanos como a los ángeles otorgó el poder de elegir -pues también los ángeles usan su razón-, a fin de que quienes le obedecen conserven para siempre este bien como un don de Dios que ellos custodian. En cambio no se hallará ese bien en quienes le desobedecen, y por ello recibirán el justo castigo; porque Dios ciertamente les ofreció benignamente este bien, mas ellos ni se

preocuparon por conservarlo ni lo tuvieron por valioso, sino que despreciaron la bondad suprema. Así pues, al abandonar este bien y hasta cierto punto rechazarlo, con razón serán reos del justo juicio de Dios, de lo que el Apóstol Pablo da testimonio en su Carta a los Romanos: «¿Acaso desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y generosidad, ignorando que la bondad de Dios te impulsa a arrepentirte? Por la dureza e impenitencia de tu corazón amontonas tú mismo la ira para el día de la cólera, cuando se revelará el justo juicio de Dios» (Rom 2,4-5). En cambio, dice: «Gloria y honor para quien obra el bien» (Rom 2,10).

Dios, pues, nos ha dado el bien, de lo cual da testimonio el Apóstol en la mencionada epístola, y quienes obran según este don recibirán honor y gloria, porque hicieron el bien cuando estaba en su arbitrio no hacerlo; en cambio quienes no obren bien serán reos del justo juicio de Dios, porque no obraron bien estando en su poder hacerlo.

37,2. Si, en efecto, unos seres humanos fueran malos por naturaleza y otros por naturaleza buenos, ni éstos serían dignos de alabanza por ser buenos, ni aquéllos condenables, porque así habrían sido hechos. Pero, como todos son de la misma naturaleza, capaces de conservar y hacer el bien, y también capaces para perderlo y no obrarlo, con justicia los seres sensatos (¡cuánto más Dios!) alaban a los segundos y dan testimonio de que han decidido de manera justa y han perseverado en el bien; en cambio reprueban a los primeros y los condenan rectamente por haber rechazado el bien y la justicia.

Por este motivo los profetas exhortaban a todos a obrar con justicia y a hacer el bien, como muchas veces hemos explicado; porque este modo de comportarnos está en nuestra mano pero, habiendo tantas veces caído en el olvido por nuestra mucha negligencia, nos hacía falta un buen consejo. Por eso el buen Dios nos aconsejaba el bien por medio de los profetas.

37,3. Por este motivo el Señor predicó: «Que vuestra luz brille ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16). Y: «Tened cuidado de que vuestros corazones no se carguen con comilonas, embriaguez y preocupaciones profanas» (Lc 21,34). Y: «Estén ceñidas vuestras cinturas y encendidas vuestras lámparas, como criados que esperan a su Señor cuando está por volver de la boda, para abrirle cuando llegue y llame a la puerta. Dichoso el criado a quien el amo, al llegar, encuentre haciendo esto» (Lc 12,35-36). Y añadió: «El criado que conoce la voluntad de su amo y no la cumple, recibirá muchos azotes» (Lc 12,47). Y: «¿Para qué me llamáis: *¡Señor!, ¡Señor!*, si no cumplís mi palabra? (Lc 6,46). Y también: «Si el criado dice en su corazón: *Mi amo tarda en venir*, y empieza a golpear a sus compañeros, a comer, beber y emborracharse, cuando su amo llegue, en el día que menos lo espere, lo echará y le dará su parte entre los hipócritas» (Lc 12,45-46). Todos los textos semejantes a éstos, que nos muestran al ser humano como libre y capaz de tomar decisiones, nos enseñan cómo Dios nos aconseja exhortándonos a obedecerle y apartarnos de la infidelidad, pero sin imponerse por la fuerza.

37,4. Incluso el Evangelio: si alguien no quiere seguirlo, le es posible, aunque no le

conviene; porque desobedecer a Dios y perder el bien está en nuestras manos, pero hacerlo lesiona al ser humano y le causa serio daño. Por eso dice Pablo: «Todo es posible hacer, pero no todo conviene» (1 Cor 6,12). Por una parte muestra la libertad del ser humano, por la cual éste puede hacer lo que quiera, pues ni Dios lo fuerza a lo contrario; pero añade «no todo conviene», a fin de que no abusemos de la libertad para enmascarar la malicia (1 Pe 2,16): eso no es conveniente.

Y añade: «Cada uno diga la verdad a su prójimo» (Ef 4,25). Y: «No salga de vuestra boca palabra maliciosa o deshonesta o vana o inconveniente, que no sea de provecho; sino más bien una acción de gracias» (Ef 4,29). Y: «Un tiempo fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Caminad honestamente como hijos de la luz» (Ef 5,8), «no en comilonas, embriagueces, prostitución o lujuria, sin ira ni envidia» (Rom 13,13), «en otro tiempo habéis hecho todo esto, pero habéis sido santificados en el nombre de nuestro Señor» (1 Cor 6,11). Mas si no estuviese bajo nuestro arbitrio hacer estas cosas o evitarlas, ¿qué motivo habría tenido el Apóstol, y antes el mismo Señor, de aconsejar hacer unas cosas y abstenerse de otras? Pero, como desde el principio el ser humano fue dotado del libre arbitrio, Dios, a cuya imagen fue hecho, siempre le ha dado el consejo de perseverar en el bien, que se perfecciona por la obediencia a Dios.

37,5. Y no sólo en cuanto a las obras, sino también en cuanto a la fe, el Señor ha respetado la libertad y el libre arbitrio del hombre, cuando dijo: «Que se haga conforme a tu fe» (Mt 9,29). Esto muestra que el ser humano tiene su propia fe, porque también tiene su libre arbitrio. Y también: «Todo es posible al que cree» (Mc 9,23). Y: «Vete, que te suceda según tu fe» (Mt 8,13). Todos los textos semejantes prueban que el ser humano tiene libertad para creer. Por eso «el que cree tiene la vida eterna, mas el que no cree en el Hijo no tiene la vida eterna, sino que la cólera de Dios permanece en él» (Jn 3,36). Por este motivo el Señor mostró que el ser humano tiene su bien propio, que es su arbitrio y su libertad, como dijo a Jerusalén: «¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina bajo sus alas, pero no quisiste! He aquí que tu casa quedará desierta» (Mt 23,37-38).

4.8. ¿Por qué fue creado libre?

37,6. Algunos enseñan lo contrario. Suponen a un Señor que no puede llevar a cabo lo que quiere, o bien que ignora la naturaleza de los seres hechos de tierra, incapaces de recibir la incorrupción.

Pero, dicen, hubiera sido necesario que no hiciese libres ni siquiera a los ángeles, para que no pudieran desobedecer; ni a los seres humanos que al momento fueron ingratos contra El, por el mismo hecho de haber sido dotados de razón, capaces de examinar y juzgar; y no son como los animales irracionales, que nada pueden hacer por propia voluntad, sino que se ven arrastrados a lo bueno por la fuerza de la necesidad: en ellos se da sólo un instinto, un modo de proceder, no pueden desviarse ni juzgar, ni pueden hacer otra cosa fuera de aquélla para la que fueron hechos.

Mas si así fuera, (los seres humanos) ni se gozarían con el bien, ni valorarían su comunión con Dios, ni desearían hacer el bien con todas sus fuerzas, pues todo les

sucedería sin su impulso, empeño y deseo propios, sino por puro mecanismo impuesto desde afuera. De este modo el bien no tendría ninguna importancia, pues todo se haría por naturaleza más que por voluntad, de modo que harían el bien de modo automático, no por propia decisión; y por la misma razón, ni podrían entender cuán hermoso es el bien, ni podrían gozarlo. Porque, en efecto, ¿cómo se puede gozar de un bien que no se conoce? ¿Y qué gloria se seguiría de algo que no se ha buscado? ¿Qué corona se les daría a quienes no la hubieran conseguido, como quienes la conquistan luchando?

37,7. Por eso el Señor dice que el reino de los cielos es de los violentos: «Los violentos lo arrebatan» (Mt 11,12), quiere decir aquellos que se esfuerzan, luchan y continuamente están alerta: éstos lo arrebatan. Por eso el Apóstol Pablo escribió a los corintios: «¿No sabéis que en el estadio son muchos los que corren, pero sólo uno recibe el premio? Corred de modo que lo alcancéis. Todo aquel que compite se priva de todo, y eso para recibir una corona corruptible, en cambio nosotros por una incorruptible. Yo corro de esta manera, y no al acaso; yo no lucho como quien apunta al aire; sino que mortifico mi cuerpo y lo someto al servicio, no vaya a suceder que, predicando a otros, yo mismo me condene» (1 Cor 9,24-27). Siendo un buen atleta, nos exhorta a competir por la corona de la incorrupción; y a que valoremos esa corona que adquirimos con la lucha, sin que nos caiga desde afuera. Cuanto más luchamos por algo, nos parece tanto más valioso; y cuanto más valioso, más lo amamos. Pues no amamos de igual manera lo que nos viene de modo automático, que aquello que hemos construido con mucho esfuerzo. Y como lo más valioso que podía sucedernos es amar a Dios, por eso el Señor enseñó y el Apóstol transmitió que debemos conseguirlo luchando por ello. De otro modo nuestro bien sería irracional, pues no lo habríamos ganado con ejercicio. La vista no sería para nosotros un bien tan deseable, si no conociésemos el mal de la ceguera; la salud se nos hace más valiosa cuando experimentamos la enfermedad; así también la luz comparándola con las tinieblas, y la vida con la muerte. De igual modo el Reino de los cielos es más valioso para quienes conocen el de la tierra; y cuanto más valioso, tanto más lo amamos; y cuanto más lo amamos, tanto más gloria tendremos ante Dios.

Por este motivo Dios ha permitido todas estas cosas a fin de que nos eduquen y nos hagan sabios, para que en el futuro seamos cautelosos y perseveremos en su amor (Jn 15,9-10) amando a Dios como seres racionales, admirando la generosidad que Dios ha mostrado ante la apostasía de los seres humanos a fin de educarlos por esa experiencia, como dice el profeta: «Tu alejamiento te enseñará» (Jer 2,19). Dios dispuso de antemano todas las cosas para el provecho del ser humano y para mostrar de modo eficaz su Economía, a fin de que se manifieste la bondad, se cumpla la justicia, la Iglesia «reproduzca la imagen de su Hijo» (Rom 8,29), y quizás algún día el ser humano madure a través de todas estas experiencias, para que madurando se haga capaz de ver y comprender a Dios.

4.9. No fue creado perfecto: necesita ser educado

38,1. Tal vez alguien diga: «¡Pero qué, ¿acaso Dios no podría haber creado al ser humano perfecto desde el principio?» Sépase que Dios siempre es el mismo e idéntico a

lo que él mismo es, y que todo le es posible. Pero las cosas creadas por él, puesto que comenzaron a existir cuando fueron hechas, por fuerza son inferiores a aquel que las hizo. Las cosas que llegaron a ser, no podían ser increadas; y por el hecho de no ser increadas les falta ser perfectas. Como fueron producidas más tarde, en ese sentido son niñas, y como niñas no están ni habituadas ni ejercitadas en un modo de actuar perfecto. Sucede como con una madre capaz de dar al bebé un alimento de adulto, pero él aún no puede comer ese alimento demasiado pesado para sus fuerzas. De modo semejante, Dios pudo dar la perfección al ser humano desde el principio, pero éste era incapaz de recibirla, pues también fue niño.

Por eso nuestro Dios en los últimos tiempos, para recapitular todas las cosas en sí mismo, vino a nosotros, no tal como podía mostrarse, sino como nosotros éramos capaces de mirarlo. Porque podía venir a nosotros en su gloria inexpresable, pero nosotros no hubiéramos resistido soportar la grandeza de su gloria. Por eso, como a niños, aquel que era el pan perfecto del Padre se nos dio a sí mismo como leche, cuando vino a nosotros como un hombre; a fin de que, nutriendo nuestra carne como de su pecho, mediante esa lactancia nos acostumbráramos a comer y beber al Verbo de Dios, hasta que fuésemos capaces de recibir dentro de nosotros el Pan de la inmortalidad, que es el Espíritu del Padre.

38,2. Por eso Pablo dice a los corintios: «Os he alimentado con leche, no con pan, pues aún no podíais digerirlo» (1 Cor 3,2). Quiere decir: habéis conocido la venida del Señor en cuanto hombre, pero aún no ha descansado en vosotros el Espíritu del Padre, dada nuestra debilidad. «Pues cuando hay envidia, discordia y disensiones entre vosotros, ¿no os mostráis carnales y camináis según el hombre? (1 Cor 3,3). Es decir, el Espíritu del Padre aún no habitaba en ellos, debido a su imperfección y la debilidad de su conducta. Mas así como el Apóstol podía darles el alimento -pues todos aquellos a quienes los Apóstoles imponían las manos recibían el Espíritu Santo (Hech 8,17-19), que es el alimento de la vida-, pero ellos no eran capaces de recibirlo por su relación con Dios aún débil y sin ejercicio (Heb 5,14); así también Dios habría podido desde el principio dar la perfección al ser humano; pero éste, recién creado, no era capaz de recibirlo, si lo recibía era incapaz de acogerlo, y si lo acogía no tenía fuerzas para conservarlo. Por eso el Verbo de Dios se hizo niño con el hombre, aunque él era perfecto: no por sí mismo sino por la pequeñez del ser humano, a fin de de algún modo se hiciese capaz de recibirlo. Así pues, no es que Dios fuera incapaz o indigente; sino que lo era el hombre recién hecho, pues no era increado.

38,3. En cambio en Dios al mismo tiempo se manifiestan el poder, la bondad y la sabiduría: el poder y la bondad en el hecho de que voluntariamente creó e hizo las cosas que no existían; su sabiduría en el hecho de que hizo todas las cosas de modo ordenado y en mutua concordancia. Estas creaturas, recibiendo de su inmensa generosidad el desarrollo y duración a través del tiempo, serán portadoras de la gloria del increado, ya que Dios les dará generosamente todo lo bueno. Habiendo sido hechas, no son increadas; pero como durarán por tiempo sin fin, recibirán el don del increado, pues él les concederá durar para siempre. De este modo Dios tendrá el primado en todo, porque es

el único increado y anterior a todos los seres, a punto de ser su causa; en cambio todos los demás seres permanecerán siempre sometidos a Dios. Pero la sumisión a Dios trae consigo la incorrupción, y la perseverancia en la incorrupción es la gloria del increado.

Mediante este orden, con dicha conveniencia y con tal modo de proceder, el hombre hecho y plasmado se convierte en la imagen y semejanza del Dios increado: con el beneplácito y mandato del Padre, mediante el ministerio y la obra formadora del Hijo, siendo el Espíritu el que nutre y da el crecimiento. El hombre, a su vez, poco a poco se desarrolla y llega a la perfección, es decir, se hace más cercano al increado. Porque perfecto es lo increado, y éste es Dios. Pues convenía que primero el hombre fuese creado, que una vez creado creciera, una vez crecido llegara a la adultez, hecho adulto se multiplicase, multiplicado se consolidase, consolidado se elevase a la gloria, y en la gloria contemplase a su Señor. Pues es a Dios a quien ha de ver, y la visión de Dios produce la incorrupción; pero «la incorrupción nos acerca a Dios» (Sab 6,19-20).

38,4. Son irrazonables, pues, los que no esperan el tiempo de su crecimiento e imputan a Dios la debilidad de su naturaleza. No se conocen ni a sí mismos ni a Dios, ingratos e insaciables, rehúsan ser aquello que fueron hechos: seres humanos sujetos a pasiones; sino que, sobrepasando la ley de la raza humana, antes de hacerse hombres pretenden ser semejantes al Dios que los hizo negando la diferencia entre el Dios increado y el ser humano creado en el tiempo. Así se hacen más irracionales que los brutos animales. Estos al menos no reprochan a Dios por no haberlos hecho humanos; sino que cada uno, a su manera, le da gracias por lo que es, porque todo lo ha recibido. En cambio nosotros le reprochamos el no haber sido hechos dioses desde el principio, sino que primero nos hizo seres humanos, y sólo después dioses; aunque Dios lo hizo en la simplicidad de su bondad, de modo que nadie lo puede juzgar de celoso y egoísta: «Yo dije: *Todos sois dioses e hijos del Altísimo*» (Sal 82[81],6). Mas, como nosotros somos incapaces de soportar el poder de la divinidad, dice: «Pero vosotros moriréis siendo humanos» (Sal 82[81],7). Declara ambas cosas: la bondad de su don y la debilidad de nuestra libertad.

Por su bondad hizo el bien a los seres humanos al crearlos libres a su semejanza; sin embargo, por su preciencia conoció la debilidad de los hombres y sus consecuencias; por su amor y poder triunfará sobre la naturaleza creada. Pues era necesario que primero apareciese la naturaleza, luego que fuera vencida, en seguida que lo mortal fuera absorbido en la inmortalidad y lo corruptible en la incorrupción (2 Cor 5,4; 1 Cor 15,53), para que el ser humano se convierta en imagen y semejanza de Dios, habiendo recibido el conocimiento del bien y del mal (Gén 3,5).

4.10. Conocimiento del bien y del mal

39,1. El hombre aprendió el bien y el mal. El bien consiste en escuchar a Dios, poner en él la fe y guardar sus mandamientos. Esto es lo que da la vida al ser humano. En cambio el mal consiste en desobedecer a Dios, lo que lo lleva a la muerte. Por su generosidad Dios dio a conocer al ser humano el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia, a fin de que el ojo de su alma por propia experiencia pueda elegir

juzgando lo que es mejor, y nunca descuide por pereza el mandato divino. Y para que por experiencia aprenda lo que es malo y le arrebata la vida, y de esta manera no se vea jamás tentado a desobedecer a Dios. En cambio puede guardar con empeño y por propia decisión la obediencia a Dios, sabiendo que en ello consiste su bien.

Por eso su conocimiento de ambas cosas va en los dos sentidos, a fin de que pueda elegir lo mejor con discernimiento. ¿Mas cómo podría discernir sobre el bien si ignorase lo que se le opone? La percepción de las cosas que tocamos es más firme y segura que la que proviene de suposición o conjetura. Así como la lengua mediante el gusto experimenta lo dulce y lo amargo, el ojo por experiencia distingue lo negro de lo blanco y la oreja por medio del oído descubre la diferencia de los sonidos, así también la mente, habiendo experimentado una y otra cosa, puede discernir sobre el bien y hacerse más firme en mantener la obediencia a Dios: ante todo por la penitencia aleja de sí la desobediencia, como cosa mala y amarga, y luego, aprendiendo por comparación lo que es contrario a lo dulce y bueno, evita ser tentado a gustar la desobediencia a Dios. Mas si alguno rehuyese conocer ambos extremos y el doble sentido al que se dirigen los pensamientos, de modo inconsciente estaría matando en sí su ser humano.

39,2. ¿Cómo podrías hacerte dios, si primero no te haces un ser humano? ¿Cómo pretendes ser perfecto, si fuiste creado en el tiempo? ¿Cómo sueñas en ser inmortal, si en tu naturaleza mortal no has obedecido a tu Hacedor? Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano, para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu artífice, que hace todas las cosas en el tiempo oportuno, y de igual manera obrará oportunamente en cuanto a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable, y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad, no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huella de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará, que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12). Mas si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacerte ingrato a Dios pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio: hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir tu fe y obediencia a él, entonces recibirás de él su arte, que te convertirá en obra perfecta de Dios.

39,3. Mas si rehúsas creer y huyes de sus manos, la culpa de tu imperfección recaerá en tu desobediencia y no en aquel que te llamó: él mandó a quien convocara a su boda: quienes no obedecieron, por su culpa se privaron de su cena regia (Mt 22,3). A Dios no le falta el arte, siendo capaz de sacar de las piedras hijos de Abraham (Mt 3,9; Lc 3,8); pero aquel que no se somete a tal arte, es causa de su propia imperfección. Es como la luz: no falta porque algunos se hayan cegado, sino que la luz sigue brillando, y los que se han cegado viven en la oscuridad por su culpa. Ni la luz obliga por la fuerza a nadie, así como Dios a nadie somete por imposición a su arte. Aquellos, pues, que se han apartado

de la luz del Padre transgrediendo la ley de la libertad, se han alejado por su culpa, pues se les concedió la libertad y el libre albedrío.

39,4. Dios, que de antemano conoce todas las cosas, preparó para unos y para otros sendas moradas: con toda bondad otorga la luz de la incorrupción a aquellos que la buscan; en cambio aparta de sí a quienes la desprecian y rechazan, huyendo por su cuenta y cegándose. Para quienes repudian la luz y escapan de él, ha preparado las tinieblas correspondientes, a las que los entregará como justo castigo. Sujetarse a Dios es el descanso eterno. Por eso quienes huyen de la luz tendrán un puesto digno de su fuga, y quienes huyen del descanso eterno también tendrán la morada que merecen los desertores. En Dios todo es bien, y por eso quienes por propia decisión huyen de Dios, a sí mismos se defraudan y privan de sus bienes. Y por ello quienes a sí mismo se han defraudado en cuanto a los bienes de Dios, en consecuencia caerán en su justo juicio. Quienes se escapan del descanso, justamente vivirán en su castigo, y quienes huyeron de la luz vivirán en tinieblas. Así como sucede con la luz de este mundo: quienes se fugan de ella, por sí mismos se esclavizan a la obscuridad, de manera que es su propia culpa si quedan privados de la luz y deben habitar en las sombras de la noche. La luz no es la causa de ese modo de vivir, como antes dijimos. De igual modo, quienes evaden la luz eterna que contiene en sí todos los bienes, por su propia culpa vivirán en las tinieblas eternas, privados de todo bien, pues ellos mismos han construido su propio tipo de morada.

4.11. Por eso el premio y el castigo

40,1. Por consiguiente es uno y el mismo el Dios y Padre, que en su casa prepara bienes para quienes lo buscan, viven en su comunión y perseveran en su obediencia; mas también ha preparado el fuego eterno para el diablo, príncipe de la apostasía, y para los ángeles que con él se le apartaron. El Señor dice que serán arrojados al fuego aquellos que están a su izquierda (Mt 25,41). Y lo mismo dice el profeta: «Yo soy un Dios celoso, construyo la paz y condeno el mal» (Is 45,7). Construye la paz para quienes se arrepienten y se convierten a El: los llama a la amistad y a la unidad. En cambio prepara el fuego eterno y las tinieblas exteriores, grandes males para quienes caen en ellos, para los impenitentes que huyen de su luz.

4.12. Parábolas del juicio

40,2. Mas si fuese uno el Padre que da el descanso, y otro el Dios que preparó el fuego, también habrían de ser diversos los hijos: uno que conduciría al Reino del Padre, y otro al fuego eterno. Pero el Señor que juzgará a todo el género humano se mostró uno y el mismo: «Como el pastor separa las ovejas de los cabritos» (Mt 25,32), a unos les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para vosotros» (Mt 25,34), y a otros: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41). Con estas palabras muestra de modo evidente que también su Padre es uno solo y el mismo, «el que construye la paz y condena el mal», el que prepara para unos y otros lo que merecen, así como el único juez enviará a unos y otros al puesto justo.

Lo mismo manifestó el Señor en la parábola del trigo y la cizaña: «Como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin de los tiempos. El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles a recoger de su reino todos los escándalos y a los que han obrado con iniquidad para arrojarlos al horno de fuego: allí habrá sólo llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre» (Mt 13,40-43). El mismo Padre que preparó para los justos el reino al que su Hijo hace entrar a quienes son dignos, así también preparó el horno de fuego para quienes por mandato del Señor serán arrojados en él por los ángeles que enviará el Hijo del Hombre.

40,3. El había sembrado semilla buena en su campo (Mt 13,24), y dice: «El campo es el mundo; pero mientras los hombres dormían, el enemigo vino y sembró encima cizaña entre el trigo, y se marchó» (Mt 13,25.38). Desde entonces el enemigo es el ángel apóstata, desde el día en que tuvo celos de la creatura de Dios, y se empeñó en hacerla enemiga de Dios. Por eso Dios también separó de su comunión al que en oculto y por su cuenta había sembrado la cizaña, esto es la transgresión que él mismo provocó; en cambio se compadeció del hombre que por negligencia aceptó la desobediencia, e hizo rebotar la enemistad por la cual aquél lo había querido hacer enemigo de Dios, contra el mismo autor de la enemistad; quitó su enemistad contra el hombre para echarla contra la serpiente. Como dice la Escritura que dijo él a la serpiente: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y el linaje de la mujer: él te quebrantará la cabeza, mientras tú acecharás su talón» (Gén 3,15). El Señor recapituló en sí mismo esta enemistad, como un hombre «nacido de mujer» (Gál 4,4), y le aplastó la cabeza, como lo hemos explicado en nuestro libro precedente.

4.13. Los hijos del maligno

41,1. El afirmó que algunos de los ángeles pertenecen al diablo, y para ellos se preparó el fuego eterno (Mt 25,41). También dice en la parábola de la cizaña: «La cizaña son los hijos del maligno» (Mt 13,38). Por eso debemos decir que adscribió a todos los apóstatas a aquel que es el iniciador de la transgresión. No es que (el demonio) haya creado en cuanto a su naturaleza a los ángeles y a los seres humanos. En efecto, nada se halla (en la Escritura) que el diablo haya hecho, pues él mismo es una creatura de Dios, como lo son los demás ángeles. Dios fue quien hizo todas las cosas, como dice David: «Dijo, y todas las cosas fueron hechas; lo mandó, y fueron creadas» (Sal 33[32],9).

41,2. Y como Dios creó todas las cosas, pero el diablo se convirtió en causa de la apostasía propia y de los otros, con justicia la Escritura a quienes perseveran en la apostasía siempre los llama hijos del diablo y ángeles del maligno. Según hemos explicado anteriormente, de dos maneras se puede llamar *hijo* a una persona: o por naturaleza, en cuanto que es hijo de nacimiento; o porque se hace hijo y se le tiene por tal. Y hay diferencia entre nacer y hacerse: porque el primero nace de otro; en cambio el segundo es hecho por otro, es decir, o en cuanto a su ser o en cuanto a la enseñanza doctrinal; pues suele llamarse hijo de un maestro también a quien éste educa con su palabra, y al maestro se le llama padre. En cambio, por naturaleza todos somos hijos de Dios por la creación, pues él nos ha hecho. Mas en cuanto a la obediencia y la doctrina,

no todos son hijos de Dios, sino los que creen en él (Jn 1,12) y hacen su voluntad (Mt 12,50). Quienes no creen ni hacen su volutad son hijos y ángeles del diablo, porque hacen la voluntad del diablo (Jn 8,41.44). Por eso dice Isaías: «Hijos crié y elevé, pero ellos me despreciaron» (Is 1,2). Y también los llama hijos de extraños: «Esos hijos extranjeros me engañaron» (Sal 18[17],46). Por naturaleza son sus hijos, porque él los hizo; pero por sus obras no son sus hijos.

41,3. Entre los seres humanos, los hijos rebeldes a sus padres que reniegan de ellos, son hijos por naturaleza; pero por ley se pueden enajenar, pues sus padres naturales los desheredan. De modo semejante quienes no obedecen a Dios y reniegan de él, dejan de ser sus hijos. Por eso no pueden recibir su herencia, como dice David: «Desde antes de nacer se corrompen los malvados, su veneno es semejante al de la víbora» (Sal 58[57],4-5). Por eso el Señor, sabiendo que eran hijos de seres humanos, sin embargo les llamó «raza de víboras» (Mt 23,33), pues se parecen a esos animales por su modo tortuoso de moverse para dañar a los demás: «Cuidaos, dijo, de la levadura de los fariseos y saduceos» (Mt 16,6). Y afirmó de Herodes: «Id y decid a esa zorra» (Lc 13,32), para dar a entender su dolo y su astucia llena de malicia. Por eso el profeta Jeremías dijo: «El hombre a quien se eleva a los honores se convierte en bestia» (Sal 49[48],21). Y también: «Se hicieron como caballos en celo ante la hembra, cada uno de ellos relincha por la mujer del prójimo» (Jer 5,8).

Isaías, predicando en Judea en disputa con Israel los llamaba «príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra» (Is 1,10). Así daba a entender que ellos se habían hecho semejantes a los sodomitas, por la transgresión y por cometer los mismos pecados: por la semejanza de sus actos los llamó con la misma palabra. No es que Dios los hubiera hecho así por naturaleza, ya que ellos podían obrar justamente, pues les dijo dándoles un buen consejo: «Lavaos, purificaos, arrojad de vuestros corazones la maldad ante mis ojos, apartaos de vuestras iniquidades» (Is 1,16); porque ellos cometían pecado como los sodomitas, también como ellos recibirían el castigo; mas si se convertían, hacían penitencia y se apartaban de sus maldades, podían volver a ser hijos de Dios y alcanzar la herencia de la incorrupción que él otorga. En este sentido llamó a quienes creen en el diablo y actúan según sus obras, ángeles del diablo e hijos del maligno. Uno y el mismo Dios los creó a todos en un principio; cuando creen en Dios, lo obedecen, perseveran en guardar su doctrina, son hijos de Dios; mas cuando se apartan de él y pecan, se les adscribe al diablo, el cual desde el principio se convirtió en causa de la apostasía, propia y de los otros.

Conclusión

41,4. Puesto que son muchas las palabras del Señor que anuncian a un solo y el mismo Padre Creador de este mundo, era necesario que nos explayásemos ampliamente en refutar a quienes están atrapados en muchos errores, con la esperanza de que, habiendo sido rebatidos de tantas maneras, se conviertan a la verdad y puedan salvarse. Mas es preciso que a todo este escrito, en seguida de las palabras del Señor, añadamos también la doctrina de Pablo y examinemos su enseñanza. Al exponer al Apóstol,

aclaramos todos aquellos dichos de Pablo que los herejes, o no han entendido en absoluto, o han explicado optando por otras interpretaciones. De este modo ponemos en evidencia su insensata demencia y, a partir del mismo Pablo, del cual toman ocasión para cuestionarnos, desenmascaramos sus mentiras al exponer cómo el Apóstol predicó la verdad, y que todo cuanto enseñó concuerda con ella: que uno solo es el Dios Padre que habló a Abraham, envió de antemano a los profetas, en los últimos tiempos envió a su Hijo, y otorga la salvación a su plasma, que es la substancia de la carne.

Por consiguiente, en el próximo libro expondremos las restantes palabras del Señor mediante las cuales, en forma directa y sin parábolas, enseñó la doctrina sobre el Padre. En seguida agregaremos una exposición acerca de las cartas del Santo Apóstol. Con esta útima tarea te ofreceremos un trabajo completo de *«denuncia y refutación de la falsa gnosis»*. A ti y a nosotros estos cinco libros nos servirán de ejercicio para rebatir a todos los herejes.

LIBRO V:

LA RESURRECCION DE LA CARNE

Prólogo

Mis hermano querido, en los primeros cuatro libros que te hemos enviado, han quedado refutados todos los herejes, y desenmascaradas las doctrinas que ellos enseñan, así como también sus mal interpretadas teorías. Conocimos algunas de ellas a través de las explicaciones que nos llegaron mediante sus escritos, otras por medio de la conclusión que se sigue de todos sus argumentos. También hemos expuesto la verdad y mostrado la predicación de la Iglesia, que, como hemos demostrado, corresponde a la proclamación de los profetas, Cristo la ha llevado a la perfección, los Apóstoles la han transmitido, y la Iglesia la ha recibido en todo el universo. Esta es la única que, como fiel custodio, la trasmite a sus hijos. Igualmente hemos resuelto todas las cuestiones que los herejes nos proponen; y hemos explicado la doctrina apostólica, y expuesto muchas verdades que el Señor realizó y enseñó por medio de parábolas.

En este quinto libro de toda la obra, sobre *la Exposición y refutación de la falsa gnosis*, trataremos de mostrar cuanto se refiere al resto de la doctrina de nuestro Señor y de las cartas de los Apóstoles, tal como nos has pedido. Obedecemos a tu mandato, porque nuestra misión es el servicio de la Palabra (Hech 6,4). Por eso elaboramos esta doctrina hasta donde da nuestra capacidad, usando todos los medios posibles, a fin de proporcionarte una ayuda contra los ataques de los herejes, para volver a conducir y convertir a la Iglesia de Dios a quienes han errado, y para confirmar a los neófitos, de manera que sean capaces de mantenerse firmes en la fe que recibieron custodiada por la Iglesia. De este modo no podrán engañarlos aquellos que les enseñan mal, tratando de apartarlos de la verdad.

Conviene que tú y cuantos lean este escrito se informen cuidadosamente de cuanto hemos dicho anteriormente, para que conozcan los argumentos mismos que hemos refutado. Siguiendo este camino podréis oponeros a ellos y estar preparados para acoger las pruebas contra sus errores; y seréis capaces de tirar como estiércol sus doctrinas, con la fe que viene del cielo, siguiendo al único Maestro verdadero, el Verbo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, quien por su inmenso amor (Ef 3,19) se hizo lo que nosotros somos, a fin de elevarnos a lo que él es.

CAPÍTULO 1.

La resurrección de la carne

1.1. Fin de la encarnación

1,1. Porque nosotros no habríamos podido aprender de otra manera las cosas divinas, si nuestro Maestro, el Verbo, no se hubiese hecho hombre; ni algún otro podía narrarnos las cosas del Padre (Jn 1,18), sino su propio Verbo: «¿Pues quién (fuera de él) conoce la mente del Señor? ¿o quién es su consejero?» (Rom 11,34). Ni nosotros habríamos podido aprender de otro modo, sino viendo a nuestro Maestro y participando de su voz con nuestros oídos, como imitadores de sus obras, que se hacen cumplidores de sus palabras (Sant 1,22), que tienen comunión con él (1 Jn 1, 6). Nosotros, los que hemos nacido recientemente, recibimos el crecimiento del que es perfecto y anterior a toda la creación, y el único bueno y excelente; y a semejanza de aquél, para obtener de él el don de la incorrupción, puesto que hemos sido predestinados a existir (Ef 1,11-12) cuando aún no existíamos, según el preconocimiento del Padre (1 Pe 1,2); y comenzamos a existir por el ministerio del Verbo en los tiempos prefijados.

El es completo en todo, como Verbo poderoso y hombre verdadero, y nos compró con su sangre a la manera propia del Verbo (Col 1,14), dándose a sí mismo en rescate (1 Tim 2,6) por los que habíamos sido hechos cautivos. Y como de modo injusto dominaba sobre nosotros la apostasía, y siendo nosotros, por naturaleza, propiedad de Dios todopoderoso, nos enajenó contra naturaleza y nos hizo sus discípulos; como el Dios Verbo es poderoso y no falla en la justicia, justamente se volvió contra esa apostasía, para redimir de ella lo que era suyo; no por la fuerza, como aquélla había dominado nuestros inicios arrebatando insaciablemente lo que no era suyo; sino por persuasión, como convenía a un Dios que persuade y que no nos fuerza a recibir lo que él quiere; de modo que ni se destruyese lo que es justo ni se perdiese la antigua criatura de Dios.

Así pues, el Señor nos redimió con su propia sangre (Col 1,14), dando su vida por la nuestra y su carne por nuestra carne, y derramando el Espíritu del Padre para la unidad y comunión entre Dios y los hombres. Así trajo a Dios a los hombres mediante el Espíritu; y levantando los hombres a Dios por medio de su propia carne, por su venida nos otorgó su inmortalidad de manera firme y verdadera, mediante la comunión con él. Con esto se destruyen todas las doctrinas de los herejes.

1.2. Contra los docetas

1,2. Están locos, pues, quienes dicen que él se manifestó en apariencia; porque estas cosas no sucedían en apariencia, sino en la substancia de la verdad. Porque si no siendo hombre aparecía como hombre, entonces no habría seguido siendo en verdad lo que era, Espíritu de Dios, ya que el Espíritu es invisible; ni habría alguna verdad en él, ya que no

era lo que parecía. Ya hemos dicho que Abraham y los demás profetas lo habían visto proféticamente, y habían profetizado por la visión lo que habría de ser en el futuro. Pero si luego apareció sin ser aquello que parecía, entonces habría sido para los hombres sólo una visión profética, y entonces habría que esperar la venida de aquél, tal como debía ser según se vería entonces en aparición profética. Ya hemos demostrado que es lo mismo afirmar que se manifestó en apariencia, y que nada tomó de María; porque no habría tenido verdadera carne y sangre para por ellas redimirnos, si no hubiese recapitulado en sí la antigua criatura de Adán. Están pues locos los valentinianos que esto enseñan, porque anulan la vida de la carne al rechazar la obra modelada por Dios.

1,3. También están locos los ebionitas cuando rechazan la unión de Dios y del hombre, porque no lo reciben por la fe en su alma. Perseveran en el viejo fermento de su viejo origen, y no quieren comprender que el Espíritu Santo descendió sobre María, y el poder del Altísimo la cubrió. Por eso el que fue engendrado es santo e Hijo de Dios Altísimo, Padre de todas las cosas, el cual, llevando a cabo la encarnación, reveló un nuevo nacimiento. Pues así como por el viejo nacimiento heredamos la muerte, así por este nacimiento heredamos la vida.

De esta manera ellos condenan la mezcla del vino celeste, y quieren ser sólo agua mundana, y por eso no aceptan que Dios entre en comunión con ellos; sino que perseveran en aquel Adán vencido y echado del paraíso. No miran que, así como al principio el aliento de vida que Dios sopló en Adán, al unirse con la criatura plasmó al hombre, mostrándolo animal racional, así también al final el Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, unido a la substancia de Adán como a su antigua criatura, lo transforma en hombre viviente y perfecto, y capaz de recibir al Padre perfecto. De este modo, así como todos hemos muerto en la condición animal, así también todos tendremos la vida en la espiritual. Porque Adán jamás escapó de las manos de Dios, a las cuales el Padre dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26). Por eso, al final, no por deseo de la carne ni por deseo de varón (Jn 1,13), sino por el beneplácito del Padre, sus manos llevaron a plenitud al hombre viviente, para que se haga conforme a la imagen y semejanza de Dios.

1.3. Contra los marcionitas

2,1. Igualmente están locos quienes afirman que el Señor vino a lo que no era suyo, como si hubiese anhelado lo ajeno, a fin de presentar a un hombre hecho por otro, a un Dios que ni lo habría hecho ni creado; sino que habría quedado desde el principio privado de su propia hechura humana. Su venida habría sido injusta, pues según ellos habría venido a lo que no le pertenecía; ni nos habría redimido con su sangre si no se hubiese hecho hombre verdadero, para restaurar a su creatura; pues, según dice la Escritura, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26). De este modo, no arrebató dolosamente lo ajeno, sino que asumió con justicia y benignidad lo que era suyo: con justicia en cuanto a la apostasía, pues con su sangre nos liberó de ella (Col 1,14); y con benignidad respecto a nosotros, los que hemos sido redimidos. Pues ni nosotros le hemos dado nada (Rom 11,35) para merecerlo, ni él necesita de nosotros

como si fuese un indigente; pues somos nosotros a quienes hace falta cuanto nos lleva a la comunión con él. Por eso se entregó generosamente a sí mismo, a fin de reunirnos en el seno del Padre.

1.4. Contra quienes niegan la resurrección: la Eucaristía

2.2. Están enteramente locos quienes rechazan toda la Economía de Dios, al negar la salvación de la carne y despreciar su nuevo nacimiento, pues dicen que ella no es capaz de ser incorruptible. Pues si ésta no se salva, entonces ni el Señor nos redimió con su sangre, ni el cáliz de la Eucaristía es comunión con su sangre, ni el pan que partimos es comunión con su cuerpo (1 Cor 10,16). Porque la sangre no puede provenir sino de las venas y de la carne, y de todo lo que forma la substancia del hombre, por la cual, habiéndola asumido verdaderamente el Verbo de Dios, nos redimió con su sangre. Como dice el Apóstol: «En él tenemos la redención por su sangre y la remisión de los pecados» (Col 1,14). Y, como somos sus miembros (1 Cor 6,15) y nos alimentamos por medio de creaturas, él mismo nos facilita su creación, haciendo salir el sol y llover como él quiere (Mt 5,45). Pues él mismo confesó que el cáliz, que es una creatura, es su sangre (Lc 22,20; 1 Cor 11,25), con el cual hace crecer nuestra sangre; y el pan, que es también una creatura, declaró que es su propio cuerpo (Lc 22,19; 1 Cor 11,24), con el cual hace crecer nuestros cuerpos.

2.3. En consecuencia, si el cáliz mezclado y el pan fabricado reciben la palabra de Dios para convertirse en Eucaristía de la sangre y el cuerpo de Cristo, y por medio de éstos crece y se desarrolla la carne de nuestro ser, ¿cómo pueden ellos negar que la carne sea capaz de recibir el don de Dios que es la vida eterna, ya que se ha nutrido con la sangre y el cuerpo de Cristo, y se ha convertido en miembro suyo? Cuando escribe el Apóstol en su Carta a los Efesios: «Somos miembros de su cuerpo» (Ef 5,30), de su carne y de sus huesos, no lo dice de algún hombre espiritual e invisible -pues «un espíritu no tiene carne ni huesos» (Lc 24,39)- sino de aquel ser que es verdadero hombre, que está formado por carne, huesos y nervios, el cual se nutre de la sangre del Señor y se desarrolla con el pan de su cuerpo.

Cuando una rama desgajada de la vid se planta en la tierra, se pudre, crece y se multiplica por obra del Espíritu de Dios que todo lo contiene. Luego, por la sabiduría divina, se hace útil a los hombres, y recibiendo la Palabra de Dios, se convierte en Eucaristía, que es el cuerpo y la sangre de Cristo. De modo semejante también nuestros cuerpos, alimentados con ella y sepultados en la tierra, se pudren en ésta para resucitar en el tiempo oportuno: es el Verbo de Dios quien les concede la resurrección, para la gloria de Dios Padre (Fil 2,11). Este es quien transforma lo mortal en inmortal, y a lo corruptible concede gratuitamente hacerse incorruptible (1 Cor 15,53), pues el poder de Dios se manifiesta en la debilidad (2 Cor 12,9).

Por eso no debemos presumir de tener la vida por nosotros mismos, pues esto sería levantarse contra Dios, con una mente ingrata. Al contrario, por la experiencia hemos de aprender que de su grandeza, y no de nuestra naturaleza, recibimos como don el vivir para siempre. Así pues, ni vayamos alguna vez a privarnos de la gloria que de Dios

procede, ni ignoremos lo que es nuestra naturaleza; sino que hemos de saber cuál es el alcance del poder divino, y qué recibe el hombre en razón de beneficio. De este modo no erraremos acerca de la verdadera comprensión de lo que es propio de Dios y de lo que al hombre corresponde. ¿O acaso, como antes hemos dicho, no ha permitido Dios que nosotros nos desintegremos (en la tierra), a fin de que por todos los medios hagamos el esfuerzo por aprender, venciendo la ignorancia sobre Dios y sobre nosotros mismos?

1.5. Obra del poder del Padre en la carne

3,1. En su segunda Carta a los Corintios el Apóstol muestra con toda claridad que el hombre fue dejado a su propia debilidad, no fuese a suceder que, por orgullo, se apartase de la verdad: «Y para que por la sublimidad de las revelaciones no me engría, se me dio el aguijón de la carne, un ángel de Satanás que me abofetea. Por eso le pedí al Señor que me lo quitara, pero él me dijo: *Te basta mi gracia, porque el poder se perfecciona en la debilidad*. Por este motivo me glorío en mis debilidades, a fin de que habite en mí el poder de Cristo» (2 Cor 12,7-9). ¡Cómo! -te dirá alguno-, ¿el Señor quiso que su Apóstol fuese abofeteado y que sufriera tal debilidad? Sí, te dice la Palabra, «porque el poder se perfecciona en la debilidad», haciendo mejor a aquel que por su debilidad descubre la potencia de Dios. Pues, ¿de qué otra manera el hombre podía reconocerse débil y mortal por naturaleza, y a Dios inmortal y poderoso, si no hubiese aprendido por propia experiencia lo que son uno y otro?

Ningún mal hay en descubrir la propia debilidad al sufrirla, pues éste es mayor bien que errar acerca de la propia naturaleza. En cambio, alzarse contra Dios y presumir de la gloria como si fuese propia, torna ingrato al hombre, lo cual le causa mucho daño; pues le arrebata al mismo tiempo la verdad y el amor que debe a aquel que lo hizo. Pero la experiencia de lo uno y de lo otro le proporciona el verdadero saber acerca de Dios y del hombre, y aumenta en éste el amor a Dios; pues ahí donde abunda el amor, ahí también se acrecienta la gloria, por el poder de Dios, de aquellos que lo aman.

3.2. Desprecian el poder de Dios y no contemplan la verdad, quienes miran la debilidad de la carne sin contemplar también el poder de aquel que la resucita de entre los muertos (Heb 11,19). Si no da la vida a lo mortal ni la incorrupción a lo corruptible, entonces Dios deja de ser poderoso. Pero, que en todas estas cosas Dios manifiesta su poder, lo podemos descubrir en nuestro origen, pues Dios modeló al hombre del barro de la tierra (Gén 2,7). Y, sin embargo, es más difícil y duro de creer que han sido hechos de la nada los huesos, los nervios y las venas y toda la estructura del hombre para que éste exista como un animal racional, que el volver a reintegrar a aquel que había sido creado y luego se había deshecho en la tierra, regresando a aquellos elementos de los que al principio había sido plasmado cuando aún no existía. Porque aquel que a los comienzos hizo que existiera lo que no existía, cuando él lo quiso, mucho más, según su voluntad, volverá de nuevo a restituir a la vida a aquéllos a quienes él se la ha dado.

Se descubrirá que la carne es capaz de recibir el poder de Dios, así como al principio acogió su arte. Una parte de ésta llegó a ser ojo que ve, otra oído que oye, otra mano que obra y palpa, otra nervios extendidos por todo el cuerpo para dar forma a los

miembros, otra arterias y venas por las que circulan la sangre y la respiración, otra vísceras diversas, otra sangre, dando lugar a la unión del alma con el cuerpo.¿Qué más decir? No es posible enumerar todos los elementos de los miembros humanos, que no provienen de otra fuente sino de la grande sabiduría de Dios (Sal 104[103],24). Pues todo aquello que participa de la sabiduría de Dios, también tiene parte en su poder.

3.3. La carne, pues, no está privada de la sabiduría y del poder de Dios: porque el poder de aquel que le da la vida, se muestra en la debilidad (2 Cor 12,9), esto es, en la carne. Si esto es así, que quienes hipotizan que la carne no es capaz de la vida como don de Dios nos digan si ellos mismos en este momento viven y participan de esta vida, o si se consideran ahora mismo ya muertos. Mas si están muertos, ¿cómo se mueven, hablan y realizan todas aquellas obras propias de vivos y no de muertos? Pero si ahora viven y todo su cuerpo está lleno de vida, ¿confiesan que tienen vida en el presente? Porque si no, serían como aquel que, teniendo en la mano una esponja llena de agua o una antorcha encendida, dijese que una esponja no es capaz de contener agua o una antorcha fuego. De manera semejante ellos, diciendo vivir y alegrándose de tener vida en sus miembros, teorizan que sus miembros no son capaces de la vida. Y eso que esta vida temporal, siendo mucho más débil que la eterna, sin embargo es tan poderosa que puede vivificar nuestros cuerpos mortales (Rom 8,11). ¿Por qué la vida eterna no será capaz de vivificar la carne ya ejercitada y acostumbrada a llevar la vida?

Que la carne participe de la vida verdadera, se muestra por la misma vida presente: pues vive en cuanto Dios quiere que viva. Y que Dios es poderoso para dar la vida, es evidente: pues nosotros vivimos porque él nos ha concedido la vida. Y siendo Dios poderoso para dar la vida a su creatura, siendo capaz de vivificar la carne, ¿qué puede impedir que la carne pueda recibir la incorrupción, la cual no es sino una larga vida sin fin que Dios concede?

1.6. El Padre que ellos predican es falso

4,1. Aquellos que fabrican otro Padre al que llaman bueno, fuera del Demiurgo se engañan a sí mismos; pues, al afirmar que no es él quien vivifica a nuestros cuerpos, lo suponen débil, inútil y negligente, por no decir egoísta y celoso. Pues ellos mismos dicen que muchas cosas, de todos conocidas, son inmortales, como el espíritu, el alma y otras semejantes, porque el Padre les da la vida; pero éste deja otras cosas, las cuales no podrían dar la vida si Dios no se la da; eso prueba que tal Padre de ellos es débil e impotente, e incluso celoso y envidioso. Ya hemos expuesto cómo el Demiurgo da vida a nuestros cuerpos mortales en este mundo y, como lo ha prometido por los profetas, les dará la resurrección: ¿quién puede mostrarse más poderoso, más fuerte y realmente bueno? ¿el Demiurgo, que da vida a todo el ser humano, o el que ellos falsamente llaman Padre, el cual finge dar la vida a aquellos seres que son por naturaleza inmortales, pero que abandona a aquellos que necesitan de su ayuda para vivir, no dándoles benignamente la vida, sino dejándolos negligentemente en la muerte? Este, al que ellos llaman Padre, ¿o no les da la vida aunque podría dársela, o no se la da porque pudiendo no quiere hacerlo? Si no lo hace porque no está en su poder, entonces dicho Padre no es poderoso ni

perfecto como el Demiurgo: pues el Demiurgo da la vida, como se ve claramente, mientras aquél no podría darla. Si en cambio no lo hace porque pudiendo dar la vida no la quiere dar, entonces dicho Padre no es bueno, sino egoísta y negligente.

4,2. Mas si ellos aducen otra causa por la cual el que ellos llaman Padre no da la vida a los cuerpos, por fuerza dan a entender que tal causa es más poderosa que el Padre; porque dicha causa limitaría su bondad, y por tanto su benignidad quedaría debilitada por la pretendida causa. Pues que los cuerpos son capaces de recibir la vida, es para todos evidente: porque viven según Dios quiere que vivan; por este motivo ellos no pueden alegar que los cuerpos sean incapaces de vivir. Pero si, pudiendo participar de la vida, no la reciben por otra causa o necesidad, en tal caso el Padre que ellos hipotizan está sujeto a tal necesidad o causa, y por tanto no es libre y dueño de sus decisiones.

1.7. El poder del Dios que da la vida

5,1. Si Dios lo quiere, los cuerpos humanos pueden vivir mucho tiempo. Si leen las Escrituras, encontrarán que hombres de la antigüedad superaron los 700, 800 o 900 años: sus cuerpos alcanzaban a vivir largo tiempo, y gozaban de la vida cuanto Dios quería que ellos viviesen. ¿Qué decir sobre ellos? Enoc fue agradable a Dios, y fue trasladado en su cuerpo (Gén 5,24) a la otra vida, para indicar la sobrevivencia de los justos. Y Elías fue asumido en su substancia criatural (2 Re 2,11), como un anuncio profético de la asunción de los hombres espirituales. El cuerpo no les impidió ser trasladados y asumidos; porque los trasladaron y asumieron las mismas manos que al principio los habían creado.

Las manos de Dios se habían acostumbrado en Adán a ordenar, sostener y apoyar a su criatura, y a ponerla y cambiarla a donde querían. ¿Dónde fue colocado el primer hombre? En el paraíso, como dice la Escritura: «Y Dios plantó un jardín en el Edén, hacia el oriente, y ahí puso al hombre que había formado» (Gén 2,8). De ahí fue arrojado a este mundo, una vez que pecó. Por eso dicen los presbíteros, discípulos de los Apóstoles, que allá se llevó a quienes fueron trasladados (porque el paraíso se preparó para los justos, portadores del Espíritu: ahí fue elevado también Pablo, que escuchó palabras inefables para quienes vivimos en este mundo: 2 Cor 12,4). Allí permanecen hasta la consumación (de los siglos) preludiando la incorrupción.

5,2. Hay quienes juzgan imposible que algunos hombres hayan vivido tanto tiempo, y que Elías haya sido arrebatado en la carne, habiendo sido consumida su carne en el carro de fuego (2 Re 2,11). Ese tal caiga en la cuenta de que también Jonás, arrojado al mar y absorbido en el vientre de la ballena, por mandato de Dios de nuevo fue echado salvo a tierra (Jon 1-2). Igualmente Ananías, Azarías y Misael, arrojados al horno de fuego encendido siete veces, ni sufrieron daño ni olieron a carne quemada (Dan 3). En todos ellos la mano de Dios realizó estas cosas impensadas e imposibles a la naturaleza humana. ¿Por qué admirarse, pues, si también en aquellos que mueren obra algo para nosotros impensado, sujeto a la voluntad del Padre? Dicha mano es el Hijo de Dios, según dice la Escritura que el rey Nabucodonosor exclamó: «¿Acaso no he echado al horno a tres varones? Pues yo veo a cuatro caminar en medio del fuego, y el cuarto parece el Hijo de Dios» (Dan 3,91-92).

Por consiguiente, ni la naturaleza de todas las cosas creadas, ni la debilidad de la carne, son más fuertes que la voluntad divina. Dios no está sujeto a las cosas que ha hecho, sino éstas a él, y en todo sirven a su voluntad. Por eso dice el Señor: «Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios» (Lc 18,27). Pues así como a quienes ignoran las economías de Dios les es imposible entender que algún ser humano pueda vivir tantos años, así también algunos que vivieron antes que nosotros siguen viviendo después de haber sido trasladados (al cielo), según la longevidad que los primeros prefiguraron (Sal 23[22],6), al salir salvos del vientre de la ballena y del horno ardiente: porque eran llevados por la mano de Dios, para mostrar su poder. Lo mismo sucede ahora, aunque haya quienes, ignorando el poder y la promesa de Dios, se oponen a su propia salvación; pues juzgan imposible que Dios resucite a los muertos a fin de concederles durar para siempre. Mas la incredulidad de éstos no puede anular la fidelidad de Dios (Rom 3,3).

1.8. Quiénes son los hombres espirituales

6.1. Dios será glorificado en su criatura que por su bondad ha hecho semejante a él, y conforme a la imagen de su Hijo. Pues el hombre, y no sólo una parte del hombre, se hace semejante a Dios, por medio de las manos de Dios, esto es, por el Hijo y el Espíritu. Pues el alma y el Espíritu pueden ser partes del hombre, pero no todo el hombre; sino que el hombre perfecto es la mezcla y unión del alma que recibe al Espíritu del Padre, y mezclada con ella la carne, que ha sido creada según la imagen de Dios. Por eso dice el Apóstol: «Hablamos de la sabiduría de los perfectos» (1 Cor 2,6); llamando perfectos a quienes recibieron el Espíritu de Dios, y que hablan en todas las lenguas por el Espíritu de Dios, como él mismo hablaba.

También nosotros hemos oído a muchos hermanos en la Iglesia, que tienen el don de la profecía, y que hablan en todas las lenguas por el Espíritu, haciendo público lo que está escondido en los hombres y manifestando los misterios de Dios, a quienes el Apóstol llama espirituales (1 Cor 2,15): éstos son espirituales, porque participan del Espíritu; pero no desnudos y privados de la carne, como si lo recibiesen sólo de manera desnuda. Pues si alguien prescindiera de la substancia de la carne, esto es de la criatura, y quisiera entender lo anterior como dicho sólo del puro espíritu, entonces no se podría hablar de que el hombre en cuanto tal es espiritual, sino sólo del espíritu del hombre y del Espíritu de Dios (1 Cor 2,11). Mas este Espíritu se une a la criatura al mezclarse con el alma; y así por la efusión del Espíritu, el hombre se hace perfecto y espiritual: y éste es el que ha sido hecho según la imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26). Si le faltase el Espíritu al alma, entonces seguiría como tal, siendo animado; pero quedaría carnal, en cuanto se le dejaría siendo imperfecto: tendría la imagen en cuanto criatura, pero no recibiría la semejanza por el Espíritu.

Pues así como éste sería imperfecto, así también, si alguno suprimiera la imagen y despreciara la creatura, ya no podría hablar de todo el hombre, sino sólo o de una parte del hombre (como arriba dijimos) o de algo distinto del hombre. No es que la sola carne creada sea de por sí el hombre perfecto, sino que es sólo el cuerpo del hombre y una

parte suya. Pero tampoco sola el alma es ella misma el hombre; sino que es sólo el alma del hombre y una parte del hombre. Ni el Espíritu es el hombre: pues se le llama Espíritu y no hombre. Sino que la unión y mezcla de todos éstos es lo que hace al hombre perfecto. Por eso el Apóstol, manifestándose a sí mismo, explicó que el hombre espiritual y perfecto es el que se salva, según afirma en la primera Epístola a los Tesalonicenses: «El Dios de la paz os santifique y haga perfectos, y que todo vuestro ser, Espíritu, alma y cuerpo, permanezcan sin mancha hasta la venida del Señor Jesucristo» (1 Tes 5,23). ¿Y qué otro motivo tenía para suplicar que hasta la venida del Señor perseverasen íntegros y perfectos estos tres, o sea el alma, el cuerpo y el Espíritu, si no supiese que era única y la misma, la salvación de todos los tres íntegros y unidos? Por eso llama perfectos a quienes muestran al Señor estos tres elementos sin mancha. Son, pues, perfectos quienes tuviesen en sí de modo permanente al Espíritu de Dios, conservando sin mancha el cuerpo y el alma. Al decir «de Dios», se refiere a los que conservan la fe en Dios, y mantienen la justicia respecto a su prójimo.

1.9. Por qué resucita la carne

6,2. Por eso dice que la carne plasmada es templo de Dios: «¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno violase el templo de Dios, Dios lo destruirá; porque el templo de Dios es sagrado, y éste sois vosotros» (1 Cor 3,16). Abiertamente llama templo al cuerpo en el cual habita el Espíritu. Así como dice el Señor: «*Destruid este templo, y en tres días lo resucitaré*. Y esto lo dijo refiriéndose a su cuerpo» (Jn 2,19.21). Pero no sólo sabe que nuestros cuerpos son templos, sino que son templos de Cristo, como cuando dice a los Corintios: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y tomaré los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta?» (1 Cor 6,15). No afirma esto de ningún otro hombre espiritual; pues tampoco se abrazó él a una meretriz: sino que se refiere a nuestro cuerpo (esto es, al que vive en la santidad y pureza), cuando lo llama miembro de Cristo; porque éste es el que, al unirse a una meretriz, se hace miembro de la meretriz. Por eso dice: «Si alguno violase el templo de Dios, Dios lo destruirá» (1 Cor 3,17). Pues si alguno afirma que el templo de Dios, en el cual habita el Espíritu del Padre, y los miembros de Cristo no participan de la salvación, sino que están condenados a la perdición, ¿no dirá la más grande blasfemia? Y porque nuestros cuerpos no resucitan en virtud de su propia naturaleza, sino por la virtud de Dios, escribe a los Corintios: «El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Dios resucitó al Señor, y nos resucitará por su poder» (1 Cor 6,13-14).

1.10. La garantía de nuestra resurrección

7,1. Así como Cristo resucitó en su carne y mostró a los discípulos los agujeros de los clavos y la abertura del costado (Jn 20,20-27), lo cual es signo de la carne que resucitó de entre los muertos; de manera semejante, dice, nos resucitará por su poder (1 Cor 6,14). Y también dice a los Romanos: «Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará vida también a vuestros cuerpos mortales» (Rom 8,11).¿Cuáles son estos cuerpos

mortales? ¿Acaso las almas? Pero las almas son incorpóreas, en comparación con nuestros cuerpos mortales: en el hombre Dios «sopló sobre su cara el soplo de vida, y el hombre se convirtió en alma viviente» (Gén 2,7). Este es el soplo de la vida no corpórea. Ni siquiera ellos pueden tachar de mortal al alma, que es el soplo de vida. Por eso David dice: «Y mi alma vivirá para Dios» (Sal 22[21],31), refiriéndose a la substancia inmortal que en él habitaba. Tampoco pueden ellos llamar al Espíritu un cuerpo mortal.

¿Qué queda, pues, por llamar cuerpo mortal, sino el plasma, o sea la carne, de la cual se afirma que Dios le dará la vida? Esta es la que muere y se deshace, no el alma ni el espíritu. Porque morir consiste en perder la respiración y la fuerza vital, y convertirse en un ser inmóvil e inanimado, para retornar a aquellos elementos de los cuales al inicio sacó su substancia. Esto no puede sucederle al alma, que es el soplo de vida; ni al Espíritu, que no es compuesto sino simple, y así no puede disolverse, sino que, por el contrario, es él la vida de aquellos que de él participan. Lo único que queda, pues, es que la muerte se refiera a la carne. Esta, una vez que el alma se aparta, queda inanimada y sin respiración, y poco a poco se disuelve en la tierra de la que fue sacada. Esta, pues, es la mortal. Y ésta es de la que está escrito: «Dará vida a vuestros cuerpos» (Rom 8,11). Y por eso dice sobre ella en la primera Carta a los Corintios: «Así sucede en la resurrección de los muertos: se siembra en la corrupción, resucita en incorrupción» (1 Cor 15,41). Y también dice: «Lo que tú siembras no recibe la vida, si antes no muere» (1 Cor 15,36).

1.11. Cómo resucitará la carne

7,2. ¿Qué es lo que como grano de trigo se siembra y se pudre en la tierra, sino los cuerpos que se ponen en tierra, en la cual se arroja la semilla? Y por eso afirma: «Se siembra en deshonor, resucita en gloria» (1 Cor 15,43). Pues ¿qué es más deshonroso que la carne muerta? ¿Y qué más glorioso que la carne resucitada que recibe la incorrupción? «Se siembra en debilidad, resucita en poder»: en su debilidad, porque siendo de tierra a la tierra regresa; mas en el poder de Dios, que la resucita de los muertos: «Se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual» (1 Cor 15,44). Sin duda enseñó que este discurso no se refiere al alma o al Espíritu, sino a los cuerpos muertos. Estos son cuerpos animales, esto es, que participan del alma; pero cuando la pierden, mueren; luego, resucitados por el Espíritu, se tornan cuerpos espirituales, para tener la vida por el Espíritu que siempre permanece. Escribe: «Ahora conocemos en parte, y en parte profetizamos; mas entonces cara a cara» (1 Cor 13,9.12). Esto es lo que también Pedro dijo: «Al que amáis sin verlo; en el cual ahora creéis sin verlo; mas los que creéis os alegraréis con gozo indescriptible» (1 Pe 1,8). Pues nuestro rostro verá el rostro de Dios y se gozará con alegría inefable; es decir, al ver su propio gozo (de Dios).

1.12. La obra del Espíritu Santo

8,1. Ahora recibimos alguna parte de su Espíritu, para perfeccionar y preparar la incorrupción, acostumbrándonos poco a poco a comprender y a portar a Dios. El Apóstol lo llamó prenda (es decir, parte de la gloria que Dios nos ha prometido), cuando dijo en la Epístola a los Efesios: «En él también vosotros, escuchada la palabra de la verdad, el

Evangelio de vuestra salvación, creyendo en él habéis sido sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia» (Ef 1,13-14). Por ello esta prenda, al habitar en nosotros, ya nos hace espirituales, y la mortalidad es absorbida por la inmortalidad (2 Cor 5,4), pues dice: «Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,9). Esto no nos sucede por la destrucción de la carne, sino por la comunión del Espíritu; pues aquellos a quienes escribía no vivían sin la carne, sino que habían recibido al Espíritu de Dios, «en el cual clamamos: *¡Abbá, Padre!*» (Rom 8,15). Si, pues, teniendo ahora esta prenda clamamos: «¡Abbá, Padre!», ¿qué sucederá cuando, resucitados, lo veremos cara a cara (1 Cor 13,12); cuando todos sus miembros a una sola voz elevarán el himno de alegría, para glorificar al que los ha resucitado de los muertos para darles la vida eterna? Pues si la prenda, apoderándose del hombre mismo, ya le hace clamar: «¡Abbá, Padre!», ¿qué hará la gracia universal del Espíritu, que Dios otorgará a los hombres? Nos hará semejantes a él, y nos hará perfectos por la voluntad del Padre; pues éste ha hecho al hombre según la imagen y semejanza de Dios.

1.13. El Espíritu y la carne

8,2. Por ello, a quienes tienen la prenda del Espíritu y no sirven a las concupiscencias de la carne, sino que se someten a sí mismos al Espíritu, y se comportan según la razón en todas las cosas, justamente el Apóstol los llama espirituales; porque el Espíritu de Dios habita en ellos. En efecto, los espíritus incorpóreos no pueden ser hombres espirituales; sino que es nuestra substancia, esto es, la unión de alma y carne, la que asume al Espíritu de Dios, y hace al hombre espiritual y perfecto.

Algunos, sin embargo, rechazan el consejo del Espíritu, sirven a las inclinaciones de la carne y viven irracionalmente, y se lanzan sin freno tras sus deseos, sin tener ninguna inspiración del Espíritu divino; sino que viven al modo de los cerdos y perros: a éstos el Apóstol justamente llama carnales (1 Cor 3,3), porque no sienten otra cosa sino las carnales. Y por esta misma razón el profeta los asemeja a los animales irracionales, por la conducta irracional de los mismos, diciendo: «Se han hecho caballos que buscan furiosamente las hembras, cada uno apasionados por la mujer de su prójimo» (Jer 5,8). Y en otro lugar: «El hombre, habiendo sido honrado, se hizo semejante a las bestias» (Sal 49[48],21). Esto lo dice porque, emulando a las bestias en su modo de vivir, se les asemejan por su culpa. También nosotros tenemos la costumbre de llamar a estos hombres, animales irracionales y jumentos.

8,3. La Ley predijo en figura todas estas cosas, pues describió a los hombres a partir de los animales, cuando llamó animales puros a los que rumian y tienen la pezuña partida; en cambio apartó como impuros a los que no tienen uno o ambos de estos caracteres (Lev 11,2-3). ¿Quienes son, pues, los puros? Los que con firmeza caminan en la fe hacia el Padre y el Hijo: esta es la seguridad de aquellos que tienen la pezuña doble. Y los que meditan las palabras de Dios día y noche (Sal 1,2), para adornarse con las buenas obras, son aquellos que rumian la virtud. En cambio los inmundos, aquellos que ni tienen la pezuña doble ni rumian, o sea quienes carecen de fe y no meditan las

palabras divinas, son la abominación de los paganos.

Los que rumian pero no tienen la pezuña partida, también son inmundos: podemos imaginar ésta como la descripción de los judíos, los cuales tienen las palabras de Dios en su boca, pero no hunden sus raíces en el Padre y el Hijo para que estén firmes: por este motivo su raza se desliza. Porque los animales de una sola pezuña fácilmente resbalan; en cambio los que tienen la pezuña doble son más firmes, pues mientras una uña sigue el camino, la otra la apoya. Igualmente son inmundos los que, teniendo pezuña doble, no rumian. Esta figura señala a todos los herejes y a aquellos que no meditan en las palabras de Dios ni se adornan con las obras de la justicia, de los cuales el Señor dice: «¿Por qué me decís: *Señor, Señor*, si no hacéis mi voluntad?» (Lc 6,46). Estos últimos dicen creer en el Padre y el Hijo, pero no meditan las palabras de Dios, como es necesario, ni están adornados con las obras de la justicia; sino que, como antes dijimos, han asumido la vida de los cerdos y perros, entregándose a las inmundicias, a la gula y a los demás vicios.

El Apóstol justamente llamó carnales y animales (1 Cor 2,14) a toda esta clase de personas que por su incredulidad o lujuria no acogen al Espíritu, y por diversos caminos echan de sí al Verbo de la vida, y caminan en sus concupiscencias irracionales. Los profetas los llamaron asnos y fieras, según su modo de hablar de los brutos y animales racionales. La Ley, por su parte, los llamó inmundos.

1.14. La carne de por sí no hereda el Reino

9,1. El apóstol también dice en otro lugar: «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (1 Cor 15,50). Los herejes entienden estas palabras de acuerdo a su demencia, y con ellas quieren objetarnos y demostrar que la creatura de Dios no puede salvarse. No ven que son tres los elementos de los cuales, como hemos dicho, consta el hombre: carne, alma y Espíritu. El tercero es el que da la forma y nos salva, esto es, el Espíritu; otro es el elemento que recibe la unión y la forma, es decir la carne; y el tercero (el alma) media entre los dos, y es el que, cuando consiente a la carne, cae en las pasiones terrenas. Si algunos seres humanos carecen de aquello que da la salvación, unidad y forma, con razón se les llama «carne y sangre»; porque no tienen en sí el Espíritu de Dios. Por eso también el Señor los llama «muertos»: «Dejad que los muertos sepulten a sus muertos» (Lc 9,60), porque no tienen el Espíritu que da vida al hombre.

9,2. Quienes temen a Dios y creen en la venida de su Hijo, y por la fe mantienen en sus corazones al Espíritu de Dios, se llaman con razón hombres puros y espirituales que viven en Dios: pues tienen el Espíritu del Padre que limpia al hombre y lo eleva a la vida de Dios. Porque, así como «la carne es débil», así «el espíritu dispuesto» recibe el testimonio de Dios (Mt 26,41). Poderoso es para llevar a cabo cualquier cosa que haya decidido. Si alguno, pues, mezcla esto del Espíritu que está dispuesto como un estímulo, con la debilidad de la carne, por fuerza y absolutamente lo fuerte superará lo débil, de manera que la fortaleza del Espíritu absorberá la debilidad de la carne; y así, el que era carnal, ya no seguirá siéndolo, sino que se convertirá en espiritual, por la comunicación del Espíritu. De este modo los mártires dieron testimonio y despreciaron la muerte, no según la debilidad de la carne, sino según lo que estaba dispuesto de su espíritu. Pues

absorbida la debilidad de la carne, manifestó la potencia del Espíritu: y el Espíritu, al absorber la debilidad, posee la carne como su herencia. Pues el hombre viviente está hecho de ambas cosas: es hombre por participar de la substancia de la carne, y viviente por participar del Espíritu.

9,3. Por tanto, la carne sin el Espíritu está muerta, y no teniendo vida, no puede poseer el Reino de Dios: la sangre es irracional, como agua vertida en la tierra. Por eso dice: «Como el Adán terreno, así son los terrenales» (1 Cor 15,48). Y donde está el Espíritu del Padre, ahí se encuentra el hombre viviente, y Dios protege con la venganza la sangre justa (derramada); y la carne poseída por el Espíritu, olvidada de sí, asume la cualidad del Espíritu, haciéndose conforme al Verbo de Dios. Por eso dice: «Así como llevábamos la imagen del que es de la tierra, llevemos la imagen de aquel que es del cielo» (1 Cor 15,49). ¿Qué es lo terreno? La criatura. ¿Qué es lo celeste? El Espíritu. Por eso dice: una vez vivimos sin el Espíritu celestial en la vejez de la carne, no obedeciendo a Dios; así ahora, recibiendo al Espíritu, caminemos en la novedad de la vida, obedeciendo a Dios. Y porque sin el Espíritu de Dios no podemos ser salvos, el Apóstol nos exhorta a conservar el Espíritu de Dios mediante la fe y la vida casta, no vaya a ser que, si no participamos del Espíritu Santo, perdamos el reino de los cielos; por eso proclamó que la sola carne y sangre no pueden poseer el Reino de Dios.

1.15. La obra del Espíritu en la carne

9,4. Si, pues, hemos de decir verdad, la carne no posee, sino que es poseída; como dice el Señor: «Dichosos los mansos, porque ellos poseerán la tierra en herencia» (Mt 5,4): en el Reino se posee en herencia la tierra, a la que pertenece también la carne. Por eso quiere que nuestra carne sea templo puro, para que el Espíritu de Dios se deleite en él, como el esposo en la esposa. Pues así como la esposa no puede desposar al esposo, pero sí puede ser desposada por el esposo cuando éste viniere a acogerla, de modo semejante esta carne por sí misma, o sea ella sola, no puede poseer en herencia el Reino de Dios. Pues el que vive recibe en herencia las cosas que eran del que ha muerto; y una cosa es el que posee en herencia, y otra la que es poseída en herencia: el primero domina y dispone y gobierna lo que posee en herencia, a la manera como quiere; en cambio, las cosas poseídas están sujetas, obedecen y están subordinadas a aquél, y existen bajo el dominio del que las posee.

¿Y qué es lo que vive? El Espíritu de Dios. ¿Y cuáles son las cosas que pertenecen al que ha muerto? Los miembros del hombre, que se corrompen en la tierra. Estos son los que son poseídos por el Espíritu, el cual los traslada al Reino de los cielos. Por esto también Cristo murió, como un testamento del Evangelio, abierto y leído por todo el mundo, para ante todo liberar a sus siervos; y para en seguida hacerlos herederos de todo lo que es suyo, siendo el Espíritu el que todo lo posee, como antes demostramos. Pues el que vive es quien posee la herencia, y la carne es lo que él adquiere en herencia. Y para que no perdamos la vida perdiendo al Espíritu que nos posee, el Apóstol nos exhorta a participar del Espíritu, por medio de la doctrina que arriba hemos expuesto, diciendo: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50). Como si dijese:

No erréis; pues a menos que el Verbo de Dios habite en vosotros, y en vosotros esté el Espíritu del Padre, os comportaréis en vano y a la ventura, viviendo sólo según la carne y la sangre, y así no podréis poseer el Reino de Dios.

10,1. Y para que nosotros, dando gusto a la carne, no vayamos a rechazar injertarnos en el Espíritu, esto escribe: «Tú, que eres un olivo silvestre, has sido injertado en un olivo fértil para hacerte participar de sus abundantes frutos» (Rom 11,17.24). Pero si un olivo agreste, después de ser injertado, siguiese siendo agreste, «será cortado y echado al fuego» (Mt 7,19); en cambio si continúa injertado y se convierte en un buen olivo, se transforma en un árbol lleno de frutos, como los plantados en el huerto de un rey. De modo semejante los hombres, si por la fe se vuelven mejores y acogen el Espíritu de Dios, germinan como espirituales, como si hubiesen sido plantados en el paraíso (Ez 31,8). En cambio, si rechazan al Espíritu y perseveran en lo que eran antes, buscando más la carne que el Espíritu, entonces justamente se les aplica aquello: «La carne y la sangre no poseerán el reino de Dios» (1 Cor 15,50); como quien dice, el olivo silvestre no será llevado al paraíso de Dios. Así pues, admirablemente expone el Apóstol nuestra naturaleza y la Economía universal de Dios, en su discurso acerca de la carne, la sangre y el olivo silvestre.

Cuando un olivo silvestre está descuidado, abandonado durante algún tiempo en tierra desierta, de modo que produce frutos agrestes según su naturaleza, una vez que se tiene cuidado de él y se le injerta en su naturaleza primitiva, vuelve a dar fruto. Así también los seres humanos que se han descuidado y han servido a las pasiones de la carne, dan frutos agrestes y por ello se les tiene por infructuosos, pues no producen frutos de justicia -porque, mientras los hombres duermen, el enemigo siembra cizaña (Mt 13,25), y por eso el Señor mandó a sus discípulos que vigilasen (Mt 24,42; 25,13)-. De igual modo, quienes no producen frutos de justicia, sino que viven prisioneros de sus sentidos, si despiertan y reciben al Verbo de Dios como un injerto, retornan a su naturaleza primera, como fueron hechos a imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26).

10,2. Así como el olivo silvestre, cuando se le injerta, no pierde la substancia de su madera, sino que cambia la calidad de sus frutos y recibe otro nombre, pues ya no es olivo silvestre sino que se convierte y es olivo fértil; de modo semejante, el hombre que, injertado por la fe, recibe el Espíritu de Dios, no pierde la substancia de la carne; sin embargo, cambia la calidad del fruto de sus obras, y recibe otro nombre, para significar ese cambio en algo mejor: ya no es carne y sangre, sino que se le llama y es un hombre espiritual. Pero, así como el olivo silvestre, si no se le injerta, sigue siendo inútil para su Señor por su calidad salvaje, y «se le corta y echa en el fuego» (Mt 7,19) como a un árbol estéril; de igual modo, el hombre al que el Espíritu no se le injerta por la fe, sigue siendo lo que antes era, esto es, carne y sangre, que no puede poseer el Reino en herencia.

Bien dice el Apóstol: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50), y: «Quienes viven en la carne no pueden agradar a Dios» (Rom 8,8). No rechaza la naturaleza de la carne, sino que espera la infusión del Espíritu. Por eso dice:

«Es necesario que lo mortal se revista de inmortalidad, y lo corruptible de incorrupción» (1 Cor 15,53). Y añade: «Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rom 8,9). Y más claramente aún lo expresa: «El cuerpo ciertamente está muerto por el pecado, mas el Espíritu es vida por causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos dará vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (Rom 8,10-11). Y añade en la Carta a los Romanos: «Pero si vivís en la carne, de cierto moriréis» (Rom 8,13). No que debieran rechazar el permanecer en la carne, puesto que él mismo estaba en la carne cuando esto escribía; sino dejar de lado las pasiones de la carne que llevan al ser humano a la muerte. Por eso agrega: «Mas si mortificáis por el Espíritu las obras de la carne, tendréis vida; pues quienes son conducidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios» (Rom 8,13-14).

1.16. La justicia, condición para poseer el Reino

11,1. En seguida explica cuáles son las obras que llama carnales, como previniendo el ataque de los infieles. Las expone él mismo, para no dejar la cuestión a quienes hablan despropósitos. Escribe en la Carta a los Gálatas: «Son claras las obras de la carne: los adulterios, la fornicación, la impureza, la lujuria, la idolatría, la magia, la enemistad, las riñas, los celos, la ira, la discordia, los odios, las disensiones, las herejías, las envidias, las borracheras, las orgías y cosas semejantes. Os repito lo que antes dije: quienes así obran, no poseerán el reino de Dios» (Gál 5,19-21). De este modo especifica mejor a sus oyentes lo que significa: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50); pues quienes hacen estas cosas, se conducen según la carne, y no pueden vivir según Dios (Rom 6,10).

Así también ahonda en las obras espirituales que dan vida al hombre, o sea la inserción del Espíritu, cuando dice: «Mas los frutos del Espírititu son el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la bondad, la benignidad, la fe, la mansedumbre, la templanza, la castidad: contra quienes así actúan no hay ley» (Gal 5,22-23). Así como quien va progresando y realiza el fruto del Espíritu, se salva sin duda alguna por la comunión con el Espíritu, así también quien se detenga en las obras de la carne, se le tendrá por carnal porque no ha recibido el Espíritu de Dios, y por ello no puede poseer el Reino de los cielos.

El mismo Apóstol ofrece a los corintios este testimonio: «¿Acaso ignoráis que quienes obran la injusticia no heredarán el reino de Dios? No os engañéis. Ni fornicadores, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni quienes se acuestan con otros hombres, ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni calumniadores, ni violentos heredarán el reino de Dios. Esto fuisteis, pero ahora estáis lavados y santificados, estáis justificados en el nombre de Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor 6,9-11). De modo muy claro expresa por cuáles obras el ser humano perece, si persevera en vivir según la carne; y, en consecuencia, de qué manera se salva. Pues afirma que nos salvan el nombre de nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu de nuestro Dios.

11,2. Hasta aquí ha enumerado las obras de la carne, hechas sin el Espíritu. Estas

llevan a la muerte. En consecuencia de cuanto acaba de decir, hacia el final de la carta exclamó como tratando de resumir: «Así como hemos llevado la imagen de aquel que nació de la tierra, así también llevemos la imagen de aquel que viene del cielo. Pues os digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,49-50). La frase: «Así como hemos llevado la imagen de aquel que nació de la tierra», se relaciona con aquello que dijo: «Esto fuisteis. Pero estáis lavados y santificados, estáis justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios». ¿Y cuándo hemos llevado la imagen del que nació de la tierra? Cuando realizábamos las obras de la carne arriba descritas. ¿Y cuándo llevamos la imagen del que viene del cielo? Cuando, como él dice, «estáis lavados» y creéis «en su nombre», para recibir su Espíritu. No hemos lavado la substancia de nuestro cuerpo ni la imagen de nuestra creación, sino nuestro antiguo modo de actuar. Y así, en los mismos miembros por los que antes perecíamos, cuando realizábamos las obras corruptibles, en esos mismos miembros empezamos a vivir cuando realizamos las obras del Espíritu.

1.17. El Espíritu Santo da la vida

12,1. Como la carne es capaz de corrupción, así también lo es de incorrupción; y como es capaz de morir, así lo es de vivir. Una y otra cosa se excluyen mutuamente, y no pueden ambas permanecer en el mismo sujeto; sino que una excluye a la otra, y si una está presente, la otra se destruye. Así pues, si la muerte se apodera del hombre y acaba con su vida, éste queda muerto. Mucho más si la vida se apodera del hombre, destruye la muerte y restituye al hombre vivo a Dios (Rom 6,11). Pues, si la muerte acaba con él, ¿por qué la vida que se le concede no vivificará al hombre? Así dice el profeta Isaías: «El poderoso devorará la muerte». Y añade: «Dios secará las lágrimas de todo rostro» (Is 25,8). Se debe advertir que la primera vida fue superada, porque no se la dio al hombre el Espíritu, sino sólo un soplo.

12,2. Uno es el soplo de la vida que hace al hombre un ser animado, y otro distinto es el Espíritu vivificante que lo perfecciona como espiritual. Por eso dice Isaías: «Así habla el Señor, que hizo el cielo y lo fijó, que dio firmeza a la tierra y a cuanto hay en ella; y dio su aliento a todo cuanto en ella vive, y el espíritu a quienes caminan en ella» (Is 42,5). Afirma que se le dio en general el aliento a todo el pueblo que habita sobre la tierra; mas su Espíritu a quienes pisotean las concupiscencias terrenas. Por eso Isaías, distinguiendo en otra ocasión lo que antes había dicho, escribe: «El Espíritu saldrá de mí, pues yo he creado todo aliento» (Is 57,16). Propiamente coloca en el orden de Dios al Espíritu que en los últimos tiempos derramó sobre el género humano (Hech 2,17) para la filiación adoptiva; en cambio expresa que concedió su aliento comúnmente a todas las cosas hechas y creadas.

Pues una cosa es el Creador, otra la creatura. El aliento es algo temporal; en cambio el Espíritu es sempiterno. Y el aliento puede aumentar un poco, y permanece por algún tiempo, luego se retira y deja sin respiración a aquel en el que antes estuvo. Por el contrario, el Espíritu circunda al hombre por fuera y lo llena por dentro, siempre en él persevera y nunca lo abandona. «Mas no aparece primero lo espiritual», dice el Apóstol

(y lo afirma como refiriéndose a nosotros los hombres), «sino primero lo animal, luego lo espiritual» (1 Cor 15,46), como es razón. Pues era necesario que primero fuese plasmado el hombre, y una vez plasmado recibiese el alma; y luego recibiese la comunión del Espíritu. Por ello el Señor hizo «al primer Adán alma viviente, al segundo Espíritu vivificante» (1 Cor 15,45). Así, pues, como el que ha recibido la vida por el alma, al volverse hacia lo más bajo pierde la vida; así también el que se vuelve hacia lo más alto, al recibir al Espíritu vivificante encuentra la vida.

1.18. Resucita la misma carne que muere

12,3. No muere una cosa, y otra recibe la vida; así como no es una la oveja perdida y otra la encontrada, sino que la perdida es la misma que el Señor busca y encuentra. ¿Y qué es lo que muere? La substancia de la carne, que había perdido el soplo de vida, y al no tenerlo ya, muere. Esta es la que el Señor viene a vivificar, para que, así como en Adán todos morimos como seres animados, así vivamos en Cristo como seres espirituales (1 Cor 15,22); no renunciando a lo que Dios ha creado, sino a la concupiscencia de la carne, y acogiendo el Espíritu Santo.

Como dice el Apóstol en la Carta a los Colosenses: «Mortificad vuestros miembros en la tierra» (Col 3,5). Y explica a cuáles miembros se refiere: «La fornicación, la impureza, la pasión, la concupiscencia pecaminosa y la avaricia, que es una idolatría» (Col 3,5). El Apóstol predica que debe rechazarse todo esto, y que quienes hacen tales cosas, puesto que viven en la carne y en la sangre, no pueden poseer el reino de los cielos (Gál 5,21); porque el alma de éstos se inclina hacia lo peor y se abaja a las concupiscencias terrenas, recibe el mismo calificativo que aquéllos. Y nos manda librarnos de todo ello, diciendo en la misma epístola: «Despojaos del hombre viejo con todas sus obras» (Col 3,9). No quiso decir con esto que hemos de prescindir de nuestro ser plasmado; porque no significa que debemos matarnos para apartarnos de aquello a lo que nos referimos en este discurso.

12,4. El mismo Apóstol, el que había sido plasmado en el seno de su madre y salió del vientre (Gál 1,15), nos escribía: «Vivir en la carne es fruto del trabajo» (Fil 1,22), confesó en su Epístola a los Filipenses. Pero «fruto de la obra del Espíritu» es la salvación de la carne. ¿Pues qué otro fruto manifiesto del Espíritu invisible puede haber, sino hacer la carne madura y capaz de la incorrupción? Por ello, «si vivir en la carne es fruto del trabajo», no condenó la carne al decir: «Despojándoos del hombre viejo»; sino quiso indicar que debemos despojarnos de nuestro viejo modo de vivir, que nos envejece y corrompe. Por eso añadió: «Revistiendo el hombre nuevo, que rejuvenece en el conocimiento, según la imagen del que lo creó» (Col 3,10). Con las palabras: «Que rejuvenece en el conocimiento», demuestra que el mismo que vivía como un hombre en la ignorancia, o sea, sin reconocer a Dios, se renueva mediante ese conocimiento que en él habita. Pues el conocimiento de Dios renueva al hombre. Y al decir: «Según la imagen del Creador», indicó la recapitulación de este mismo hombre, que al inicio fue hecho según la imagen de Dios.

1.19. Los milagros de Jesús, signo de la resurrección

12,5. Que el Apóstol era el mismo que había nacido en el vientre, es decir, de la antigua substancia de la carne, él mismo lo confiesa en su Carta a los Gálatas: «Mas cuando le plugo a aquel que me eligió desde el vientre de mi madre, me llamó por su gracia a a fin de revelar en mí a su Hijo, para que llevara su Evangelio a las naciones» (Gál 1,15-16). No era un hombre el que había nacido en el vientre, y otro el que predicaba al Hijo de Dios; sino que era el mismo, aquel que antes lo ignoraba y perseguía a la Iglesia de Dios (Gál 1,13), y aquel que recibió la revelación y escuchó la voz del Señor (como ya explicamos en el libro tercero); y habiendo superado la ignorancia por el posterior conocimiento, predicaba a Jesucristo, Hijo de Dios, que fue crucificado bajo Poncio Pilato.

Sucedió algo semejante a los ciegos a quienes el Señor curó: perdieron la ceguera y adquirieron la completa restitución de sus ojos, y podían ver con los mismos ojos con los que antes no veían, una vez que desaparecieron de su visión las tinieblas. Ellos, una vez recuperados para ver los ojos con que antes no veían, dieron gracias a aquel que de nuevo les había dado la vista. Así también aquel a quien sanó de la mano seca y todos aquellos a quienes curó: no cambiaron los miembros con que habían salido del vientre de su madre, sino que recibieron la curación de los mismos miembros.

12,6. El Verbo divino, Hacedor de todas las cosas, que al principio plasmó al ser humano, encontró a su creatura caída por el pecado; mas de tal manera lo curó en cada uno de sus miembros para volverlo tal como él lo había plasmado, y reintegró al hombre completo a su estado original, que lo dejó enteramente preparado para resucitar. ¿Y qué otro motivo podría haber tenido al curar los miembros de la carne y restituirles su estado original, sino para salvar aquellos mismos miembros que había curado? Pues si la utilidad que ellos sacaban hubiese sido sólo temporal, nada de extraordinario habría concedido a aquellos que él había curado. ¿O cómo pueden afirmar que no es digna de la vida que procede de él, siendo la misma carne que de él recibió la curación? Pues la vida se restituye por la curación, y la incorrupción por la vida. Y es el mismo quien da la curación y la vida; y el mismo que da la vida reviste de incorrupción a su creatura.

13,1. Así pues, que nos digan quienes nos contradicen, o mejor dicho que contradicen su propia salvación, ¿con qué cuerpo resucitaron la hija del sumo sacerdote (Mt 9,18: Mc 5,22), y el hijo de la viuda al que cargaban muerto junto a la puerta de la ciudad (Lc 7,12) y Lázaro, que ya llevaba cuatro días en el sepulcro? (Jn 11,39) Sin duda con los mismos con los cuales habían muerto; pues si no hubiesen sido los mismos cuerpos, tampoco habrían sido las mismas personas fallecidas aquellas que resucitaron. Mas el Evangelio dice que «el Señor tomó la mano del muerto y le dijo: *Joven, a ti te digo, levántate*. Y el muerto se sentó, y él ordenó que se le diese de comer, y lo entregó a su madre» (Lc 7,14-15). Y «llamó a Lázaro con una fuerte voz, diciendo: *¡Lázaro, sal fuera!* Y el muerto salió, atado de las manos y los pies» (Jn 11,43-44). Este es un símbolo del hombre ligado por el pecado. Por eso el Señor le dice: «Desatadlo y dejadlo andar» (Jn 11,44).

Así pues, aquellos enfermos fueron curados en los mismos miembros dolientes y los

muertos resucitados con sus mismos cuerpos, recibiendo del Señor la vida y la curación en sus mismos cuerpos y miembros, lo cual es un signo temporal que preludia lo eterno y muestra que es el mismo aquel que da la curación a su creatura y que puede dar de nuevo la vida. De este modo se puede creer su doctrina acerca de la resurrección, pues de semejante manera al fin de los tiempos, «cuando resuene la trompeta» (1 Cor 15,52), los muertos resucitarán a la voz del Señor, como él mismo dijo: «Llegará la hora en la cual todos los muertos que están en los sepulcros escucharán la voz del Hijo del Hombre, y saldrán los que obraron el bien para la resurrección de la vida, y los que obraron el mal para la resurrección del juicio» (Jn 5,25.28-29).

13,2. Locos y verdaderamente infelices quienes se niegan a ver lo que es tan evidente, y huyen de la luz de la verdad, cegándose a sí mismos como lo hizo el trágico Edipo. Se parecen a aquel luchador novel que, al pelear con otro, se agarra con todas sus fuerzas de algún miembro del cuerpo, y cae con él así cogido, pensando al caer que lo ha vencido porque sigue aferrado con rabia a ese miembro; pero no se da cuenta de que por eso el otro le ha caído encima, y el público se ríe del tonto. Así sucede con los herejes cuando oyen: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50). Ni han captado el sentido del Apóstol, ni han investigado la fuerza de las palabras; sino que, al interpretarlas de modo simple, por esas mismas palabras perecen, porque tergiversan para sí mismos todo el plan salvífico de Dios.

1.20. La incorrupción de la carne

13,3. El Apóstol se contradiría si lo anterior afirmase de la carne misma, y no de las obras carnales, como antes expusimos. Porque en la misma carta añade: «Es necesario que lo corruptible se revista de incorrupción y este cuerpo mortal se revista de inmortalidad. Y cuando esto mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá aquella palabra: *La muerte quedó absorbida por la victoria*. ¿Dónde está, muerte, tu victoria?» (1 Cor 15,53-55). Estas palabras se dirán con justicia cuando esta carne mortal y corruptible, de la cual se afirma la muerte porque ha sido absorbida por el dominio de la muerte, subirá a la vida para revestirse de incorrupción e inmortalidad. Sólo entonces será de verdad vencida la muerte, cuando la carne que ella tenía prisionera se escape de su dominio. Y también escribe a los Filipenses: «Nuestra morada está en los cielos, de donde esperamos al Salvador, el Señor Jesús, el cual cambiará el cuerpo de nuestra humildad según el cuerpo de su gloria, por la acción de su poder» (Fil 3,20-21).

¿Y cuál es el cuerpo de humildad que el Señor transformará al cambiarlo según el modelo de su cuerpo glorioso? Es evidente que este cuerpo es la carne que humillada cae en la tierra. Y su transfiguración, puesto que siendo mortal y corruptible se tornará inmortal e incorruptible, no se deberá a su propia naturaleza, sino a la obra del Señor: éste es quien puede revestir lo mortal de inmortalidad, y lo corruptible de incorrupción. Por eso escribe en la segunda Carta a los Corintios: «A fin de que lo mortal sea absorbido por la vida. Quien nos dispone para ello es Dios, que nos ha dado las arras del Espíritu» (2 Cor 5,4-5). Claramente lo afirma en referencia a la carne, porque ni el alma ni el Espíritu son mortales. Lo mortal será absorbido por la vida cuando la carne ya no esté

muerta, sino viva e incorrupta, para cantar la alabanza a Dios, que habrá realizado esta obra en nosotros. Y para que esto suceda, escribe a los Corintios: «Glorificad a Dios en vuestro cuerpo» (1 Cor 6,20). Dios es quien nos la la incorrupción.

13,4. Pues no dice lo anterior de ningún otro cuerpo, sino del cuerpo de carne, de modo manifiesto y sin duda alguna, como sin ambigüedad escribe a los Corintios: «Llevamos siempre la muerte de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, somos entregados a la muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4,10-11). Y como el Espíritu abraza la carne, por eso dice en la misma Epístola: «Pues sois una carta de Cristo, dictada por nuestro servicio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, y no en tablas de piedra, sino en las tablas de vuestro corazón de carne» (2 Cor 3,3).

Si ahora los corazones se hacen capaces del Espíritu, ¿por qué admirarse de que en la resurrección reciban la vida que da el Espíritu? De esta resurrección, el Apóstol dice en la Epístola a los Filipenses: «Hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos» (Fil 3,10-11). Mas ¿en qué otra carne mortal puede entenderse que se manifiesta la vida, sino en esta substancia que muere en la confesión (de fe) que tiene a Dios como término? Como él mismo dice: «Si por motivos humanos luché en Efeso con las bestias, ¿de qué me aprovecha, si los cuerpos no resucitan? Pues si los muertos no resucitan, Cristo tampoco resucitó; y si Cristo no resucitó, es vana nuestra predicación y vana vuestra fe. Y somos falsos testigos de Dios, pues damos testimonio de que resucitó a Cristo, al que no resucitó. Mas si los muertos no resucitan, es vana vuestra fe, y aún estáis en vuestros pecados. Luego también perecieron los que durmieron en Cristo. Si esperamos en Cristo sólo para esta vida, somos los más miserables de los hombres. Mas ahora, Cristo se despertó de entre los muertos, como primicia de los que duermen; porque por un hombre entró la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos» (1 Cor 15,32 y 13-21).

13,5. Una vez que hemos expuesto lo anterior, o suponen que el Apóstol se contradice a sí mismo en cuanto a las palabras: «La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios» (1 Cor 15,50), o bien con malicia tienen que buscar retorcidas exégesis para tergiversar y cambiar su explicación de las palabras. ¿Qué parte sana quedará a su interpretación, si se esfuerzan por retorcer lo que él escribe: «Es necesario que lo corruptible se revista de incorrupción y este cuerpo mortal se revista de inmortalidad» (1 Cor 15,53), y: «Para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4,11), y todos los demás pasajes en los cuales el Apóstol de modo claro y evidente predica la resurrección y la incorrupción de la carne? Así pues, quienes rechazan entender bien las cosas, se ven forzados a mal interpretarlas.

1.21. Cristo resucitado recapitula nuestra carne

14,1. Que Pablo no habló de la substancia de la carne y de la sangre al decir que no heredarían el reino de los cielos (1 Cor 15,50), lo sabemos del hecho que por todas partes el mismo Apóstol atribuye la palabra carne y sangre a nuestro Señor Jesucristo, a

veces para establecer su humanidad, y entonces también lo llama Hijo del Hombre; otras veces para confirmar la salvación de nuestra carne; porque si la carne no debiera ser salvada, el Verbo de Dios no se habría hecho carne (Jn 1,14), y si no debiera pedirse cuenta de la sangre de los justos, el Señor no habría tenido sangre.

Pero como desde el principio la sangre de los justos clamó, Dios dijo a Caín, homicida de su hermano: «La voz de la sangre de tu hermano clama a mí» (Gén 4,10). Y como convenía que pidiese cuenta de la sangre de ellos, dijo a los acompañantes de Noé: «Pediré cuentas de vuestra sangre de vuestras vidas, de la mano de todas las fieras» (Gén 9, 5). Y también: «Será derramada la sangre de quien derramare la sangre de un hombre» (Gén 9,6). Y también el Señor, a los que habrían de derramar su sangre: «Se pedirá cuenta de toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar; en verdad os digo, todas estas cosas vendrán sobre esta generación» (Mt 23,35-36; Lc 11,50-51), con lo cual quería decir que él recapitularía en la suya propia el derramamiento de la sangre de todos los justos y profetas desde el principio, y que él mismo pediría cuenta de la sangre de ellos. Pero no pediría cuentas de esto si no debiese también salvarlo y si el Señor, para recapitular todas las cosas, no se hubiese hecho él mismo carne y sangre según la antigua creación, para salvar en sí, en el fin, lo que al principio se había perdido en Adán.

14,2. Mas si el Señor se hubiese hecho carne en otra Economía, y hubiese asumido la carne de otra substancia, no habría recapitulado en sí mismo al hombre, ni se podría decir que se hizo carne; porque es verdaderamente carne la transmisión de la primera plasmación hecha del barro. Pero si debiese tener la substancia de otra hypóstasis, el Padre desde el inicio habría realizado su masa de otra substancia. Pero ahora, lo que era aquel hombre que pereció, esto mismo se hizo el Verbo Salvador, para realizar por sí mismo nuestra comunión con él, y la obtención de nuestra salud. Lo que pereció tenía carne y sangre; Dios había tomado el barro de la tierra para plasmar al hombre (Gén 2,7), y a través de esto tuvo lugar toda la Economía de la venida del Señor. También tuvo él carne y sangre, para recapitular no otras distintas de las de aquel antiguo plasma del Padre, buscando lo perdido (Lc 19,10). Por eso dice el Apóstol a los Colosenses: «Y a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora por la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprensibles ante él» (Col 1,21-22). Habéis sido reconciliados en el cuerpo de su carne, dice, porque una carne justa reconcilió la carne retenida en el pecado, y la condujo a la amistad de Dios.

14,3. Si, según esto, alguno dice que la carne del Señor es distinta de nuestra carne en cuanto aquélla no pecó «ni se encontró dolo en su boca» (1 Pe 2,22), y en cambio nosotros somos pecadores, dice bien. Pero si imaginase una distinta substancia de la carne del Señor, entonces en ella no tendría base el discurso de la reconciliación. Porque se reconcilia aquello que alguna vez estuvo enemistado. Pero si el Señor hubiese tomado carne de otra substancia, ya no se reconciliaría con Dios aquello que por la transgresión se había hecho enemigo. Pero ahora el Señor por su comunión con nosotros ha

reconciliado al hombre con el Padre, reconciliándonos con él mediante el cuerpo de su carne (Col 1,22), y liberándonos con su sangre, como dice el Apóstol a los Efesios: «En el cual tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados» (Ef 1,7). Y a los mismos dice: «Vosotros, los que antes estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo» (Ef 2,13). Y también: «Anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos» (Ef 2,15). Y en todas las demás epístolas el Apóstol testifica claramente que por la carne del Señor y por su sangre hemos sido salvados.

14,4. Si pues la carne y la sangre son las que nos proporcionan la vida, no se puede en justicia decir sobre la carne y la sangre que no pueden heredar el Reino de Dios (1 Cor 15,50), sino que se habla de los actos carnales a los que nos hemos referido, que causando el pecado trastornan al hombre y lo privan de la vida. Y por eso dice a los Romanos: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal ni obedezcáis a sus apetitos, ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia, sino ofreceos a vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como armas para la justicia» (Rom 6,12-13). Con los mismos miembros con los cuales hemos servido al pecado (Rom 6,6) y hemos dado frutos de muerte (Rom 7,5), con los mismos miembros quiere que sirvamos a la justicia (Rom 6,19), a fin de dar frutos para la vida. Acuérdate pues, carísimo, de que has sido liberado en la carne del Señor y rescatado con su sangre, y de que «teniendo como cabeza a aquel del cual todo el cuerpo» de la Iglesia «crece unido» (Col 2,19) o sea el advenimiento carnal del Hijo de Dios, y manteniéndote firme en la confesión de él como Dios y hombre, y usando las demostraciones de las Escrituras, fácilmente refutarás, como hemos demostrado, todas las invenciones que más tarde han fabricado los herejes.

CAPÍTULO 2.

La vida de Cristo muestra un solo Dios y Padre

2.1. Curación del ciego de nacimiento

2.1.1. Signo de la resurrección

15,1. Porque aquel que al principio creó al hombre le prometió una segunda generación después de su disolución en la tierra, dice Isaías: «Resucitarán los muertos, y se levantarán los que estén en las tumbas, y se alegrarán los que reposan en la tierra; pues el rocío que de ti proviene será su salvación» (Is 26,19). Y también: «Yo os llamaré, y en Jerusalén seréis convocados, y veréis, y se alegrará vuestro corazón; vuestros huesos crecerán como la hierba, y quienes honran al Señor conocerán su mano» (Is 66,13-14). Ezequiel, por su parte: «Vino sobre mí la mano del Señor y me llevó en Espíritu, y me puso en medio de un llano lleno de huesos. Y me hizo dar vueltas en torno, y sobre la superficie del llano había muchos huesos secos. Y me dijo: *Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?* Y le dije: *Señor, tú lo sabes, porque tú has hecho esto*. Y me dijo: *Profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la voz del Señor*. Esto dice el Señor a estos huesos: *He aquí que yo envío sobre vosotros el Espíritu de la vida y os daré nervios y os cubriré de carne y extenderé piel sobre vosotros, y os daré mi Espíritu para que viváis, y así conoceréis que soy el Señor*. Y yo profeticé como el Señor me mandó. Y sucedió que, mientras profetizaba, sobrevino un temblor de tierra, y los huesos se juntaron unos con otros. Y vi que sobre ellos brotaban nervios y carne, y sobre ellos se extendía la piel. Pero no había Espíritu en ellos. Y me dijo: *Profetiza al Espíritu, hijo de hombre. Di al Espíritu: Esto dice el Señor: Ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan*. Y profeticé como me lo mandó el Señor. Y entró en ellos el Espíritu, y revivieron y se pusieron de pie. Era una gran multitud» (Ez 37,1-10). Y más adelante añadió: «Esto dice el Señor: *Yo abriré vuestras tumbas, os sacaré de vuestros sepulcros y os llevaré a la tierra de Israel. Así sabréis que yo soy el Señor, cuando abra vuestros sepulcros y saque mi pueblo de su tumba. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis. Y os llevaré a vuestra tierra, para que sepáis que soy el Señor. Dije y lo haré*, dice el Señor» (Ez 37,12-14).

Es, pues, el Creador, aquel que da la vida a nuestros cuerpos muertos, hasta donde es posible ver, el que ha prometido la resurrección y el que da la resurrección y la incorrupción a los que yacen en las tumbas y sepulcros -«sus días serán como el árbol de la vida» (Is 65,22)-. El único que hace todas estas cosas se manifestó de esta manera como el Padre bueno, al conceder benignamente la vida a los que por sí mismos no la tienen.

2.1.2. Signo de la unidad del Creador

15,2. Por este motivo el Señor se mostró a sus discípulos con toda evidencia y les mostró al Padre, para que no fuesen a buscar otro Dios fuera de aquel que plasmó al hombre y le dio el soplo de vida; y para que no cayesen en la locura de imaginar otro Padre fuera del Creador. Y por eso a todos aquéllos sobre quienes diversas enfermedades habían recaído a causa del pecado, el Señor los curaba con su palabra. Les decía: «Ahora has quedado sano, ya no peques para que no te suceda algo peor» (Jn 5,14). De este modo mostró que los sufrimientos habían sobrevenido al hombre por el pecado de desobediencia. Mas al ciego de nacimiento le devolvió la vista no por medio de su palabra, sino por una obra. No lo hizo en vano ni al acaso, sino para mostrar la mano de Dios, la misma que al principio creó al hombre. Por eso, cuando los discípulos le preguntaron por qué motivo el hombre había nacido ciego, si por culpa suya o de sus padres, respondió: «Este no pecó, ni sus padres; sino para que se manifieste en él la acción de Dios» (Jn 9,3).

Mas la obra de Dios es la creación del hombre. Y esto lo llevó a cabo como una operación suya, según dice la Escritura: «Y Dios tomó barro de la tierra, y plasmó al hombre» (Gén 2,7). Por eso el Señor escupió en tierra, hizo lodo y le untó con él los ojos, para mostrar cómo había hecho la antigua creación, y para hacer ver la mano de Dios a quienes puedan entender, por medio de la cual el hombre fue plasmado de la tierra. Aquello que el Verbo artífice había dejado de hacer en el vientre, lo completó en público, «para que en él se manifieste la acción de Dios». No necesitamos ya otra mano fuera de aquella que plasmó al hombre, ni otro Padre, al saber que la mano de Dios nos plasmó al principio y nos plasma en el vientre de la madre, ella misma nos buscó en los últimos días, al mirarnos perdidos (Lc 19,10), para recobrar su oveja perdida y volverla a cargar sobre sus hombros, a fin de llevarla, lleno de alegría, de nuevo al rebaño.

2.2. El Verbo nos salva

15,3. Porque el Verbo de Dios nos plasma en el vientre, dice Jeremías: «Antes de que te plasmara en el seno te conocí, y antes de que salieras del útero te santifiqué, a fin de ponerte como profeta para las naciones» (Jer 1,5). Y Pablo escribe algo semejante: «Cuando le plugo a aquel que me separó desde el seno de mi madre para que llevara su evangelio a las naciones» (Gál 1,15-16). Pues, como el Verbo nos plasma en el vientre, el mismo Verbo remodeló los ojos del ciego de nacimiento. Así mostró que, siendo nuestro Plasmador en lo escondido, se manifestaba visiblemente a los seres humanos, a fin de enseñarles cómo antiguamente habían sido modelados en Adán, cómo éste había sido hecho, y qué mano lo había creado, mostrando el todo por la parte: pues el Señor que había formado la vista, es el mismo que plasmó todo el hombre, obedeciendo a la voluntad del Padre.

Y porque el hombre necesitaba el lavado de regeneración en la misma carne plasmada en Adán, después de que el Señor ungió sus ojos con el lodo, le dijo: «Ve a lavarte en Siloé» (Jn 9,7). De este modo le devolvió, al mismo tiempo, lo que le correspondía a la creación y al lavado de la regeneración. Por eso, una vez que se hubo lavado, «volvió a ver» (Jn 9,7), a fin de que al mismo tiempo conociera a su Creador, y

reconociera al Señor que le dio la vida.

2.3. Contra los valentinianos

15,4. También yerran los seguidores de Valentín, cuando dicen que el hombre no fue plasmado de la tierra, sino de una materia fluida y difusa. Porque es evidente que la tierra con la que el Señor formó los ojos del ciego es la misma con la cual plasmó al hombre al principio. Porque no era congruente que plasmase de una cosa los ojos y de otra el resto del cuerpo. Por el contrario, aquel mismo que al principio plasmó a Adán, con el cual el Padre habló: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1,26), en los últimos tiempos se manifestó a los hombres, al formar la visión del que, nacido de Adán, era ciego. Por eso la Escritura indica lo que había de suceder, cuando, habiéndose escondido Adán después de su desobediencia, al atardecer el Señor se acercó a él y lo llamó, preguntando: «¿Dónde estás?» (Gén 3,1). En los últimos tiempos el mismo Verbo de Dios vino a llamar al ser humano, para recordarle sus obras por las cuales se había escondido de Dios. Pues, así como entonces Dios buscó a Adán al atardecer para hablarle, así también en los últimos tiempos por medio de la misma voz lo visitó en busca de su raza.

16,1. Y porque Dios plasmó de la tierra a Adán en todo cuanto es humano, la Escritura afirma que Dios le dijo: «Con el sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra de la cual fuiste sacado» (Gén 3,19). Pero si nuestros cuerpos vuelven a otra tierra después de la muerte, en consecuencia, de ella debería haber sido formado su cuerpo; en cambio, si vuelven a la misma, es evidente que de esta tierra ha sido plasmado, como el Señor lo puso de manifiesto cuando le abrió con ella los ojos al ciego. El Evangelio deja bien claro, por una parte qué mano de Dios plasmó a Adán y por la cual fuimos plasmados también nosotros; por otra, que es el mismo Padre, cuya voz desde el principio hasta el fin se hace presente a su creación; así como también la substancia con la cual fuimos modelados. No es posible, pues, buscar otro Padre fuera de éste, ni otra substancia para ser plasmados, fuera de la que el Señor indicó y mostró, ni otra mano de Dios fuera de aquella que desde el principio hasta el fin nos modela y adapta a la vida, y que está presente a su creación para perfeccionarla según la imagen y semejanza de Dios.

16,2. Que todo esto sea verdadero, quedó probado cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, haciéndose él mismo semejante al hombre y haciendo al hombre semejante a él a fin de que, por esa semejanza con el Hijo, el hombre se haga precioso para el Padre. En los tiempos antiguos, en efecto, se decía que el hombre había sido hecho según la imagen de Dios; pero no se mostraba, pues aún era invisible el Verbo, a cuya imagen el hombre había sido hecho Por tal motivo éste fácilmente perdió la semejanza. Mas, cuando el Verbo de Dios se hizo carne (Jn 1,14), confirmó ambas cosas: mostró la imagen verdadera, haciéndose él mismo lo que era su imagen, y nos devolvió la semejanza y le dio firmeza, para hacer al hombre semejante al Padre invisible por medio del Verbo visible.

2.4. La cruz

2.4.1. Reparación de la desobediencia de Adán

16,3. Y no sólo de las maneras que hemos dicho el Señor reveló al Padre y a sí mismo, sino también por su pasión. Porque disolviendo la desobediencia del hombre que tuvo lugar al principio en el árbol, «se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2,8), curando por la obediencia en el árbol la desobediencia en el árbol. Pero no habría venido a disolver la desobediencia contra el que nos había plasmado, si hubiese anunciado a otro Padre. Pues por las mismas cosas por las que desobedecimos a Dios y no creímos en su palabra, por esas mismas llevó a cabo la obediencia y se confió a su palabra; de la manera más evidente nos mostró al mismo Dios al que habíamos desobedecido en el primer Adán no cumpliendo su mandato, al ser reconciliados por el segundo Adán haciéndose obediente hasta la muerte; porque tampoco éramos deudores de ningún otro, sino de aquel cuyo precepto habíamos transgredido al principio.

2.4.2. El perdón de los pecados

17,1. Porque éste es el Demiurgo que por su amor es Padre, por su poder es Señor, por su sabiduría Hacedor y Creador de todo, del que nos hemos hecho enemigos al transgredir su precepto. Y por eso en los últimos tiempos el Señor nos ha restituido a la amistad por su propia encarnación: haciéndose «mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim 2,5), propiciando por nosotros al Padre contra el cual habíamos pecado, y consolando nuestra desobediencia con su obediencia, puso en nuestras manos la conversión y la sumisión a nuestro Hacedor. Por ello nos enseñó a decir en la oración: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt 6,12), porque ciertamente es nuestro Padre del que somos deudores al transgredir su mandato. ¿Y quién es él? ¿Acaso es un Padre desconocido que ha dado no sé qué precepto no sé cuándo, o es aquel Dios del que predicaron los profetas, del que somos deudores por transgredir su mandato? Porque el precepto ha sido dado al hombre por el Verbo, pues está dicho: «Adán escuchó la voz del Señor Dios» (Gén 3,8). Bellamente su Verbo dice al hombre: «Te son perdonados tus pecados» (Mt 9,2; Lc 5,20), porque es aquel mismo contra el cual habíamos pecado al principio, y que al fin nos ofrece el perdón de los pecados. Pero si hubiésemos transgredido el precepto de algún otro, sería otro el que dice: «Te son perdonados tus pecados», pero entonces no sería ni bueno ni verdadero ni justo. ¿Porque cómo puede ser bueno el que no da de lo suyo? ¿Cómo puede ser justo el que usurpa lo que pertenece a otro? ¿Y cómo puede perdonar en verdad los pecados, si aquel contra el que pecamos no es el mismo que concede el perdón «por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios en las cuales nos visitó» (Lc 1,78) por su Hijo?

17,2. Por eso, curado el paralítico, se dice: «Viendo las turbas, glorificaban a Dios que dio a los hombres tal potestad» (Mt 9,8). ¿A cuál Dios glorificaban las turbas circunstantes? ¿Acaso al Padre desconocido que han inventado los herejes? ¿Y cómo podían glorificar al que era del todo desconocido? Es evidente que los israelitas glorificaban al Dios que la Ley y los profetas proclamaron, el mismo que es Padre de nuestro Señor. Y por eso enseñaba a los hombres, con los signos que obraba, a que genuinamente diesen gloria a Dios (Lc 17,18). Si hubiese venido de otro Padre, los

hombres que veían aquellos poderes habrían glorificado a otro Dios, siendo ingratos para con aquel Padre que lo había enviado para realizar las curaciones. Pero como el Hijo Unigénito había venido de aquel Dios para la salud de los hombres, por eso mediante los poderes que realizaba provocaba a los incrédulos a dar gloria al Padre, mientras a los fariseos que no recibían el advenimiento de su Hijo, y por eso no creían que él pudiera perdonar los pecados, les decía: «Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene el poder de perdonar los pecados» (Mt 9,6), y habiendo dicho esto ordenó al paralítico dejar su camilla en la que yacía e irse a su casa, lo que hizo para confundir a los incrédulos y para significar que él es la Voz de Dios, por la cual el hombre recibió sobre la tierra los mandamientos, transgrediendo los cuales éste se hizo pecador, y de los pecados se siguió la parálisis.

17,3. Perdonando los pecados curó al hombre y le manifestó quién era él mismo. Porque si ninguno puede perdonar los pecados sino sólo Dios (Lc 5,21), y si el Señor los perdonaba y curaba al hombre, era claro que él era el Verbo de Dios que se había hecho Hijo del Hombre, que como hombre y como Dios había recibido el poder de perdonar los pecados de parte del Padre, para que como hombre sufriese con nosotros y como Dios tuviese misericordia de nosotros y remitiese nuestras deudas (Mt 6,12) que habíamos contraído con Dios nuestro Creador. Por eso David predijo: «Dichoso aquél cuyas sus iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos. Dichoso el hombre a quien Dios no imputa el pecado» (Sal 32[31],1-2). Así mostró de antemano cómo sería el perdón por su venida, por la cual «borró el documento de nuestra deuda, y lo clavó en la cruz» (Col 2,14); de modo que, así como por un árbol nos hicimos deudores de Dios, así también por el árbol recibamos el perdón de nuestra deuda.

2.4.3. Figura de la cruz en el Antiguo Testamento

17,4. Lo mismo declararon muchos otros profetas, entre otros Eliseo. Cuando los profetas que lo acompañaban cortaron madera para fabricar el tabernáculo, el hierro del hacha se desprendió y cayó en el Jordán, de modo que no podían hallarlo. Al saber lo que había ocurrido, Eliseo se dirigió al lugar y arrojó al agua un pedazo de madera. Habiendo hecho esto, el hierro del hacha subió a la superficie, y los que antes lo habían perdido, lo sacaron del agua (2 Re 6,1-7). Mediante esta acción, el profeta mostró que el Verbo de Dios que nosotros habíamos perdido por negligencia, sacado de la madera, y no podíamos encontrarlo, también por la madera (de la cruz), según el plan de Dios, volvimos a recuperarlo. Pues, que el Verbo de Dios se asemeje a un hacha, lo dice Juan Bautista: «Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles» (Mt 3,10). Y Jeremías habla de modo parecido: «La Palabra de Dios es como un hacha de doble filo que hiende la piedra» (Jer 23,29). Este Verbo, que estaba oculto para los hombres, se manifestó, como dijimos, según la Economía del árbol. Porque así como por el árbol lo perdimos, así por el árbol a todos se nos reveló de nuevo, mostrando en sí mismo la altura, anchura y profundidad y, como dijo uno de nuestros mayores, extendiendo las manos congregó los dos pueblos en el único Dios. Fueron las dos manos, porque eran dos los pueblos dispersos por la tierra (Is 11,12; Ef 2,15), y una sola cabeza en medio, porque «uno es

Dios que está sobre todos, por todos y en todos nosotros» (Ef 4,6).

2.5. El Verbo vino a lo que era suyo

18,1. Tan elevada Economía no se realizó a través de creaturas ajenas, sino propias; ni fueron plasmadas por ignorancia o la penuria, sino que recibieron su ser de la sabiduría y el poder del Padre. Porque éste no era tan injusto como para desear lo ajeno, ni tan indigente como para no poder producir la vida por sus propios medios; sino que dirigió la propia acción creadora a la salvación del hombre. Ni la creatura hubiese podido llevarlo, si hubiese sido producto de la ignorancia y la penuria. Pues, que el Verbo de Dios hecho carne haya sido colgado del madero (Hech 5,30), de muchos modos lo hemos expuesto, y aun los mismos herejes confiesan que fue crucificado. Mas un producto de la ignorancia y la penuria ¿cómo podía cargar sobre sí al que es perfecto y conoce la verdad de todas las cosas? ¿Y cómo una creación separada y tan alejada del Padre pudo portar su Verbo?

Aun suponiendo que la creación fuese obra de los ángeles (independientemente de que hayan conocido o ignorado al Dios que está sobre todas las cosas), puesto que el Señor dijo: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 14,11), ¿cómo la obra de los ángeles podría portar al mismo tiempo al Padre y al Hijo? ¿Cómo la creación que está fuera del Pléroma acogió a aquel que contiene todo el Pléroma? Cuanto acabamos de decir es imposible y carece de pruebas. Luego sólo la predicación de la Iglesia es verdadera, acerca de que la propia creación de Dios subsiste por el poder, arte y sabiduría divinos, y por eso lo portó. Pues si en el plano de lo invisible el Padre porta la creación, en el de lo visible, por el contrario, ésta porta a su Verbo. He aquí la verdad.

18,2. El Padre sostiene al mismo tiempo toda su creación y a su Verbo; y el Verbo que el Padre sostiene, concede a todos el Espíritu, según la voluntad del Padre: a unos en la creación misma les da el (espíritu) de la creación, que es creado; a otros el de adopción, esto es, el que proviene del Padre, que es obra de su generación. Así se revela como único el Dios y Padre, que está sobre todo, a través de todas y en todas las cosas. El Padre está sobre todos los seres, y es la cabeza de Cristo (1 Cor 11,3); por medio de todas las cosas obra el Verbo, que es Cabeza de la Iglesia; y en todas las cosas, porque el Espíritu está en nosotros, el cual es el agua viva (Jn 7,38-39) que Dios otorga a quienes creen rectamente en él y lo aman, y saben que «uno sólo es el Padre, que está sobre todas las cosas, por todas y en todas» (Ef 4,6).

De estas cosas da testimonio Juan, el discípulo del Señor, cuando dice en el Evangelio: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio ante Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada ha sido hecho» (Jn 1,1-2). Y luego dice acerca del Verbo: «En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él, pero el mundo no lo conoció. Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios, que son los que creen en su nombre» (Jn 1,10-11). Y adelante, hablando de la Economía según su humanidad, dice: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Y añade: «Y hemos visto su gloria, gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de

verdad» (Jn 1,14). Abiertamente muestra a quienes quieran escuchar, esto es, a quienes tengan oídos, que uno es Dios Padre que está sobre todo, y uno su Verbo que actúa por medio de todas las cosas, pues todas las cosas por él fueron hechas; y que el mundo es suyo porque él lo hizo según la voluntad del Padre, y no fue hecho por los ángeles, ni por apostasía, defecto e ignorancia; ni por el poder de algún Prúnico que algunos llaman la Madre, ni por otro creador del mundo que no hubiese conocido al Padre.

18,3. El verdadero Creador del mundo es el Verbo de Dios. Este es nuestro Señor, el cual en los últimos tiempos se hizo hombre para existir en este mundo (Jn 1,10), de modo invisible contiene todas las cosas creadas (Sab 1,7), y está impreso en forma de cruz en toda la creación, porque el Verbo de Dios gobierna y dispone todas las cosas. Por ello invisiblemente «vino a los suyos» «y se hizo carne» (Jn 1,11.14); por último colgó de la cruz para recapitular en sí todas las cosas (Ef 1,10). Mas «los suyos no lo recibieron» (Jn 1,11), como dijo Moisés al pueblo: «Tu vida estará colgada delante de ti, y tú no le creerás» (Dt 28,66). Quienes no lo acogieron, tampoco recibieron su vida. «Mas a cuantos lo acogieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,12).

El es quien tiene el poder del Padre sobre todas las cosas, porque es verdadero Verbo de Dios y verdadero hombre. Reina sobre todo lo invisible, y en el mundo visible establece su ley sobre todas las cosas para que se mantengan en orden. Reina abiertamente sobre todo lo humano y juzga a todos de manera digna y justa, según predijo David acerca de su venida: «Nuestro Dios vendrá y no callará». Y en seguida, para mostrar que es él quien juzgará, añade: «En su presencia arderá el fuego y azotará la tormenta. Desde lo alto llamará al cielo y a la tierra para juzgar a su pueblo» (Sal 50[49],3-4).

2.6. La Economía por la obediencia de María

19,1. Manifiestamente, pues, el Señor vino a lo que era suyo, y llevó sobre sí la propia creación que sobre sí lo lleva, y recapituló por la obediencia en el árbol (de la cruz) la desobediencia en el árbol; fue disuelta la seducción por la cual había sido mal seducida la virgen Eva destinada a su marido, por la verdad en la cual fue bien evangelizada por el ángel la Virgen María ya desposada: así como aquélla fue seducida por la palabra del ángel para que huyese de Dios prevaricando de su palabra, así ésta por la palabra del ángel fue evangelizada para que portase a Dios por la obediencia a su palabra, a fin de que la Virgen María fuese abogada de la virgen Eva; y para que, así como el género humano había sido atado a la muerte por una virgen, así también fuese desatado de ella por la Virgen, y que la desobediencia de una virgen fuese compensada por la obediencia de otra virgen; si pues el pecado de la primera creatura fue enmendado por el recto proceder del Primogénito, y si la sagacidad de la serpiente fue vencida por la simplicidad de la paloma (Mt 10,16), entonces están desatados los lazos por los que estábamos ligados a la muerte.

2.7. Los herejes chocan contra la Escritura y la Tradición

19,2. Los herejes son, pues, indoctos e ignorantes de la Economía de Dios, e

inconscientes de su obra en cuanto hombre; enceguecidos para la verdad, ellos mismos contradicen su propia salvación: algunos introduciendo otro Padre distinto del Demiurgo; otros afirmando que el mundo y la materia fueron hechos por los Angeles; otros que estando tan lejana e inmensamente separada de su hipotizado Padre, la creación habría florecido y nacido de por sí; otros que el mundo y cuanto contiene habría tenido su substancia del Padre, pero tomada de la ignorancia y de la penuria; otros abiertamente desprecian la venida del Señor y no aceptan su encarnación; otros más desconocen la Economía de la Virgen, diciendo que fue engendrado por obra de José; algunos dicen que ni el alma ni el cuerpo pueden recibir la vida eterna, sino sólo el hombre interior, y a éste lo identifican luego con su mente (*noûs*), sólo la cual sería capaz de ascender al estadio perfecto; otros, que el alma se salva pero que el cuerpo no tiene parte en la salvación de Dios, como hemos expuesto ya en el primer libro, en el cual hemos narrado todas sus hipótesis, así como en el segundo hemos demostrado su incongruencia.

20,1. Porque todos éstos vinieron mucho después de los obispos, a los cuales los Apóstoles encomendaron las Iglesias; y esto lo hemos expuesto con todo cuidado en el tercer libro. Todos los predichos herejes tienen pues necesidad, por su ceguera acerca de la verdad, de caminar por otros y otros atajos, y por eso las huellas de su doctrina se dispersan de modo desacorde e inconsecuente. Mas el camino de los que pertenecen a la Iglesia recorre el mundo entero, porque posee la firme Tradición que viene de los Apóstoles, y al verla nos ofrece una y la misma fe de todos, porque todos obedecen a uno y el mismo Dios Padre, creen en una misma Economía de la encarnación del Hijo de Dios, reconocen el mismo don del Espíritu, observan los mismos preceptos, guardan la misma forma de organización eclesial, esperan la misma parusía del Señor y la misma salvación de todo el hombre o sea del alma y del cuerpo. La predicación de la Iglesia es sólida y verdadera, en la cual se manifiesta uno y el mismo camino de salvación en todo el mundo. Esta ha creído en la luz de Dios, y por eso «la sabiduría» de Dios, por medio de la cual él salva a los hombres, «llama en la esquina de las calles concurridas, a la entrada de las puertas de la ciudad pronuncia sus discursos» (Prov 1,21). Porque en todas partes la Iglesia predica la verdad, y es el candelabro de las siete lámparas (Ex 25,31.37) que porta la luz de Cristo.

20,2. Cuantos abandonan la predicación de la Iglesia acusan de simplicidad a los presbíteros, sin entender cuánto dista el sencillo y religioso, del blasfemo y del sofista impúdico. Porque tales son todos los herejes, a quienes les parece haber encontrado fuera de la verdad ideas superiores, siguiendo a aquellos de que hemos hablado, fabricando caminos diversos, multiformes e inseguros, no teniendo siempre las mismas ideas sobre estas cosas; como ciegos guiados por otros ciegos justamente caerán en la fosa (Mt 15,14) de la ignorancia abierta bajo sus pies, buscando siempre y nunca encontrando la verdad (2 Tim 3,7). Es, pues, necesario huir de sus enseñanzas y estar cuidadosamente atentos para que no nos dañen, refugiarnos en la Iglesia para educarnos en su seno y alimentarnos con las Escrituras del Señor. La Iglesia ha sido plantada como el paraíso en el mundo. «De todo árbol, pues, del paraíso, podéis comer» (Gén 2, 16), dice el Espíritu de Dios, esto es, comed de toda la Escritura del Señor, pero no comáis

con espíritu orgulloso ni toquéis nada de la disensión herética. Porque ellos confiesan tener por sí mismos la gnosis del bien y del mal (Gén 2,17), y por sobre Dios que los creó arrojan sus pensamientos. Piensan más allá de los límites del pensamiento. Por eso dice el Apóstol: «No sepáis más allá de lo que se debe saber, sino sabed según la prudencia» (Rom 12,3), no vaya a ser que, comiendo de su gnosis, que piensa saber más de lo que conviene, seamos arrojados del paraíso de la vida, al cual conduce el Señor a los que escuchan su predicación, «recapitulando en sí todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ef 1,10); pero las cosas que están en los cielos son espirituales (*pneumatiká*), mientras las que están sobre la tierra son esta obra que es el hombre. Todas estas cosas ha recapitulado en sí, unificando al hombre y al espíritu, haciendo habitar al Espíritu en el hombre, haciéndose él mismo Cabeza del espíritu y dando su Espíritu al hombre como cabeza; por éste vemos, oímos y hablamos.

2.8. Las tentaciones de Cristo muestran que Dios es uno

21,1. Habiendo pues recapitulado todo en sí, también recapituló nuestra lucha contra el enemigo; ha provocado y vencido a aquel que desde el principio nos había hecho cautivos en Adán, y ha quebrantado con el pie su cabeza como en el Génesis Dios dijo a la serpiente: «Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu simiente y la suya, éste observará tu cabeza y tú observarás su talón» (Gén 3, 15). Desde entonces el que habría de nacer de la mujer virgen según la semejanza de Adán, se preauncia que estará observando la cabeza de la serpiente, y ésta es la simiente de la que dice el Apóstol a los Gálatas: «Ha sido establecida la Ley de las obras hasta que viniese la simiente prometida» (Gál 3,19). Pero más claro lo expresa en la epístola cuando dice: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer» (Gál 4,4).

Porque el enemigo no sería justamente vencido si el que lo venciese no fuese un hombre nacido de mujer. Porque por una mujer había dominado sobre el hombre y se había opuesto desde el principio al hombre. Por eso el Señor mismo se confiesa Hijo del Hombre, para recapitular en sí a aquel hombre viejo del cual él mismo se hizo creatura mediante la mujer; para que así como por un hombre vencido nuestra raza descendió hasta la muerte, así también por un hombre victorioso ascendamos a la vida; y como la muerte recibió la palma contra nosotros por un hombre, así también nosotros por un hombre recibamos la palma contra la muerte.

21,2. Pero el Señor no habría recapitulado en sí aquella antigua enemistad cumpliendo la promesa del Demiurgo y ejecutando su mandato, si hubiese provenido de otro Padre. Mas siendo el mismo quien al principio nos plasmó y que al final envió al Hijo, el Señor ejecutó su precepto «nacido de mujer» (Gál 4,4) destruyendo a nuestro adversario y perfeccionando al hombre según la imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26). Y por eso no lo destruyó de otra manera sino mediante las palabras de la Ley, usando como ayuda el precepto del Padre para destruir y refutar al ángel apóstata.

Para comenzar, ayunó 40 días siguiendo el ejemplo de Moisés y de Elías. Al final tuvo hambre (Mt 4,2), a fin de que lo reconozcamos como hombre real y verdadero -porque es propio de quien ayuna tener hambre-, donde el adversario hallase cómo entrar

a atacarlo. Este, que en el paraíso sedujo con un manjar a un hombre que no tenía hambre, para que despreciase el mandamiento divino, al final no pudo disuadir a otro hombre hambriento de que esperase sólo el pan que viene de Dios. Pues cuando lo tentó diciéndole: «Si eres Hijo de Dios haz que estas piedras se conviertan en pan», el Señor lo rechazó citando un precepto de la Ley: «Está escrito: *No sólo de pan vive el hombre*» (Mt 3,3-4; Dt 8,3). En cuanto a la condición «si eres Hijo de Dios», guardó silencio; en cambio encegueció al tentador confesándose hombre, y mediante la palabra del Padre le vació su argumento. De este modo la hartura del hombre por el doble bocado se disolvió por la pobreza que se introdujo en este mundo.

Aquél, cuya tentación había sido destruida por la Ley, volvió al ataque con otra mentira sacada de la Ley. Lo llevó a lo más alto del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, échate abajo. Pues está escrito: *A sus ángeles te envió para que te lleven en sus manos, a fin de que tu pie no tropiece en la piedra*» (Mt 4,6). Escondió tras la Escritura su mentira, como hacen todos los herejes. Estaba escrito: «Te enviará a sus ángeles»; en cambio «échate abajo» en ninguna parte lo dice la Escritura, sino que el diablo había inventado ese pretexto. El Señor lo refutó por la Ley, diciendo: «También está escrito: *No tentarás al Señor tu Dios*» (Mt 4,7; Dt 6,16). Citando la Ley le mostró lo que toca al hombre, no tentar a Dios; y en el hombre que el tentador tenía ante los ojos, no tentar a su Dios y Señor. De esta manera, la soberbia de los sentidos en la serpiente quedó diluida en la humildad de este hombre.

Ya dos veces el diablo había sido vencido por la Escritura. Así se mostró por sus propias palabras enemigo de Dios, cuando quiso persuadirlo empujándolo a hacer lo contrario al precepto divino. Como un derrotado que pretende recoger todo cuanto le queda de fuerzas para apuntarlas hacia una mentira, en tercer lugar «le mostró todos los reinos y su gloria», y le dijo, según refiere Lucas: «Todo esto te daré, pues me ha sido entregado y lo doy a quien quiero, si postrándote me adoras» (Mt 4,8-9; Lc 4,6-7). De esta manera el Señor lo desenmascaró, diciendo quién era: «Apártate, Satanás, a tu Dios adorarás y a él solo servirás» (Mt 4,10). De esta manera su nombre lo desnudó y lo mostró tal como es: *Satanás*, palabra que en hebreo significa *apóstata*. Habiéndolo vencido por tercera vez, lo rechazó como a un derrotado legítimamente. De este modo se disolvió la transgresión de Adán al mandato de Dios, por la fidelidad del Hijo de Dios al precepto de la Ley, no desobedeciendo al mandato de Dios.

21,3. ¿Quién es, entonces, el Señor Dios del que Cristo dio testimonio, al que nadie tentó y al que debemos adorar y a él solo servir? Sin duda alguna es el mismo Dios autor de la Ley. Pues todo había sido prescrito por la Ley, y el Señor mostró, usando las palabras de la Ley, que la Ley del Padre proclama al Dios verdadero. El ángel apóstata de Dios queda desenmascarado al declararse su nombre, derrotado como fue y vencido por el Hijo del Hombre obediente al precepto divino. Como al principio persuadió al hombre a transgredir el precepto del Creador, y así lo sometió a su poder, que consiste en la transgresión y apostasía, con las cuales ató al hombre, era preciso que fuese vencido por el hombre mismo, y atado con las mismas cuerdas con las que él había amarrado al hombre. De esta manera el hombre, desatado, se podía volver a su Señor, abandonando

al diablo los lazos con los que éste lo había ligado, o sea la transgresión. El encadenamiento de éste fue la liberación del hombre, pues «nadie puede penetrar en la casa del fuerte y robarle sus bienes, si primero no atare al fuerte» (Mt 12,29; Mc 3,27).

El Señor con su palabra le probó que todo lo suyo se oponía al Dios Creador de todas las cosas, y lo sometió por su (obediencia al) mandamiento -y este mandamiento es ley de Dios-: en cuanto hombre lo descaró como desertor, transgresor de la Ley y apóstata de Dios; y más tarde, en cuanto Verbo lo encadenó fuertemente, como a su propio fugitivo, y le arrebató los bienes, o sea los hombres de quienes él se había apoderado e injustamente se servía. Así fue justamente mantenido cautivo aquel que injustamente había tenido prisionero al hombre; en cambio quedó libre el hombre sometido al poder de este amo, según la misericordia de Dios Padre que se compadeció de su creación y le concedió la salvación por medio de su Verbo. Así lo reparó, a fin de que el hombre aprenda por experiencia propia que no se vuelve incorruptible por sí mismo, sino por don de Dios.

22,1. Este fue el modo como el Señor claramente reveló que el único Dios y Señor verdadero es aquel que la Ley anunció -pues a aquel mismo Dios al que la Ley había de antemano proclamado, Cristo lo mostró como Padre, el único al que deben servir los discípulos de Cristo-. Este mismo venció al enemigo usando las palabras de la Ley -pues la Ley nos manda alabar y servir sólo al Dios Demiurgo-. Ya no cabe, pues, buscar a otro Padre además de éste o superior a él «porque uno solo es Dios, que justifica la circuncisión en virtud de la fe, y el prepucio por la fe» (Rom 3,30). En cambio, si hubiese habido otro Padre superior y perfecto, el Señor no habría destruido a Satanás por las palabras y preceptos de éste.

Por otra parte, la ignorancia no puede resolverse por otra ignorancia, así como la culpa no se borra por otra culpa. Así pues, si la Ley fuese producto de ignorancia y de culpa, ¿cómo podían las palabras en ella contenidas disolver la ignorancia del diablo y vencer al fuerte? Pues el fuerte no puede ser vencido por alguien inferior o igual a él, sino por uno más poderoso. Y el más fuerte sobre todas las cosas es el Verbo de Dios que proclama: «Escucha, Israel, el Señor tu Dios es tu único Señor. Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, a él lo adorarás y sólo a él servirás» (Dt 6,4-5.13). También en el Evangelio con las mismas palabras destruye la apostasía, y con la voz del Padre derrota al fuerte, y proclama en sus propios términos el mandato de la Ley, cuando responde: «No tentarás al Señor tu Dios» (Mt 4,7; Dt 6,16). Así pues, no destruyó al adversario y venció al fuerte con palabras ajenas, sino con las de su propio Padre.

2.9. Una sola Ley en los dos Testamentos

22,2. Librados por el mismo precepto, nos enseñó a los hambrientos a esperar el alimento que viene de Dios. Cuando se nos eleva con todo tipo de carismas, se nos confían las obras de justicia, o se nos agracia con el don excelente del ministerio, de ningún modo hemos de alzarnos y tentar a Dios, sino en todo hemos de sentirnos humildes y tener a la mano: «No tentarás al Señor tu Dios»; como enseña el Apóstol: «No atraídos por la altivez, sino con los sentimientos de los humildes» (Rom 12,16). Ni

hemos de dejarnos cautivar por las riquezas, la gloria mundana o las fantasías del presente; sino que es necesario aprender a adorar al Señor Dios y a él solo servir, sin creer a quien falsamente promete lo que no es suyo: «Todo esto te daré, si postrado me adoras» (Mt 4,10; Dt 6,13); pues él mismo confiesa que adorarlo y someterse a su voluntad es apartarse de la gloria de Dios.

Pues bien, ¿en qué cosa buena o deleitable puede tener parte el que cae, o qué otra cosa puede esperar sino la muerte? Pues la muerte está cerca del caído. Y no puede ni siquiera cumplir lo que ha prometido, pues ¿cómo podría darlo, si él mismo está caído? Además, como nuestro Dios tiene el señorío sobre todos y también sobre él, y sin la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos ni un pájaro cae por tierra (Mt 10,29), aquello mismo que él dijo: «Todo esto me ha sido entregado y yo lo doy a quien quiero» (Lc 4,6) no hace sino inflarlo de soberbia. Porque ni la creación está bajo su poder, siendo él mismo una creatura, ni es él quien otorga los reinos a los seres humanos; ya que es el Padre quien dispone de todas estas cosas, así como de todo cuanto se refiere al hombre. Dijo el Señor, en efecto: «El diablo es mentiroso desde el principio, y no se mantuvo en la verdad» (Jn 8,44). Por tanto, si es mentiroso y no se mantuvo en la verdad, entonces no dijo la verdad cuando habló con engaño: «Todo esto me ha sido entregado y yo lo doy a quien quiero» (Lc 4,6).

2.10. El padre de la mentira

23,1. Porque ya se había acostumbrado a mentir contra Dios, con tal de seducir a los hombres. Al principio Dios había dado al hombre toda suerte de alimentos, y sólo le prohibió comer de un árbol, como en la Escritura Dios dijo a Adán: «Puedes comer de todo árbol del paraíso, pero del árbol del conocimento del bien y del mal no comerás; pues el día que comieres de él, morirás de muerte» (Gén 2,16-17). El (diablo), mintiendo contra Dios tentó al hombre, como en la Escritura la serpiente dijo a la mujer: «¿Por qué dijo Dios: No comerás de ningún árbol del paraíso?» (Gén 3,1). Ella rechazó la mentira, y con simplicidad mantuvo el precepto al responder: «Podemos comer de todo árbol del paraíso, pero sobre el fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: *No comeréis de él ni lo tocaréis, para que no muráis*» (Gén 3,2-3).

Habiendo la mujer explicado el mandato de Dios, (el diablo) habituado a la astucia de nuevo la engañó usando otra mentira: «No moriréis de muerte. Dios sabía que si un día coméis de ese árbol, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal» (Gén 3,4-5). En primer lugar, en el paraíso de Dios disputaba sobre Dios, como si éste estuviese ausente; ignoraba, en efecto, la grandeza divina. En seguida, habiendo oído de ella que Dios habría dicho que ellos morirían si gustaban de tal árbol, añadió otra mentira: «No moriréis de muerte». Mas, como Dios es veraz, y en cambio la serpiente es mentirosa, los efectos probaron que la muerte sería la consecuencia si ellos comían. Al mismo tiempo ellos gustaron del bocado y de la muerte; porque comieron por desobediencia, y la desobediencia produce la muerte. Por eso fueron ellos entregados a la muerte, pues se hicieron sus deudores.

23,2. Porque ellos murieron el mismo día en que comieron y se hicieron deudores de

la muerte, por ese motivo uno solo es el día de la creación: «Se hizo tarde y mañana, día primero» (Gén 1,5). En el mismo día comieron y murieron. Considerando el ciclo y el curso de los días, de acuerdo al cual se les llama primero, segundo y tercero, si alguien quiere investigar con diligencia cuál de los siete días murió Adán, lo descubrirá a partir de la Economía del Señor. Porque él, para recapitular en sí a todo el hombre desde el principio hasta el fin, también recapituló su muerte. Es claro que el Señor, por obediencia al Padre, sufrió la muerte el mismo día en que Adán murió por desobedecer a Dios. Y en el mismo día en que comió, en ese día murió, pues Dios le dijo: «El día en que comiéreis, moriréis de muerte» (Gén 2,17). Para recapitular en sí mismo ese día, el Señor asumió la pasión la víspera del sábado, o sea el sexto día de la creación, en la cual el hombre había sido plasmado, a fin de darle mediante su pasión la segunda creación, fruto de su muerte.

Algunos incluso ponen la muerte de Adán en el año mil, porque «los días del señor son como mil años» (2 Pe 3,8; Sal 90[89],4). Adán no sobrepasó, pues, los mil años, sino que murió dentro de ellos, para cumplir la sentencia de su transgresión. Sea, pues, por la desobediencia que lleva a la muerte, sea porque desde entonces fueron entregados a ella y se hicieron deudores de la muerte, sea porque murieron el mismo día en que comieron ya que fue el primer día de la creación, sea por el ciclo de los días pues murieron el mismo día en que comieron, es decir en la Pascua (que significa la cena pura) que cae en viernes (día que el Señor eligió para sufrir), sea porque Adán no sobrepasó los mil años sino que murió dentro de ellos: según el significado de todos los hechos anteriores, Dios se mostró veraz. Murieron los que comieron del árbol, y la serpiente se manifestó mentirosa y homicida, como el Señor dijo refiriéndose a ella: «Desde el principio es homicida y no permaneció en la verdad» (Jn 8,44).

2.11. El miente desde el principio

24,1. Así como mintió al principio, también mintió al final, cuando dijo: «Todo esto me ha sido entregado y lo doy a quien quiero» (Lc 4,6). Pues no es él, sino Dios, quien delimitó los reinos de la tierra: «El corazón del rey está en manos de Dios» (Prov 21,1). Y por Salomón dice la Palabra: «Por mí reinan los reyes y los poderosos ejercen la justicia; yo exalto a los príncipes y por mí los jefes reinan sobre la tierra» (Prov 8,15-16). Y sobre lo mismo, escribe Pablo: «Sujetaos a las autoridades constituidas; pues el poder no viene sino de Dios. Y las que hay están establecidas por Dios» (Rom 13,1). Y también dice refiriéndose a ellas: «Pues no sin motivo lleva la espada, pues es un ministro de Dios, para tomar venganza con dureza de los que obran el mal» (Rom 13,4). No dice esto a propósito de los poderes angélicos ni de príncipes invisibles, como algunos se atreven a interpretar, sino de los gobiernos humanos, pues dice: «Por eso pagáis tributos, pues son ministros de Dios y en eso ejercitan un servicio» (Rom 13,6). El Señor confirmó lo mismo, no haciendo caso de los engaños del diablo, cuando mandó a Pedro pagar a los cobradores el tributo por sí y por él, porque «son ministros de Dios y en eso ejercitan un servicio».

24,2. Una vez que el hombre se apartó de Dios, se convirtió casi en una fiera, de

modo que tuvo por enemigo incluso al de su propia sangre, y se entregó a todo tipo de desorden, homicidio y avaricia, sin temor alguno. Por ello Dios impuso el miedo a los hombres, ya que no conocían el temor a Dios; los sujetó al poder humano y los controló con la ley, a fin de que ésta ejerza una cierta justicia y los hombres se controlen unos a otros, temiendo la espada que abiertamente los amenaza, como escribe el Apóstol: «No sin causa lleva la espada; porque es ministro de Dios, para ejercer la cólera y la venganza contra quien haga el mal» (Rom 13,4). Por este motivo a los magistrados, revestidos de la ley como divisa, no se les pedirá cuenta ni se les castigará por todo aquello en que actuaren de manera justa y legítima. En cambio, si hicieren algo inicuo e impío para dañar al justo o para contravenir la ley, o ejercitaren su servicio de modo tiránico, perecerán; porque el justo juicio de Dios se aplica a todos por igual y no falla en ningún caso. Dios, pues, estableció el reino de la tierra en favor de los gentiles (no lo hizo el diablo, porque siempre anda inquieto, más aún porque pretende siempre que los pueblos no vivan en paz), a fin de que, temiendo el poder humano, los hombres no se traguen unos a otros como los peces, sino que por la disposición de la ley controlen la multiforme injusticia de los paganos. En este sentido *son ministros de Dios*. Y si son ministros de Dios, los que nos cobran los impuestos en ello ejercitan un servicio.

24,3. «Toda autoridad ha sido dispuesta por Dios». Es, pues, claro que el diablo miente cuando dice: «Todo me han sido entregado y lo doy a quien quiero». Aquel por cuya disposición existen los hombres, también con su mandato establece a los reyes adecuados a los tiempos y personas sobre las que reinan. Algunos son elegidos para la corrección y el provecho de los súbditos y para conservar la justicia; otros para infundir temor, castigo y reproche; otros para la vanidad, insolencia y orgullo, según los súbditos lo merecen; pues, como hemos dicho arriba, el justo juicio de Dios recae igualmente sobre todos. Mas el diablo, siendo un ángel apóstata, puede hacer solamente lo que hizo desde el principio: seducir y arrastrar la mente del hombre a transgredir los preceptos de Dios, y cegar poco a poco los corazones de aquellos que se dedican a servirlo; de este modo les hace olvidar al verdadero Dios, y adorarlo a él como si fuese Dios.

24,4. Es como si un rebelde, habiéndose apoderado por la fuerza de una región, perturbara a quienes viven en ella, y reivindicara para sí la gloria del rey para gobernar a aquellos que ignoraran que es un ladrón y un rebelde. Del mismo modo el diablo, siendo uno de los ángeles elevados sobre los aires, como escribió el Apóstol Pablo en su Carta a los Efesios (Ef 2,2), por envidia del hombre (Sab 2,24) apostató de la ley divina: pues la envidia es ajena a Dios. Y como en el hombre quedaron desenmascarada su apostasía y al descubierto sus intenciones, el diablo se fue haciendo cada vez más enemigo del hombre, envidiando su vida y queriendo aprisionarlo en su poder rebelde. En cambio el Verbo de Dios hacedor de todas las cosas, venciendo al diablo por medio del hombre y dejando al desnudo su rebeldía, sujetó al diablo al poder del hombre, cuando dijo: «Os doy el poder de pisotear serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo» (Lc 10,19). De esta manera, habiendo él dominado al hombre por la apostasía, su rebelión quedó anulada por el hombre que retorna a Dios.

CAPÍTULO 3.

La escatología revela a un solo Dios y Padre

3.1. El Anticristo

25,1. Y no sólo por lo que hemos dicho, sino también por lo que sucederá bajo el poder del Anticristo, se prueba que el diablo, siendo apóstata y ladrón, quiere ser adorado como Dios; y se quiere proclamar rey, siendo un siervo. Porque él, recibiendo todo el poder del diablo, vendrá no como rey justo o legítimo sujeto a Dios, sino como impío, injusto y sin ley, como apóstata, inicuo y homicida, como un ladrón que recapitulará en sí la apostasía del diablo. Derrocará a los ídolos para persuadirnos de que él mismo es Dios, poniéndose a sí mismo como el único ídolo, resumiendo en sí los distintos errores de los ídolos, a fin de que, aquellos que adoran al diablo mediante muchas maldades, lo sirvan a él en su único ídolo. De este es de quien afirma el Apóstol en su segunda Carta a los Tesalonicenses: «Primero ha de venir la rebelión y manifestarse el hombre de pecado, el hijo de la perdición, el enemigo que se exalta a sí mismo sobre todo lo que llamamos Dios y es objeto de culto, hasta sentarse en el templo de Dios, haciéndose pasar a sí mismo por Dios» (2 Tes 2,3-4). El Apóstol claramente desenmascara su apostasía y que se alzará contra todo lo divino y contra todo objeto de culto, es decir sobre todos los ídolos -pues no son dioses, aunque así los llamen los hombres-, y que él de manera tiránica se empeñará en mostrarse como Dios.

25,2. Además dio a conocer lo que muchas veces hemos dicho, que el templo de Jerusalén fue construido por mandato del verdadero Dios. El Apóstol mismo, hablando según su propio pensar, lo llama, en la plena acepción del término, *templo de Dios*. Y ya dijimos en el tercer libro que el Apóstol nunca llama Dios, hablando en nombre propio, sino a aquel que es el Dios verdadero, el Padre de nuestro Señor, por cuyo mandato se construyó el templo de Jerusalén, por las razones que hemos expuesto. Pues en este templo se sentará el enemigo, tratando de mostrarse a sí mismo como el Cristo, como dice el Señor: «Cuando viereis la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel, cuando estaba de pie en el lugar santo, el que lee entienda, entonces quienes estén en Judea huyan a los montes, y quien se encuentre en el techo no baje a sacar algo de la casa. Pues habrá una gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, y como no la habrá jamás» (Mt 24,15-17.21).

25,3. Daniel, contemplando el fin del último reino, es decir los últimos diez reyes entre los cuales se dividirá el reino de aquellos sobre los cuales sobrevendrá el hijo de la perdición, dice que nacerán diez cuernos a la bestia, y que brotará un cuerno más pequeño en medio de ellos, y tres de los primeros cuernos serán arrancados en su presencia (Dan 7,7-8). «Y he aquí, dice, que este cuerno tenía unos ojos como ojos de

hombre y una boca grandilocuente y su aspecto era superior al de los otros. Vi cómo ese cuerno hacía la guerra a los santos infligiéndoles violencia, hasta que llegó el Anciano en Días e hizo justicia a los santos del Dios Altísimo, y llegó el tiempo en que los santos tomaran posesión del reino» (Dan 7,8.20-22). Después, una vez terminada la visión, se le reveló: «La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, que sobresaldrá sobre los antiguos reinos, se tragará toda la tierra, la pondrá bajo sus pies y la hará pedazos. Los diez cuernos de la bestia son los diez reyes que se levantarán, después de ellos se alzará otro que superará en maldades a todos los que lo precedieron, acabará con los tres reyes, lanzará palabras contra el Dios Altísimo, pisoteará a los santos del Dios Altísimo, y tratará de trastornar los tiempos y la ley. Y se le dará en la mano un tiempo y tiempos y medio tiempo» (Dan 7,23-25), es decir, tres años y seis meses, durante los cuales dominará la tierra.

También Pablo habla del tema en la segunda Carta a los Tesalonicenses, anunciando la causa de su venida: «Entonces se revelará el impío, al que el Señor Jesús matará con el soplo de su boca y lo destruirá con el esplendor de su venida. La llegada del maligno, por obra de Satanás, se manifestará con todo tipo de poder, de signos y portentos. Y con toda la carga de mentiras y seducciones engañará a los que se pierden, porque no han acogido el amor de la verdad para ser salvos. Por eso Dios les envía un poder que los engañe, para que crean en la falsedad y se condenen todos aquellos que no creyeron en la verdad, sino que se entregaron a la maldad» (2 Tes 2,8-12).

25,4. El Señor decía a los que no creían en él: «Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís. Si viniere algún otro en su propio nombre, a él lo recibiréis» (Jn 5,43), ese *algún otro* es el Anticristo, porque es extraño a Dios. Es el juez inicuo de quien el Señor afirmó que «no temía a Dios ni respetaba a los hombres» (Lc 18,2), al cual acudió aquella viuda que se había olvidado de Dios, es decir la Jerusalén terrestre, para reclamar venganza de su enemigo. Esto es lo que el Anticristo hará cuando reine: trasladará su reino a Jerusalén y se asentará en el templo de Dios, seduciendo a aquellos que lo adoran como a Cristo.

Por eso dice Daniel: «Desoló el lugar sagrado, impuso el pecado en lugar del sacrificio, echó por tierra la justicia, y prosperó en todas sus acciones» (Dan 8,11-12). Y el ángel Gabriel, al explicarle sus visiones, le dijo: «Al final de su reino se alzará un rey con apariencia de bien y astuto en los asuntos. Tendrá mucha fuerza, causará maravilla, destruirá, gobernará y actuará, y exterminará a los poderosos y al pueblo santo. Se afirmará el yugo de sus cadenas; llevará en su mano la traición, su corazón se llenará de orgullo; con engaño hará morir a muchos y hará desaparecer a otros. A todos los aplastará como huevos con sus manos» (Dan 8,23-25). En seguida, para describir su tiranía, durante la cual serán perseguidos los santos que ofrecen el sacrificio puro a Dios: «A la mitad de la semana pondrá fin a los sacrificios y libaciones, y levantará en el templo la abominación de un ídolo, hasta que se consume el tiempo la destrucción estará por encima de la desolación» (Dan 9,27). La mitad de la semana son tres años y medio.

25,5. En todos estos (pasajes) se anuncian no sólo las apostasías y se resumen las

consecuencias de todo error diabólico, sino también al único Dios Padre, el mismo que los profetas anunciaron y Cristo puso de manifiesto. Es cierto que el Señor confirmó lo que Daniel había profetizado: «Cuando viereis la abominación de la desolación que el profeta Daniel predijo» (Mt 24,15); pero también el ángel Gabriel explicó a Daniel la visión (el mismo ángel del Demiurgo que llevó a María el claro anuncio del advenimiento y encarnación de Cristo: Lc 1,26ss), de donde se aclara con evidencia que se trata del único y mismo Dios que eligió a los profetas, envió a su Hijo y nos llamó a conocerlo.

3.2. La definitiva victoria de Cristo

26,1. Más claramente aún Juan, discípulo del Señor, escribió en el Apocalipsis acerca de los últimos tiempos y de de los diez reyes que se dividirán el reino que ahora impera. Cuando explica el significado de los diez cuernos que Daniel vio, dice que esto le fue revelado: «Y los diez cuernos que viste son diez reyes a los que aún no se les ha dado el reino, sino que por una hora recibirán el poder junto con la bestia. Estos tienen una sola idea en su mente, la de entregar a la bestia la fuerza y el poder. Estos lucharán con el cordero, y éste los vencerá porque es el Señor de los señores y Rey de los reyes» (Ap 17,12-14). También se declara que aquel que viene matará a tres de ellos, los otros le quedarán sometidos, y el mismo será el octavo de ellos. Y devastarán Babilonia y la quemarán a fuego, le entregarán su reino a la bestia y perseguirán la Iglesia. Una vez acaecidas estas cosas, quedarán destruidos con la venida de nuestro Señor.

Que el reino será dividido y así acabará, lo dice el Señor: «Todo reino dividido perecerá, y toda ciudad o casa dividida no durará» (Mt 12,25). El reino, la ciudad y la casa se dividirán en diez partes. Ya el Señor preanunció esta división y partición.

Con precisión Daniel describe el final del cuarto reino, usando como imagen los dedos de los pies de la estatua que Nabucodonosor vio, sobre los cuales cayó la piedra no lanzada por ninguna mano: «Los pies eran parte de hierro y parte de barro, hasta que se desprendió una piedra sin que intervinieran manos, golpeó la estatua en los pies de hierro y barro, y los rompió por completo» (Dan 2,34). Y más adelante da la explicación: «Has visto que los pies y los dedos eran parte de hierro y parte de barro. Esto quiere decir que el reino será dividido, aunque tenga raíz de hierro, pues viste que el hierro está mezclado con arcilla. Y los dedos de los pies son en parte de hierro y en parte de barro» (Dan 2,41-42). Luego los diez dedos de los pies son los diez reyes entre los cuales se dividirá el reino, de los cuales unos serán fuertes, activos y eficaces, mientras otros serán descuidados e inútiles, y no se pondrán de acuerdo, como dice Daniel: «Parte del reino será fuerte y otra parte será débil. Así como viste el hierro mezclado con barro, así estarán mezclados los linajes humanos, y no se unirán unos con otros, así como el hierro no se alea con el barro» (Dan 2,42-43). Y como llegará a su fin, añade: «En el tiempo de esos reyes el Dios del cielo suscitará un reino que jamás será destruido, y cuya soberanía no pasará a otro pueblo. Destruirá y acabará con todos los reinos y será exaltado para siempre, así como viste que del monte se desprendió una piedra sin intervención de manos, que rompió la arcilla, el hierro, el bronce, la plata y el oro. El Dios grande reveló al rey lo que ha de suceder. Su sueño es verdadero, y su interpretación es fidedigna»

(Dan 2,44-45).

26,2. El Dios grande ha dado a conocer el futuro por medio de Daniel, y lo ha confirmado por el Hijo. Cristo es la piedra desprendida sin obra de manos, la cual destruirá los reinos temporales y establecerá el eterno, que consiste en la resurrección de los justos (Lc 14,14) -pues «el Dios del cielo suscitará un reino que jamás será destruido» (Dan 2,44)-. En consecuencia, recobren el sentido y acepten su engaño quienes, rechazando al Demiurgo, no aceptan que los profetas habían sido mandados por el mismo Padre que envió al Señor, sino afirman que los profetas provenían de diferentes Potencias. Pues, aquello que el Demiurgo había predicho de modo idéntico por todos los profetas, es lo mismo que Cristo realizó al final, llevando a cabo la voluntad del Padre para cumplir el plan salvador en su humanidad. A aquellos, pues, que blasfeman contra el Demiurgo -sea que lo hagan con sus propias palabras y de modo claro, como los seguidores de Marción, sea trastocando las palabras, como lo hacen los valentinianos y los que falsamente se llaman Gnósticos-quienes dan culto al Dios verdadero reconózcanlos como instrumentos de Satanás, por medio de los cuales el mismo Satanás hace lo que antes no se había atrevido, o sea maldecir a Dios, que preparó el fuego eterno para todas las apostasías (Mt 25,41).

3.3. Condena de Dios contra Satanás y los suyos

Pues él mismo no se atreve a blasfemar abiertamente contra su Señor, sino que desde el principio sedujo al hombre por medio de la serpiente, escondiéndose del Señor. Bien escribió Justino que antes de la venida del Señor, Satanás nunca se había atrevido a blasfemar contra Dios, pues ignoraba sobre su condenación, ya que los profetas habían hablado de él en parábolas y alegorías. En cambio, una vez que vino el Señor, por las palabras de Cristo y de los Apóstoles supo claramente que, por haberse separado de Dios por su propia voluntad, ha sido preparado para él el fuego eterno (Mt 25,41), así como para todos los que sin arrepentirse perseveran en la apostasía. Por medio de estos hombres blasfema contra el Señor su juez, como un condenado, e imputa a su Creador el pecado de su apostasía, y no a su decisión propia. Se parece a los que delinquen contra la ley y por eso reciben un castigo: se quejan de los jueces y no de su propia culpa. De modo semejante éstos, inspirados por el espíritu del diablo, acusan de muchas maneras a nuestro Creador que nos dio el Espíritu de vida y una ley para el bien de todos, y pretenden que el juicio de Dios no es justo. Por ese motivo inventan otro Padre que ni se preocupa de nosotros ni es providente en cuanto necesitamos, el cual incluso aprobaría todos los pecados.

27,1. Si el Padre no juzga, será o porque no le toca, o porque tolera todo cuanto los hombres hacen. Y si no juzga, entonces todos los seres humanos estaremos en el mismo plano. En tal caso sería inútil la venida de Cristo, el cual se contradiría si no va a juzgar: «Yo he venido a separar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra» (Mt 10,35); estando dos en mismo techo, uno será tomado y otro dejado; y, moliendo dos mujeres en el molino, a una se la llevarán y a otra la dejarán (Lc 17,34-35); al final de los tiempos ordenará a los segadores recoger primero la cizaña

y atarla en haces para arrojarla al fuego eterno, y en cambio almacenar el trigo en el granero (Mt 13,30); llamará a los corderos al Reino preparado para ellos, y arrojará a los cabritos al fuego eterno preparado por su Padre para el diablo y sus mensajeros (Mt 25,33-34.41).

¿Qué responder a esto? El Verbo vino para ruina y resurrección de muchos (Lc 2,34): para ruina de quienes no creen en él, los cuales en el juicio sufrirán una condena mayor que Sodoma y Gomorra (Lc 10,12); y para resurrección de quienes creen en él y cumplen la voluntad de su Padre que está en los cielos (Mt 7,21). Por consiguiente, si la venida del Hijo será igual para todos, a fin de juzgar y discernir por parejo a fieles e incrédulos -pues según su propia doctrina los fieles hacen su voluntad, y según su propia palabra los indóciles, confiados en su propia gnosis, no se acercan a su enseñanza-, es evidente que su Padre ha creado a todos por igual, ha dado a cada uno su propia capacidad de pensar y decidir libremente, ve todas las cosas y provee en favor de todos, «haciendo salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45).

27,2. A todos aquellos que guardan su amor, les ofrece su comunión. Y la comunión con Dios es vida, luz y goce de todos sus bienes. En cambio, según su misma palabra, a todos aquellos que se separan de él, los condena a la separación que ellos mismos han elegido. La separación de Dios es muerte, renuncia a la luz, tinieblas. La separación de Dios es pérdida de todos los bienes divinos. Por eso, quienes por la apostasía han perdido esas cosas, malogrados todos los bienes, viven en el castigo. No que Dios por sí mismo haya planeado castigarlos, sino que a ellos se les echa encima el sufrimiento de haberse separado por sí mismos de todos los bienes. Mas los bienes divinos son eternos y no tienen fin, por eso también es sin fin su pérdida. Es como la luz, que no tiene fin; pero a quienes se ciegan a sí mismos o a quienes otros privan definitivamente de la luz, para siempre les falta el gozo de la luz: no es que la luz los castigue con la ceguera, sino que su misma ceguera les produce el sufrimiento.

Por eso decía el Señor: «Quien cree en mí no será juzgado»; es decir, no será separado de Dios, pues está unido a él por la fe. «Mas quien no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios», pues de este modo él mismo se ha separado de Dios, por decisión propia. «Este es el juicio: que la luz vino a este mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz. Todo el que hace el mal odia la luz y no se acerca a ella, para que no se vean sus obras. Quien obra la verdad viene a la luz, para que se manifiesten sus obras, que él ha hecho en Dios» (Jn 3,18-21).

28,1. En este mundo unos se acercan a la luz y se unen a Dios por la fe. Otros, en cambio, se apartan de la luz y se alejan de Dios. Por eso vino el Verbo de Dios para asignar a cada cual su propia morada: a quienes están en la luz, para que gocen de ella y de todos los bienes; a quienes viven en las tinieblas, para que les toque el sufrimiento que brota de ellas. Es el motivo por el cual a los que están a su derecha los declara llamados a poseer el Reino del Padre; en cambio a los de su izquierda les dice que irán al fuego eterno (Mt 25,34.41); pues cada uno de éstos se ha privado de todos los bienes.

28,2. Por este motivo dice el Apóstol: «Como no acogieron el amor de Dios para

salvarse, por eso Dios les envió un Poder del error, a fin de que sean juzgados cuantos no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad» (2 Tes 2,10-12). Una vez que venga (el Anticristo) con sus planes recapitulará toda la apostasía en sí mismo, realizará todo lo que haga por su propia voluntad y arbitrio, sentado en el templo de Dios para que cuantos se dejen seducir por él lo adoren como a Cristo (2 Tes 2,4). Por eso justamente serán arrojados al estanque de fuego (Ap 19,20). Dios, por su parte, según su preciencia sabe de antemano todas las cosas, y a su debido tiempo enviará a quien debe cumplir estas cosas «para que crean en la falsedad y se condenen todos aquellos que no creyeron en la verdad, sino que se entregaron a la maldad» .

3.4. El nombre del Anticristo

Ya Juan en el Apocalipsis habló de esta venida: «La bestia que vi se parecía a una pantera. Sus patas eran como de un oso y su hocico semejante al del león. Y el dragón le dio su fuerza, su trono y un enorme poder. Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero la herida mortal estaba curada. Toda la tierra admiró la bestia y adoró el dragón, porque dio el poder a la bestia. Y adoró la bestia diciendo: *¿Quién hay como esta bestia, y quién puede pelear con ella?* Y se le dio un hocico grandilocuente y blasfemo, y el poder durante 42 meses. Y abrió su hocico para blasfemar contra Dios, contra su nombre, contra su santuario y contra los habitantes del cielo. Y se le dio el poder sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los habitantes en la tierra cuyos nombres no están escritos desde la creación del mundo en el libro de la vida del Cordero degollado. Si alguno tiene oídos para oír, que oiga. El que deba ser llevado cautivo, irá al cautiverio. El que mate a espada, a espada morirá. Esta es la paciencia y la fe de los santos» (Ap 13,2-10).

En seguida habla de su escudero, al que llama seudoprofeta: «Hablaba como un dragón. Ejercía todo el poder de la primera bestia en su presencia. Y obligó a la tierra y a cuantos en ella habitan a adorar la primera bestia, cuya herida mortal está curada. Y realiza grandes prodigios, como hacer bajar fuego del cielo a la tierra, en presencia de los seres humanos. Y seducirá a los habitantes de la tierra» (Ap 13,11-14). Dice estas últimas palabras a fin de que nadie vaya a creer que lo hace por poder divino, sino por obra de magia. Ni haya quien se admire de que, por medio de los demonios y espíritus apóstatas que le sirven, realice signos para seducir a los habitantes de la tierra. «Y ordenará que se fabrique un ídolo de la bestia, y dará la vida a este ídolo para que hable, y mandará matar a cuantos no lo adoren. Igualmente mandó marcar un tatuaje en la frente y en la mano derecha, para que nadie más pudiera comprar o vender, sino quien tiene la marca de la bestia y la cifra de su nombre: y esa cifra es seicientos sesenta y seis» (Ap 13,14-18), es decir, seis centenas, seis decenas y seis unidades, para recapitular toda su apostasía que se ha fabricado durante seis mil años.

28,3. Pues el mundo se consumirá en el mismo número de miles de años como fueron los días en los que fue creado. Por eso dice la Escritura en el Génesis: «Y se terminó el cielo, la tierra y todo cuanto contienen. El día sexto Dios concluyó toda la obra que hizo, y el séptimo día descansó de todas las obras que realizó» (Gén 2,1-2).

Esta es al mismo tiempo una narración de lo que Dios hizo, y una descripción profética de los hechos futuros. Porque, si «un día del Señor es como mil años» (2 Pt 3,8), y en seis días se completó la hechura de cuanto fue creado, es evidente que también su término será de seis mil años.

28,4. En todo tiempo el hombre, plasmado al inicio por las manos de Dios, o sea el Hijo y el Espíritu, sigue naciendo según la imagen y semejanza de Dios (Gén 1,26), rechazando la paja que es la apostasía, y recogiendo en el granero el trigo (Mt 3,12), que son aquellos que por la fe fructifican en Dios. Por eso la tribulación es necesaria para quienes se salvan; para que, en cierto modo triturados, molidos y dispersos por el poder del Verbo de Dios, sirvan cocidos para el banquete del Rey. Así se expresó uno de los nuestros que, condenado al martirio, fue arrojado a las fieras: «Soy trigo de Cristo, y me masticarán los dientes de las fieras, para que se me encuentre como trigo de Dios».

3.5. El Anticristo recapitula toda la iniquidad

29,1. En los libros anteriores expusimos los motivos por los cuales Dios ha permitido que sucedan estas cosas, y mostramos cómo todos los hechos de esta naturaleza han acaecido para la salvación del hombre, porque le hacen madurar para la inmortalidad en todo aquello que cae bajo el poder de su libertad, y lo preparan para que sea más capaz de someterse a Dios para siempre. Por esta razón la creación está sometida a los seres humanos: en efecto, el hombre no fue hecho para ella, sino ella para el hombre. Con justa causa la Escritura juzgó aun a los paganos que se negaron a levantar sus ojos al cielo para dar gracias a su Creador y a contemplar la luz de la verdad, sino que como ratones ciegos se escondieron en lo profundo de su falta de sabiduría, «como gotas de agua en un balde, como granos de polvo en la balanza y como nada» (Is 40,15-17); mas son de utilidad para los justos, así como la caña es útil para que el grano crezca y la paja sirve para quemarse y con el fuego fundir el oro. Y por eso, cuando al final de los siglos la Iglesia se levante, «habrá una tribulación como no la ha habido desde el principio ni la habrá» (Mt 24,21): pues en los últimos tiempos los justos deberán luchar, y los vencedores recibirán la incorrupción como corona.

29,2. Por todo lo anterior, la bestia que ha de venir recapitulará en sí toda la iniquidad y todo crimen a fin de que, agrupando y encerrando en ella toda la fuerza de la apostasía, sea en ella arrojada al horno de fuego (Ap 19,20). Con razón su nombre llevará la cifra 666 (Ap 13,18), la cual recapitula toda la malicia anterior al diluvio, toda la mezcla de males que provocó la apostasía de los ángeles -Noé tenía seiscientos años cuando el diluvio cayó sobre la tierra (Gén 7,6) y aniquiló todos los seres vivientes sobre la tierra, por la perversidad de la generación en tiempos de Noé-. Esa apostasía recapitula todos los errores e idolatrías cometidos desde el diluvio, el asesinato de los profetas y los suplicios infligidos a los justos. El ídolo que Nabucodonosor erigió era de sesenta codos de alto y seis de ancho (Dan 3,1), y por negarse a adorarlo, Ananías, Azarías y Misael fueron arrojados al horno de fuego (Dan 3,20), prueba que sirvió como profecía de lo que sucederá al fin de los tiempos, cuando los justos sufrirán la prueba del fuego: pues dicho ídolo fue el preanuncio de la llegada de aquel que ordenará a todos los hombres

sólo a él adorarlo. Así, pues, los seiscientos años de Noé, en cuyo tiempo cayó el diluvio por motivo de la apostasía, y el número de codos del ídolo por motivo del cual los justos fueron arrojados al horno de fuego, forman la cifra del nombre en el cual se recapitulan seis mil años de toda apostasía, injusticia, maldad, seudoprofecía y dolo, por los cuales descenderá también un diluvio de fuego.

3.6. El número de la bestia

30,1. Si lo anterior es verdad, si este número se halla en todos los manuscritos antiguos y autorizados, si dan testimonio de él todos aquellos que vieron a Juan cara a cara, y si la razón nos enseña que la cifra del nombre de la bestia según la computación de los griegos debe tener las letras que se hallan en 666 (es decir igual número de centenas, decenas y unidades) -pues el número seis conservado en cada cifra parece recapitular toda la apostasía desde el principio, pasando por los tiempos intermedios hasta los últimos-, no sé cómo erraron algunos, con tal de seguir sus propias ideas, al cambiar el número intermedio del nombre; pues restaron cincuenta al número original, y pretendieron que fuese 10. Tal vez, imagino, fue error de amanuenses, porque, como en griego se ponen letras en lugar de números, fácilmente cambiaron la letra que significa 60, por la *iota*. Después otros pudieron hacer lo mismo, sin confrontar con el original. Otros simplemente asumieron ingenuamente el número 10. Incluso algunos, por ignorancia, se atrevieron a investigar los nombres que llevaban ese número falso. En mi opinión, Dios perdonará a todos los que por simplicidad y sin malicia hicieron esto; en cambio, a quienes, buscando una gloria vana, se decidieron por un nombre que lleva el número falso, y por su propia autoridad definieron el nombre de aquel que ha de venir, a éstos les irá mal, porque se sedujeron a sí mismos y a los fieles. El primer daño que han causado es alejarse de la verdad, juzgando como si fuese lo que no es; además, un castigo de la Escritura no despreciable recaerá sobre tales hombres. Se añadirá otro peligro no pequeño para quienes erróneamente presumen de conocer ese nombre: si creen que es un nombre, y el que vendrá tiene otro, él podrá seducirlos fácilmente, pues creerán que aún no se presenta aquél de quien deben precaverse.

30,2. Es preciso, pues, que tales personas cambien lo que han aprendido y tornen a la verdadera cifra del nombre, para que no sean juzgados entre los falsos profetas. Sino que, conociendo con certeza el número que la Escritura ha anunciado, o sea 666 (Ap 13,18), en primer lugar hagan caso de la división del reino en diez partes; y en seguida, mientras estos reyes gobiernan y sueñan en conseguir sus negocios y aumentar su reino, reconozcan a aquel que vendrá de repente a reivindicar su reino, aterrorizando a dichos reyes. Este será el que tenga el nombre que contiene la cifra de que hemos hablado. A éste es a quien hay que reconocer como la abominación de la desolación (Mt 24,15; Dan 9,27). A este se refiere el Apóstol: «Cuando digan: *Paz y seguridad*, será cuando la ruina caerá de repente sobre ellos» (1 Tes 5,3). Jeremías habla no sólo de su venida imprevista, sino también de la tribu de la cual ha de provenir: «Desde Dan se escucha el resoplar de sus caballos; toda la tierra temblará ante el relincho de sus corceles. Vendrá a devorar el país y todo cuanto hay en él: sus ciudades y sus habitantes» (Jer 8,16). Por

este motivo el Apocalipsis no enumera dicha tribu entre las que se han de salvar (Ap 7,5-8).

30,3. Más seguro y sin peligro es esperar que se cumpla la profecía, que ponerse a adivinar o a hipotizar cualquier nombre; pues se pueden encontrar muchos nombres que llevan dicha cifra, y siempre se pondrá la misma cuestión. Porque si muchos nombres contienen tal cifra, siempre puede preguntarse cuál es el que llevará el que ha de venir. No decimos esto por falta de nombres que tengan esa cifra, sino por temor a Dios y celo por la verdad. *EUANTHAS*, por ejemplo, tiene la cifra que buscamos, pero no podemos afirmar nada sobre él. Así también el nombre *LATEINOS* encierra el número 666, y es un número verosímil, porque esta palabra señala el último de los reinos, pues los latinos tienen ahora el poder; pero no nos gloriamos de identificarlo. También *TEITAN*, que en la primera sílaba contiene una doble vocal griega: *E* e *I*, es el nombre más probable entre los que hallamos. Porque ese nombre consta de seis letras, cada una de sus dos sílabas consta de tres letras, y es un nombre antiguo y extraordinario; pues ninguno de los actuales reyes lleva el nombre de *Titán*, ni se denomina así ninguno de los ídolos que los griegos y los bárbaros adoran. Y, sin embargo, muchos consideran divino ese nombre, pues también se llama *Titán* al sol; y en sí este nombre evoca un cierto sentido ostentoso de venganza y revancha, que parece simular las acciones del que ha de vengarse con malos tratos. Además es muy antiguo, digno y más propio de un rey que de un tirano. Pero, aunque el nombre de *Titán* sea tan probable, a tal punto que muchos se preguntan si no se llamará así el que ha de venir, sin embargo no correremos el riesgo de pronunciarnos acerca del nombre que habrá de llevar; pues sabemos que, si su nombre debiera ser claramente proclamado ya en el presente, lo habría dicho aquel que lo contempló en el Apocalipsis; además, esta visión ha tenido lugar casi en nuestro tiempo, hacia el final del imperio de Domiciano.

30,4. (El Apocalipsis) ha apuntado el nombre (del Anticristo) para precavernos de él cuando venga, sabiendo quién es. Pero calló el nombre, porque no es digno que el Espíritu Santo lo pregone. En efecto, si éste lo hubiese pregonado, podría permanecer por mucho tiempo. Mas puesto que «era pero ya no es; va a surgir del abismo pero para ir a la perdición» (Ap 17,8), como quien no existe, por eso no se ha proclamado su nombre. Cuando el Anticristo devastare todas las cosas en este mundo, y hubiese reinado durante tres años y seis meses, sentado en el templo de Jerusalén, entonces el Señor vendrá entre las nubes del cielo en la gloria del Padre (Mt 16,27). Entonces lo enviará al lago de fuego con sus seguidores (Ap 19,20), e instaurará el tiempo del reino para los justos, es decir el descanso, el séptimo día santificado, y cumplirá a Abrahám la promesa de la herencia. Este es el reino al cual, según la palabra del Señor, muchos vendrán de oriente y occidente, para tomar su lugar junto con Abraham, Isaac y Jacob (Mt 8,11).

CAPÍTULO 4.

La resurrección de la carne

4.1. Preparación gradual de los salvados

31,1. Sin embargo, muchos que simulan creer rectamente descuidan el orden que debe seguir el crecimiento de los justos, e ignoran el ritmo del camino hacia la incorrupción, interpretándolo con un modo de pensar herético -pues los herejes desprecian la creación de Dios y rechazan la salvación de su carne; también desprecian la promesa divina, y en su sentir de las cosas intentan superar a Dios; aseguran que al morir ellos subirán por encima de los cielos y del Creador, para ir a la Madre o a aquel a quien ellos imaginan como Padre-. Condenan la resurrección universal y, en cuanto de ellos depende, acaban con ella. ¿Qué de extraño si incluso ignoran el camino hacia la resurrección? ¿No quieren entender que, si las cosas fuesen como ellos enseñan, el mismo Señor, en el cual dicen creer, no habría resucitado de entre los muertos después de tres días, sino que al morir en la cruz de inmediato habría subido, abandonando el cuerpo en la tierra? Sin embargo, permaneció tres días en el lugar de los muertos, como dice de él un profeta: «El Señor se acordó de sus santos muertos que dormían en la tierra de la tumba, y bajó a ellos para sacarlos y salvarlos». El mismo Señor dijo: «Así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así también el Hijo del Hombre estará en el seno de la tierra» (Mt 12,40). Y el Apóstol escribe: «¿Qué quiere decir ascendió, sino que también descendió a las regiones inferiores de la tierra?» (Ef 4,9). También David profetizó acerca de él: «Y arrancaste mi vida del fondo del abismo» (Sal 86[85],13). Habiendo resucitado al tercer día, dijo a María, la primera que lo vio y quería adorarlo: «No me toques, pues aún no subo al Padre, sino ve a mis discípulos y diles: *Subo a mi Padre y vuestro Padre*» (Jn 20,17).

31,2. El Señor se sometió a la ley de la muerte para ser el Primogénito de los muertos (Col 1,18) y duró tres días en los lugares inferiores de la tierra (Ef 4,9), en seguida resucitó en la carne, de manera que mostró los agujeros de los clavos a sus discípulos (Jn 20,25-27), y subió al Padre. Entonces, ¿cómo no se avergüenzan de decir que los *lugares inferiores* son este mismo mundo en que habitamos, en cambio el *hombre interior* de quien hablan dejaría aquí el cuerpo, para subir a un lugar que está por encima de los cielos? Puesto que el Señor «habitó en la sombra de la muerte» (Sal 23[22],4), donde estaban las almas de los muertos, luego resucitó corporalmente y después de resucitar fue asumido, es evidente que las almas de los discípulos por los cuales el Señor realizó esta obra, irán a un lugar invisible señalado por Dios, y ahí permanecerán en espera de resucitar. En seguida recibirán sus cuerpos, y resucitando enteramente, es decir corporalmente, así como Cristo resucitó, se presentarán en la presencia de Dios. «Ningún discípulo está sobre su maestro; sino que todo discípulo

consumado será como su maestro» (Lc 6,40). Sin embargo, nuestro Maestro no se retiró volando de inmediato, sino que después de su resurrección se detuvo durante el tiempo asignado por el Padre, simbolizado por Jonás: después de tres días fue asumido. De modo semejante también nosotros debemos esperar el tiempo que el Padre ha decidido para que resucitemos, como los profetas lo anunciaron. Así resucitaremos todos aquellos a quienes el Señor juzgare dignos.

4.2. Cumplimiento de las promesas divinas

32,1. Mas algunos cambian de opinión, dejándose arrastar por las prédicas de los herejes, e ignoran la Economía de Dios y el misterio de la resurrección de los justos y del Reino, que es el preludio de la incorrupción; Reino por el cual quienes fueren dignos poco a poco se acostumbrarán a captar a Dios. Por ello es preciso explicar acerca de este asunto, que, a la aparición del Señor, los justos serán los primeros en recibir la herencia que Dios prometió a los padres, despertando en una condición renovada de su ser, y con él reinarán; el juicio universal vendrá en seguida. Pues justo es que reciban los frutos de sus dolores en la misma naturaleza en la que han laborado o padecido, y han sido probados con todo tipo de sufrimiento; que reciban la vida en la misma naturaleza en la que fueron asesinados por el amor de Dios; y que reinen con la misma naturaleza en la cual fueron sometidos como esclavos. Pues rico es el Señor en todos los bienes, y todas las cosas son suyas. Por eso conviene que la misma creación restaurada en su estado original, sirva sin impedimento a los justos. El Apóstol declara todo esto en la Carta a los Romanos: «Con expectativa la creación espera la revelación de los hijos de Dios. Pues ella fue sometida a la vanidad, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de que la creación misma será liberada de servir a la corrupción, para tener parte en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (Rom 8,19-21).

32,2. De esta manera se mantiene fiel la promesa de Dios a Abraham: «Levanta los ojos y mira, desde donde estás, al norte y al sur, al oriente y al occidente: a ti y a tu descendencia daré para siempre toda la tierra que ves» (Gén 13,14-15). Y también: «Levántate y recorre en toda su longitud y anchura la tierra que te daré» (Gén 13,17). Sin embargo, Abraham no recibió en herencia ni siquiera un pie de aquella tierra (Hech 7,5), sino que siempre fue extranjero y peregrino (Gén 23,4). Y cuando Sara su esposa murió, no quiso recibir gratuitamente el terreno para sepultarla, aunque los heteos se lo ofrecían, sino que por 400 denarios compró de Efrón hijo de Seor el eteo, el lugar para la tumba (Gén 23,2-20). Lo hizo por fidelidad a la promesa divina, pues no quiso recibir de los hombres lo que Dios le había prometido cuando le dijo: «A tu descendencia daré esta tierra, desde Egipto hasta el gran río Eufrates» (Gén 15,18). Mas si no recibió durante su vida la prometida herencia de la tierra, es preciso que la reciba en su descendencia, o sea en aquel que cree en el Señor y lo teme, cuando los justos resuciten.

Su descendencia es la Iglesia, que ha recibido del Señor la filiación adoptiva de su padre Abraham, como Juan el Bautista predicó: «Poderoso es Dios para hacer de las piedras hijos de Abraham» (Mt 3,9; Lc 3,8). Y el Apóstol dice en la Carta a los Gálatas: «Vosotros, hermanos, sois hijos según la promesa a Isaac» (Gál 4,28). En la misma

epístola escribe que, quienes han creído en Cristo, reciben la promesa de Abraham: «Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia. No dice: *A sus descendencias*, como si se tratara de muchos, sino de uno: *A tu descendencia*, o sea Cristo» (Gál 3,16). Y, confirmando lo que ha escrito, añade: «Abraham creyó y le fue reputado a justicia. Sabéis que quienes han nacido de la fe son hijos de Abraham. La Escritura, conociendo de antemano que Dios justifica a los gentiles por la fe, anunció a Abraham que todas las naciones serían en él benditas. Por este motivo, los fieles son bendecidos junto con Abraham el creyente» (Gál 3,6-9). Así pues, los fieles son bendecidos con Abraham el creyente, y por ello son hijos de Abraham. Dios prometió la herencia de la tierra a Abraham y a su descendencia. Y ni Abraham ni su descendencia, es decir los justificados ahora por la fe, poseen ya la herencia: la recibirán en la resurrección de los justos. Dios es fiel y no miente. Por ello el Señor proclamó: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra» (Mt 5,4).

4.3. La tierra prometida en herencia

33,1. Esa es la razón por la cual, en el momento de afrontar la pasión, a fin de anunciar la Buena Nueva a Abraham y a quienes con él esperan la entrega de la herencia, habiendo dado gracias sobre el cáliz y bebido de él, lo dio a sus discípulos diciendo: «Bebed todos de él: éste es mi cáliz de la Nueva Alianza, que será derramado por (los) muchos para el perdón de los pecados. Os digo que dentro de poco ya no beberé del producto de la vid, hasta el día en que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre» (Mt 26,27-29). Prometió beber con sus discípulos el fruto de la vid en la tierra que recibiría en herencia, la que él mismo renovará y reintegrará (a su primer estado) para servir a la gloria de los hijos de Dios, como canta David: «Renovará la faz de la tierra» (Sal 104[103],30). En esta acción reveló a sus discípulos dos cosas: la herencia de la tierra en la que se beberá el vino nuevo, y la resurrección de la carne. Pues la carne que de nuevo resucita es la misma que bebe el cáliz nuevo. Porque, ni es inteligible que él beba el fruto de la vid con sus discípulos en un lugar superior a los cielos, ni que él y ellos lo beban sino en la carne; pues propio es de la carne y no del espíritu beber el vino de la vid.

33,2. Por eso el Señor decía: «Cuando hagas una comida o una cena, no invites a los ricos, vecinos y parientes, para que no te vayan a invitar a su vez, y así te den tu recompensa. Invita más bien a los cojos y mendigos, y serás dichoso, porque ellos no te lo pueden pagar, sino que recibirás tu paga en la resurrección de los justos» (Lc 14,12-13). Y decía también: «Quienquiera dejare campos o casa o parientes o hermanos o hijos por mí, recibirá cien veces más en este mundo, y en el futuro heredará la vida eterna» (Mt 19,29; Lc 18,29-30). ¿Qué significa cien veces más en este mundo, las comidas ofrecidas a los pobres y las cenas que tendrán una recompensa? Son aquellas que tendrán lugar al llegar el Reino, o sea en el séptimo día que fue santificado porque el Señor descansó de todas sus obras (Gén 2,2-3), es decir, el verdadero sábado de los justos en el cual ya no llevarán a cabo las obras de la tierra, sino que hallarán preparada la mesa del Señor, que los alimentará con toda suerte de manjares.

33,3. También se cumple la bendición con la que Isaac bendijo a Jacob, su hijo menor: «El olor de mi hijo es como el olor de un campo que el Señor bendijo» (Gén 27,27). El campo es el mundo (Mt 13,38). Por eso añadió: «El Señor te dé el rocío del cielo y mucho trigo y vino de la tierra fértil. Que las naciones te sirvan y los príncipes te adoren, y sé para tu hermano un señor, y te veneren los hijos de tu padre. Sea maldito quien te maldiga y bendito quien te bendiga» (Gén 27,28-29). Si lo anterior no se refiere al tiempo del Reino del que acabamos de hablar, caerá en grande contradicción y absurdo, como cayeron los judíos y siguen atrapados en dificultades. Pues no sólo las naciones no sirvieron a Jacob en esta vida, sino que, aun después de la bendición, él siguió sirviendo a su tío Labán el Sirio durante veinte años (Gén 28-31). Y no sólo no fue señor de su hermano, sino que, cuando regresó de Mesopotamia a la casa paterna, se postró ante Esaú y le ofreció muchos dones (Gén 32-33). ¿Cómo pudo recibir en herencia abundancia de trigo y de vino, si por la terrible hambruna de la tierra en que vivía, tuvo que emigrar a Egipto y someterse al faraón que en ese momento gobernaba el país? Por consiguiente, dicha bendición sin duda alguna tiene cumplimiento en el tiempo del Reino, cuando reinarán los justos que resucitarán de entre los muertos, el día en que toda la creación renovada y liberada producirá todo tipo de manjares, el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra.

Esto es lo que recuerdan haber oído de Juan, el discípulo de Jesús, los presbíteros que lo conocieron, acerca de cómo el Señor les había instruido sobre aquellos tiempos: «Llegarán días en los cuales cada viña tendrá diez mil cepas, cada cepa diez mil ramas, cada rama diez mil racimos, cada racimo diez mil uvas, y cada uva exprimida producirá 25 medidas de vino. Y cuando uno de los santos corte un racimo, otro racimo le gritará: *¡Yo soy mejor racimo, cómeme y bendice por mí al Señor!* De igual modo un grano de trigo producirá diez mil espigas, cada espiga a su vez diez mil granos y cada grano cinco libras de harina pura. Lo mismo sucederá con cada fruto, hierba y semilla, guardando cada uno la misma proporción. Y todos los animales que coman los alimentos de esta tierra, se harán mansos y vivirán en paz entre sí, enteramente sujetos al hombre».

33,4. El anciano Papías, que también escuchó a Juan como compañero de Policarpo, ofrece el testimonio siguiente en el cuarto de sus cinco libros, añadiendo: «Cuantos tienen fe aceptarán lo anterior. Y como Judas el traidor no creyese y le preguntase: *¿Cómo podrá el Señor producir tales frutos?*, el Señor le respondió: *Lo verán quienes irán a esa tierra*».

Esto es lo que profetizó Isaías: «Pacerán juntos el lobo y el cordero, la pantera jugará con el cabrito, el becerro y el toro pacerán con el león y un niño pequeño los conducirá. El buey y el oso pacerán juntos, sus crías andarán juntas y el león comerá paja con el buey. El niño meterá la mano en el agujero de la serpiente y en el nido de sus vástagos, y no le harán daño ni se podrá perder ninguno en mi monte santo» (Is 11,6-9). Y más adelante lo resume: «Entonces el lobo y el cordero pacerán juntos, tanto el buey como el león se alimentarán de paja, el pan de la serpiente será el polvo, y ninguno de ellos causará algún mal ni harán daño en mi monte santo. Palabra del Señor» (Is 65,25).

No se me escapa que algunos tratan de aplicar estas cosas a los hombres salvajes de diversos pueblos que se han convertido a la fe y viven en paz con los justos. Mas, aunque esto sucede a muchos seres humanos que de varias naciones paganas se acercan a la única fe, sin embargo esto tendrá cumplimiento en todos los seres vivientes después de la resurrección de los justos, como hemos expuesto. Porque Dios es rico en todas las cosas, y es necesario que, una vez restaurada la creación según el plan original, todos los animales estén sujetos al hombre, que vuelvan a comer el alimento que el Señor les dio al principio, como cuando, antes de la desobediencia, estaban sujetos a Adán (Gén 1,26-28) y comían los frutos de la tierra (Gén 1,30). Por otra parte, no se trata aquí de probar que el león se alimenta de paja: ésta simboliza la abundancia y exquisitez de los frutos; pues si un animal como el león se alimentará de paja, ¿de qué calidad será el trigo cuya paja sirve para alimentar leones?

4.4. Israel también invitado a esta herencia

34,1. Isaías anunció claramente el gozo de los buenos en la futura resurrección de los justos: «Resucitarán los muertos, se levantarán los que están en los sepulcros y se alegrarán los habitantes de la tierra; pues tu rocío es su salvación» (Is 26,19). También Ezequiel dice: «He aquí que abriré vuestras tumbas y os sacaré de ellas. Arrancaré a mi pueblo de los sepulcros, pondré mi Espíritu en vosotros y sabréis que yo soy el Señor» (Ez 37,12-14). Y en otro lugar añade: «Esto dice el Señor: *Recogeré a Israel de entre todos los pueblos donde han estado dispersos, y en ellos brillará mi santidad ante los gentiles. Habitarán la tierra que di a mi siervo Jacob. La habitarán en esperanza, construirán casas, plantarán viñas y vivirán en la esperanza. Cuando yo juzgue a quienes los han despreciado y a todas las naciones que los rodean, sabrán que yo soy el Señor su Dios y el Dios de sus padres*» (Ez 28,25-26). Hace poco hemos explicado que la Iglesia es la descendencia de Abraham. Pues para que advirtamos que estas cosas tendrán lugar en el Nuevo Testamento a partir del Antiguo, cuando el Señor recogerá de entre las naciones a quienes se salvarán, haciendo de las piedras hijos de Abraham, se cumplirá lo que Jeremías dice: «He aquí que llegan días, dice el Señor, en que ya no dirán: Vive el Señor, que sacó de Egipto a los hijos de Israel, y de todos los países a donde habían sido arrastrados. El los hará volver a su tierra, que había dado a sus padres» (Jer 16,14-15; 23,7-8).

34,2. Como Dios creó todas las cosas según su voluntad para que aumenten y lleguen a su culmen, y así puedan producir y madurar sus frutos, Isaías anuncia: «Sobre todos los montes altos y sobre toda colina elevada correrá el agua, aquel día en el que muchos perecerán y los torres caerán por tierra. La luz de la luna será como la del sol, y éste brillará siete veces más, cuando el Señor cure a su pueblo contrito y sane el dolor de sus heridas» (Is 30,25-26). El dolor de la llaga es el que al principio le causó Adán, lesionado por su desobediencia, es decir la muerte, de la cual el Señor nos sanará cuando nos resucite de entre los muertos y nos restituya la herencia de nuestros padres [que se encuentra en la bendición a Jafet: «Que Dios amplíe la tierra de Jafet y que habite en las casas de Sem» (Gén 9,27)]. E Isaías dice: «Pondrás tu confianza en el Señor, y él te

introducirá en los bienes de la tierra y te alimentará con la heredad de tu padre Jacob» (Is 58,14).

Por su parte el Señor dice: «Dichosos los siervos a quienes su amo, al llegar, halle velando. En verdad os digo que se ceñirá, los hará sentarse a la mesa y los servirá. Y si viene durante el turno de la tarde y así los encuentra, dichosos ellos, porque los hará sentar y los servirá. Y si así los encuentra en la segunda y tercera vigilia, serán dichosos» (Lc 12,37-38). Lo mismo escribe Juan en el Apocalipsis: «Dichoso y santo el que tenga parte en la resurrección primera» (Ap 20,6). Isaías anunció cuándo sucederán estas cosas: «Y pregunté: *¿Hasta cuándo, Señor? Hasta que las ciudades queden desoladas y sin habitantes, en las casas ya no haya moradores y la tierra se torne desierta*. Después el Señor nos alejará a los hombres, y aquellos que queden se multiplicarán sobre la tierra» (Is 6,11-12). Lo mismo afirma Daniel: «A los santos del Dios Altísimo se les concedió el reino, el poder y la grandeza de los reyes, su reino será para siempre y todos los imperios le servirán y obedecerán» (Dan 7,27). Y, para que no se pensara que tal promesa se verificará en nuestro tiempo, el profeta añadió: «Ven y quédate en tu heredad cuando el tiempo se haya consumado» (Dan 12,13).

34,3. Jeremías enseña que estas promesas fueron hechas no sólo a los padres y a los profetas, sino también a las Iglesias llamadas de entre los gentiles, a las cuales el Espíritu llama *islas* porque, edificadas en medio de la turbulencia y de la tempestad, sufren los golpes de las blasfemias. Son un puerto de salvación para quienes se hallan en peligro, y un refugio para quienes aman la verdad y tratan de huir del Abismo, o sea del error: «Escuchad la palabra del Señor, ¡oh pueblos!, y anunciadla a las islas lejanas: El Dios que dispersó a Israel lo reunirá y guardará como un pastor a sus ovejas. Porque Dios redimió a Jacob y lo arrancó de la mano de uno más fuerte que él. Vendrán y se alegrarán en el monte Sion, donde gozarán de sus bienes, en la tierra que produce trigo, vino, todo tipo de frutos, animales y ovejas. Su alma será como un árbol fructífero, y ya nunca tendrán hambre. Entonces las vírgenes se alegrarán en la asamblea de los jóvenes y los viejos se regocijarán. Convertiré su luto en alegría y los haré felices. Engrandeceré y embriagaré el alma de los sacerdotes descendientes de Leví, y mi pueblo se llenará de mis bienes» (Jer 31,10-14). En el libro anterior mostramos que levitas y sacerdotes son todos los discípulos del Señor, los cuales profanan el sábado en el templo, sin cometer falta (Mt 12,5). Por lo tanto, estas promesas claramente significan el banquete de la creación en el Reino de los justos, que Dios prometió a cuantos le sirven.

4.5. La Jerusalén celeste

34,4. Isaías añade, acerca de Jerusalén y de su Rey: «Esto dice el Señor: *Dichoso el que tiene descendencia en Sion y parientes en Jerusalén*. Pues reinará un rey justo y los príncipes gobernarán con justicia» (Is 32,1). Y acerca de los preparativos para reconstruirla, dice: «He aquí que te prepararé el diamante como piedra y el zafiro como cimiento; de rubí haré tus torres, de cristal de roca tus puertas y de piedras escogidas tu muro de defensa. Tus hijos serán discípulos del Señor y vivirán en paz. Sobre justicia serás edificada» (Is 54,11-14). Y también: «Yo construiré a Jerusalén para que se goce y

a mi pueblo para que se alegre. [Y yo me alegraré en Jerusalén y me regocijaré en mi pueblo]. Ya no se escuchará en ella voz de llanto ni gemido; no morirá el niño en ella ni habrá anciano que no cumpla sus días. Será joven el que muera a los cien años, el pecador morirá a los cien años como un maldito. Construirán casas y ellos mismos habitarán en ellas; plantarán viñas y ellos mismos comerán sus frutos y beberán su vino. No construirán para que otros habiten, ni plantarán para que otros coman. La vida de mi pueblo se prolongará como la de un árbol, y durarán hasta envejecer las obras de sus manos» (Is 65,18-22).

35,1. Si algunos pretenden entender estas frases sólo en alegoría, no podrán siquiera ponerse de acuerdo entre sí. Las mismas expresiones sobre las que aleguen les convencerán, porque «cuando las ciudades de los gentiles queden desoladas y sin habitantes, en las casas ya no haya moradores y los campos queden desiertos» (Is 6,11), dice Isaías, «vendrá el día del Señor, terrible, lleno de furor, para convertir toda la tierra en desierto y para arrancar de ella a los pecadores» (Is 13,9). Y añade: «Que el impío sea exterminado para que no vea la gloria del Señor» (Is 26,10). Y, cuando todo esto sucediere, «Dios alejará a los hombres y los que queden se multiplicarán sobre la tierra» (Is 6,12). «Construirán casas y ellos mismos las habitarán; plantarán viñas y ellos mismos comerán» (Is 65,21). Todo esto se refiere sin duda a la resurrección de los justos, la cual acaecerá después de la venida del Anticristo.

Será también la perdición de todos los paganos que lo sigan, y en cambio los justos reinarán sobre esa tierra, creciendo en la visión del Señor, acostumbrados a vivir en la gloria del Padre, en comunión de vida con los ángeles, y en el Reino serán acogidos en la asamblea de los espirituales. Aquellos a quienes el Señor, al venir de los cielos, encuentre esperándolo en la carne tras haber sufrido la tribulación y haber escapado de las manos del impío, son aquéllos de los cuales dijo el profeta: «Y los que queden se multiplicarán sobre la tierra» (Is 6,12). Quienes queden en la tierra para multiplicarse son aquellos de entre los gentiles, a quienes el Señor hubiere preparado. Vivirán bajo el reinado de los santos y servirán en Jerusalén.

Más claramente aún el profeta Jeremías habló de Jerusalén y de su Reino: «Mira al oriente, Jerusalén, y contempla el bienestar que el mismo Dios te envía. Mira, vienen a ti tus hijos a quienes has alejado, se reunirán de oriente y occidente convocados por la palabra del santo, para alegrarse con la gloria de Dios. Jerusalén, quítate el vestido de luto y de duelo, y vístete la gloria de Dios para siempre. Cíñete el doble manto de justicia que Dios te da, y ponte en la cabeza la corona de la gloria eterna. Porque Dios mostrará tu esplendor a toda la tierra bajo el cielo. El mismo Dios te pondrá como nombre para siempre *Paz de la justicia* y *Gloria de la piedad*. Levántate, Jerusalén, ponte en pie, mira al Oriente y ve a tus hijos reunidos desde donde sale el sol hasta el ocaso, convocados por la palabra del Santo, felices porque Dios se ha acordado de ellos. Ellos habían huido a pie, hostigados por los enemigos, y ahora el Señor los vuelve a conducir a ti, portados en gloria como el trono del rey. Pues Dios ordenó que todo monte elevado y toda colina eterna se abaje, y que los valles se llenen para emparejar la tierra, a fin de que Israel camine segura en la gloria de Dios. Al mandato de Dios todos los árboles

olorosos y los bosques extendieron su sombra para Israel. Dios conducirá a Israel con alegría, en la luz de su gloria, con la justicia y misericordia que de él dimana» (Bar 4,36-5,9).

4.6. La Nueva Jerusalén y el Reino del Padre

35,2. Estos dones no pueden suponerse en una esfera superior a los cielos, «porque Dios mostrará tu esplendor a toda la tierra bajo el cielo» (Bar 5,3), sino en el tiempo del Reino, una vez que Cristo haya renovado la tierra y reedificado Jerusalén según el modelo de la Jerusalén de arriba, sobre la cual dice el profeta Isaías: «En mis manos pinté tus murallas y tú estás siempre delante de mis ojos» (Is 49,16). Y el Apóstol dice en la Carta a los Gálatas: «La Jerusalén de arriba es libre y madre de todos nosotros» (Gál 4,26). No lo dice acerca de algún Eón errante o *Entímesis*, ni de algún Poder que se hubiese alejado del Pléroma llamado *Prúnico*, sino de la Jerusalén que Dios lleva impresa en sus manos.

En el Apocalipsis Juan la vio descender sobre la tierra nueva. Y después de los tiempos del reino, afirma, «vi un gran trono blanco y, sentado en él, a aquél de cuya presencia huyen la tierra y el cielo, los cuales no dejaron rastro» (Ap 20,11). Y describe cuanto se refiere a la resurrección y juicio universales: «Vi a los muertos, grandes y pequeños. El mar devolvió a los muertos que guardaba, y la muerte y el infierno entregaron a los muertos que tenían retenidos, y se abrieron los libros. Luego se abrió el libro de la vida, y según lo escrito en ellos los muertos fueron juzgados, de acuerdo con sus obras. La muerte y el infierno fueron echados al estanque de fuego. Ese estanque de fuego es la muerte segunda» (Ap 20,12-14). Lo llamamos *gehenna*, y el Señor lo describió como «fuego eterno» (Mt 25,41): «Y si alguien no se encontró escrito en el libro de la vida, fue arrojado al estanque de fuego» (Ap 20,15). Y más adelante añade: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar dejó de existir. Y vi la nueva Jerusalén, la ciudad santa, bajar del cielo como una mujer preparada para su esposo. Y oí una fuerte voz que salía del trono y decía: *Este es el santuario de Dios con los hombres, y habitará con ellos, los pueblos serán suyos, el mismo Dios estará con ellos y será su Dios. Y borrará toda lágrima de sus ojos y ya no habrá muerte, ni luto, ni duelo, ni dolor, porque el mundo viejo ha pasado*» (Ap 21,1-4). Isaías afirma lo mismo: «Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. No recordarán lo anterior ni les vendrá a la memoria, sino que la alegría y el gozo habitarán en ella» (Is 65,17-18). También lo dijo el Apóstol: «La apariencia de este mundo queda atrás» (1 Cor 7,31). Igualmente dice el Señor: «La tierra y el cielo pasarán» (Mt 24,35). Juan, el discípulo del Señor, dice que, cuando éstos hayan pasado, la Jerusalén de arriba descenderá sobre la tierra nueva como una mujer adornada para su esposo, y que éste es el santuario en el cual Dios habitará con los hombres. Imagen de esta Jerusalén es la primera Jerusalén, en la cual los justos se prepararon para la incorrupción y se dispusieron para la salvación. Moisés recibió en la montaña la figura de este santuario (Ex 25,40; Heb 8,5).

No podemos decir que se trata de una mera alegoría; sino que todo cuanto Dios

preparó para la felicidad de los justos tiene un sólido y verdadero cimiento. Pues, así como es verdadero y no alegórico el Dios que resucita al hombre, igualmente será que el hombre resucite de entre los muertos, como lo hemos expuesto con los anteriores argumentos. Y, así como resucitará de verdad, así también se preparará verdaderamente para la incorrupción, se desarrollará y madurará en el tiempo del reino, a fin de capacitarse para la gloria del Padre. Al final, habiéndose todo renovado, habitará verdaderamente en la ciudad de Dios. En efecto, «dijo el que está sentado en el trono: *He aquí que renuevo todas las cosas*. Y el Señor dijo: *Escribe todas estas cosas. Estas son palabras verdaderas y dignas de confianza*. Y me dijo: *Lo he hecho*» (Ap 21,5-6). Así es justamente.

36,1. Porque, tratándose de verdaderos seres humanos, también habrá de ser real su traslación; no pasarán al no-ser, sino que, por el contrario, progresarán en su ser. Pues no se exterminará la substancia ni el ser de la creación -ya que es fiel y verdadero el que la sustenta-, sino que «pasará la apariencia de este mundo» (1 Cor 7,31), es decir del mundo en el cual acaeció la transgresión, en el cual el hombre se hizo viejo. Por tal motivo esa *apariencia* fue creada temporal, de acuerdo con el plan divino, como explicamos en el libro anterior, donde tratamos, hasta donde nos fue posible, sobre las razones por las cuales fue creado un mundo temporal. Una vez pasada la apariencia, renovado el hombre y ya maduro para la incorrupción, de modo que ya no pueda envejecer, «habrá un nuevo cielo y una nueva tierra» (Is 65,17), en la cual el hombre se mantendrá nuevo, siempre relacionándose con Dios de modo nuevo. Y, como todas estas cosas continuarán sin fin, Isaías escribió: «Así como este cielo nuevo y esta tierra nueva que hago permanecen en mi presencia -dice el Señor-, así permanecerán ante mí vuestra raza y vuestro nombre» (Is 66,22).

Como enseñan los Presbíteros, quienes fueren dignos de morar en los cielos, entrarán en ellos; otros gozarán de las delicias del paraíso; otros poseerán el esplendor de la ciudad; pero en todas partes verán a Dios, según la medida en que fueren dignos de contemplarlo.

36,2. Habrá una diferencia en la habitación de aquellos que hayan fructificado el ciento por uno, el sesenta o el treinta (Mt 13,8): unos serán llevados al cielo, otros se detendrán en el paraíso y los terceros habitarán la ciudad. Por eso dijo el Señor que en la casa de su Padre hay muchas moradas (Jn 14,2). Todo pertenece a Dios, quien prepara a cada cual su habitación adecuada, como dijo su Verbo, que el Padre las distribuye a todos según los méritos de cada uno. Este es el salón de fiesta en el cual tomarán su lugar y se regocijarán todos los invitados a las bodas (Mt 22,1-14).

Los Presbíteros discípulos de los Apóstoles enseñan que este será el orden y providencia para los que se salvan, así como cuáles son los peldaños por los cuales se asciende: por el Espíritu subimos al Hijo y por éste al Padre, y el Hijo al final entregará su obra al Padre, como escribe el Apóstol: «El debe reinar, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. La muerte será el último enemigo vencido» (1 Cor 15,25-26). En efecto, cuando llegue el Reino, el justo, viviendo sobre la tierra, olvidará la muerte:

«Habiendo dicho la Escritura que todo le está sujeto, exceptúa a aquel que todo le ha sometido. Cuando se le hayan sometido todas las cosas, también el Hijo se le someterá a aquel que le ha sometido todo, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1 Cor 15,27-28).

Conclusión: un solo Dios y Padre

36,3. Juan vio de antemano, con toda precisión, la primera resurrección de los justos (Ap 20,5-6) y la herencia en el reino de la tierra, de acuerdo con lo que habían anunciado los profetas. Lo mismo enseñó el Señor cuando prometió que bebería con sus discípulos la mezcla del cáliz nuevo en el reino (Mt 26,29). [Y también cuando dijo: «Vendrán días en que los muertos desde los sepulcros oirán la voz del Hijo del Hombre y resucitarán: quienes hayan hecho el bien, para la resurrección de la vida, y quienes hubieren hecho el mal, para la resurrección del juicio» (Jn 5,25.28-29). Primero habla de aquellos que resucitarán habiendo hecho el bien, para entrar en el reposo; después, de aquellos que resucitarán para ser juzgados; como dice la Escritura en el Génesis: que después de la consumación de este siglo, seguirá el día sexto (Gén 1,31-2,1), o sea el año 6000; porque éste será el día séptimo, día del descanso, como canta David: «Este es mi reposo, en él entrarán los justos» (Sal 132[131],14). Este séptimo día es el séptimo milenario (Ap 20,4-6) en el que reinarán los justos, en el que está prometida la incorrupción, una vez renovada la creación, para quienes hayan sido preparados para este fin]. El Apóstol Pablo confesó que la creación sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom 8,19-21).

Se ha revelado el mismo Dios Padre, en todo esto y a través de todo, el Creador del ser humano que prometió la herencia de la tierra a los padres, el que la dará a los justos en la resurrección, cuando cumplirá las promesas en el Reino de su Hijo, y como Padre nos otorgará todo aquello que «ni el ojo vio ni el oído oyó ni entró en el corazón del hombre» (1 Cor 2,9). Porque hay un solo Hijo, el que cumplió la voluntad del Padre, y una sola raza humana, en la cual se cumplen los misterios de Dios «que los ángeles desean contemplar» (1 Pe 1,12). Mas éstos no son capaces de penetrar en la Sabiduría de Dios, por cuya actividad la creación fue modelada a imagen de su Hijo y perfeccionada de acuerdo con el cuerpo que éste asumió. Porque (el Padre) tuvo en su mente que su Hijo Primogénito, el Verbo, descendiese a su creatura, o sea a la obra que había modelado, a fin de que ésta lo acoja y a su vez sea acogida por él, y se eleve hasta el Verbo, superando a los ángeles por hacerse a imagen y semejanza de Dios.

Fin de los cinco libros de Ireneo sobre la *Exposición y refutación de la falsa gnosis*.